



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 Contactar

Autobiografía de un Yogui	
Por PARAMHANSA YOGANANDA	
Primera edición original, copyright 1946	
Inicio	
PRÓLOGO	
PREFACIO	
CAPITULO 1.	Mis Padres y mis Primeros Años
CAPITULO 2.	La Muerte de mi Madre y el Amuleto Místico
CAPITULO 3.	El Santo con Dos Cuerpos
CAPITULO 4.	Mi Interrumpida Huida al Himalaya
CAPITULO 5.	Un "Santo de los Perfumes" Muestra sus Prodigios
CAPITULO 6.	El Swami de los Tigres
CAPITULO 7.	El Santo que Levita
CAPITULO 8.	El Gran Científico Indio J. C. Bose
CAPITULO 9.	El Devoto Extasiado y su Romance Cósmico
CAPITULO 10.	Encuentro a mi Maestro, Sri Yukteswar
CAPITULO 11.	Dos muchachos sin dinero en Brindaban
CAPITULO 12.	Los años en la Ermita de mi Maestro
CAPITULO 13.	El Santo que no Duerme
CAPITULO 14.	Una Experiencia de Conciencia Cósmica
CAPITULO 15.	El Robo de la Coliflor
CAPITULO 16.	Burlando a las Estrellas
CAPITULO 17.	Sasi y los Tres Zafiros
CAPITULO 18.	Un Mahometano Fabricante de Milagros
CAPITULO 19.	Mi Maestro, en Calcuta, Aparece en Serampore
CAPITULO 20.	No Visitamos Cachemira
CAPITULO 21.	Visitamos Cachemira
CAPITULO 22.	El Corazón de una Imagen de Piedra
CAPITULO 23.	Recibo el Título Universitario
CAPITULO 24.	Me Ordeno Monje de la Orden Swami
CAPITULO 25.	Mi Hermano Ananta y mi Hermana Nalini
CAPITULO 26.	La Ciencia del Kriya Yoga
CAPITULO 27.	La Fundación de una Escuela de Yoga en Ranchi
CAPITULO 28.	Kashi Renace y es Descubierto
CAPITULO 29.	Rabindranath Tagore y Yo Comparamos Escuelas
CAPITULO 30.	La Ley de los Milagros
CAPITULO 31.	Una Entrevista con la Sagrada Madre
CAPITULO 32.	Rama es Rescatado de la Muerte
CAPITULO 33.	Babaji, el Cristo-Yogui de la India Moderna
CAPITULO 34.	La Materialización de un Palacio en el Himalaya
CAPITULO 35.	La Vida Cristica de Lahiri Mahasaya
CAPITULO 36.	El Interés de Babaji en Occidente
CAPITULO 37.	Voy a América
CAPITULO 38.	Lutero Burbank, un Santo entre las Rosas
CAPITULO 39.	Teresa Neumann, la Católica con los Estigmas
CAPITULO 40.	Regreso a la India
CAPITULO 41.	Un Idilio en la India del Sur
CAPITULO 42.	Últimos Días con Mi Gurú
CAPITULO 43.	La Resurrección de Sri Yukteswar
CAPITULO 44.	Con Mahatma Gandhi en Wardha
CAPITULO 45.	La Madre Bengali Impregnada de Gozo
CAPITULO 46.	La Yoguini que nunca come
CAPITULO 47.	Regreso a Occidente
CAPITULO 48.	En Encinitas, California
EPÍLOGO	



- INICIO
- ANANDA EN ESPAÑOL
- COMUNIDADES DE ANANDA
- PARAMHANSA YOGANANDA
- SWAMI KRIYANANDA
- KRIYA YOGA
- LA MEDITACIÓN
- AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
- LECCIONES
- ARTÍCULOS
- LIBROS
-  Contactar

## Autobiografía de un Yogui

Por **PARAMHANSA YOGANANDA**  
Primera edición original, copyright 1946

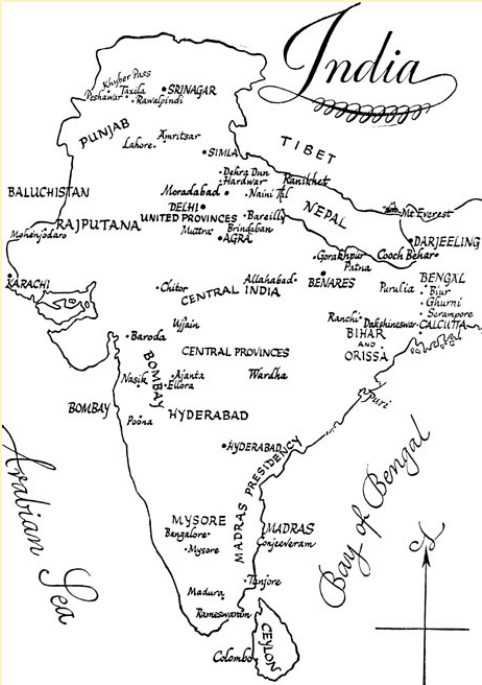
Con un un Prefacio de **W.Y. Evans-Wentz, M.A., D.Litt., D.Sc.**  
y un Prólogo y un Epílogo de **Swami Kriyananda**

"Sólo si veis señales y prodigios creeréis". (Juan 4:48)

Copyright Paramhansa Yogananda, 1946.  
Traducción en el año 2009 por  
Teresa Cerdeira a partir de la  
Primera Edición de 1946 Publicada por:  
The Philosophical Library, Inc.  
15 East 40th Street. Nueva York, N. Y.



Dedicado a la Memoria de  
LUTHER BURBANK  
Un Santo Americano



ÍNDICE



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

Prólogo

Por Swami Kriyananda (J. Donald Walters)

Conocí a Paramhansa Yogananda a raíz de leer su libro. Encontrar el libro fue, tengo que reconocerlo, algo absolutamente inesperado. Allí estaba, colocado “inocentemente”, en un estante de una librería de la Quinta Avenida de Nueva York. Yo no tenía ni idea de que este libro revolucionaría completamente mi vida.

Fue al final del verano de 1948. Estaba desesperado por conocer la verdad. *Nada* de lo que había encontrado me había convencido de que la gente estaba en lo cierto respecto a lo que me instaban a seguir considerándolo mi destino. Mi padre era geólogo, trabajaba para una importante compañía petrolífera. Mi madre era feliz y respetada en su medio social. En muchos sentidos, los dos eran unos padres ideales; por ejemplo, jamás les vi discutir. Su amor y respeto mutuo eran una fuente de inspiración para sus numerosos amigos.

Aún así, yo no era feliz. Sentía que la vida *debía* ofrecer algo más que el matrimonio, una casa encantadora en unas encantadoras afueras, un empleo socialmente aceptable y “fiestas” con los amigos. Era desesperadamente *infeliz*. Buscaba a Dios y no tenía ni idea de qué hacer para encontrarlo.

Fue entonces cuando tropecé con este libro. Leerlo fue la experiencia más emocionante de mi vida. A medida que me lanzaba a esta aventura literaria, me encontraba a mí mismo fluctuando entre la risa y las lágrimas: lágrimas de dicha, risa de una dicha todavía mayor. *Supe* que allí había encontrado al fin a alguien que tenía lo que yo necesitaba urgentemente; ¡alguien que *conocía* a Dios!

Cogí el primer autobús directo que cruzaba Norteamérica; un viaje de cuatro días y cuatro noches hasta Los Ángeles, donde él vivía. Las primeras palabras que le dirigí hubieran sido inconcebibles para mí apenas una semana antes. Términos como *gurú*, *yoga*, *karma* y muchos otros que hoy forman parte del lenguaje corriente, eran totalmente nuevos para mí. Con todo, mis primeras palabras al dirigirme a él fueron, “quiero ser su discípulo”. En lo más profundo de mí mismo sabía que ante mí estaba mi tan ansiada guía al Infinito.

Para mi dicha, indescriptible dicha, me aceptó. Su vida, una epopeya de compasión, sumó aquel día una prueba más de su amabilidad insondable: acogió a un imberbe de veintidós años, totalmente ignorante en materia espiritual, pero con ferviente deseo de ser enseñado. Debí darme cuenta del trabajo hercúleo que estaba aceptando. No obstante decidió hacer todo lo posible por modelar este trozo de barro, difícil de manejar, de forma que se pareciera a un yogui.

Mi propia historia y lo que significó vivir con este gran hombre de Dios se relata en *El Sendero (Autobiografía de un yogui occidental)*. Este breve testimonio es sólo una invitación a que leas las siguientes páginas. Se dice que ningún hombre es grande a los ojos de su criado. El dicho queda invalidado en la vida de Paramhansa Yogananda. Sigue siendo el más grande ser humano que yo he conocido jamás. Las personas más cercanas eran las que sentían hacia él la mayor estima y reverencia.

Confieso que había cosas en su libro que mentalmente tuve que dejar en la estantería; ciertamente no porque no las *creyera*, pues mi fe en *él* fue siempre total, sino porque eran cosas para las que mi educación moderna no me había preparado. Sin embargo, cuanto más vivía con él, más consciente era de que las maravillas, bueno, ¿por qué no decirlo?, ¡los milagros!, eran un hecho cotidiano en su vida.

Querido lector, si estás dispuesto a arriesgarte a un cambio completo en tu forma de ver la vida, ¡lee este libro! Te prometo que no te pesará. Al contrario, ganarás una nueva y gozosa visión de lo que *realmente* significa la vida.

Conocí a Paramhansa Yogananda hace cincuenta y cinco años. Desde entonces he sido un discípulo fiel. Y cada día estoy más convencido de que trajo al mundo algo que todo el género humano necesita desesperadamente.

ÍNDICE



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 [Contactar](#)

## Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

### Prefacio

Por W.Y. Evans-Wentz, M.A., D.Litt., D.Sc.  
Jesus College, Oxford; Autor de:  
*El libro Tibetano de los Muertos*,  
*El Gran Yogui Tibetano Milarepa*,  
*Yoga Tibetano y Doctrinas Secretas*, etc.

El valor de la *Autobiografía* de Yogananda se ve realzado por el hecho de que es uno de los pocos libros que han sido escritos en inglés sobre los sabios de la India, no por periodistas o extranjeros, sino por alguien de su misma raza y preparación; es decir, un libro *sobre* yoguis, escrito *por* un yogui. Como relatado por un testigo presencial de las extraordinarias vidas y poderes de los santos hindúes modernos, el libro tiene importancia tanto temporal como intemporal. Que el lector rinda reconocimiento y gratitud a su autor, a quien he tenido el placer de tratar tanto en la India como en Estados Unidos. El excepcional documento de su vida es uno de los más reveladores de las profundidades de la mente y corazón hindúes y de la riqueza espiritual de la India, que jamás se ha publicado en Occidente.

He tenido el privilegio de conocer a uno de los sabios cuya vida se relata aquí, Sri Yukteswar Giri. En el frontispicio de mi libro *Tibetan Yoga and Secret Doctrines* (Yoga Tibetano y Doctrinas Secretas)<sup>1</sup> aparece un retrato de este venerable santo. Conocí a Sri Yukteswar en Puri, Orissa, en la Bahía de Bengala. Era el director de un tranquilo *ashram* cerca de la playa y se ocupaba fundamentalmente de la preparación espiritual de un grupo de jóvenes discípulos. Mostró un vivo interés en el bienestar de la gente de Estados Unidos y de toda América y también de Inglaterra, y me preguntó sobre lejanas actividades, particularmente sobre las que realizaba en California su principal discípulo, Paramhansa Yogananda, a quien amaba tiernamente y había enviado en 1920 como su emisario en Occidente.

Sri Yukteswar era de semblante y voz delicados, de presencia agradable y merecedor de la veneración que sus seguidores le concedían espontáneamente. Toda persona que le conocía, fuera o no de su comunidad, le tenía en la mayor estima. Recuerdo vívidamente su alta, fuerte y ascética figura, vestida con el atuendo de color azafrán de quien ha renunciado a las búsquedas mundanas, de pie a la entrada de su ermita para recibirme. Su pelo era largo y algo ondulado y usaba barba. Su cuerpo era musculoso y firme, pero esbelto y bien formado, y su paso enérgico. Había elegido para su morada en la tierra la sagrada ciudad de Puri, adonde acuden diariamente multitud de piadosos hindúes, representantes de todas las provincias indias, en peregrinación al famoso templo de Jagannath, "Señor del Mundo". Fue en Puri, en 1936, donde Sri Yukteswar cerró sus ojos mortales al panorama del estado transitorio del ser y falleció sabiendo que su encarnación había sido llevada a una conclusión triunfal.

Me alegro, verdaderamente, de aportar este testimonio de la elevada naturaleza y santidad de Sri Yukteswar. Satisfecho de mantenerse alejado de la multitud, se entregó con tranquilidad y sin reservas a esa vida ideal que Paramhansa Yogananda, su discípulo, ha descrito para la eternidad.

**W.Y. Evans-Wentz.**

### Agradecimientos del Autor

Estoy profundamente agradecido a la Señora L. V. Pratt por su gran trabajo de corrección de este libro. Mi agradecimiento también a la Señora Ruth Zahn por la preparación del índice, al Señor C. Richard Wright por permitirme utilizar extractos de su diario de viaje a la India y al Dr. W. Y. Evans-Wentz por sus consejos y aliento.

**Paramhansa Yogananda**  
28 de Octubre de 1945  
Encinitas, California

ÍNDICE

<sup>1</sup> Oxford University Press, 1935. [Volver](#)





## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Uno

#### Mis Padres y mis Primeros Años

Los rasgos característicos de la cultura india han sido desde hace mucho tiempo la búsqueda de las verdades fundamentales y la concomitante relación gurú<sup>1</sup>-discípulo. Mi propio sendero me condujo a un sabio semejante a Cristo, cuya bella vida fue cincelada para la eternidad. Fue uno de los grandes maestros que constituyen la única riqueza que le queda a la India. Resplandeciendo en cada generación, han sido los baluartes de su tierra contra el destino sufrido por Babilonia o Egipto.

Mis primeros recuerdos incluyen elementos de una encarnación anterior. Venían a mí, anacrónicas, nítidas imágenes de una vida lejana, un yogui en medio de las nieves del Himalaya. Por algún vínculo adimensional, estos destellos del pasado me proporcionaban también vislumbres del futuro.

La indefensión y las humillaciones de la infancia no se han borrado de mi memoria. Era consciente, con resentimiento, de mi incapacidad para caminar o expresarme libremente. En mi interior se levantaban oleadas de plegarias al darme cuenta de la impotencia de mi cuerpo. Mi fuerte vida emocional se desenvolvía en silencio utilizando palabras en muchos idiomas. En medio de la confusión interior de lenguas, mi oído se acostumbró poco a poco a las sílabas bengalíes de mi pueblo, que me rodeaban. ¡Seductor campo de acción de una mente infantil! que los adultos consideran limitado a los juguetes y los dedos de los pies.

La agitación psicológica y mi cuerpo que no me respondía, me llevaron a muchos accesos de obstinado llanto. Recuerdo el general desconcierto familiar ante mi aflicción. También se agolpan en mí recuerdos más felices: las caricias de mi madre y mis primeros intentos de balbucear una frase y dar los primeros pasos. Estos triunfos tempranos, generalmente olvidados con rapidez, constituyen ya una base natural para la confianza en uno mismo.

Mis recuerdos de largo alcance no son exclusivos. Se sabe que muchos yoguis<sup>2</sup> han mantenido sin interrupción la conciencia de sí mismos en la drástica transición de ida y vuelta entre la "vida" y la "muerte". Si el hombre fuera sólo un cuerpo, la pérdida de éste supondría el punto final de su identidad. Pero si los profetas han dicho la verdad a lo largo de milenios, el hombre es esencialmente una naturaleza no corpórea. El núcleo continuo del ego humano está ligado sólo temporalmente a la percepción sensorial.

Aunque raros, los recuerdos precisos de la infancia no son absolutamente excepcionales. Viajando por distintos países he oído relatos de recuerdos tempranos de labios de hombres y mujeres dignos de crédito.

Nací en el último decenio del siglo XIX y pasé mis primeros ocho años en Gorakhpur. Allí nací, en las Provincias Unidas del Noreste de la India. Fuimos ocho hermanos: cuatro chicos y cuatro chicas. Yo, Mukunda Lal Ghosh<sup>3</sup>, fui el segundo varón y el cuarto hijo.

Mi padre y mi madre eran bengalíes, de la casta *Kshatriya*<sup>4</sup>. Los dos estaban bendecidos con una naturaleza santa. Su amor mutuo, tranquilo y digno, nunca se expresó frívolamente. La perfecta armonía entre los padres era el centro de calma para el tumultuoso remolino de ocho vidas jóvenes.

Mi padre, Bhagabati Charan Ghosh, era amable, serio, a veces severo. Aunque amándolo cariñosamente, los niños observábamos respecto a él cierta distancia reverente. Extraordinario matemático y lógico, se guiaba principalmente por su intelecto. Pero mi madre era una reina de corazones y sólo nos enseñaba por medio del amor. Tras su muerte, nuestro padre demostró más su ternura interior. Observé entonces que con frecuencia su mirada se metamorfoseaba en la de mi madre.

En presencia de mi madre saboreamos nuestro temprano y agri dulce conocimiento de las escrituras. Las historias del *Mahabharata* y el *Ramayana*<sup>5</sup> eran citadas ingeniosamente para satisfacer las exigencias de la disciplina. Instrucción y reprimenda se daban la mano.

Mi madre demostraba diariamente su respeto hacia nuestro padre vistiéndonos con esmero por las tardes para recibirle al regresar de la oficina. Su puesto era equivalente al de



INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar





**MI PADRE**  
**Bhagabati Charan Ghosh**  
 Discipulo de Lahiri Mahasaya

vicepresidente en el Ferrocarril Bengala-Nagpur, una de las mayores empresas de la India. Su trabajo llevaba consigo trasladarse y nuestra familia vivió en distintas ciudades durante mi niñez.

Mi madre era generosa con los necesitados. Mi padre también estaba bien dispuesto hacia ellos, pero su respeto por la ley y el orden se extendía al presupuesto. Mi madre gastaba en una quincena, alimentando a los pobres, más de lo que mi padre ganaba en un mes.

"Por favor, lo único que te pido es que mantengas tu caridad dentro de unos límites razonables". Hasta el más leve reproche de su marido era penoso para mi madre. Pidió un coche de alquiler, sin hacer alusión ante los niños a ningún desacuerdo.

"Adiós, me marcho a casa de mi madre". ¡Antiquísimo ultimátum!

Rompimos en lamentos atónitos. Nuestro tío materno llegó oportunamente; le susurró a mi padre algún sabio consejo, almacenado sin duda desde hace siglos. Tras hacer mi padre algunas observaciones conciliadoras, mi madre despidió alegremente el coche. Así terminó el único conflicto del que yo tuve jamás noticia entre mis padres. Pero recuerdo una discusión típica.

"Por favor, dame diez rupias para una desventurada mujer que acaba de llegar a casa".

"¿Por qué diez rupias? Una es suficiente". Mi padre añadía una justificación: "Cuando mi padre y mis abuelos murieron repentinamente, experimenté por primera vez la pobreza. Mi único desayuno, antes de caminar kilómetros y kilómetros hasta la escuela, era un plátano pequeño. Más tarde, en la universidad, me vi en tal necesidad que solicité a un rico juez la ayuda de una rupia al mes. Se negó, señalando que incluso una rupia es importante".

"¿Qué amargamente recuerdas que te negaran aquella rupia!". El corazón de mi madre tenía una lógica instantánea. "¿Quieres que esta mujer recuerde también dolorosamente tu negativa a darle las diez rupias que necesita urgentemente?".

"¡Tú ganas!". Con el gesto inmemorial del marido derrotado, abrió su cartera. "Ahí va un billete de diez rupias. Dáselo con mis mejores deseos".

Mi padre tendía a decir en primer lugar "No" a cualquier nueva propuesta. Su actitud ante la mujer desconocida, que tan rápidamente consiguió la simpatía de mi madre, era un ejemplo de su prudencia habitual. La aversión a la aceptación instantánea, en Occidente típica de la mente francesa, en realidad sólo hace honor al principio de la "debida reflexión". Siempre encontré a mi padre razonable y serenamente equilibrado en sus juicios. Si era capaz de cimentar mis muchas peticiones en uno o dos argumentos de peso, invariablemente ponía el codiciado objetivo a mi alcance, se trataba de un viaje de vacaciones o de una motocicleta nueva.

Mi padre impuso una férrea disciplina a sus hijos en sus primeros años, pero su actitud hacia sí mismo era realmente espartana. Por ejemplo, jamás iba al teatro, sino que buscaba su esparcimiento en distintas prácticas religiosas y en la lectura del *Bhagavad Gita*<sup>6</sup>. Rechazando todo lujo, se aferraba a un par de zapatos viejos hasta que estaban inservibles. Sus hijos compraron automóviles cuando se hicieron de uso corriente, pero mi padre se contentó siempre con el tranvía para su recorrido diario a la oficina. La acumulación de dinero como forma de poder era ajena a su naturaleza. En una ocasión, después de organizar el *Calcutta Urban Bank*, rehusó beneficiarse de ello conservando una parte para sí mismo. Simplemente había querido realizar un acto cívico en su tiempo libre.

Varios años después de que mi padre se jubilara, llegó un contable inglés a revisar los libros de la Bengal-Nagpur Railway Company. El sorprendido inspector descubrió que mi padre jamás había solicitado las primas atrasadas.

"¡Hacia el trabajo de tres hombres!", dijo el contable a la empresa. "Le corresponden 125.000 rupias (alrededor de 41.250 dólares) en concepto de atrasos". Los funcionarios hicieron entrega a mi padre de un cheque por esa cantidad. Él le dio tan poca importancia que pasó por alto mencionárselo a la familia. Mucho más tarde mi hermano menor, Bishnu, que se dio cuenta del abultado depósito consultando un extracto de la cuenta bancaria, le preguntó sobre ello.

"¿Por qué alborozarnos por ganancias materiales?", respondió mi padre. "Quien persigue la meta de la ecuanimidad no se exalta con la ganancia ni se abate con la pérdida. Sabe que el hombre llega a este mundo sin un céntimo y se marcha de él sin una sola rupia".

Al comienzo de su vida matrimonial, mis padres se hicieron discípulos de un gran maestro, Lahiri Mahasaya de Benarés. Este contacto reforzó el temperamento naturalmente ascético de mi padre. Mi madre hizo una confesión singular a mi hermana Roma: "Tu padre y yo vivimos juntos como marido y mujer sólo una vez al año, con el objeto de tener hijos".

Mi padre conoció a Lahiri Mahasaya gracias a Abinash Babu<sup>7</sup>, un empleado de la oficina del Ferrocarril Bengala-Nagpur en Gorakhpur. Abinash instruyó mis tiernos oídos con relatos de muchos santos indios. Invariablemente concluía con un tributo a la gloria suprema de su propio gurú.

"¿Conoces las extraordinarias circunstancias bajo las que tu padre se hizo discípulo de Lahiri Mahasaya? Era una perezosa tarde de verano, Abinash y yo estábamos sentados en el patio de casa cuando me planteó esta intrigante pregunta. Sacudí la cabeza con una sonrisa expectante.

"Hace años, antes de que nacieras, pedí a mi superior en la oficina, tu padre, que me liberara durante una semana de mis deberes en Gorakhpur para poder visitar a mi gurú en Benarés. Tu padre se burló de mi proyecto.

"¿Vas a convertirte en un fanático religioso?", preguntó. 'Concéntrate en tu trabajo en la oficina si quieres progresar.

"Regresaba a casa caminando tristemente por un sendero en el bosque, cuando me encontré con tu padre en un palanquín. Despidió a sus sirvientes y al transporte y comenzó a caminar a mi lado. Tratando de consolarme, señaló las ventajas de esforzarse por obtener éxito mundano. Pero yo le oía con desgana. Mi corazón repetía: '¡Lahiri Mahasaya! ¡No puedo vivir sin verte!'.

"El sendero nos llevó hasta la linde de un tranquilo campo, donde los últimos rayos del sol del atardecer todavía coronaban las altas ondas de la hierba silvestre. Nos detuvimos admirándolo. ¡De pronto, allí, en el campo, a sólo unos metros de nosotros, apareció la figura de mi gran gurú!<sup>8</sup>

"¡Bhagabati, eres demasiado duro con tu empleado!'. Su voz resonó en nuestros oídos atónitos. Desapareció tan misteriosamente como había venido. Exclamé de rodillas, '¡Lahiri Mahasaya!, ¡Lahiri Mahasaya!'. Tu padre se quedó inmóvil, estupefacto, durante unos momentos.

"Abinash, no sólo te dejaré ir, sino que yo mismo me pondré en marcha hacia Benarés mañana. ¡Tengo que conocer a ese gran Lahiri Mahasaya, capaz de materializarse a voluntad para interceder por ti! Llevaré a mi esposa y pediré a este maestro que nos inicie en su sendero espiritual. ¿Querrás servirnos de guía?'.  
 "Por supuesto'. Me inundó la dicha ante la milagrosa respuesta a mi oración y el rápido y favorable giro de los acontecimientos.

"Por la tarde del día siguiente entramos en Benarés. Al día siguiente cogimos un coche de caballos y después caminamos por una estrecha callejuela hasta la retirada casa de mi gurú. Al entrar en la pequeña sala nos inclinamos ante el maestro, sentado en su habitual postura de loto. Hizo parpadear sus penetrantes ojos y los fijó en tu padre.

"¡Bhagabati, eres demasiado duro con tu empleado!'. Sus palabras eran las mismas que había utilizado dos días antes en el campo de Gorakhpur. Añadió, 'Me alegro de que hayas permitido a Abinash visitarme y de que tú y tu esposa le hayáis acompañado'.

"Para su regocijo, inició a tus padres en la práctica espiritual de *Kriya Yoga*<sup>9</sup>. Tu padre y yo, como hermanos discípulos, hemos sido amigos desde el memorable día de la visión. Lahiri Mahasaya mostró mucho interés en tu propio nacimiento. Seguramente tu vida estará vinculada a la suya: las bendiciones del maestro nunca fallan".

Lahiri Mahasaya se fue de este mundo poco después de que yo entrara en él. Su fotografía, en un marco ricamente adornado, honró siempre nuestro altar familiar en las distintas ciudades a las que mi padre, a consecuencia de su trabajo, fue trasladado. Muchas mañanas y noches nos encontraron a mi madre y a mí meditando ante una capilla improvisada, ofreciendo flores bañadas en fragante pasta de sándalo. Uniendo incienso y mirra a nuestra devoción, rendíamos homenaje a la divinidad que había encontrado plena expresión en Lahiri Mahasaya.

Su fotografía tuvo una influencia incomparable en mi vida. A medida que crecía, el pensamiento del maestro crecía conmigo. Con frecuencia, mientras estaba meditando veía su imagen fotográfica surgir de su pequeño marco, tomar forma viviente, sentarse ante mí. Cuando intentaba tocar los pies de su luminoso cuerpo, se metamorfoseaba y volvía a convertirse en una fotografía. A medida que la niñez desembocó en la adolescencia, Lahiri Mahasaya pasó para mí, de una pequeña copia de su imagen enmarcada, a ser una presencia viva, esclarecedora. A menudo le rezaba en momentos de dificultad o confusión, encontrando en mi interior su orientación y su consuelo. Al principio me afligía que no estuviera físicamente vivo. Cuando comencé a descubrir su secreta omnipresencia, ya no volví a lamentarlo. El con frecuencia escribía a sus discípulos ansiosos por verle: "¿Por qué ver mi carne y mis huesos cuando estoy siempre al alcance de vuestra *kutastha* (visión espiritual)?".

Cuando tenía alrededor de ocho años, fui bendecido con una sorprendente curación gracias a la fotografía de Lahiri Mahasaya. Esta experiencia intensificó mi amor. Mientras estábamos en la finca de nuestra familia en Ichapur, Bengala, fui atacado por el cólera asiático. No había para mí esperanzas de vida; los médicos no podían hacer nada. A la cabecera de mi cama, mi madre me hacía desesperadamente señas para que mirara la fotografía de Lahiri Mahasaya colgada sobre mi cabeza.

"¡Inclínate mentalmente ante él!". Sabía que yo estaba demasiado débil incluso para levantar las manos en salutación. "¡Si de verdad muestras tu devoción y te arrodillas interiormente ante

él, se te perdonará la vida!".

Miré su fotografía y vi una luz cegadora que envolvió mi cuerpo y toda la habitación. Mis náuseas y los demás síntomas incontrolables desaparecieron; estaba curado. Al mismo tiempo me sentí lo bastante fuerte para inclinarme a los pies de mi madre en agradecimiento por su inmensa fe en su gurú. Mi madre apretó repetidamente su cabeza contra la pequeña fotografía.

"¡Oh, Maestro Omnipresente, te doy gracias porque tu luz curó a mi hijo!".

Comprendí que también ella había sido testigo del luminoso resplandor que me había repuesto instantáneamente de una enfermedad normalmente mortal.

Una de mis posesiones más preciadas es esa fotografía. Dada a mi padre por el mismo Lahiri Mahasaya, lleva consigo una vibración sagrada. La fotografía tiene un origen milagroso. Oí la historia de labios del hermano discípulo de mi padre, Kali Kumar Roy.

Parece ser que el maestro tenía aversión a ser retratado. A pesar de sus protestas, en una ocasión se le sacó una fotografía con un racimo de devotos, entre quienes estaba Kali Kumar Roy. El sorprendido fotógrafo descubrió que la placa, que tenía imágenes claras de todos los discípulos, no mostraba sino un espacio negro en el centro, donde lógicamente había esperado encontrar la figura de Lahiri Mahasaya. El fenómeno fue ampliamente debatido.

Cierto estudiante y experto fotógrafo, Ganga Dhar Babu, se jactó de que a él no se le escaparía la huidiza imagen. A la mañana siguiente, mientras el gurú estaba sentado en la postura de loto en un banquito de madera con una cortina detrás, Ganga Dhar Babu llegó con su equipo. Tomando todas las precauciones para tener éxito, expuso con avidez doce placas. En todas ellas encontró rápidamente impresiones del banquito de madera y la cortina, pero una vez más la silueta del maestro había desaparecido.

Con lágrimas y el orgullo destrozado, Ganga Dhar Babu fue en busca de su gurú. Pasaron muchas horas antes de que Lahiri Mahasaya rompiera su silencio con un comentario significativo:

"Soy Espíritu. ¿Puede tu cámara reflejar el omnipresente Invisible?".

"¡Veo que no! Pero, Sagrado Señor, deseo tiernamente una fotografía del templo corporal donde, para mi estrecha visión, parece morar totalmente ese Espíritu".

"Entonces ven mañana por la mañana. Posaré para ti".

El fotógrafo enfocó su cámara. Esta vez la sagrada figura, no encubierta por la misteriosa imperceptibilidad, era nítida en la placa. El maestro no volvió a posar para otro retrato; al menos yo no he visto ninguno.

La fotografía se reproduce en este libro. Las facciones universales de Lahiri Mahasaya difícilmente revelan a qué raza pertenecía. Su inmensa dicha en la comunión con Dios se manifiesta ligeramente en su, un tanto enigmática, sonrisa. Sus ojos, medio abiertos para indicar una simbólica dirección hacia el mundo exterior, están también medio cerrados. Totalmente ajeno a los encantos terrenales, era consciente en todo momento de los problemas espirituales de quienes se le acercaban buscando su espléndida generosidad.

Poco después de mi curación gracias al potencial del retrato del gurú, tuve una visión espiritual que me influyó mucho. Sentado en mi cama una mañana, entré en un profundo ensueño.

"¿Qué hay detrás de la oscuridad de los ojos cerrados?". Este agudo pensamiento se impuso con fuerza en mí. De pronto apareció un inmenso destello de luz en mi mirada interior. En la gran y resplandeciente pantalla desplegada dentro de mi frente tomaron forma, como fotogramas de un cine en miniatura, divinas figuras de santos, sentados en postura de meditación en las cuevas de las montañas.

"¿Quiénes sois?", pregunté en voz alta.

"Somos los yoguis del Himalaya". La celestial respuesta es difícil de describir; mi corazón estaba emocionado.

"¡Ah, anhelo ir al Himalaya y convertirme en uno de los vuestros!". La visión se desvaneció, pero los haces de luz plateada se expandieron en círculos cada vez más amplios hasta el infinito.

"¿Qué es este maravilloso resplandor?".

"Soy Iswara<sup>10</sup>. Soy Luz". La voz era como un susurro de las nubes.

"¡Quiero ser uno contigo!".

Lentamente mi éxtasis divino fue disminuyendo, pero rescaté de él un legado permanente de inspiración para buscar a Dios. "¡Él es eterno, Gozo siempre nuevo!". Este recuerdo persistió mucho después del día del éxtasis.

Guardo otro recuerdo excepcional de mis primeros años; y además literalmente, pues conservo la cicatriz de ese día. Mi hermana mayor, Uma, estaba sentada una mañana temprano bajo un árbol *neem* en nuestro jardín de Gorakhpur. Me ayudaba con el abecedario bengalí; yo, siempre que podía, me dedicaba a observar cómo los loros cercanos comían los frutos maduros de la margosa. Uma se quejaba de un forúnculo en la pierna y fue a por un tarro de ungüento. Yo me eché un poco de pomada en el antebrazo.

"¿Por qué usas medicinas en un brazo sano?".

“Bueno, hermanita, siento que mañana tendré un forúnculo. Estoy probando tu pomada en el sitio en que el forúnculo aparecerá”.

“¡Pequeño embustero!”.

“Hermana, no me llames embustero hasta ver qué sucede por la mañana”. Estaba indignado.

Uma no se impresionó y repitió su insulto tres veces. En mi voz había una firme resolución al replicarle lentamente.

“¡Por la fuerza de mi voluntad, digo que mañana tendré un forúnculo bastante grande en este sitio exacto de mi brazo; y que *tu* forúnculo crecerá hasta el doble de su tamaño actual!”.

La mañana me encontró con un gran forúnculo en el lugar antedicho; las dimensiones del forúnculo de Uma se habían duplicado. Con un chillido, mi hermana fue corriendo a mi madre. “¡Mukunda se ha convertido en un nigromante!”. Mi madre me ordenó seriamente que no utilizara jamás el poder de las palabras para hacer daño. Recordé siempre su consejo y lo seguí.

Mi forúnculo necesitó cirugía. Todavía hoy se puede ver claramente la cicatriz dejada por la incisión del médico. En mi brazo derecho existe un recordatorio constante del poder de las simples palabras del hombre.

Aquellas sencillas y aparentemente inofensivas frases dirigidas a Uma, dichas con profunda concentración, poseían suficiente fuerza oculta para explotar como bombas y producir inequívocos efectos perjudiciales. Más tarde comprendí que el explosivo poder vibratorio del habla puede ser dirigido sabiamente para aliviar nuestra vida de las dificultades y operar de ese modo sin cicatrices ni reprimendas<sup>11</sup>.

Nuestra familia se trasladó a Lahore, en el Punjab. Allí adquirí un cuadro de la Madre Divina en la forma de la diosa Kali<sup>12</sup>. Consagré una pequeña capilla informal en el balcón de nuestra casa. Me ganó una inequívoca convicción de que todas las oraciones pronunciadas en ese sagrado lugar serían respondidas. Estando allí un día con Uma, vi dos cometas que volaban sobre los tejados de los edificios del otro lado de la estrecha callejuela.

“¿Por qué estás tan silencioso?”. Uma me empujó en broma.

“Estoy pensando en qué maravilloso es que la Madre Divina me conceda todo lo que pido”.

“¡Supongo que te dará esas dos cometas!”. Mi hermana se rió burlonamente.

“¿Por qué no?”. Empecé a rezar silenciosamente para poseerlas.

En la India se organizan juegos con cometas cuyas cuerdas se cubren de cola y cristal molido. Cada jugador intenta cortar la cuerda de su oponente. Una cometa libre se desliza sobre los tejados; es muy divertido atraparla. Puesto que Uma y yo estábamos en el balcón, parecía imposible que ninguna cometa perdida pudiera venir a nuestras manos; naturalmente su cuerda quedaría prendida en los tejados.

Los jugadores del otro lado de la callejuela comenzaron su partido. Se cortó una cuerda; inmediatamente la cometa flotó en mi dirección. Quedó quieta un momento, gracias a un repentino aplacamiento de la brisa, lo suficiente para que la cuerda se enredara firmemente en un cactus de lo alto del edificio de al lado. Se hizo un lazo perfecto para que yo la confiscara. Tendí el premio a Uma.

“Fue sólo un accidente excepcional y no una respuesta a tu oración. Si viene a ti otra cometa, creeré”. Los oscuros ojos de mi hermana transmitían más asombro que sus palabras.

Continué mis oraciones con intensidad creciente. Un contundente tirón del otro jugador tuvo como resultado la repentina pérdida de su cometa. Vino directa a mí, danzando en el viento. Mi eficaz asistente, el cactus, aseguró otra vez la cuerda de la cometa con el lazo necesario para que yo pudiera apoderarme de ella. Presenté a Uma mi segundo trofeo.

“¡En verdad la Madre Divina te escucha! ¡Esto es demasiado misterioso para mí!”. Mi hermana huyó como un cervatillo asustado.

ÍNDICE

1 Maestro espiritual; de la raíz sánscrita *gur*, levantar, elevar. [Volver](#)

2 Practicante de yoga, “unión”, antigua ciencia india de meditación en Dios. [Volver](#)

3 Mi nombre fue cambiado por el de Yogananda cuando entré en la antigua orden monástica de los Swamis en 1914. Mi gurú me otorgó el título religioso de *Paramhansa* en 1935 (ver capítulos 24 y 42). [Volver](#)

4 Tradicionalmente, la segunda casta, de guerreros y gobernantes. [Volver](#)

5 Estas antiguas epopeyas son el tesoro de la Historia, la Mitología y la Filosofía indias. El tomo de “Everyman’s Library” titulado *Ramayana and Mahabharata* es un resumen en verso, en inglés, de Romesh Dutt (New York: E.P.Dutton). [Volver](#)

6 Este noble poema sánscrito, que forma parte de la epopeya del *Mahabharata*, es la Biblia hindú. La traducción más poética al inglés que existe es *The Song Celestial* de Edwin Arnold (Philadelphia: David McKay). Una de las mejores traducciones, con comentarios detallados, es *Message of the Gita* de Sri Aurobindo (Jupiter Press, 16 Semudoss St. Madrás, India). [Volver](#)

7 *Babu* (Señor) se sitúa en los nombres bengalíes al final. [Volver](#)

8 Los asombrosos poderes poseídos por los grandes maestros se explican en el capítulo 30, "La Ley de los Milagros". [Volver](#)

9 Una técnica yóguica con la que se calma el tumulto sensorial, permitiendo al hombre alcanzar una identificación cada vez mayor con la conciencia cósmica. (Ver capítulo 26) [Volver](#)

10 Nombre sánscrito de Dios como Soberano del universo; de la raíz *is*, gobernar. En las escrituras hindúes existen 108 nombres para Dios, cada uno de los cuales aporta un significado filosófico con matiz distinto. [Volver](#)

11 El potencial infinito del sonido procede de la Palabra Creadora, *Aum*, el poder cósmico vibratorio que existe tras la energía atómica. Cualquier palabra dicha con comprensión clara y profunda concentración, tiene capacidad para materializarse. En el coueismo y otros sistemas de psicoterapia, se ha visto que la repetición silenciosa o en voz alta de palabras inspiradoras es efectiva; el secreto reside en el aumento de la velocidad vibratoria de la mente. El poeta Tennyson nos ha dejado, en sus *Memorias*, un relato de sus estrategias para ir más allá de la mente consciente al superconsciente:

"He experimentado con frecuencia, estando completamente solo, una especie de trance despierto –esto por falta de un término mejor– que va bastante más allá de lo corporal", escribió Tennyson. "Me ha sucedido tras *repetir* mi propio nombre silenciosamente, hasta que de pronto, fuera de la vehemencia de la conciencia individual, la individualidad misma parecía disolverse y entrar en un ser ilimitado, y no es un estado confuso, sino el más claro, el más seguro de los seguros, más allá de las palabras –donde la muerte es casi una imposibilidad risible– La pérdida de la personalidad (si se trata de eso), parece no extinción, sino la única vida verdadera". Más adelante escribió: "No es un éxtasis vago, sino un maravilloso estado trascendente asociado a una absoluta claridad mental". [Volver](#)

12 Kali es un símbolo de Dios en su aspecto de Madre eterna de la Naturaleza. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)

[ANANDAEDICIONES.ES](#)



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Dos

#### La Muerte de mi Madre y el Amuleto Místico

El mayor deseo de mi madre era el matrimonio de mi hermano mayor. “¡Ah, cuando contemple el rostro de la esposa de Ananta, veré el cielo en esta tierra!”. Con frecuencia oí a mi madre expresar en estos términos el fuerte sentimiento indio sobre la continuidad de la familia.

Yo tenía alrededor de once años en el momento del compromiso matrimonial de Ananta. Mi madre estaba en Calcuta supervisando feliz los preparativos de la boda. Sólo mi padre y yo nos quedamos en casa, en Bareilly, al Norte de la India, a donde mi padre había sido trasladado después de dos años en Lahore.

Anteriormente había asistido al esplendor de los rituales nupciales de mis dos hermanas mayores, Roma y Uma; pero para Ananta, como hijo mayor, los planes eran realmente elaborados. Mi madre estaba recibiendo a numerosos familiares, que llegaban diariamente a Calcuta desde sus lejanos hogares. Los alojaba cómodamente en una gran casa adquirida recientemente en el número 50 de Amhers Street. Todo estaba listo, los manjares del banquete, el festivo trono en el que mi hermano iba a ser conducido a casa de la futura novia, las hileras de luces de colores, los enormes camellos y elefantes de cartón, las orquestas inglesa, escocesa e india, los artistas profesionales, los sacerdotes para los antiguos ritos.

Mi padre y yo, de gala en espíritu, planeábamos unirnos a la familia con suficiente tiempo para la ceremonia. Sin embargo, poco antes del gran día, tuve una inquietante visión.

Fue en Bareilly, a medianoche. Dormía junto a mi padre en el pórtico de nuestra casa, me despertó el característico aleteo de un mosquito buscando a su presa por encima de la cama. Las ligeras cortinas se separaron y vi la amada figura de mi madre.

“¡Despierta a tu padre!”. Su voz era sólo un susurro. “Tomad el primer tren, a las cuatro de la mañana. ¡Corred a Calcuta si queréis verme!”. La fantasmagórica forma se desvaneció.

“¡Padre, padre! ¡Madre está muriéndose!”. El terror de mi voz le despertó instantáneamente. Llorando, le di la fatal noticia.

“Es sólo una alucinación”. Mi padre dio su negativa característica ante una situación nueva. “Tu madre disfruta de excelente salud. Si recibimos malas noticias, saldremos mañana”.

“¡Nunca te perdonarás no ponerte en marcha ahora!”. La angustia me hizo añadir amargamente, “¡Ni yo te perdonaré jamás!”.

La melancólica mañana llegó con palabras categóricas: “Madre gravemente enferma; matrimonio pospuesto; venid inmediatamente”.

Mi padre y yo nos marchamos como locos. Uno de mis tíos nos salió al encuentro en una estación donde transbordamos. Un tren venía hacia nosotros con gran estruendo, acercándose con aumento telescópico. Desde mi conflicto interior se elevó una súbita determinación de arrojarme a las vías. Despojado de mi madre, como ya me sentía, no podía soportar un mundo árido hasta la médula. Amaba a mi madre como al amigo más querido del mundo. Sus consoladores ojos negros habían sido mi refugio más seguro en las pequeñas tragedias de la niñez.

“¿Todavía vive?”. Me detuve para hacer una última pregunta a mi tío.

“¡Por supuesto que vive!”. No le había sido difícil leer la desesperación en mi rostro. Pero yo apenas le creí.

Llegar a la casa de Calcuta fue sólo enfrentarse con el desconcertante misterio de la muerte. Caí en un estado casi inerte. Pasaron años antes de que la reconciliación penetrara en mi corazón. Tomando por asalto las puertas del cielo, al fin mi llanto emplazó a la Madre Divina. Sus palabras curaron definitivamente mis supurantes heridas.

“¡Soy yo quien ha velado por ti, vida tras vida, en la ternura de muchas madres! ¡Observa en mi mirada los dos ojos negros, los bellos ojos perdidos, los que tú más buscabas!”.

Mi padre y yo regresamos a Bareilly poco después de los ritos crematorios por la bienamada. Todas las mañanas temprano hacía una patética peregrinación conmemorativa al gran *sheoli* que daba sombra al suave césped verde-dorado que había delante de nuestra casa. En momentos poéticos pensaba que las blancas flores del *sheoli* se ofrecían a sí mismas

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar



esparciéndose con devoción sobre el altar de césped. Mezclando las lágrimas con el rocío, con frecuencia observaba una extraña luz del otro mundo que surgía del amanecer. Me acometían intensas punzadas de anhelo de Dios. Sentía una poderosa atracción por el Himalaya.

Uno de mis primos, recién llegado de un viaje por las montañas sagradas, nos visitó en Bareilly. Escuché con avidez sus relatos sobre la alta montaña morada de yoguis y swamis<sup>1</sup>.

“Escapémonos al Himalaya”. La sugerencia que le hice un día a Dwarka Prasad, el joven hijo de nuestro casero, cayó en oídos poco comprensivos. Reveló mi proyecto a mi hermano mayor, que acababa de llegar para ver a mi padre. En lugar de tomarse a broma este impracticable plan de un chiquillo, Ananta hizo de ello un motivo constante para ridiculizarme.

“¿Dónde está tu túnica naranja? ¡No puedes ser un swami sin ella!”.

Pero, inexplicablemente, a mí sus palabras me ponían contentísimo. Me traían una nítida imagen de mí mismo errando por la India como monje. Quizá despertó en mí recuerdos de una vida pasada; en cualquier caso, comencé a ver con qué naturalidad vestiría el atuendo de esa orden monástica de tan antigua fundación.

Charlando una mañana con Dwarka, sentí descender sobre mí el amor hacia Dios con una fuerza avasalladora. Mi compañero sólo estaba parcialmente atento a mi consiguiente elocuencia, pero yo me escuchaba a mí mismo entusiasmado.

Aquella mañana huí hacia Naini Tal, en las estribaciones del Himalaya. Ananta me dio resuelta caza; fui obligado a regresar tristemente a Bareilly. La única peregrinación que se me permitió fue la cotidiana del amanecer hasta el *sheoli*. Mi corazón lloraba por las Madres perdidas, la humana y la divina.

La rasgadura dejada por la muerte de mi madre en el tejido familiar fue irreparable. Mi padre nunca volvió a casarse en los casi cuarenta años que le quedaron de vida. Asumiendo el difícil papel de padre-madre de su pequeño rebaño, se hizo notablemente más tierno, más accesible. Resolvía los variados problemas familiares con calma y comprensión. Después de las horas de oficina, se retiraba como un ermitaño a la celda de su habitación a practicar *Kriya Yoga* en una dulce serenidad. Mucho después de la muerte de mi madre, intenté contratar a una niñera inglesa para atender a los detalles que harían la vida de mi padre más cómoda. Pero mi padre negó con la cabeza.

“Para mí el servicio terminó con tu madre”. Sus ojos miraban distantes con devoción de toda una vida. “No aceptaré la administración de ninguna otra mujer”.

Catorce meses después del fallecimiento de mi madre, tuve conocimiento de que me había dejado un mensaje de gran trascendencia. Ananta estaba presente en su lecho de muerte y había escrito sus palabras. Aunque ella le había pedido que me lo revelara después de un año, mi hermano lo retrasó. Iba a dejar pronto Bareilly para marchar a Calcuta, a casarse con la joven que mi madre había elegido para él<sup>2</sup>. Una tarde me llamó a su lado.



**MI MADRE**  
Discípula de Lahiri Mahasaya

“Mukunda, he sido reacio a darte extrañas noticias”. El tono de Ananta tenía una nota de resignación. “Mi temor era inflamar tu deseo de dejar el hogar. Pero en cualquier caso tú estás lleno de fervor divino. Cuando te capturé recientemente de camino al Himalaya, tomé una resolución definitiva. No debo posponer el cumplimiento de mi solemne promesa”. Mi hermano me tendió una pequeña caja y me entregó el mensaje de mi madre.

“¡Permite que estas palabras sean mi última bendición, mi amado hijo Mukunda!”. Había dicho mi madre. “Ha llegado el momento en que debo relatarte una serie de acontecimientos extraordinarios que siguieron a tu nacimiento. Tuve noticia por primera vez del sendero al que estás destinado cuando no eras más que un bebé en mis brazos. Te llevé entonces a casa de mi gurú en Benarés. Casi oculta tras multitud de discípulos, apenas podía ver a Lahiri Mahasaya, sentado en profunda meditación.

“Mientras te acariciaba, rezaba para que el gran gurú nos viera y nos diera su bendición. A medida que mi silencioso ruego devocional crecía en intensidad, abrió los ojos y me hizo señas de que me acercara. Los demás me abrieron camino; me postré a los sagrados pies. Mi maestro te sentó en su regazo, poniendo la mano en tu frente a modo de bautismo espiritual.

“Madrecita, tu hijo será un yogui. Como una locomotora espiritual, llevará muchas almas al reino de Dios”.

“Mi corazón saltaba de gozo al ver mi secreta súplica respondida por el omnisciente gurú. Poco después de tu nacimiento, me dijo que seguirías su camino.

“Más tarde, hijo mío, tu hermana Roma y yo supimos de tu visión de la Gran Luz, cuando desde la habitación de al lado observamos tu inmovilidad en la cama. Tu pequeño rostro estaba iluminado; en tu voz había una férrea resolución cuando hablabas de ir al Himalaya en busca de la Divinidad.

“De esa forma, querido hijo, supe que tu camino se traza lejos de las ambiciones mundanas. El hecho más singular de mi vida me lo confirmó más tarde, un hecho que ahora me impulsa a transmitir este mensaje en mi lecho de muerte.

“Fue una entrevista con un sabio en el Punjab. Cuando nuestra familia vivía en Lahore, una mañana la criada entró precipitadamente en mi habitación.

“Señora, un extraño *sadhu*<sup>3</sup> está aquí. Insiste en “ver a la madre de Mukunda”.

“Estas sencillas palabras tocaron una profunda cuerda en mi interior; fui a recibir inmediatamente al visitante. Me postré a sus pies; presentía que ante mí estaba un verdadero hombre de Dios.

“Madre’, dijo ‘los grandes maestros desean que sepas que tu estancia en la tierra no será larga. Tu próxima enfermedad será la última’<sup>4</sup>. Hubo un silencio, durante el cual no sentí alarma sino sólo una vibración de gran paz. Finalmente se dirigió a mí de nuevo:

“Vas a ser la custodia de cierto amuleto de plata. No te lo daré hoy; para demostrarte la veracidad de mis palabras, el talismán se materializará en tus manos mañana mientras meditas. En tu lecho de muerte debes instruir a tu hijo mayor, Ananta, para que guarde el amuleto durante un año y después lo entregue a tu segundo hijo. Mukunda entenderá el significado del talismán procedente de los grandes. Lo recibirá en el momento en que esté preparado para renunciar a toda esperanza mundana y comenzar su búsqueda vital de Dios. Cuando haya retenido el amuleto durante algunos años y éste haya servido a su propósito, se desvanecerá. Aunque se guarde en el lugar más secreto, regresará al lugar de donde procede’.

“Le di una limosna<sup>5</sup> al santo y me incliné ante él con gran reverencia. Sin tomar la limosna, se marchó con una bendición. Cuando al día siguiente por la tarde estaba sentada con las manos cruzadas durante la meditación, entre mis palmas se materializó un amuleto de plata, tal como el *shadu* había prometido. Lo noté por su contacto frío y suave. Lo he guardado celosamente durante más de dos años y ahora lo dejo al cuidado de Ananta. No te aflijas por mí, seré conducida por mi gurú a los brazos del Infinito. Adiós, hijo mío; la Madre Cósmica te protegerá.

Con la posesión del amuleto recibí una llamarada de iluminación; muchos recuerdos latentes se despertaron. El talismán, una curiosa antigüedad de forma redonda, estaba cubierto de caracteres sánscritos. Comprendí que procedía de maestros de vidas pasadas, que invisiblemente guiaban mis pasos. Tenía además una importancia añadida; pero no se debe dejar totalmente al descubierto el corazón de un amuleto.

Cómo se desvaneció finalmente el talismán en circunstancias profundamente infelices de mi vida y cómo su pérdida fue el heraldo de la ganancia de un gurú, no puede contarse en este capítulo.

Pero el niño, frustrado en sus intentos por llegar al Himalaya, todos los días viajaba lejos en alas de su amuleto.

#### ÍNDICE

- 1 El significado de la raíz sánscrita de *swami* es “aquel que es uno con su Ser (*Swa*)”. Aplicado a un miembro de la orden de monjes india, el título tiene el sentido formal de “el reverendo”. [Volver](#)
- 2 La costumbre india, según la cual los padres eligen la pareja de sus hijos, ha resistido los contundentes asaltos del tiempo. En la India el porcentaje de matrimonios felices es alto. [Volver](#)
- 3 Un anacoreta; quien sigue una *sadhana* o camino de disciplina espiritual. [Volver](#)
- 4 Cuando descubrí por estas palabras que mi madre había tenido conocimiento secreto de su corta vida, comprendí por primera vez por qué había insistido en apresurar el matrimonio de Ananta. Aunque murió antes de la boda, su natural deseo maternal había sido presenciar los ritos. [Volver](#)
- 5 Un gesto habitual de respeto a los *sadhus*. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES





INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 [Contactar](#)

## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Tres

#### El Santo con Dos Cuerpos

"Padre, si prometo volver a casa sin coacción, ¿puedo hacer un viaje turístico a Benarés?". Mi padre no solía poner trabas a mi entusiasmo por viajar. Incluso siendo niño me permitió visitar muchas ciudades y lugares de peregrinación. Generalmente me acompañaban uno o más amigos; viajábamos cómodamente en primera clase con pases proporcionados por mi padre. Su puesto de funcionario de ferrocarril era muy útil para los nómadas de la familia.

Mi padre me prometió tener en cuenta mi petición. Al día siguiente me llamó y me tendió un pase de ida y vuelta de Bareilly a Benarés, varios billetes de rupia y dos cartas.

"Tengo un asunto de negocios que proponer a un amigo de Benarés, Kedar Nath Babu. Desgraciadamente he perdido su dirección. Pero creo que podrás hacerle llegar esta carta a través de nuestro amigo común, Swami Pranabananda. El swami, mi hermano discípulo, ha alcanzando una elevada estatura espiritual. Su compañía será muy beneficiosa para ti; esta segunda nota te servirá de presentación".

Los ojos de mi padre brillaban cuando añadió, "¡Cuidado, nada de huir de casa!".

Partí con el entusiasmo de mis doce años (aunque el tiempo no ha disminuido mi gusto por nuevos paisajes y caras extrañas). Al llegar a Benarés me dirigí inmediatamente al domicilio del swami. La puerta principal estaba abierta; llegué a una habitación alargada, parecida a un vestíbulo, en el segundo piso. Un hombre bastante robusto que no vestía más que un taparrabos, estaba sentado en postura de loto en una plataforma ligeramente elevada. Su cabeza y su cara sin arrugas estaban totalmente afeitados, en sus labios jugueteaba una sonrisa beatífica.

Para disipar mi idea de que tenía que ser presentado, me saludó como a un viejo amigo.

"*Baba anand* (que la dicha esté contigo)". Su bienvenida fue dada calurosamente, con voz infantil. Me arrodillé y toqué sus pies.

"¿Es usted swami Pranabananda?".

Asintió. "¿Eres tú el hijo de Bhagabati?". Lo dijo antes de que yo tuviera tiempo de sacar la carta de mi padre del bolsillo. Asombrado, le tendí la nota de presentación, que ahora parecía superflua.

"Por supuesto localizaré a Kedar Nath Babu". La clarividencia del santo me sorprendió una vez más. Ojeó la carta e hizo algunas alusiones cariñosas a mi padre.

"¿Sabes?, disfruto de dos pensiones. Una gracias a la recomendación de tu padre, para quien trabajé en un tiempo en la oficina del ferrocarril. La otra gracias a la recomendación de mi Padre Celestial, por quien he terminado a conciencia mis deberes terrenales en esta vida".

Su comentario me pareció muy oscuro. "¿Señor, qué clase de pensión recibe del Padre Celestial? ¿Deja Él caer dinero en su regazo?".

Se rió. "Me refiero a una paz insondable –un obsequio por los muchos años de meditación profunda. Ya no ansío dinero. Mis escasas necesidades materiales están ampliamente cubiertas. Más adelante comprenderás la importancia de esta segunda pensión".

De pronto, dando por terminada nuestra conversación, el santo entró en una grave inmovilidad. Le envolvía una atmósfera como de esfinge. Al principio sus ojos brillaban como si estuviera observando algo con interés, después se apagaron. Me sentía cohibido ante lo breve de nuestra conversación; no me había dicho cómo encontrar al amigo de mi padre. Un poco inquieto, miré a mi alrededor en aquella habitación desnuda, en la que no había nada, salvo nosotros dos. Mi ociosa mirada cayó sobre sus sandalias de madera, que estaban debajo de la plataforma en que se sentaba.

"Señorito<sup>1</sup>, no se preocupe. El hombre al que desea ver estará con nosotros dentro de media



SWAMI PRANABANANDA  
"El Santo con Dos Cuerpos"  
Un Elevado Discípulo de Lahiri Mahasaya

hora". ¡El yogui estaba leyendo mi mente –una proeza no muy difícil en aquel momento!

Cayó de nuevo en un silencio inescrutable. Mi reloj me informó de que habían transcurrido treinta minutos.

El swami se despertó por sí solo. "Creo que Kedar Nath Babu está acercándose a la puerta".

Oí que alguien subía las escaleras. Incapaz de comprender lo sucedido me invadió el estupor; mis pensamientos corrían desordenados: "¿Cómo es posible que el amigo de mi padre haya sido convocado a este lugar sin la ayuda de un mensajero?! ¡Desde mi llegada el swami no habló con nadie excepto conmigo!".

Dejé la habitación bruscamente y bajé las escaleras. A medio camino me encontré con un hombre delgado, de tez blanca y mediana estatura. Parecía tener prisa.

"¿Es usted Kedar Nath Babu?". La excitación teñía mi voz.

"Sí. ¿No es usted el hijo de Bhagabati que está aquí esperándome?". Sonrió amistosamente.

"Señor, ¿cómo ha venido usted aquí?". Me sentía resentido y perplejo ante su inexplicable presencia.

"¡Hoy todos son misterios! Hace menos de una hora había terminado mi baño en el Ganges cuando Swami Pranabananda se me acercó. No tengo ni idea de cómo supo que estaba allí en aquel momento.

"El hijo de Bhagabati está esperándole en mi casa", me dijo. '¿Viene usted conmigo?'. Acepté alegremente. Si bien comenzamos a caminar emparejados, el swami, con sus sandalias de madera era extrañamente capaz de dejarme atrás, aunque yo llevaba estos fuertes zapatos para caminar.

"¿Cuánto tiempo tardará usted en llegar a mi casa?". Pranabanandaji se paró de repente para hacerme esta pregunta.

"Alrededor de media hora'.

"En este momento tengo otra cosa que hacer". Me echó una mirada enigmática. 'Debo dejarle atrás. Nos encontraremos en mi casa, donde estaremos esperándole el hijo de Bhagabati y yo'.

"Antes de que pudiera protestar, me dejó atrás con la rapidez del rayo y desapareció entre la multitud. Vine hasta aquí lo más rápidamente posible".

Esta explicación sólo aumentó mi desconcierto. Le pregunté desde cuándo conocía al swami.

"Nos vimos varias veces el año pasado, pero no recientemente. Me alegré mucho de volver a verle hoy en el *ghat* de baño".

"¿No puedo creer lo que estoy oyendo! ¿Estoy volviéndome loco? ¿Le vio usted en visión o le vio realmente, tocó su mano y oyó el sonido de sus pies?".

"¿No sé adónde quiere ir a parar!". Se puso rojo de ira. "No le miento". ¿No comprende que sólo pude saber por el swami que usted estaba aquí esperándome?".

"Ese hombre, Swami Pranabananda, no se me ha perdido de vista un solo momento desde que entré aquí, hace alrededor de una hora". Le conté rápidamente la historia.

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Estamos viviendo en este tiempo material o estamos soñando? ¿Jamás en mi vida esperé asistir a tal milagro! ¡Creía que este swami era tan sólo un hombre corriente y me encuentro con que puede materializar un cuerpo extra y actuar por medio de él!". Entramos juntos en la habitación del santo.

"Mire, esas son las sandalias que llevaba en el *ghat*", me susurró Kedar Nath Babu. "Va vestido únicamente con un taparrabo, tal como yo lo vi".

Cuando el visitante se inclinó ante él, el santo se volvió hacia mí con una sonrisa socarrona.

"¿Por qué les causa estupor? La sutil unidad del mundo fenoménico no se les oculta a los verdaderos yoguis. Veo y hablo en el acto con mis discípulos de la distante Calcuta. Del mismo modo, ellos pueden trascender todos los obstáculos de la burda materia".

Probablemente para estimular el fervor espiritual de mi joven pecho, el swami condescendió a hablarme de sus poderes de radio y televisión astral<sup>2</sup>. Pero en vez de entusiasmo experimenté sólo un miedo teñido de asombro. Puesto que estaba destinado a emprender mi búsqueda divina con un gurú concreto –Sri Yukteswar, a quien todavía no conocía– no me sentí inclinado a aceptar a Pranabananda como maestro. Le observaba con reserva, preguntándole si era él o su contraparte quien estaba ante mí.

El maestro trató de desvanecer mi inquietud dedicándome una mirada que despertaba el alma y con algunas inspiradoras palabras sobre su gurú.

"Lahiri Mahasaya fue el mayor yogui que yo conocí. Era la Divinidad misma en forma carnal".

Si un discípulo, pensé, podía materializar una forma carnal extra a voluntad, ¿qué milagros quedarían fuera del alcance de su maestro?

"Te contaré lo inapreciable que es la ayuda de un gurú. Yo solía meditar con otro discípulo

ocho horas todas las noches. Durante el día teníamos que trabajar en la oficina del ferrocarril. Resultándome difícil sacar adelante mis deberes de oficinista, deseaba dedicar todo mi tiempo a Dios. Durante ocho años perseveré, meditando la mitad de la noche. Obtuve resultados maravillosos; extraordinarias percepciones espirituales iluminaron mi mente. Pero un pequeño velo permanecía siempre entre el Infinito y yo. Aún con fervor sobrehumano, veía que la irrevocable unión última se me negaba. Una tarde fui a ver a Lahiri Mahasaya y supliqué su intercesión divina. Permanecí importunándole toda la noche.

“Ángélico Gurú, ¡mi angustia espiritual es tal que no puedo soportar por más tiempo mi vida sin encontrarme cara a cara con el Gran Amado!”.

“¿Qué puedo hacer yo? Tienes que meditar más profundamente”.

“Recurro a Ti, ¡Oh Dios mi Maestro! Te he visto materializado ante mí en un cuerpo físico; ¡bendíceme para que pueda percibirte en tu forma infinita!”.

“Lahiri Mahasaya extendió su mano con gesto benévolo. ‘Debes irte y meditar. He intercedido por ti ante Brahma’<sup>3</sup>.”

“Inmensamente elevado, regresé a casa. Aquella noche, meditando, alcancé la encendida Meta de mi vida. Ahora disfruto incesantemente de la pensión espiritual. Desde aquel día el Gozoso Creador no queda oculto a mis ojos tras ninguna pantalla de ilusión”.

El rostro de Pranabananda estaba bañado de luz divina. La paz de otro mundo penetró en mi corazón; todo miedo huyó. El santo me hizo una confidencia más.

“Algunos meses después volví a Lahiri Mahasaya e intenté darle las gracias por concederme el regalo infinito. Después le mencioné otro asunto.

“Divino Gurú, no puedo seguir trabajando en la oficina. Por favor libérame. Brahma me tiene siempre embriagado”.

“Solicita una pensión a tu empresa”.

“¿Qué razón daré cuando llevo tan pocos años en el servicio?”.

“Di lo que sientes”.

“Al día siguiente presenté la solicitud. El doctor me preguntó los motivos de una petición tan prematura.

“En el trabajo experimento una intensísima sensación que sube por mi columna<sup>4</sup>. Impregna todo mi cuerpo, incapacitándome para el cumplimiento de mis deberes”.

“Sin más preguntas el médico me recomendó vivamente para una pensión, que recibí pronto. Sé que la divina voluntad de Lahiri Mahasaya actuó a través del doctor y los funcionarios del ferrocarril, incluido tu padre. Ellos obedecieron automáticamente las instrucciones espirituales del gran gurú y me liberaron para una vida de comunión ininterrumpida con el Amado<sup>5</sup>.”

Tras su extraordinaria revelación, Swami Pranabananda se retiró a uno de sus largos silencios. Como aproveché para marcharme, tocando sus pies reverentemente, me dio su bendición:

“Tu vida pertenece al sendero de la renuncia y el yoga. Volveré a verte, con tu padre, más adelante”. Los años confirmaron ambas predicciones<sup>6</sup>.

Kedar Nath Babu caminó a mi lado en medio de la creciente oscuridad. Le entregué la carta de mi padre, que leyó en la calle, bajo una farola.

“Su padre me sugiere que acepte un puesto en la oficina de su compañía ferroviaria en Calcuta. ¡Qué grato esperar con ansia al menos una de las pensiones que disfruta Swami Pranabananda! Pero me es imposible; no puedo dejar Benarés. ¡Ay, dos cuerpos todavía no son para mí!”.

ÍNDICE

<sup>1</sup> *Choto Mahasaya* es el término con el que se dirigieron a mí varios santos indios. Se traduce como “pequeño señor”, “señorito”. [Volver](#)

<sup>2</sup> A su modo, la ciencia física está confirmando la validez de las leyes descubiertas por los yoguis gracias a la ciencia mental. Por ejemplo, el 26 de Noviembre de 1934, se hizo, en la Universidad Real de Roma, una demostración de que el hombre tiene poderes de televisión. “El Dr. Giuseppe Calligaris, profesor de neurofisiología, presionó ciertos puntos del cuerpo de un individuo y éste respondió con minuciosas descripciones de personas y objetos situados al otro lado de la pared. El Dr. Calligaris dijo a los demás profesores que si se excitan ciertas áreas de la piel, el individuo recibe impresiones suprasensoriales que le hacen capaz de ver objetos que de otra forma no podría percibir. Para que el individuo pudiera distinguir cosas al otro lado de la pared, el profesor Calligaris presionó un punto de la parte derecha del tórax durante cinco minutos. El Dr. Calligaris dijo que si se actuara sobre otras partes del cuerpo, los individuos podrían ver objetos a distancia, sin importar que no los hubieran visto nunca con anterioridad”. [Volver](#)

<sup>3</sup> Dios en Su aspecto de Creador; de la raíz sánscrita *brih*, expandir. Cuando el poema de Emerson *Brahma* apareció en el *Atlantic Monthly*, en 1857, la mayoría de los lectores quedaron desconcertados. Emerson se rió. “Decídesle”, aseguró, “que le llamen ‘Jehová’ en vez de ‘Brahma’ y no sentirán ninguna perplejidad”. [Volver](#)

<sup>4</sup> Durante la meditación profunda, la primera experiencia del Espíritu se produce en el altar de la columna y después en el cerebro. La torrencial dicha es intensísima, pero el yogui aprende a controlar sus manifestaciones externas. [Volver](#)

5 Tras su jubilación, Pranabananda escribió uno de los comentarios más profundos al *Bhagavad Gita*, disponible en bengali e hindi. [Volver](#)

6 Ver Capítulo 27. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)

[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Cuatro

#### Mi Interrumpida Huída al Himalaya

“Sal de clase con cualquier pretexto y contrata un coche de alquiler. Para en la callejuela donde no pueda verte nadie de mi casa”.

Éstas fueron mis últimas instrucciones a Amar Mitter, un amigo de la escuela secundaria que planeaba acompañarme al Himalaya. Habíamos elegido el día siguiente para nuestra huída. Era necesario tener precaución, pues Ananta estaba alerta. Sospechaba que los planes de escapada me preocupaban más que ninguna otra cosa y estaba decidido a desbaratarlos. El amuleto, como levadura espiritual, hacía silenciosamente su trabajo dentro de mí. Entre las nieves del Himalaya esperaba encontrar al maestro cuyo rostro se me aparecía con frecuencia en visiones.

Ahora la familia vivía en Calcuta, a donde mi padre había sido destinado definitivamente. Siguiendo la costumbre patriarcal india, Ananta había llevado a su novia a vivir a nuestra casa, en el número 4 de Gurpar Road. Allí, en una pequeña habitación del ático, yo me entregaba a la meditación diaria y preparaba mi mente para la búsqueda divina.

La memorable mañana llegó con una lluvia poco propicia. Al sentir las ruedas del coche de Amar en la calle, lié apresuradamente una manta, un par de sandalias, la foto de Lahiri Mahasaya, una copia del *Bhagavad Gita*, una sarta de cuentas para rezar y dos taparrabos. Tiré el fardo por la ventana de mi tercer piso. Corrí escaleras abajo y pasé por delante de mi tío, que compraba pescado en la puerta.

“¿A qué se debe tanta excitación?”. Su mirada me recorrió receloso.

Le dediqué una sonrisa evasiva y me dirigí a la callejuela. Recobrando mi lío, me uní a Amar con cautela conspiratoria. Nos dirigimos a Chadni Chowk, un centro comercial. Habíamos estado ahorrando dinero durante meses para comprar ropa inglesa. Sabiendo que mi astuto hermano podría jugar perfectamente el papel de detective, pensamos burlarle con un atuendo europeo.

Camino de la estación nos detuvimos para recoger a mi primo, Jotin Ghosh, a quien yo llamaba Jatinda. Era un converso reciente, anhelante de un gurú en el Himalaya. Se puso la nueva ropa que habíamos preparado. ¡Bien camuflados, esperábamos! Un profundo entusiasmo se adueñó de nuestro corazón.

“Lo que necesitamos ahora son zapatos de lona”. Conduje a mis compañeros a una tienda que vendía calzado con suelo de goma. “Los objetos de piel, conseguidos tan sólo con el sacrificio de los animales, deben estar ausentes de este viaje sagrado”. Me detuve en la calle para quitar la cubierta de piel de mi *Bhagavad Gita* y las tiras de cuero de mi *salacot* de confección inglesa.

En la estación sacamos billetes para Burdwan, donde proyectábamos hacer transbordo para Hardwar, en las estribaciones del Himalaya. Tan pronto como el tren, al igual que nosotros, se dio a la fuga, di rienda suelta a algunas de mis maravillosas expectativas.

“¡Imaginad!”, exclamé. “Seremos iniciados por los maestros y experimentaremos el éxtasis de la conciencia cósmica. Nuestro cuerpo se cargará con tal magnetismo, que los animales salvajes del Himalaya se nos acercarán dócilmente. ¡Los tigres no serán sino mansos gatos domésticos en espera de nuestras caricias!”.

Este comentario –pintando una perspectiva que yo consideraba fascinante tanto metafórica como literalmente– hizo aparecer una entusiasta sonrisa en Amar. Pero Jatinda desvió la mirada hacia la ventanilla, dirigiéndola hacia el huido paisaje.

“Dividamos el dinero en tres partes”. Jatinda rompió el silencio con esta sugerencia. “Cada uno comprará su propio billete en Burdwan. Así en la estación nadie supondrá que estamos fugándonos juntos”.

Asentí confiadamente. Nuestro tren llegó a Burdwan al anochecer. Jatinda entró en el despacho de billetes; Amar y yo nos sentamos en el andén. Esperamos quince minutos, después hicimos toda clase de indagaciones infructuosas. Buscando en todas direcciones, gritamos el nombre de Jatinda con el apremio del miedo. Pero se había desvanecido en la ignota oscuridad que envolvía la pequeña estación.

Yo estaba totalmente desconcertado, conmocionado por un extraño aturdimiento. ¡Que Dios consintiera este deprimente episodio! La romántica ocasión de mi primera huída cuidadosamente preparada en pos de Él era cruelmente echada a perder.

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

"Amar, tenemos que volver a casa". Lloraba como un niño. "La desconsiderada partida de Jatinda es un mal presagio. Este viaje está condenado al fracaso".

"¿Es ése tu amor por el Señor? ¿Eres incapaz de resistir la pequeña prueba de un compañero traidor?".

Gracias a la sugerencia de Amar de una prueba divina, mi corazón se tranquilizó. Nos refrescamos con los famosos dulces de Burdwan, *sitabhog* (comida de diosas) y *motichur* (perlas dulces). Algunas horas más tarde tomamos el tren para Hardwar, vía Bareilly. En el transbordo en Moghul Serai, tratamos de un asunto vital mientras esperábamos en el andén.

"Amar, quizá pronto seamos interrogados minuciosamente por los funcionarios del ferrocarril. ¡No subestimo la astucia de mi hermano! No importa cuáles sean las consecuencia, yo no mentiré".

"Mukunda, todo lo que te pido es que mantengas la calma. No te rías o hagas muecas mientras yo hablo".

En ese momento me abordó un agente de estación europeo. Blandía un telegrama, cuya trascendencia comprendí inmediatamente.

"¿Estás huyendo de casa por un arrebato de enfado?".

"¡No!". Me alegré de que las palabras que eligió me permitieran responder con énfasis. Sabía que de mi comportamiento poco convencional no era responsable ningún enfado, sino "la más divina melancolía".

El oficial se volvió hacia Amar. El duelo de ingenio que siguió difícilmente me permitió mantener la estoica gravedad recomendable.

"¿Dónde está el tercer chico?". El hombre infundió un timbre de autoridad a su voz. "¡Vamos, di la verdad!".

"Señor, veo que lleva usted gafas. ¿No ve que sólo somos dos?". Amar sonrió con descaro. "No soy mago; no puedo hacer aparecer un tercer compañero".

El funcionario, visiblemente desconcertado por su impertinencia, buscó un nuevo terreno de ataque.

"¿Cómo se llama usted?".

"Me llamo Thomas. Soy hijo de madre inglesa y padre indio convertido al cristianismo".

"¿Cómo se llama su amigo?".

"Yo le llamo Thompson".

Para entonces mis risas internas habían llegado al cenit; sin más ceremonias me dirigí hacia el tren, que pitaba para salir. Amar me siguió con el funcionario, que fue suficientemente crédulo y atento como para ponernos en un departamento para europeos. Evidentemente le dolía pensar que dos chicos medio ingleses viajaban en la sección asignada a los nativos. Una vez que salió, despidiéndose con toda cortesía, me eché hacia atrás en el asiento y reí sin poder contenerme. Mi amigo lucía una expresión de risueña satisfacción por haber sido más listo que un veterano funcionario europeo.

En el andén había logrado leer el telegrama. Era de mi hermano, decía lo siguiente: "Tres chicos bengalíes en ropa inglesa huyen de casa hacia Hardwar vía Moghul Serai. Por favor reténgalos hasta mi llegada. Generosa recompensa por sus servicios".

"Amar, te dije que no dejaras horarios marcados en tu casa". Mi mirada era de reproche. "Mi hermano ha debido encontrar uno".

Mi amigo reconoció avergonzado la verdad. Nos detuvimos brevemente en Bareilly, donde Dwarka Prasad nos esperaba con un telegrama de Ananta. Mi viejo amigo intentó en vano retenernos; le convencí de que nuestra escapada no debía ser tomada a la ligera. Como en la ocasión anterior, Dwarka rechazó mi invitación de partir para el Himalaya.

Esa noche, mientras nuestro tren estaba detenido en una estación y yo estaba medio dormido, a Amar le despertó otro inquisitivo funcionario. También él cayó víctima del híbrido hechizo de "Thomas" y "Thompson". El tren nos llevó triunfalmente a un amanecer en Hardwar. Las majestuosas montañas surgían en la distancia, invitándonos. Atravesamos la estación como un rayo y nos unimos a la libertad del gentío de la ciudad. Lo primero que hicimos fue cambiar nuestro traje por ropa autóctona, ya que por alguna razón Ananta había calado nuestro disfraz europeo. Una premonición de captura agobiaba mi mente.

Juzgando conveniente dejar de inmediato Hardwar, sacamos los billetes para Rishikesh, una tierra largamente santificada por los pies de muchos maestros. Yo ya había subido al tren, Amar quedó rezagado en el andén. Fue detenido repentinamente por el alto de un policía. Nuestro inoportuno guardián nos escoltó hasta una dependencia de la estación y se hizo cargo de nuestro dinero. Nos explicó cortésmente que era su deber retenernos hasta que llegara mi hermano mayor.

Al saber que nuestro objetivo al "hacer novillos" era el Himalaya, el funcionario nos contó una extraña historia.

"¡Veo que os vuelven locos los santos! Nunca encontraréis un hombre de Dios más grande que

el que yo vi ayer, sin ir más lejos. Mi compañero y yo lo encontramos por primera vez hace cinco días. Estábamos patrullando por el Ganges, buscando, ojo avizor, a un asesino. Nuestras instrucciones eran capturarlo vivo o muerto. Se sabía que para robar a los peregrinos se hacía pasar por un *sadhu*. No muy lejos de nosotros divisamos a un personaje que se parecía a la descripción del criminal. No hizo caso de nuestra orden de detenerse. Cuando nos acercamos a él por la espalda, blandí mi hacha con una fuerza tremenda; el brazo derecho del hombre quedó separado casi por completo del cuerpo.

“Sin protestar ni mirar siquiera la espantosa herida, el desconocido, por increíble que parezca, continuó su rápida marcha. Cuando nos plantamos delante de él, dijo tranquilamente.

“No soy el asesino que están buscando’.

“Yo me sentía profundamente apesadumbrado al ver que había herido la persona de un sabio de aspecto divino. Postrándome a sus pies, imploré su perdón y ofrecí mi turbante para contener los intensos borbotones de sangre.

“Hijo, fue sólo un error comprensible de tu parte’. El santo me miró con dulzura. ‘Vete y no te hagas reproches. La Madre Divina me cuidará’. Apretó su brazo colgante contra el muñón y... ¡se pegó!; inexplicablemente la sangre dejó de manar.

“Ven a verme bajo aquel árbol dentro de tres días y me encontrarás totalmente curado. Así no tendrás remordimientos’.

“Ayer mi camarada y yo fuimos con ansiedad al lugar señalado. El *sadhu* estaba allí y nos permitió examinar su brazo. ¡No mostraba cicatriz ni traza de herida!

“Me dirijo a Rishikesh de camino a las soledades del Himalaya’. Nos bendijo y se marchó rápidamente. Sentí que gracias a su santidad me había hecho mejor”.

El agente concluyó con una exclamación piadosa; era obvio que la experiencia le había conmovido más allá de su nivel espiritual acostumbrado. Con un gesto imponente me tendió un recorte sobre el milagro. En el incoherente estilo propio de los periódicos sensacionalistas (que, desafortunadamente, no faltan en la India), la versión del periodista estaba ligeramente exagerada: informaba que el *sadhu* casi había sido ¡decapitado!

Amar y yo lamentamos habernos perdido al gran yogui que podía perdonar a su perseguidor de una forma tan cristiana. La India, materialmente pobre desde hace dos siglos, tiene todavía una reserva inagotable de riqueza divina; de vez en cuando es posible encontrar “rascacielos” espirituales al borde del camino, incluso por parte de hombres mundanos como el policía.

Agradecemos al agente aliviar nuestro tedio con su maravillosa historia. Probablemente él estaba dando a entender que era más afortunado que nosotros: había conocido sin esfuerzo a un santo iluminado; nuestra ferviente búsqueda había terminado, no a los pies de un maestro, ¡sino en una tosca comisaría!

Tan cerca del Himalaya y sin embargo, en nuestra cautividad, tan lejos, le dije a Amar que me sentía doblemente impelido a buscar la libertad.

“Escapémonos a la menor oportunidad. Podemos ir a pie hasta la sagrada Rishikesh”. Sonreí de un modo alentador.

Pero mi compañero se había vuelto pesimista tan pronto como se nos retiró el fuerte puntal de nuestro dinero.

“Si nos aventuramos en una caminata a través de la peligrosa jungla, terminaremos, no en la ciudad de los santos, ¡sino en el estómago de los tigres!”.

Ananta y el hermano de Amar llegaron tres días más tarde. Amar recibió a su hermano cariñosamente y con alivio. Yo estaba irreconciliable. Todo lo que consiguió Ananta de mí fue una dura censura.

“Comprendo cómo te sientes”. Mi hermano hablaba en tono conciliador. “Lo único que te pido es que me acompañes a Benarés a conocer a cierto santo y vayas a Calcuta a pasar unos días con tu afligido padre. Después puedes reanudar aquí tu búsqueda de un maestro”.

Amar entró en ese momento en la conversación para afirmar que no tenía ninguna intención de volver a Hardwar conmigo. Estaba disfrutando del calor familiar. Pero yo sabía que por mi parte nunca abandonaría la búsqueda de mi gurú.

Nuestro grupo tomó el tren para Benarés. Allí tuve una singular e inmediata respuesta a mis oraciones.

Ananta había arreglado de antemano un astuto plan. Antes de ir a recogerme a Hardwar se había detenido en Benarés para pedir a cierta autoridad en las escrituras que me recibiera más tarde. El pundit y su hijo habían prometido emprender la tarea de disuadirme del sendero de un *sannyasi*<sup>1</sup>.

Ananta me llevó a su casa. El hijo, un joven de maneras vivaces, me recibió en el patio. Me envolvió en un largo discurso filosófico. Pretendiendo tener un clarividente conocimiento de mi futuro, descartó mi idea de ser monje.

“¡Conocerás una desgracia continua y serás incapaz de encontrar a Dios si insistes en abandonar tus responsabilidades! No podrás agotar tu karma<sup>2</sup> pasado sin experiencias mundanas”.



Las inmortales palabras de Krishna salieron de mis labios en respuesta: “Incluso la persona de peor karma que medite incesantemente en Mí, se deshace rápidamente de los efectos de sus malas acciones del pasado. Convirtiéndose en un ser dotado de una gran alma, pronto alcanza la paz eterna. Arjuna, ten esto por cierto: ¡el devoto que pone su confianza en Mí jamás perecerá!”<sup>3</sup>.



(Izquierda) Estoy de pie detrás de mi hermano mayor, Ananta. (Derecha) La última Fiesta del Solsticio celebrada por Sri Yukteswar, Diciembre, 1935. Mi Gurú está sentado en el centro, yo aparezco a su derecha, en el gran patio de su ermita en Serampore.

Pero el contundente pronóstico del joven había hecho tambalearse ligeramente mi confianza. Con todo el fervor de mi corazón oré silenciosamente a Dios:

“¡Por favor, sácame del desconcierto y respóndeme aquí y ahora si quieres que lleve la vida de un renunciante o de un hombre de mundo!”.

Observé que un *sadhu* de noble semblante estaba de pie justo por fuera del patio de la casa del pundit. Evidentemente había oído la animada conversación entre el supuesto clarividente y yo, pues el extraño me llamó a su lado. Sentí que de sus calmados ojos fluía un tremendo poder.

“Hijo, no escuches a ese ignorante. En respuesta a tu oración, el Señor me dice que te asegure que tu único sendero es el de renunciante”.

Con asombro y gratitud sonreí feliz al recibir este mensaje decisivo.

“¡Despréndete de ese hombre!”. El “ignorante” me llamaba desde el patio. Mi santo guía levantó la mano bendiciéndome y se marchó despacio.

“Ese *sadhu* está tan loco como tú”. Fue el pundit anciano quien hizo esta encantadora observación. Él y su hijo me miraban lúgubremente. “He oído que también él abandonó su hogar en una vaga búsqueda de Dios”.

Me di media vuelta. Le dije a Ananta que no quería enzarzarme en más discusiones con nuestros anfitriones. Mi hermano estuvo de acuerdo conmigo en marcharnos inmediatamente; pronto tomamos el tren para Calcuta.

“Señor detective, ¿cómo descubrió usted que había huido con dos compañeros?”. Descargué en Ananta mi viva curiosidad en el viaje hacia casa. Sonrió maliciosamente.

“En el colegio supe que Amar había salido de clase y no había vuelto. A la mañana siguiente fui a su casa y encontré un horario de trenes marcado. El padre de Amar acababa de salir en un carruaje y estaba hablando con el cochero.

“Hoy mi hijo no viene conmigo. ¡Ha desaparecido!”, gemía el padre.

“Le oí decir a un compañero que su hijo y otros dos, vestidos con trajes europeos, se subieron al tren en la estación de Howrah”, dijo el hombre. ‘Le regalaron sus zapatos de piel al cochero’.

“Así pues tenía tres pistas, el horario de trenes, el trío de chicos y las ropas inglesas”.

Escuchaba las revelaciones de Ananta con una mezcla de risa y disgusto. ¡Nuestra generosidad hacia el cochero había sido un tanto desacertada!

“Por supuesto mandé rápidamente telegramas a los funcionarios de estación de las ciudades que Amar había señalado en el horario de trenes. Había marcado Bareilly, así que telegrafíé a tu amigo Dwarka. Después de preguntar en nuestra vecindad de Calcuta, supe que tu primo Jatinda había estado ausente una noche, pero que había llegado a casa a la mañana siguiente con atuendo inglés. Fui a buscarle y le invité a cenar. Aceptó, desarmado por la manera amistosa de conducirme. Por el camino le llevé insospechadamente a una comisaría. Se vio rodeado por varios agentes que yo había elegido con anterioridad por su fiera apariencia. Bajo su temible mirada, Jatinda consintió en relatar su misteriosa conducta.

“Salí hacia el Himalaya con un fuerte sentimiento espiritual”, explicó. ‘Me sentía lleno de inspiración ante la perspectiva de conocer a los maestros. Pero en cuanto Mukunda dijo, “Durante nuestros éxtasis en las cuevas del Himalaya, los tigres quedarán hechizados y nos rodearán como gatitos”, mi ánimo se congeló; en mi frente aparecieron gotas de sudor. “¿Cómo?



”, pensé. “Si la despiadada naturaleza de los tigres no se transforma gracias al poder espiritual de nuestro éxtasis, ¿nos tratarán con la delicadeza de gatos domésticos?”. Con los ojos de la mente ya me veía prisionero forzoso en el estómago de algún tigre, entrando en él no de una sola vez, con todo el cuerpo, ¡sino por entregas de cada una de sus numerosas partes!”.

Mi enojo por la desaparición de Jatinda se evaporó con la risa. La graciosísima continuación en el tren me compensó de toda la angustia que me había causado. Debo confesar que sentí una ligera satisfacción: ¡tampoco Jatinda se había escapado del encontronazo con la policía!

“Ananta<sup>4</sup>, ¡has nacido para sabueso! Mi risueña mirada no estaba exenta de exasperación. “Y le diré a Jatinda que me alegro de que se viera empujado, no por el ánimo de traicionarnos, como parecía, ¡sino sólo por el prudente instinto de conservación!”.

Ya en casa, en Calcuta, mi padre me pidió enternecedoramente que pusiera freno a mis andariegos pies, al menos hasta que terminara los estudios en la escuela secundaria. En mi ausencia, movido por la ternura, había concebido la idea de acordar con un santo pundit, Swami Kebalananda<sup>5</sup>, que viniera a casa regularmente.

“El sabio será tu profesor de sánscrito”, me anunció mi padre lleno de confianza.

Mi padre esperaba satisfacer mi anhelo religioso gracias a las enseñanzas de un docto filósofo. Pero las tornas se volvieron sutilmente: mi nuevo profesor, lejos de ofrecerme arideces intelectuales, avivó las brasas de mi aspiración por Dios. Mi padre no sabía que Swami Kebalananda era un exaltado discípulo de Lahiri Mahasaya. El incomparable gurú tenía miles de discípulos, atraídos hacia él silenciosamente por su magnetismo divino. Más tarde supe que Lahiri Mahasaya con frecuencia calificaba a Kebalananda de *rishi* y sabio iluminado.

Hermosos y abundantes bucles enmarcaban el bello rostro de mi profesor. Sus oscuros ojos eran candorosos, con la transparencia de los de un niño. Todos los movimientos de su ligero cuerpo se distinguían por su apacible calma. Siempre amable y cariñoso, estaba firmemente establecido en la conciencia infinita. Muchas de nuestras felices horas juntos pasaron en profunda meditación *Kriya*.

Kebalananda era considerado una autoridad en los antiguos *shastras* o libros sagrados: su erudición le había valido el título de “Shastri Mahasaya”, con el que era designado normalmente. Pero mis progresos en erudición sánscrita no fueron de notar. Yo buscaba cualquier oportunidad para olvidar la prosaica gramática y hablar de yoga y de Lahiri Mahasaya. Un día mi profesor me complació contándome algo de su propia vida con el maestro.

“Con rara fortuna, pude permanecer cerca de Lahiri Mahasaya durante diez años. Su casa en Benarés era mi destino nocturno de peregrinación. El gurú estaba siempre en su pequeño salón del frente, en el primer piso. Mientras se sentaba en postura de loto en un asiento de madera sin respaldo, sus discípulos, en semicírculo, formaban a su alrededor una guirnalda. Sus ojos centelleaban y danzaban con el júbilo de la divinidad. Estaban siempre medio cerrados, asomándose por la órbita telescópica interior a una esfera de gozo eterno. Casi nunca hablaba extensamente. A veces su mirada se fijaba en un alumno que necesitaba ayuda; curativas palabras eran vertidas entonces como un torrente de luz.

“Una paz indescriptible me invadía al ver al maestro. Su fragancia me penetraba como si procediera de un loto del infinito. Estar con él, aún sin intercambiar una palabra durante días, fue una experiencia que transformó todo mi ser. Si cualquier invisible barrera se levantaba en el camino de mi concentración, meditaba a los pies del gurú. Allí se ponían fácilmente a mi alcance los más sutiles estados. Tales percepciones se me escapaban en presencia de maestros menores. El maestro vivía en el templo de Dios, cuyas puertas secretas se abrieron para todos los discípulos a través de la devoción.

“Lahiri Mahasaya no era un intérprete libresco de las escrituras. Se sumergía sin esfuerzo en la ‘biblioteca divina’. De la fuente de su omnisciencia se derramaban espumas de palabras, se rociaban pensamientos. Poseía la maravillosa llave con que abrir la profunda ciencia filosófica encerrada en los *Vedas*<sup>6</sup> hace tanto tiempo. Si se le pedía que explicara los diferentes planos de conciencia mencionados en los textos antiguos, accedía con una sonrisa.

“‘Experimentaré esos estados y enseguida os diré lo que percibo’. Era diametralmente opuesto a los profesores que confían las escrituras a la memoria y después ofrecen abstracciones que no han probado por sí mismos.

“‘Por favor, explica las estrofas sagradas tal como se te pase por la mente’. Con frecuencia el taciturno gurú daba esta instrucción a algún discípulo cercano. ‘Yo guiaré tus pensamientos, que se plasme la interpretación correcta’. De esta forma se registraron muchas de las percepciones de Lahiri Mahasaya, con voluminosos comentarios de distintos alumnos.

“El maestro jamás abogó por la creencia servil. ‘Las palabras son sólo un caparazón’, decía. ‘Obtened la convicción de la presencia de Dios a través de vuestro feliz contacto personal durante la meditación’.

“Fuera cual fuera el problema del discípulo, el gurú aconsejaba *Kriya Yoga* para solucionarlo.

“‘La llave yóguica no perderá su eficacia para guiaros cuando yo deje de estar presente en el cuerpo. Esta técnica no puede prohibirse, archivar o olvidarse, como lo hacen las inspiraciones teóricas. Continúa incesantemente por el sendero de la liberación a través de *Kriya*, cuyo poder reside en la práctica’.

“Considero *Kriya* el recurso de salvación gracias al esfuerzo personal más efectivo desarrollado jamás en la búsqueda humana del Infinito”. Kebalananda concluyó con esta ferviente declaración. “Utilizándolo, el Dios omnipotente oculto en todo hombre se encarnó visiblemente en Lahiri Mahasaya y en algunos de sus discípulos”.

Lahiri Mahasaya realizó en presencia de Kebalananda un milagro similar a los de Cristo. Mi santo profesor me contó la historia un día, con los ojos muy lejos del texto sánscrito que teníamos delante.

“Un discípulo ciego, Ramu, despertaba en mí una viva piedad. ¿Sus ojos debían carecer de luz cuando servía con fe a nuestro maestro, en quien resplandecía la Divinidad? Una mañana quise hablar con Ramu, pero estuvo sentado durante horas abanicando pacientemente al gurú con una hoja de palma de *punkha* hecha a mano. Cuando el devoto salió por fin de la habitación, le seguí.

“‘Ramu, ¿desde cuando estás ciego?’.

“‘¿Desde que nací, señor! Mis ojos jamás han sido bendecidos con un destello del sol’.

“‘Nuestro omnipotente gurú puede ayudarte. Por favor, pídeselo’.

“Al día siguiente Ramu se acercó tímidamente a Lahiri Mahasaya. El discípulo se sentía casi avergonzado al pedir que la riqueza física se sumara a su superabundancia espiritual.

“‘Maestro, el Iluminador del cosmos está en usted. Le ruego que traiga Su luz a mis ojos para que pueda percibir hasta el más ligero resplandor del sol’.

“‘Ramu, alguien se ha confabulado para ponerme en una situación difícil. Yo no tengo poderes curativos’.

“‘Señor, sin duda el Uno Infinito que está en su interior puede curar’.

“‘Eso es otra cosa, Ramu. ¡Dios no tiene límite! Quien enciende las estrellas y las células del cuerpo con misteriosa vida refulgente, sin duda puede llevar a tus ojos el brillo de la visión’.

“El maestro tocó la frente de Ramu en el entrecejo<sup>7</sup>.

“‘Concentra aquí tu mente y durante siete días canta con frecuencia el nombre del profeta Rama<sup>8</sup>. El esplendor del sol tendrá un amanecer especial para ti’.

“¡Así se cumplió, en una semana! Por primera vez Ramu contempló el hermoso rostro de la naturaleza. El Uno Omnisciente dirigió infaliblemente a su discípulo a repetir el nombre de Rama, adorado por él por encima de los demás santos. La fe de Ramu era el arado suelo devocional en que brotó la poderosa semilla de la curación permanente del gurú”. Kebalananda guardó silencio durante un momento, a continuación rindió un tributo más a su gurú.

“En todos los milagros realizados por Lahiri Mahasaya, era evidente que jamás permitía que el principio del ego<sup>9</sup> se considerara la fuerza causativa. Gracias a su perfecta entrega sin resistencia, el maestro podía hacer que el Poder Curativo Absoluto fluyera a través de él.

“Las numerosas personas que fueron espectacularmente curadas por Lahiri Mahasaya finalmente tuvieron que alimentar el fuego de la cremación. Pero los silenciosos despertares espirituales que efectuó, los discípulos similares a Cristo que moldeó, son sus milagros imperecederos”.

Nunca me convertí en un erudito en sánscrito; Kebalananda me enseñó la sintaxis divina.

ÍNDICE

1 Literalmente “renunciante”. De la raíz verbal sánscrita “apartar de sí”. [Volver](#)

2 Los efectos de las acciones del pasado, de esta vida o de vidas anteriores; de la raíz sánscrita *kri*, “hacer”. [Volver](#)

3 *Bhagavad Gita*, IX, 30-31. Krishna fue el mayor profeta de la India; Arjuna era su principal discípulo. [Volver](#)

4 Yo siempre me dirigía a él como Ananta-da. *Da* es un sufijo que reciben en la India los hermanos mayores por parte de los hermanos y hermanas pequeños. [Volver](#)

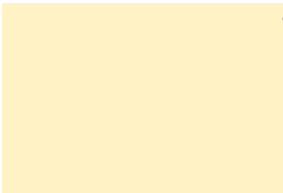
5 Cuando le conocí, Kebalananda todavía no había ingresado en la Orden de los Swamis y se le llamaba normalmente “Shastri Mahasaya”. Para evitar confusiones con el nombre de Lahiri Mahasaya y con el Maestro Mahasaya (capítulo 9), me referiré a mi profesor de sánscrito únicamente por su nombre monástico de Swami Kebalananda. Su biografía se ha publicado recientemente en bengalí. Nacido en el distrito bengalí de Khulna en 1863, Kebalananda abandonó su cuerpo en Benarés a la edad de setenta y siete años. Su nombre de familia era Ashutosh Chatterji. [Volver](#)

6 Los antiguos cuatro *Vedas* contienen los más de 100 libros canónicos existentes. En su *Diario*, Emerson rinde el siguiente tributo al pensamiento védico: “Es sublime como el calor y la noche y un mar en calma. Contiene todos los sentimientos religiosos, todas las grandes éticas que visitan las nobles mentes poéticas... No sirve de nada dejar el libro a un lado; si me confío a los bosques o a una barca en la laguna, la Naturaleza hace de mí un *Brahmin*: necesidad constante, compensación constante, insondable poder, ininterrumpido silencio ... Éste es su credo. Paz, me dice y pureza y absoluto abandono, estas panaceas expían todo pecado y te llevan a la beatitud de los Ocho dioses”. [Volver](#)

7 El asiento del ojo espiritual u “ojo único”. Al morir, normalmente la conciencia del ser humano es atraída hacia ese lugar sagrado; esto explica que los difuntos tengan los ojos levantados. [Volver](#)

8 El personaje principal del poema épico sánscrito titulado *Ramayana*. [Volver](#)

9 *Ahamkara*, egoísmo; literalmente “Yo hago”. La causa primordial de la dualidad o engaño de *maya*, por la cual el sujeto (ego) se presenta como objeto; los individuos imaginan que son los creadores. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)  
[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Cinco

### Un “Santo de los Perfumes” Muestra sus Prodigios

“Todo tiene su estación y cada cosa bajo los cielos su momento”.

No poseía la sabiduría de Salomón para consolarme; cada vez que salía de casa buscaba por todas partes el rostro del gurú que me estaba destinado. Pero mi camino no se cruzó con el suyo hasta que no terminé los estudios secundarios.

Pasaron dos años desde que hui con Amar hacia el Himalaya hasta el gran día en que Sri Yukteswar llegó a mi vida. En el ínterin conocí a varios sabios, el “Santo de los Perfumes”, el “Swami de los Tigres”, Nagendra Nath Bhaduri, el Maestro Mahasaya y el famoso científico bengalí Jagadis Chandra Bose.

Mi encuentro con el “Santo de los Perfumes” tuvo dos preámbulos, uno armonioso y otro humorístico.

“Dios es simple. Todo lo demás es complejo. No busques valores absolutos en el mundo relativo de la naturaleza”.

Estos tajantes aforismos filosóficos penetraron dulcemente en mi oído mientras me encontraba en un templo de pie ante una imagen de Kali<sup>1</sup>. Al volverme me hallé frente a un hombre cuya vestimenta, o la falta de ella, lo revelaba como a un *sadhu* errante.

“¡Verdaderamente ha penetrado usted en el desconcierto de mis pensamientos!”. Sonreí agradecido. “¡La confusión de aspectos benévolos y terribles de la naturaleza ha dejado perplejas a mentes más sabias que la mía!”.

“¡Son pocos los que resuelven su misterio! El bien y el mal son los desafiantes enigmas que la vida sitúa como esfinges ante la inteligencia. Al no hallar la solución, la mayoría de los hombres paga su vida como prenda, el mismo castigo hoy que en los días de Tebas. De vez en cuando alguna imponente figura solitaria no se da por vencida. Arranca a la dualidadde maya<sup>2</sup> la verdad sin fisuras de lo uno”.

“Habla usted con convicción, señor”.

“He ejercitado durante mucho tiempo una introspección honrada, el sumamente doloroso acercamiento a la sabiduría. El autoestudio, la observación incesante de los propios pensamientos, es una experiencia dura y aplastante. Pulveriza el ego más fuerte. Pero el autoanálisis veraz opera matemáticamente para producir profetas. El camino de la ‘autoexpresión’, del reconocimiento individual, da como resultado ególatras, seguros de su derecho a sus propias interpretaciones de Dios y el universo”.

“Sin duda la Verdad se retira humildemente ante tan arrogante originalidad”. Estaba disfrutando de la conversación.

“El hombre no puede comprender la verdad eterna hasta que no se libera de sus pretensiones. La mente humana, expuesta a un fango de siglos, hierve con la repugnante vida de incontables engaños mundanos. ¡Las luchas de los campos de batalla se vuelven insignificantes cuando el hombre se enfrenta por primera vez con sus enemigos interiores! ¡No son mortales estos enemigos a quienes hay que vencer con un terrible despliegue de fuerzas! Omnipresentes, incansables, persiguiendo al hombre mientras duerme, equipados sutilmente con armas miasmáticas, estos soldados de los ignorantes deseos intentan darnos muerte a todos nosotros. Irreflexivo es el hombre que entierra sus ideales, abandonándose al destino común. ¿Puede parecer otra cosa que impotente, torpe, ignominioso?

“Respetado señor, ¿no siente usted compasión por las masas perplejas?”.

El sabio guardó silencio durante un momento, después respondió indirectamente.

“Amar a la vez al invisible Dios, Depositario de Todas las Virtudes y al visible hombre, que aparentemente no posee ninguna ¡resulta a veces difícilísimo! Pero el ingenio está a la altura del laberinto. La búsqueda interior pronto deja al descubierto aquello en que todas las mentes humanas se unen, la afinidad incondicional por los móviles egoístas. En cierto modo, al menos se pone de manifiesto la fraternidad humana. Una horrorizada humildad sigue a este descubrimiento nivelador. Hace madurar la compasión por nuestros semejantes, ciegos a los potenciales curativos del alma que esperan ser explorados”.

“Señor, los santos de todos los tiempos se han compadecido como usted de los sufrimientos del mundo”.

“Sólo el hombre superficial es insensible a las desgracias de las vidas ajenas, mientras se ahoga en sus estrechos dolores”. El austero rostro del *sadhu* se suavizó notablemente. “Quien practique la autodisección con escalpelo conocerá un desarrollo de la piedad universal. Se le otorgará un alivio en las exigencias ensordecedoras de su ego. El amor de Dios florecerá en tal terreno. La criatura retornará finalmente a su Creador, si no por otra razón, por preguntar angustiosamente: ‘¿Por qué, Señor, por qué?’. Gracias al vil látigo del dolor, el hombre es conducido por fin ante la Presencia Infinita, cuya belleza debería ser lo único que le atrajera.

El sabio y yo nos encontrábamos en el Templo Kalighat de Calcuta, a donde yo había ido para contemplar su afamada magnificencia. Mi compañero ocasional rechazó la recargada solemnidad con un gesto aplastante.

“Los ladrillos y la argamasa nos cantan una melodía inaudible; el corazón sólo se abre al humano canto del ser”.

Dimos un paseo al acogedor sol de la entrada, donde multitud de devotos iban de aquí para allá.

“Eres joven”. El sabio me contempló pensativo. “La India también es joven. Los antiguos *rishis*<sup>3</sup> establecieron modelos indelebles de vida espiritual. Sus viejos aforismos son suficientes para el día de hoy y para este país. Sin quedar anticuados, sin ser cándidos ante la astucia del materialismo, los preceptos disciplinarios todavía modelan la India. Durante milenios, ¡más de los que los turbados eruditos quieren calcular!, el escéptico Tiempo ha demostrado la validez de los Vedas. Tómalos como herencia”.

Mientras me despedía reverentemente del elocuente *sadhu*, me reveló una clarividente percepción:

“Antes de que te vayas hoy de aquí se cruzará en tu camino una experiencia poco común”.

Abandoné los recintos del templo y vagué sin rumbo. Al torcer una esquina me encontré con un viejo conocido, uno de esos prolijos individuos cuyo amor por la conversación ignora el tiempo y abraza la eternidad.

“Te dejaré libre en un momento si me cuentas todo lo que ha sucedido en los seis años que hace que no nos vemos”.

“¡Qué paradoja! Tengo que dejarte ahora mismo”.

Pero me agarró de la mano, arrancándome los cotilleos a la fuerza. Era como un lobo hambriento, pensé divertido; cuanto más hablaba yo, con más avidez olfateaba las noticias. Interiormente pedí a la diosa Kali que tramara un airoso medio de escape.

Mi acompañante me dejó de repente. Suspiré con alivio y paz redoblada, temiendo pavorosamente una recaída en la fiebre parlanchina. Oyendo pasos rápidos detrás de mí, aceleré la marcha. No me atrevía a mirar hacia atrás. Pero de un salto, el joven me alcanzó, agarrándome jovialmente por los hombros.

“Olvidé hablarte de Gandha Baba (El santo de los perfumes), que honra con su presencia aquella casa”. Señaló una vivienda unos metros más allá. “Vete a conocerle; es interesante. Puedes tener una experiencia poco común. Adiós”. Y se fue de verdad.

Me transmitió la misma predicción, con las mismas palabras, que el *sadhu* en el Templo Kalighat. Absolutamente intrigado, entré en la casa y se me hizo pasar a un espacioso salón. Multitud de personas estaban sentadas, a la manera oriental, en una gruesa alfombra de color naranja. Un susurro de respeto y reverencia llegó a mis oídos:

“Observa a Gandha Baba en la piel de leopardo. Puede dar un perfume natural a las flores inodoras o reavivar una flor marchita o conseguir que la piel de una persona desprenda una deliciosa fragancia”.

Miré al santo directamente; su rápida mirada se fijó en mí. Era rollizo y llevaba barba, de piel oscura y grandes y relucientes ojos.

“Hijo, me alegro de verte. Dime qué deseas. ¿Quieres algún perfume?”.

“¿Para qué?”. Su observación me pareció casi pueril.

“Para experimentar una forma milagrosa de disfrutar de los perfumes”.

“¿Utilizando a Dios para crear olores?”.

“¿Por qué no? De todas formas Dios crea perfumes”.

“Sí, pero Dios crea delicados recipientes de pétalos para utilizar frescos y desecharlos. ¿Puede usted materializar flores?”.

“Materializo perfumes, amiguito”.

“En ese caso las fábricas de olores quedarán sin trabajo”.

“¡Dejaré que continúen con su industria! Mi único objetivo es demostrar el poder de Dios”.

“Señor, ¿es necesario probar a Dios? ¿No realiza Él milagros en todo, en todas partes?”.

“Sí, pero también nosotros deberíamos manifestar algo de su infinita variedad creativa”.

“¿Cuánto tiempo tardó en dominar su arte?”.

“Doce años”.

“¿Para fabricar olores astralmente! Me parece, mi honorable santo, que ha malgastado doce años en conseguir fragancias que puede obtener por unas pocas rupias en cualquier floristería”.

“Los perfumes se desvanecen con las flores”.

“Los perfumes se desvanecen con la muerte. ¿Por qué desear lo que sólo complace al cuerpo?”.

“Señor filósofo, me agrada usted. Ahora extienda la mano derecha”. Hizo un gesto de bendición.

Yo me encontraba a poca distancia de Gandha Baba; nadie estaba lo suficientemente cerca como para tocar mi cuerpo. Extendí la mano, que el yogui no tocó.

“¿Qué perfume desea?”.

“Rosas”.

“Que así sea”.

Para gran sorpresa por mi parte, la encantadora fragancia de las rosas se desprendió de la palma de mi mano. Sonriendo cogí una gran flor blanca e inodora de un florero cercano.

“¿Puede esta flor sin olor impregnarse de jazmín?”.

“Así sea”.

Instantáneamente la fragancia del jazmín brotó de los pétalos. Le di las gracias al sorprendente fabricante y me senté cerca de uno de sus seguidores. Me informó de que Gandha Baba, cuyo verdadero nombre era Vishudhananda, había aprendido muchos asombrosos secretos del yoga de un maestro del Tíbet. El yogui tibetano, me aseguró, había vivido más de mil años.

“Su discípulo Gandha Baba no siempre realiza sus proezas con los perfumes de la simple forma verbal que usted ha presenciado”. El estudiante hablaba de su maestro con evidente orgullo. “Sus procedimientos difieren enormemente en concordancia con los diversos temperamentos. ¡Es maravilloso! Muchos miembros de la intelectualidad de Calcuta figuran entre sus seguidores”.

Interiormente tomé la resolución de no sumarme a su número. Un gurú demasiado literalmente “maravilloso” no era de mi gusto. Expresando cortésmente mi agradecimiento a Gandha Baba, me marché. De camino a casa reflexioné sobre los tres distintos encuentros que el día me había deparado.

Al entrar por nuestra puerta en Gurpar Road me encontré con mi hermana Uma.

“¡Estás volviéndote muy elegante, usando perfume!”.

Sin decir nada, le indiqué con un gesto que oliera mi mano.

“¡Qué fragancia de rosas tan atrayente! ¡Es excepcionalmente intensa!”.

Pensando que era “intensamente excepcional”, llevé a su nariz la flor aromada astralmente.

“¡Oh, adoro el jazmín!”. Cogió la flor. El desconcierto y una expresión de absurdo atravesaron su rostro mientras aspiraba repetidamente el olor a jazmín de una flor que ella sabía muy bien que era inodora. Sus reacciones echaron por tierra mi sospecha de que Gandha Baba había producido un estado de autosugestión gracias al cual sólo yo podía detectar las fragancias.

Más tarde supe por un amigo, Alakananda, que el “Santo de los Perfumes” tenía un poder que desearía que poseyeran los millones de hambrientos de Asia y, actualmente, también de Europa.

“Me encontraba, junto con otros cien huéspedes, en la casa de Gandha Baba en Burdwan”, me dijo Alakananda. “Era una ocasión de gala. Como el yogui tenía fama de poseer el don de hacer aparecer objetos por arte de magia, riéndome le pedí que materializara unas mandarinas, que estaban fuera de estación. Inmediatamente los *luchis*<sup>4</sup> que había en todos los platos de hoja de banano, se hincharon. Cada uno de los envoltorios del pan resultó contener una mandarina pelada. Mordí la mía con cierto temor, pero estaba deliciosa”.

Años más tarde comprendí, por descubrirlo interiormente, cómo llevaba a cabo sus materializaciones Gandha Baba. El método, ¡desafortunadamente!, está fuera del alcance de las multitudes hambrientas del mundo.

Los distintos estímulos sensoriales a los que reacciona el ser humano –táctil, visual, gustativo, auditivo y olfativo– están producidos por diferencias en la vibración de los electrones y protones. A su vez las vibraciones están reguladas por “vitatrones”, fuerzas vitales sutiles o energías más sutiles que las atómicas, cargadas inteligentemente con cinco ideas-sustancias sensoriales distintas.

Gandha Baba, sintonizándose con la fuerza cósmica por medio de determinadas prácticas yóguicas, era capaz de reordenar la estructura de los vitrones y objetivar los resultados deseados. Sus perfumes, frutas y otros milagros eran realmente materializaciones de vibraciones ordinarias y no sensaciones internas producidas hipnóticamente.<sup>5</sup>

La realización de milagros tales como los que exhibía el “Santo de los Perfumes” es espectacular, pero inútil espiritualmente. Sin tener mucho más objetivo que el entretenimiento, son digresiones de una búsqueda seria de Dios.

El hipnotismo ha sido utilizado por los médicos en operaciones menores, con personas en quienes la anestesia puede resultar peligrosa, como una especie de cloroformo psíquico. Pero el estado hipnótico es perjudicial para quienes se someten a él con frecuencia; produce efectos psicológicos negativos que con el tiempo dañan el cerebro. El hipnotismo invade el territorio de la conciencia de otra persona. Sus fenómenos temporales no tienen nada en común con los milagros llevados a cabo por seres de realización divina. Despiertos en Dios, los verdaderos santos producen cambios en este mundo onírico gracias a su voluntad armoniosamente sintonizada con el Creativo Soñador Cósmico.

Hacer ostentación de poderes extraordinarios es censurado por los maestros. El místico persa Abu Said se rió en una ocasión de ciertos *fakires* que estaban orgullosos de sus milagrosos poderes sobre el agua, el aire y el espacio.

“¡También una rana se siente en casa en el agua!”, señaló Abu Said con ligero desprecio. “¡El cuervo y el buitre vuelan fácilmente; el demonio está simultáneamente presente en el Este y el Oeste! ¡Es un verdadero hombre quien vive rectamente entre sus semejantes, quien compra y vende, pero no olvida ni por un instante a Dios!”. En otra ocasión el gran profesor persa dio así su visión de la vida religiosa: “Dejar a un lado lo que llevas en el corazón (deseos y ambiciones egoístas); ofrecer libremente lo que tienes en la mano; ¡y no inmutarte jamás ante los golpes de la adversidad!”.

Ni el imparcial sabio del templo Kalighat ni el cualificado yogui tibetano satisficieron mi anhelo de un gurú. Mi corazón no necesitaba un tutor para comprender qué debía valorar y lanzaba sus propios “¡Bravo!” sonoramente, ya que pocas veces eran provocados desde el silencio. Cuando finalmente encontré a mi maestro, él me enseñó, sólo con su sublime ejemplo, la medida del verdadero hombre.

#### ÍNDICE

**1** Kali representa el principio eterno de la naturaleza. Tradicionalmente se representa como una mujer con cuatro brazos, de pie sobre el cuerpo del Dios Shiva o el Infinito, porque la naturaleza, o el mundo fenoménico, están enraizados en el noúmeno. Los cuatro brazos simbolizan los atributos fundamentales, dos beneficiosos, dos destructivos, indicando la dualidad esencial de la materia o creación. [Volver](#)

**2** Ilusión cósmica; literalmente “el medidor”. *Maya* es el poder mágico de la creación por el cual las limitaciones y divisiones están aparentemente presentes en lo Incommensurable e Inseparable.

Emerson escribió el siguiente poema, que tituló *Maya*:

La ilusión trabaja impenetrable,  
Tejiendo delicadas telas sin fin,  
Sus alegres dibujos nunca se acaban,  
Se apiñan, velo sobre velo,  
Encantadora que será creída  
Por el hombre sediento de engaño. [Volver](#)

**3** Los *rishis*, literalmente “profetas”, fueron los autores de los *Vedas* en un antigüedad indeterminada. [Volver](#)

**4** Pan indio plano y redondo. [Volver](#)

**5** El gran público apenas puede comprender los enormes progresos de la ciencia del siglo veinte. Actualmente, en los centros de investigación de todo el mundo, está haciéndose realidad la transmutación de los metales y otros sueños de los alquimistas. El eminente químico francés M. Georges Claude realizó en 1928, en Fontainebleau, “milagros” ante una asamblea de científicos, gracias a su conocimiento de las transformaciones químicas del oxígeno. Su “varita mágica” era simplemente oxígeno que burbujeaba en un tubo sobre una mesa. El científico “transformó un puñado de arena en piedras preciosas, llevó hierro a un estado que parecía chocolate fundido y, después de privar a las flores de sus matices, las convirtió en vidrio consistente.

“El señor Claude explicó cómo, gracias a las transformaciones del oxígeno, podrían obtenerse del mar millones de caballos de vapor; cómo para hervir agua no es necesario el calor; cómo un pequeño montón de arena puede convertirse, con el simple soplo de la cerbatana de oxígeno, en zafiros, rubies y topacios; y predijo que llegará el día en que será posible caminar sobre el mar sin el más mínimo equipo de inmersión. Por último el científico pasmó a sus espectadores volviendo sus caras negras al eliminar el color rojo de los rayos del sol”.

Este destacado científico francés ha producido aire líquido gracias a un método de expansión que le ha permitido separar los distintos gases del aire y ha descubierto diversas formas de utilizar mecánicamente las diferencias de temperatura del agua de mar. [Volver](#)







## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Seis

#### El Swami de los Tigres

“He descubierto la dirección del Swami de los Tigres. Vayamos a visitarle mañana”.

Esta sugerencia, recibida con alegría, procedía de Chandi, uno de los amigos de la escuela secundaria. Yo estaba impaciente por conocer al santo que, en su vida premonástica, se había enfrentado y vencido a tigres con las manos desnudas. Interiormente sentía un tremendo entusiasmo juvenil ante hazañas tan extraordinarias.

El día siguiente amaneció con un frío invernal, pero Chandi y yo salimos alegremente. Tras mucho buscar en vano por Bhowanipur, en las afueras de Calcuta, llegamos a la casa correcta. La puerta tenía dos campanas de hierro, que hice sonar penetrantemente. A pesar del estruendo, un sirviente se acercó caminando sin prisa. Su irónica sonrisa daba a entender que los visitantes, por mucho ruido que hicieran, no podían perturbar la tranquilidad del hogar de un santo.

Comprendiendo la silenciosa reprimenda, mi compañero y yo dimos las gracias cuando se nos invitó a entrar en la sala. Nuestra larga espera nos produjo un incómodo recelo. En la India la ley no escrita del buscador sincero es la paciencia; un maestro puede probar a propósito el ansia que uno tiene de conocerle. ¡Este ardid psicológico es empleado generosamente en Occidente por médicos y dentistas!

Llamados finalmente por el sirviente, Chandi y yo entramos en un dormitorio. El famoso Swami Sohong<sup>1</sup> estaba sentado en la cama. El aspecto de su tremendo cuerpo nos afectó de una forma extraña. Con los ojos abiertos de par en par nos quedamos de pie sin habla. No habíamos visto nunca un pecho así o unos bíceps como balones de fútbol. Sobre su inmenso cuello, el fiero pero tranquilo rostro del swami estaba adornado de flotantes mechones, barba y bigote. Indicios de las cualidades del tigre y la paloma brillaban en sus oscuros ojos. Estaba desnudo, sólo llevaba una piel de tigre alrededor de su musculosa cintura.

Recuperando el habla, mi amigo y yo saludamos al monje, expresándole nuestra admiración por su valor en el insólito ruedo felino.

“Por favor, ¿podría contarnos cómo es posible someter sin la protección adecuada a la bestia más feroz de la jungla, el magnífico tigre de bengala?”.

“Hijos míos, para mí luchar con tigres no es nada. Podría hacerlo hoy si fuera necesario”. Se rió de forma infantil. “Vosotros véis a los tigres como tigres; yo sé que son gatitos”.

“Swamiji, creo que podría imprimir en mi subconsciente la idea de que los tigres son gatitos, pero ¿los tigres lo creerían?”.

“¡Por supuesto también se necesita fuerza! ¡No se puede esperar la victoria de un niño que imagina que un tigre es un gato doméstico! Unas manos poderosas eran suficiente arma para mí”.

Nos pidió que le siguiéramos al patio, donde dio un golpe en una esquina de la pared. Un ladrillo se estrelló contra el suelo; el cielo se veía abiertamente a través del gran diente perdido de la pared. Quedé realmente asombrado; ¡quien podría arrancar un ladrillo de una sólida pared de un solo golpe, sin duda era capaz de desplazar los dientes de los tigres!

“Algunos hombres tienen tanta fuerza física como yo, pero carecen de una serena confianza en sí mismos. Quienes son físicamente fuertes pero no lo son mentalmente, pueden desmayarse a la simple vista de una bestia salvaje que salta libremente por la jungla. ¡El tigre en su hábitat y con su ferocidad natural es totalmente distinto del animal de circo drogado con opio!

“Muchos hombres de fuerza hercúlea se han sentido sin embargo atemorizados hasta un grado de absoluta impotencia ante el ataque de un bengala real. En este caso el tigre llevó al hombre, mentalmente, a un estado tan débil como el de un gatito. A un hombre que posea auténtica fuerza física y una determinación enormemente fuerte, le es posible volver las tornas respecto al tigre y obligarle a convencerse de que es un gatito indefenso. ¡Con cuánta frecuencia hice justamente eso!”.

Yo estaba totalmente dispuesto a creer en la capacidad de aquel titán para realizar la metamorfosis tigre-gatito. Parecía estar en vena didáctica; Chandi y yo escuchábamos respetuosamente.

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar



"La mente es quien maneja los músculos. La fuerza de un martillazo depende de la energía aplicada; el poder que manifiesta el instrumento corporal del hombre depende de lo enérgico de su voluntad y valor. El cuerpo es literalmente creado y sostenido por la mente. La fuerza y la debilidad se filtran en la conciencia humana debido a la presión de los instintos de vidas pasadas. Y se manifiestan como hábitos, que a su vez se osifican en un cuerpo adecuado o inadecuado. La flaqueza externa tiene un origen mental; en un círculo vicioso, el hábito ligado al cuerpo coarta a la mente. Si el amo permite que el criado le de órdenes, este último se convertirá en un autócrata; del mismo modo la mente es esclavizada por someterse a los dictados del cuerpo".

Ante nuestro ruego, el impresionante swami consintió en contarnos algo de su vida.

"Mi primera ambición fue luchar contra tigres. Mi voluntad era poderosa, pero mi cuerpo era débil".

Salió de mí una exclamación de sorpresa. Parecía increíble que ese hombre, actualmente "con unas espaldas de Atlante, adecuadas para un oso" conociera alguna vez la debilidad.

"Perseverando de una forma indomable en los pensamientos de salud y fuerza superé el obstáculo. Tengo razones para exaltar el fascinante vigor mental de los magníficos tigres de bengala, que es lo que sojuzga al enemigo".

"Reverendo swami, ¿cree usted que yo podría luchar contra tigres?". ¡Ésta fue la primera, y última, vez que tan estrafalaria ambición pasó por mi mente!".

"Sí". Sonrió. "Pero hay muchas clases de tigres; algunos vagan por las junglas de los deseos humanos. No se obtiene ningún beneficio espiritual por golpear a bestias sin conciencia. Debes preferir salir vencedor de los merodeadores interiores".

"Señor, ¿podemos oír cómo se transformó de domador de tigres salvajes en domador de pasiones salvajes?".

El Swami de los Tigres guardó silencio. Sus ojos miraban a la lejanía, convocando visiones de tiempos pasados. Me di cuenta de la pequeña lucha mental que estaba manteniendo para decidir si accedía a mi petición.

"Cuando mi fama alcanzó su cenit, traje consigo la embriaguez del orgullo. Decidí no sólo luchar con tigres sino exhibirme en diversos números. Mi ambición era forzar a las bestias salvajes a comportarse como domésticas. Comencé a realizar mis proezas en público con éxito muy satisfactorio.

"Una tarde mi padre entró en mi habitación pensativo.

"Hijo, tengo que hacerte una advertencia. Quisiera salvarte de males venideros, producidos por las ruedas inexorables de causa y efecto".

"¿Eres un fatalista, padre? ¿Vamos a permitir que la superstición enturbie las poderosas aguas de mis actividades?".

"No soy fatalista, hijo. Pero creo en la justa ley de la retribución, tal como la enseñan las escrituras sagradas. En la familia de la jungla existe resentimiento contra ti; en algún momento puedes sufrir las consecuencias".

"Padre, ¿me sorprendes! Sabes muy bien cómo son los tigres, ¡bellos pero despiadados! Incluso inmediatamente después de una copiosa comida a base de desventuradas criaturas, un tigre se enciende de codicia fresca a la vista de una nueva presa. Puede ser una alegre gacela, que salta por los pastos de la jungla. Capturándola y abriendo un orificio en la tierna garganta, la malévola bestia saborea sólo un poco de la sangre que grita mudamente y sigue su displicente camino.

"¿Los tigres son la estirpe más despreciable de la jungla! ¿Quién sabe? Quizá mis golpes infundan una ligera sensatez en sus anchas cabezas. Yo soy el director de una "escuela para señoritas" del bosque, ¡donde enseño buenos modales!

"Por favor, padre, piensa en mí como un domador de tigres, no como en un asesino de tigres. ¿Cómo podrían mis buenas acciones acarrearle mal alguno? Te suplico que no me impongas ninguna orden que cambie mi forma de vivir".

Chandi y yo seguíamos su exposición del dilema pasado con los cinco sentidos. En la India un hijo no desobedece ni siquiera levemente los deseos de sus padres.

"Mi padre escuchó mi explicación en un silencio estoico. La siguió de una revelación que pronunció con gravedad.

"Hijo, me obligas a desvelarte una siniestra predicción salida de los labios de un santo. Se me acercó ayer cuando estaba sentado en la veranda durante mi meditación diaria.

"Querido amigo, traigo un mensaje para tu beligerante hijo. Tiene que dejar sus violentas actividades. En caso contrario, en su próximo encuentro con un tigre resultará gravemente herido, le seguirán seis meses de enfermedad entre la vida y la muerte. Después renunciará a su anterior forma de vida y se convertirá en monje".

"Esta historia no me impresionó. Consideraba que mi padre había sido víctima de un iluso fanático".

El Swami de los Tigres hizo esta confesión con un gesto de impaciencia, como si se tratara de

alguna tontería. Guardando un grave silencio durante bastante tiempo, parecía haberse olvidado de nuestra presencia. Cuando retomó el hilo de su relato pendiente, lo hizo repentinamente, con voz tranquila.

“No había pasado mucho tiempo desde la advertencia de mi padre, cuando visité la capital de Cooch Behar. El pintoresco territorio era nuevo para mí y esperaba que el cambio me proporcionara un descanso. Como sucedía en todas partes, una curiosa multitud me seguía por las calles. Podía captar trozos de comentarios hechos en voz baja:

“‘Éste es el hombre que lucha con tigres salvajes’.

“‘¿Tiene piernas o troncos de árbol?’.

“‘¡Mira su cara! ¡Él mismo debe ser una reencarnación del rey de los tigres!’.

“‘¡Sabéis que los pilluelos de los pueblos funcionan como la última edición de un periódico! ¡Con qué rapidez circula de casa en casa el último boletín informativo de las mujeres! En pocas horas mi presencia puso a toda la ciudad en un estado de excitación.

“Por la tarde me encontraba descansando tranquilamente cuando oí ruido de cascos de caballos al galope. Se detuvieron frente al lugar donde me alojaba. Varios policías altos, con turbante, entraron en él.

“Estaba sorprendido. ‘De estos títeres de la ley humana puede esperarse cualquier cosa’, pensé. ‘Me pregunto si vendrán a reclutarme para encargarme de asuntos totalmente desconocidos para mí’. Pero los oficiales se inclinaron con una cortesía inusitada.

“‘Honorable señor, hemos sido enviados para darle la bienvenida en nombre del príncipe de Cooch Behar. Le complace invitarle a su palacio mañana por la mañana’.

“Consideré la proposición durante un momento. Por alguna oscura razón lamentaba vivamente esta interrupción en mi tranquilo viaje. Pero la actitud suplicante de los policías me conmovió; acepté ir.

“Al día siguiente quedé perplejo al ser acompañado obsequiosamente desde la puerta a un magnífico coche tirado por cuatro caballos. Un criado con una adornada sombrilla me protegía del abrasador sol. Disfruté del agradable paseo por la ciudad y los bosques circundantes. El mismo vástago real estaba a la puerta del palacio para recibirme. Me ofreció su propio asiento, repujado en oro, mientras él, sonriendo, se sentaba en una silla más simple.

“‘¡Sin duda todas estas amabilidades van a costarme caras!’ pensé con asombro creciente. Las intenciones del príncipe afloraron tras algunos comentarios informales.

“‘Por mi ciudad corre el rumor de que puede usted luchar con tigres salvajes sin otra cosa que sus manos desnudas. ¿Es así?’.

“‘Es absolutamente cierto’.

“‘¡Me cuesta creerlo! Es usted un bengalí de Calcuta, alimentado con el arroz blanco de la gente de ciudad. Sea franco, por favor; ¿no lucha usted con animales débiles, drogados con opio?’.

“No me digné responder a su insultante pregunta.

“‘Le reto a luchar con un tigre recién capturado, Raja Begum<sup>2</sup>. ¡Si puede resistirle con éxito, encadenarle y dejar la jaula en estado consciente, este magnífico tigre de bengala será suyo! Se le ofrecerán varios miles de rupias y muchos otros regalos. ¡Si rehúsa enfrentarse a él en combate, pregonaré su nombre por todo el estado como el de un impostor!’.

“Sus insolentes palabras me hirieron como una descarga de metralla. Lancé una airada aceptación. Casi levantado de la silla por la excitación, el príncipe se arrellanó con una sonrisa sádica. Me hizo recordar a los emperadores romanos, que se regocijaban arrojando cristianos a las brutales arenas.

“‘El encuentro se fijará de aquí a una semana. Siento no poder darle permiso para ver al tigre antes’.

“‘¡Si el príncipe temía que pudiera tratar de hipnotizar a la bestia o darle opio en secreto, no lo sé!

“Dejé el palacio, notando divertido que la sombrilla real y el coche con panoplias habían desaparecido.

“Durante la semana que siguió preparé el cuerpo y la mente para la terrible experiencia venidera. Tuve noticia de historias fantásticas a través de mi sirviente. No sé cómo, la funesta predicción que el santo hizo a mi padre se había propagado, aumentando al extenderse. Muchos aldeanos simples creían que un espíritu maligno, maldito por los dioses, se había reencarnado como un tigre que adoptaba distintas formas demoníacas durante la noche, pero que volvía a ser un animal desnudo durante el día. Se suponía que este tigre-demonio había sido enviado para humillarme.

“Otra versión fantástica era que las oraciones dirigidas por los animales al cielo de los tigres había obtenido respuesta en la forma de Raja Begum. ¡Él iba a ser el instrumento para castigarme, a mí, el osado bípedo, que insultaba así a todas las especies de tigres! ¡Un atrevido hombre sin colmillos queriendo retar a un robusto tigre provisto de garras! Todo el veneno concentrado de los humillados tigres, declaraban los aldeanos, había reunido el ímpetu suficiente

para poner en acción leyes secretas y ocasionar la caída del domador del orgullo de los tigres.

“Además mi sirviente me informó de que el príncipe estaba en su elemento como encargado del combate entre la bestia y yo. Había supervisado el montaje de un pabellón a prueba de tormentas, diseñado para acomodar a miles de personas. En el centro estaba Raja Begum en una enorme jaula de hierro, rodeado por otro recinto de seguridad. El cautivo emitía sin cesar unos rugidos que helaban la sangre. Se le alimentaba frugalmente, para despertarle un apetito desenfrenado. ¡Quizá el príncipe esperaba darle como premio a mí mismo por comida!

“Multitud de personas de la ciudad y los suburbios compraban ansiosamente las entradas en respuesta al anuncio a bombo y platillo de esta contienda extraordinaria. El día del duelo cientos de personas tuvieron que darse la vuelta por falta de asiento. Muchos hombres abrieron agujeros en la carpa o abarrotaron los espacios bajo las tribunas”.

A medida que la historia del Swami de los Tigres se acercaba al clímax, mi emoción iba en aumento; también Chandi estaba absorto y mudo.

“Hice mi aparición tranquilamente entre las penetrantes explosiones sonoras de Raja Begum y la algarabía de la multitud un tanto aterrorizada, llevando por toda vestimenta una ropa ligera alrededor de la cintura. Abrí el cerrojo de la puerta del recinto de seguridad y lo cerré con calma tras de mí. El tigre olió la sangre. Saltando con un atronador choque contra los barrotes de su jaula, lanzó una espantosa bienvenida. Se hizo un silencio de miedo lastimero entre el público; yo parecía un manso cordero ante la enfurecida bestia.

“Entré en la jaula en un abrir y cerrar de ojos; pero mientras cerraba la puerta de golpe, Raja Begum se precipitó sobre mí. Mi mano derecha quedó atrozmente desgarrada. La sangre humana, el mayor placer de un tigre, caía en espantosos chorros. Parecía que la profecía del santo iba a cumplirse.

“Me recuperé instantáneamente de la conmoción que me produjo la primera herida grave que había sufrido jamás. Aparté de la vista mis dedos sangrientos ocultándolos bajo la ropa e hice girar mi brazo izquierdo descargando un golpe como de martillo óseo. La bestia se tambaleó hacia atrás, dio unas vueltas al final de la jaula y saltó hacia delante convulsivamente. Mis famosos puñetazos llovieron sobre su cabeza.

“Pero el olor de la sangre había actuado sobre Raja Begum enloqueciéndolo como el primer sorbo de vino a un dipsómano que se ha visto privado de él durante mucho tiempo. Interrumpidos repetidamente por ensordecedores rugidos, los asaltos del animal crecieron en furia. Mi insuficiente defensa de una sola mano me hacía vulnerable a las garras y colmillos. Pero repartía el castigo merecido, aturdiéndolo. Mutuamente ensangrentados, luchábamos a muerte. La jaula era un pandemonio, la sangre salpicaba en todas direcciones y de la bestial garganta salían estallidos de dolor y mortífera codicia.

“‘¡Disparadle!’. ‘¡Matad al tigre!’”. Se elevaban los gritos del público. El hombre y la bestia se movían con tal rapidez que los disparos de un centinela no eran oportunos. Reuní toda mi fuerza de voluntad, lancé un tremendo grito y descargué un último y violentísimo golpe. El tigre se desplomó y quedó tendido en el suelo sin ruido.

“¡Como un gatito!”, agregué.

El swami se rió con cordial agradecimiento, después continuó la absorbente historia.

“Finalmente Raja Begum fue derrotado. Había sido humillado su orgullo real: con las manos laceradas, abrió audazmente sus fauces a la fuerza. Durante un dramático instante mantuve la cabeza dentro del enorme y peligroso lugar. Busqué una cadena. Cogiendo una de una pila amontonada en el suelo, até al tigre por el cuello a los barrotes de la jaula. Me dirigí triunfalmente a la puerta.

“Pero aquel diablo encarnado, Raja Begum, tenía una resistencia digna de su supuesto origen demoníaco. Con una arremetida increíble partió la cadena y saltó sobre mi espalda. Con el hombro firmemente asido por sus fauces, caí violentamente. Pero en un santiamén lo tuve debajo de mí. Bajo mis golpes implacables el traicionero animal quedó semi inconsciente. En ese momento lo aseguré con más cuidado. Abandoné la jaula despacio.

“Me encontré en medio de un nuevo tumulto, pero esta vez era de regocijo. La alegría del público estalló como si saliera de una única y gigantesca garganta. Terriblemente herido, había cumplido las tres condiciones del combate, dejar al tigre sin sentido, sujetarlo con una cadena y abandonarlo por mi propio pie. ¡Además había herido y amedrentado tan drásticamente a la bestia, que tuvo que conformarse con dejar pasar el oportuno trofeo de mi cabeza por su boca!

“Una vez tratadas mis heridas, se me rindieron honores y se me colocaron guirnaldas; cientos de monedas de oro llovieron a mis pies. Toda la ciudad se puso de fiesta. En todas las esquinas se oían conversaciones acerca de mi victoria sobre uno de los más grandes y salvajes tigres jamás visto. Como se me había prometido, se me entregó a Raja Begum, pero yo no sentí ningún entusiasmo. En mi corazón se había producido un cambio espiritual. Parecía que con mi salida final de la jaula también se había cerrado la puerta de mis ambiciones mundanas.

“Siguió un angustioso periodo. Durante seis meses estuve al borde de la muerte a consecuencia del envenenamiento de la sangre. Tan pronto como estuve lo suficientemente bien como para dejar Cooch Behar, regresé a mi ciudad natal.

“‘Ahora sé que mi maestro es el santo que me hizo esa sabia advertencia’, confesé humildemente a mi padre. ‘¡Ah, si pudiéramos encontrarle!’ Mi anhelo era sincero, pues un día el santo llegó sin previo aviso.

“‘Se acabó domar tigres’. Hablaba con tranquila seguridad. ‘Ven conmigo; te enseñaré a

someter a las bestias de la ignorancia que rugen en las junglas de la mente humana. Estás acostumbrado al público: ¡deja que éste sea una pléyade de ángeles, entretenidos con tu apasionante dominio del yoga!'.

“Fui iniciado en el sendero espiritual por mi santo gurú. Él abrió las puertas de mi alma, oxidadas y endurecidas por el largo desuso. De la mano, pronto partimos para mi aprendizaje en el Himalaya”.

Chandi y yo nos inclinamos a los pies del swami, agradecidos por su vívido esbozo de una vida verdaderamente ciclónica. ¡Me sentí ampliamente compensado de la larga espera a la que nos sometió en la fría sala!

ÍNDICE

---

- 1 *Sohong* era su nombre monástico. Popularmente era conocido como el “Swami de los Tigres”. [Volver](#)
  - 2 “Príncipe Princesa”, llamado así porque esta bestia poseía la ferocidad combinada de un tigre y una tigresa. [Volver](#)
- 



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 [Contactar](#)

### Capítulo Siete

#### El Santo que Levita

“La noche pasada, en una reunión, vi a un yogui permanecer en el aire, a muchos centímetros del suelo”. Mi amigo, Upendra Mohun Chowdhury, hablaba con admiración.

Le dirigí una entusiasta sonrisa. “Quizá adivine su nombre. ¿Era Bhaduri Mahasaya, de Upper Circular Road?”.

Upendra asintió con la cabeza, un poco alicaído por no ser portador de nuevas. Mi curiosidad por los santos era bien conocida entre mis amigos; les encantaba proporcionarme pistas frescas.

“El yogui vive tan cerca de mi casa que le visito con frecuencia”. Mis palabras despertaron un vivo interés en el rostro de Upendra y le hice alguna confidencia más.

“Le he visto hacer proezas extraordinarias. Domina con pericia los distintos *pranayamas*<sup>1</sup> del antiguo yoga óctuple trazado por Pantanjali<sup>2</sup>. ¡En una ocasión Bhaduri Mahasaya realizó delante de mí el *Bhastrika Pranayama* con una fuerza tan sorprendente, que parecía como si en la habitación se hubiera desatado una auténtica tormenta! A continuación extinguió la tremenda respiración y permaneció inmóvil en un elevado estado de superconciencia<sup>3</sup>. El aura de paz después de la tormenta fue tan intensa que no podría olvidarse”.

“He oído que el santo jamás sale de casa”. El tono de Upendra era un tanto incrédulo.

“¡Así es!”. Vive encerrado en casa desde hace veinte años. Sólo durante las festividades sagradas dulcifica ligeramente esta norma auto impuesta, entonces ¡nada menos que cruza hasta la acera de enfrente! Allí se reúnen los mendigos, pues Santo Bhaduri es conocido por la ternura de su corazón”.

“¿Qué hace para permanecer en el aire, desafiando la ley de gravedad?”.

“El cuerpo de un yogui pierde su pesadez tras utilizar ciertos *pranayamas*. Entonces puede levitar o dar saltos como una rana saltarina. Se sabe incluso de santos que no siguen una práctica formal de yoga<sup>4</sup> a los que se ha visto levitar en estados de intensa devoción por Dios”.

“Me gustaría saber más sobre este santo. ¿Asistes a sus reuniones nocturnas?”. Los ojos de Upendra brillaban de curiosidad.

“Sí, voy con frecuencia. Me divierte enormemente la agudeza de su sabiduría. A veces mi risa se prolonga tanto que echa a perder la solemnidad de sus reuniones. Al santo no le desagrade, ¡pero sus discípulos me fulminan con la mirada!”.

Aquella tarde, de regreso a casa después de la escuela, pasé por el claustro de Bhaduri Mahasaya y decidí visitarle. El yogui era inaccesible para el público en general. Un solitario discípulo, que ocupaba la planta baja, vigilaba la privacidad de su maestro. El estudiante era algo así como un tirano; ya estaba preguntándome con toda ceremonia si yo tenía “cita”. Su gurú compareció justo a tiempo para salvarme de la ejecución sumaria.

“Deja que Mukunda venga cuando desee”. Los ojos del sabio centelleaban. “Mi regla de reclusión no está pensada para mi comodidad, sino para la de los demás. A la gente mundana no le gusta la franqueza que hace añicos sus ilusiones. Los santos no sólo son raros sino también desconcertantes. ¡Hasta en las Escrituras resultan a veces embarazosos!”.

Seguí a Bhaduri Mahasaya a sus austeras habitaciones del piso de arriba, de las que apenas se movía. A menudo los maestros ignoran el panorama de la vana agitación del mundo, descentrado a fuerza de concentrarse en el tiempo. Los contemporáneos de un sabio no son sólo quienes viven en el estrecho presente.

“Maharishi<sup>5</sup>, usted es el primer yogui que conozco que permanece siempre en casa”.

“A veces Dios planta a sus santos en terrenos insospechados, ¡para hacernos ver que no podemos reducirlo a una regla!”.

El sabio inmovilizó su vibrante cuerpo en la postura de loto. Septuagenario, no mostraba signos desagradables de la edad o la vida sedentaria. Fuerte y derecho, era un ser ideal en todos los aspectos. Su rostro era el de un *rishi* tal como lo describen los textos antiguos. De cabeza noble y abundante barba, se sentaba siempre recto, con sus tranquilos ojos fijos en la Omnipresencia.

El santo y yo entramos en estado meditativo. Su dulce voz me despertó al cabo de una hora.

“Tú te sumerges con frecuencia en el silencio, pero ¿has desarrollado *anubhava*?”<sup>6</sup>. Estaba recomendándome que amara a Dios más que a la meditación. “No confundas la técnica con la Meta”.

Me ofreció algunos mangos. Con aquel sentido del humor que yo encontraba tan encantador en su grave naturaleza, observó, “En general la gente siente más cariño por *Jala Yoga* (unión con la comida) que por *Dhyana Yoga* (unión con Dios)”.

Su yóguico juego de palabras me hizo reír a carcajadas.

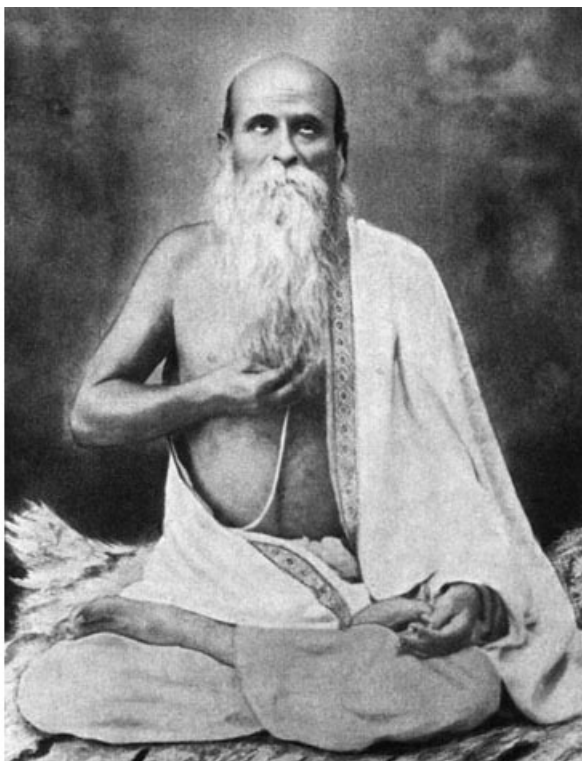
“¡Qué risa tienes!”. Un cariñoso destello alumbró su mirada. Su rostro estaba siempre serio, pero tocado por una sonrisa extática. Sus grandes ojos de loto sostenían una secreta risa divina.

“Esas cartas proceden de la lejana América”. El sabio señaló varios gruesos sobres que estaban sobre una mesa. “Mantengo correspondencia con algunas sociedades cuyos miembros sienten interés por el yoga. Están descubriendo de nuevo la India, ¡con mejor sentido de la orientación que Colón! Me alegro de poder ayudarles. El conocimiento del yoga puede recibirlo libremente todo el mundo, como la desnuda luz del día.

“A Occidente no debe dársele diluido lo que los *rishis* consideran esencial para la salvación humana. Iguales en cuanto al alma, aunque con distintas experiencias externas, ni Oriente ni Occidente florecerán sin algún tipo de práctica disciplinaria de yoga.

El santo me observó con sus tranquilos ojos. Yo no me di cuenta de que sus palabras eran una velada orientación profética. Sólo ahora, cuando escribo estas líneas, comprendo plenamente el propósito de las indicaciones casuales que me daba a menudo, pues algún día yo llevaría las enseñanzas de la India a América.

“Maharishi, me gustaría que escribiera un libro de yoga para beneficio del mundo”.



BHADURI MAHASAYA  
“El Santo que Levita”

“Señor”, le pregunté, “¿por qué no escribe un libro sobre yoga para beneficio del mundo?”. “Estoy preparando discípulos”, respondió. “Ellos y sus alumnos serán volúmenes vivientes, a prueba de la desintegración natural del tiempo y de las antinaturales interpretaciones de los críticos”.

“Estoy formando discípulos. Ellos y sus alumnos serán volúmenes vivientes, pruebas contra las desintegraciones naturales del tiempo y las interpretaciones antinaturales de los críticos”. El ingenio de Bhaduri desató en mí otra tempestad de risa.

Estuve solo con el yogui hasta que por la noche llegaron sus discípulos. Bhaduri Mahasaya ofreció uno de sus inimitables discursos. Como una inundación pacífica, barrió los escombros mentales de sus oyentes, llevándolos hacia Dios. Sus encendidas parábolas se expresaban en un bengalí imaculado.

Esa noche Bhaduri expuso varios puntos filosóficos relacionados con la vida de Mirabai, una princesa Rajputani medieval que abandonó su vida en la corte para buscar la compañía de los sadhus. Un gran sannyasi rehusó recibirla porque era mujer; la respuesta que ella le dio lo llevó



humildemente a sus pies.

“Decidle al maestro”, había dicho, “que no sé que exista en el universo otro ser Masculino sino Dios; ante Él ¿no somos femeninos todos los seres?”. (Una concepción del Señor, según las escrituras, como único Principio Creativo Positivo, Su creación no es sino una pasiva *maya*.)

Mirabai compuso muchas canciones extáticas que todavía se consideran joyas de la India; traduzco una:

“Si bañándose diariamente se pudiera alcanzar a Dios,  
Elegiría ser una ballena de las profundidades;  
Si comiendo raíces y frutas pudiera ser conocido,  
Alegremente escogería la forma de cabra;  
Si rezando rosarios se Le dejara al descubierto,  
Haría mis oraciones con cuentas gigantes;  
Si inclinándose ante imágenes de piedra se Le desvelara,  
Adoraría humildemente una montaña de sílex;  
Si bebiendo leche se pudiera absorber al Señor,  
Muchos terneros y niños Le conocerían;  
Si renunciando a la esposa se Le convocara,  
¿Cuántos miles de hombres no serían eunucos?  
Mirabai sabe que para encontrar al Uno Divino  
Lo único indispensable es el Amor”.

Varios alumnos depositaron rupias en las zapatillas de Bhaduri, que dejaba a su lado cuando se sentaba en la postura de yoga. Esta respetuosa ofrenda, habitual en la India, indica que el discípulo pone sus bienes materiales a los pies del gurú. Los amigos agradecidos no son sino el Señor disfrazado, que cuida de sí mismo.

“¡Maestro, es usted extraordinario!”. Un estudiante, al marcharse, miró fervientemente al patriarcal sabio. “¡Ha renunciado usted a las riquezas y comodidades para buscar a Dios e inculcarnos sabiduría!”. Era bien conocido que Bhaduri Mahasaya había renunciado en su niñez a grandes riquezas familiares cuando tomó la firme resolución de entrar en el sendero del yoga.

“¡Estás invirtiendo los términos!”. El rostro del santo expresaba un dulce reproche. “Dejé unas miserables rupias, unos mezquinos placeres, por el imperio cósmico de gozo infinito. ¿Me he negado algo? Conozco la alegría de compartir el tesoro. ¿Es eso un sacrificio? ¡La miope gente mundana es en verdad la auténticamente renunciante! ¡Renuncia a una posesión divina sin igual por un puñado de juguetes terrenales!”.

Me ref con esta paradójica visión de la renuncia que colocaba la corona de Creso sobre todo mendigo piadoso, mientras transformaba a los orgullosos millonarios en mártires inconscientes.

“El orden divino planifica nuestro futuro mucho más sabiamente que ninguna compañía de seguros”. El maestro terminó con unas palabras que eran el credo de su fe hecho realidad. “El mundo está lleno de intranquilos creyentes en una seguridad externa. Los pensamientos amargos son como cicatrices en sus frentes. El Uno que nos proporciona aire y leche desde que empezamos a respirar sabe cómo mantener día a día a sus devotos”.

Continué mis peregrinaciones desde el colegio a la puerta del santo. Con silencioso celo me ayudó a alcanzar *anubhava*. Un día se trasladó a Ram Mohan Roy Road, lejos de mi casa en Gurpar Road. Sus cariñosos discípulos le habían construido una nueva ermita, conocida como “Nagendra Math”<sup>7</sup>.

Aunque me remonte varios años en mi historia, recogeré aquí las últimas palabras que me dirigió Bhaduri Mahasaya. Poco antes de embarcarme para Occidente le vi en la calle y me arrodillé humildemente para recibir su bendición de despedida:

“Hijo, vete a América. Lleva la dignidad de la vieja India por escudo. En tu frente está escrita la victoria; el lejano y noble pueblo te recibirá bien”.

ÍNDICE

1 Métodos de control de la fuerza vital regulando la respiración. [Volver](#)

2 El más antiguo exponente de yoga. [Volver](#)

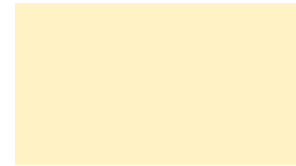
3 En Occidente, los profesores franceses fueron los primeros en prestarse a investigar científicamente las posibilidades de la mente superconsciente. El profesor Jules-Bois, miembro de la Escuela de Psicología de la Sorbona, dio conferencias en América en 1928; dijo en público que los científicos franceses estaban de acuerdo en reconocer la existencia del superconsciente, “que es exactamente lo opuesto de la mente subconsciente de Freud”. M. Jules-Bois explicó que el despertar del consciente más elevado “no debe ser confundido con el coqueísmo o el hipnotismo. La existencia de una mente superconsciente ha sido ampliamente reconocida filosóficamente, siendo en realidad la Superalma de la que habla Emerson, pero sólo recientemente se ha reconocido científicamente”. El científico francés señaló que del superconsciente proceden la inspiración, el genio y los valores morales. “Creer en él no es misticismo, aunque admite y aprecia las cualidades predicadas por los místicos”. [Volver](#)

4 Sta. Teresa de Jesús y otros santos cristianos fueron vistos con frecuencia en estado de levitación. [Volver](#)

5 “Gran sabio”. [Volver](#)

6 Percepción real de Dios. [Volver](#)

7 El nombre completo del santo era Nagendranath Bhaduri. *Math* significa ermita o *ashram*. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)  
[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)





INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Ocho

### El Gran Científico Indio J. C. Bose

“Los inventos de Jagadis Chandra Bose en radio preceden a los de Marconi”.

Al oír por casualidad este sugestivo comentario, me acerqué a un grupo de profesores que caminaban por la acera entregados a una discusión científica. Si al unirme a ellos me movió el orgullo racial, lo lamento. No oculto mi vivo interés en demostrar que la India puede jugar un papel destacado en Física y no sólo en Metafísica.

“¿Qué quiere usted decir, señor?”.

El profesor lo explicó amablemente. “Bose fue el primero en inventar un cohesor y un instrumento para señalar la refracción de las ondas eléctricas. Pero el científico indio no explotó sus inventos comercialmente. Pronto llevó su atención del mundo inorgánico al orgánico. Sus revolucionarios descubrimientos como psicólogo de las plantas dejan atrás incluso a sus radicalmente innovadores éxitos como físico”.

Di las gracias educadamente a mi mentor. Añadió, “El gran científico es mi colega en el Presidency College”.

Al día siguiente visité al sabio en su casa, que estaba cerca de la mía en Gurpar Road. Le admiraba desde hacía mucho tiempo a una respetuosa distancia. El grave y reservado botánico me recibió cortésmente. Era un hombre bien parecido, fuerte, en la cincuentena, de tupido pelo, frente amplia y los ojos ensimismados de un soñador. La precisión en su voz revelaba los hábitos de toda una vida de científico.

“He regresado recientemente de una expedición a las sociedades científicas de Occidente. Sus miembros manifestaron gran interés por los delicados instrumentos de mi invención que demuestran la indivisible unidad de la vida<sup>1</sup>. El crescógrafo Bose tiene la enorme ampliación de diez millones. El microscopio aumenta sólo algunos miles de veces y aún así dio un ímpetu vital a la ciencia biológica. El crescógrafo abre perspectivas incalculables”.

“Señor, ha hecho usted mucho por acelerar el abrazo de Oriente y Occidente en los impersonales brazos de la ciencia”.



JAGADIS CHANDRA BOSE  
Gran físico y botánico de la India,  
inventor del Crescógrafo  
(Izquierda) Yo a la edad de seis años

“Me eduqué en Cambridge. ¡Qué admirable es el método occidental de someter toda teoría a la escrupulosa prueba experimental! Este procedimiento empírico ha ido de la mano del don de la introspección, que es mi herencia oriental. Juntos me han permitido romper el silencio largamente guardado por el reino natural. Las reveladoras gráficas de mi crescógrafo<sup>2</sup> ponen en evidencia para los más escépticos que las plantas tienen un sistema nervioso sensible y una rica vida emocional. En las plantas las respuestas al amor, el odio, la alegría, el miedo, el dolor, el

nerviosismo, el estupor e infinidad de estímulos, son tan universales como en los animales.

“¡Profesor, antes de su advenimiento la vibración única de la vida en toda la creación podía parecer una fantasía poética! En una ocasión conocí a un santo que jamás arrancaba flores. ¿Podría robar al rosal la belleza que constituye su orgullo? ¿Podría ofender su dignidad con tan cruel despojo?”. ¡Sus comprensivas palabras han sido comprobadas literalmente gracias a sus descubrimientos!”.

“El poeta tiene una estrecha relación con la verdad, mientras que el científico se acerca a ella torpemente. Venga algún día a mi laboratorio para ver el testimonio inequívoco del crescógrafo”.

Acepté agradecido su invitación y me marché. Más tarde supe que el botánico había dejado el Presidency College y proyectaba crear un centro de investigación en Calcuta.

Cuando se abrió el Bose Institute, asistí a los actos inaugurales. Cientos de personas entusiasmadas paseaban por los edificios. Quedé maravillado del simbolismo artístico y espiritual del nuevo hogar del científico. En la puerta de entrada vi una reliquia centenaria procedente de un lejano santuario. Detrás del estanque de lotos<sup>3</sup>, una escultura femenina con una antorcha expresaba el respeto indio por la mujer como portadora inmortal de la luz. El jardín tenía un pequeño templo consagrado al Noumeno que está más allá del fenómeno. Si bien la incorporeidad divina era sugerida por la ausencia de imágenes.

El discurso de Bose en esta ocasión de gala podía haber salido de los labios de alguno de los inspirados *rishis* antiguos.

“Hoy consagro este Instituto no simplemente como un laboratorio sino como un templo”. Su reverente solemnidad se deslizó como un manto invisible sobre el auditorio abarrotado. “En el curso de mis investigaciones fui conducido a la frontera entre la Física y la Psicología. Con asombro vi que las líneas divisorias se desvanecían y surgían puntos de contacto entre el reino de lo vivo y lo no vivo. La materia inorgánica era considerada inerte; se estremecía bajo la acción de numerosísimas fuerzas.

“Una reacción universal parecía someter el metal, las plantas y los animales a una ley común. Todos mostraban básicamente los mismos fenómenos de fatiga y depresión, con posibilidades de recuperación y júbilo, así como la permanente insensibilidad asociada a la muerte. Vivamente impresionado con estas generalizaciones extraordinarias, anuncié con gran esperanza mis resultados, demostrados con experimentos, a la Royal Society. Pero los psicólogos presentes me aconsejaron limitarme a las investigaciones físicas, en las que mis éxitos estaban asegurados, en vez de invadir su territorio. Sin darme cuenta me había metido en un desconocido sistema de castas y ofendido su protocolo.

“Así mismo intervenía un prejuicio teológico inconsciente, que confunde la ignorancia con la fe. Con frecuencia se olvida que Aquel que nos rodea con este misterio en constante desarrollo de la creación, también ha implantado en nosotros el deseo de preguntar y comprender. Después de muchos años de incompreensión, llegué a saber que la vida de un devoto de la ciencia está inevitablemente llena de luchas interminables. A él le corresponde moldear su vida como una ferviente ofrenda, mirando la ganancia y la pérdida, el éxito y el fracaso, como una misma cosa.

“Con el tiempo las más destacadas sociedades científicas mundiales aceptaron mis teorías y resultados y reconocieron la importancia de la contribución india a la ciencia”.

¿Podrá jamás algo pequeño o limitado satisfacer la mentalidad de la India? Gracias a una tradición siempre viva y a un vital poder de rejuvenecimiento, esta tierra se ha adaptado a innumerables transformaciones. Los indios han ensalzado siempre a quien, descartando el inmediato y absorbente precio del tiempo, han buscado la realización de los más altos ideales en la vida, no a través de la renuncia pasiva, sino de una lucha activa. El débil que rehuye el conflicto, al no conseguir nada no tiene nada a que renunciar. Sólo quien ha luchado y vencido puede enriquecer el mundo ofreciéndole los frutos de sus experiencias victoriosas.

“El trabajo llevado ya a cabo en el laboratorio Bose sobre la respuesta de la materia y las inesperadas revelaciones sobre la vida de las plantas, ha abierto vastos territorios de investigación en Física, Fisiología, Medicina, Agricultura e incluso en Psicología. Problemas considerados hasta ahora insolubles, han sido llevados al campo de la investigación experimental.

“Pero los grandes éxitos no se obtienen sin una exactitud rigurosa. De ahí la larga serie de aparatos e instrumentos supersensibles que he diseñado y que pueden observar en las vitrinas del hall de entrada. Ellos les hablan de los prolongados esfuerzos por llegar, tras la engañosa apariencia, a la realidad que permanece oculta; del continuo esfuerzo, persistencia e ingenio de que se hizo acopio para superar las limitaciones humanas. Todos los científicos creativos saben que el verdadero laboratorio es la mente, donde tras lo ilusorio dejan al descubierto las leyes de la verdad.

“Las conferencias que se den aquí no serán meras repeticiones de conocimientos de segunda mano. Anunciarán nuevos descubrimientos, demostrados por primera vez en estas salas. Mediante la publicación regular del trabajo del Instituto, estas contribuciones indias llegarán a todo el mundo. Se convertirán en propiedad pública. Jamás se patentarán. El espíritu de nuestra cultura nacional exige que nos veamos siempre libres de la profanación de utilizar el conocimiento sólo para la ganancia personal.

“Es mi deseo más ferviente que las instalaciones del Instituto estén disponibles, en la medida de lo posible, para los trabajadores de todos los países. En esto intento seguir las tradiciones de mi país. Hace veinticinco siglos la India recibía en sus antiguas universidades de Nalanda y Taxila a estudiosos de todo el mundo.

“Aunque la ciencia no pertenece a Oriente ni Occidente sino que es universal, la India es especialmente adecuada para aportar grandes contribuciones<sup>5</sup>. La ardiente imaginación india, capaz de extraer un nuevo orden de una masa de hechos aparentemente contradictorios, es mantenida a raya por el hábito de la concentración. Este control confiere el poder de mantener a la mente en la persecución de la verdad con una infinita paciencia”.

Las lágrimas afloraron a mis ojos con las últimas palabras del científico. ¿No es en verdad la “paciencia” un sinónimo de la India, que desconcierta tanto al Tiempo como a los historiadores?

Volví a visitar el centro de investigación poco después de su inauguración. El gran botánico, teniendo presente su promesa, me llevó a su tranquilo laboratorio.

“Enfocaré el crescógrafo sobre este helecho; el aumento es tremendo. ¡Si el arrastrarse de un caracol se ampliara en la misma proporción, la criatura parecería moverse como un tren expreso!”.

Mi mirada estaba ansiosamente fija en la pantalla que reflejaba la sombra ampliada del helecho. Los mínimos movimientos vitales eran ahora claramente perceptibles; la planta crecía muy despacio ante mis ojos fascinados. El científico tocó la punta del helecho con una pequeña barra metálica. La pantomima que estaba representándose se detuvo repentinamente, reanudando sus reveladores ritmos tan pronto como se retiró la barra.

“Ha visto que cualquier ligera interferencia externa es perjudicial para los sensibles tejidos”, señaló Bose. “Observe, ahora le suministraré cloroformo y después le daré un antídoto”.

El efecto del cloroformo interrumpía todo crecimiento; el antídoto era revivificante. Las señales evolutivas de la pantalla me tenían más embelesado que la trama de una “película”. Mi compañero (aquí en el papel de malo) introdujo un instrumento cortante en una parte del helecho; palpitaciones espasmódicas indicaron el dolor. Cuando pasó una navaja por una parte del tallo, la sombra se agitó violentamente, después se inmovilizó en el punto final de la muerte.

“Gracias al cloroformo transplanté con éxito un árbol enorme. Generalmente, tales monarcas del bosque mueren rápidamente cuando se les mueve”. Jagadis sonreía feliz mientras contaba la maniobra de salvamento. “Las gráficas de mis delicados aparatos han demostrado que los árboles tienen un sistema circulatorio; los movimientos de su savia se corresponden con los originados por la presión sanguínea en el cuerpo animal. La ascensión de la savia no es explicable por los fundamentos mecánicos que generalmente se proponen, tales como la capilaridad. El crescógrafo ha arrojado luz sobre el fenómeno, mostrándolo como la actividad de células vivas. ¡Ondas peristálticas emitidas por un tubo cilíndrico que recorre el árbol y actúa como un auténtico corazón! Cuanto más profundamente comprendemos, más llamativa es la evidencia de que un plan uniforme liga todas las formas de la naturaleza múltiple”.

El gran científico señaló otro instrumento Bose.

“Le mostraré algunos experimentos sobre un trozo de estaño. La fuerza vital de los metales responde adversa o positivamente a los estímulos. Las marcas con tinta registrarán las distintas reacciones”.

Profundamente absorto, observaba la gráfica en la que se registraban las ondas características de la estructura atómica. Cuando el profesor aplicó cloroformo al estaño, los registros de la vibración se detuvieron. Cuando el metal recobró lentamente su estado normal, recomenzaron. Mi compañero le administró un veneno químico. Simultáneamente al estremecedor final del estaño, la aguja escribió en la gráfica una dramática nota de muerte.

“Los instrumentos Bose han demostrado que los metales, tales como el acero que se utiliza en las tijeras y la maquinaria, están sujetos a la fatiga y recuperan eficacia después de un tiempo de descanso. El pulso de la vida en los metales sufre daños serios e incluso se extingue con la aplicación de corrientes eléctricas o altas presiones”.

Miré alrededor, observando los numerosos inventos, elocuente testimonio de un ingenio infatigable.

“Señor, es lamentable que el desarrollo de la agricultura a gran escala no se acelere con el uso más amplio de sus maravillosos mecanismos. ¿No sería perfectamente posible emplear algunos de ellos en experimentos de laboratorio rápidos para indicar la influencia de distintos tipos de fertilizantes en el crecimiento de las plantas?”.

“Tiene razón. Las generaciones futuras harán innumerables usos de los instrumentos Bose. El científico rara vez obtiene el reconocimiento de sus contemporáneos; es suficiente con tener la alegría de un servicio creativo”.

Expresando al sabio mi gratitud sin reservas, me marché. “¿Podrá agotarse alguna vez la increíble fertilidad de su genio?”, pensé.

Con los años no disminuyó en absoluto. Inventando un complejo instrumento, el “Cardiógrafo Resonante”, Bose prosiguió con investigaciones exhaustivas en innumerables plantas indias. Se sacó a la luz una enorme e insospechada farmacopea de medicamentos útiles. El cardiógrafo está construido con una precisión infalible, gracias a la cual la centésima parte de un segundo queda registrada en una gráfica. Registros resonantes miden pulsaciones infinitesimales en el organismo de las plantas, los animales y el ser humano. El gran botánico predijo que el uso de su cardiógrafo conduciría a la vivisección en plantas en vez de utilizar animales.

“Registros paralelos de los efectos de un medicamento administrado simultáneamente a una planta y un animal, han mostrado una asombrosa unanimidad de resultados”, señaló. “Todo lo humano ha sido prefigurado en las plantas. La experimentación vegetal contribuirá a disminuir el sufrimiento humano”.

Años más tarde, los pioneros descubrimientos de Bose en las plantas fueron corroborados por otros científicos. El trabajo realizado en 1938 en la Universidad de Columbia fue presentado así por *The New York Times*:

En los últimos años se ha determinado que cuando los nervios transmiten mensajes entre el cerebro y otras partes del cuerpo, se generan minúsculos impulsos eléctricos. Estos impulsos se han medido con delicados galvanómetros y ampliado millones de veces con los modernos aparatos de aumento. Hasta ahora no se habían encontrado métodos satisfactorios para estudiar el paso de los impulsos por las fibras nerviosas en animales vivos o en el hombre a causa de la gran velocidad a la que viajan esos impulsos.

Los doctores K. S. Cole y H. J. Curtis informan que han descubierto que las largas y simples células de la planta de agua dulce nitella, utilizada frecuentemente en las peceras de peces de colores, son prácticamente idénticas a las fibras nerviosas individuales. Todavía más, han descubierto que las fibras de nitella, al ser excitadas, propagan ondas eléctricas similares en todo, excepto en la velocidad, a las de las fibras nerviosas de los animales y el hombre. Se ha visto que los impulsos nerviosos de las plantas son mucho más lentos que los de los animales. Por ello este descubrimiento fue aprovechado por los trabajadores de Columbia para tomar imágenes a cámara lenta del paso de los impulsos nerviosos por los nervios.

Así pues la planta nitella puede convertirse en una especie de piedra Rosetta para descifrar los secretos celosamente guardados sobre la zona fronteriza entre la materia y el espíritu.

El poeta Rabindranath Tagore era un fiel amigo del idealista científico de la India. A él le dedicó el dulce cantor bengalí los siguientes versos:<sup>6</sup>

Oh, eremita, llama con las auténticas palabras  
De aquel antiguo himno titulado *Sama*, “¡Levántate!, ¡Despierta!”.  
Llama al hombre que alardea de su saber *shástrico*  
En vanas y pedantes discusiones inútiles.  
Llama a ese insensato fanfarrón para que salga  
A la naturaleza, a esta ancha tierra.  
Envía esta llamada a tu banda de eruditos.  
Que se reúnan todos en torno a tu fuego sacrificial.  
Para que nuestra India,  
Nuestra vieja tierra vuelva en sí.  
Oh, para que vuelva al trabajo firme,  
Al deber y la devoción, al trance  
De la meditación sincera; para que se siente  
Una vez más serena, sin codicia, sin conflictos, pura,  
Oh, de nuevo sobre su elevado sitio  
Y estrado, maestra de todas las naciones.

## ÍNDICE

<sup>1</sup> “Toda ciencia o es trascendental o desaparece. Actualmente la botánica está desarrollando la teoría correcta, dentro de poco los avatares de Brahma serán los libros de texto de la historia natural”. Emerson [Volver](#)

<sup>2</sup> De la raíz latina *crescere*, aumentar. A Bose se le concedió el título de Sir en 1917 por el crescógrafo y otros inventos. [Volver](#)

<sup>3</sup> La flor de loto es un antiguo símbolo divino de la India; sus pétalos desplegados sugieren la expansión del alma; el hecho de que su belleza pura crezca del fango contiene una benévola promesa espiritual. [Volver](#)

<sup>4</sup> “Actualmente sólo la más pura casualidad lleva a la India al ámbito de los estudios universitarios americanos. Ocho universidades (Harvard, Yale, Columbia, Johns Hopkins, Pennsylvania, Chicago y California) tienen cátedras de Estudios Índicos o Sánscrito, pero la India prácticamente carece de representación en los departamentos de Historia, Filosofía, Artes, Ciencia Política, Sociología y muchos más departamentos de experiencia intelectual en los que, como hemos visto, ha hecho grandes aportaciones... Como consecuencia creemos que ningún departamento, especialmente en humanidades, de ninguna de las principales universidades, estará totalmente equipado sin especialistas cualificados en las etapas índicas de su disciplina. Creemos también que todas las universidades que declaran preparar a sus graduados para un trabajo inteligente en el mundo en que viven, deben tener un grupo de estudiosos competente en la civilización de la India”. Extractos de un artículo del Profesor W. Norman Brown, de la Universidad de Pennsylvania, aparecido en Mayo de 1939, en el *Bulletin* de la American Council of Learned Societies, 907 15th St., Washington D.C., 250 copy. Este número (#28) contiene más de 100 páginas de “Bibliografía Básica para Estudios Índicos”. [Volver](#)

<sup>5</sup> La estructura atómica de la materia era bien conocida por los antiguos hindúes. Uno de los seis sistemas de la Filosofía india es *Vaisesika*, de la raíz sánscrita *visesas*, “individualidad atómica”. Uno de los máximos exponentes de *Vaisesika* fue Aulukya, también llamado Kanada, “el comedor de átomos”, nacido hace unos 2800 años.

En un artículo de *East-West*, Abril 1934, un resumen del conocimiento científico de *Vaisesika* decía lo siguiente:

“Aunque la moderna ‘teoría atómica’ se considera generalmente un nuevo avance de la ciencia, fue expuesta brillantemente hace mucho tiempo por Kanada, “el comedor de átomos”. La traducción correcta del sánscrito *anus* es ‘átomo’ en el sentido literal griego de éste como ‘uncut’ o indivisible. Otras exposiciones de tratados *Vaisesika* anteriores a Cristo incluyen (1) el movimiento de las agujas hacia un imán, (2) la circulación del agua en las plantas, (3) el *akash* o éter, inerte y sin estructura, como el medio de transmisión de fuerzas sutiles, (4) el fuego del sol como la causa de todas las demás formas de calor, (5) el calor como la causa de los cambios moleculares, (6) la ley de la gravedad como originada por la característica de los átomos terrestres que les confiere el poder de atracción y repulsión, (7) la naturaleza cinética de la energía; la causalidad como debida siempre a un gasto

energético o una redistribución del movimiento, (8) la disolución universal a través de la desintegración de los átomos, (9) la radiación del calor y los rayos de luz como partículas infinitamente pequeñas, que se precipitan en todas direcciones a una velocidad inconcebible (la moderna teoría de los "rayos cósmicos"), (10) la relatividad del tiempo y el espacio.

"*Vaisesika* asignaba el origen del mundo a los átomos, eternos en su naturaleza, es decir en sus rasgos fundamentales. Se consideraba que estos átomos tenían un movimiento vibratorio incesante.... El reciente descubrimiento de que un átomo es un sistema solar en miniatura no sería nuevo para los viejos filósofos de *Vaisesika*, que también reducían el tiempo a su concepto matemático último, describiendo la unidad de tiempo más pequeña (*kala*) como el tiempo que tarda un átomo en atravesar su propia unidad de espacio". [Volver](#)

6 Traducido del bengali de Rabrindanath Tagore al inglés por Mammohan Ghosh en *Viswa-Bharati*. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Nueve

### El Devoto Extasiado y su Romance Cósmico

“Señorito, siéntese por favor. Estoy hablando con mi Madre Divina”.

Había entrado silenciosamente en la habitación con respeto reverencial. El angélico aspecto del Maestro Mahasaya verdaderamente me deslumbró. Con su sedosa barba blanca y sus luminosos ojos, parecía la encarnación de la pureza. Su barbilla levantada y las manos unidas me informaron de que mi primera visita le había interrumpido en medio de sus oraciones.

Sus sencillas palabras de bienvenida produjeron el efecto más fuerte que mi naturaleza había experimentado hasta entonces. Había creído que la amarga separación de mi madre impuesta por la muerte era la medida de todas mis angustias. Ahora la agónica separación de mi Madre Divina era una tortura indescriptible para el espíritu. Me eché al suelo gimiendo.

“¡Señorito, cálmese!”. El santo se afligió compasivamente.

Abandonado en una desolación oceánica, me agarré a sus pies como a mi balsa de salvación.

“Sagrado Señor, ¡interceda por mí! ¡Pregunte a la Madre Divina si disfruto de favor a Sus ojos!”.

Ésta no es una promesa fácil de hacer; el maestro se vió obligado a guardar silencio.

Yo estaba convencido, sin ningún género de dudas, de que el Maestro Mahasaya estaba hablando interiormente con la Madre Universal. Resultaba profundamente humillante que mis ojos fueran ciegos a Ella, cuando en ese momento era perceptible a la mirada intachable del santo. Asiendo sin avergonzarme sus pies, sordo a sus amables protestas, le supliqué una y otra vez la mediación de su gracia.

“Transmitiré su súplica a la Amada”. La capitulación del maestro se acompañó de una lenta y compasiva sonrisa.

¿Qué poder tenían esas pocas palabras, que mi ser se liberó de su tormentoso exilio?

“¡Señor, recuerde su promesa! ¡Volveré pronto a por su mensaje!”. Una gozosa ilusión sonó en mi voz, que sólo un momento antes sollozaba penosamente.

Bajando las largas escaleras me vi abrumado por los recuerdos. Esta casa del número 50 de Amherst Street, ahora residencia del Maestro Mahasaya, había sido el hogar de mi familia, escenario de la muerte de mi madre. Aquí mi corazón humano se había roto por la desaparición de mi madre; y hoy, aquí, mi espíritu se había sentido crucificado por la ausencia de la Madre Divina. ¡Paredes sagradas, testigos silenciosos de mi doloroso penar y mi curación definitiva!

Regresé entusiasmado a mi casa en Gurpar Road. Buscando el retiro de mi pequeño ático, permanecí meditando hasta las diez en punto. La oscuridad de las cálidas noches indias se iluminó repentinamente con una maravillosa visión.

Circundada de esplendor, la Madre Divina se presentó ante mí. Su rostro, que sonreía tiernamente, era la misma belleza.

“¡Siempre te he amado! ¡Siempre te amaré!”.

Las notas celestiales todavía sonaban en el aire cuando se desvaneció.

El sol de la mañana siguiente apenas se había elevado hasta un punto prudente cuando hice mi segunda visita al Maestro Mahasaya. Subí las escaleras de la casa de punzantes recuerdos y llegué a su habitación del cuarto piso. El tirador de la puerta cerrada estaba envuelto en un paño; señal, pensé, de que el santo deseaba intimidad. Estaba de pie en el rellano, indeciso, cuando la puerta fue abierta por la amable mano del maestro. Me arrodillé a sus sagrados pies. Con ánimo de jugar, me puse una máscara solemne ocultando mi júbilo divino.

“Señor, he venido –muy temprano ¡lo confieso!– a por su mensaje. ¿Ha dicho la Madre Divina algo sobre mí?”.

“¡Travieso señorito!”.

No hizo ningún otro comentario. Por lo visto mi fingida gravedad no le había impresionado.



“¿Por qué tan misterioso, tan evasivo? ¿Los santos no hablan nunca llanamente?”. Quizá me sentía un poco irritado.

“¿Quiere ponerme a prueba?”. Sus calmados ojos estaban llenos de entendimiento. “¿Podría yo añadir esta mañana una sola palabra a las garantías que recibí anoche a las diez en punto de la misma Madre Divina?”.

El Maestro Mahasaya poseía control sobre las compuertas de mi alma: de nuevo me precipité a postrarme a sus pies. Pero esta vez mis lágrimas brotaron no de un dolor, sino de un gozo antiguo.

“¿Creía que su devoción no conmovía a la Infinita Bondad? La maternidad de Dios, que usted ha venerado tanto en forma humana como divina, no podía dejar de responder a su desolado llanto”.

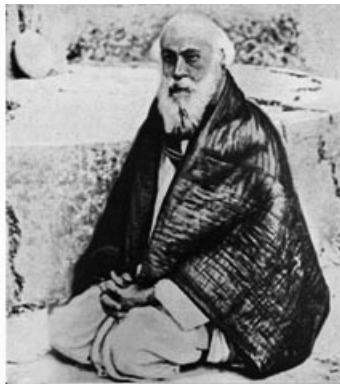
¿Quién era este sencillo santo, cuya más mínima petición al Espíritu Universal recibía dulce aquiescencia? Su papel en el mundo era humilde, como correspondía al hombre más humilde que jamás conocí. El Maestro Mahasaya<sup>1</sup> dirigía una escuela secundaria para chicos. Ninguna palabra de castigo salía de sus labios; ninguna norma o férula mantenían su disciplina. En verdad en estas modestas aulas se enseñaban elevadas matemáticas y una química del amor ausentes en los libros de texto. Difundía su sabiduría por contagio espiritual en vez de hacerlo con preceptos impermeables. Consumido por una cándida pasión por la Madre Divina, el santo ya no exigía formas externas de respeto, como no las exige un niño.

“Yo no soy su gurú; él vendrá un poco más tarde”, me dijo. “Gracias a su guía, sus experiencias de la Divinidad en forma de amor y devoción se transformarán en sabiduría insondable”.



DOS HERMANOS DE TERESA NEUMANN

Aparezco con ellos en Konnersreuth, Baviera.



MASTER MAHASAYA

Siempre absorto en la dicha de su romance cósmico.

Todas las tardes, a última hora, me dirigía a Amherst Street. Buscaba la divina copa del Maestro Mahasaya, tan llena que sus gotas se derramaban diariamente sobre mi ser. Nunca antes me había inclinado en total reverencia; ahora era para mí un privilegio inconmensurable hasta pisar el mismo suelo que el Maestro Mahasaya santificaba.

“Señor, por favor póngase esta guirnalda de flores de *champak* que he confeccionado especialmente para usted”. Una tarde llegué con mi cadena de flores. Pero la retiró tímidamente, rehusando repetidamente tal honor. Percibiendo mi pena, finalmente consintió con una sonrisa.

“Ya que los dos somos devotos de la Madre, puede poner la guirnalda en este templo corporal, ofreciéndosela a Ella, que mora en su interior”. Su vasta naturaleza carecía de espacio en que pudiera echar raíces ninguna consideración egotista.

“Mañana iremos al Templo de Dakshineswar, santificado para siempre por mi gurú”. El Maestro Mahasaya era discípulo de un maestro semejante a Cristo, Sri Ramakrishna Paramhansa.

A la mañana siguiente hicimos el viaje de siete kilómetros en barca por el Ganges. Entramos en el templo de siete bóvedas de Kali, donde las imágenes de la Madre Divina y Shiva se apoyan sobre un bruñido loto de plata, con sus mil pétalos meticulosamente labrados. El Maestro Mahasaya resplandecía hechizado. Estaba entregado a su inagotable romance con la Amada. Mientras cantaba Su nombre, mi embelesado corazón parecía romperse en mil pedazos.

Más tarde paseamos por los recintos sagrados, haciendo un alto en un bosquecillo de tamarindos. El característico maná que rezuman estos árboles era un símbolo del alimento celestial que estaba ofreciendo el Maestro Mahasaya. Sus invocaciones a la Divinidad continuaban. Me senté absolutamente inmóvil en la hierba entre las plumosas flores del tamarindo. Temporalmente ausente del cuerpo, me elevé en una conversación sobrenatural.

Ésta fue la primera de muchas peregrinaciones a Dakshineswar con el sagrado profesor. De él aprendí la dulzura de Dios en el aspecto de Madre o Bondad Divina. La inocencia del santo encontraba poco atractivo el aspecto de Padre o Justicia Divina. El juicio severo, exacto, matemático, era ajeno a su tierna naturaleza.

“¡Puede servir como prototipo terrenal de los ángeles del cielo!”, pensé cariñosamente



observándole un día mientras oraba. Sin un ápice de censura o crítica, contemplaba el mundo con sus ojos largamente familiarizados con la Pureza Primordial. Su cuerpo, mente, lenguaje y acciones se armonizaban sin esfuerzo con la simplicidad de su alma.

“Así me lo dijo mi maestro”. Sin atreverse a formular afirmaciones personales, el santo terminaba todo consejo sabio con este invariable tributo. Su identificación con Sri Ramakrishna era tan profunda, que el Maestro Mahasaya jamás consideraba sus pensamientos como propios.

Una tarde el santo y yo caminábamos de la mano por la manzana de su escuela. Mi felicidad se vió empañada por la llegada de un vanidoso conocido que nos cargó con un discurso interminable.

“Veo que este hombre no le agrada”. El susurro del santo no fue oído por el ególatra, cautivado por su propio monólogo. “He hablado sobre esto con la Madre Divina; Ella comprende nuestro triste aprieto. Tan pronto como lleguemos a aquella casa roja, ha prometido recordarle que tiene un asunto más urgente”.

Mis ojos estaban clavados en el lugar de salvación. Al llegar a la puerta roja, el hombre, inexplicablemente, dio la vuelta y se marchó, ni siquiera terminó la frase ni dijo adiós. El agredido aire se reconfortó con la paz.

Cierto día estaba caminando solo por las proximidades de la estación de tren de Howrah. Me detuve un momento junto a un templo, criticando silenciosamente a un pequeño grupo de hombres con tambores y platillos que recitaban un canto con furor.

“Con qué poca devoción utilizan el divino nombre del Señor en su mecánica repetición”, reflexioné. Quedé asombrado al ver acercarse rápidamente al Maestro Mahasaya. “¿Señor, cómo usted aquí?”.

El santo, ignorando mi pregunta, respondió a mi pensamiento. “¿No es cierto, señorito, que el nombre del Amado suena dulce en todos los labios, sean ignorantes o sabios?”. Me rodeó cariñosamente con su brazo; me encontré transportado en su alfombra mágica hasta la Misericordiosa Presencia.

“¿Quiere ver algunos bioscopios?”. Esta pregunta que el Maestro Mahasaya me hizo una tarde era desconcertante; el término era utilizado entonces en la India para referirse a las películas. Acepté, feliz de estar en su compañía en cualquier circunstancia. Una enérgica caminata nos llevó al jardín situado frente a la Universidad de Calcuta. Mi acompañante me indicó un banco cerca del *goldighi* o estanque.

“Quedémonos aquí unos minutos. Mi Maestro me invitaba siempre a meditar donde viera una extensión de agua. Aquí su placidez nos recuerda la vasta calma de Dios. Así como todo se refleja en el agua, se refleja el universo en el lago de la Mente Cósmica. Así lo decía con frecuencia mi *gurudeva*”.

Pronto entramos en el paraninfo de la universidad, donde se daba una conferencia. Resultó ser terriblemente aburrida, aunque de vez en cuando, para darle variedad, se proyectaban diapositivas igualmente sin interés.

“¡Así que ésta era la clase de bioscopio que el maestro quería que viese!”. Mentalmente estaba impaciente, si bien no quería herir al santo manifestando en mi rostro aburrimiento. Pero él se dirigió a mí confidencialmente.

“¡Veo, señorito, que no le gusta este bioscopio. Se lo he mencionado a la Madre Divina; Ella está totalmente de acuerdo con nosotros. Me dice que ahora la luz se apagará y no volverá a encenderse hasta que consigamos salir de la sala”.

Al terminar su susurro, el paraninfo se sumergió en la oscuridad. La estridente voz del profesor fue acallada por la estupefacción, después observó: “Parece que el sistema eléctrico del paraninfo presenta alguna deficiencia”. Para entonces el Maestro Mahasaya y yo habíamos cruzado sin percance el umbral de la puerta. Mirando hacia atrás desde el pasillo, vi que el escenario de nuestro martirio estaba de nuevo iluminado.

“Señorito, no le agradó ese bioscopio, pero creo que le gustará otro diferente”. El santo y yo estábamos de pie en la acera frente al edificio de la universidad. Golpeó ligeramente mi pecho por encima del corazón.

Siguió un silencio transformador. Así como las modernas “películas sonoras” se convierten en películas mudas cuando el sonido del aparato se estropea, la Mano Divina, por algún extraño milagro, suprimió el bullicio terrenal. Tanto los transeúntes como los tranvías, automóviles, carros de bueyes y coches de alquiler con ruedas de hierro transitaban silenciosos. Como si poseyera un ojo omnipresente, contemplaba las escenas que sucedían detrás de mí y a los lados tan fácilmente como las que tenía enfrente. Todo el espectáculo de la actividad de este pequeño sector de Calcuta pasaba ante mí sin ruido. Como el tenue resplandor del fuego visto bajo una delgada capa de cenizas, una suave luminiscencia impregnaba la vista panorámica.

Mi propio cuerpo no parecía sino una de las muchas sombras, aunque inmóvil, mientras las demás iban y venían mudamente de aquí para allá. Varios chicos, amigos míos, se acercaron y nos sobrepasaron; aunque me miraron directamente, era irreconocible.

Esta representación única me produjo un indescriptible éxtasis. Bebía intensamente de alguna gozosa fuente. De pronto mi pecho recibió otro suave golpe del Maestro Mahasaya. El pandemonio del mundo estalló en mis poco dispuestos oídos. Me tambaleé como si hubiera sido despertado áspidamente de un sueño sutil. El vino trascendental fue puesto fuera de mi alcance.

“Señorito, veo que encuentra el segundo bioscopio<sup>2</sup> de su gusto”. El santo sonreía; comencé a

inclinarme ante él en señal de gratitud. “¡Ahora no puede hacerme eso; sabe que Dios está también en su templo! ¡No puedo permitir que la Madre Divina toque mis pies por medio de sus manos!”.

Si alguien nos observó al modesto maestro y a mí mientras nos alejábamos de la concurrida acera, probablemente sospechó que íbamos borrachos. Sentía que las sombras de la tarde que caía estaban solidariamente embriagadas de Dios. Cuando la oscuridad se recobró de su desvanecimiento nocturno, me enfrenté a la nueva mañana desprovisto de la atmósfera de éxtasis. Pero tengo siempre atesorado en mi memoria al seráfico hijo de la Madre Divina, ¡el Maestro Mahasaya!

Intentando hacer justicia a su benevolencia con pobres palabras, me pregunto si el Maestro Mahasaya y algunos más entre los santos de profunda clarividencia cuyos caminos se cruzaron con el mío, supieron que años más tarde, en un país occidental, estaría escribiendo sobre sus vidas como devotos divinos. Su presciencia no me sorprendería y tampoco, espero, a aquellos de mis lectores que hayan llegado conmigo hasta aquí.

ÍNDICE

---

**1** Estos son títulos de respeto que habitualmente se utilizaban para dirigirse a él. Su nombre era Mahendra Nath Gupta; firmaba sus trabajos literarios simplemente “M”. [Volver](#)

**2** El diccionario Oxford de inglés da, como rara, esta definición de *bioscope*: Una visión de la vida; lo que proporciona tal visión.

Así pues la elección de este término por parte del Maestro Mahasaya estaba especialmente justificada. [Volver](#)

---



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Diez

#### Encuentro a mi Maestro, Sri Yukteswar

“La fe en Dios puede producir cualquier milagro excepto uno, aprobar un examen sin estudiar”. Cerré con desagrado el libro que había cogido en un momento de ocio.

“La excepción del escritor muestra su total falta de fe”, pensé. “¡Pobre hombre, tiene un gran respeto a quemarse las pestañas!”.

Había prometido a mi padre que terminaría mis estudios secundarios. No pretendo hacerme pasar por un estudiante diligente. Los últimos meses me habían encontrado con menos frecuencia en el aula que en los apartados lugares de baño, *ghats*, de Calcuta. Los terrenos crematorios colindantes, especialmente espeluznantes por la noche, son considerados por el yogui sumamente atractivos. Quien ha encontrado la Esencia Inmortal, no puede sentir consternación ante unas simples calaveras. La debilidad humana queda clara en la lúgubre morada de una miscelánea de huesos. Así pues mis vigiliass nocturnas eran de una naturaleza bastante distinta de las de un estudiante.

La semana de exámenes finales en la Escuela Secundaria Hindú se acercaba rápidamente. Este periodo de interrogatorios, como los lugares sepulcrales, inspira un bien conocido terror. No obstante mi mente estaba en paz. Desafiando a los sarcófagos, había exhumado una sabiduría que no se encuentra en las conferencias de los paraninfos. Pero carecía del arte de Swami Pranabananda, que aparecía con tanta facilidad en dos sitios a la vez. Mi dilema docente era claramente una cuestión a resolver por el Ingenio Infinito. Así razonaba, aunque a muchos mi razonamiento les parecerá ilógico. La irracionalidad del devoto surge de miles de demostraciones inexplicables de la asistencia de Dios en los momentos de dificultad.

“¡Hola Mukunda! ¡Apenas te he visto estos días!”. Un compañero de clase me abordó en Gurpar Road una tarde.

“¡Hola Nantu! Mi invisibilidad en la escuela me ha puesto en una situación decididamente embarazosa”. Me desahogué ante su amistosa mirada.

Nantu, que era un estudiante brillante, se rió a carcajadas. Mi aprieto no carecía de un aspecto cómico.

“¡No estás preparado en absoluto para los exámenes finales! ¡Supongo que será cosa mía ayudarte!”.

Estas simples palabras comunicaron promesas divinas a mis oídos; visité con presteza la casa de mi amigo. Él me explicó por encima las soluciones de los distintos problemas que consideraba serían planteados por los profesores.

“Estas preguntas son el cebo con que harán caer a muchos chicos confiados en la trampa. Recuerda mis respuestas y escaparás ileso”.

La noche estaba muy avanzada cuando me marché. Reventando de erudición sin madurar, recé con devoción para que se mantuviera conmigo durante los siguientes críticos días. Nantu me había preparado en diversas asignaturas, pero, acuciado por el tiempo, había olvidado el sánscrito. Fervientemente le recordé a Dios el descuido.

A la mañana siguiente salí a dar un pequeño paseo, adaptando mis nuevos conocimientos al ritmo de mis pasos. Al tomar un atajo que atravesaba un solar invadido de malas hierbas, mi mirada cayó sobre unas hojas sueltas impresas. Un salto triunfante demostró que se trataba de versos sánscritos. Busqué a un pundit para que me ayudara con mi insegura interpretación. Su cálida voz llenó el aire con la belleza melosa, sin aristas, de la antigua lengua<sup>1</sup>.

“Posiblemente estos excepcionales versos no le serán de ayuda en su examen de sánscrito”. Concluyó escépticamente el erudito.

Pero la familiaridad con aquel poema concreto me permitió pasar al día siguiente el examen de sánscrito. Gracias a la experta ayuda de Nantu, también conseguí la calificación mínima para salir con éxito en las demás asignaturas.

Mi padre estaba satisfecho de que hubiera mantenido mi palabra y finalizado el curso en la escuela secundaria. Mi gratitud se apresuró a dirigirse a Dios, cuya sola guía percibía en mi visita a Nantu y mi paseo por la inhabitual ruta del solar lleno de escombros. Juguetonamente había dado una doble expresión a Su oportuno plan de rescate.

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

Me topé con aquel libro que había descartado porque su autor negaba la primacía de Dios en las aulas de examen. No puede contener la risa ante mi propio comentario silencioso:

“¡Sólo aumentaría la confusión de este individuo si le contara que la meditación divina entre cadáveres es un atajo para conseguir un diploma en la escuela secundaria!”.

Con mi nuevo grado ya podía proyectar abiertamente el abandono del hogar. Junto con un joven amigo, Jitendra Mazumdar<sup>2</sup>, decidí ingresar en la ermita Mahamandal de Benarés y recibir su disciplina espiritual. Una mañana me embargó el desconsuelo al pensar en separarme de mi familia. Desde la muerte de mi madre me había encariñado especialmente con mis dos hermanos pequeños, Sananda y Bishnu. Subí corriendo a mi retiro, el pequeño ático testigo de tantas escenas de mi turbulenta *sadhana*<sup>3</sup>. Después de dos horas inundado en lágrimas me sentí totalmente transformado, como si hubiera sido lavado con un detergente de alquimia. Todos los apegos<sup>4</sup> desaparecieron; mi resolución de buscar a Dios como el Amigo de los amigos se impuso granítica en mi interior. Terminé rápidamente los preparativos del viaje.

“Te hago una última súplica”. Mi padre se sentía angustiado cuando me presenté ante él para la bendición final. “No nos abandones ni a mí ni a tus afligidos hermanos y hermanas”.

“Reverendo padre, ¡cómo podría expresarte mi amor por ti! Pero todavía mayor es mi amor por el Padre Celestial, que me ha hecho el regalo de un padre perfecto en la tierra. Deja que me vaya para que un día vuelva con una mayor comprensión divina”.

Con el consentimiento paterno dado a regañadientes, salí para encontrarme con Jitendra, ya en Benarés, en la ermita. Al llegar, el joven swami director, Dyananda, me recibió cordialmente. Alto y delgado, de aire pensativo, me impresionó favorablemente. Su hermoso rostro tenía la serenidad de Buda.

Me gustó que mi nuevo hogar tuviera un ático, donde me las arreglé para pasar las horas del amanecer y la mañana. Los miembros del ashram, conociendo poco las prácticas de meditación, pensaban que debía emplear todo mi tiempo en los deberes de la organización. Me elogiaban por mi trabajo de la tarde en la oficina.

“¡No intentes atrapar a Dios tan pronto!”.

Esta burla por parte de uno de mis compañeros del ashram acompañó una de mis tempranas escapadas al ático. Me dirigí a Dyananda, ocupado en su pequeño sanctasanctorum sobre el Ganges.

“Swamiji<sup>5</sup>, no entiendo qué se me pide aquí. Estoy buscando la percepción directa de Dios. Sin Él no pueden satisfacerme la afiliación a una organización, ni a un credo, ni la realización de buenas obras”.

El religioso de túnica naranja me dio una palmadita cariñosa. Representando un reproche fingido amonestó a unos cuantos discípulos cercanos. “No molestéis a Mukunda. Aprenderá nuestras costumbres”.

Oculté educadamente mis dudas. Los estudiantes salieron de la habitación, sin acusar demasiado el castigo. Dyananda tenía algo más que decirme.

“Mukunda, veo que tu padre te envía dinero con regularidad. Por favor devuélveselo; aquí no lo necesitas. Una segunda orden con respecto a tu disciplina concierne a la comida. Aún cuando estés hambriento, no lo menciones”.

Si el hambre se reflejaba en mis ojos, no lo sé. Que pasaba hambre eso yo lo sabía demasiado bien. La hora invariable de la primera comida en la ermita eran las doce del mediodía. En casa estaba acostumbrado a un gran desayuno a las nueve.

Las tres horas de diferencia se me hacían cada día más interminables. Lejos quedaban los años de Calcuta en que regañaba al cocinero por un retraso de diez minutos. Ahora intentaba controlar el apetito; un día emprendí un ayuno de veinticuatro horas. Esperé la llegada del mediodía siguiente con ganas redobladas.

“El tren de Dyanandaji viene con retraso; no comeremos hasta que llegue”. Jitendra me trajo estas demoledoras noticias. Como gesto de bienvenida al swami, que había estado ausente durante dos semanas, se habían preparado muchos manjares exquisitos. Un apetitoso aroma llenaba el aire. Al no ofrecerse nada más, ¿qué otra cosa podía tragar sino el orgullo de haber ayunado con éxito desde el día anterior?

“¡Señor, acelera el tren!”. El Proveedor Celestial no podía estar incluido en la prohibición con que Dyananda me había impuesto silencio. Sin embargo la Atención Divina estaba en otro lugar; el lento y pesado reloj recorrió las horas una tras otra. Descendía la oscuridad cuando nuestro director entró por la puerta. Mi recibimiento fue de una alegría no fingida.

“Dyanandaji se bañará y meditará antes de que podamos servir la comida”. Jitendra se me acercó de nuevo como pájaro de mal agüero.

Yo estaba cerca del colapso. Mi joven estómago, nuevo en las privaciones, protestaba con persistente vigor. Ante mí pasaban escenas de las víctimas de la hambruna.

“La próxima muerte por inanición en Benarés ocurrirá inmediatamente en esta ermita”, pensaba. La inminente muerte fue evitada a las nueve. ¡Llamada de ambrosía! En mi memoria aquella comida está vívidamente grabada como uno de los momentos perfectos de la vida.

A pesar de mi intensa concentración pude observar que Dyananda comía distraído. Por lo visto estaba por encima de mis burdos placeres.

“Swamiji, ¿no tenía usted hambre?”. Felizmente saciado, me encontraba solo con el director en su estudio.

“¡Oh, sí! Pasé los últimos cuatro días sin comer ni beber. Jamás como en los trenes, llenos de las heterogéneas vibraciones de la gente mundana. Observo estrictamente las normas *shástricas*<sup>6</sup> para los monjes de mi orden.

“Ciertos problemas de nuestro trabajo en la organización ocupan mi mente. Esta noche descuidé mi cena. ¿Qué prisa hay? Mañana me ocuparé de comer de forma adecuada”. Se rió alegremente.

La vergüenza se extendió por mi interior como un ahogo. Pero el día de tortura pasado no era fácil de olvidar; me aventuré a hacer otra observación.

“Swamiji, estoy desconcertado. Suponga que por seguir sus instrucciones no pido nunca comida y nadie me la da. Me moriría de hambre”.

“¡Muérete entonces!”. Este alarmante consejo hendió el aire. “¡Muere si debes hacerlo, Mukunda! ¡No admitas jamás que vives gracias al poder del alimento y no al poder de Dios! ¡El, que ha creado todas las formas de alimento, Él, que nos ha otorgado el apetito, verá sin duda que Su devoto está padeciendo! ¡No creas que es el arroz quien te sostiene o que el dinero o los hombres te respaldan! ¿Podrían ser de ayuda si el Señor retira de ti el aliento vital? Ellos son simplemente Sus instrumentos indirectos. ¿Es gracias a alguna habilidad tuya por lo que tu estómago digiere el alimento? ¡Utiliza la espada del discernimiento, Mukunda! ¡Corta la cadena de los intermediarios y percibe la Causa Única!

Sus incisivas palabras me calaron hasta la médula. Con ellas desapareció un antiguo engaño por el cual los imperativos corporales burlaban a los del alma. Aquí y ahora saboreaba la autosuficiencia del Espíritu. ¡En cuántas ciudades extrañas, en mi futura vida de viajar incesante, tuve ocasión de comprobar lo útil de esta lección aprendida en la ermita de Benarés!

El único tesoro que me había acompañado desde Calcuta era el amuleto de plata del *sadhu* que me había legado mi madre. Guardado durante años, lo tenía ahora cuidadosamente escondido en mi habitación del ashram. Para renovar mi felicidad con el testimonio del talismán, una mañana abrí la caja cerrada. La cubierta precintada estaba intacta, pero ¡ay!, el amuleto había desaparecido. Lloré abrumado de dolor al abrir el sobre y confirmarlo inequívocamente. Se había desvanecido, según la predicción del *sadhu*, en el éter de donde lo emplazó.

Mi relación con los seguidores de Dyananda era cada vez peor. Los compañeros se sentían ofendidos, heridos por mi actitud resueltamente distante. Mi estricta observancia de la meditación como el auténtico Ideal por el que había dejado el hogar y las ambiciones mundanas, provocaba una frívola crítica por todas partes.

Desgarrado por la angustia espiritual, un amanecer entré en el ático decidido a orar hasta que se me concediese una respuesta.

“¡Misericordiosa Madre del Universo, enséñame Tú misma por medio de visiones o de un gurú enviado por Ti!”.

El paso de las horas me encontró sollozando sin respuesta. De pronto me sentí elevado a una esfera no circunscrita.

“¡Tu Maestro vendrá hoy!”. Una divina voz femenina llegó de todas partes y de ninguna.

Esta experiencia supranatural fue atravesada por un grito procedente de un lugar concreto. Un joven religioso apodado Habu me llamaba desde la cocina del piso de abajo.

“¡Mukunda, ya basta de meditación! Se te necesita para un recado”.

En otra ocasión hubiera respondido con impaciencia; ahora me limpié la cara hinchada por las lágrimas y obedecí a la llamada sumisamente. Habu y yo salimos hacia un mercado distante, situado en la sección bengalí de Benarés. El implacable sol de la India todavía no había llegado a su cenit cuando terminamos nuestras compras en los bazares. Nos abrimos paso entre la colorista miscelánea de amas de casa, guías, religiosos, viudas vestidas sencillamente, solemnes brahmines y los omnipresentes búfalos sagrados. Al pasar por una callejuela poco llamativa, volví la cabeza y miré detenidamente hacia la angosta calle.

Un hombre semejante a Cristo, vestido con las ropas ocre de un swami estaba de pie, inmóvil al final de la calle. En el acto, y como si lo fuera desde hacía mucho tiempo, me resultó familiar; mi mirada lo devoró hambrientamente durante un instante. Después me asaltó la duda.

“Estás confundiendo a este monje errante con alguien a quien conoces”, pensé. “Soñador, camina”.

Transcurridos diez minutos sentí los pies entumecidos. Como si se hubieran vuelto de piedra, eran incapaces de llevarme más allá. Me di la vuelta trabajosamente; mis pies recuperaron la normalidad. Me volví en dirección opuesta; de nuevo el extraño peso me oprimía.

“¡El santo está atrayéndome magnéticamente hacia él!”. Con este pensamiento amontoné mis paquetes en los brazos de Habu. Él había estado observando divertido mi errático juego de piernas y ahora estalló en risas.

“¿Qué te pasa? ¿Estás loco?”.

Mis tumultuosas emociones me impedían replicar nada; silenciosamente me marché con rapidez.

Volviendo sobre mis pasos como si calzara zapatos alados, llegué a la estrecha callejuela. Mi rápida mirada descubrió la tranquila figura, mirando fijamente en mi dirección. Unos ansiosos pasos más y estuve a sus pies.

“¡Gurudeva!”<sup>7</sup>. El divino rostro no era otro que el de mis miles de visiones. Estos serenos ojos en la leonina cabeza de barba recortada en punta y cabellos sueltos con frecuencia habían mirado escrutadoramente a través de la oscuridad de mis sueños nocturnos, sosteniendo una promesa que yo no había entendido por completo.

“¡Querido mío, has venido a mí!”. Mi gurú profería estas palabras una y otra vez en bengalí, su voz temblaba de alegría. “¡Cuántos años te he esperado!”.

Nos unimos en el silencio; las palabras parecían totalmente superfluas. La elocuencia fluía en un mudo canto del corazón del maestro al discípulo. Con una antena receptora infalible detecté que mi gurú conocía a Dios y me conduciría a Él. La oscuridad de esta vida desapareció en un débil amanecer de recuerdos prenatales. ¡El teatro del tiempo! Pasado, presente y futuro son sus escenas cíclicas. ¡Éste no era el primer sol que me encontraba a estos sagrados pies!

Con mi mano en la suya, mi gurú me condujo a su casa temporal en el sector Rana Mahal de la ciudad. Su figura atlética se movía con paso firme. Alto, erguido, de alrededor de cincuenta y cinco años, era activo y fuerte como un joven. Sus oscuros ojos eran grandes, embellecidos por una sabiduría insondable. Las ligeras ondas de su cabello suavizaban un rostro de imponente poder. La fuerza se mezclaba sutilmente con la delicadeza.

Cuando llegamos al balcón de piedra de una casa sobre el Ganges, me dijo cariñosamente:

“Te daré mis ermitas y todo lo que poseo”.

“Señor, he venido a recibir sabiduría y el contacto con Dios. ¡Esos son los tesoros que busco!”.

El rápido crepúsculo de la India había echado su medio manto antes de que mi maestro hablara de nuevo. Sus ojos contenían una ternura insondable.

“Te doy mi amor incondicional”.

¡Preciosas palabras! Transcurrió un cuarto de siglo antes de que yo tuviera otra prueba audible de su amor. Sus labios eran extraños a la pasión; el silencio se acomodaba a su corazón oceánico.

“¿Me darás el mismo amor incondicional?”. Me miro con la confianza de un niño.

“Te amaré eternamente, Gurudeva”.

“El amor ordinario es egoísta, enraizado oscuramente en los deseos y satisfacciones. El amor divino no pone condiciones, ni límites, ni cambia. La inestabilidad del corazón humano desaparece para siempre cuando el amor puro nos toca, nos atraviesa”. Añadió humildemente, “Si alguna vez me ves caer del estado de realización en Dios, prométeme por favor que pondrás mi cabeza sobre tu regazo y me ayudarás a regresar al Amado Cósmico que ambos adoramos”.

Se levantó entonces en la oscuridad creciente y me condujo a una habitación interior. Mientras comíamos mangos y dulces de almendra, intercaló discretamente en la conversación un estrecho conocimiento de mi naturaleza. Yo estaba pasmado de la grandeza de su sabiduría, exquisitamente mezclada con una humildad innata.

“No te aflijas por tu amuleto. Cumplió su objetivo”. Como un espejo divino, mi gurú parecía haber captado el reflejo de mi vida completa.

“La realidad viva de su presencia, Maestro, produce una alegría más allá de cualquier símbolo”.

“Ha llegado el momento de un cambio, en vista de que eres infeliz en la ermita”.

Yo no había hecho referencia a mi vida; ¡ahora parecía innecesario! Por su forma de conducirse natural, sin énfasis, comprendí que no deseaba exclamaciones de asombro ante su clarividencia.

“Debes volver a Calcuta. ¿Por qué excluir a tus familiares de tu amor por la humanidad?”.

Su sugerencia me consternó. Mi familia había predicho mi regreso, a pesar de que yo no había respondido a las muchas súplicas que me enviaban por carta. “Dejemos que el joven pájaro vuele por los cielos metafísicos”, había comentado Ananta. “Sus alas se cansarán en la pesada atmósfera. Todavía lo veremos descender hacia el hogar, plegar las alas y descansar humildemente en nuestro nido familiar”. Con este desalentador símil en mi mente, estaba decidido a no “descender” en dirección a Calcuta.

“Señor, no regresaré a casa. Pero le seguiré a donde vaya. Por favor, déme su dirección y su nombre”.

“Swami Sri Yukteswar Giri. Mi ermita principal está en Serampore, en Rai Ghat Lane. Estoy aquí sólo por unos días, visitando a mi madre”.

Me maravillé de la intrincada forma con que Dios juega con Sus devotos. Serampore está a tan sólo veinte kilómetros de Calcuta, aún así jamás había visto ni siquiera fugazmente a mi gurú en aquella zona. Para encontrarnos tuvimos que viajar a la antigua ciudad de Kasi (Benarés), santificada por el recuerdo de Lahiri Mahasaya. También los pies de Buddha,

Shankaracharya y otros yoguis semejantes a Cristo habían bendecido su suelo.

“Vendrás a mí dentro de cuatro semanas”. Por primera vez la voz de Sri Yukteswar era severa. “Te he confesado mi cariño eterno y te he demostrado mi felicidad al encontrarte, por eso haces caso omiso de lo que te pido. La próxima vez que nos encontremos tendrás que volver a despertar mi interés: No te aceptaré fácilmente como discípulo. Debe existir una completa obediencia a mi estricta educación”.

Guardé un obstinado silencio. Mi gurú comprendió perfectamente mi dificultad.

“¿Crees que tus familiares se reirán de ti?”.

“No volveré”.

“Volverás dentro de treinta días”.

“Jamás”. Inclinandome reverentemente a sus pies, me marché sin suavizar la tensión de la controversia. Mientras caminaba en la oscuridad de medianoche, me preguntaba por qué el milagroso encuentro había terminado con una nota inarmónica. ¡Las balanzas duales de *maya*, que equilibran cada alegría con un dolor! Mi joven corazón todavía no era maleable para los dedos transformadores de mi gurú.

A la mañana siguiente noté una hostilidad todavía mayor en la actitud de los miembros de la ermita. Mis días estaban salpicados de una grosería invariable. Tres semanas después Dyananda dejó el ashram para asistir a una conferencia en Bombay; un pandemio se desató sobre mi desventurada cabeza.

“Mukunda es un parásito, acepta la hospitalidad de la ermita sin dar a cambio lo que es debido”. Al oír este comentario lamenté por primera vez haber obedecido la petición de devolver el dinero a mi padre. Acongojado, me despedí de mi único amigo, Jitendra.

“Me marchó. Por favor ofrece mis respetuosos saludos a Dyanandaji cuando vuelva”.

“¡Yo también me voy! Mis intentos por meditar aquí no se ven más favorecidos que los tuyos”. Jitendra hablaba con determinación.

“He encontrado a un santo semejante a Cristo. Vayamos a visitarle a Serampore”.

Y así el “pájaro” se dispuso a “descender” rozando peligrosamente Calcuta.

#### ÍNDICE

- 1 *Sanskrita*, refinada, completa. El sánscrito es la hermana mayor de todas las lenguas indoeuropeas. Su escritura alfabética es *Devanagari*, literalmente “morada de los dioses”. “¡Quien conoce mi gramática conoce a Dios!”. Panini, el gran filólogo de la India antigua rindió este tributo a la perfección matemática y psicológica del sánscrito. Quien le siga el rastro hasta su cubil llegará desde luego a la omnisciencia. [Volver](#)
- 2 No se trataba de Jatinda (Jotin Ghosh) ¡a quien se recordará por su oportuna aversión a los tigres! [Volver](#)
- 3 Camino o sendero preliminar hacia Dios. [Volver](#)
- 4 Las escrituras hindúes enseñan que los apegos familiares son engañosos si impiden al devoto buscar al Dador de todos los bienes, incluyendo el de los familiares amados, para no mencionar la misma vida. Del mismo modo Jesús enseñó: “¿Quién es mi madre? y ¿quiénes son mis hermanos?”. (Mateo 12:48). [Volver](#)
- 5 *Ji* es un sufijo habitual de respeto, utilizado particularmente para dirigirse a alguien directamente; así “swamiji”, “guruji”, “Sri Yukteswarji”, “paramhansaji”. [Volver](#)
- 6 Pertenecientes a los *shastras*, literalmente “libros sagrados”, que comprenden cuatro tipos de obras: los *shruti*, *smriti*, *purana* y *tantra*. Estos extensos tratados cubren todos los aspectos de la vida religiosa y social y los campos de las leyes, medicina, arquitectura, artes, etc. Los *shrutis* son escrituras oídas “directamente” o “reveladas”, los *Vedas*. Los *smritis* o saber “recordado” fueron recogidos por escrito en un remoto pasado, como los poemas épicos más largos del mundo, el *Mahabharata* y el *Ramayana*. Los *Puranas* son literalmente alegorías “antiguas”; *tantras* significa literalmente “ritos” o “ceremonias”; estos tratados transmiten profundas verdades bajo el velo de un simbolismo minucioso. [Volver](#)
- 7 “Maestro divino”, el término sánscrito habitual para designar al propio preceptor espiritual. Lo he traducido al inglés simplemente como “Master” (Maestro). [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES





INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

Capítulo Once

Dos muchachos sin dinero en Brindaban

“¡Merecerías que nuestro padre te desheredara, Mukunda! ¡Qué tontamente estás desperdiciando tu vida!”. Un sermón de mi hermano mayor agredía mis oídos.

Jitendra y yo, frescos del tren (una forma de hablar, simplemente; estábamos cubiertos de polvo), acabábamos de llegar a casa de Ananta, trasladado recientemente de Calcuta a la antigua ciudad de Agra. Mi hermano era supervisor contable en el Ferrocarril Bengala-Nagpur.

“Sabes bien, Ananta, que busco la herencia de mi Padre Celestial”.

“Primero el dinero; ¡Dios vendrá después! ¿Quién sabe lo que puede suceder? La vida puede resultar demasiado larga”.

“Primero Dios; ¡el dinero es Su esclavo! ¿Quién puede decirlo? La vida puede resultar demasiado corta”.

Mi réplica fue dictada por las exigencias del momento y no contenía ningún presentimiento. Sin embargo las páginas del tiempo se desplegaron hacia una prematura irreversibilidad para Ananta; pocos años más tarde<sup>1</sup> entró en el país en que los billetes de banco no son útiles ni al comienzo ni al final.

“¡Sabiduría de ermita, supongo! Pero veo que has dejado Benarés”. Los ojos de Ananta brillaban de satisfacción; ya esperaba proteger mis alas en el nido familiar.

“¡Mi estancia en Benarés no fue en vano! ¡Allí encontré algo que mi corazón anhelaba! ¡Puedes estar seguro de que no se trataba de tu pundit y su hijo!”.

Ananta se unió a mi risa al recordarlo; tuvo que reconocer que el “clarividente” de Benarés que él eligió era miope.

“¿Qué planes tienes, mi nómada hermano?”.

“Jitendra me persuadió de venir a Agra. Aquí veremos las bellezas del Taj Mahal<sup>2</sup>, expliqué. “Después nos reuniremos con mi recién encontrado gurú, que tiene una ermita en Serampore”.

Con hospitalidad Ananta dispuso todo para que estuviéramos cómodos. A lo largo de la tarde noté varias veces sus ojos fijos en mí en actitud reflexiva.

“¡Conozco esa mirada!”, pensé. “¡Está tramando algo!”.

El desenlace tuvo lugar durante el desayuno, que tomamos temprano.

“Así pues te sientes independiente del patrimonio paterno”. La mirada de Ananta era inocente mientras comenzaba de nuevo a lanzarme los dardos de la conversación de ayer.

“Soy consciente de mi dependencia de Dios”.

“¡Palabras!” ¡Hasta ahora la vida te ha protegido! ¡Te encontrarías en una situación difícil si te vieras forzado a depender de la Mano Invisible para tu alimentación y alojamiento! ¡Pronto estarías mendigando por las calles!”.

“¡Jamás! ¡No pondría mi fe en los transeúntes en lugar de ponerla en Dios! ¡Él puede concebir para Su devoto mil recursos fuera de la mendicidad!”.

“¡Más retórica! Supón que te sugiero que tu cacareada filosofía sea puesta a prueba en este mundo tangible”.

“¡Consentiría en ello! ¿Limitas a Dios al mundo especulativo?”.

“¡Veremos; hoy tendrás oportunidad de hacer más amplia o de ratificar mi visión de este asunto!”. Ananta se detuvo durante un efectista momento; después habló despacio y con seriedad.

“Te propongo enviaros esta mañana a ti y a tu condiscípulo Jitendra a la cercana ciudad de Brindaban. No debéis llevar una sola rupia; no debéis mendigar ni comida ni dinero; no debéis revelar a nadie el aprieto en que os encontráis; no debéis pasar por alto vuestras comidas; y no

debéis quedar desamparados en Brindaban. ¡Si regresáis aquí, a mi casa, antes de los doce de la noche sin haber roto ninguna de las reglas de la prueba, seré el hombre más asombrado de Agra!”.

“Acepto el reto”. No había duda ni en mis palabras ni en mi corazón. Como destellos pasaron por mi mente agradecida los recuerdos de la Beneficencia Instantánea: mi curación del cólera mortal gracias a la petición hecha a la foto de Lahiri Mahasaya; el alegre regalo de las dos cometas en el tejado de Lahore con Uma; el oportuno amuleto en medio de mi desaliento; el decisivo mensaje por medio del desconocido *sadhu* de Benarés a la puerta de la casa del pundit; la visión de la Madre Divina y sus majestuosas palabras de amor; lo rápidamente que atendió, a través del Maestro Mahasaya, a mis nimias dificultades; su guía en el último momento que materializó mi diploma de enseñanza secundaria; y la gran ayuda final, mi Maestro vivo entre la bruma de los sueños de toda la vida. ¡Jamás admitiría que mi “filosofía” no estaba a la altura debida en el duro terreno de las múltiples pruebas del mundo!

“Tu buena voluntad te honra. Os acompañaré al tren ahora mismo”. Ananta se volvió hacia el boquiabierto Jitendra. “Tú debes seguirle como testigo y, posiblemente, ¡víctima acompañante!”.

Media hora después Jitendra y yo estábamos en posesión de billetes de ida para nuestro improvisado viaje. En un rincón apartado de la estación nos sometimos a un registro. Ananta pudo comprobar que no llevábamos provisiones escondidas. Nuestros simples *dhotis*<sup>3</sup> no ocultaban más que lo necesario.

Como la fe invadió el serio campo de las finanzas, mi amigo dijo en tono de protesta. “Ananta, dame una o dos rupias como salvaguarda. Así podré telegrafiarle en caso de desgracia”.

“¡Jitendra!”. Mi exclamación fue de claro reproche. “No seguiré con la prueba si aceptas dinero como medida de seguridad”.

“Hay algo tranquilizador en el tintineo de las monedas”. Como le miré severamente, Jitendra no dijo nada más.

“Mukunda, no soy cruel”. Un indicio de humildad se deslizó en la voz de Ananta. Tal vez le remordía la conciencia; quizá por enviar a dos chicos insolventes a una ciudad extraña; quizá por su propio escepticismo religioso. “Si por suerte o por gracia pasas con éxito la difícil experiencia de Brindaban, te pediré que me inicies como discípulo tuyo”.

Esta promesa tenía una cierta irregularidad, en armonía con lo poco convencional de la ocasión. En una familia india el hermano mayor raramente se inclina ante sus hermanos menores; recibe respeto y obediencia, teniendo sólo por encima de él al padre. Pero no había tiempo para hacer observaciones; nuestro tren estaba a punto de salir.

Jitendra mantenía un lúgubre silencio mientras el tren tragaba kilómetros. Por último se movió; inclinándose me pellizcó en un lugar delicado hasta producirme dolor.

“¡No veo ninguna señal de que Dios vaya a proporcionarnos la próxima comida!”.

“Tranquilo, escéptico Tomás; el Señor está trabajando para nosotros”.

“¿Puedes hacer que se dé prisa? Me muero de hambre con sólo pensar en la perspectiva que se presenta ante nosotros. Deje Benarés para ver el mausoleo del Taj, ¡no para entrar en el mío!”.

“¡Ánimo, Jitendra! ¿No vamos a ver por primera vez las sagradas maravillas de Brindaban?<sup>4</sup> Siento una profunda alegría al pensar que pisaremos la tierra santificada por los pies del Señor Krishna”.

La puerta de nuestro compartimento se abrió; se sentaron dos hombres. La siguiente parada del tren sería la última.

“Jovencitos, ¿tenéis amigos en Brindaban?”. El desconocido sentado frente a mí mostraba un sorprendente interés.

“¡No es asunto suyo!”. Desvié bruscamente la mirada.

“Probablemente estáis huyendo de casa bajo el encantamiento del Ladrón de Corazones<sup>5</sup>. Yo mismo soy de temperamento devoto. Me encargaré de que recibáis alimento y refugio de este agobiante calor”.

“No, señor, déjenos solos. Es usted muy amable; pero se equivoca al creer que nos hemos escapado de casa”.

No hubo más conversación; el tren llegó a la parada. Cuando Jitendra y yo descendimos al andén, nuestros compañeros casuales nos cogieron del brazo y llamaron a un coche de caballos.



(De izquierda a derecha) Jitendra Mazumdar, mi compañero en la “prueba sin dinero” de Brindaban; mi primo Lalit-da; Swami Kebalananda (“Shastri Mahasaya”), mi santo profesor de sánscrito; y yo, como joven estudiante de secundaria.



(Izquierda) Ananda Moyi Ma, la bengali “Madre Impregnada de Gozo”. (Derecha) Una de las cuevas ocupadas por Babaji en las Montañas Drongiri, cerca de Ranikhet, en el Himalaya. Un nieto de Lahiri Mahasaya, Ananda Mohan Lahiri (segundo por la derecha, de blanco) y otros tres devotos visitan el sagrado lugar.

Nos detuvimos frente a una majestuosa ermita enclavada entre los árboles de hoja perenne de un terreno bien cuidado. Evidentemente nuestros benefactores eran bien conocidos aquí; un sonriente muchacho nos condujo sin comentarios a una sala. Pronto se reunió con nosotros una anciana de digno porte.

“Gauri Ma, los príncipes no pudieron venir”. Uno de los hombres se dirigió a la anfitriona del ashram. “En el último momento se desbarataron sus planes; os envían sus excusas. Pero hemos traído a estos dos invitados. Tan pronto como los encontramos en el tren, me sentí atraído hacia ellos como devotos del Señor Krishna”.

“Adiós, jóvenes amigos”. Nuestros dos conocidos se dirigieron hacia la puerta. “Nos volveremos a ver, si Dios quiere”.

“Sed bienvenidos”. Gauri Ma sonreía maternalmente a sus dos cargas inesperadas. “No pudisteis venir en mejor momento. Estaba esperando a dos mecenas reales de esta ermita. ¡Qué pena si mi comida no tuviera a nadie que la apreciara!”.

Estas apetitosas palabras tuvieron un efecto desastroso en Jitendra, que se echó a llorar. La “perspectiva” que había temido en Brindaban había resultado ser una atención de reyes; este brusco ajuste mental fue excesivo para él. Nuestra anfitriona le miró con curiosidad, pero sin comentarios; quizá estaba familiarizada con las anomalías adolescentes.

Se anunció la comida; Gauri Ma nos condujo a un comedor en el patio, sazonado de exquisitos olores. Ella se eclipsó en una cocina adjunta.

Yo había estado esperando este momento. Seleccionando el lugar apropiado de la anatomía de Jitendra, le administré un pellizco tan estrepitoso como el que él me había dado en el tren.

“Escéptico Tomás, el Señor trabaja ¡y además deprisa!”.

La anfitriona entró con un *punkha*. Sentados en unos adornados asientos, nos abanicaba rítmicamente a la manera oriental. Los discípulos del ashram pasaron de aquí para allá con unos treinta platos. Más que una “comida” puede describirse como un “suntuoso banquete”. Desde que llegamos a este planeta, Jitendra y yo no habíamos probado jamás tales delicias.

“¡Desde luego son platos de príncipes, Honorable Madre! ¡No puedo imaginar qué han podido encontrar los mecenas reales más urgente que asistir a este banquete! ¡Usted nos ha proporcionado un recuerdo para toda la vida!”.

Silenciados como estábamos por el requisito de Ananta, no pudimos explicar a la gentil dama que nuestro agradecimiento contenía un doble significado. Al menos nuestra sinceridad quedó patente. Nos marchamos con sus bendiciones y la atrayente invitación a volver a visitar la ermita.

Fuera hacía un calor inclemente. Mi amigo y yo buscamos la sombra de un señorial cadamba a la puerta de la ermita. Siguieron palabras ácidas; de nuevo Jitendra se veía acosado por la duda.

“¡Me has metido en un buen lío! ¡Nuestro almuerzo fue sólo fruto de la buena suerte accidental! ¿Cómo veremos los lugares interesantes de la ciudad sin tener una sola moneda? Y ¿cómo diablos vas a llevarme de regreso a casa de Ananta?”.

“Ahora que tienes el estómago lleno olvidas rápidamente a Dios”. Mis palabras, sin contener amargura, eran acusatorias. ¡Qué poca memoria tiene el ser humano para los favores divinos! No hay hombre que no haya visto concedidas algunas de sus súplicas.

“¡Lo que no puedo olvidar es mi estupidez al aventurarme a salir con un alocado como tú!”.

“¡Tranquilízate, Jitendra! El mismo Señor que nos alimentó nos enseñará Brindaban y nos llevará de regreso a Agra”.

Un joven menudo de apariencia agradable se acercó con paso rápido. Parándose bajo nuestro árbol, se inclinó ante mí.

“Querido amigo, usted y su compañero deben ser extraños aquí. Permítame que sea su anfitrión y guía”.

Hay pocas probabilidades de que un indio empalidezca, pero el rostro de Jitendra se puso pálido de repente. Yo decliné el ofrecimiento educadamente.

“No me apartará de su lado, ¿verdad?”. La alarma del desconocido hubiera sido cómica en otras circunstancias.

“¿Por qué no?”.

“Usted es mi gurú”. Me miraba confiadamente a los ojos. “Durante las oraciones del mediodía, el bendito Señor Krishna se me apareció en una visión. Me mostró a dos personas abandonadas bajo este mismo árbol. ¡Uno de los rostros era el suyo, maestro mío! ¡Le he visto a menudo meditando! ¡Qué alegría si acepta mis humildes servicios!”.

“También yo me alegro de que me encontraras. ¡Ni Dios ni los hombres nos han abandonado!”. Aunque estaba quieto, sonriendo al ansioso rostro que tenía frente a mí, una reverencia interior me arrojó a los Divinos Pies.

“Queridos amigos, ¿no querían honrar mi casa con una visita?”.

“Eres muy amable; pero es un plan irrealizable. Ya somos huéspedes de mi hermano, en Agra”.

“Al menos concédanme el recuerdo de visitar Brindaban con ustedes”.

Consentí alegremente. El joven, que dijo llamarse Pratap Chatterji, llamó a un coche de caballos. Visitamos el Templo de Madanamohana y otros lugares sagrados de Krishna. La noche descendió mientras orábamos en el templo.

“Perdónenme mientras voy a por *sandesh*”<sup>6</sup>. Pratap entró en una tienda cerca de la estación. Jitendra y yo paseamos por la ancha calle, abarrotada ahora que, por comparación, había refrescado. Nuestro amigo estuvo ausente algún tiempo, pero finalmente volvió trayendo muchos dulces de regalo.

“Por favor, permítame ganar este mérito religioso”. Pratad sonreía suplicante mientras nos tendía un fajo de billetes de rupia y dos billetes de tren, ya comprados, para Agra.

Mi reverencia al aceptarlo se dirigió a la Mano Invisible. Frente a las burlas de Ananta, Su generosidad ¿no había excedido largamente lo necesario?

Vimos un lugar apartado cerca de la estación.

“Pratap, te instruiré en el *Kriya* de Lahiri Mahasaya, el yogui más grande de los tiempos modernos. Su técnica será tu gurú”.

La iniciación quedó concluida en media hora. “*Kriya* es tu *chintamani*”<sup>7</sup>, le dije al nuevo alumno. “La técnica, que como ves es sencilla, contiene el arte de acelerar la evolución espiritual humana. Las escrituras hindúes enseñan que el ego encarnado necesita un millón de años para conseguir liberarse de *maya*. Este periodo natural se acorta enormemente gracias al *Kriya Yoga*. Así como Jagadis Chandra Bose ha demostrado que el crecimiento de las plantas puede acelerarse muy por encima de su ritmo normal, así el desarrollo psicológico del hombre puede ser acelerado también gracias a una ciencia interior. Practica con fe; te acercarás al Gurú de los gurús”.

“¡Me siento extasiado al encontrar esta llave yóguica largamente buscada! Pratad hablaba pensativo. “Los efectos que desencadenará sobre mis ataduras sensoriales me liberarán para alcanzar esferas más elevadas. La visión de hoy del Señor Krishna sólo podía significar mi mayor bien”.

Nos sentamos un momento en un silencio lleno de comprensión, después caminamos por la estación despacio. Me sentía interiormente feliz al subir al tren, pero para Jitendra éste era un día de llanto. Mi cariñosa despedida de Pratap se había visto interrumpida por los sollozos ahogados de mis dos compañeros. El viaje encontraba una vez más a Jitendra envuelto en un mar de pena. Esta vez no de sí mismo, sino contra sí mismo.

“¡Qué falta de confianza! ¡Tenía el corazón de piedra! ¡En el futuro no dudaré nunca más de la protección de Dios!”.

Se acercaba la medianoche. Los dos “Cenicientas” arrojados al mundo sin un céntimo, entraron en el dormitorio de Ananta. Tal como él mismo había prometido, ¡había que ver su cara de asombro! Silenciosamente regué la mesa de rupias.

“¡Jitendra, la verdad! El tono de Ananta era divertido. “¿Este joven no ha cometido un atraco?”.

Pero a medida que se desplegaba la historia, mi hermano se puso serio, después solemne.

“La ley de la oferta y la demanda llega a esferas más sutiles de lo que yo imaginaba”. Ananta hablaba con un entusiasmo espiritual que nunca antes había mostrado. “Por primera vez comprendo tu indiferencia ante las cámaras acorazadas y la vulgar acumulación de este mundo”.

A pesar de lo tarde que era, mi hermano insistió en recibir *diksha*<sup>8</sup> en *Kriya Yoga*. El “gurú” Mukunda cargó en un día con la responsabilidad de dos discípulos no buscados.

A la mañana siguiente el desayuno se tomó en una armonía ausente el día anterior. Sonreí a Jitendra.

“No se te debe estafar el Taj. Vayamos a verlo antes de salir para Serampore”.

Despidiéndonos de Ananta, mi amigo y yo estuvimos pronto ante la gloria de Agra, el Taj Mahal. Mármol blanco deslumbrante al sol, se yergue como una visión de pura simetría. El decorado perfecto lo ponen los oscuros cipreses, el brillante césped y el tranquilo estanque. El interior es exquisito, tallado como de encajes incrustados de piedras semipreciosas. Delicadas guirnaldas y volutas surgen intrincadas de los mármoles en marrón y violeta. La iluminación de la bóveda cae sobre los cenotafios del Emperador Shah-Jahan y Mumtaz Mahal, reina del reino de su corazón.

¡Ya eran suficientes monumentos! Yo anhelaba a mi gurú. Jitendra y yo pronto estuvimos viajando hacia el Sur, en dirección a Bengala.

“Mukunda, hace meses que no veo a mi familia. He cambiado de idea; quizá visite más tarde a tu maestro en Serampore”.

Mi amigo, que puede ser descrito con dulzura como de temperamento vacilante, me dejó en Calcuta. En un tren local pronto estuve en Serampore, veinte kilómetros al Norte.

Me recorrió una vibración de asombro al darme cuenta de que habían pasado veintiocho días desde el encuentro con mi gurú en Benarés. “¡Vendrás a mi encuentro dentro de cuatro semanas!”. Aquí estaba, con el corazón palpitante, de pie en su patio en la tranquila Rai Ghat Lane. Entré por primera vez en la ermita donde iba a pasar los mejores momentos de los diez años siguientes con un *Jyanavatar*, “encarnación de la sabiduría”, de la India.

#### ÍNDICE

- 1 Ver capítulo 25. [Volver](#)
- 2 El mundialmente famoso mausoleo. [Volver](#)
- 3 Un *dhoti* es una prenda que se anuda a la cintura y cubre las piernas. [Volver](#)
- 4 Brindaban, en el distrito Muttra de las Provincias Unidas, es el Jerusalén hindú. Aquí desplegó el Señor Krishna su gloria para beneficio de la humanidad. [Volver](#)
- 5 Hari; un entrañable nombre que sus devotos dan al Señor Krishna. [Volver](#)
- 6 Un dulce indio. [Volver](#)
- 7 Una gema mitológica con poder para conceder los deseos. [Volver](#)
- 8 Iniciación espiritual; de la raíz sánscrita *diksh*, consagrarse. [Volver](#)





## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Doce

#### Los años en la Ermita de mi Maestro

"Has venido". Sri Yukteswar me recibió desde una piel de tigre en el suelo de una sala con balcón. Su voz era fría, su actitud impasible.

"Sí, querido Maestro, estoy aquí para seguirle". Arrodiándome, toqué sus pies.

"¿Cómo puede ser eso? ¡Haces caso omiso de mis deseos!".

"¡Nunca más, Guruji! ¡Sus deseos serán mi ley!".

"¡Eso está mejor! Ahora puedo asumir la responsabilidad de tu vida".

"Le traspaso la carga gustosamente, Maestro".

"Entonces mi primera petición es que vuelvas a casa con tu familia. Quiero que ingreses en un Instituto de Enseñanza Superior en Calcuta. Tu educación debe continuar".

"Muy bien, señor". Oculté mi consternación. ¿Los importunos libros iban a perseguirme a través de los años? ¡Primero mi padre y ahora Sri Yukteswar!

"Algún día irás a Occidente. Su gente prestará oídos con más receptividad a la antigua sabiduría de la India si el profesor hindú extranjero tiene un título universitario".

"Usted sabe lo que es mejor, Guruji". Mi tristeza se disipó. La referencia a Occidente me pareció desconcertante, remota; pero la oportunidad de complacer al Maestro obedeciéndole era absolutamente inmediata.

"Estarás cerca, en Calcuta; ven cuando tengas tiempo".

"¡Todos los días si es posible, Maestro! Acepto agradecido su autoridad en todos los detalles de mi vida, con una condición".

"¿Sí?".

"¡Que me prometa revelarme a Dios!".

Siguió una hora de lucha verbal. La palabra de un maestro no puede falsearse; no se da con facilidad. El compromiso que implica se abre a vastos panoramas metafísicos. Realmente un gurú debe tener una profunda relación con el Creador antes de que pueda obligarle a aparecer! Yo sentía la unidad divina de Sri Yukteswar y estaba decidido, como discípulo suyo, a exigir mi ventaja.

"¡Eres de temperamento exigente!". Finalmente el consentimiento del Maestro sonó compasivo:

"Que tu deseo sea mi deseo".

De mi corazón desapareció una sombra de toda la vida; la vaga búsqueda, aquí y allá, había terminado. En mi gurú había encontrado refugio eterno.

"Ven, te enseñaré la ermita". El Maestro se levantó de su alfombra de tigre. Miré a mi alrededor; mi vista cayó con asombro sobre un fotografía que había en la pared, adornada con ramas de jazmín.

"¡Lahiri Mahasaya!".

"Sí, mi divino gurú". El tono de Sri Yukteswar vibraba con reverencia. "Fue más grande, como hombre y como yogui, que ningún otro maestro cuya vida haya estado al alcance de mis investigaciones".

Me incliné silenciosamente ante el familiar retrato. Rápido homenaje de mi alma al incomparable maestro que, bendiciéndome en la infancia, había guiado mis pasos hasta aquí.

Conducido por mi gurú paseé por la casa y sus terrenos. Grande, antigua y bien construida, la ermita rodeaba un patio de sólidas columnas. Los muros exteriores estaban cubiertos de musgo; las palomas aleteaban sobre el plano tejado gris, compartiendo sin ceremonias las dependencias

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

Contactar



del ashram. En la parte de atrás había un agradable jardín con *jackfruit*, mangos y plataneros. Los corredores de balaustres de las habitaciones superiores del edificio de dos pisos, daban al patio por tres de sus lados. Una espaciosa sala del piso de abajo, con un alto techo soportado por columnas, era usada, según dijo el Maestro, principalmente para las fiestas anuales de *Durgapuja*<sup>1</sup>. Una estrecha escalera conducía a la sala de Sri Yukteswar, cuyo pequeño balcón daba sobre la calle. El ashram estaba amueblado con sencillez; todo era simple, limpio y utilitario. Se veían algunas sillas, bancos y mesas de estilo occidental.

El Maestro me invitó a quedarme a pasar la noche. Dos jóvenes discípulos que estaban recibiendo preparación en la ermita sirvieron una cena de curry de vegetales.

“Guruji, por favor, cuénteme algo sobre su vida”. Yo ocupaba una esterilla de paja cerca de su piel de tigre. Las amistosas estrellas parecían muy cercanas más allá del balcón.

“Mi nombre de familia era Priya Nath Karar. Nací<sup>2</sup> aquí, en Serampore, donde mi padre era un rico hombre de negocios. Me dejó esta mansión ancestral, ahora mi ermita. Mis estudios formales fueron escasos; los encontraba lentos y superficiales. Al comienzo de la edad adulta asumí las responsabilidades de un hombre de familia y tengo una hija, ya casada. La parte media de mi vida estuvo bendecida por la guía de Lahiri Mahasaya. Después de la muerte de mi esposa ingresé en la Orden de los Swamis y recibí el nuevo nombre de Sri Yukteswar Giri<sup>3</sup>. Tales son mis sencillos anales”.

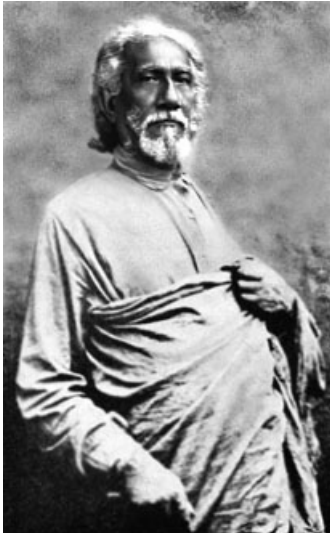
El Maestro sonrió ante la impaciencia de mi rostro. Como todos los bosquejos biográficos, sus palabras habían ofrecido hechos externos sin revelar al hombre interior.

“Guruji, me gustaría oír alguna historia de su niñez”.

“Te contaré algunas, ¡cada una con su moraleja!”. Los ojos de Sri Yukteswar centelleaban con su advertencia. “En una ocasión mi madre trató de asustarme con una espantosa historia de un espíritu en un cuarto oscuro. Fui allí inmediatamente y expresé mi decepción al no aparecer el espíritu. Mi madre no volvió a contarme historias de terror. Moraleja: Mira al miedo a la cara y dejará de molestarte.

“Otro recuerdo temprano es mi deseo de un feo perro que pertenecía a un vecino. Tuve a toda la familia trastornada durante semanas por conseguir aquel perro. Mis oídos eran sordos a los ofrecimientos de otros animales de compañía de apariencia más agradable. Moraleja: El apego es ciego; presta un imaginario halo de atractivo al objeto deseado.

“Una tercera historia se refiere a la plasticidad de la mente juvenil. Oía a mi madre observar de vez en cuando: ‘Un hombre que acepta trabajar bajo otro es un esclavo’. Esa impresión se fijó en mí de forma tan indeleble, que incluso después de casarme rechacé cualquier puesto de trabajo. Hice frente a los gastos invirtiendo la dote de mi familia en terreno. Moraleja: Los sensibles oídos de los niños deberían formarse con sugerencias buenas y positivas. Sus ideas tempranas quedan fuertemente grabadas”.



**MI MAESTRO SRI YUKTESWAR**  
Discípulo de Lahiri Mahasaya

El Maestro guardó un tranquilo silencio. Alrededor de medianoche me condujo a un estrecho catre. El sueño fue profundo y dulce aquella primera noche bajo el techo de mi gurú.

Sri Yukteswar eligió la mañana siguiente para concederme su iniciación en *Kriya Yoga*. Yo ya había recibido la técnica de dos discípulos de Lahiri Mahasaya, mi padre y mi profesor Swami Kebalananda, pero en presencia del Maestro sentí un poder transformador. Al darme su toque, una gran luz estalló en mi ser, como la gloria de infinitud de soles brillando juntos. Durante todo el día un torrente de inefable gozo inundó mi corazón hasta su centro más recóndito. Sólo a última hora de la tarde conseguí reunir fuerzas para dejar la ermita.

“Volverás dentro de treinta días”. Cuando llegué a mi casa en Calcuta, el cumplimiento de la predicción del Maestro entró conmigo. Ninguno de mis familiares hizo la observación que yo había temido sobre la reaparición del “pájaro que remonta el vuelo”.

Trepé a mi pequeño ático y le ofrecí miradas cariñosas, como a una presencia viva. “Tú has sido testigo de mis meditaciones y de las lágrimas y tormentas de mi *sadhana*. Ahora he llegado al puerto de mi maestro divino”.

“Hijo, me siento feliz por los dos”. Mi padre y yo nos sentamos juntos en la calma de la noche. “Has encontrado a tu gurú, del mismo modo milagroso que yo encontré una vez al mío. La mano sagrada de Lahiri Mahasaya está protegiendo nuestras vidas. Tu maestro ha resultado ser, no un inaccesible santo del Himalaya, sino uno que está muy cerca de aquí. Mis oraciones han sido escuchadas: en tu búsqueda de Dios no has sido llevado fuera de mi vista para siempre”.

Mi padre también estaba contento de que reanudara mis estudios formales; hizo los arreglos necesarios. Al día siguiente ingresé en el Colegio de la Iglesia Escocesa de Calcuta.

Pasaron meses felices. Mis lectores habrán hecho sin duda la perspicaz suposición de que se me veía poco por las aulas del colegio. La ermita de Serampore ejercía una atracción demasiado irresistible. Mi Maestro aceptó mi ubicua presencia sin comentarios. Para mi alivio, apenas se refería a las aulas. Aunque era evidente para todos que yo jamás tendría madera de erudito,



me las arreglé para conseguir las notas mínimas que me permitieran pasar de grado a su debido tiempo.

En el ashram la vida diaria fluía suavemente, sin apenas cambios. Mi gurú se despertaba antes del amanecer. Echado o a veces sentado en la cama, entraba en el estado de *samadhi*<sup>4</sup>. Era la simplicidad misma darse cuenta de cuándo se había despertado el Maestro: Detención brusca de estupendos ronquidos<sup>5</sup>. Una o dos señales; quizá un movimiento corporal. Después el silencioso estado sin respiración: estaba en el profundo gozo yóguico.

El desayuno no se tomaba a continuación; antes venía un largo paseo por el Ganges. ¡Qué reales y vívidos todavía aquellos paseos matutinos con mi gurú! Gracias a la fácil resurrección de la memoria, con frecuencia me encuentro a su lado: el primer sol calienta el río. Suena su voz, enriquecida por la autenticidad de la sabiduría.

Un baño; después la comida del mediodía. Su preparación, según las directrices diarias del Maestro, era la cuidadosa tarea de los discípulos jóvenes. Mi gurú era vegetariano. No obstante, antes de ingresar en el monacato tomaba huevos y pescado. Su consejo a los estudiantes era que siguieran una dieta sencilla adecuada a la constitución de cada uno.

El Maestro comía poco; a menudo arroz coloreado con cúrcuma o zumo de remolacha o espinacas ligeramente rociado con *ghee* de búfalo o mantequilla fundida. En otras ocasiones podía tomar *dhal* de lentejas o curry de *channa*<sup>6</sup> con verduras. De postre mangos o naranjas con pudín de arroz o zumo de *jackfruit*).

Los visitantes venían por la tarde. Una tormenta regular descargada por el mundo en la tranquilidad de la ermita. Todos encontraban en el Maestro la misma cortesía y amabilidad. Para un hombre que se comprende a sí mismo como alma, no como un cuerpo o un ego, el resto de la humanidad asume una sorprendente similitud de aspecto.

La imparcialidad de los santos tiene sus raíces en la sabiduría. Los Maestros han escapado de *maya*; sus alternos rostros de inteligencia o idiotez ya no proyectan una mirada que influya en ellos. Sri Yukteswar no mostraba especial consideración por quienes tenían poder o éxito; ni despreciaba a otros por su pobreza o analfabetismo. Escucharía respetuosamente las palabras veraces de un niño e ignoraría abiertamente a un vanidoso pundit.

La cena era a las ocho y a veces encontraba a visitas que todavía no se habían marchado. Mi gurú no se hubiera permitido comer solo; nadie se iba del ashram hambriento o insatisfecho. Sri Yukteswar no se sentía nunca perdido o consternado ante visitantes inesperados; bajo su iniciativa surgía un banquete con unos pocos alimentos. Pero economizaba; sus modestos fondos daban para mucho. "Vive cómodamente dentro de tus posibilidades", decía a menudo. "Las extravagancias te crearán incomodidad". Ya fuera en los detalles de entretenimiento en la ermita o en los trabajos de construcción y reparación de ésta o en otros asuntos prácticos, el Maestro ponía de manifiesto la originalidad del espíritu creativo.

Las tranquilas horas del anochecer con frecuencia traían uno de los discursos de mi gurú, tesoros que resisten el paso del tiempo. Sus palabras estaban medidas y talladas por la sabiduría. Una sublime seguridad en sí mismo marcaba su forma de expresión: era única. Hablaba como nadie que yo haya conocido. Sus pensamientos eran pesados en una delicada balanza de discernimiento antes de concederles un atuendo externo. La esencia de la verdad, penetrante incluso en el aspecto fisiológico, salía de él como una fragante emanación del alma. Yo era siempre consciente de estar en presencia de una manifestación viva de Dios. El peso de su divinidad inclinaba automáticamente mi cabeza ante él.

Si los invitados de última hora se daban cuenta de que Sri Yukteswar estaba absorbiéndose en el Infinito, rápidamente los hacía intervenir en la conversación. Era incapaz de sostener una pose o de alardear de su interiorización. Siempre uno con el Señor, no necesitaba un tiempo especial para la comunión. Un maestro autorrealizado ya ha dejado atrás el trampolín de la meditación. "Las flores caen cuando aparece el fruto". Pero con frecuencia siguen fieles a las formas espirituales para estímulo de los discípulos.

Al acercarse la medianoche, mi gurú podía caer dormido con la naturalidad de un niño. No había grandes problemas con la cama. A menudo se acostaba, sin almohada siquiera, en un estrecho sofá cama que ocupaba el segundo lugar tras su habitual asiento de piel de tigre.

No eran raras las largas discusiones filosóficas nocturnas; cualquier discípulo podía provocarla gracias a un vivo interés. Entonces yo no sentía el cansancio, ni el deseo de dormir; las palabras vivas del Maestro eran suficientes. "¡Oh, está amaneciendo! Vamos a pasear por el Ganges". Así terminaron muchos de mis momentos de instrucción nocturna.

Mis primeros meses con Sri Yukteswar culminaron con una útil lección, "Cómo ser más listo que un Mosquito". En casa mi familia usaba siempre mosquiteras por la noche. Yo estaba consternado al descubrir que en la ermita de Serampore esta prudente costumbre era honrada con el olvido. No obstante los insectos campaban allí por sus respetos; yo tenía picaduras de la cabeza a los pies. Mi gurú se apiadó de mí.

"Cómprate una mosquitera y compra también una para mí". Se rió y añadió, "¡Si compras sólo una para ti todos los mosquitos se concentrarán en mí!".

Lo hice más que agradecido. Cuando pasaba la noche en Serampore, a la hora de acostarse mi gurú me pedía que preparara las mosquiteras.

Una noche los mosquitos estaban especialmente virulentos. Pero el Maestro no dio las instrucciones habituales. Yo escuchaba nervioso el zumbido anticipador de los insectos. Al meterme en la cama lancé una oración propiciatoria en su dirección. Media hora más tarde tosí pretenciosamente para atraer la atención de mi gurú. Creí que me volvería loco con las picaduras y especialmente con el monótono zumbido con que los mosquitos celebraban sus ritos

sedientos de sangre.

El Maestro no se movió; me acerqué a él con cuidado. No respiraba. Era la primera vez que le veía en el trance yóguico; me llenó de miedo.

“¡Ha debido fallarle el corazón!”. Le puse un espejo debajo de la nariz. No apareció el vaho de la respiración. Para cerciorarme doblemente, le tapé las fosas nasales con los dedos durante unos minutos. Su cuerpo estaba frío e inmóvil. Aturdido, me volví hacia la puerta para pedir ayuda.

“¡Vaya, un experimentador en ciernes! ¡Mi pobre nariz!”. La voz del maestro temblaba con la risa. “¿No te acuestas? ¿El mundo entero va a cambiar para ti? Cambia tú: quita de tu conciencia a los mosquitos”.

Me acosté dócilmente. Ningún insecto se aventuró a pasar cerca. Comprendí que mi gurú había consentido en principio con las mosquiteras sólo para complacerme; él no temía a los mosquitos. Su poder yóguico era tal que o bien podía conseguir que no le picaran o bien se evadía en una invulnerabilidad interna.

“Estaba haciéndome una demostración”, pensé. “Ése es el estado yóguico que yo debo esforzarme por conseguir”. Un yogui debe ser capaz de pasar al supersconsciente y permanecer en él, sin tener en cuenta las múltiples distracciones que nunca faltan en esta tierra. Ya sea en medio del zumbido de los insectos o en la penetrante luz deslumbradora del día, las señales de los sentidos deben ser bloqueadas. Entonces llegan luz y sonido, pero a mundos más bellos que el prohibido Edén<sup>7</sup>.

Los instructivos mosquitos sirvieron para otra lección temprana en el ashram. Era la dulce hora del atardecer. Mi gurú estaba explicando incomparablemente los textos antiguos. Yo experimentaba una perfecta paz a sus pies. Un grosero mosquito entró en el idilio compitiendo por mi atención. Al introducir su venenosa aguja hipodérmica en mi muslo, levanté automáticamente una mano vengadora. ¡Un indulto para la inminente ejecución! Recordé oportunamente uno de los aforismos de yoga de Patanjali, el de *ahimsa* (no-violencia).

“¿Por qué no rematas el trabajo?”.

“¡Maestro! ¿Aboga usted por quitar la vida?”.

“No, pero en tu mente ya has dado el golpe mortal”.

“No comprendo”.

“A lo que se refería Patanjali era a suprimir el *deseo* de matar”. Sri Yukteswar había leído mi proceso mental como un libro abierto. “Este mundo no está dispuesto de forma conveniente para la práctica literal de *ahimsa*. El ser humano puede verse obligado a exterminar a las criaturas dañinas. No tiene la misma obligación de sentir ira o animosidad. Todas las formas de vida tienen el mismo derecho al aire de *maya*. El santo que descubre el secreto de la creación estará en armonía con sus incontables y desconcertantes expresiones. Todo hombre puede acercarse a esa comprensión si domina su pasión interior por la destrucción”.

“Guruji, ¿debe uno ofrecerse en sacrificio antes que matar a una bestia salvaje?”.

“No, el cuerpo del hombre es precioso. Tiene el más alto valor evolutivo a causa de su cerebro y sus centros espinales únicos. Esto hace posible que el devoto avanzado comprenda totalmente y exprese los aspectos más elevados de la divinidad. Ninguna forma inferior está dotada así. Los *Vedas* enseñan que la pérdida gratuita de un cuerpo humano es una seria transgresión de la ley kármica”.

Suspiré aliviado; las escrituras no siempre refuerzan nuestros instintos naturales.

No llegué a ver nunca al Maestro cerca de un tigre o un leopardo. Pero en una ocasión una mortífera cobra se enfrentó a él, sólo para ser conquistada por el amor de mi gurú. Esta variedad de serpiente es muy temida en la India, donde causa más de cinco mil muertes al año. El peligroso encuentro tuvo lugar en Puri, donde Sri Yukteswar tenía su segunda ermita, encantadoramente situada cerca de la Bahía de Bengala. Prafulla, un joven discípulo de los últimos tiempos, se encontraba con el Maestro en esa ocasión.

“Estábamos sentados al aire libre cerca del ashram”, me contó Prafulla. “Una cobra apareció muy cerca, una longitud de más de un metro de puro terror. Mantenía su capucha desplegada con ira mientras se deslizaba rápidamente hacia nosotros. Mi gurú la recibió entre risas, como si se tratara de un niño. Yo estaba fuera de mí, consternado al ver que el maestro iniciaba un palmeteo rítmico<sup>8</sup>. ¡Estaba entreteniéndome al espantoso visitante! Permanecí absolutamente quieto, recitando interiormente todas las fervientes oraciones que podía reunir. La serpiente, muy cerca de mi gurú, ahora estaba inmóvil, parecía magnetizada por su actitud acariciadora. La horrorosa capucha fue reduciéndose gradualmente; la serpiente se deslizó entre los pies del Maestro y desapareció en la maleza.

“Por qué había movido mi gurú las manos y por qué la cobra no le atacó, era inexplicable para mí entonces”, concluyó Prafulla. “Ahora he llegado a comprender que mi divino maestro está más allá del miedo a ser herido por ninguna criatura viviente”.

Una mañana, durante mis primeros meses en el ashram, descubrí a Sri Yukteswar mirándose penetrantemente.

“Estás muy delgado, Mukunda”.

Su observación tocó un punto débil. Que mis ojos hundidos y mi aspecto demacrado estaban

lejos de gustarme lo testificaban las hileras de tónicos de mi habitación de Calcuta. Todo era en vano; desde la niñez me perseguía una dispepsia crónica. Mi desesperación alcanzó un cenit esporádico cuando me pregunté a mi mismo si merecía la pena continuar viviendo con un cuerpo tan falto de salud.

“Los medicamentos tienen limitaciones, la fuerza vital creativa no las tiene. Créelo: serás sano y fuerte”.

Las palabras de Sri Yukteswar levantaron en mí la convicción de una verdad de aplicación personal que ningún otro sanador, ¡y lo había intentado con muchos!, había sido capaz de provocar.

¡Era visible, de día en día! Engordaba. Dos semanas después de la oculta bendición del Maestro había conseguido el peso, el vigor, que me habían esquivado en el pasado. Mi enfermedad crónica del estómago desapareció para siempre. Más tarde asistí en distintas ocasiones a las curaciones divinas e instantáneas de mi gurú en personas que padecían enfermedades que no presagiaban nada bueno, tuberculosis, diabetes, epilepsia o parálisis. Nadie podría sentirse más agradecido por su curación que me sentí yo al verme repentinamente libre de mi aspecto cadavérico.

“Hace años también yo estuve ansioso por ganar peso”, me contó Sri Yukteswar. “Durante la convalecencia de una grave enfermedad visité a Lahiri Mahasaya en Benarés.

“‘Señor, he estado gravemente enfermo y perdí muchos kilos’.

“‘Por lo que veo, Yukteswar<sup>9</sup>, has creado tu propia indisposición y ahora crees que estás delgado’.

“Esta respuesta estaba muy lejos de lo que yo había esperado; no obstante mi gurú añadió en tono alentador:

“‘Veamos; estoy seguro de que mañana te sentirás mejor’.

“Tomando sus palabras como un gesto de curación secreta dirigida a mi receptiva mente, no me sorprendí cuando a la mañana siguiente sentí un bienvenido aumento de fuerza. Fui a ver a mi maestro y exclamé exultante, ‘Señor, hoy me siento mucho mejor’.

“‘¡Desde luego! Hoy te has fortalecido a ti mismo’.

“‘¡No, maestro!’, protesté. ‘Fue usted quien me ayudó; es la primera vez desde hace semanas que tengo algo de energía’.

“‘¡Ah, sí! Tu enfermedad era bastante grave. Tu cuerpo todavía está débil; quién sabe cómo estará mañana’.

“El pensamiento de una posible recaída en la debilidad me hizo estremecer de miedo. A la mañana siguiente apenas pude arrastrarme hasta la casa de Lahiri Mahasaya.

“‘Señor otra vez estoy enfermo’.

“Mi gurú me miró burlón. ‘¡Vaya! De nuevo te has indispuesto a ti mismo’.

“‘Gurudeva, ahora me doy cuenta que ha estado usted riéndose de mí un día tras otro’. Mi paciencia estaba al límite. ‘No comprendo por qué no cree usted en la veracidad de lo que digo’.

“‘En realidad han sido tus pensamientos quienes han hecho que te sientas alternativamente débil y fuerte’. Mi maestro me miraba con cariño. ‘Has visto cómo tu salud ha seguido exactamente a tus expectativas. El pensamiento es una fuerza, como lo son la electricidad o la gravitación. La mente humana es una chispa de la todopoderosa conciencia de Dios. Podría demostrarte cómo todo cuanto tu poderosa mente cree con intensidad sucede instantáneamente’.

“Sabíendo que Lahiri Mahasaya no hablaba nunca en vano, me dirigí a él con respeto reverencial y gratitud: ‘Maestro, si pienso que estoy bien y he recobrado mi antiguo peso, ¿sucederá?’.

“‘Así será, en este mismo momento’. Mi gurú hablaba con seriedad, con la mirada concentrada en mis ojos.

“¡Así fue! Sentí un aumento no sólo de fuerza sino también de peso. Lahiri Mahasaya guardó silencio. Después de algunas horas a sus pies regresé a casa de mi madre, donde me alojaba durante mis visitas a Benarés.

“‘¡Hijo mío! ¿Qué sucede? ¿Estás hinchado por la hidropesía?’.

Me pesé y vi que en un solo día había ganado veintitrés kilos, que he mantenido siempre. Los amigos y conocidos que habían visto mi delgadez estaban pasmados y maravillados. Varios de ellos cambiaron de vida y se hicieron discípulos de Lahiri Mahasaya como resultado de este milagro.

“Mi gurú, despierto en Dios, sabía que este mundo no es más que un sueño objetivado del Creador. Siendo totalmente consciente de su unidad con el Soñador Divino, Lahiri Mahasaya podía materializar o desmaterializar o hacer cualquier cambio que deseara en la visión cósmica<sup>10</sup>.

"Toda la creación se gobierna por medio de leyes", concluyó Sri Yukteswar. "Las que se manifiestan en el mundo exterior, que pueden ser descubiertas por los científicos, se llaman leyes naturales. Pero existen leyes sutiles que rigen los reinos de la conciencia y que sólo pueden conocerse gracias a la ciencia interior del yoga. Los ocultos planes espirituales también operan por medio de principios naturales y legítimos. Quien comprende la verdadera naturaleza de la materia no es el científico físico, sino el maestro totalmente autorrealizado. Por eso Cristo fue capaz de reimplantar en el criado la oreja que le había cortado uno de los discípulos"<sup>11</sup>.

Sri Yukteswar era un intérprete incomparable de las escrituras. Muchos de mis recuerdos más felices se centran en sus discursos. Pero las joyas de sus pensamientos no se lanzaban a las cenizas del descuido o la estupidez. Un movimiento inquieto de mi cuerpo o un ligero lapsus en que la mente se ausentaba, eran suficientes para cortar abruptamente la exposición del Maestro.



El edificio principal en Monte Washington, Los Ángeles, EEUU; aquí se estableció en 1925 la sede central de Self-Realization Fellowship.



La Iglesia de Todas las Religiones de Self-Realization en Hollywood, California.

"No estás aquí". El Maestro se interrumpió una tarde con esta revelación. Como de costumbre, estaba siguiendo el curso de mi atención con una inmediatez devastadora.

"¡Gurujii!", mi tono era de protesta. "¡No me he movido; no he pestañado; puedo repetir cada una de las palabras que usted ha pronunciado!".

"Aún así no estabas totalmente conmigo. Tu objeción me fuerza a señalar que en el fondo de tu mente estabas creando tres instituciones. Una era un retiro en el bosque, en la llanura, otra en lo alto de una colina y la tercera junto al mar".

Era cierto que estos pensamientos vagamente formulados habían estado presentes casi subcientemente. Le miré disculpándome.

"¿Qué puedo hacer con un maestro así, que penetra las reflexiones que se forman en mí al azar?".

"Me has concedido ese derecho. Las verdades sutiles que estaba exponiendo no pueden ser entendidas sin una absoluta concentración. A menos que sea necesario, no invado las mentes de

los demás. El ser humano tiene el privilegio de vagar secretamente entre sus pensamientos. Ni el Señor entra allí de motu propio, ni yo me aventuro a entrometerme”.

“¡Usted es bienvenido, Maestro!”.

“Tus sueños arquitectónicos se materializarán más tarde. ¡Ahora es el momento de estudiar!”.

De esta forma incidental mi gurú me reveló, con la sencillez que le era propia, el advenimiento de tres grandes acontecimientos de mi vida. Desde la temprana juventud había vislumbrado enigmáticamente los tres edificios, cada uno en un marco distinto. Estas visiones tomaron su forma definitiva en la secuencia exacta que Sri Yukteswar indicó. En primer lugar fundé una escuela de yoga para niños en la llanura de Ranchi, después mi sede central americana en la cima de una colina en Los Ángeles, por último una ermita en el Sur de California junto al vasto Océano Pacífico.

El Maestro nunca aseveraba arrogantemente; “¡Profetizo que ocurrirá este o aquel acontecimiento!”. Por el contrario insinuaba: “¿No crees que puede pasar?”. Pero su sola palabra ocultaba un poderoso vaticinio. No había vuelta atrás; ni la más ligera de sus palabras veladas resultó falsa jamás.

Sri Yukteswar era de carácter práctico y reservado. En él no había nada vago o tontamente visionario. Tenía los pies firmemente en la tierra, la cabeza en el refugio celestial. Admiraba a la gente práctica. “¡La santidad no es estupidez! ¡Las percepciones divinas no disminuyen las capacidades humanas!”, solía decir. “La expresión activa de la virtud da origen a la más viva inteligencia”.

En la vida del Maestro descubrí claramente la división entre el realismo espiritual y el oscuro misticismo que pasa falsamente por su homólogo. Mi gurú era reacio a hablar sobre los reinos suprafísicos. Su única aura “extraordinaria” era la perfecta simplicidad. En la conversación evitaba hacer referencias llamativas; en la acción se expresaba libremente. Otros hablaban de milagros pero no podían realizarlos; Sri Yukteswar apenas mencionaba las leyes sutiles, pero secretamente actuaba con ellas a voluntad.

“Un hombre de realización no hace milagros a menos que reciba una autorización interior”, explicaba el Maestro. “Dios no desea que los secretos de Su creación sean promiscuamente revelados<sup>12</sup>. Además todo individuo tiene el derecho inalienable a su libre albedrío. Un santo no traspasa los límites de esa independencia”.

El silencio habitual de Sri Yukteswar se debía a su profunda percepción del Infinito. No tenía tiempo para las interminables “revelaciones” que llenan los días de profesores sin autorrealización. “En el hombre trivial el pez de los pequeños pensamientos produce mucha conmoción. En las mentes oceánicas las ballenas de inspiración apenas levantan una onda”. Esta observación de las escrituras hindúes no carece de fino humor.

Como consecuencia de las formas poco espectaculares de mi gurú, sólo unos pocos de sus contemporáneos le reconocieron como a un superhombre. El adagio popular: “Es necio quien no puede ocultar su sabiduría”, jamás podría aplicarse a Sri Yukteswar. Aunque nacido mortal como los demás, el Maestro había alcanzado la identidad con el Soberano del tiempo y el espacio. Yo percibía en su vida la unidad divina. Para él no había ningún obstáculo insuperable en la fusión de lo humano con lo divino. Llegué a comprender que tal barrera no existe salvo en la falta de audacia espiritual del hombre.

Me emocionaba siempre al tocar los sagrados pies de Sri Yukteswar. Los yoguis enseñan que un discípulo se magnetiza espiritualmente a través del contacto reverente con un maestro; se genera una corriente sutil. A menudo el mecanismo de los hábitos indeseables del devoto se cauteriza en el cerebro; se interrumpen beneficiosamente los surcos de las tendencias mundanas. Al menos momentáneamente puede ver levantarse los velos de *maya* y vislumbrar la realidad de gozo. Todo mi cuerpo respondía con una oleada liberadora cada vez que me arrodillaba a la manera india ante mi gurú.

“Incluso cuando Lahiri Mahasaya estaba en silencio”, me contó el Maestro, “o cuando hablaba de temas que no eran estrictamente religiosos, me daba cuenta de que me había transmitido un conocimiento inefable”.

Sri Yukteswar influía en mí de la misma manera. Si entraba en la ermita en un estado de ánimo de preocupación o indiferencia, mi actitud cambiaba imperceptiblemente. Una calma curativa descendía a la simple vista de mi gurú. Cada día con él era una nueva experiencia de júbilo, paz y sabiduría. Jamás encontré en él signos de engaño o de estar ebrio de codicia, emoción, ira o cualquier apego humano.

“La oscuridad de *maya* se aproxima silenciosamente. Apresurémonos a regresar al hogar interior”. Al atardecer Sri Yukteswar recordaba a sus discípulos con estas palabras la necesidad del *Kriya Yoga*. De vez en cuando algún nuevo discípulo expresaba dudas respecto a sus méritos para dedicarse a la práctica de yoga.

“Olvida el pasado”, le consolaba Sri Yukteswar. “Las vidas pretéritas de todos los hombres están oscurecidas por la vergüenza. La conducta humana es inestable hasta que se ancla en la Divinidad. Todo mejorará en el futuro si haces un esfuerzo espiritual ahora”.

El Maestro tenía siempre *chelas*<sup>13</sup> jóvenes en la ermita. Su educación espiritual e intelectual constituía el interés de su vida; incluso poco antes de su fallecimiento aceptó preparar a dos niños de seis años y a un joven de dieciséis. Dirigía sus mentes y sus vidas con la cuidadosa disciplina en que la palabra “disciplina” se enraíza etimológicamente. Los residentes del ashram amaban y reverenciaban a su gurú; una ligera palmada suya era suficiente para traerles con entusiasmo a su lado. Cuando su actitud era de silencio o interiorización, nadie se aventuraba a hablar; cuando su risa resonaba jovialmente, los niños le consideraban uno de los suyos.



El Maestro casi nunca pedía a los demás que le hicieran un servicio personal, ni solía aceptar ayuda de un estudiante a menos que el ofrecimiento fuera sincero. Mi gurú lavaba tranquilamente su ropa si los discípulos pasaban por alto esta privilegiada tarea. Sri Yukteswar vestía la tradicional túnica de color ocre de swami; sus zapatos sin cordones, en consonancia con las costumbres de un yogui, eran de piel de tigre o ciervo.

El Maestro hablaba fluidamente inglés, francés, hindi y bengalí; su sánscrito era aceptable. Instruía pacientemente a sus jóvenes discípulos a través de ciertos atajos que había inventado ingeniosamente para el estudio del inglés y el sánscrito.

El Maestro era cuidadoso con su cuerpo, si bien le negaba atenciones innecesarias. El Infinito, señalaba, se manifiesta de forma apropiada a través de un cuerpo sano física y mentalmente. No alentaba ningún extremo. En una ocasión un discípulo inició un largo ayuno. Mi gurú simplemente se rió: “¿Por qué no echarle un hueso al perro?”.

La salud de Sri Yukteswar era excelente; jamás le vi indispuesto<sup>14</sup>. Dejaba que los estudiantes consultaran con un doctor cuando parecía conveniente. Su intención era respetar las costumbres del mundo: “Los médicos deben seguir, en su trabajo de curación, las leyes de Dios aplicadas a la materia”. Pero ensalzaba la superioridad de la terapia mental y repetía a menudo: “La sabiduría es el mejor limpiador”.

“El cuerpo es un amigo traicionero. Dá-le lo que le corresponde; no más”, decía. “El dolor y el placer son transitorios; soporta las dualidades con calma, intentando al mismo tiempo desprenderte de su control. La imaginación es la puerta por la que entran tanto la enfermedad como la salud. No creas en la realidad de la enfermedad ni siquiera cuando estés enfermo; ¡un visitante al que no se le reconoce huirá!”.

El Maestro contaba con muchos doctores entre sus discípulos. “Quienes han descubierto las leyes físicas pueden investigar fácilmente la ciencia del alma”, les decía. “Detrás de las estructuras corporales se esconde un sutil mecanismo espiritual”<sup>15</sup>.

Sri Yukteswar aconsejaba a sus alumnos unir en sus vidas las virtudes de Oriente y Occidente. Él mismo un ejecutivo occidental en sus costumbres, interiormente era un espiritual oriental. Alababa las costumbres progresistas, el ingenio y la higiene de Occidente y los ideales religiosos que proporcionan un halo secular a Oriente.

La disciplina no me era desconocida: en casa mi padre era estricto, Ananta a menudo severo. Pero la preparación que proporcionaba Sri Yukteswar no puede describirse sino como drástica. Un perfeccionista, mi gurú era hipercrítico con sus discípulos, ya fuera en cuestiones importantes o en los sutiles matices del comportamiento.

“Los buenos modales carentes de sinceridad son como una bella mujer muerta”, observaba cuando se presentaba la ocasión. “La honestidad sin urbanidad es como el bisturí del cirujano, efectivo pero desagradable. La franqueza con cortesía es útil y digna de admiración”.

Aparentemente el Maestro estaba satisfecho de mi progreso espiritual, pues casi nunca se refería a él; en otras cuestiones mis oídos no eran extraños a la reprensión. Mis principales delitos eran la distracción, abandono intermitente en la tristeza, no observancia de ciertas normas de etiqueta y esporádicamente falta de método.

“Observa lo bien organizadas y equilibradas que están las actividades de tu padre Bhagabati en todos los sentidos”, me señalaba mi gurú. Los dos discípulos de Lahiri Mahasaya se habían conocido poco después de que yo comenzara mis peregrinaciones a Serampore. Mi padre y Sri Yukteswar apreciaban y admiraban su mutua valía. Los dos se habían construido una vida espiritual interior granítica, insoluble en el tiempo.

De los profesores ocasionales de mis primeros años había absorbido algunas lecciones erróneas. Un *chela*, se me había dicho, no necesita ocuparse excesivamente de los deberes del mundo; cuando abandonaba o descuidaba mis tareas no se me castigaba. La naturaleza humana encuentra tal instrucción muy fácil de asimilar. No obstante, bajo la implacable férula del Maestro pronto me recuperé del agradable engaño de la irresponsabilidad.

“Quienes son demasiado buenos para este mundo están adornando otro”, señalaba Sri Yukteswar. “Mientras respires el aire libre de la tierra estás obligado a rendir un servicio agradecido. Sólo quien ha dominado totalmente el estado sin respiración<sup>16</sup> está libre de los imperativos cósmicos. No dejaré de hacerte saber cuándo has alcanzado la perfección final”.

A mi gurú no se le podía sobornar jamás, ni siquiera a través del amor. No mostraba indulgencia hacia quien, como yo, se había ofrecido voluntariamente a ser su discípulo. Ya sea que el Maestro y yo estuviéramos rodeados de alumnos o extraños o estuviéramos solos, siempre hablaba con claridad y reprendía con dureza. Ni el más mínimo fallo de superficialidad o falta de coherencia escapaba a su reprimenda. Este trato aplastante era difícil de soportar, pero yo estaba resuelto a permitir a Sri Yukteswar planchar cada una de mis arrugas psicológicas. Mientras él trabajaba en esta titánica transformación me vi muchas veces bajo el peso de su martillo disciplinario.

“Si no te gusta lo que digo, tienes libertad para irte en cualquier momento”, me aseguraba el Maestro. “No quiero nada de ti sino tu propia mejoría. Quédate sólo si sientes que te beneficia”.

Por cada humillante golpe que asestó a mi vanidad, por cada diente que con su extraordinaria puntería arrancó de mi mandíbula metafórica, le estoy agradecido más allá de lo que pueda expresarse con palabras. El duro núcleo del egocentrismo humano es difícil de sacar si no es empleando la rudeza. Con su marcha la Divinidad encuentra al fin un canal libre. En vano trata de filtrarse por los pétreos corazones del egoísmo.

La sabiduría de Sri Yukteswar era tan aguda que, haciendo caso omiso a los comentarios expresados en voz alta, con frecuencia respondía a una observación no formulada. "Lo que una persona imagina oír y lo que el hablante quiso decir realmente, pueden ser diametralmente opuestos", decía. "Intenta sentir los pensamientos que están detrás de la confusa verborrea de los hombres".

Pero la percepción divina es penosa para los oídos mundanos; el Maestro no gozaba de popularidad entre los estudiantes superficiales. Los sabios, siempre pocos, le reverenciaban profundamente. En mi opinión Sri Yukteswar hubiera sido el gurú más solicitado de la India si no hablara de una forma tan franca y con tanta censura.

"Soy duro con quienes vienen a prepararse", admitió ante mí. "Es mi forma de actuar; tómalo o déjalo. Nunca transijo. Pero tú serás mucho más amable con tus discípulos; ésa es tu forma de ser. Yo trato de purificar sólo en los fuegos de la severidad, que queman por encima de lo que tolera la media. El dulce acercamiento a través del amor también es transfigurador. La inflexibilidad y los métodos flexibles son igualmente efectivos si se aplican con sabiduría. Irás a otros países, donde los asaltos directos al ego no son apreciados. Un maestro no puede expandir el mensaje de la India en Occidente sin un gran caudal de paciencia adaptativa y tolerancia". ¡No quiero consignar la gran verdad que más tarde encontré en las palabras del Maestro!

Si bien la sincera forma de hablar de Sri Yukteswar impidió que tuviera un gran número de seguidores mientras vivió, su espíritu se manifiesta hoy vivo en todo el mundo, a través de los alumnos que practican su *Kriya Yoga* y otras enseñanzas. Sus dominios en las almas son más extensos que los que ni siquiera Alejandro soñó tener en la tierra.

Un día mi padre fue a presentar sus respetos a Sri Yukteswar. Sin duda esperaba oír algunas palabras de elogio sobre mí. Quedó horrorizado al recibir un largo informe sobre mis imperfecciones. El Maestro tenía por costumbre contar los defectos más insignificantes con un aire de solemne gravedad. Mi padre vino a verme en seguida. "¡Teniendo en cuenta las observaciones de tu gurú creí que te encontraría hecho una completa ruina!". Mi padre se hallaba entre la risa y las lágrimas.

Indignado fui a buscar rápidamente a mi gurú. Me recibió con la mirada baja, como si fuera consciente de su culpa. Fue la única vez que vi al león divino sumiso ante mí. El momento único fue saboreado al máximo.

"Señor, ¿por qué me juzgó tan despiadadamente ante mi atónito padre? ¿Fue justo?".

"No volveré a hacerlo". El tono del Maestro era de disculpa.

Me desarmó instantáneamente. ¡Con qué prontitud admitió el gran hombre su error! Aunque no volvió a alterar la paz mental de mi padre, el Maestro continuó diseccionándose implacablemente donde y cuando quiso.

Con frecuencia los discípulos nuevos se unían a Sri Yukteswar en su exhaustiva crítica a los demás. ¡Sabios como el gurú! ¡Modelos de discernimiento intachable! Pero quien toma la ofensiva no debe estar indefenso. Los mismos estudiantes criticones se daban rápidamente a la fuga tan pronto como el Maestro disparaba públicamente en su dirección algunas saetas de su analítico carcaj.

"La tierna debilidad interior, que se revuelve ante el más leve toque de censura, es como las partes enfermas del cuerpo, que retroceden incluso ante el trato más delicado". Este era el divertido comentario de Sri Yukteswar con respecto a los poco serios.

Hay discípulos que buscan un gurú hecho a su imagen. Tales alumnos se quejaban con frecuencia de no entender a Sri Yukteswar.

"¡Tampoco comprendes a Dios!", contesté yo en una ocasión. "Cuando un santo te resulte claro, serás un santo". Entre los trillones de misterios que respiran cada segundo el aire inexplicable, ¿quién se aventurará a pedir que la naturaleza incomprensible de un maestro sea captada instantáneamente?

Llegaban estudiantes y generalmente se iban. Quienes ansiaban un sendero de armonía empalagosa y reconocimiento cómodo, no lo encontraban en la ermita. El Maestro ofrecía refugio y guía para siempre, pero muchos pedían también mezquino bálsamo para el ego. Se marchaban prefiriendo las innumerables humillaciones de la vida a la humildad. Los resplandecientes rayos, la abierta y penetrante luz del sol de la sabiduría, eran demasiado poderosos para su enfermedad espiritual. Buscaban maestros menores que, dándoles sombra con sus halagos, permitieran el sueño intermitente de la ignorancia.

Durante mis primeros meses con el Maestro sentía un sensible miedo a sus amonestaciones. Pronto vi que éstas se reservaban para los discípulos que habían pedido su vivisección verbal. Si algún estudiante avergonzado protestaba, Sri Yukteswar se volvía inofensivamente silencioso. Su tono jamás era iracundo, sino el de la sabiduría impersonal.

La percepción del Maestro no estaba destinada a los oídos no preparados de los visitantes casuales; casi nunca señalaba sus defectos, aunque fueran llamativos. Pero hacia los estudiantes que le pedían consejo, Sri Yukteswar sentía una seria responsabilidad. ¡Valiente es en verdad el gurú que emprende la tarea de transformar la burda mena de la humanidad impregnada de ego! El valor de un santo está arraigado en su compasión hacia quienes, en su ceguera, caminan tropezando por este mundo.

Cuando abandoné mi recelo subyacente, observé una marcada disminución en las reprimendas. De forma discreta, el Maestro las transformó en lo que, en comparación, era benignidad. Con el tiempo derribé cualquier muro de racionalismo y reserva subconsciente tras de los cuales se protege generalmente la personalidad humana<sup>17</sup>. La recompensa fue una armonía natural con mi



gurú. Descubrí que era confiado, considerado y amaba en silencio. Poco expresivo, sin embargo, no prodigaba palabras de afecto.

Mi temperamento es fundamentalmente devocional. Al principio era desconcertante ver que mi gurú, saturado de *jnana* pero aparentemente seco para *bhakti*<sup>18</sup>, se expresaba sólo en términos de frías matemáticas espirituales. Pero cuando me sintonicé con su naturaleza, descubrí, no una disminución, sino un incremento de mi acercamiento devocional a Dios. Un maestro autorrealizado es absolutamente capaz de guiar a sus distintos discípulos en la línea natural de sus inclinaciones esenciales.

Mi relación con Sri Yukteswar, de algún modo inarticulada, poseía sin embargo gran elocuencia. Con frecuencia descubría su silenciosa firma en mis pensamientos, volviendo inútiles las palabras. Sentado tranquilamente a su lado, sentía su prodigalidad derramándose sobre mi ser.

La justicia imparcial de Sri Yukteswar se puso claramente de manifiesto durante las vacaciones de verano de mi primer año en el instituto. Recibí con alegría la oportunidad de pasar varios meses ininterrumpidos en Serampore con mi gurú.

“Puedes encargarte de la ermita”. Mi Maestro estaba contento de mi entusiasta llegada. “Tus deberes serán la recepción de huéspedes y la supervisión del trabajo de los demás discípulos”.

Kumar, un joven aldeano del Este de Bengala, fue aceptado dos semanas después para su preparación en la ermita. Extraordinariamente inteligente, se ganó rápidamente el afecto de Sri Yukteswar. Por alguna razón incomprensible, el Maestro era muy indulgente con el nuevo interno.

“Mukunda, deja que Kumar asuma tus tareas. Emplea tu tiempo en barrer y cocinar”. El Maestro dio estas instrucciones cuando el nuevo chico llevaba con nosotros un mes.

Ensalzado al liderazgo, Kumar ejerció una mezquina tiranía en la casa. Silenciosamente amotinados, los demás discípulos continuaron buscándome para los consejos cotidianos.

“¡Mukunda es imposible! Usted me ha hecho el supervisor, pero los otros acuden a él y le obedecen”. Tres semanas después Kumar fue a quejarse a nuestro gurú. Le oí desde una habitación contigua.

“Ésa es la razón por la que le asigné a él la cocina y a ti el salón”. El tono hiriente de Sri Yukteswar era nuevo para Kumar. “Así has comprendido que un líder digno debe desear servir y no dominar. Tú querías el puesto de Mukunda, pero no pudiste mantenerlo gracias a tus méritos. Vuelve a tu anterior trabajo de ayudante de cocina”.

Después de este incidente humillante, el Maestro volvió a adoptar hacia Kumar la anterior actitud de benevolencia. ¿Quién puede desentrañar los misterios de la atracción? Nuestro gurú descubrió en Kumar una fuente preciosa que no manaba para sus condiscípulos. Aunque el nuevo chico era claramente el favorito de Sri Yukteswar, no me sentí abatido. Las rarezas personales, que tienen incluso los maestros, prestan una rica complejidad a las pautas de la vida. Mi naturaleza pocas veces queda atrapada en los detalles; yo buscaba en Sri Yukteswar un beneficio más inaccesible que los elogios externos.

Un día Kumar me habló con malevolencia sin razón; yo estaba profundamente herido.

“¡Tu cabeza está hinchándose hasta tal punto que va a estallar!”. Añadí una advertencia cuya verdad sentía intuitivamente: “Como no mejores de actitud algún día se te pedirá que dejes este ashram”.

Riéndose sarcásticamente, Kumar repitió mi comentario a nuestro gurú, que acababa de entrar en la habitación. Esperando ser reprendido sin duda alguna, me retiré mansamente a un rincón.

“Quizá Mukunda tenga razón”. La respuesta del Maestro al muchacho se acompañó de una inusual frialdad. Escapé sin reprobación.

Un año más tarde, Kumar se marchó para visitar su hogar de la niñez. Hizo caso omiso a la callada desaprobación de Sri Yukteswar, que nunca ejercía un control autoritario sobre los movimientos de sus discípulos. Cuando el chico regresó a Serampore algunos meses después, era aparente un cambio desagradable. El majestuoso Kumar de rostro serenamente efusivo había desaparecido. Sólo un aldeano mediocre se presentó ante nosotros, uno que últimamente había adquirido ciertos malos hábitos.

El Maestro me llamó y destrozado habló de que ahora el chico era inadecuado para la vida monástica de la ermita.

“Mukunda, dejaré que seas tú quien haga saber a Kumar que abandone el ashram mañana; ¡yo no puedo!”. Las lágrimas afloraban a los ojos de Sri Yukteswar, pero se controló rápidamente. “El chico nunca habría caído tan bajo si me hubiera escuchado y no se hubiera ido para mezclarse con indeseables. Ha rechazado mi protección; el cruel mundo tiene que ser todavía su gurú”.

La marcha de Kumar no me produjo regocijo; me preguntaba tristemente cómo alguien con poder para ganar el amor de un maestro podía responder a encantos más ordinarios. Los goces del vino y el sexo están arraigados en el hombre natural y no requieren una percepción refinada para ser apreciados. Las tretas sensuales son comparables a la adelfa de hoja perenne, fragante con su flores multicolores: las distintas partes de la planta son venenosas. El terreno de la curación reside en el interior, resplandeciente de esa felicidad que se busca ciegamente en miles de direcciones erróneas<sup>19</sup>.

“El rey inteligencia tiene doble filo”, observó en una ocasión el Maestro refiriéndose a la mente brillante de Kumar. “Puede utilizarse, como una navaja, para construir o para destruir; para cortar el furúnculo de la ignorancia o para decapitarse a sí mismo. La inteligencia sólo es guiada correctamente una vez que la mente tiene conocimiento de la ineludible ley espiritual”.

Mi gurú frecuentaba libremente a hombres y mujeres discípulos, tratándolos a todos como a sus hijos. Percibiendo la cualidad de sus almas, no hacía distinción ni mostraba parcialidad.

“Mientras duermes no sabes si eres hombre o mujer”, decía. “Así como un hombre, imitando a una mujer, no se convierte en mujer, así el alma, imitando tanto al hombre como a la mujer, no tiene sexo. El alma es la imagen pura, inalterable, de Dios”.

Sri Yukteswar jamás evitó o culpó a las mujeres como objeto de seducción. También los hombres, decía, eran una tentación para las mujeres. En una ocasión le pregunté a mi gurú por qué un gran santo de la antigüedad había llamado a las mujeres “la puerta del infierno”.

“Una muchacha debió crear muchos conflictos a su paz mental en sus primeros años”, respondió cáusticamente mi gurú. “De otro modo hubiera censurado, no a la mujer, sino a alguna imperfección en su propio autocontrol”.

Si un visitante se atrevía a contar una historia provocativa en la ermita, el Maestro mantenía un frío silencio. “No os permitáis a vosotros mismos ser azotados por el látigo de un bello rostro”, decía a los discípulos. “¿Cómo pueden disfrutar del mundo los esclavos de los sentidos? Sus sabores sutiles se les escapan mientras se arrastran por el lodo primario. Todo discernimiento sutil se pierde para el hombre de anhelos elementales”.

Los estudiantes que trataban de huir del engaño dualístico de *maya* recibían de Sri Yukteswar consejo paciente y comprensivo.

“Así como el objetivo de comer es satisfacer el hambre, no la gula, así el instinto sexual está diseñado para la propagación de las especies de acuerdo con la ley natural, nunca para provocar anhelos insaciables”, decía. “Destruye ahora los deseos erróneos; de otra forma te seguirán después de que el cuerpo astral rasgue su carcasa física. Aunque la carne sea débil, la mente debe resistir constantemente. Si la tentación te asalta con fuerza cruel, supérala con el análisis impersonal y una voluntad indomable. Toda pasión natural debe ser dominada.

“Conserva tu energía. Se como el vasto océano, absorbiendo interiormente los ríos tributarios de los sentidos. Los pequeños anhelos son brechas en el embalse de tu paz interior, que permiten que las aguas de la salud se desperdicien por el estéril suelo del materialismo. El fuerte y activo impulso de los deseos erróneos es el mayor enemigo de la felicidad humana. Ronda por el mundo como un león del autocontrol; verás cómo las ranas de la debilidad no te tratan a patadas”.

Finalmente el devoto es liberado de toda coacción de los instintos. Transforma su necesidad de afecto humano en aspiración sólo por Dios, un amor único porque es omnipresente.

La madre de Sri Yukteswar vivía en el distrito Rana Mahal de Benarés, donde visité por primera vez a mi gurú. Cariñosa y cortés, era sin embargo una mujer de opiniones muy firmes. En una ocasión estuve en la terraza de su casa observando una conversación entre madre e hijo. El Maestro estaba intentando, a su modo tranquilo y delicado, convencerla de algo. Al parecer no tenía éxito, pues ella negaba vigorosamente con la cabeza.

“¡No, no, hijo mío, ahora vete! ¡Tus sabias palabras no son para mí! ¡Yo no soy tu discípula!”.

Sri Yukteswar retrocedió sin más discusión, como un niño a quien han reprendido. Me conmovió su gran respeto hacia su madre, incluso ante el comportamiento poco razonable de ésta. Ella le veía únicamente como a su chiquillo, no como a un sabio. En este incidente trivial había encanto; proporcionaba un detalle de la naturaleza excepcional de mi gurú, interiormente humilde y exteriormente relajada.

Las reglas monásticas no permiten a un swami mantener relación con los lazos mundanos tras su ruptura formal. No pueden celebrar las ceremonias rituales familiares que son obligatorias para una persona de familia. No obstante, Shankara, el antiguo fundador de la Orden de los Swamis, desatendió el mandamiento. Al morir su amada madre, cremó su cuerpo con fuego celestial, que hizo brotar de su mano levantada.

Sri Yukteswar también hizo caso omiso de las restricciones, de una forma menos espectacular. Cuando su madre murió, organizó los servicios crematorios junto al sagrado Ganges en Benarés y, de acuerdo con una antigua costumbre, dio de comer a muchos Brahmines.

Las prohibiciones *shástricas* tienen como finalidad ayudar a los swamis a superar identificaciones estrechas. Shankara y Sri Yukteswar habían fundido su ser en el Espíritu Impersonal; no necesitaban ser salvados gracias a la regla. También, en ocasiones, un maestro ignora a propósito un canon para defender su principio como superior e independiente de la forma. Así Jesús arrancó espigas en el día de descanso. A sus inevitables críticos les dijo: “El sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”<sup>20</sup>.

A parte de las escrituras, raras veces un libro fue honrado con el examen de Sri Yukteswar. No obstante, siempre estaba al corriente de los últimos descubrimientos científicos y otros avances del conocimiento. Conversador brillante, disfrutaba intercambiando con sus invitados puntos de vista sobre innumerables temas. La aguda inteligencia y la alegre risa de mi gurú animaban cualquier discusión. A menudo grave, el Maestro nunca estaba sombrío. “Para buscar a Dios no es necesario desfigurar el rostro”, señalaba. “Recuerda que encontrar a Dios significará el funeral de todas las penas”.

Entre los filósofos, profesores de universidad, abogados y científicos que venían a la ermita,

muchos llegaban para su primera visita suponiendo que iban a encontrarse con un religioso ortodoxo. De vez en cuando una sonrisa desdeñosa o una mirada de tolerancia divertida dejaban ver que los recién llegados no esperaban oír más que algunos tópicos piadosos. Pero su marcha a regañadientes ponía claramente de manifiesto que Sri Yukteswar había demostrado poseer una visión precisa en los campos de su especialidad.

Normalmente mi gurú era afable y cortés con los invitados; les daba la bienvenida con encantadora cordialidad. No obstante los egocéntricos inveterados con frecuencia sufrían una fuerte impresión. En el Maestro encontraban o una glacial indiferencia o una formidable oposición: ¡hielo o hierro!

En una ocasión un conocido químico se las vió con Sri Yukteswar. El visitante no admitía la existencia de Dios, ya que la ciencia no ha encontrado forma de detectarlo.

“¡Así pues, inexplicablemente, no ha conseguido usted aislar el Poder Supremo en sus tubos de ensayo!”. La mirada del Maestro era dura, “Le aconsejo que haga un experimento sin precedentes. Examine sus pensamientos ininterrumpidamente durante veinticuatro horas. No volverá a sorprenderse de la ausencia de Dios”.

Un célebre pundit recibió un susto similar. Con ostentoso entusiasmo, el erudito sacudió los techos del asram con sabiduría tomada de las escrituras. Sonoros pasajes salidos del *Mahabharata*, los *Upanishads*<sup>21</sup>, los *bhasyas*<sup>22</sup> de Shankara.

“Estoy esperando oírle”. El tono de Sri Yukteswar era inquisitivo, como si hubiera reinado un silencio absoluto. El pundit estaba desconcertado.

“Ha habido citas en sobreabundancia”. Las palabras del Maestro me hicieron vibrar de alegría en el rincón en que estaba sentado, a respetuosa distancia del visitante. Pero ¿qué comentarios originales, tomados de sus vivencias personales, puede usted aportar? ¿Qué texto sagrado ha absorbido y hecho suyo? ¿En qué sentido han renovado estas verdades eternas su naturaleza? ¿Se contenta usted con ser una victrola<sup>23</sup> que repite mecánicamente las palabras de otros?”.

“¡Me rindo!”. La desazón del erudito era cómica. “No poseo realización interior”.

Quizá comprendió por primera vez que la colocación experta de una coma no afecta a una coma espiritual.

“Estos pedantes exangües huelen excesivamente a lámpara”, comentó mi gurú cuando se marchó el escarmentado. “Prefieren filosofar a ser un discreto intelectual en ejercicio. Sus elevados pensamientos están cuidadosamente desligados tanto de la crudeza de la acción externa como del azote de la disciplina interior!”.

El Maestro subrayó en otras ocasiones la futilidad del simple aprendizaje de libros.

“No confundáis la comprensión con la amplitud de vocabulario”, señalaba. “Los escritos sagrados son beneficiosos porque estimulan el deseo de realización interior si se asimilan despacio, estrofa a estrofa. El continuo estudio intelectual termina en vanidad y falsa satisfacción de un conocimiento indigesto”.

Sri Yukteswar contaba una de sus experiencias personales en enseñanza de las escrituras. El escenario fue una ermita en el bosque, en Bengala oriental, donde pudo observar los métodos de un célebre profesor, Dabru Ballav. Su sistema, a la vez simple y difícil, era corriente en la India antigua.

Dabru Ballav había reunido a los discípulos a su alrededor en las soledades silvestres. Ante ellos estaba abierto el sagrado *Bhagavad Gita*. Estuvieron estudiando atentamente un pasaje durante media hora, después cerraron los ojos. Pasó otra media hora. El maestro hizo un breve comentario. Sin moverse, volvieron a meditar durante una hora. Finalmente habló el gurú.

“¿Han entendido ustedes?”.

“Sí, señor”. Uno del grupo aventuró esta afirmación.

“No; no completamente. Busquen la vitalidad espiritual que ha dado a estas palabras el poder de rejuvenecer la India siglo tras siglo”. Transcurrió otra hora en silencio. El maestro despidió a los alumnos y se volvió hacia Sri Yukteswar.

“¿Conoce usted el *Bhagavad Gita*?”.

“No, señor, realmente no; aunque mis ojos y mi mente han recorrido sus páginas muchas veces”.

“¡Miles de personas me han contestado de forma distinta!”. El gran sabio sonrió al Maestro bendiciéndole. “Si uno se afana en la exhibición externa de las riquezas escriturales, ¿qué tiempo deja para la inmersión silenciosa e interna en pos de las perlas de inestimable valor?”.

Sri Yukteswar dirigió el estudio de sus propios discípulos por el mismo intensivo método de enfoque interior. “La sabiduría no se asimila con los ojos, sino con los átomos”, decía. “Cuando tu convicción sobre una verdad no está simplemente en tu cerebro sino en tu ser, puedes responder tímidamente de su significado”. Se oponía a toda tendencia que los estudiantes pudieran tener al análisis libresco como paso necesario para la realización espiritual.

“Los *rishis* escribieron en una frase profundidades que ocupan a los comentaristas eruditos durante generaciones”, comentaba. “Las inacabables controversias literarias son para las mentes haraganas. ¿Qué pensamiento más liberador que ‘Dios es’, o mejor, ‘Dios’?”.

Pero el hombre no regresa fácilmente a la simplicidad. Para él raramente existe 'Dios' sino las doctas pomposidades. Su ego se siente satisfecho de comprender tal erudición.

Los hombres que estaban orgullosos de su alta posición social, en presencia del Maestro tenían que añadir la humildad a sus demás posesiones. En una ocasión un magistrado local llegó a la ermita junto al mar, en Puri, para una entrevista. El hombre, que tenía fama de cruel, estaba en situación de echarnos del ashram. Advertí a mi gurú sobre la despótica posibilidad. Pero éste se sentó con aire inflexible y no se levantó para recibir al visitante. Un poco nervioso, me senté cerca de la puerta. El hombre tuvo que contentarse con una caja de madera; mi gurú no me pidió que trajera una silla. No se produjo lo que obviamente esperaba el magistrado, que su importancia se reconociera ceremoniosamente.

Siguió una discusión metafísica. El invitado cometió graves errores de malinterpretación de las escrituras. A medida que su exactitud se hundía, su cólera se elevaba.

"¿Sabe usted que fui el número uno en los exámenes de M.A.?" El razonamiento le había abandonado, pero todavía podía gritar.

"Señor magistrado, olvida usted que esto no es la sala del tribunal", respondió el Maestro sin alterarse. "De su infantil observación deduzco que su carrera universitaria fue corriente. En cualquier caso, un título universitario no se relaciona ni remotamente con la realización védica. Los santos no se fabrican en lotes semestrales, como los contables".

Tras quedar en silencio, anonadado, el visitante se rió a carcajadas.

"Éste es mi primer encuentro con un magistrado celestial", dijo. Más tarde hizo la petición formal, redactada en los términos legales que evidentemente formaban parte integrante de su ser, de ser aceptado como discípulo "a prueba".

Mi gurú se encargaba personalmente de los detalles relacionados con la gestión de su propiedad. En varias ocasiones, personas sin escrúpulos intentaron conseguir el terreno que era posesión ancestral del Maestro. Con determinación e incluso promoviendo causas judiciales, Sri Yukteswar burló a todos sus oponentes. Sufrió estas penosas experiencias por el deseo de no ser jamás un gurú mendicante o un peso para sus discípulos.

Su independencia económica era una de las razones por las que en mi alarmantemente franco Maestro no había rastro de astucia diplomática. A diferencia de esos profesores que tienen que adular a quienes les mantienen, mi gurú era impermeable a la influencia, abierta o sutil, de la riqueza de los demás. Jamás le oí pedir, ni siquiera indirectamente, dinero bajo ningún concepto. La preparación en su ermita se daba gratis y libremente a todos los discípulos.

Un día llegó al ashram de Serampore un insolente ayudante del tribunal de justicia para entregar a Sri Yukteswar una citación judicial. Un discípulo llamado Kanai y yo mismo estábamos presentes. La actitud del funcionario hacia el Maestro era ofensiva.

"Será muy beneficioso para usted dejar las sombras de su ermita y respirar el honrado aire de la sala del tribunal". El ayudante sonreía con desprecio. No pude contenerme.

"¡Otra imprudente palabra más y acabará usted en el suelo!". Me adelanté con aire amenazador.

"¡Miserable!". El grito de Kanai fue simultáneo al mío. "¿Cómo se atreve a traer sus blasfemias a este sagrado ashram?".

Pero el Maestro se colocó delante del culpable protegiéndole. "No os exaltéis sin motivo. Este hombre está cumpliendo con su obligación".

El funcionario, aturrido por la diversa acogida, ofreció respetuosamente sus disculpas y salió corriendo.

Era sorprendente que un maestro de voluntad tan fuerte pudiera ser interiormente tan calmado. Encajaba en la definición védica de un hombre de Dios: "Más delicado que las flores cuando se trata de amabilidad; más fuerte que el trueno cuando están en juego los principios".

En este mundo siempre existen personas que, en palabras de Browning, "no resisten la luz, siendo ellas mismas oscuras". De vez en cuando algún desconocido hacía reproches a Sri Yukteswar sobre una queja imaginaria. Mi imperturbable gurú escuchaba cortésmente, analizándose para ver si había alguna pizca de verdad en la denuncia. Estas escenas traían a mi mente uno de los inimitables comentarios del Maestro; "¡Algunas personas intentan sobresalir cortando las cabezas de los demás!".

La inagotable serenidad de un santo impresiona más que cualquier sermón. "Quien es lento para la ira supera a los poderosos; y quien gobierna su espíritu al conquistador de ciudades"<sup>24</sup>.

Con frecuencia pensaba que mi majestuoso Maestro podía haber sido fácilmente un emperador o un portentoso guerrero si su mente se hubiera concentrado en la fama o los logros mundanos. Por el contrario había elegido tomar por asalto a los ciudadanos interiores de la furia y el egoísmo, cuya caída mide la estatura del ser humano.

## ÍNDICE

<sup>1</sup> "Culto a Durga". Ésta es la fiesta principal del año bengalí y dura nueve días al final de Septiembre. Le sigue inmediatamente la festividad de diez días de *Dashahara* ("El que quita diez pecados", tres del cuerpo, tres de la mente y cuatro del habla). Ambas *pujas* están dedicadas a Durga, literalmente "La Inaccesible", un aspecto de la Madre Divina, Shakti, la fuerza creativa femenina personificada. [Volver](#)

**2** Sri Yukteswar nació el 10 de Mayo de 1855. [Volver](#)

**3** *Yukteswar* significa "unido con Dios". *Giri* es una distinción clasificatoria de una de las diez antiguas ramas de los swamis. *Sri* significa "sagrado"; no es un nombre sino un título de respeto. [Volver](#)

**4** Literalmente, "dirigir juntos". *Samadhi* es un estado de éxtasis superconsciente durante el cual el yogui percibe la identidad entre el alma y el Espíritu. [Volver](#)

**5** Roncar, según los fisiólogos, es un signo de relajación perfecta (para el practicante inconsciente, solamente). [Volver](#)

**6** *Dhal* es una sopa espesa hecha con guisantes partidos u otras legumbres. *Channa* es un queso de leche fresca cuajada, cortado en cuadrados y preparado con curry y patatas. [Volver](#)

**7** Los poderes omnipresentes de un yogui, mediante los cuales ve, oye, gusta, huele y siente su unidad con la creación sin el uso de los órganos sensoriales, han sido descritos como sigue en el *Taittiriya aranyaka*: "El hombre ciego perfora la perla; quien no tiene dedos pasa por ella un hilo; el que carece de cuello la lleva; y quien no tiene lengua la alaba". [Volver](#)

**8** La cobra ataca con rapidez a cualquier objeto que se mueva en su radio. Generalmente la total inmovilidad es la única esperanza de salvarse. [Volver](#)

**9** Lahiri Mahasaya dijo realmente "Priya" (nombre de pila), no "Yukteswar" (nombre monástico que mi gurú no recibió en vida de Lahiri Mahasaya), (Ver pág.+ ) se ha sustituido por "Yukteswar", y también en algunos otros lugares de este libro, para evitar al lector la confusión de los dos nombres. [Volver](#)

**10** "Por eso os digo, todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y se os concederá". *Marcos* 11:24. Los maestros que poseen la Visión Divina son capaces de transferir su comprensión a los discípulos avanzados, tal como hizo Lahiri Mahasaya con Sri Yukteswar en esta ocasión. [Volver](#)

**11** "Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Y Jesús respondió y dijo, ¡Dejadlo! ¡Basta ya! Y tocándole la oreja, le curó". *Lucas* 22:50-51. [Volver](#)

**12** "No deis lo sagrado a los perros, ni arrojéis perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con las patas y luego se revuelvan y os despedacen a mordiscos". *Mateo* 7:6. [Volver](#)

**13** Discípulos; de la raíz verbal sánscrita "servir". [Volver](#)

**14** En una ocasión estuvo enfermo en Cachemira, cuando yo no estaba con él. (ver página +). [Volver](#)

**15** Un valiente médico, Charles Robert Richet, ganador del Premio Nobel de Fisiología, escribió lo siguiente: "La metafísica todavía no es oficialmente una ciencia, reconocida como tal. Pero llegará a serlo... En Edinburgo, pude afirmar ante 100 fisiólogos que nuestros cinco sentidos no son nuestro único medio de conocimiento y que a veces un fragmento de realidad llega a la inteligencia por otros caminos... Que un hecho sea raro no es razón para que no exista. ¿El hecho de que un estudio sea difícil es razón para no entenderlo?... Quienes han clamado contra la metafísica como ciencia oculta se avergonzarán de sí mismos como lo hicieron quienes clamaron contra la química porque perseguir la piedra filosofal era una ilusión... Por lo que se refiere a principios sólo existen los de Lavoisier, Claude Bernard y Pasteur, lo *experimental* siempre y en todas partes. Demos, pues, la bienvenida a la nueva ciencia que cambiará la orientación del pensamiento humano. [Volver](#)

**16** *Samadhi*; unión perfecta del alma individualizada con el Espíritu Infinito. [Volver](#)

**17** El razonamiento mental guiado subconscientemente es totalmente distinto de la guía infalible de la verdad que procede del superconsciente. Encabezados por los científicos franceses de la Sorbona, los pensadores occidentales están empezando a investigar las posibilidades de percepción divina en el hombre.

"Durante los últimos veinte años, los estudiantes de Psicología, influidos por Freud, dedicaron todo su tiempo a examinar los reinos subconscientes", señaló Rabbi Israel H. Levinthal en 1929. "Es verdad que el subconsciente revela muchos de los misterios que pueden explicar las acciones humanas, pero no todas. Puede explicar lo anormal, pero no los hechos que están por encima de lo normal. La Psicología más reciente, con los auspicios de las escuelas francesas, ha descubierto un nuevo territorio en el hombre, que llamamos el superconsciente. En contraste con el subconsciente, que representa las corrientes sumergidas de nuestra naturaleza, revela las alturas a las que nuestra naturaleza puede llegar. El hombre presenta una triple, no una doble, personalidad; nuestro ser consciente y subconsciente está coronado por la superconsciencia. Hace muchos años el psicólogo inglés F. W. H. Myers, sugirió que 'oculto en la profundidad de nuestro ser existe tanto un montón de basura como un tesoro'. A diferencia de la Psicología, que centra todas sus investigaciones en la naturaleza subconsciente del hombre, esta nueva Psicología del superconsciente enfoca su atención en el tesoro, la única región que puede explicar las grandes, generosas, heroicas acciones humanas". [Volver](#)

**18** *Jnana*, sabiduría y *bhakti* devoción: dos de los principales senderos hacia Dios. [Volver](#)

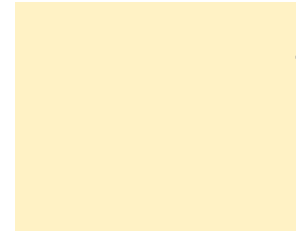
**19** "El hombre en el estado de vigilia hace innumerables esfuerzos por experimentar placeres sensoriales; cuando todos los órganos sensoriales están cansados, olvida incluso los placeres cercanos y se va a dormir para disfrutar del descanso en el alma, su auténtica naturaleza", escribió Shankara, el gran vedantista. "El gozo ultra sensual es así extremadamente fácil de alcanzar y es muy superior a los placeres de los sentidos, que terminan siempre en desagrado". [Volver](#)

**20** *Marcos* 2:27. [Volver](#)

**21** Los *Upanishads* o *Vedanta* (literalmente "fin de los Vedas") se encuentran en determinadas partes de los *Vedas* como resúmenes esenciales. Los *Upanishads* proporcionan las bases doctrinales de la religión hindú. Recibieron el siguiente tributo de Schopenhauer: "¡Cómo respiran los *Upanishads* de principio a fin el sagrado espíritu de los *Vedas*! ¡Cómo es conmovido por ese espíritu, hasta las profundidades de su alma, quien se ha familiarizado con este libro incomparable! De cada frase surgen profundos, originales y sublimes pensamientos y el conjunto está impregnado de un espíritu elevado, sagrado y ferviente... El acceso a los *Vedas* a través de los *Upanishads* es a mis ojos el mayor privilegio que este siglo puede reclamar ante los siglos anteriores". [Volver](#)

**22** Comentarios. Shankara explicó de forma incomparable los *Upanishads*. [Volver](#)

**23** Fonógrafo acústico (Nota del editor). [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 [Contactar](#)

### Capítulo Trece

#### El Santo que no Duerme

“Por favor, permítame ir al Himalaya. En la soledad indómita espero alcanzar una ininterrumpida comunión divina”.

Aunque parezca mentira, en una ocasión dirigí estas ingratas palabras a mi Maestro. Presa de uno de los impredecibles engaños que de vez en cuando asaltan al devoto, sentía una impaciencia creciente hacia las tareas de la ermita y los estudios superiores. Una circunstancia débilmente atenuante es que hice mi proposición cuando sólo llevaba seis meses con Sri Yukteswar. Todavía no había medido totalmente su imponente estatura.

“En el Himalaya viven muchos montañeses, sin embargo no poseen la percepción de Dios”. Mi gurú respondió lenta y sencillamente. “Es mejor pedir sabiduría a un hombre de realización que a una montaña”.

Ignorando la evidente insinuación del Maestro de que él, y no una montaña, era mi profesor, repetí mi petición. Sri Yukteswar no se dignó responder. Tomé su silencio por consentimiento, una precaria interpretación que aceptamos fácilmente cuando nos conviene.

Aquella tarde me afané en mi casa de Calcuta en los preparativos del viaje. Anudando algunas pocas cosas en una sábana, recordé un fardo similar, arrojado subrepticamente desde la ventana de mi ático unos años antes. Me pregunté si ésta sería otra huida malograda hacia el Himalaya. La primera vez mi entusiasmo espiritual era grande; esa noche me remordía la conciencia ante el pensamiento de dejar a mi gurú.

A la mañana siguiente fui en busca de Behari Pundit, mi profesor de sánscrito en el Scottish Church College.

“Señor, me ha hablado usted de su amistad con un gran discípulo de Lahiri Mahasaya. Por favor, déme su dirección”.

“Te refieres a Ram Gopal Muzumdar. Yo le llamo el ‘santo que no duerme’. Está siempre despierto en una conciencia extática. Su casa está en Ranbajpur, cerca de Tarakeswar”.

Di las gracias al pundit y tomé inmediatamente el tren para Tarakeswar. Esperaba silenciar mi recelo arrancándole al “santo que no duerme” una sanción para embarcarme en la meditación solitaria en el Himalaya. Sabía que el amigo de Behari había recibido la iluminación después de muchos años de práctica de *Kriya Yoga* en las aisladas cuevas.

En Tarakeswar me acerqué a un famoso lugar sagrado. Los hindúes lo respetan con la misma veneración que los católicos conceden al santuario de Lourdes, en Francia. En Tarakeswar han tenido lugar innumerables milagros de curación, incluyendo el de un miembro de mi familia.

“Me senté en el templo durante una semana”, me contó en una ocasión mi tía mayor. “Observando un ayuno total, recé para que tu Tío Sarada se recuperara de una enfermedad crónica. ¡Al séptimo día encontré materializada una hierba en mi mano! Hice una infusión con las hojas y se la di a tu tío. Su enfermedad desapareció de inmediato y no reapareció nunca más”.

Entré en el sagrado templo de Tarakeswar; en el altar no hay otra cosa que una piedra redonda. Su circunferencia, sin principio ni fin, la hace muy adecuada para simbolizar el Infinito. Las abstracciones cósmicas no son extrañas ni al más humilde campesino indio; de hecho, ha sido acusado por los occidentales de ¡vivir de abstracciones!

En aquel momento mi propio estado de ánimo era de tal austeridad, que no me sentí inclinado a postrarme ante el símbolo de piedra. A Dios sólo se le debe buscar, reflexioné, en el interior del alma.

Abandoné el templo sin haber hecho la genuflexión y caminé con paso enérgico hacia el pueblo de Ranbajpur, que estaba en las afueras. Mi solicitud de orientación a un transeúnte fue causa de que se enfrascara en una larga cavilación.

“Cuando llegues a un cruce, tome a la derecha y siga recto”, dictaminó por fin proféticamente.

Siguiendo las indicaciones, me puse en camino por la orilla de un canal. Oscureció; la jungla de los alrededores del pueblo se llenó de vida con el parpadeo de las luciérnagas y el aullido de los chacales cercanos. La luz de la luna era demasiado débil para proporcionar alguna confianza; durante dos horas avancé dando traspiés.



¡Bienvenido sonido de un cencerro! Finalmente mis repetidos gritos trajeron hasta mí a un campesino.

“Estoy buscando a Ram Gopal Babu”.

“En nuestro pueblo no vive tal persona”. El tono del hombre era seguro. “Probablemente es usted un agente mentiroso”.

Esperando despejar las sospechas de su mente perturbada por la política, le expliqué patéticamente el aprieto en que me encontraba. Me llevó a su casa y me dispensó un acogedor recibimiento.

“Ranbajpur está lejos de aquí”, señaló. “En el cruce debería haber tomado a la izquierda, no a la derecha”.

Mi primer informante, pensé con tristeza, era un evidente peligro para los viajeros. Después de una reconfortante comida de arroz sin refinar, *dhal* de lentejas y curry de patatas con plátano crudo, me retiré a un pequeño cobertizo adjunto al patio. En la distancia, los aldeanos cantaban con el fuerte acompañamiento de *mridangas*<sup>1</sup> y címbalos. Dormir era impensable aquella noche; oré profundamente para ser dirigido al escondido yogui, Ram Gopal.

Cuando las primeras rayas del amanecer atravesaron las grietas de mi oscuro alojamiento, partí para Ranbajpur. Cruzando accidentados campos de arroz, pasé penosamente por encima de los palos cortados de las plantas espinosas y de montones de barro seco. Los campesinos con quienes me cruzaba de vez en cuando me informaban, invariablemente, de que mi destino estaba a “sólo una *krosha* (3 kilómetros)”. Durante seis horas el sol viajó triunfalmente desde el horizonte al cenit, pero yo comencé a sentir que siempre me separaría de Ranbajpur tan sólo una *krosha*.

A media tarde mi mundo continuaba siendo un interminable campo de arroz. El calor desprendido por el cielo inclemente estaba llevándome al borde del colapso. Un hombre se acercó sin prisa, apenas me atrevía a formular mi acostumbrada pregunta, para que no pronunciara el monótono: “Sólo una *krosha*”.

El extraño se detuvo a mi lado. Bajo y menudo, era físicamente insignificante salvo por un extraordinario par de penetrantes ojos oscuros.

“Estaba proyectando irme de Ranbajpur, pero tu objetivo era bueno, así que te esperé”. Chascó los dedos en mi asombrado rostro. “¿No eres lo suficientemente listo para pensar que sin anunciarte no podrías echárte encima? Ese profesor Behari no tenía derecho a darte mi dirección”.

Considerando que presentarme sería simple verbosidad en presencia de este maestro, permanecí de pie, sin habla, algo herido ante tal acogida. Expresó su siguiente observación con brusquedad.

“Dime; ¿dónde crees que está Dios?”.

“Bueno, está dentro de mí y en todas partes”. Sin duda yo daba la impresión de estar tan desconcertado como me sentía.

“Omnipresente, ¿eh?”. El santo se reía. Entonces, jovencito, ¿por qué no se postró usted ayer ante el Infinito en el símbolo de piedra del templo de Tarakeswar?<sup>2</sup> Su orgullo le ha acarreado el castigo de ser mal informado por el transeúnte que no se preocupaba de sutiles diferencias como izquierda y derecha. ¡También hoy ha pasado por incomodidades justamente merecidas!”.

Estuve totalmente de acuerdo, asombrado de que un ojo omnisciente se ocultara en el insignificante cuerpo que estaba ante mí. Del yogui emanaba una fuerza curativa; instantáneamente me sentí refrescado en el campo abrasador.

“Los devotos tienen tendencia a pensar que su sendero hacia Dios es el único camino”, dijo. “El Yoga, a través del cual encontramos la divinidad en nuestro interior, es sin duda la senda más elevada; así nos lo dijo Lahiri Mahasaya. Pero al descubrir al Señor en el interior, pronto lo percibimos exteriormente. Los templos sagrados como Tarakeswar y tantos otros, son justamente venerados como núcleos de poder espiritual”.

La actitud de censura del santo se desvaneció; sus ojos se volvieron compasivamente dulces. Me dio palmaditas en la espalda.

“Joven yogui, veo que has huido de tu maestro. Él tiene todo lo que necesitas; debes volver con él. Las montañas no pueden ser tu gurú”. Ram Gopal estaba repitiendo el mismo pensamiento que Sri Yukteswar había expresado en nuestro último encuentro.

“Los Maestros no están forzados cósmicamente a tener una residencia restringida”. Mi compañero me miró socarronamente. “El Himalaya de la India y el Tíbet no tienen el monopolio de los santos. Lo que uno no se molesta en buscar en su interior, no será descubierto transportando el cuerpo de aquí para allá. Tan pronto como el devoto está *dispuesto* a ir al confín de la tierra, si es necesario, para conseguir iluminación espiritual, su gurú aparece a su lado”.

Asentí silenciosamente, recordando mi oración en la ermita de Benarés, seguida por el encuentro con Sri Yukteswar en una callejuela abarrotada.

“¿Dispones de una pequeña habitación donde puedas cerrar la puerta y estar solo?”.

“Sí”. Pensé que el santo descendía de lo general a lo particular a una velocidad desconcertante.

“Ésa es tu cueva”. El yogui me dedicó una mirada de iluminación que jamás he olvidado. “Ésa es tu montaña sagrada. Allí es donde encontrarás finalmente el reino de Dios”.

Sus sencillas palabras desterraron instantáneamente mi obsesión de siempre por el Himalaya. En un ardiente campo de arroz desperté de mis montañosos sueños de nieves perpetuas.

“Jovencito, tu sed divina es loable. Siento un gran amor por ti”. Ram Gopal me cogió de la mano y me condujo a una pintoresca aldea. Las casas de adobe estaban cubiertas con hojas de cocotero y sus rústicas entradas adornadas.

El santo me sentó a la sombra en la plataforma de bambú de su pequeña casa. Después de darme zumo de lima endulzado y un trozo de palo de azúcar, entró en su patio y se puso en postura de loto. Al cabo de unas cuatro horas abrí mis ojos meditativos y vi que la figura del yogui, iluminada por la luna, todavía permanecía inmóvil. Cuando estaba recordándole severamente a mi estómago que no sólo de pan vive el hombre, Ram Gopal se me acercó.

“Veo que estás hambriento; la comida estará lista enseguida”.

Se encendió el fuego bajo un horno de arcilla del patio; pronto se sirvió arroz y *dhal* en grandes hojas de banano. Mi anfitrión rechazó cortésmente mi ayuda en todas las tareas de la cocina. “El invitado es Dios”, un proverbio hindú, ha disfrutado de ferviente observancia desde tiempo inmemorial. En mis últimos viajes internacionales, he quedado encantado de ver que en las áreas rurales de muchos países se observa un respeto similar por el visitante. Los habitantes de las ciudades ven la fina punta de la hospitalidad gastada por la superabundancia de rostros extraños.

Sentado junto al yogui en el aislamiento de la diminuta aldea de la jungla, el comercio humano aparecía remotamente vago. El recinto de la casita se llenó de misterio al suavizarse la luz. Ram Gopal preparó unas mantas rotas en el suelo para que me sirvieran de cama y él se sentó en una estera de paja. Abrumado por su magnetismo espiritual aventuré una petición.

“Señor, ¿por qué no me concede el *samadhí*?”.

“Querido mío, me encantaría transmitirte el contacto divino, pero no me corresponde a mí hacerlo”. El santo me miró con los ojos entrecerrados. “Tu maestro te otorgará esa experiencia pronto. Tu cuerpo todavía no está a punto. Al igual que una lámpara pequeña no puede resistir un voltaje eléctrico excesivo, tus nervios no están preparados para la corriente cósmica. Si te entregara el éxtasis infinito ahora, te quemarías como si cada una de tus células estuviera ardiendo.

“Me pides iluminación”, continuó el yogui pensativamente, “cuando yo me pregunto, insignificante como soy y con lo poco que he meditado, si habré conseguido agradar a Dios y qué valor alcanzaré a sus ojos en la cuenta final”.

“Señor, ¿no ha estado usted buscando a Dios sinceramente durante mucho tiempo?”.

“No he hecho mucho. Behari te habrá contado algo de mi vida. Durante veinte años ocupé una oculta gruta, meditando durante ocho horas diarias. Después me trasladé a una cueva más inaccesible y permanecí allí durante veinticinco años, entrando en la unión yoga durante veinte horas diarias. No necesitaba dormir, pues estaba siempre con Dios. Mi cuerpo descansaba más en la calma completa del superconsciente, de lo que pudiera hacerlo en la paz parcial de un estado subconsciente ordinario.

“Los músculos se relajan durante el sueño, pero el corazón, los pulmones y el sistema circulatorio están siempre trabajando; no descansan. En el supersconsciente, los órganos internos permanecen en un estado de suspensión de la actividad, electrificados por la energía cósmica. De esa forma, durante años me ha resultado innecesario dormir. Llegaré el día en que también tú prescindirás del sueño”.

“¿Dios mío, ha meditado usted durante tanto tiempo y todavía no está seguro del favor del Señor!”. Le miré asombrado. “¿Qué será entonces de nosotros, pobres mortales?”.

“Bueno, ¿no ves, querido muchacho, que Dios es en Sí mismo Eternidad? Pretender que uno puede conocerle completamente gracias a cuarenta y cinco años de meditación es una expectativa absurda. No obstante, Babaji nos asegura que incluso un poco de meditación nos salvará del desesperado miedo a la muerte y de los estados post mortem. No coloques tu ideal espiritual en una pequeña montaña, átalalo a la estrella del logro divino total. Si trabajas duro, lo conseguirás”.

Embelesado con la perspectiva, le pedí que me instruyera más. Me relató la maravillosa historia de su primer encuentro con el gurú de Lahiri Mahasaya, Babaji<sup>3</sup>. Alrededor de medianoche, Ram Gopal entró en el silencio y yo me tendí en las mantas. Cerrando los ojos, vi relámpagos; el vasto espacio de mi interior era una cámara de luz líquida. Abrí los ojos y observé el mismo deslumbrante resplandor. La habitación pasó a formar parte de la bóveda infinita que contemplé con la visión interior.

“¿Por qué no duermes?”.

“Señor, ¿cómo podría dormir en medio de relámpagos que centellean tanto con los ojos cerrados como abiertos?”.

“Es una bendición para ti tener esa experiencia; la radiación divina no es fácil de ver”. El santo añadió algunas palabras cariñosas.

Al amanecer Ram Gopal me dio un palo de azúcar y me dijo que debía irme. Me costaba tanto despedirme de él que las lágrimas corrían por mis mejillas.

“No te dejaré marchar con las manos vacías”. El yogui hablaba tiernamente. “Te daré algo”.

Sonrió y me miró con firmeza. Quedé anclado al suelo, una tremenda riada de paz atravesó las compuertas de mis ojos. Me curé instantáneamente de un dolor de espalda que me había ocasionado problemas de forma intermitente durante años. Renovado, bañado en un mar de luminosa alegría, dejé de llorar. Tras tocar los pies del santo, me adentré en la jungla y recorrí despacio mi camino a través de la maraña tropical hasta alcanzar Tarakeswar.

Aquí hice una segunda peregrinación al famoso templo y me postré totalmente ante el altar. La piedra circular se ensanchó ante mi visión interior hasta convertirse en esferas cósmicas, anillos en anillos, zona tras zona, todo inmerso en la divinidad.

Una hora más tarde tomé feliz el tren para Calcuta. Mis viajes terminaron, no en las elevadas montañas, sino en la himalaya presencia de mi Maestro.

**ÍNDICE**

---

- 1 Tambores tocados con las manos, utilizados sólo para música devocional. [Volver](#)
- 2 Aquí uno recuerda la observación de Dostoevski: “Quien no se inclina ante nada, nunca podrá soportar la carga de sí mismo”. [Volver](#)
- 3 Ver capítulo 33 [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

Capítulo Catorce

Una Experiencia de Conciencia Cósmica

“Aquí estoy Guruji”. La vergüenza hablaba elocuentemente por mí.

“Vamos a buscar algo de comer a la cocina”. La actitud de Sri Yukteswar era natural, como si hubiéramos estado separados unas horas, no unos días.

“Maestro, debo haberle decepcionado por abandonar repentinamente mis deberes aquí; creí que estaría usted enfadado conmigo”.

“¡No, claro que no! La ira sólo surge de deseos frustrados. Yo no espero nada de los demás, así pues sus actos no pueden contrariar mis deseos. No te utilizaría para mis propios fines; sólo soy feliz con tu auténtica felicidad”.

“Señor, se oye hablar del amor divino de una forma vaga, pero ¡por primera vez he tenido un ejemplo concreto en su angélica naturaleza! En el mundo, ni siquiera un padre perdona fácilmente a su hijo si abandona los negocios familiares sin avisar. Pero usted no muestra la más ligera irritación, a pesar de los grandes inconvenientes que han debido causarle las muchas tareas que dejé sin terminar”.

Nos miramos a los ojos, donde brillaban las lágrimas. Me envolvió una ola de gozo; era consciente de que el Señor, en la forma de mi gurú, estaba expandiendo el pequeño fervor de mi corazón hasta el alcance sin límites del amor cósmico.

Algunos días más tarde por la mañana me dirigí a la sala vacía del Maestro. Proyectaba meditar, pero mi loable propósito no era compartido por mis desobedientes pensamientos. Se desbandaban como pájaros ante un cazador.

“¡Mukunda!”. La voz de Sri Yukteswar se oyó desde un balcón distante.

Sentí que mis pensamientos se rebelaban. “El maestro está siempre exhortándome a que medite”, murmuré para mí mismo. “No debería molestarme cuando sabe que he venido a su habitación”.

Me llamó de nuevo; permanecí obstinadamente silencioso. La tercera vez su tono sonó a reprimenda.

“Señor, estoy meditando”, protesté a gritos.

“¡Ya sé cómo estás meditando!” gritó mi gurú, “¡con la mente dispersa como hojas en una tormenta! Ven aquí”.

Desenmascarado y desairado, fui a su lado tristemente.

“Pobre muchacho, las montañas no pudieron darte lo que deseabas”. El Maestro hablaba cariñosamente, confortadoramente. Su tranquila mirada era insondable. “Los deseos de tu corazón deben ser satisfechos”.

Sri Yukteswar pocas veces se permitía los enigmas; yo estaba desconcertado. Golpeó levemente mi pecho por encima del corazón.

Mi cuerpo quedó inmóvil, paralizado; la respiración salió de mis pulmones como si hubiera sido atraída por un inmenso imán. La mente y el alma perdieron instantáneamente sus límites físicos y corrieron hacia fuera desde cada uno de mis poros como una fluida y penetrante luz. La carne estaba como muerta, aunque en mi penetrante conciencia sabía que jamás había estado tan vivo. El sentido de identidad ya no estaba estrechamente confinado a un cuerpo, sino que abrazaba todos los átomos circundantes. La gente de las calles distantes parecía moverse suavemente por mi propia y remota periferia. Las raíces de las plantas y de los árboles eran visibles a través de la tenue transparencia del suelo; distinguía el flujo interno de su savia.

Todo alrededor se presentaba desnudo ante mí. Mi visión frontal ordinaria se había transformado en una vasta visión esférica, que podía percibir todo a la vez. Desde la parte posterior de mi cabeza veía a los hombres que paseaban por Rai Ghat Road y vi una vaca blanca que se aproximaba despacio. Cuando llegó frente a la puerta abierta del ashram, la observé con los dos ojos físicos. Cuando pasó, continué viéndola claramente tras la tapia de ladrillo.

Todos los objetos que entraban en mi mirada panorámica temblaban y vibraban como rápidas

películas. Mi cuerpo, el del Maestro, el patio de columnas, los muebles y el suelo, los árboles y la luz del sol, se agitaban un momento violentamente, hasta que todo se mezclaba en un mar luminiscente, tal como los cristales de azúcar, echados en un vaso de agua, se disuelven al ser agitados. La luz unificadora alternaba con formas materializadas; metamorfosis que ponía al descubierto la ley de causa y efecto de la creación.

Un océano de júbilo rompía en las tranquilas e infinitas orillas de mi alma. Comprendí que el Espíritu de Dios es dicha inagotable; su cuerpo está formado por innumerables tramas de luz. En mi interior oleadas de gloria comenzaron a envolver ciudades, continentes, la tierra, los sistemas solar y estelar, las tenues nebulosas y los flotantes universos. Todo el cosmos, suavemente iluminado, como una ciudad vista a lo lejos por la noche, brillaba con luz trémula en la infinitud de mi ser. El perfil global, fuertemente grabado, se desvanecía un poco en los bordes más lejanos; allí pude ver un suave resplandor que jamás disminuía. Era indescriptiblemente sutil; el cuadro planetario estaba hecho de luz más burda.

La propagación divina de rayos brota de una Fuente Eterna, resplandece en las galaxias, se transfigura en auras inefables. Una y otra vez vi los haces de luz creativa condensarse en constelaciones, después resolverse en capas de llamas transparentes. Por medio de una reversión rítmica, sextillones de mundos pasaron a brillo diáfano; el fuego se convirtió en el firmamento.

Supe que el centro del Empíreo residía en un punto de la percepción intuitiva de mi corazón. Y que el esplendor que irradiaba era emitido desde mi núcleo a cada parte de la estructura universal. La gozosa *amrita*, el néctar de la inmortalidad, latía en mí con la fluidez del mercurio. Oí la voz creadora de Dios resonando como *Aum*<sup>1</sup>, la vibración del Motor Cósmico.

De pronto la respiración volvió a mis pulmones. Con una decepción casi insoportable, comprendí que mi inmensidad infinita había desaparecido. De nuevo estaba limitado a la humillante jaula de un cuerpo, a la que el Espíritu no se acomoda fácilmente. Como un hijo pródigo, había huído de mi hogar macrocósmico y me había encarcelado en un estrecho microcosmos.

Mi gurú estaba quieto, de pie ante mí; me dejé caer a sus sagrados pies, en agradecimiento por la experiencia de conciencia cósmica que había anhelado apasionadamente durante tanto tiempo. Me levantó y habló con calma, modestamente.

“No debes emborracharte de éxtasis. Te queda mucho trabajo que hacer en este mundo. Ven; vamos a barrer el suelo del corredor; después daremos un paseo por el Ganges”.

Fui a buscar una escoba; sabía que el Maestro estaba enseñándome el secreto de una vida equilibrada. El alma debe extenderse por encima de los abismos cosmogónicos mientras el cuerpo realiza sus deberes cotidianos. Cuando más tarde salimos a dar un paseo, todavía me sentía extasiado en un rapto indecible. Veía nuestros cuerpos como dos dibujos astrales, moviéndose por el camino del río, cuya esencia era pura luz.

“Es el Espíritu de Dios el que sostiene activamente toda forma y fuerza del universo; pero Él es trascendental y se mantiene distante en el gozoso vacío increado, más allá de los mundos constituidos por fenómenos vibratorios”<sup>2</sup>, explicó el Maestro. “Los santos que alcanzan la divinidad incluso mientras están encarnados, conocen una doble existencia similar. Participando conscientemente en el trabajo terrenal, permanecen inmersos en la beatitud interior. El Señor ha creado a todos los hombres a partir del júbilo ilimitado de Su ser. Aunque están penosamente atrapadas en el cuerpo, Dios espera que las almas hechas a Su imagen se eleven finalmente por encima de la identificación con los sentidos y se reúnan con Él”.

La visión cósmica me dejó muchas lecciones imperecederas. Aquietando diariamente mis pensamientos, pude conseguir liberarme de la convicción engañosa de que mi cuerpo era una masa de carne y hueso, que pisaba el duro suelo de la materia. Vi que la respiración y la mente inquietas eran como tormentas que azotaban el océano de luz, levantando olas de formas materiales –tierra, cielo, seres humanos, animales, pájaros, árboles. Sólo calmando esas tormentas puede percibirse el Infinito como Luz Única. Siempre que silenciaba los dos tumultos naturales, contemplaba las innumerables olas de la creación fundirse en un mar de luz, del mismo modo que las olas del océano, cuando amaina la tempestad, se disuelven serenamente en la unidad.

Un maestro otorga la experiencia divina de la conciencia cósmica cuando su discípulo, gracias a la meditación, ha fortalecido su mente hasta un punto en que las perspectivas vastas no le abruman. La experiencia no puede darse jamás por el simple deseo intelectual o una actitud abierta. Sólo una adecuada amplitud, conseguida gracias a la práctica del yoga y al *bhakti* devocional, puede preparar la mente para absorber el impacto liberador de la omnipresencia. Ésta llega de forma natural e inevitable al devoto sincero. Su intenso anhelo comienza a tirar de Dios con una fuerza irresistible. El Señor, como la Visión Cósmica, es atraído por el fervor magnético del buscador al ámbito de su conciencia.

Años más tarde escribí el siguiente poema, “Samadhi”, intentando transmitir la gloria del estado cósmico:

Se desvanecieron los velos de luz y sombra,  
Se disipó todo vapor de tristeza,  
Pasaron los amaneceres de alegría efímera,  
Desapareció el débil espejismo sensorial.

Amor, odio, salud, enfermedad, vida, muerte,  
Pecieron estas falsas sombras en la pantalla de la dualidad.  
Olas de risa, escilas de sarcasmo, remolinos melancólicos,  
Se disolvieron en el vasto océano del éxtasis.

La tempestad de maya fue apaciguada

Por la varita mágica de la profunda intuición.  
El universo, sueño olvidado, acecha en el subconsciente,  
Listo para invadir mi recién despertada memoria divina.  
Vivo sin la sombra cósmica,  
Pero ella no existe despojada de mí;  
Tal como el mar vive sin las olas,  
Pero ellas no pueden formarse sin el mar.  
Sueños, despertares, estados de profundo sueño Turia,  
Presente, pasado, futuro, ya no existen para mí,  
Sino el Yo siempre presente, fluyendo, Yo, en todas partes.

Planetas, estrellas, polvo estelar, tierra,  
Erupciones volcánicas de los cataclismos del día del juicio final,  
Hornos que moldean la creación,  
Glaciares de silenciosos rayos X, torrentes de electrones en llamas,  
Pensamientos de todos los hombres, pasados, presentes, por venir,  
Cada brizna de hierba, yo mismo, la humanidad,  
Cada partícula del polvo universal,  
Ira, codicia, bien, mal, salvación, lujuria,  
¡Lo deglutí, lo transmuté todo  
En el vasto océano de sangre de mi propio y único Ser!

El mortecino fuego del júbilo, con frecuencia avivado por la meditación,  
Que cegaba con su humo mis ojos llorosos,  
Estalló en llamas inmortales de éxtasis,  
Consumió mis lágrimas, mi cuerpo, mi todo.  
Tú eres yo, yo soy Tú,  
Conocimiento, conocedor, conocido, ¡todo en Uno!

¡Tranquila, inalterable emoción, eternamente viva, paz siempre renovada!  
¡Dicha más allá de toda imaginación, ¡samadhi glorioso!  
No un estado inconsciente  
O cloroformo mental sin deliberado retorno,  
El Samadhi amplía mi reino consciente  
Más allá de los límites del marco mortal  
Hasta las más lejanas fronteras de la eternidad,  
Donde yo, el Mar Cósmico,  
Contemplo el pequeño ego que flota en Mí.

El gorrión, el grano de arena, no caen sin que los vea.  
Todo el espacio flota como un iceberg en Mi mar mental.  
Recipiente gigantesco, Yo, hecho de todas las cosas.  
A través de una profunda, larga, sedienta meditación dada por el gurú  
Llega este celestial samadhi.

Se oyen los móviles murmullos de los átomos,  
La oscura tierra, las montañas, los valles, ¡líquido fundido!,  
¡Los fluidos mares se convierten en vapores de nebulosas!  
El AUM estalla en los vapores, abriendo prodigiosamente sus velos,  
Los océanos aparecen al descubierto, brillantes electrones,  
Hasta que finalmente suena el tambor cósmico,  
Desvanece las luces más densas en rayos eternos  
De dicha omnipresente.  
De la dicha vengo, por la dicha vivo, en dicha sagrada me fundo.  
Océano del espíritu, bebo las olas de la creación.  
Los cuatro velos de lo sólido, líquido, vapor, luz,  
Prestamente se levantan.

Yo mismo, en todo, entro en mi Gran Yo.  
Se han ido para siempre las sombras irregulares, danzantes, de la memoria mortal.  
Inmaculado está mi cielo mental, abajo, delante y muy alto arriba.  
La eternidad y yo, un único rayo.  
Diminuta burbuja de risa,  
Me he convertido en el mismo Mar de la Alegría.

Sri Yukteswar me enseñó cómo convocar la bendita experiencia a voluntad y también cómo transmitirla a los demás, si sus canales intuitivos estuvieran desarrollados. Entré en la unión extática durante meses, comprendiendo por qué los *Upanishads* dicen que Dios es *rasa*, “el más deleitable”. No obstante, un día planteé al Maestro un problema.

“Señor, me gustaría saber ¿cuándo encontraré a Dios?”.

“Lo has encontrado”.

“¡Oh, no, señor, no lo creo!”.

Mi gurú sonreía. “¡Estoy seguro de que no estás esperando un Personaje venerable, adornando un trono en algún antiséptico rincón del cosmos! No obstante, veo que imaginas que poseer poderes milagrosos es conocer a Dios. ¡Se puede tener todo el universo y aún así ver que el Señor nos evita! El avance espiritual no se mide por los poderes externos, sino únicamente por la profundidad de la dicha durante la meditación.

“*Dios es Gozo siempre renovado*. Es inagotable; a medida que sigas meditando a lo largo de los años, te cautivará con infinito ingenio. Los devotos como tú, que han encontrado el camino hacia Dios, jamás sueñan con cambiarlo por ninguna otra felicidad; Él es el seductor sin posible rival.

“¡Con qué rapidez nos cansamos de los placeres mundanos! El deseo de cosas materiales es inacabable; el hombre nunca está totalmente satisfecho y persigue una meta tras otra. El ‘algo más’ que busca es el Señor, el único que puede otorgar el gozo eterno.

“Las ansias externas nos sacan del Edén interior; ofrecen falsos placeres que sólo imitan la felicidad del alma. El paraíso perdido se gana de nuevo a través de la meditación divina. Dios es imprevisiblemente Siempre-Nuevo, nunca nos cansamos de Él. ¿Podemos saciarnos de gozo, de gozo maravillosamente variado por toda la eternidad?”.

“Señor, ahora comprendo por qué los santos llaman al Señor insondable. Ni siquiera una vida eterna es suficiente para apreciarlo”.

“Es cierto; pero Él también es cercano y querido. Cuando, gracias al *Kriya Yoga*, la mente se libera de obstáculos sensoriales, la meditación procura una doble prueba de Dios. Un Gozo Siempre Renovado evidencia su Existencia, convenciendo incluso a nuestros átomos. Durante la meditación también se obtiene Su guía instantánea, Su respuesta adecuada a cada dificultad”.

“Entiendo, Guruji; ha resuelto usted mi problema”. Sonreí agradecido. “Ahora me doy cuenta de que he encontrado a Dios, pues cuando, durante las horas de actividad, me ha venido de nuevo, de forma subconsciente, la alegría de la meditación, he sido dirigido sutilmente a adoptar el rumbo adecuado en todo, hasta en los mínimos detalles”.

“La vida humana se ve acosada por el dolor hasta que aprendemos a sintonizarnos con la Voluntad Divina, cuyo ‘rumbo adecuado’ suele resultar incomprensible para la inteligencia egoísta. Dios sostiene el peso del cosmos; sólo Él puede dar consejo infalible”.

**ÍNDICE**

- 
- 1** “Al principio fue la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios”. *Juan 1:1*. [Volver](#)
- 2** “Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha asignado todo juicio al Hijo”. *Juan 5:22*. “Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo Único, que está en el seno del Padre, es quien lo dio a conocer”. *Juan 1:18*. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)





INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Quince

### El Robo de la Coliflor

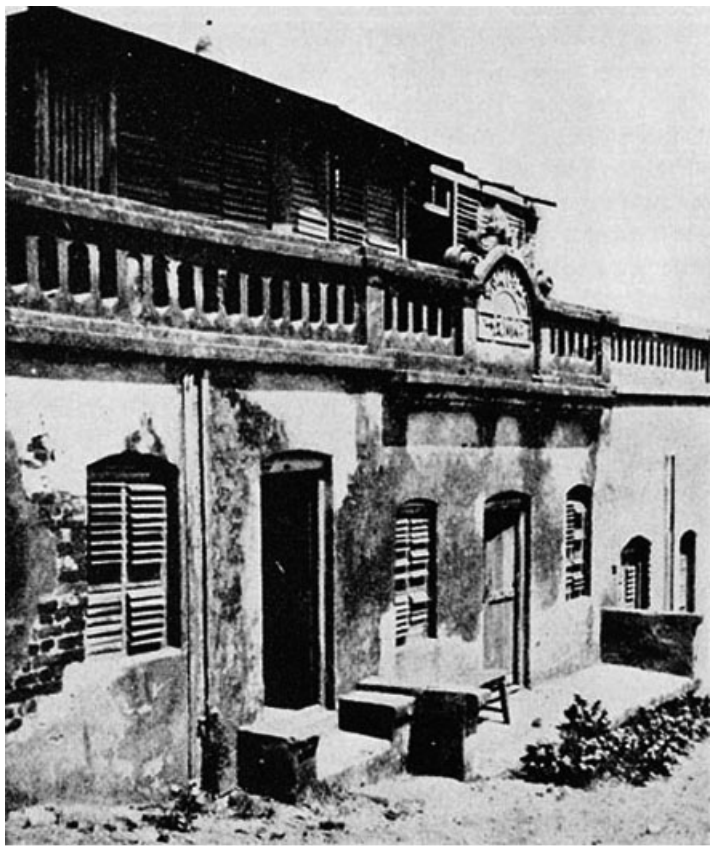
¡Maestro, un regalo para usted! Yo mismo planté estas seis enormes coliflores con mis manos; velé su crecimiento con el tierno cuidado con que una madre nutre a su hijo”. Le presenté la cesta de hortalizas con ademán ceremonioso.

“¡Gracias!”. La sonrisa de Sri Yukteswar era cálida y de agradecimiento. “Por favor, guárdalas en tu habitación; las necesitareé mañana para una cena especial”.

Acababa de llegar a Puri<sup>1</sup> para pasar las vacaciones estudiantiles de verano con mi gurú, en su ermita junto al mar. Construido por el Maestro y sus discípulos, el pequeño y acogedor retiro de dos pisos mira a la Bahía de Bengala. A la mañana siguiente me desperté temprano, refrescado por la salada brisa del mar y el encanto de los alrededores. La melodiosa voz de Sri Yukteswar me llamaba; eché un vistazo a mis preciadas coliflores y las guardé cuidadosamente debajo de la cama.

“Venid, vamos a la playa”. El Maestro abrió el paso; varios discípulos jóvenes y yo mismo lo seguíamos formando un grupo disperso. Nuestro gurú nos contemplaba con leve crítica.

“Cuando nuestros hermanos occidentales caminan, generalmente se preocupan mucho de la armonía. Así que, por favor, marchad en dos columnas; mantened rítmicamente el paso. Sri Yukteswar observó si le obedecíamos; comenzó a cantar: “Los chicos van de aquí para allá, en una encantadora fila”. No pude dejar de admirar la facilidad con que el Maestro era capaz de ajustarse al enérgico paso de sus jóvenes alumnos.



LA ERMITA DE MI GURÚ JUNTO AL MAR EN PURI

Un río continuo de visitantes procedentes del mundo exterior entraba a raudales en la tranquilidad de la ermita. Algunos intelectuales venían esperando encontrarse con un religioso ortodoxo. De vez en cuando una sonrisa desdeñosa o una mirada de tolerancia divertida dejaban ver que los recién llegados no contaban con escuchar más que unos pocos tópicos piadosos. Pero su marcha a regañadientes era la prueba palpable de que Sri Yukteswar había demostrado poseer una visión precisa en los campos de sus especialidades.

Mi gurú tenía siempre residentes jóvenes en la ermita. Dirigía sus mentes y sus vidas con la cuidadosa disciplina en la que esta enraizada etimológicamente la palabra "discípulo".

"¡Alto!". Mi gurú me miró a los ojos. "¿Te acordaste de cerrar la puerta de atrás de la ermita?"

"Creo que sí, señor".

Sri Yukteswar permaneció en silencio unos minutos con una sonrisa medio reprimida en los labios. "No, lo olvidaste", dijo por fin. "La contemplación divina no debe ser una excusa para el descuido material. Has incumplido tu deber de proteger el ashram; debes ser castigado".

Creí que estaba bromeando confusamente cuando añadió: "Tus seis coliflores pronto serán sólo cinco".

Dimos la vuelta por orden del Maestro y regresamos hasta llegar cerca de la ermita.

"Descansemos un momento. Mukunda, mira hacia el cercado de la izquierda; observa la carretera que está más allá. Cierta hombre llegará allí dentro de poco; él será el instrumento de tu castigo".

Oculté mi disgusto ante estas observaciones incomprensibles. Enseguida apareció un campesino por la carretera; bailaba grotescamente y lanzaba los brazos al aire con gestos absurdos. Casi paralizado por la curiosidad, clavé los ojos en el cómico espectáculo. Cuando el hombre llegó a un punto de la carretera en que desaparecería de nuestra vista, Sri Yukteswar dijo, "Ahora se volverá".

De pronto el campesino cambió de dirección y tomó la de la parte trasera del ashram. Cruzando una extensión arenosa, entró en el edificio por la puerta de atrás. Yo la había dejado abierta, tal como dijo mi gurú. El hombre reapareció muy pronto, llevando en el brazo una de mis apreciadas coliflores. Ahora daba grandes zancadas con aire respetable, investido con la dignidad de la posesión.

La farsa puesta en escena, en la que mi papel parecía ser el de la perpleja víctima, no fue tan desconcertante como para que yo no saliera corriendo en indignada persecución. Estaba a medio camino de la carretera cuando el Maestro me llamó. La risa le sacudía de pies a cabeza.

“Ese pobre loco estaba ansioso de una coliflor”, explicó entre estallidos de risa. “Pensé que sería una buena idea que obtuviera una de las tuyas, ¡tan mal guardadas!”.

Me precipité a mi habitación, donde vi que el ladrón, evidentemente alguien con fijación por las hortalizas, había dejado intactos mis anillos de oro, reloj y dinero, todo extendido tranquilamente por la manta. Mientras se había arrastrado bajo la cama, donde, completamente ocultas a la vista, una de mis coliflores había suscitado su resuelto deseo.

Esa tarde pedí a Sri Yukteswar que me explicara el incidente, que tuvo, a mi parecer, ciertos rasgos misteriosos.

Mi gurú meneó despacio la cabeza. “Llegará el día en que lo comprenderás. La ciencia descubrirá pronto algunas de estas leyes ocultas”.

Cuando algunos años después los milagros de la radio explotaron en un mundo atónito, recordé la predicción del Maestro. Los viejos conceptos de tiempo y espacio quedaron aniquilados; ¡ningún hogar, de ningún campesino, es tan estrecho como para que no puedan caber en él Londres o Calcuta! La inteligencia más gris se dilata ante esta prueba irrefutable de uno de los aspectos de la omnipresencia humana.

La “trama” de la comedia de la coliflor se entenderá mejor con una analogía tomada de la radio. Sri Yukteswar era una radio humana perfecta. Los pensamientos no son más que vibraciones muy leves que se mueven en el éter. Así como una radio al sintonizarse elige, para cada dirección, la música deseada de entre miles de otros programas, así mi gurú fue capaz de captar el pensamiento del pobre imbécil que añoraba una coliflor, de entre los innumerables pensamientos que los deseos humanos emiten en el mundo.<sup>2</sup>

Gracias a su poderosa voluntad, el Maestro era también una estación emisora humana y había dirigido con éxito al campesino para que volviera sobre sus pasos y fuera a cierta habitación a por una simple coliflor.

La intuición<sup>3</sup> es la guía del alma, aparece de forma natural en el hombre durante los momentos en que su mente está calmada. Casi todo el mundo ha experimentado uno de estos inexplicables “presentimientos” o ha transmitido realmente sus pensamientos a otra persona.

La mente humana, libre de la estática de la intranquilidad, puede realizar a través de la antena de su intuición todas las funciones de los complicados mecanismos de la radio, enviar y recibir pensamientos y desconectarse de los no deseados. Así como el poder de una radio depende de la cantidad de energía eléctrica que utiliza, así la radio humana se energiza según la fuerza de voluntad que posee cada individuo.

Todos los pensamientos vibran eternamente en el cosmos. Gracias a la concentración profunda, un maestro es capaz de detectar los pensamientos de todas las mentes, vivas o muertas. Los pensamientos están enraizados universalmente, no individualmente; un pensamiento no puede crearse, sino sólo percibirse. Los pensamientos erróneos del ser humano proceden de las imperfecciones de su discernimiento. La meta de la ciencia del yoga es calmar la mente para que, sin distorsiones, pueda ser un espejo de la visión divina del universo.

La radio y la televisión han llevado instantáneamente el sonido y la imagen de personas lejanas a los hogares de millones de personas: la primera débil indicación científica de que el hombre es un espíritu omnipresente. No un cuerpo restringido a un punto del espacio, sino una vasta mente, contra la que el ego conspira de las formas más bárbaras, pero en vano.

“Todavía pueden aparecer fenómenos muy extraños, asombrosos, aparentemente improbables, que, una vez confirmados, no nos sorprenderán más de lo que hoy nos sorprende lo que la ciencia ha enseñado durante el último siglo”, declaró Charles Rober Richet, Premio Nobel de Fisiología. “Se asume que los fenómenos que hoy aceptamos sin sorpresa no nos asombran porque los entendemos. Pero eso no es así. Si no nos sorprenden no es porque los entendamos, sino porque nos resultan familiares; pues si debiera sorprendernos cuanto no entendemos, nos sorprendería todo, la caída de una piedra arrojada al aire, la bellota que se convierte en un roble, el mercurio que se expande al calentarse, el hierro atraído por un imán, el fósforo, que se quema al frotarlo... Hoy la ciencia es una materia simple; las revoluciones y evoluciones que experimentará en cien mil años excederán con mucho las previsiones más audaces. Las verdades, esas verdades sorprendentes, asombrosas, imprevisibles, que descubrirán nuestros descendientes, ya están a nuestro alrededor, mirándonos fijamente, por decirlo así, pero nosotros no las vemos. Pero no basta con decir que no las vemos; no deseamos verlas; pues tan pronto como un hecho inesperado, no familiar, aparece, intentamos encajarlo en el marco de los lugares comunes del conocimiento adquirido y nos indignamos si alguien se atreve a experimentar un poco más allá”.

Unos días después de que me robaran la coliflor de forma tan poco plausible, ocurrió algo divertido. Había una lámpara de petróleo que no éramos capaces de encontrar. Habiendo sido testigo tan recientemente de la percepción omnisciente de mi gurú, pensé que él demostraría que localizar la lámpara era un juego de niños.

El Maestro se dio cuenta de mi expectación. Interrogó a todos los residentes del ashram con exagerada seriedad. Un joven discípulo confesó que había utilizado la lámpara para ir al pozo del patio trasero.

Sri Yukteswar dio el solemne consejo: “Buscad la lámpara cerca del pozo”.

Me precipité allí; ¡no había ninguna lámpara! Cariacotenido, volví a mi gurú. Se reía a carcajadas, sin reparar en mi desilusión.

“¡Qué le vamos a hacer!, no pude llevarte a la lámpara desaparecida; ¡no soy un adivino!”. Añadió con los ojos chispeantes, “¡Ni siquiera soy un buen Sherlock Holmes!”.

Comprendí que el Maestro jamás mostraría sus poderes cuando se le desafiara o por un motivo trivial.

Se sucedieron semanas encantadoras. Sri Yukteswar estaba proyectando una procesión religiosa. Me pidió que dirigiera a los discípulos por la ciudad y la playa de Puri. El día de fiesta amaneció como uno de los más calurosos del verano.

“Gurují, ¿cómo voy a llevar a los alumnos descalzos por la ardiente arena? Yo hablaba con desesperación.

“Te diré un secreto”, respondió el Maestro. “El Señor enviará una sombrilla de nubes; podréis caminar cómodamente”.

Organicé la procesión feliz; nuestro grupo salió del ashram con la pancarta *Sat-Sanga*.<sup>4</sup> Diseñada por Sri Yukteswar, llevaba el símbolo del ojo único,<sup>5</sup> la vista telescópica de la intuición.

Apenas habíamos dejado la ermita cuando por encima de nuestras cabezas el cielo se llenó de nubes como por arte de magia. Al compás de las exclamaciones de sorpresa que salían de todas partes, comenzó a llover muy ligeramente, refrescando la ciudad y la playa abrasadora. Las gotas balsámicas cayeron durante las dos horas del desfile. En el momento justo en que nuestro grupo volvió al ashram, las nubes y la lluvia desaparecieron sin dejar rastro.

“Ya ves que Dios se ocupa de nosotros”, contestó el Maestro después de que yo le expresara mi gratitud. “El señor responde a todos y trabaja por todos. Tal como envió lluvia ante mi súplica, así satisface todo deseo sincero del devoto. Los hombres pocas veces se dan cuenta de la frecuencia con que Dios responde a sus oraciones. Él no siente debilidad por unos pocos, sino que escucha a todo el que se acerca a Él con confianza. Sus hijos deberían tener siempre fe absoluta en el tierno favor de su Padre Omnipresente”.<sup>6</sup>

Sri Yukteswar patrocinaba cuatro fiestas anuales, en los equinoccios y solsticios; en ellas se reunían sus seguidores de aquí y allá. La celebración del solsticio de invierno se realizaba en Serampore; la primera a la que asistí me dejó una bendición permanente.

Las festividades comenzaron por la mañana, con una procesión por las calles, descalzos. Las voces de cientos de alumnos sonaban con dulces cantos religiosos; unos pocos instrumentistas tocaban la flauta y los *khol kartal* (tambores y platillos). Los entusiasmados ciudadanos cubrían el camino de flores, felices de ser sacados de sus prosaicas obligaciones por nuestras resonantes alabanzas al bendito nombre del Señor. La larga marcha terminó en el patio de la ermita. Allí rodeamos a nuestro gurú, mientras desde el corredor algunos estudiantes nos rociaban con caléndulas.

Muchos invitados subían para recibir pudín o *channa* y naranjas. Me uní a un grupo de condiscípulos que aquel día hacían de cocineros. La comida para reuniones de tal tamaño tenía que prepararse al aire libre, en ollas inmensas. Los improvisados hornos de leña, fabricados con ladrillos, echaban humo y hacían llorar, pero yo me reía alegremente mientras trabajaba. En la India las fiestas religiosas jamás son molestas para nadie; cada uno hace su parte, aportando dinero, arroz, hortalizas o su servicio personal.

El Maestro pronto estuvo entre nosotros, supervisando los detalles del banquete. Siempre ocupado, llevaba el ritmo del más enérgico de los jóvenes estudiantes.

Un *sankirtan* (grupo de cantantes), acompañado del armonio y tocando los tambores indios, percutidos con las manos, actuaba en el segundo piso. Sri Yukteswar les escuchaba agradecido; su sentido musical era absolutamente perfecto.

“¡Están fuera de tono!”. El Maestro dejó a los cocineros y se unió a los artistas. La melodía se oyó de nuevo, esta vez correctamente interpretada.

En la India, la música, al igual que la pintura y el teatro, se considera un arte divino. Brahma, Vishnu y Shiva, la Trinidad Eterna, fueron los primeros músicos. El Divino Bailarín Shiva se representa en las escrituras ideando los infinitos modos rítmicos en Su danza cósmica de la creación, conservación y disolución universal; mientras Brahma marca el compás haciendo sonar los platillos y Vishnu toca el tambor o *mridanga* sagrado. Krishna, una encarnación de Vishnu, se representa siempre en el arte hindú tocando la flauta, en la cual interpreta la embelesadora canción que llama a las almas humanas que vagan en el engaño de *maya*, a su verdadero hogar. Saraswati, diosa de la sabiduría, se simboliza tocando la *vina*, madre de todos los instrumentos de cuerda. El *Sama Veda* de la India contiene los escritos sobre ciencia musical más tempranos del mundo.

La piedra angular de la música hindú son los *ragas* o escalas melódicas fijas. Los seis *ragas* básicos se dividen en 126 *raginis* (esposas) y *putras* (hijos). Cada *raga* tiene un mínimo de cinco notas; una nota principal (*vadi* o rey), una nota secundaria (*samavadi* o primer ministro), notas de apoyo (*anuvadi*, sirvientes) y una nota disonante (*vivadi*, el enemigo).

Cada uno de los seis *ragas* básicos tiene una correspondencia natural con cierta hora del día, estación del año y una deidad que la preside y le confiere una potencia particular. Así, (1) la *Hindole Raga* sólo se escucha en los amaneceres de primavera, evoca el ambiente del amor universal; (2) *Megha Raga* se toca al mediodía en la estación de las lluvias, llama a tener ánimo; *Bhairava Raga* es la melodía de las mañanas de Agosto, Septiembre y Octubre, produce tranquilidad; (5) *Sri Raga* se reserva para los crepúsculos del otoño, para alcanzar amor puro; (6) *Malkounsa Raga* se escucha a medianoche en el invierno, para obtener valor.

Los antiguos rishis descubrieron estas leyes de la alianza sonora entre el hombre y la naturaleza. Puesto que la naturaleza es una objetivación del *Aum*, el Sonido Primordial o Palabra Vibratoria, el hombre puede obtener control sobre las manifestaciones naturales gracias al uso

de ciertos *mantras* o cantos. Documentos históricos hablan de los extraordinarios poderes de Miyán Tan Sen, músico de la corte de Akbar el Grande, en el siglo XVI. Al pedirle el Emperador que cantara un *raga* nocturno mientras el sol estaba en lo alto, Tan Sen entonó un *mantra* que provocó instantáneamente que todos los recintos del palacio quedaran envueltos en la oscuridad.

Los músicos indios dividen la octava en 22 *srutis* o medios semitonos. Estos intervalos microtonales permiten finos matices de expresión musical inalcanzables con la escala cromática occidental de 12 semitonos. En la mitología hindú, cada una de las siete notas básicas de la octava se asocia con un color y el grito de un pájaro o una bestia, *Do* con el verde y el pavo real; *Re* con el rojo y la alondra; *Mi* con el dorado y la cabra; *Fa* con el blanco amarillento y la garza real; *Sol* con el negro y el ruiseñor; *La* con el amarillo y el caballo; *Si* con la combinación de todos los colores y el elefante.

La música occidental emplea únicamente tres escalas, mayor, armónica menor y melódica menor, pero la música india traza 72 *thatas* o escalas. Para la creación el músico dispone de un campo de infinitas improvisaciones en torno a la melodía fija tradicional o *raga*; se concentra en el sentimiento o estado de ánimo definido por el tema estructural y a continuación lo adorna dentro del marco de su propia originalidad. El músico hindú no lee una serie de notas; en cada interpretación viste el esqueleto desnudo del *raga* de una forma totalmente nueva, a veces se limita a una única secuencia melódica, subrayando en la repetición todas sus sutiles variaciones microtonales y rítmicas. Entre los compositores occidentales, Bach comprendió el encanto y el poder de un sonido repetido, con ligeras variaciones, en centenares de formas complejas.

La antigua literatura sánscrita describe 120 *talas* o medidas del tiempo. Se dice que el fundador tradicional de la música hindú, Bharata, distinguió 32 clases de *tala* en el canto de una alondra. El origen del *tala* o ritmo, tiene sus raíces en los movimientos humanos, el tiempo doble al caminar y el triple de la respiración durante el sueño, cuando la inspiración tiene una longitud doble que la espiración. La India ha reconocido siempre la voz humana como el instrumento sonoro más perfecto. Por eso la música hindú se limita al registro de tres octavas de la voz. Por la misma razón se enfatiza la melodía (relación de notas sucesivas) y no la armonía (relación de notas simultáneas).

El objetivo más profundo de los primeros músicos-rishis, era poner al cantante en armonía con el Canto Cósmico, que puede oírse despertando los centros espinales ocultos. La música india es un arte subjetivo, espiritual e individual, destinado, no a la brillantez sinfónica, sino a la armonía personal con la Superalma. El término sánscrito para músico es *bhagavathar*, "el que canta las alabanzas a Dios". Los *sankirtans* o reuniones musicales, son una eficaz forma de yoga o disciplina espiritual, para ello se necesita profunda concentración, intensa absorción en la idea y el sonido primarios. Puesto que el hombre es una expresión de la Palabra Creativa, el sonido tiene en él un efecto potente e inmediato, proporcionándole un medio de recordar su origen divino.

El *sankirtan* ofrecido desde la sala del segundo piso de Sri Yukteswar, el día de la festividad, inspiraba a los cocineros entre los pucheros humeantes. Mis condiscípulos y yo cantábamos con júbilo los estribillos, llevando el ritmo con las manos.

Al ponerse el sol habíamos servido a nuestros cientos de visitantes *khichuri* (arroz y lentejas), curry de vegetales y pudín de arroz. Extendimos mantas de algodón en el patio; pronto la asamblea estaba sentada bajo la bóveda estrellada, muy atenta a la sabiduría salida de los labios de Sri Yukteswar. Sus conferencias públicas hacían hincapié en el valor del *Kriya Yoga* y la vida de respeto hacia uno mismo, calma, determinación, dieta simple y ejercicio regular.

A continuación un grupo de discípulos muy jóvenes cantó algunos himnos sagrados; la reunión concluyó con *sankirtan*. Desde las diez hasta medianoche, los residentes del ashram lavamos las ollas y sartenes y limpiamos el patio. Mi gurú me llamó a su lado.

"Estoy muy satisfecho de tu animada labor de hoy y la pasada semana de preparativos. Quiero que te quedes aquí; esta noche puedes dormir en mi cama".

Éste era un privilegio que nunca pensé que me correspondería. Nos sentamos un rato en un estado de intensa tranquilidad divina. Apenas diez minutos después de irnos a la cama, el Maestro se levantó y comenzó a vestirse.

"¿Qué ocurre, señor?". Sentí que un matiz de irrealidad teñía la inesperada alegría de dormir junto a mi gurú.

"Estoy pensando que algunos estudiantes que perdieron el enlace del tren, estarán aquí enseguida. Vamos a prepararles algo de comer".

"¡Guruji, nadie va a llegar a la una de la mañana!".

"Quédate en la cama; has trabajado mucho. Pero yo me voy a cocinar".

Ante el decidido tono de Sri Yukteswar, salté de la cama y le seguí a la pequeña cocina que se utilizaba normalmente, contigua al corredor del segundo piso. Pronto estuvieron cocidos arroz y *dhal*.

Mi gurú me sonrió cariñosamente. "Esta noche has conquistado la fatiga y el miedo al trabajo duro; en el futuro no volverás a ser molestado por ellos".

Al terminar de decir estas palabras de bendición para toda la vida, se oyeron pasos en el patio. Corrí escaleras abajo e hice entrar a un grupo de estudiantes.

"¡Querido hermano, cuánto sentimos molestaros al Maestro y a ti a estas horas!". Un hombre se dirigió a mí disculpándose. "Nos equivocamos en los horarios del tren, pero sentíamos que no podíamos volver a casa sin ver un momento a nuestro gurú".

“Él os esperaba y todavía está preparándoos algo de comer”.

Se oyó la voz de bienvenida de Sri Yukteswar; acompañé a los sorprendidos visitantes a la cocina. El Maestro se volvió hacia mí con ojos risueños.

“Ahora que habéis terminado de cambiar impresiones, ¡sin duda estarás contento de que nuestros huéspedes hayan perdido realmente el tren!”.

Media hora después le seguí a su dormitorio, con la convicción absoluta de que iba a dormir junto a un gurú semejante a Dios.

ÍNDICE

1 Puri, situada unos 450 kilómetros al Sur de Calcuta, es una famosa ciudad de peregrinación para los devotos de Krishna; su culto se celebra allí con dos grandes festividades anuales, *Snanayatra* y *Rathayatra*. [Volver](#)

2 El descubrimiento, en 1939, del radio microscopio, reveló un nuevo mundo de rayos desconocidos hasta entonces. “El hombre, al igual que todos las clases de materia supuestamente inerte, emite rayos que este instrumento ‘ve’”, informaba la *Associated Press*. “Quienes creen en la telepatía, la adivinación y la clarividencia, tienen en este anuncio la primera prueba científica de la existencia de rayos invisibles, que viajan realmente de una persona a otra. El aparato de radio es en realidad un espectroscopio con la frecuencia de radio. Hace con la materia fría, opaca, lo mismo que hace el espectroscopio cuando revela los tipos de átomos que forman las estrellas... La existencia de estos rayos procedentes del ser humano y todo lo vivo, era sospechada por los científicos desde hace muchos años. Hoy se tiene la primera prueba experimental de su existencia. El descubrimiento demuestra que los átomos y moléculas de la naturaleza son emisoras de radio permanentes... Así pues, incluso después de la muerte, la sustancia que fue un hombre continúa enviando sus delicados rayos. La longitud de onda de estos rayos tiene una amplitud que va desde la más pequeña utilizada actualmente por las emisoras, hasta la mayor de las ondas de radio. La confusión entre ellas es casi inconcebible. Hay millones. Una sola molécula grande puede emitir 1.000.000 de longitudes de onda distintas al mismo tiempo. La mayor de las longitudes de onda de esta clase viaja con la facilidad y velocidad de las ondas de radio... Hay una diferencia sorprendente entre los nuevos rayos de la radio y los rayos comunes, como la luz. Es el prolongado tiempo, que llega a miles de años, que estas ondas de radio mantienen su emisión desde la materia inalterada.” [Volver](#)

3 Uno duda si utilizar “intuición”; Hitler ha arruinado prácticamente la palabra, junto a otras devastaciones más ambiciosas. La raíz latina de *intuición* significa “protección interior”. El término sánscrito *agama* significa conocimiento intuitivo, nacido de la percepción directa del alma; de ahí que ciertos tratados antiguos de los rishis se llaman *agamas*. [Volver](#)

4 *Sat* literalmente es “ser”, de ahí “esencia; realidad”. *Sanga* es “asociación”. Sri Yukteswar llamaba a la organización de su ermita *Sat-Sanga*, “compañerismo con verdad”. [Volver](#)

5 “Así pues, si tu ojo fuera único, todo tu cuerpo estaría lleno de luz”. *Mateo* 6:22. Durante la meditación profunda, el ojo único se hace visible en el centro de la frente. Este ojo omnisciente recibe distintos nombres en las escrituras, el tercer ojo, la estrella del Este, el ojo interior, la paloma que desciende del cielo, el ojo de Shiva, el ojo de la intuición, etc. [Volver](#)

6 “Quien implantó el oído, ¿no habría de oír?, quien formó el ojo, ¿no habría de ver?... quien enseñó al hombre el conocimiento, ¿no habría de saber?”. *Salmos* 94:9-10. [Volver](#)

7 El folklore de todos los pueblos contiene referencias al poder de los conjuros sobre la naturaleza. Los indios americanos son bien conocidos por haber desarrollado sonidos rituales para la lluvia y el viento. Tan Sen, el gran músico hindú, fue capaz de sofocar el fuego gracias al poder de su canto. Charles Kellogg, el naturalista californiano, hizo una demostración del efecto de la vibración tonal en el fuego en 1926, ante un grupo de bomberos de Nueva York. “Pasando un arco, como un arco de violín grande, por un diapason de aluminio, produjo un chirrido similar a la estática de la radio. Instantáneamente la llama de gas amarillo, de 61 cm. de altura, que danzaba en un tubo de cristal vacío, se redujo a 15 cm. y se convirtió en una chisporroteante llamarada azul. Otro intento con el arco, otro chirrido vibratorio, y se extinguió”. [Volver](#)







## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Dieciséis

#### Burlando a las Estrellas

“Mukunda, ¿por qué no te pones un brazalete astrológico?”.

“¿Para qué, Maestro? No creo en la Astrología”.

“No es una cuestión de *creer*; la única actitud científica que se puede adoptar respecto a cualquier tema es ver si es *verdad* o no. La ley de la gravedad actuaba con tanta eficacia antes de Newton como después de él. El cosmos sería verdaderamente caótico si sus leyes no pudieran obrar sin la sanción de la creencia humana.

“Los charlatanes han llevado la ciencia de las estrellas a su presente estado de desprestigio. La Astrología es demasiado amplia, tanto matemática<sup>1</sup> como filosóficamente, para ser comprendida correctamente excepto por hombres de profundo entendimiento. Que los ignorantes malinterpreten los cielos y vean en ellos garabatos en vez de escritura, es lo que puede esperarse de este imperfecto mundo. No se debería rechazar la sabiduría junto con el ‘sabio’.

“Las distintas partes de la creación están conectadas entre sí e intercambian sus influencias. El ritmo equilibrado del universo tiene sus raíces en la reciprocidad”, continuó mi gurú. “El hombre, en su aspecto humano, tiene que combatir a dos clases de fuerzas, en primer lugar los tumultos interiores de su ser, causados por la mezcla de los elementos tierra, agua, fuego, aire y elementos etéreos; en segundo lugar, los poderes desintegradores de la naturaleza. Mientras el hombre luche con su mortalidad, estará afectado por las miríadas de mutaciones del cielo y la tierra.

“La Astrología es el estudio de la respuesta del hombre a los estímulos planetarios. Las estrellas no tienen conciencia de benevolencia ni de animosidad; simplemente emiten radiaciones positivas y negativas. Por sí mismas, éstas ni ayudan ni hieren a la humanidad, pero ofrecen un canal legítimo para que opere el equilibrio causa-efecto exterior, que cada hombre ha puesto en movimiento en el pasado.

“Un niño nace el día y a la hora en que los rayos celestes están en armonía con su karma individual. Su horóscopo es un retrato que lleva implícito un reto, revela su pasado inalterable y sus probables consecuencias en el futuro. Pero la carta natal sólo puede ser interpretada correctamente por hombres de sabiduría intuitiva; que son pocos.

“El mensaje, anunciado a bombo y platillo por todo el cielo en el momento del nacimiento, no tiene por objeto recalcar el destino, el resultado de un pasado bueno o malo, sino despertar el deseo humano de escapar de la esclavitud universal. Él puede deshacer lo que hizo. Sólo él fue el instigador de las causas cuyos efectos son ahora dominantes en su vida. Puede superar cualquier limitación porque fue él quien la creó en primer lugar, como consecuencia de sus propios actos, y porque tiene recursos espirituales que no están sujetos a la presión planetaria.

“El temor supersticioso a la Astrología convierte a las personas en autómatas, dependiendo servilmente de una dirección mecánica. El hombre sabio vence a sus planetas, es decir, a su pasado, transfiriendo su lealtad de la creación al Creador. Cuanto más consciente sea de su unidad con el Espíritu, menos será dominado por la materia. El alma es siempre libre; es inmortal, porque no tiene nacimiento. No puede ser regida por las estrellas.

“El hombre es alma y *tiene* un cuerpo. Cuando sitúa adecuadamente su sentido de identidad, deja tras sí los patrones compulsivos. Mientras permanezca confuso en su estado ordinario de amnesia espiritual, conocerá las cadenas sutiles de la ley del ambiente.

“Dios es armonía; el devoto que está en sintonía jamás realizará un acto equivocado. Sus actividades, de forma natural y correcta, estarán de acuerdo con la ley astrológica. Tras profunda oración y meditación, está en contacto con su conciencia divina; no existe poder mayor que la protección interior”.

“Entonces, querido Maestro, ¿por qué quiere que lleve un brazalete astrológico?”. Aventuré esta pregunta después de un largo silencio, durante el cual estuve intentando asimilar la notable exposición de Sri Yukteswar.

“Sólo cuando el viajero ha llegado a la meta está justificado que confeccione un mapa. Durante el viaje, se aprovecha de cualquier atajo que le resulte útil. Los antiguos rishis descubrieron muchas formas de acortar el periodo de exilio que el hombre pasa en el engaño. Existen ciertos elementos mecánicos en la ley del karma que pueden ser hábilmente regulados por los dedos de la sabiduría.

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

"Todas las enfermedades humanas proceden de la trasgresión de la ley universal. Las escrituras señalan que el hombre debe acatar las leyes de la naturaleza, sin dudar de la omnipotencia divina. Debe decir: 'Señor, confío en Ti y sé que puedes ayudarme, pero también quiero poner todo de mi parte por deshacer los errores que cometí'. Los efectos adversos de los errores del pasado pueden minimizarse o anularse por distintos medios, la oración, la fuerza de voluntad, la meditación yoga, consultando a los santos, utilizando brazaletes astrológicos.

"Así como una casa debe equiparse de una barra de cobre para absorber las descargas de los rayos, así el templo corporal puede sacar provecho de distintas medidas protectoras. Hace mucho tiempo, los yoguis descubrieron que los metales puros emiten una luz astral que tiene el poder de contrarrestar la atracción negativa de los planetas. Por el universo circulan constantemente sutiles radiaciones eléctricas y magnéticas; cuando el cuerpo del hombre está siendo traído a la existencia, no lo sabe; cuando está siendo desintegrado, continúa en la ignorancia. ¿Puede hacer algo al respecto?

"Este problema mereció la atención de nuestros rishis; vieron que era útil, no sólo una combinación de metales, sino también de plantas y, todavía mejor, de joyas sin defectos, de no menos de dos quilates. El uso preventivo de la Astrología apenas ha sido estudiado seriamente fuera de la India. Un hecho poco conocido es que las joyas, metales o preparaciones de plantas apropiados, carecen de valor si no tienen el peso adecuado y si el agente correctivo no se lleva en contacto con la piel".

"Señor, por supuesto seguiré su consejo y llevaré un brazalete. ¡Me fascina la idea de burlar a un planeta!".

"Para propósitos generales aconsejo el uso de un brazalete de oro, plata y cobre. Pero por un motivo concreto, quiero que lleves uno de plata y plomo". Sri Yukteswar añadió algunas cuidadosas instrucciones.

"Guruji, ¿a qué 'motivo concreto' se refiere?".

"Las estrellas están tomando un interés poco amistoso en ti, Mukunda. No temas; serás protegido. Dentro de aproximadamente un mes tu hígado te causará problemas. Está previsto que la enfermedad dure seis meses, pero el uso de un brazalete astrológico reducirá el tiempo a veinticuatro días".

Al día siguiente busqué a un joyero y pronto comencé a llevar el brazalete. Mi salud era excelente; la predicción del Maestro se borró de mi mente. Él dejó Serampore para visitar Benarés. Treinta días después de nuestra conversación, sentí repentinamente dolor en la zona del hígado. Las semanas siguientes fueron una pesadilla de dolor insoportable. No queriendo molestar a mi gurú, creí que soportaría la prueba solo, valientemente.

Pero veintitrés días de tortura debilitaron mi resolución; tomé el tren para Benarés. Allí Sri Yukteswar me recibió con un calor inusual, pero no me dio la oportunidad de hablarle en privado de mi aflicción. Aquel día visitaron al Maestro muchos devotos, simplemente para recibir su *darshan*.<sup>2</sup> Enfermo y abandonado, me senté en un rincón. Sólo después de la cena se fueron todos los visitantes. Mi gurú me llamó al balcón octogonal de la casa.

"Debes haber venido por tu trastorno del hígado". La mirada de Sri Yukteswar era esquiva; paseaba arriba y abajo, interceptando de vez en cuando la luz de la luna. "Veamos, llevas enfermo veinticuatro días, ¿no?".

"Sí, señor".

"Haz por favor el ejercicio del estómago que te enseñé".

"Maestro, si supiera usted hasta qué punto sufro, no me pediría que hiciera ejercicio". No obstante hice un débil intento por obedecerle.

"Dices que tienes dolor; yo digo que no lo tienes. ¿Cómo puede existir tal contradicción?". Mi gurú me miró inquisitivamente.

Me sentí aturdido y a continuación invadido por un alivio feliz. No volví a sentir el tormento continuo que me mantuvo casi insomne durante semanas; ante las palabras de Sri Yukteswar, la agonía se desvaneció como si nunca hubiera existido.

Empecé a arrodillarme a sus pies en agradecimiento, pero me lo impidió con rapidez.

"No seas infantil. Levántate y disfruta de la belleza de la luna sobre el Ganges". Pero los ojos del maestro brillaban felices cuando me puse a su lado en silencio. Por su actitud, comprendí que deseaba que yo sintiera que no había sido él, sino Dios, el Sanador.

Todavía ahora llevo el pesado brazalete de plata y plomo, un recuerdo de aquel día, pasado hace mucho tiempo y siempre entrañable, en que volví a descubrir que estaba viviendo con un personaje que era realmente un superhombre. En ocasiones posteriores, cuando llevaba a mis amigos a Sri Yukteswar para que los curara, invariablemente les recomendaba joyas o el brazalete, ensalzando su uso como un acto de sabiduría astrológica.

Yo había tenido prejuicios contra la Astrología desde la niñez, en parte porque observé que mucha gente se apegaba servilmente a ella y en parte debido a una predicción hecha por el astrólogo de la familia: "Te casarás tres veces, enviudando dos". Le daba vueltas a este asunto, sintiéndome como una cabra en espera de ser sacrificada en el templo del triple matrimonio.

"Debes resignarte a tu destino", observaba mi hermano Ananta. "Tu horóscopo escrito dice certeramente que huirías de casa hacia el Himalaya durante tus primeros años, pero que

volverías perdonado. El pronóstico de tus matrimonios tiene que ser también verdad”.

Una noche tuve la clara intuición de que la profecía era totalmente falsa. Prendí fuego al manuscrito del horóscopo, colocando las cenizas en una bolsa de papel en la que escribí: “Las semillas del karma pasado no pueden germinar si se tuestan en el fuego de la sabiduría divina”. Puse la bolsa en un lugar bien visible; Ananta leyó inmediatamente mi desafiante comentario.

“No puedes destruir la verdad con tanta facilidad como has quemado este manuscrito de papel”. Se rió mi hermano con desdén.

Es cierto que en tres ocasiones, antes de alcanzar la mayoría de edad, mi familia intentó concertar mi compromiso matrimonial. En todas ellas me opuse a sus planes,<sup>3</sup> sabiendo que mi amor por Dios era más imperioso que cualquier persuasión astrológica del pasado.

Alguna vez dije a los astrólogos que escogieran mis periodos más desfavorables, según las indicaciones planetarias, y a pesar de ello realicé los cometidos que me había propuesto. Es cierto que mi éxito en tales casos vino acompañado de dificultades extraordinarias. Pero mi convicción se ha visto siempre justificada: la fe en la protección divina y el uso correcto de la voluntad que Dios concedió al hombre, son fuerzas imponentes, mucho mayores que aquéllas que pueda reunir ninguna “bola de cristal”.

Terminé comprendiendo que la inscripción que se graba en las estrellas cuando nacemos no dice que el hombre sea un muñeco de su pasado. Antes bien, es un aguijón para nuestro orgullo; los cielos intentan despertar la determinación del hombre a liberarse de toda limitación. Dios creó al hombre como un alma, dotada de individualidad, por tanto esencial en la estructura universal, ya sea en el papel transitorio de pilar o de parásito. Su libertad es definitiva e inmediata, si así lo desea; depende de victorias interiores, no externas.

Sri Yukteswar descubrió la aplicación matemática de un ciclo equinoccial de 24000 años para la era actual.<sup>4</sup> El ciclo se divide en un Arco Ascendente y un Arco Descendente de 12000 años cada uno. Cada Arco comprende cuatro *Yugas* o Eras, llamadas *Kali*, *Dwapara*, *Treta* y *Satya*, que corresponden a la idea griega de las Eras de Hierro, Bronce, Plata y Oro.

Por medio de diversos cálculos, mi gurú determinó que el último *Kali Yuga*, o Edad de Hierro, del Arco Ascendente, comenzó alrededor del año 500 d.C. La Edad de Hierro, de 1200 años de duración, es una etapa de materialismo; terminó hacia el año 1700 d.C. En ese año se pasó a *Dwapara Yuga*, un periodo de 2400 años de desarrollo de la electricidad y la energía atómica; la era del telégrafo, la radio, los aviones y otros supresores del espacio.

El periodo de 3600 años de *Treta Yuga*, comenzará el año 4100 d.C. Esta era estará marcada por el conocimiento, a nivel general, de las comunicaciones telepáticas y otros supresores del tiempo. Durante los 4800 años de *Satya Yuga*, última era del arco ascendente, la inteligencia del hombre estará completamente desarrollada; los seres humanos trabajarán en armonía con el plan divino.

A continuación comenzará<sup>5</sup> un arco descendente de 12000 años, que empezará con una Edad de Oro descendente de 4800 años; el hombre se hundirá gradualmente en la ignorancia. Estos ciclos son las vueltas eternas de *maya*, los contrastes y relatividades del universo fenoménico.<sup>6</sup> Los hombres, individualmente, escapan de la prisión de la dualidad de la creación a media que despiertan a la conciencia de su ininterrumpida unidad divina con el Creador.

El Maestro expandió mi comprensión, no sólo de la Astrología, sino de las escrituras mundiales. Colocando los textos sagrados en la impecable mesa de su mente, era capaz de diseccionarlos con el escalpelo del razonamiento intuitivo y de separar los errores y las interpolaciones de los eruditos de las verdades tal como habían sido expresadas originalmente por los profetas.

“Fija la vista en la punta de la nariz”. Esta errónea interpretación de una estrofa del *Bhagavad Gita*,<sup>7</sup> ampliamente aceptada por los estudiosos orientales y los traductores occidentales, solía despertar la crítica divertida del Maestro.

“El sendero de un yogui ya es suficientemente singular tal como es”, señalaba. “¿Para qué aconsejarle además que sea bizco? El verdadero significado de *nasikagram* es ‘el origen de la nariz’, no ‘la punta de la nariz’. La nariz comienza en el entrecejo, el asiento de la visión espiritual”.<sup>8</sup>

A consecuencia del aforismo *Sankhya*,<sup>9</sup> “*Iswar-ashidha*”, “El Señor de la Creación no puede deducirse” o “Dios no se demuestra”,<sup>10</sup> muchos estudiosos consideran la Filosofía en su conjunto ateísta.

“El verso no es nihilista”, explicaba Sri Yukteswar. “Significa simplemente que para el hombre sin iluminación, que depende de los sentidos para hacer sus juicios, la prueba de Dios queda fuera de su alcance y, por tanto, Dios es no-existente. Los verdaderos seguidores del *Sankhya*, con una percepción profunda, nacida de la meditación, comprenden que el Señor es tanto existente como conocible”.

El Maestro explicaba la Biblia cristiana con una bella claridad. De mi gurú hindú, desconocido en la lista de los miembros de la Cristiandad, aprendí a percibir la esencia inmortal de la Biblia y a comprender la verdad de la afirmación de Cristo, sin duda la más apasionantemente intransigente que jamás se ha pronunciado: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.<sup>11</sup>

Los grandes maestros de la India moldean sus vidas en los mismos devotos ideales que animaban a Jesús; esos hombres son sus parientes: “Quien cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre”.<sup>12</sup> “Si seguís mi palabras”, señaló Cristo, “sois en verdad mis discípulos; y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”.<sup>13</sup> Todos ellos libres, dueños de sí mismos, los Cristos-Yoguis de la India son parte de la fraternidad

inmortal: quienes han alcanzado el liberador conocimiento del Padre Único.

“¡La historia de Adán y Eva me resulta incomprensible!”, observé con gran calor un día, en mis primeras luchas con la alegoría. “¿Por qué Dios no castigó sólo a la pareja culpable, sino también a las generaciones inocentes todavía no nacidas?”.

Al Maestro le divirtió más mi vehemencia que mi ignorancia. “El *Génesis* es profundamente simbólico y no puede tomarse al pie de la letra”, explicó. “El ‘árbol de la vida’ es el cuerpo humano. La médula espinal es como un árbol invertido, el pelo del hombre son sus raíces y los nervios aferentes y eferentes sus ramas. El árbol del sistema nervioso produce muchos frutos agradables, o sensaciones de la vista, el sonido, el olfato, el gusto y el tacto. El hombre puede disfrutar de ellas legítimamente; pero se le prohibió la experiencia del sexo, la ‘manzana’, situada en el centro del jardín corporal.”<sup>14</sup>

“La ‘serpiente’ representa la energía espinal enrollada que estimula los nervios sexuales. ‘Adán’ es la razón y ‘Eva’ el sentimiento. Cuando la emoción o conciencia-Eva del ser humano se ve dominada por el impulso sexual, su razón o Adán, sucumbe también.”<sup>15</sup>

“Dios creó la especie humana materializando los cuerpos del hombre y la mujer por medio de Su fuerza de voluntad; dotó a la nueva especie del poder de crear hijos de la misma forma ‘inmaculada’ o divina.”<sup>16</sup> Dios hizo los primeros cuerpos humanos, llamados simbólicamente Adán y Eva, porque hasta entonces Su manifestación en el alma individual estaba restringida a los instintos limitantes de los animales y carecía de las potencialidades de la razón plena. Para que tuvieran una evolución ascendente favorable, les transfirió las almas o esencia divina de dos animales.<sup>17</sup> En Adán, u hombre, predominaba la razón; en Eva, o mujer, era dominante el sentimiento. Así se expresó la dualidad o polaridad que subyace en los mundos fenoménicos. La razón y el sentimiento se mantienen en un cielo de cooperación feliz mientras la mente humana no es engañada por la energía serpentina de las tendencias animales.

“Así pues, el cuerpo humano no es únicamente el resultado de la evolución desde los animales, sino que fue hecho por un acto creativo especial de Dios. Las formas animales eran demasiado toscas para expresar totalmente la divinidad; el ser humano fue dotado excepcionalmente de una tremenda capacidad mental, el ‘loto de los mil pétalos’ del cerebro, así como de centros extremadamente despiertos en la espina dorsal.

“Dios, o Conciencia divina presente en la primera pareja creada, les aconsejó disfrutar de la sensibilidad humana, pero no concentrarse en las sensaciones del tacto.”<sup>18</sup> Estas se prohibieron para evitar el desarrollo de los órganos sexuales, que atraparían a la humanidad en la red de los métodos animales e inferiores de propagación. La advertencia de no reavivar los recuerdos animales presentes en el subconsciente, no fue escuchada. Reasumiendo los medios de la procreación animal, Adán y Eva cayeron del estado de alegría celestial que era natural en el perfecto primer hombre.

“El conocimiento de ‘el bien y el mal’ se refiere a la compulsión cósmica dual. Cayendo bajo la influencia de *maya*, por el uso erróneo del sentimiento y la razón, o conciencia de Eva y Adán, el hombre renunció a su derecho a entrar en el jardín celestial de la autosuficiencia divina.”<sup>19</sup> Es responsabilidad personal de todo ser humano devolver la naturaleza de sus ‘padres’, o naturaleza dual, a la armonía unificada o Edén”.

Cuando Sri Yukteswar terminó su exposición, contemplé las páginas del *Génesis* con un respeto nuevo.

“Querido Maestro”, dije, “¡por primera vez siento una verdadera obligación filial hacia Adán y Eva!”.

ÍNDICE

1 A partir de las referencias astronómicas de las antiguas escrituras hindúes, los estudiosos han sido capaces de determinar correctamente las fechas en que fueron escritas. El conocimiento científico de los rishis era enorme; en el *Kaushitaki Brahmana* hay precisos pasajes astronómicos que muestran que, en el año 3100 a.C., los hindúes estaban muy avanzados en Astronomía, la cual tenía valor práctico para determinar los momentos propicios para las ceremonias astrológicas. En el artículo de *East-West* de Febrero de 1934, se da el siguiente resumen del *Jyotish* o tratado de Astronomía védica: “Contiene la tradición científica que mantuvo a la India al frente de las naciones antiguas y la convirtió en la meca de los buscadores de conocimiento. El antiquísimo *Brahmagupta*, una de las obras del *Jyotish*, es un tratado de Astronomía que recoge temas como el movimiento heliocéntrico de los cuerpos planetarios de nuestro sistema solar, la oblicuidad de la eclíptica, la forma esférica de la tierra, la reflexión de la luz de la luna, la revolución axial diaria de la tierra, la presencia de estrellas fijas en la Vía Láctea, la ley de la gravedad y otros hechos científicos que no alborearon en el mundo occidental hasta los tiempos de Copérnico o Newton”.

Actualmente se sabe que la llamada “Numeración árabe”, sin cuyos símbolos son difíciles las matemáticas avanzadas, llegó a Europa en el siglo IX, a través de los árabes, desde la India, donde se había formulado este sistema de notación en la Antigüedad. Puede encontrarse más luz sobre la vasta herencia científica de la India en *History of Hindu Chemistry*, del Dr.P.C.Ray y en *Positive Sciences of the Ancient Hindus* del Dr.B.N.Seal. [Volver](#)

2 La bendición que fluye simplemente ante la vista de un santo. [Volver](#)

3 Una de las jóvenes que mi familia eligió como posible novia para mí se casó más tarde con mi primo, Prabhas Chandra Ghose. [Volver](#)

4 En la revista *East-West* (Los Ángeles), en los números comprendidos entre Septiembre de 1932 y Septiembre de 1933, apareció una serie de trece artículos recogiendo pruebas históricas de la teoría de los *Yugas* de Sri Yukteswar. [Volver](#)

5 En el año 12500 d.C. [Volver](#)

6 Las escrituras hindúes sitúan la actual edad del mundo en *Kali Yuga*, dentro de un ciclo universal

mucho más largo que los 24000 años del ciclo equinoccial del que se ocupó Sri Yukteswar. El ciclo universal de las escrituras es de 4.300.560.000 años de duración y mide un Día de la Creación o el tiempo de vida asignado a nuestro sistema planetario en su forma actual. Esta enorme cifra fue dada por los rishis en base a la relación entre la duración de un año solar y un múltiplo de Pi (3,1416, la relación entre el radio de la circunferencia y el diámetro del círculo).

La extensión del universo, según los profetas antiguos, es de 314.159.000.000.000 años solares, o "Una Era de Brahma".

Los científicos estiman que la edad actual de la tierra es de alrededor de dos billones de años, basando sus conclusiones en un estudio de las +bolsas de plomo que quedan en las rocas como resultado de la radioactividad. Las escrituras hindúes declaran que una tierra como la nuestra se disuelve por una de estas dos razones: los habitantes en su conjunto se vuelven completamente buenos o completamente malos. La mente mundial genera así un poder que libera los átomos atrapados en forma de tierra.

De vez en cuando se publican alarmantes declaraciones con respecto al inminente "fin del mundo". La última predicción del juicio final fue hecha por el Rev. Chas. G. Long, de Pasadena, que anunció el "Día del Juicio" para el 21 de Septiembre de 1945. Los periodistas del *United Press* me pidieron mi opinión; les expliqué que los ciclos del mundo siguen una progresión ordenada de acuerdo a un plan divino. No hay ninguna disolución de la tierra a la vista; nuestro planeta, en su forma actual, todavía tiene en reserva dos billones de años de ciclos equinocciales ascendentes y descendentes. Las cifras dadas por los rishis para las distintas edades del mundo merecen ser cuidadosamente estudiadas en Occidente; la revista *Time* (17 de Diciembre de 1945, p.6), les llama "estadísticas tranquilizadoras". [Volver](#)

7 Capítulo VI: 13. [Volver](#)

8 "La luz del cuerpo es el ojo: por eso cuando tu ojo es único, todo tu cuerpo se llena de luz; pero cuando tu ojo es malo, el cuerpo se llena de oscuridad. Por eso ten cuidado de que la luz que hay en ti no se convierta en oscuridad". *Lucas* 11:34-35. [Volver](#)

9 Uno de los seis sistemas de la filosofía hindú. *Sankhya* enseña la emancipación final por medio del conocimiento de veinticinco principios, que comienzan con *pakriti* o naturaleza y terminan con *purusha* o alma. [Volver](#)

10 Aforismos *Sankhya*, I:92. [Volver](#)

11 Mateo 24:35. [Volver](#)

12 Mateo 12:50. [Volver](#)

13 *Juan* 8:31-32. S. Juan declaró: "Pero a quienes le recibieron, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios, a quienes creyeron en su nombre (a quienes habían alcanzado la Conciencia Crística)". *Juan* 1:12. [Volver](#)

14 "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín, pero Dios dijo que, del fruto del árbol que está en medio del jardín, no comeremos, ni siquiera lo tocaremos, para no morir". *Génesis* 3:2-3. [Volver](#)

15 "La mujer que me diste como compañera me dio del árbol y comí. La mujer dijo, la serpiente me engatusó y comí". *Gén.* 3:12-13. [Volver](#)

16 "Así Dios creó al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó; los creó varón y mujer. Y Dios les bendijo y Dios les dijo, dad fruto y multiplicaos y llenad la tierra y dominadla". *Gén.* 1:27-28. [Volver](#)

17 "Y el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra e insufló en sus fosas nasales el aliento de la vida; y el hombre se convirtió en un alma viva". *Gén.* 2:7. [Volver](#)

18 "Entonces la serpiente (fuerza sexual) fue más sutil que cualquier otra bestia del campo" (cualquier otro sentido del cuerpo). *Gén.* 3:1. [Volver](#)

19 "Y el Señor Dios plantó un jardín al Este, en el Edén, y allí puso al hombre que había creado". *Gén.* 2:8. "Por eso El Señor Dios lo arrojó desde el jardín del Edén, a cultivar la tierra de donde lo había sacado". *Gén.* 3:23. El primer hombre divino, hecho por Dios, tenía la conciencia centrada en el omnipotente ojo único del entrecejo (el Este). El hombre perdió los poderes todo-creativos de su voluntad, centrados en ese punto, cuando comenzó a "cultivar la tierra" de su naturaleza física. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)

[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)

## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

Contactar

### Capítulo Diecisiete

#### Sasi y los Tres Zafiros

"Ya que mi hijo y tú tenéis un concepto tan elevado de Swami Sri Yukteswar, iré a echarle un vistazo". El tono de voz utilizado por el Dr. Narayan Chunder Roy indicaba que estaba siguiéndome la corriente como a los tontos. Oculté mi indignación, en la mejor tradición del proselitista.

Mi interlocutor, veterinario, era un agnóstico recalcitrante. Su hijo pequeño, Santosh, me había rogado que me interesara por él. Hasta entonces mi ayuda se había realizado desde la sombra.

Al día siguiente el Dr. Roy me acompañó a la ermita de Serampore. Tras la breve entrevista que le concedió el Maestro, marcada fundamentalmente por un estoico silencio por ambas partes, el visitante se marchó con brusquedad.

"¿Por qué traer a un hombre muerto al ashram?". Sri Yukteswar me miró inquisitivamente tan pronto como la puerta se cerró tras el escéptico de Calcuta.

"¡Señor! ¡El doctor está bien vivo!".

"Pero dentro de poco estará muerto".

Quedé impresionado. "Señor, eso será un terrible golpe para su hijo. Santosh espera que con el tiempo su padre cambie sus materialistas puntos de vista. Maestro, le suplico que ayude a ese hombre".

"Muy bien; lo haré por ti". El rostro de mi gurú estaba impasible. "El orgulloso doctor de caballos está acabado a consecuencia de la diabetes, aunque él no lo sabe. Dentro de quince días tendrá que guardar cama. Los médicos lo darán por perdido; su tiempo natural para dejar esta tierra es de seis semanas a partir de hoy. Sin embargo, gracias a tu intercesión, en ese momento se recuperará. Pero con una condición. Tienes que obligarle a utilizar un brazalete astrológico; ¡sin duda se opondrá con tanta violencia como uno de sus caballos antes de una operación!, se rió el Maestro.

Tras un silencio, durante el cual estuve preguntándome cómo emplearíamos Santosh y yo el mejor arte de la zalamería con el recalcitrante doctor, Sri Yukteswar hizo más revelaciones.

"Tan pronto como el hombre se ponga bien, adviértele que no coma carne. No obstante él no seguirá este consejo y dentro de seis meses, cuando se sienta mejor que nunca, caerá muerto. Este alargamiento de su vida en seis meses se le concede únicamente porque tú lo has pedido".

Al día siguiente le sugerí a Santosh que encargara un brazalete en la joyería. Estuvo listo en una semana, pero el Dr. Roy rehusó ponérselo.

"Estoy pletórico de salud. Jamás me impresionaréis con esas supersticiones astrológicas". El doctor me miró beligerante.

Recordé divertido que el Maestro lo había comparado con razón a un caballo rebelde. Pasaron siete días; el doctor, repentinamente enfermo, consintió dócilmente en llevar el brazalete. Dos semanas más tarde el médico que le atendía me dijo que no había esperanza en el caso de su paciente. Aportó datos angustiosos de los estragos causados por la diabetes.

Meneé la cabeza. "Mi gurú dijo que después de una enfermedad de un mes, el Dr. Roy se pondría bien".

El médico me miró fijamente, incrédulo. Pero a la noche siguiente se me acercó con aire de disculpa.

"¡El doctor Roy se ha recuperado totalmente!", exclamó. "Es el caso más sorprendente que he vivido. Nunca antes había visto una reacción tan inexplicable en un moribundo. ¡Desde luego tu gurú debe ser un profeta sanador!".

Después de una entrevista con el Dr. Roy, durante la cual le repetí la advertencia de Sri Yukteswar sobre la dieta sin carne, no volví a verle en seis meses. Una noche, yo estaba sentado en el pórtico de mi casa, en Gurpar Road, cuando se detuvo a charlar un momento.

"Dile a tu profesor, que gracias a comer carne con frecuencia, he recuperado la fuerza



totalmente. No me he dejado influir por sus poco científicas ideas sobre la dieta". Era cierto que el doctor Roy parecía el retrato mismo de la salud.

Pero al día siguiente Santosh vino corriendo a mi casa, en la manzana contigua. "¡Mi padre ha caído muerto esta mañana!".

Este caso fue una de las experiencias más extrañas que tuve con el Maestro. Curó al rebelde veterinario a pesar de su incredulidad y alargó la duración natural de su vida en la tierra durante seis meses, sólo porque yo se lo supliqué vivamente. La bondad de Sri Yukteswar era ilimitada ante la oración ferviente de un devoto.

Para mí era un gran privilegio llevar a mis amigos de la facultad a conocer a mi gurú. Muchos de ellos dejaban a un lado, ¡al menos en el ashram!, su capa de escepticismo religioso a la moda académica.

Uno de mis amigos, Sasi, pasó varios fines de semana felices en Serampore. El Maestro se encariñó mucho con el muchacho y lamentaba que su vida privada fuera turbulenta e indisciplinada.

"Sasi, a menos que te reformes, de aquí a un año caerás gravemente enfermo". Sri Yukteswar miró a mi amigo con exasperación afectuosa. "Mukunda está de testigo, después no digas que no te lo advertí".

Sasi se rió. "Maestro, ¡dejaré en sus manos que el cosmos interceda con dulce caridad en mi triste caso! Mi espíritu está dispuesto, pero mi voluntad es débil. Usted es mi único salvador en el mundo; no creo en nada más".

"Al menos deberías llevar un zafiro azul de dos quilates. Te ayudaría".

"No puedo permitírmelo. De cualquier modo, querido guruji, si llegan los problemas, creo absolutamente que usted me protegerá".

"Dentro de un año me traerás tres zafiros", replicó Sri Yukteswar enigmáticamente. "Entonces no serán de ninguna utilidad".

Regularmente tenían lugar variaciones sobre esta conversación. "¡No puedo reformarme!", decía Sasi con cómica desesperación. "Y mi confianza en usted, Maestro, ¡es más preciosa que ninguna piedra!".

Un año más tarde estaba visitando a mi gurú en Calcuta, en casa de su discípulo Naren Babu. Alrededor de las diez de la mañana, mientras Sri Yukteswar y yo estábamos tranquilamente sentados en la sala del segundo piso, oí que se abría la puerta principal. El Maestro se irguió con rigidez.

"Es Sasi", observó gravemente. "Ha pasado un año; sus pulmones están agotados. Hizo caso omiso de mi consejo; díle que no quiero verle".

Casi aturdido por la dureza de Sri Yukteswar, corrí escaleras abajo. Sasi estaba subiendo.

"¡Ay, Mukunda!, espero que el Maestro esté aquí; tengo la corazonada de que es así".

"Sí, pero no quiere que le molesten".

Sasi rompió a llorar y pasó rozándose. Se arrojó a los pies de Sri Yukteswar, poniendo ante ellos tres bellos zafiros.

"¡Omnisciente gurú, los médicos dicen que tengo tuberculosis galopante! Imploro humildemente su ayuda; ¡sé que usted puede curarme!".

"¿No es un poco tarde para preocuparte por tu vida? Véte con tus joyas; el momento en que fueron útiles ha pasado". A continuación el Maestro se sentó como una esfinge, en un silencio implacable, interrumpido por los sollozos del chico pidiendo piedad.

Tuve la convicción intuitiva de que Sri Yukteswar solamente estaba probando la profundidad de la fe de Sasi en sus poderes curativos. No me sorprendí cuando, una hora más tarde, el Maestro puso en mi amigo, postrado, una mirada compasiva.

"Levántate, Sasi; ¡qué alboroto estás armando en casa ajena! Devuélvele al joyero los zafiros; ahora son un gasto innecesario. Pero consigue un brazalete astrológico y úsalo. No temas; en unas semanas estarás bien".

La sonrisa de Sasi iluminó su rostro bañado en lágrimas como el sol ilumina de pronto un paisaje empapado. "Querido Maestro, ¿debo tomar los medicamentos que me han prescrito los médicos?".

Sri Yukteswar le miró paciente. "Como quieras, tómalas o déjalas; no tiene importancia. Es más fácil que el sol y la luna intercambien sus posiciones, que tú mueras de tuberculosis". Añadió con brusquedad, "ahora véte, ¡antes de que cambie de opinión!".

Con una nerviosa reverencia, mi amigo salió precipitadamente. Lo visité varias veces durante las siguientes semanas y me sentía aterrado ante el progresivo empeoramiento de su enfermedad.

"Sasi no pasará de esta noche". Estas palabras de su médico y el espectáculo de mi amigo, reducido casi a un esqueleto, me llevaron con toda urgencia a Serampore. Mi gurú escuchó fríamente mi lloroso informe.

“¿Para qué vienes a molestarme? Ya me oíste asegurarle a Sasi que se recuperará”.

Inclinándome sobrecogido, me dirigí a la puerta. Sri Yukteswar no dijo una sola palabra de despedida, sino que se hundió en el silencio; con los ojos semicerrados, sin pestañear, su visión huyó a otro mundo.

Regresé de inmediato a casa de Sasi, en Calcuta. Asombrado, encontré a mi amigo sentado, bebiendo leche.

“¡Ah, Mukunda!, ¡qué milagro! Hace cuatro horas sentí la presencia del Maestro en la habitación; los terribles síntomas desaparecieron inmediatamente. Sentí que por medio de su gracia estaba completamente curado”.

Pocas semanas después Sasi estaba más fuerte y sano que nunca.<sup>1</sup> Pero su extraña reacción ante su curación tuvo un matiz de ingratitud, ¡raramente volvió a visitar a Sri Yukteswar! Mi amigo me dijo en una ocasión que deploraba tan intensamente su forma de vida anterior, que se sentía avergonzado ante el Maestro.

Sólo pude concluir que la enfermedad de Sasi había tenido el efecto contrastante de fortalecer su voluntad y empeorar sus modales.

Los dos primeros cursos en el Scottish Church College llegaban a su fin. Mi asistencia a clase había sido muy esporádica; lo poco que había estudiado había sido para estar en paz con mi familia. Mis dos profesores particulares venían a casa regularmente; yo estaba regularmente ausente, ¡al menos puedo apreciar esta regularidad en mis años de estudiante!

En la India, con dos años de facultad pasados con éxito, se obtiene el diploma en “Intermediate Arts”; con él pueden seguirse otros dos años de estudio y obtenerse el título A.B.<sup>2</sup>

Los exámenes finales del “Intermediate Arts” se vislumbraban amenazadores. Huí a Puri, en donde mi gurú estaba pasando unas semanas. Esperando vagamente que él me daría permiso para no presentarme a los exámenes finales, le comuniqué mi embarazosa falta de preparación.

Pero el Maestro sonrió consoladoramente. “Te has dedicado sin reservas a tus deberes espirituales y no sería bueno que descuidaras tu trabajo en el instituto. Aplicate diligentemente a los libros durante la próxima semana, pasarás por el suplicio sin fracasar.”

Regresé a Calcuta, acallando con firmeza toda duda razonable que de vez en cuando surgía con incómoda mofa. Contemplando la montaña de libros encima de mi mesa, me sentía como un viajero perdido en el desierto. Un largo período de meditación me procuró una inspiración para ahorrar trabajo. Abriendo cada uno de los libros al azar, estudiaba sólo las páginas que aparecían a la vista. Siguiendo este método dieciocho horas diarias durante una semana, me consideré con derecho a aconsejar a las generaciones sucesivas en el arte de preparar los exámenes a toda velocidad.

Los días siguientes en las aulas de examen respaldaron mi aparentemente poco sistemático procedimiento. Pasé todas las pruebas, aunque por los pelos. Las felicitaciones de mi familia y amigos estaban cómicamente mezcladas con exclamaciones que delataban su asombro.

A su vuelta de Puri, Sri Yukteswar me dio una agradable sorpresa. “Tus estudios en Calcuta se han terminado. Veré cómo puedes seguir los dos últimos años de universidad aquí, en Serampore”.

Yo estaba desconcertado. “Señor, en esta ciudad no existe facultad de Filosofía y Letras”. El “Serampore College”, la única institución de estudios superiores, sólo ofrecía los dos años del “Intermediate Arts”.

El Maestro sonrió maliciosamente. “Soy demasiado viejo para pedir donativos para establecer una facultad A.B. para ti. Supongo que tendré que resolver la cuestión a través de otro”.

Dos meses más tarde, el profesor Howells, presidente del “Serampore College”, anunció públicamente que había conseguido recaudar suficientes fondos como para ofrecer la carrera de cuatro años. El “Serampore College” se convirtió en una filial de la Universidad de Calcuta. Fui uno de los primeros alumnos en matricularme en Serampore como candidato al A.B.

“Guruji, ¡qué bueno es conmigo! Ansiaba dejar Calcuta y estar todos los días en Serampore, cerca de usted. ¡El profesor Howells no sospecha cuánto le debe a su silenciosa ayuda!”.

Sri Yukteswar me miró fingiendo severidad. “Ahora no tendrás que pasar tantas horas en el tren; ¡eso te dejará mucho tiempo libre para tus estudios! Quizá llegarás a ser menos un preparador de exámenes de última hora y más un estudioso”. Pero algo en el tono de su voz carecía de convicción.

## ÍNDICE

<sup>1</sup> En 1936 supe por un amigo que Sasi todavía gozaba de excelente salud. [Volver](#)

<sup>2</sup> A.B. siglas de Arts Bachelor, licenciado. (N. de la t.). [Volver](#)







INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Dieciocho

### Un Mahometano Fabricante de Milagros

“Hace años, en esta misma habitación que ahora ocupas, un musulmán fabricante de milagros, ¡realizó cuatro milagros delante de mí!”.

Sri Yukteswar hizo esta sorprendente declaración durante su primera visita a mi nuevo cuarto. Al ingresar en el Serampore College había tomado una habitación en una residencia cercana, llamada *Panthi*. Era una anticuada mansión de ladrillos que daba al Ganges.

“¡Maestro, qué coincidencia! ¿Estas paredes recién decoradas contienen de verdad recuerdos antiguos?”. Pasé revista a mi habitación, sencillamente amueblada, con vivísimo interés.

“Es una larga historia”. Mi gurú sonrió recordándola. “El nombre del *fakir*<sup>1</sup> era Afzal Khan. Había adquirido sus extraordinarios poderes gracias a un encuentro casual con un yogui hindú.

“‘Hijo, tengo sed; tráeme agua’. Un día, en su niñez, un *sannyasi* cubierto de polvo le hizo esta petición a Afzal en un pequeño pueblo de la Bengala oriental.

“‘Maestro, soy musulmán. ¿Cómo iba usted, un hindú, a aceptar beber de mis manos?’.

“‘Tu sinceridad me gusta, pequeño. Yo no observo las reglas de ostracismo de un sectarismo impío. Ve; tráeme agua rápido’.

“La reverente obediencia de Afzal fue premiada con una amorosa mirada del yogui.

“‘Tienes buen karma, acumulado en vidas pasadas’, comentó solemnemente. ‘Voy a enseñarte cierto método yoga que te dará dominio sobre uno de los reinos invisibles. Los grandes poderes que tendrás deberán ser utilizados con fines dignos; ¡no los emplees jamás de forma egoísta! Desafortunadamente percibo que traes del pasado algunas semillas de tendencias destructivas. No permitas que broten regándolas con nuevas malas acciones. La complejidad de tu karma anterior es tal, que debes utilizar esta vida para reconciliar tus talentos yóguicos con las metas humanitarias más elevadas’.

“Tras instruir al sorprendido muchacho en una complicada técnica, el maestro desapareció.

“Afzal siguió fielmente su ejercicio de yoga durante veinte años. Sus milagrosas hazañas comenzaron a atraer la atención general. Parece que estaba siempre acompañado de un espíritu incorpóreo llamado ‘Hazrat’. Este ente invisible era capaz de satisfacer hasta el más mínimo deseo del *fakir*.

“Ignorando la advertencia de su maestro, Afzal comenzó a utilizar mal sus poderes. Cualquier objeto que cogía y después volvía a colocar en su sitio, pronto desaparecía sin dejar rastro. ¡Esta desconcertante eventualidad solía hacer del musulmán un invitado molesto!

“De vez en cuando visitaba las grandes joyerías de Calcuta, presentándose como un posible comprador. Toda joya que tocaba desaparecía poco después de que él saliera de la tienda.

“Con frecuencia Afzal estaba rodeado de varios cientos de alumnos, atraídos con la esperanza de aprender su secreto. Algunas veces el *fakir* les invitaba a viajar con él. En la estación se las arreglaba para tocar un fajo de billetes. Después se los devolvía al empleado comentando: ‘He cambiado de opinión, no voy a comprarlos ahora’. Pero cuando subía al tren con su comitiva, Afzal estaba en posesión de los billetes necesarios.<sup>2</sup>

“Estas proezas creaban una airada protesta; ¡los joyeros bengalíes y los vendedores de billetes sufrían crisis nerviosas! El policía que trataba de arrestar a Afzal se encontraba indefenso; el *fakir* podía desmontar cualquier evidencia acusatoria diciendo simplemente: ‘Se lo llevó Hazrat’.”

Sri Yukteswar se levantó de su asiento y caminó hasta el balcón de mi habitación, que daba sobre el Ganges. Le seguí, ansioso por saber más sobre el desconcertante Raffles mahometano.

“‘Antiguamente esta casa *Panthi* pertenecía a un amigo mío. Conoció a Afzal y le pidió que viniera. Mi amigo invitó también a una veintena de vecinos, incluyéndome a mí. Entonces yo no era más que un joven y sentí una vívida curiosidad por este famoso *fakir*”. El Maestro se rió. “¡Tuve la precaución de no traer conmigo nada de valor! Afzal me miró con curiosidad, después observó:

“‘Tienes unas manos fuertes. Baja al jardín; coge una piedra lisa y escribe tu nombre en ella

con una tiza; después arroja la piedra al Ganges, lo más lejos que puedas’.

“Obedecí. Tan pronto como la piedra desapareció en las lejanas olas, el musulmán se dirigió de nuevo a mí:

“Llena un cacharro con agua del Ganges, cogida cerca de la fachada de esta casa’.

“Cuando regresé con una vasija de agua, el *fakir* gritó, ‘¡Hazrat, pon la piedra en el cacharro!’.

“La piedra apareció inmediatamente. La saqué de la vasija y vi mi firma tan legible como cuando la escribí.

“Babu,<sup>3</sup> uno de los amigos que estaba en la habitación, llevaba un reloj y una cadena de oro antiguos y pesados. El *fakir* los examinó con inquietante admiración. ¡Pronto habían desaparecido!

“‘¡Afzal, por favor, devuélveme mis valiosas reliquias de familia!’. Babu estaba a punto de llorar.

“El musulmán guardó un estoico silencio durante un momento, después dijo, ‘Tienes quinientas rupias en una caja fuerte de hierro. Tráemelas y te diré dónde encontrar tu reloj’.

“El afligido Babu fue inmediatamente a su casa. Regresó enseguida, trayendo la suma exigida por Afzal.

“‘Vete al pequeño puente que hay cerca de tu casa’, fueron las instrucciones del *fakir* para Babu. ‘Pide a Hazrat que te de la cadena y el reloj’.

“Babu salió corriendo. A su vuelta lucía una sonrisa de alivio y ni la más mínima joya.

“‘Cuando le di a Hazrat la orden claramente’, anunció, ‘mi reloj se desplomó del cielo a mi mano derecha! ¡Podéis estar seguros de que encerré la reliquia en la caja fuerte antes de reunirme de nuevo con el grupo!’.

“Los amigos de Babu, testigos del tragicómico rescate del reloj, miraban a Afzal con resentimiento. Ahora habló en tono apaciguador.

“‘Por favor, mencionad cualquier bebida que deseéis; Hazrat la materializará’.

“Algunos pidieron leche, otros zumos de frutas. ¡No me sorprendió demasiado que el alterado Babu pidiera whisky! El musulmán dio la orden; el obediente Hazrat envió recipientes herméticamente cerrados que bogaban por el aire y caían al suelo con un ruido sordo. Todos encontraron la bebida deseada.

“El que prometía ser el cuarto hecho espectacular del día sin duda resultó grato a nuestro anfitrión: ¡Afzal se ofreció a proporcionar una comida al instante!

“‘Vamos a pedir los platos más caros’, sugirió Babu con tristeza. ‘¡Yo quiero una elaborada comida por valor de mis quinientas rupias! ¡Todo debe estar servido en platos de oro!’.

“Tan pronto como todos expresaron sus preferencias, el *fakir* se dirigió al infatigable Hazrat. Se siguió un gran ruido; platos de oro, llenos de currys intrincadamente preparados, *luchis* calientes y muchas frutas fuera de estación, aterrizaron desde no se sabe dónde a nuestros pies. Todos los alimentos eran deliciosos. Tras darnos un banquete durante una hora, comenzamos a abandonar la habitación. Un ruido tremendo, como de platos que se apilan, nos obligó a volver atrás. ¡No había rastro de los relucientes platos ni de los restos de comida!”.

“Guruji”, interrumpí, “si Afzal podía obtener fácilmente cosas como platos de oro, ¿por qué codiciaba las pertenencias de los demás?”.

“El *fakir* no tenía un gran desarrollo espiritual”, explicó Sri Yukteswar. “Su dominio de cierta técnica de yoga le daba acceso a un plano astral en el que cualquier deseo se materializa de inmediato. Por medio de un ser astral, Hazrat, el musulmán podía emplazar, desde la energía etérea, a los átomos de cualquier objeto, gracias a un acto de fuerza de voluntad. Pero tales objetos fabricados astralmente son estructuralmente evanescentes; no pueden retenerse durante mucho tiempo. Afzal todavía ansiaba riquezas mundanas que, si bien se ganan con más esfuerzo, tienen una durabilidad más fiable”.

Me reí. “¡A veces también se desvanecen inexplicablemente!”.

“Afzal no era un hombre realizado en Dios”, continuó el Maestro. “Los milagros de naturaleza permanente y beneficiosa son realizados por santos auténticos, porque se han sintonizado con el Creador omnipotente. Afzal era tan solo un hombre común con un extraordinario poder para penetrar en un reino sutil, en el que normalmente los mortales no entran hasta la muerte”.

“Ahora comprendo, Guruji. El más allá parece tener algunas características encantadoras”.

El Maestro asintió. “No volví a ver a Afzal después de aquel día, pero algunos años más tarde, Babu vino a mi casa a enseñarme una noticia de periódico con la confesión pública del musulmán. Allí me enteré de lo que acabo de contarte sobre la iniciación de Afzal, cuando era niño, por un gurú hindú”.

Lo esencial de la última parte del documento publicado, tal como lo recordaba Sri Yukteswar, era como sigue: “Yo, Afzal Khan, escribo estas palabras como un acto de penitencia y como advertencia para quienes tratan de poseer poderes milagrosos. Durante años he hecho un mal uso de las maravillosas aptitudes que me fueron transmitidas por la gracia de Dios y de mi

maestro. Me emborraché de egolatría, sintiendo que estaba más allá de las leyes de moralidad ordinarias. Por fin llegó para mí la hora de la verdad.

“Recientemente encontré a un anciano en una carretera de las afueras de Calcuta. Cojeaba penosamente, cargando con un brillante objeto que parecía de oro. Me dirigí a él lleno de avaricia.

“Soy Afzal Khan, el gran *fakir*. ¿Qué llevas ahí?”.

“Esta bola de oro es mi única riqueza material; no puede interesar a un *fakir*. Señor, le imploro que cure mi cojera’.

“Toqué la bola y me eché a andar sin responder. El anciano cojeaba detrás de mí. Enseguida me llegaron sus lamentos: ‘¡Mi bola ha desaparecido!’.

“Como yo no le prestaba atención, de pronto dijo con una estentórea voz que, por extraño que parezca, emitió su frágil cuerpo:

“¿No me reconoces?”.

“Me quedé sin habla, horrorizado ante el tardío descubrimiento de que este insignificante y lisiado anciano no era otro que el gran santo que, años atrás, me había iniciado en el yoga. Se irguió; instantáneamente su cuerpo se volvió joven y fuerte.

“¡Vaya!’. La mirada de mi gurú era abrasadora. ‘¡Veo con mis propios ojos que utilizas tus poderes, no para aliviar el sufrimiento de la humanidad, sino para vivir a costa de ella como un vulgar ladrón! Retiro de ti tus ocultos dones; Hazrat queda libre de ti. ¡No volverás a ser el terror de Bengala!’.

“Llamé angustiado a Hazrat; por primera vez no se presentó ante mi visión interna. Pero un oscuro velo se levantó repentinamente en mi interior; vi claramente la blasfemia que era mi vida.

“Gurú mío, gracias por venir a desvanecer mi largo engaño’. Sollozaba a sus pies. ‘Te prometo abandonar mis ambiciones mundanas. Me retiraré a las montañas para meditar en Dios, esperando expiar mi mal pasado’.

“Mi maestro me miró con silenciosa compasión. ‘Sé que eres sincero’, dijo finalmente. ‘Gracias a tus años iniciales de estricta obediencia y a tu actual arrepentimiento, te concederé una gran ayuda. Tus demás poderes han desaparecido, pero cuando necesites alimento o vestido, podrás apelar con éxito a Hazrat para que te los proporcione. Entrégate incondicionalmente a la comprensión divina en la soledad de las montañas’.

“A continuación mi gurú desapareció; me quedaron las lágrimas y la reflexión. ¡Adiós, mundo! Me voy a buscar el perdón del Amado Cósmico”.

ÍNDICE

- 1 Un yogui musulmán; del árabe *fakir*, pobre; originalmente se aplicaba a los derviches que hacían voto de pobreza. [Volver](#)
- 2 Mi padre me contó más tarde que su compañía, la Bengal-Nagpur Railway, había sido una de las empresas castigadas por Afzal Khan. [Volver](#)
- 3 No recuerdo el nombre del amigo de Sri Yukteswar y tengo que referirme a él simplemente como “Babu” (Señor). [Volver](#)





INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Diecinueve

### Mi Maestro, en Calcuta, Aparece en Serampore

“Me siento acosado con frecuencia por dudas ateístas. Pero a veces me obsesiona una torturante conjetura: ¿Existen o no en el alma posibilidades ocultas? ¿No está el hombre dando la espalda a su auténtico destino si deja de investigarlas?”.

Estas observaciones de Dijen Babu, mi compañero de habitación en la residencia *Panthi*, surgieron al invitarle a que conociera a mi gurú.

“Sri Yukteswar te iniciará en *Kriya Yoga*”, le contesté. “Esto calma la confusión de la dualidad gracias a una divina certeza interior”.

Aquella tarde Dijen me acompañó a la ermita. En presencia del Maestro mi amigo recibió tal paz espiritual, que pronto fue un visitante asiduo. Al hombre no le basta con las triviales preocupaciones de la vida diaria; la sabiduría es también una sed innata. En las palabras de Sri Yukteswar, Dijen encontró impulso para lanzarse a la empresa, primero dolorosa, después liberadora sin esfuerzo, de encontrar en su interior un ser más real que el humillante ego pasajero, pocas veces lo suficientemente amplio para contener al Espíritu.

Como Dijen y yo estábamos siguiendo el curso A.B. en el Serampore College, cogimos la costumbre de ir caminando juntos al ashram tan pronto como terminaban las clases. Con frecuencia veíamos a Sri Yukteswar de pie en el balcón del segundo piso, recibiendo nuestra llegada con una sonrisa.

Una tarde, Kanai, un joven residente en la ermita, nos recibió a Dijen y a mí en la puerta con noticias decepcionantes.

“El Maestro no está; fue llamado a Calcuta por una nota urgente”.

Al día siguiente recibí una postal de mi gurú. “Saldré de Calcuta el miércoles por la mañana”, había escrito. “Vete a recibirme con Dijen al tren de las nueve, en la estación de Serampore”.

Alrededor de las ocho y media del miércoles por la mañana, en mi mente destelló con insistencia un mensaje telepático de Sri Yukteswar: “Me he retrasado, no me esperéis en el tren de las nueve”.

Transmití las últimas instrucciones a Dijen, que ya estaba vestido para salir.

“¡Tú y tu intuición!”. La voz de mi amigo rozaba el desprecio. “Prefiero creer en la palabra escrita del Maestro”.

Me encogí de hombros y me senté con total resolución. Refunfuñando, Dijen se dirigió a la puerta y la cerró ruidosamente tras él.

Como la habitación era bastante oscura, me acerqué a la ventana que daba a la calle. La escasa luz del sol aumentó de pronto hasta convertirse en un intenso resplandor, en el cual la ventana, enrejada con hierro, desapareció por completo. Contra este deslumbrante fondo, apareció claramente materializada la figura de Sri Yukteswar!

Perplejo casi hasta la conmoción, me levanté de la silla y me arrodillé ante él. Con mi gesto acostumbrado de respetuoso saludo a los pies de mi gurú, toqué sus zapatos. Éstos me eran muy familiares, de lona teñida de naranja y suela de esparto. Su ropa ocre de swami me rozó; sentí claramente, no sólo la textura de su ropa, sino también la rugosa superficie de sus zapatos y la presión de los dedos en su interior. Demasiado asombrado para proferir una palabra, me levanté y le miré interrogante.

“Me alegro de que recibieras mi mensaje telepático”. La voz del Maestro era tranquila, totalmente normal. “Acabo de terminar mis asuntos en Calcuta y llegaré a Serampore en el tren de las diez”.

Como yo seguía mirando muda y fijamente, Sri Yukteswar continuó, “Esto no es una aparición, sino mi forma de carne y hueso. La divinidad me ordenó que te proporcionara esta experiencia, rara de conseguir en la tierra. Id a esperarme a la estación; Dijen y tú me veréis dirigirme hacia vosotros vestido tal como lo estoy ahora. Seré precedido por un compañero de viaje, un niño pequeño que llevará una jarra de plata”.

Mi gurú me puso las manos en la cabeza, murmurando una bendición. Cuando concluyó con las



palabras, “*Tabé asi*”,<sup>1</sup> oí un ruido sordo peculiar.<sup>2</sup> Su cuerpo comenzó a fundirse gradualmente en la penetrante luz. Primero desaparecieron los pies y las piernas, después el torso y la cabeza, como un manuscrito que se enrolla. Por último sus dedos que descansaban ligeramente en mi pelo. La refulgencia se debilitó; no quedó ante mí sino la ventana enrejada y un pálido hilo de luz del sol.

Quedé en una especie de estupor, desconcertado, preguntándome si no habría sido víctima de una alucinación. Pronto un cariacontecido Dijen entró en la habitación.

“El Maestro no estaba en el tren de las nueve, ni en el de las nueve y media”. Me anunció mi amigo con un leve aire de disculpa.

“Entonces vamos; sé que llegará a las diez”. Cogí a Dijen de la mano y, perdonándole, lo arrastré conmigo sin hacer caso de sus protestas. Al cabo de unos diez minutos entramos en la estación, donde el tren estaba ya parado resoplando.

“¡Todo el tren está lleno de la luz del aura del Maestro! ¡Está aquí!”, exclamé feliz.

“¿Sueñas?”. Dijen se reía burlonamente.

“Le esperaremos aquí”. Le conté a mi amigo los detalles sobre cómo se acercaría a nosotros nuestro gurú. Cuando terminé mi descripción, apareció Sri Yukteswar, vistiendo la misma ropa que yo había visto poco antes. Caminaba despacio tras un muchachito que llevaba una jarra de plata.

Por un momento me atravesó una ola de temor frío, ante la extrañeza sin precedentes de mi experiencia. Sentí que el materialista mundo del siglo XX se desprendía de mí; ¿estaba regresando a los antiguos tiempos en que Jesús se apareció a Pedro en el mar?

Cuando Sri Yukteswar, un Cristo Yogui moderno, llegó al lugar donde Dijen y yo estábamos paralizados sin habla, el Maestro sonrió a mi amigo y comentó:

“También te envié a ti un mensaje, pero no fuiste capaz de captarlo”.

Dijen se calló, pero me lanzó una mirada que sospecho era de odio. Después de acompañar a nuestro gurú a su ermita, mi amigo y yo proseguimos hasta el Serampore College. Dijen se paró en la calle, la indignación salía de cada uno de sus poros.

“¡Bien! ¡El Maestro me envió un mensaje! ¡Pero tú lo encubriste! ¡Exijo una explicación!”.

“¿Tengo yo la culpa si tu espejo mental oscila con tal inquietud que no puedes recoger las instrucciones de nuestro gurú?”. Le repliqué.

La ira desapareció del rostro de Dijen. “Comprendo a qué te refieres”, dijo tristemente. “Pero, por favor, explícame cómo pudiste saber lo del chico con la jarra”.

Mi amigo y yo habíamos llegado al Serampore College cuando terminé el relato de la espectacular aparición del Maestro aquella mañana en la residencia.

“La narración que acabo de oír de los poderes de nuestro gurú”, exclamó Dijen, “me hace sentir que cualquier universidad del mundo no es sino un jardín de infancia”.

ÍNDICE

- 
- 1 El bengalí “Adiós”; literalmente es una paradoja esperanzadora: “Entonces vengo”. [Volver](#)
  - 2 El sonido característico de la desmaterialización de los átomos corporales. [Volver](#)
- 



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Veinte

### No Visitamos Cachemira

“Padre, quiero invitar al Maestro y cuatro amigos a acompañarme a las estribaciones del Himalaya durante las vacaciones de verano. ¿Podría disponer de seis pases para el tren a Cachemira y suficiente dinero para los gastos del viaje?”.

Tal como esperaba, mi padre se rió de buena gana. “Es la tercera vez que me vienes con el mismo cuento. ¿No me pediste lo mismo el verano pasado y el año anterior? En el último momento, Sri Yukteswar rehusó ir”.

“Es verdad, padre; no sé por qué mi gurú no me da su consentimiento definitivo para ir a Cachemira<sup>1</sup>. Pero le dije que tú ya me habías garantizado los pases, así que esta vez creo que consentirá en hacer el viaje”.

Mi padre no se convenció de momento, pero al día siguiente, después de algunas bromas joviales, me tendió seis pases y un fajo de billetes de diez rupías.

“Me cuesta creer que tu teórico viaje necesite tales apoyos prácticos”, observó, “pero aquí los tienes”.

Aquella tarde mostré mi botín a Sri Yukteswar. Aunque sonrió al ver mi entusiasmo, sus palabras fueron evasivas: “Me gustaría ir; veremos”. No hizo ningún comentario cuando le pedí a su joven discípulo de la ermita, Kanai, que nos acompañara. Invité también a otros tres amigos, Rajendra Nath Mitra, Jotin Auddy y otro muchacho. Se fijó la fecha de nuestra marcha para el lunes siguiente.

El sábado y el domingo me quedé en Calcuta, ya que en nuestra casa familiar estaban comenzando a celebrarse los rituales de la boda de un primo. El lunes por la mañana temprano llegué a Serampore con mi equipaje. Rajendra vino a mi encuentro a la puerta de la ermita.

“El Maestro ha salido, a pasear. Se niega a ir”.

Me sentí lastimado y terco por igual. “No le daré a mi padre una tercera oportunidad de poner en ridículo mis quiméricos planes sobre Cachemira. Ven; los demás iremos de todas formas”.

Rajendra estuvo de acuerdo; dejé el ashram para buscar a un sirviente. Sabía que Kanai no emprendería el viaje sin el Maestro y necesitábamos a alguien que cuidara del equipaje. Me acordé de Behari, que había servido anteriormente en casa y ahora estaba empleado con un maestro de escuela de Serampore. Caminaba enérgicamente, cuando encontré a mi gurú frente a la iglesia cristiana próxima al palacio de justicia de Serampore.

“¿A dónde vas?”. El gesto de Sri Yukteswar era adusto.

“Señor, he sabido que usted y Kanai no emprenderán el viaje que habíamos planeado. Voy a buscar a Behari. Recordará que el año pasado estaba tan ansioso por ver Cachemira, que se ofreció incluso a servirnos gratis”.

“Lo recuerdo. Sin embargo, no creo que Behari esté dispuesto a ir”.

Me exasperé. “¡Precisamente está esperando con impaciencia esta oportunidad!”.

Mi gurú reanudó su paseo en silencio; llegué enseguida a la casa del maestro. Behari, en el patio, me saludó con amistoso calor, que desapareció de repente tan pronto como mencioné Cachemira. Mascullando una disculpa, el criado me dejó y entró en casa de su patrón. Esperé durante media hora, asegurándome nerviosamente a mí mismo que la tardanza de Behari la causaban los preparativos del viaje. Por fin llamé a la puerta principal.

“Behari salió por las escaleras de atrás hace unos treinta minutos”, me informó un hombre. Una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios.

Me marché tristemente, preguntándome si mi invitación habría sido demasiado coercitiva o si la influencia invisible del Maestro tendría algo que ver. Al pasar por la iglesia cristiana, vi que de nuevo mi gurú caminaba despacio hacia mí. Sin esperar a oír mis noticias, exclamó:

“¡Así que Behari no quiso ir! Entonces, ¿cuáles son tus planes?”.

Me sentí como un niño caprichoso, decidido a desafiar a su autoritario padre. “Señor, voy a

pedir a mi tío que me preste a su criado, Lal Dhari”.

“Ve a ver a tu tío si quieres”, contestó Sri Yukteswar con una risita. “Pero no creo que te guste la visita”.

Inquieto pero rebelde, dejé a mi gurú y entré en el palacio de justicia de Serampore. Mi tío paterno, Sarada Ghosh, abogado del estado, me recibió cariñosamente.

“Hoy salgo para Cachemira con unos amigos”, le dije. “Llevo años ansiando este viaje al Himalaya”.

“Me alegro por ti, Mukunda. ¿Puedo hacer algo para que tu viaje resulte más cómodo?”.

Estas amables palabras me dieron valor. “Querido tío”, dije, “¿podrías prestarme a tu criado, Lal Dhari?”.

Mi simple petición tuvo el efecto de un terremoto. Mi tío dio un salto tan violento, que su silla volcó, los papeles del escritorio volaron en todas direcciones y su pipa, una larga pipa de tubo de cocotero y bombilla de agua, cayó al suelo con gran estrépito.

“¡Joven egoísta!”, gritó temblando de cólera, “¿qué idea más absurda! ¿Quién cuidará de mí si te llevas a mi criado a una de tus excursiones de placer?”.

Oculté mi sorpresa, pensando que el repentino cambio de frente de mi afable tío era sólo uno más de los enigmas de este día totalmente volcado a lo incomprensible. Mi retirada del palacio de justicia fue más rápida que digna.

Regresé a la ermita, donde mis amigos estaban reunidos expectantes. Comenzaba a apoderarse de mí la convicción de que, detrás de la actitud del Maestro, había algún motivo sumamente recóndito, pero suficiente. Se apoderó de mí el remordimiento de haber estado intentando interponerme a la voluntad de mi gurú.

“Mukunda, ¿querrías quedarte un poco más conmigo?”, preguntó Sri Yukteswar. “Rajendra y los demás pueden ir delante y esperarte en Calcuta. Hay tiempo de sobra para coger el último tren de la noche para Cachemira”.

“Señor, no quiero ir sin usted”, dije tristemente.

Mis amigos no prestaron la más mínima atención a mi comentario. Llamaron a un coche de alquiler y se marcharon con todo el equipaje. Kanai y yo nos sentamos en calma a los pies de nuestro gurú. Tras media hora de completo silencio, el Maestro se puso en pie y se dirigió al comedor del segundo piso que daba al patio.

“Kanai, por favor, sirve la comida a Mukunda. Su tren no tardará en salir”.

Levantándome del banquito en que estaba sentado, de pronto me tambaleé con sensación de náusea y el estómago terriblemente revuelto. El punzante dolor era tan intenso, que sentí que había sido arrojado bruscamente a algún terrible infierno. Avanzando a tientas hacia mi gurú, me desplomé ante él, atacado por los síntomas del temido cólera asiático. Sri Yukteswar y Kanai me llevaron a la sala.

Sufriendo una atroz agonía, grité, “Maestro le entrego mi vida”; pues realmente creí que abandonaba rápidamente las riberas de mi cuerpo.

Sri Yukteswar puso mi cabeza en su regazo, acariciando mi frente con angelical ternura.

“Ahora puedes ver lo que habría ocurrido si hubieras ido a la estación con tus amigos”, dijo. “Tuve que cuidarte de esta extraña manera, porque elegiste dudar de mi opinión sobre emprender el viaje en este momento concreto”.

Por fin comprendí. Dado que los grandes maestros raramente consideran oportuno mostrar sus poderes abiertamente, un observador casual de los acontecimientos de aquel día podría imaginar que su secuencia fue bastante natural. La intervención de mi gurú había sido demasiado sutil para resultar sospechosa. Había aplicado su voluntad a través de Behari y mi tío Sarada y de Rajendra y los demás de una forma tan poco llamativa, que probablemente todos excepto yo creyeron que las situaciones habían seguido una lógica normal.

Como Sri Yukteswar jamás descuidaba sus obligaciones sociales, dio instrucciones a Kanai para que fuera a buscar a un especialista y se lo notificara a mi tío.

“Maestro”, protesté, “sólo usted puede curarme. Es demasiado tarde para un médico”.

“Hijo, estás protegido por la Gracia Divina. No te preocupes por el doctor; no te encontrará en este estado. Ya estás curado”.

Con las palabras de mi gurú, el atroz sufrimiento me dejó. Me senté sin fuerzas. Pronto llegó un médico y me examinó cuidadosamente.

“Parece que has pasado lo peor”, dijo. “Cogeré algunas muestras para las pruebas de laboratorio”.

A la mañana siguiente el médico llegó apresuradamente. Yo estaba sentado, muy animado.

“Bueno, bueno, aquí estás, sonriendo y charlando como si no hubieras estado cerca de la muerte”. Me dio suaves palmaditas en la mano. “Casi no esperaba encontrarte con vida, después de descubrir en las muestras que tu enfermedad era el cólera asiático. Jovencito, ¡eres

afortunado al tener un gurú con poderes de curación divinos! ¡Estoy convencido de ello!”.

Asentí sin condiciones. Cuando el doctor se preparaba para irse, Rajendra y Auddy aparecieron en la puerta. El resentimiento de sus rostros se mudó en compasión al ver al médico y a continuación mi pálido semblante.

“Nos enfadamos cuando no llegaste en el tren de Calcuta, como habíamos acordado. ¿Has estado enfermo?”.

“Sí”. No pude evitar reírme cuando mis amigos pusieron el equipaje en el mismo rincón que había ocupado el día anterior. Cité: “Érase una vez un barco que se fue a España; y antes de haber llegado ¡ya había regresado!”.

El Maestro entró en la habitación. Me permití una libertad de convaleciente y apresé su mano cariñosamente.

“Guruji”, dije, “desde que tenía doce años he hecho muchos intentos infructuosos por llegar al Himalaya. Finalmente estoy convencido de que, sin sus bendiciones, la diosa Parvati<sup>2</sup> no me recibirá!”.

ÍNDICE

<sup>1</sup> Aunque el Maestro no dio ninguna explicación, su reticencia a visitar Cachemira durante aquellos veranos quizá se debía al conocimiento de que no había llegado el momento de que enfermara allí. (ver+) [Volver](#)

<sup>2</sup> Literalmente, “de las montañas”. Parvati, representada en la mitología como la hija de Himavat o las montañas sagradas, es un nombre que se le da a la *shakti* o “consorte” de Shiva. [Volver](#)





INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

## ÍNDICE

### Capítulo Veintiuno

#### Visitamos Cachemira

“Ya estás lo suficientemente fuerte para viajar. Te acompañaré a Cachemira”, me informó Sri Yukteswar dos días después de recuperarme milagrosamente del cólera.

Aquella tarde nuestro grupo de seis tomó el tren para el Norte. Viajábamos sin prisa y nuestra primera parada fue Simla, la regia ciudad que descansa en el trono de las colinas del Himalaya. Paseamos tranquilamente por las empinadas calles, admirando las magníficas vistas.

“Vendo fresas inglesas”, gritaba una anciana sentada en cucullas en un pintoresco mercado al aire libre.

El Maestro sintió curiosidad por las extrañas frutitas rojas. Compró una cesta y nos ofreció a Kanai y a mí, que estábamos cerca. Probé una baya, pero la escupí a toda prisa en el suelo.

“Señor, ¡qué fruta tan ácida! ¡Jamás me gustarán las fresas!”.

Mi gurú se rió. “Oh, te gustarán, en América. Durante una cena tu anfitriona te las servirá con azúcar y nata. Después de que ella estruje las bayas con un tenedor, las probarás y dirás: ‘¡Qué fresas tan deliciosas!’”. Entonces recordarás este día en Simla”.

El vaticinio de Sri Yukteswar desapareció de mi mente, pero reapareció muchos años más tarde, poco después de mi llegada a América. Estaba cenando, invitado en casa de la señora Alice T. Hasey (Hermana Yogmata), en West Somerville, Massachusetts. Cuando trajeron a la mesa fresas como postre, mi anfitriona cogió su tenedor y estrujó las bayas, añadiendo nata y azúcar. “Es una fruta bastante agria; creo que le gustará preparada así”, observó.

Tomé un bocado. “¡Qué fresas tan deliciosas!”, exclamé. Inmediatamente, desde las insondables cavernas de la memoria, emergió la predicción de mi gurú en Simla. Quedé pasmado al comprender que, hacía mucho tiempo, la mente de Sri Yukteswar, sintonizada con Dios, había captado con total sensibilidad el programa de acontecimientos kármicos que vagaba por el éter del futuro.

Nuestro grupo dejó pronto Simla y tomó el tren para Rawalpindi. Allí alquilamos un amplio landó, tirado por dos caballos, con el que iniciamos un viaje de siete días a Srinagar, capital de Cachemira. El segundo día de nuestro viaje hacia el Norte nos trajo la vista de la auténtica inmensidad del Himalaya. Mientras las ruedas de hierro de nuestro coche chirriaban a lo largo de las calurosas carreteras empedradas, nosotros quedábamos embelesados por las cambiantes perspectivas de las grandiosas montañas.

“Señor”, dijo Auddy al Maestro, “estoy disfrutando enormemente de estos gloriosos panoramas en su sagrada compañía”.

Sentí un latido de placer ante la apreciación de Auddy, ya que yo actuaba como anfitrión del viaje. Sri Yukteswar captó mi pensamiento; se volvió hacia mí y susurró:

“No te sientas halagado; Auddy no está tan hechizado con el paisaje como con la perspectiva de dejarnos durante un tiempo suficientemente largo como para fumar un cigarro”.

Sentí una sacudida. “Señor”, dije en voz baja, “por favor, no rompa nuestra armonía con esas desagradables palabras. No puedo creer que Auddy esté anhelando fumar”<sup>1</sup>. Miré con aprensión a mi, normalmente, irrefrenable gurú.

“Muy bien; no le diré nada a Auddy”. Pero enseguida verás, cuando se detenga el landó, que Auddy aprovecha la oportunidad rápidamente”.

El coche llegó a un pequeño caravasar. Mientras nuestros caballos eran conducidos a beber, Auddy preguntó, “Señor, ¿le importa si me alejo por el río? Me gustaría respirar un poco al aire libre”.

Sri Yukteswar le dio permiso, pero me comentó, “Lo que él quiere es humo fresco, no aire fresco”.

El landó reanudó su ruidosa marcha por las carreteras polvorientas. Los ojos del Maestro brillaban; me indicó, “Estira el cuello por la puerta del coche y mira qué hace Auddy con el aire”.

Obedecí, quedé asombrado al ver a Auddy fabricando anillos con el humo del cigarro. Miré a

Sri Yukteswar pidiéndole disculpas con los ojos.

“Tenía usted razón, señor, como siempre. Auddy está disfrutando del panorama de echar humo”. Supuse que mi amigo había recibido un regalo del conductor del cabriolé; sabía que Auddy no había traído cigarrillos de Calcuta.

Continuamos nuestro laberíntico camino, adornado con vistas de ríos, valles, escarpados peñascos y numerosísimos niveles de montañas. Por las noches nos deteníamos en posadas rústicas y preparábamos nuestros propios alimentos. Sri Yukteswar tuvo especial cuidado con mi dieta, insistiendo en que tomara zumo de lima en todas las comidas. Todavía estaba débil, pero cada día mejoraba, a pesar de que el traqueteante coche estaba estrictamente diseñado para la incomodidad.

Nuestro corazón se llenaba de felices expectativas a medida que nos acercábamos a la Cachemira central, tierra paradisíaca de lagos de lotos, jardines flotantes, casas flotantes alegremente entoldadas, el Río Jhelum de los numerosos puentes y pastos tapizados de flores, todo circundado por la majestuosidad del Himalaya. La llegada a Srinagar fue por una avenida de altos y acogedores árboles. Alquilamos habitaciones en una posada de dos pisos que miraba hacia las imponentes montañas. No había agua corriente; sacábamos la que necesitábamos de un pozo cercano. En verano el tiempo es ideal, con días cálidos y noches ligeramente frías.

Hicimos una peregrinación al antiguo templo de Swami Shankara en Srinagar. Mientras miraba hacia la ermita situada en la cúspide de la montaña, atrevidamente erguida contra el cielo, entré en un trance extático. Tuve la visión de una mansión en lo alto de una colina, en un país lejano. El altivo ashram de Shankara que tenía ante mí, se transformó en la estructura en la que, años después, establecí la sede central de Self-Realization Fellowship en América. Cuando visité Los Ángeles por primera vez y vi el gran edificio en la cima de Mount Washington, lo reconocí inmediatamente como el de mis antiguas visiones en Cachemira y otros lugares.

Algunos días en Srinagar; después Gulmarg (“senderos de montaña floridos”), a mil ochocientos metros de altitud. Allí monté por primera vez un caballo grande. Rajendra montó un pequeño caballo trotón, cuyo corazón estaba incendiado por la ambición de correr. Nos aventuramos hacia el escarpadísimo Khilanmarg; el sendero discurría entre densos bosques, abundantes en setas de árbol, donde los caminos envueltos en niebla eran precarios. Pero el pequeño animal de Rajendra no dejaba a mi descomunal corcel un momento de descanso, ni siquiera en las curvas más peligrosas. Adelante, adelante, allá iba el incansable caballo de Rajendra, olvidado de todo salvo del deleite de la competición.

Nuestra agotadora carrera fue premiada con un panorama que quitaba la respiración. Por primera vez en esta vida, contemplé en todas direcciones los sublimes casquetes de hielo del Himalaya, extendiéndose plano tras plano como siluetas de inmensos osos polares. Mis ojos fueron jubilosamente agasajados con una interminable sucesión de montañas heladas contra resplandecientes cielos azules.

Me eché a rodar alegremente con mis jóvenes compañeros, todos llevábamos abrigo, por las centelleantes pendientes blancas. En nuestro viaje de descenso vimos a lo lejos una gran alfombra de flores amarillas, que transfiguraban por completo las inhóspitas colinas.

Nuestras siguientes excursiones fueron a los famosos “jardines de recreo” reales del Emperador Jehangir, a Shalimar y a Nishat Bagh. El antiguo palacio de Nishat Bagh está construido directamente sobre una cascada natural. Precipitándose desde las montañas, el torrente ha sido regulado con ingeniosas estratagemas para que fluya por terrazas llenas de colorido y se derrame en fuentes entre deslumbrantes lechos de flores. La corriente también entra en varias habitaciones del palacio, dejándose caer por último, como un hada, en un lago. Los inmensos jardines son un desenfreno de color, rosas de una docena de tonalidades, dragones, lavanda, pensamientos, amapolas. Filas simétricas de *chinars*<sup>2</sup>, cipreses, cerezos, construyen el perfil de un cierre esmeralda; más allá se levantan las blancas austeridades del Himalaya.

Las uvas de Cachemira se consideran en Calcuta una rara delicia. Rajendra, que se había prometido un festín al llegar a Cachemira, quedó desilusionado al saber que no había viñedos. De vez en cuando yo le impacientaba en broma sobre sus expectativas sin base.

“¡Oh, me he atracado de uvas de tal forma que no puedo andar!”, le decía. “¡Las uvas invisibles están elaborándose dentro de mí!”. Más tarde supe que en Kabul, al Oeste de Cachemira, crecen abundantemente uvas dulces. Nos consolamos con un helado hecho de *rabri*, una leche muy condensada y con pistachos.

Hicimos varios viajes en las *shikaras* o casas flotantes, a la sombra de los toldos bordados de rojo, por los intrincados canales del Lago Dal, una red de canales que parece una telaraña de agua. Las numerosas huertas flotantes, toscamente improvisadas con ramas y tierra, causan asombro, tan incongruente resulta al principio ver hortalizas y melones creciendo en medio de las vastas aguas. De vez en cuando se ve a un campesino, que desdeña estar “arraigado a la tierra”, remolcar su cuadrada parcela de “terreno” a un nuevo lugar en el lago de los muchos dedos.

Este valle escalonado es un paradigma de todas las bellezas terrenales. La Dama de Cachemira está coronada de montañas, engalanada de lagos y calzada con flores. En los últimos tiempos, tras haber recorrido muchos países lejanos, comprendí por qué a Cachemira se le considera el lugar más pintoresco de la tierra. Posee algunos de los encantos de los Alpes Suizos, del Lago Lomond de Escocia y de los exquisitos lagos ingleses. Un americano que viaje por Cachemira verá muchas cosas que le recordarán la escabrosa grandiosidad de Alaska y de los Pikes Peak cerca de Denver.

En un concurso de bellezas paisajísticas, otorgo el primer premio, o bien a los magníficos panoramas de Xochimilco, en Méjico, donde montañas, cielo y álamos se reflejan en miríadas de



canales de agua entre los juguetones peces o a los lagos que semejan joyas de Cachemira, custodiados como bellas doncellas por la severa vigilancia del Himalaya. Estos dos lugares destacan en mi memoria como los más hermosos escenarios de la tierra.

También me impresionaron cuando las contemplé por primera vez las maravillas del Parque Nacional de Yellowstone, el Gran Cañón del Colorado y Alaska. El Parque de Yellowstone es quizá la única región en donde pueden verse innumerables géiseres, lanzados hacia arriba, funcionando año tras año con la regularidad de un reloj. Sus charcas de ópalo y zafiro y sus manantiales de calientes aguas sulfurosas, sus osos y animales salvajes, nos hacen pensar que aquí la Naturaleza dejó una muestra de su creación inicial. Viajando por las carretas de Wyoming hacia el “Devil’s Paint Pot” de calientes lodos burbujeantes, con manantiales que borbotean, fuentes de vapor y géiseres que brotan en todas direcciones, estoy dispuesto a afirmar que Yellowstone se merece el premio especial a la singularidad.

Las antiguas y majestuosas secuoyas de Yosemite, que extienden sus enormes columnas hacia los cielos insondables, son verdes catedrales naturales, diseñadas con habilidad divina. Aunque en Oriente existen cataratas sorprendentes, ninguna es equiparable a la belleza torrencial de Niágara, cerca de la frontera canadiense. Las Mammoth Caves de Kentucky y las Carlsbad Caverns de Nuevo Méjico, con las coloreadas formaciones que parecen carámbanos, son lugares de ensueño que nos dejan pasmados. Sus largas agujas de estalactitas que cuelgan de los techos de la cueva y se reflejan en las aguas subterráneas, ofrecen una visión de otros mundos que parecen imaginados por el hombre.

La mayoría de los hindúes de Cachemira, famosos en el mundo por su belleza, son tan blancos como europeos y tienen rasgos y estructura ósea similar; muchos tienen ojos azules y pelo rubio. Vestidos con ropas occidentales, parecen americanos. El frío Himalaya protege a los cachemires del sol sofocante y conserva su fino cutis. Cuando se viaja hacia el Sur, a las latitudes tropicales de la India, se ve que la gente es cada vez más oscura.

Después de pasar unas semanas felices en Cachemira, me vi obligado a regresar a Bengala para comenzar el curso en el Serampore College. Sri Yukteswar se quedó en Srinagar con Kanai y Auddy. Antes de marcharme, el Maestro insinuó que su cuerpo estaría expuesto a sufrir en Cachemira.

“Señor, es usted el retrato de la salud”, protesté.

“Existe la posibilidad de que incluso deje este mundo”.

“¡Guruji!” Cai a sus pies con gesto implorante. “Por favor, prométame que no dejará su cuerpo por ahora. Yo no estoy de ningún modo preparado para seguir sin usted”.

Sri Yukteswar guardó silencio, pero me sonrió tan compasivo que me sentí tranquilizado. Le dejé a regañadientes.

“El Maestro peligrosamente enfermo”. Este telegrama de Auddy me llegó poco después de regresar a Serampore.

“Señor”, telegrafíé desesperadamente a mi gurú, “prométame que no me dejará. Por favor, mantenga su cuerpo; de lo contrario yo también moriré”.

“Que sea como desees”. Ésta fue la respuesta de Sri Yukteswar desde Cachemira.

Unos días después llegó una carta de Auddy informando que el Maestro se había recuperado. Cuando regresó a Serampore, a la quincena siguiente, me afligió ver el cuerpo de mi gurú reducido a la mitad de su peso normal.

Afortunadamente para sus discípulos, Sri Yukteswar quemó muchos de sus pecados en el fuego de la grave fiebre que padeció en Cachemira. Los yoguis altamente avanzados conocen el método metafísico de la transferencia física de las enfermedades. Un hombre fuerte puede ayudar a uno más débil a llevar un peso; un superhombre es capaz de reducir los fardos físicos o mentales de sus discípulos, compartiendo el karma de sus acciones pasadas. Tal como un hombre rico pierde algún dinero cuando salda las elevadas deudas de su hijo pródigo, que se salva así de las funestas consecuencias de sus locuras, un maestro sacrifica de buena gana parte de su salud corporal para aliviar el sufrimiento de sus discípulos<sup>3</sup>.

Gracias a un método secreto, el yogui une su mente y su ser astral con quienes sufren; la enfermedad se transmite, totalmente o en parte, al cuerpo del santo. Habiendo cosechado a Dios en el campo físico, un maestro no se preocupa por lo que le suceda a esa forma material. Aunque puede permitirle experimentar determinada enfermedad para aliviar a otros, su mente no se ve afectada jamás; se considera a sí mismo afortunado por ser capaz de ofrecer tal ayuda.

El devoto que ha alcanzado la salvación final en el Señor, comprende que su cuerpo ha cumplido totalmente su objetivo; entonces puede utilizarlo como crea adecuado. Su labor en el mundo es aliviar el dolor de la humanidad, ya sea por medios espirituales, con consejos intelectuales, a través de la fuerza de voluntad o por la transferencia física de la enfermedad. Huyendo al superconsciente cuando lo desea, un maestro puede olvidar el sufrimiento físico; a veces elige soportar el dolor corporal estoicamente, como ejemplo para los discípulos. Adoptando las enfermedades de otros, un yogui puede satisfacer por ellos la ley kármica de causa y efecto. Esta ley actúa mecánicamente o matemáticamente; su funcionamiento puede ser manipulado científicamente por un hombre de sabiduría divina.

La ley espiritual no requiere que un maestro enferme cuando cura a otra persona. Generalmente las curaciones tienen lugar gracias al conocimiento por parte del santo de distintos métodos de curación instantánea, en la que no se produce daño para el sanador espiritual. No obstante, en raras ocasiones, un maestro que desea acelerar mucho la evolución de sus discípulos, puede liberar en su propio cuerpo una gran parte de su karma no deseado.

Jesús se señaló a sí mismo como redentor de los pecados de muchos. Con sus poderes divinos<sup>4</sup>, su cuerpo no tenía por qué verse jamás sujeto a la muerte por crucifixión, si no hubiese querido cooperar con la sutil ley cósmica de causa y efecto. Asumió las consecuencias del karma de otros; especialmente de sus discípulos. Así fueron grandemente purificados y estuvieron preparados para recibir la conciencia omnipresente que descendió más tarde sobre ellos.

Sólo un maestro autorrealizado puede transferir su fuerza vital o transmitir a su cuerpo las enfermedades de los demás. Un hombre corriente no puede utilizar este método yóguico de curación, ni es deseable que lo haga; pues un instrumento físico defectuoso es un obstáculo para la meditación en Dios. Las escrituras hindúes enseñan que el primer deber del hombre es mantener su cuerpo en buenas condiciones; de lo contrario su mente es incapaz de permanecer fija en concentración devocional.

No obstante, una mente muy fuerte puede superar todas las dificultades físicas y alcanzar la realización en Dios. Muchos santos han ignorado la enfermedad y tenido éxito en la búsqueda divina. San Francisco de Asís, gravemente enfermo, curaba a los demás e incluso los rescataba de la muerte.

En la India conocí a un santo que en una ocasión tuvo la mitad de su cuerpo cubierto de llagas purulentas. Su diabetes era tan aguda, que en condiciones normales no hubiera podido sentarse y permanecer quieto durante más de quince minutos. Pero su aspiración espiritual era inquebrantable. "Señor", oraba, "¿no vendrás a este destruido templo?". Con incesante dominio de la voluntad, el santo poco a poco fue capaz de sentarse diariamente en postura de loto durante dieciocho horas seguidas, absorto en trance extático.

Me dijo, "Y al cabo de tres años vi que la Luz Infinita brillaba en mi destrozada forma. Gozando del alegre esplendor, olvidé el cuerpo. Más tarde vi que, por medio de la Gracia Divina, se había reconstruido".

Existe un suceso histórico de curación que afectó al rey Baber (1483-1530), fundador del Imperio Mogol de la India. Su hijo, el príncipe Humayun, estaba mortalmente enfermo. El padre rezó con angustiosa determinación para recibir la enfermedad y que su hijo fuera perdonado. Cuando todos los médicos habían perdido la esperanza, Humayun se recuperó. Inmediatamente Baber cayó enfermo y murió del mismo mal que había aquejado a su hijo. Humayun sucedió a Baber como Emperador del Indostán.

Muchas personas creen que todo maestro espiritual tiene, o debería tener, la salud y la fuerza de un Sandow. La suposición es infundada. Un cuerpo enfermo no indica que un gurú no esté en contacto con poderes divinos, del mismo modo que una larga y saludable vida no indica iluminación interior. En otras palabras, las condiciones del cuerpo físico no pueden ser tomadas como prueba de un maestro. Sus títulos distintivos deben buscarse en su propio campo, el espiritual.

Muchos buscadores occidentales desorientados, creen erróneamente que un orador elocuente o un escritor de metafísica deben ser maestros. Sin embargo, los rishis señalaron que la prueba de fuego de un maestro es la capacidad para entrar a voluntad en el estado sin respiración y mantener ininterrumpidamente el *samadhi* de *nirbikalpa*<sup>5</sup>. Sólo gracias a esos logros puede probar un ser humano que ha "dominado" a *maya* o la Ilusión Dualística Cósmica. Sólo él puede decir desde las profundidades de la realización: "*Ekan sat*", "Sólo existe Uno".

"Los Vedas declaran que el hombre ignorante, contento con hacer hasta la más ligera distinción entre el alma individual y el Ser Supremo, está expuesto a peligro", escribió Shankara, el gran monista. "Donde existe la dualidad a consecuencia de la ignorancia, uno contempla todas las cosas como distintas del Ser. Cuando se contempla todo como el Ser, no existe siquiera un átomo distinto del Ser..."

"Tan pronto como brota el conocimiento de la Realidad, ya no existen acciones pasadas, pertenecientes a la irrealidad corporal, cuyos frutos deban recogerse; del mismo modo que no existe el sueño tras despertar".

Sólo los grandes gurús son capaces de asumir el karma de sus discípulos. Sri Yukteswar no hubiera sufrido en Cachemira si no hubiera recibido permiso del Espíritu interior para ayudar a sus discípulos de esa extraña forma. Pocos santos estuvieron jamás más sensiblemente provistos de sabiduría para cumplir las órdenes divinas que mi Maestro sintonizado con Dios.

Cuando aventuré algunas palabras de compasión por su demacrada figura, mi gurú dijo alegremente:

"Tiene su lado bueno; ¡ahora puedo ponerme algunas *ganjis* (camisetas) pequeñas que no me servían desde hacía años!".

Oyendo la jovial risa del Maestro, recordé las palabras de S. Francisco de Sales: "¡Un santo triste es un triste santo!".

## ÍNDICE

- 1 En la India es una falta de respeto fumar en presencia de alguien de más edad o superior. [Volver](#)
- 2 El plátano oriental. [Volver](#)
- 3 Muchos santos cristianos, incluyendo a Teresa Neumann (ver pág. +), están familiarizados con la transferencia metafísica de la enfermedad. [Volver](#)
- 4 Cristo dijo, justo antes de ser conducido a la crucifixión: "¿Creéis que no puedo orar a mi Padre, que inmediatamente me enviaría más de doce legiones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las

escrituras, de que así tiene que suceder?". *Mateo 26:53-54*. [Volver](#)

[5](#) Ver capítulo 26 y capítulo 43 *nota 1*. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)

[ANANDAEDICIONES.ES](#)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

## ÍNDICE

### Capítulo Veintidós

#### El Corazón de una Imagen de Piedra

“Como leal esposa hindú, no deseo quejarme de mi marido. Pero anhelo verle cambiar sus materialistas puntos de vista. Disfruta ridiculizando los cuadros de santos de mi sala de meditación. Querido hermano, tengo profunda fe en que puedes ayudarme. ¿Verdad?”.

Mi hermana mayor, Roma, me miraba suplicante. Yo estaba haciéndole una corta visita en su casa de Calcuta, en Girish Bidyaratna Lane. Su súplica me conmovió, pues ella había ejercido una profunda influencia espiritual en mis primeros años y había intentado amorosamente llenar el vacío dejado en el círculo familiar por la muerte de mi madre.

“Querida hermana, por supuesto haré cuanto pueda”. Sonreí, ansioso por disipar la tristeza visible en su rostro, en contraste con su usual expresión de calma y alegría.

Roma y yo nos sentamos un momento en silenciosa oración, para ser guiados. Un año antes, mi hermana me había pedido ser iniciada en *Kriya Yoga*, en el que estaba haciendo notables progresos.

Una inspiración me embargó. “Mañana”, dije, “iré al templo de Dakshineswar. Por favor, ven conmigo y persuade a tu marido de que nos acompañe. Siento que en las vibraciones de ese lugar sagrado la Madre Divina tocará su corazón. Pero no le reveles nuestro propósito para que no se niegue a venir”.

Mi hermana consintió esperanzada. A la mañana siguiente muy temprano me complació ver que Roma y su marido estaban listos para el viaje. Mientras nuestro coche de alquiler traqueteaba por Upper Circular Road hacia Dakshineswar, mi cuñado, Satish Chandra Bose, se divertía mofándose de los gurús espirituales del presente, pasado y futuro. Noté que Roma sollozaba silenciosamente.



Iglesia de Auto-Realización de Todas las Religiones, San Diego, California



(Izquierda) Aquí aparezco con mis hermanas Roma (a la izquierda) y Nalini. (Derecha) Mi hermana Uma de jovencita.

“Hermana, ¡levanta el ánimo!”, susurré. “No des a tu marido la satisfacción de creer que tomamos sus burlas en serio”.

“Mukunda, ¿cómo puedes admirar a esos charlatanes inútiles?”, estaba diciendo Satish. “La apariencia de un *sadhu* es repulsiva. O bien está tan delgado como un esqueleto o tan tremendamente gordo como un elefante!”.

Me eché a reír. Mi amistosa reacción irritó a Satish; se retiró a un huraño silencio. Cuando nuestro coche entró en los terrenos de Dakshineswar, sonrió sarcásticamente.

“Supongo que esta excursión es un ardid para reformarme”.

Como me volví sin responder, me agarró por el brazo. “Joven Señor Monje”, dijo, “no olvide hacer los arreglos adecuados con las autoridades del templo para que nos proporcionen la comida del mediodía”.

“Ahora voy a meditar. No te preocupes por la comida”, le contesté con rudeza. “La Madre Divina se ocupará de ella”.

“No creo que la Madre Divina haga nada por mí. Pero te hago responsable de mi alimentación”. El tono de Satish era amenazador.

Me dirigí solo hacia el pórtico de columnas que recorre la fachada del gran templo de Kali o Madre Naturaleza. Eligiendo un sitio a la sombra de los pilares, me acomodé en la postura de loto. Aunque sólo eran alrededor de las siete, el sol de la mañana pronto sería sofocante.

El mundo se desvanecía a medida que entraba en el éxtasis de la devoción. Mi mente estaba concentrada en la Diosa Kali, cuya imagen en Dakshineswar había sido especial objeto de adoración por el gran maestro Sri Ramakrishna Paramhansa. En respuesta a sus angustiadas peticiones, con frecuencia la imagen de piedra de este templo había tomado forma viviente y había hablado con él.

“Silenciosa Madre de corazón pétreo”, oré, “Tú te llenabas de vida a petición de Tu amado devoto Ramakrishna; ¿por qué no prestas también atención a los lamentos de este anhelante

hijo Tuyo?”.

Mi vehemente fervor aumentaba sin límites, acompañado por una paz divina. Pero cuando después de cinco horas, la Diosa, a quien estaba visualizando interiormente, no había respondido, me sentí levemente desalentado. A veces es una prueba de Dios diferir la satisfacción de las plegarias. Pero Él aparece finalmente al devoto que persiste, sea cual sea la forma que a éste le resulte querida. Un devoto cristiano ve a Jesús; un hindú contempla a Krishna o a la Diosa Kali o una expansiva Luz, si su veneración toma un giro impersonal.

Abrí los ojos a regañadientes y vi que un sacerdote estaba cerrando las puertas del templo, de acuerdo con la costumbre del mediodía. Me levanté de mi retirado asiento en el techado pórtico abierto y caminé por el patio. Su suelo de piedra abrasaba bajo el sol del mediodía; mis pies descalzos se quemaban dolorosamente.

“Madre Divina”, me quejé silenciosamente, “No has venido a mí en visión y ahora te ocultas en el templo, tras las puertas cerradas. Hoy quería ofrecerte una oración especial en nombre de mi cuñado”.

Mi petición interior fue respondida instantáneamente. Primero descendió por mi espalda y bajo mis pies una deliciosa onda de frescor, que disipó toda incomodidad. A continuación, para mi sorpresa, el templo aumentó enormemente. Su gran puerta se abrió despacio, mostrando la figura de piedra de la Diosa Kali. Gradualmente se convirtió en una forma viva, que me saludaba con la cabeza, sonriente, emocionándose con una alegría indescriptible. Como por la acción de una jeringuilla mística, la respiración se retiró de mis pulmones; mi cuerpo quedó muy quieto, aunque no inerte.

Le siguió una expansión extática de la conciencia. A mi izquierda podía ver claramente varios kilómetros del Ganges y, más allá del templo, todos los recintos de Dakshineswar. Los muros de los edificios espejeaban transparentes; a través de ellos observé a la gente que caminaba de un lado para otro a muchos metros de distancia.

Aunque me encontraba en el estado sin respiración y mi cuerpo poseía una extraña quietud, podía mover libremente las manos y los pies. Durante varios minutos hice la prueba de abrir y cerrar los ojos; en cualquiera de los dos estados veía perfectamente todo el panorama de Dakshineswar.

La visión espiritual, como rayos X, penetra la materia; el ojo divino es centro en todas partes, circunferencia en ninguna. Allí, de pie en el soleado patio, comprendí una vez más que cuando el hombre deja de ser un hijo pródigo de Dios, absorbo en un mundo físico realmente soñado, tan sin base como una burbuja, vuelve a heredar sus reinos eternos. Si el “escapismo” es una necesidad del hombre, apretujado en su estrecha personalidad, ¿puede compararse ninguna evasión con la majestad de la omnipresencia?

En mi sagrada experiencia en Dakshineswar, los únicos objetos que aumentaron extraordinariamente fueron el templo y la figura de la Diosa. Todo lo demás aparecía con sus dimensiones normales, aunque envuelto en un tenue halo de luz, blanca, azul y con los matices pastel de un arco iris. Mi cuerpo parecía estar hecho de sustancia etérea, listo para levitar. Totalmente consciente de lo material que me rodeaba, miré a mi alrededor y di algunos pasos, sin interrumpir la continuidad de la gozosa visión.

De pronto, tras los muros del templo vislumbré a mi cuñado, que estaba sentado bajo las espinosas ramas de un sagrado árbol *bel*. Podía seguir sin esfuerzo el curso de sus pensamientos. Elevado en cierta medida por la sagrada influencia de Dakshineswar, su mente todavía sostenía reflexiones poco amables sobre mí. Me volví directamente hacia la gentil figura de la Diosa.

“Madre Divina”, oré, “¿por qué no transformas espiritualmente al marido de mi hermana?”.

La bella figura, hasta entonces en silencio, habló al fin: “¡Que tu deseo sea satisfecho!”.

Miré a Satish feliz. Como si fuera intuitivamente consciente de que estaba actuando algún poder espiritual, se levantó del suelo con resentimiento. Le vi correr por detrás del templo; se acercó a mí, blandiendo el puño.

La visión que todo lo abarcaba desapareció. Ya no podía ver a la gloriosa Diosa; el imponente templo se redujo a su tamaño normal, sin transparencia. Mi cuerpo se abrasaba de nuevo bajo los inclementes rayos del sol. Salté a refugiarme en el pórtico, a donde Satish me persiguió con ira. Miré el reloj. Era la una; la visión divina había durado una hora.

“Tú, pequeño inútil”, soltó mi cuñado, “has estado sentado con las piernas cruzadas y los ojos cruzados durante seis horas. He caminado arriba y abajo observándote. ¿Dónde está mi comida? El templo está cerrado; no se lo comunicaste a las autoridades; ¡nos hemos quedado sin comer!”.

La exaltación que había sentido en presencia de la Diosa todavía vibraba en mi corazón. Me atreví a exclamar, “¡Madre Divina danos de comer!”.

Satish estaba fuera de sí de rabia. “¡De una vez por todas”, gritó, “me gustaría ver a tu Madre Divina traernos aquí la comida sin previo aviso!”.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando un sacerdote del templo cruzó el patio y se reunió con nosotros.

“Hijo”, se dirigió a mí, “he observado tu rostro serenamente resplandeciente durante horas de meditación. Vi llegar a tu grupo esta mañana y sentí el deseo de apartar una buena ración de alimentos para vuestra comida. Va contra las reglas del templo dar de comer a quienes no lo han



solicitado de antemano, pero he hecho una excepción por vosotros”.

Le di las gracias y miré a Satish a los ojos. Estaba arrebatado de emoción, bajó la mirada con silencioso arrepentimiento. Cuando nos sirvieron una succulenta comida, que incluía mangos fuera de estación, me di cuenta de que el apetito de mi cuñado era escaso. Estaba abrumado, profundamente inmerso en el océano de los pensamientos. En el viaje de regreso a Calcuta, Satish, con dulce expresión, me miraba de vez en cuando suplicante. Pero no dijo una sola palabra desde el momento que el sacerdote, como si respondiera directamente al desafío de Satish, apareció para invitarnos a comer.

Al día siguiente fui a visitar a mi hermana. Me recibió cariñosamente.

“Querido hermano”, exclamó, “¡qué milagro! Esta noche mi marido lloró abiertamente delante de mí.

“Amada *devi*”,<sup>1</sup> dijo, ‘no puedo expresar lo feliz que me siento de que el plan de reforma de tu hermano haya producido una transformación. Voy a deshacer todo el mal que te he hecho. Desde esta noche utilizaremos la habitación grande, de matrimonio, como lugar de culto; tu pequeña habitación de meditación pasará a ser nuestro dormitorio. Siento sinceramente haber ridiculizado a tu hermano. Por mi vergonzoso comportamiento, me castigaré a no hablar con Mukunda hasta que haya progresado en el sendero espiritual. Desde ahora buscaré profundamente a la Madre Divina; ¡estoy seguro de que algún día La encontraré!’”.

Años más tarde visité a mi cuñado en Delhi. Me llenó de alegría ver que había desarrollado una elevada autorrealización y había sido bendecido con la visión de la Madre Divina. Durante mi estancia, me di cuenta de que Satish pasaba en secreto la mayor parte de la noche en meditación divina, aunque sufría una grave enfermedad y durante el día estaba ocupado en la oficina.

Me asaltó el pensamiento de que la vida de mi cuñado no sería larga. Roma debió leer mi mente.

“Querido hermano”, dijo, “yo estoy bien y mi esposo está enfermo. Sin embargo, quiero que sepas que, como una esposa hindú entregada, iré la primera a la muerte.”<sup>2</sup> No falta mucho para que yo fallezca”.

Desconcertado por sus inquietantes palabras, sentí sin embargo la herida de su verdad. Estaba en América cuando murió mi hermana, alrededor de un año después de su predicción. Mi hermano más joven, Bishnu, me dio más tarde los detalles.

“Roma y Satish estaban en Calcuta cuando ella murió”, me contó Bishnu. “Aquella mañana ella se vistió con su ajuar de novia.

“¿A qué viene ese traje especial?’ preguntó Satish.

“Éste es mi último día de servirte en la tierra’, contestó Roma. Poco después sufrió un ataque al corazón. Como su hijo estaba apresurándose en buscar ayuda, le dijo:

“Hijo, no me dejes. No sirve de nada; me habré ido antes de que llegue el doctor’. Diez minutos más tarde, agarrada a los pies de su esposo en señal de reverencia, Roma dejó su cuerpo conscientemente, feliz y sin sufrimiento.

“Satish se hizo un solitario tras la muerte de su esposa”, continuó Bishnu. “Un día estábamos los dos mirando una fotografía de Roma en la que tenía una gran sonrisa.

“¿Por qué sonríes?’ exclamó de pronto Satish, como si su esposa estuviera presente. ‘Te crees muy lista porque te las arreglaste para irte antes que yo. Te demostraré que no puedes estar mucho tiempo sin mí; pronto me reuniré contigo’.

“Aunque por entonces Satish se había recuperado totalmente de su enfermedad y gozaba de excelente salud, murió sin causa aparente poco después de su extraño comentario delante de la fotografía”.

Así murieron, proféticamente, mi hermana mayor, Roma, y su esposo Satish, quien en Dakshineswar pasó de ser un hombre de mundo corriente a un silencioso santo.

## ÍNDICE

1 Diosa. [Volver](#)

2 La esposa hindú cree que morir antes que su marido es un signo de avance espiritual, como prueba de su leal servicio a él o “morir con las botas puestas”. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Veintitrés

### Recibo el Título Universitario

“Desconoces el libro de texto de Filosofía. Sin duda confías en una ‘intuición’ sin trabajo para aprobar los exámenes. Pero a menos que te apliques de una forma más académica, me encargaré de que no pases este curso”.

El profesor D. C. Ghoshal del Serampore College se dirigía a mí con severidad. Si suspendía el examen escrito final de su asignatura, no tendría derecho a presentarme a los exámenes decisivos. Estos son formulados por la facultad de la Universidad de Calcuta, que cuenta al Serampore College entre sus centros filiales. Un estudiante indio que suspende una asignatura en los exámenes finales de la licenciatura, al año siguiente tiene que examinarse de nuevo de *todas* las asignaturas.

Mis profesores del Serampore College generalmente me trataban con amabilidad, no exenta de cierta tolerancia simpática. “Mukunda está un poco borracho de religión”. Así catalogado, me evitaban con tacto la vergüenza de responder a preguntas en el aula; confiaban en los exámenes escritos finales para eliminarme de la lista de candidatos a la licenciatura. Su opinión había pasado a mis compañeros de estudios, quienes la expresaban en el apodo, “Monje Loco”.

Tomé una ingeniosa medida para invalidar la amenaza del profesor Ghoshal de suspenderme en Filosofía. Cuando estaban a punto de hacerse públicos los resultados de los exámenes finales, pedí a un condiscípulo que me acompañara al despacho del profesor.

“Ven, necesito un testigo”, le dije a mi compañero. “Me sentiré muy desilusionado si no logro ser más listo que el profesor”.

El profesor Ghoshal meneó la cabeza cuando le pregunté la calificación que había dado a mi ejercicio.

“No estás entre quienes han aprobado”, dijo triunfante. Buscó en una gran pila depositada sobre su escritorio. “Tu ejercicio no está aquí; en cualquier caso has suspendido por no presentarte al examen”.

Me reí. “Señor, estuve allí. ¿Puedo revisar yo mismo el montón?”.

El profesor, perplejo, me dio su permiso; encontré rápidamente mi ejercicio, del que había omitido cuidadosamente cualquier identificación excepto mi número de lista. Al no ser advertido por la “bandera roja” de mi nombre, el profesor había dado una calificación elevada a mis respuestas, aunque no estaban adornadas con citas del libro de texto<sup>1</sup>.

Viéndose atrapado en mi ardid, murmuró, “¡De pura suerte!”. Añadió esperanzado, “Puedes estar seguro de que suspenderás en los exámenes finales de la licenciatura.

Con respecto a las pruebas en las demás asignaturas, recibí alguna preparación, especialmente de mi querido primo y amigo Prabhas Chandra Ghose<sup>2</sup>, hijo de mi tío Sarada. Pasé penosamente, pero con éxito –con las calificaciones mínimas necesarias– todos los exámenes finales.

En ese momento, tras cuatro años de facultad, tenía derecho a presentarme a los exámenes de la licenciatura. Sin embargo no pensaba utilizar ese privilegio. Los exámenes finales del Serampore College eran un juego de niños comparados con los duros exámenes que enviaría la Universidad de Calcuta para el título de licenciado. Mis visitas casi diarias a Sri Yukteswar me habían dejado muy poco tiempo para las aulas. ¡Era mi presencia, más que mi ausencia, lo que producía exclamaciones de asombro entre mis condiscípulos!

Mi rutina diaria consistía en salir en bicicleta sobre las nueve y media de la mañana. En una mano llevaba una ofrenda para mi gurú, algunas flores cogidas en el jardín de la residencia *Panthi*. Recibiéndome afable, el Maestro solía invitarme a comer. Yo, invariablemente, aceptaba con prontitud, feliz de desterrar por un día el pensamiento de la facultad. Después de escuchar durante horas el incomparable flujo de sabiduría de Sri Yukteswar o de ayudar en los quehaceres del ashram, alrededor de medianoche me iba a regañadientes a la *Panthi*. De vez en cuando pasaba toda la noche con mi gurú, tan felizmente absorto en su conversación, que apenas me daba cuenta del momento en que la oscuridad se convertía en amanecer.

Una noche, sobre las once, mientras me ponía los zapatos<sup>3</sup> para salir hacia la residencia, el Maestro me preguntó serio.

“¿Cuándo empiezan tus exámenes para la licenciatura?”.

“Dentro de cinco días, señor”.

“Espero que estés preparado”.

Paralizado por el susto, me quedé con un zapato en el aire. “Señor”, protesté, “usted sabe que he pasado los días con usted en vez de hacerlo con los profesores. ¿Cómo voy a representar la farsa de aparecer por esos difíciles exámenes?”.

Los ojos de Sri Yukteswar se encendieron mirándome fijamente. “Tienes que aparecer”. Su tono era friamente perentorio. “No le daremos a tu padre y a tus familiares motivo para criticar tu preferencia por la vida del ashram. Prométeme tan solo que te presentarás a los exámenes; responde a las preguntas lo mejor que puedas”.

Lágrimas incontrolables recorrieron mi rostro. Sentí que la orden del Maestro era poco razonable y que su interés era, cuando menos, tardío.

“Me presentaré si lo desea”, dije entre sollozos. “Pero ya no hay tiempo para una preparación adecuada”. Murmuré entre dientes, “¡Rellenaré las hojas respondiendo a las preguntas con sus enseñanzas!”.

Cuando al día siguiente entré en la ermita a la hora acostumbrada, presenté mi ramillete con cierta lúgubre solemnidad. Sri Yukteswar se rió de mi aire acongojado.

“Mukunda, ¿te ha fallado alguna vez el Señor, en un examen o en cualquier otra cosa?”.

“No, señor”, respondí con fuerza. Gratos recuerdos me inundaron vivificantes.

“No la pereza, sino un ardiente celo por Dios te ha impedido buscar los honores académicos”, mi gurú sonreía con bondad. Después de un silencio, citó. “‘Buscad primero el reino de Dios y Su rectitud; y todo lo demás se os dará por añadidura’”<sup>4</sup>.

Una vez más, como tantos miles de veces, sentí que en presencia del Maestro se me quitaba un peso. Cuando terminamos la comida, comíamos temprano, me sugirió que volviera a la *Panthe*.

“Tu amigo Romesh Chandra Dutt, ¿vive todavía en la residencia?”.

“Sí, señor”.

“Ponte en contacto con él; el Señor le inspirará a ayudarte con los exámenes”.

“Muy bien, señor; pero Romesh está especialmente ocupado. Es el primero de la clase y el curso es para él más duro que para los demás”.

El Maestro hizo caso omiso de mi objeción. “Romesh encontrará tiempo para ti. Ahora márchate”.

Regresé a la *Panthe* en bicicleta. La primera persona que encontré en el recinto de la residencia fue al estudioso Romesh. Como si tuviera todo el día libre, aceptó amablemente mi insegura petición.

“Por supuesto, estoy a tu servicio”. Aquella tarde y las de los días siguientes pasó varias horas preparándose en las distintas asignaturas.

“Creo que muchas preguntas de Literatura inglesa se centrarán en los recorridos de Childe Harold”, me dijo. “Tenemos que conseguir un atlas ahora mismo”.

Corrí a casa de mi tío Sarada y pedí prestado un atlas. Romesh señaló en el mapa de Europa los lugares visitados por el romántico viajero de Byron.

Algunos condiscípulos se habían reunido a nuestro alrededor para escuchar al profesor particular. “Romesh te aconseja mal”, comentó uno de ellos al terminar la sesión. “Generalmente sólo el cincuenta por cien de las preguntas se refieren a libros; la otra mitad trata sobre la vida de los autores”.

Cuando a la mañana siguiente me senté para el examen de inglés, una primera mirada a las preguntas me hizo derramar lágrimas de gratitud, que mojaron el papel. El encargado de la clase se acercó a mi pupitre y se interesó amablemente por mí.

“Mi gurú predijo que Romesh me ayudaría”, expliqué. ¡Mire; aquí, en la hoja de examen, están las preguntas exactas que dictó Romesh! Afortunadamente para mí, hay sólo unas pocas preguntas sobre autores ingleses, cuyas vidas, por lo que a mí concierne, están envueltas en profundo misterio!”.

Cuando regresé a la residencia se armó un revuelo. Los chicos que habían criticado el método de preparación de Romesh me miraban con asombro, ensordeciéndome casi con las felicitaciones. Durante la semana de exámenes pasé muchas horas con Romesh, que formulaba las preguntas que en su opinión tenían más probabilidades de ser puestas por los profesores. Un día tras otro, las preguntas de Romesh aparecían casi exactas en las hojas de examen.

Por la facultad circuló ampliamente la noticia de que estaba ocurriendo algo semejante a un milagro y que el éxito parecía seguro para el despistado “Monje Loco”. No hice nada por ocultar los hechos. Los profesores locales no tenían poder para cambiar las preguntas, que habían sido dispuestas por la Universidad de Calcuta.

Al pensar en el examen de Literatura inglesa, una mañana me di cuenta de que había cometido un grave error. Una sección de las preguntas estaba dividida en dos partes, A o B y C o D. En vez de responder a una pregunta de cada parte, había contestado cuidadosamente a las dos preguntas del Grupo I y no había tenido en cuenta para nada el Grupo II. La mejor calificación que podría conseguir en ese ejercicio sería 33, tres puntos menos de la nota de aprobado, 36. Corrí al Maestro y le conté el problema.

“Señor, he cometido un error imperdonable. No merezco las bendiciones divinas que recibo a través de Romesh; soy totalmente indigno de ellas”.

“Ánimo, Mukunda”. El tono de Sri Yukteswar era ligero y despreocupado. Señaló hacia la azul bóveda celeste. “¡Es más fácil que el sol y la luna intercambien sus posiciones en el espacio, que tú no consigas el título!”.

Dejé la ermita más tranquilo, aunque parecía matemáticamente inconcebible que yo aprobara. Miré aprensivo hacia el cielo una o dos veces; ¡el Señor del Día parecía sujeto con seguridad a su órbita habitual!”.

Cuando llegué a la *Panthi* oí por casualidad el comentario de un condiscípulo: “Acabo de enterarme de que este año, por primera vez, la nota requerida para aprobar Literatura inglesa ha sido rebajada”.

Entré en la habitación del chico a tal velocidad que me miró alarmado. Le pregunté con avidez.

“Monje de pelo largo”, dijo riendo, “¿a qué viene ese repentino interés en cuestiones escolares? ¿Por qué gritas en el último momento? Pero es cierto que la nota de aprobado acaba de rebajarse a 33 puntos”.

En dos saltos de felicidad llegué a mi habitación, donde me arrodillé y alabé la perfección matemática del Divino Padre.

Todos los días me emocionaba con la conciencia de una presencia espiritual que sentía claramente que estaba guiándome a través de Romesh. Ocurrió un incidente significativo en relación con el examen de Bengali. Romesh, que había prestado poca atención a esta asignatura, me llamó una mañana cuando ya salía de la residencia camino del aula de examen.

“Romesh te llama”, me dijo un compañero con impaciencia. “No des la vuelta; llegaremos tarde al aula”.

Sin tener en cuenta su consejo, regresé a la casa corriendo.

“Generalmente los chicos bengalíes aprueban fácilmente el examen de bengali”, me dijo Romesh. “Pero acabo de tener la corazonada de que este año los profesores se han propuesto masacrar a los estudiantes haciendo preguntas sobre nuestra Literatura antigua”. Entonces mi amigo resumió brevemente dos historias de la vida de Vidyasagar, un famoso filántropo.

Di las gracias a Romesh y pedaleé rápidamente hacia el aula. Resultó que el ejercicio de bengali tenía dos partes. La primera pregunta era: “Escribe dos ejemplos de las obras de caridad de Vidyasagar”. Mientras transfería al papel la sabiduría recientemente adquirida, susurré unas palabras de gratitud por haber atendido a la llamada de Romesh en el último minuto. Si hubiera sido un ignorante de los beneficios que Vidyasagar hizo a la humanidad (incluyéndome a mí), no hubiera aprobado el examen de Bengali. Suspendiendo una asignatura, me hubiera visto obligado a examinarme de nuevo de todas las asignaturas al año siguiente. Esta claro que tal perspectiva era detestable.

La segunda pregunta del ejercicio decía así: “Escribe un ensayo en Bengali sobre la vida del hombre que más te haya inspirado”. Amable lector, no necesito informarte de a quién elegí para el tema. Mientras cubría página tras página de alabanzas a mi gurú, sonreía al comprender que la predicción que formulé entre dientes estaba haciéndose realidad: “¡Llenaré las hojas con sus enseñanzas!”.

No me sentí inclinado a preguntar a Romesh sobre la asignatura de Filosofía. Confiando en mi larga preparación con Sri Yukteswar, dejé a un lado las explicaciones del libro de texto con total seguridad. La nota más alta de todos mis exámenes fue la de Filosofía. Las puntuaciones en las demás asignaturas rozaron justo el aprobado.

Es un placer dejar constancia de que mi desinteresado amigo Romesh recibió su título *cum laude*.

Mi padre estuvo muy sonriente durante la graduación. “Apenas puedo creer que hayas aprobado, Mukunda”, confesó. “Pasabas tanto tiempo con tu gurú”. Así pues, el Maestro había percibido correctamente la muda crítica de mi padre.

Durante años dudé que llegaría el día en que vería las siglas A.B. a continuación de mi nombre. Rara vez utilizo el título sin pensar que fue un regalo divino, que se me otorgó por razones algo oscuras. A veces oigo a personas con un título universitario señalar que son muy escasos los conocimientos aprendidos apresuradamente que han retenido tras la graduación. Esta confesión me consuela un poco de mis indudables deficiencias académicas.

El día que recibí el título de la Universidad de Calcuta me arrodillé a los pies de mi gurú y le di las gracias por todas las bendiciones que fluían desde su vida a la mía.

“Levántate Mukunda”, dijo indulgente. “Sencillamente al Señor le resultó más cómodo que tú te graduaras ¡que cambiar la posición del sol y la luna!”.

ÍNDICE



- 
- 1 Debo hacer al profesor Ghoshal la justicia de admitir que la tirante relación que existía entre nosotros no se debía a ningún error por su parte, sino únicamente a mis ausencias de clase y a mi falta de atención cuando asistía a ellas. El profesor Ghoshal era, y es, un notable orador con un vasto conocimiento en Filosofía. Años más tarde llegamos a un cordial entendimiento. [Volver](#)
- 2 Aunque mi primo y yo tenemos el mismo apellido Ghosh, Prabhas tenía la costumbre de transliterar su nombre al inglés como Ghose; por eso aquí sigo su forma de escribirlo. [Volver](#)
- 3 En las ermitas indias un discípulo se quita siempre los zapatos. [Volver](#)
- 4 Mateo 6:33. [Volver](#)
- 



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Veinticuatro

### Me Ordeno Monje de la Orden Swami

“Maestro, mi padre está ansioso porque acepte un puesto ejecutivo en el ferrocarril Bengal-Nagpur”. Añadí esperanzado, “Señor, ¿no podría usted hacerme monje de la Orden Swami?”. Miré a mi gurú suplicante. En años anteriores, para probar la profundidad de mi determinación, había rechazado la misma petición. Hoy, sin embargo, sonrió gentilmente.

“Muy bien; mañana te iniciaré como swami”. Prosiguió con calma, “Me siento feliz de que hayas persistido en tu deseo de ser monje. Lahiri Mahasaya solía decir: ‘Si no invitas a Dios a ser tu huésped durante el verano, no vendrá en el invierno de tu vida’”.

“Querido maestro, jamás vacilaría en mi objetivo de pertenecer a la Orden de los Swamis como usted mismo, a quien reverencio”. Le sonreí con inmenso cariño.

“Quien no se casa cuida de lo que pertenece al Señor, de cómo complacer al Señor; pero quien se casa cuida de las cosas del mundo, de cómo complacer a su esposa”<sup>1</sup>. He analizado las vidas de muchos amigos que, después de someterse a cierta disciplina espiritual, se casaron. Lanzados al mar de las responsabilidades mundanas, olvidaron su resolución de meditar profundamente.

Asignar a Dios un lugar secundario en la vida era, para mí, inconcebible. Aunque Él es el Dueño único del cosmos, que nos colma silenciosamente de dones vida tras vida, hay una cosa que no posee y que todo ser humano, en su corazón, tiene poder para negar o conceder, el amor humano. El Creador, al poner especial cuidado en envolver en un velo de misterio Su presencia en cada átomo de la creación sólo pudo tener un motivo, el íntimo deseo de que los hombres Le busquen únicamente por su libre albedrío. ¡Con qué guante de terciopelo de auténtica humildad no ha cubierto la mano de hierro de la omnipotencia!

El día siguiente fue uno de los más memorables de mi vida. Recuerdo que era un soleado jueves de Julio, en 1914, pocas semanas después de mi graduación en la universidad. En el corredor de la ermita de Serampore, el Maestro sumergió una pieza de seda blanca en tinte ocre, el color tradicional de la Orden de los Swamis. Cuando la tela se secó, mi gurú me la puso como túnica de renunciante.

“Algún día irás a Occidente, allí prefieren la seda”, dijo. “Como símbolo, he elegido para ti esta tela de seda en vez del algodón habitual”.

En la India, donde los monjes abrazan el ideal de pobreza, un swami vestido de seda resulta extraño. No obstante, muchos yoguis utilizan prendas de seda, que mantienen ciertas corrientes corporales sutiles mejor que el algodón.

“Soy reacio a las ceremonias”, señaló Sri Yukteswar. “Te ordenaré swami de la forma *bidwat* (no ceremoniosa).

El *bidwat* o iniciación solemne en la orden swami, incluye una ceremonia del fuego, durante la cual se realizan ritos funerarios simbólicos. Se representa que el cuerpo físico del discípulo está muerto y es cremado en la llama de la sabiduría. El swami recién ordenado recibe entonces una consigna, tal como “Este *atma* es Brahma”<sup>2</sup> o “Tú eres Eso” o “Yo soy Él”. Sin embargo, Sri Yukteswar, con su amor por la simplicidad, me eximió de todos esos ritos y sencillamente me pidió que eligiera un nuevo nombre.

“Te concederé el privilegio de escogerlo tú mismo”, dijo sonriendo.

“Yogananda”, respondí, tras pensarlo un momento. El nombre significa literalmente “Dicha (*ananda*) por medio de la unión divina (*yoga*)”.

“Así sea. Abandonando tu nombre de familia de Mukunda Lal Ghosh, de ahora en adelante te llamarás Yogananda, de la rama Giri de la Orden de los Swamis”.

Cuando me arrodillé ante Sri Yukteswar y le oí pronunciar por primera vez mi nuevo nombre, mi corazón rebotó de gratitud. ¡Qué incansable y amorosamente había trabajado para que el chico Mukunda se transformara un día en el monje Yogananda! Entoné lleno de alegría algunos versos del largo canto sánscrito del Señor Shankara:

“Ni mente, ni intelecto, ni ego, ni sentimiento;  
Ni cielo, ni tierra, ni metal soy.  
¡Soy Él, soy Él, Espíritu Bendito, soy Él!  
Ni nacimiento, ni muerte, ni casta tengo;



Padre, madre, no poseo.  
 ¡Soy Él, soy Él, Espíritu Bendito, soy Él!  
 Más allá de las ilusiones, sin forma soy,  
 Presente en todas las manifestaciones de la vida;  
 No temo la esclavitud; soy libre, siempre libre,  
 ¡Soy Él, soy Él, Espíritu Bendito, soy Él!"

Todo swami pertenece a la antigua orden monástica que fue organizada en los tiempos actuales por Shankara<sup>3</sup>. Dado que se trata de una orden formal, con una línea ininterrumpida de representantes santos sirviendo de líderes activos, ningún hombre puede darse a sí mismo el título de Swami. Sólo se recibe legítimamente de otro swami; de esta forma todos los monjes siguen el linaje espiritual de un gurú común, el Señor Shankara. En virtud de los votos de pobreza, castidad y obediencia al maestro espiritual, muchas órdenes monásticas cristianas se asemejan a la Orden de los Swamis.

Además de un nombre nuevo, generalmente terminado en *ananda*, el swami toma un título que indica su conexión formal con una de las diez subdivisiones de la Orden Swami. Estos *dasanamis* o denominaciones incluyen la *Giri* (montaña), a la que pertenecemos Sri Yukteswar y yo. Entre las demás ramas están la *Sagar* (mar), *Bharati* (campo), *Aranya* (bosque), *Puri* (territorio), *Tirtha* (lugar de peregrinación) y *Saraswati* (sabiduría de la naturaleza).

Por tanto el nuevo nombre recibido por un swami tiene un doble significado: representa el logro de la dicha suprema (*ananda*) a través de alguna cualidad o estado divino, amor, sabiduría, devoción, servicio, yoga y a través de la armonía con la naturaleza, que se expresa en la infinita vastedad de los océanos, las montañas, los cielos.

El ideal de servicio desinteresado a la humanidad y de renuncia a los vínculos y ambiciones personales, conduce a la mayoría de los swamis a dedicarse activamente al trabajo humanitario o educativo en la India o, a veces, en otros países. Ignorando todo prejuicio de casta, credo, clase, color, sexo o raza, un swami sigue los preceptos de la fraternidad humana. Su meta es la unidad total con el Espíritu. Empapando su conciencia, soñando y despierto, con el pensamiento "Yo soy Él", vaga contento por el mundo, pero no en él. Sólo así puede justificar su título de swami, quien busca alcanzar la unión con el *Swā* o Ser. No es necesario añadir que no todos los que poseen el título formal de swami tienen el mismo éxito en el logro de su elevada meta.

Sri Yukteswar era tanto un swami como un yogui. Un swami, formalmente monje en virtud de su conexión con la antigua orden, no siempre es un yogui. Todo el que practica una técnica científica de contacto con Dios, es un yogui; puede estar casado o soltero, ser un hombre del mundo o tener vínculos religiosos formales. Un swami quizá siga únicamente el árido sendero del razonamiento, de la fría renuncia; pero un yogui se entrega a un procedimiento definitivo por el que, paso a paso, la mente y el cuerpo se disciplinan y el alma se libera. No dando nada por sentado en el terreno emocional o en el de la fe, un yogui practica una serie de ejercicios rigurosamente comprobados, que fueron elaborados originalmente por los primeros rishis. El yoga ha producido en la India, en todas las épocas, hombres que llegaron a ser realmente libres, auténticos Cristo-Yoguis.

Como cualquier otra ciencia, el yoga es aplicable a personas de cualquier época y latitud. La teoría propuesta por ciertos escritores ignorantes, de que el yoga es "inadecuado para los occidentales", es totalmente falsa y lamentablemente ha impedido que muchos estudiantes sinceros busquen sus múltiples bendiciones. El yoga es un método gracias al cual se dominan las turbulencias naturales de los pensamientos, que impiden a todos los hombres, con absoluta imparcialidad, vislumbrar su auténtica naturaleza como Espíritu. El yoga no puede conocer barreras entre Oriente y Occidente, como no las conoce la curativa y equitativa luz del sol. Mientras el hombre posea una mente llena de pensamientos agitados, existirá una necesidad universal del yoga o control.



Tomado de B.K. Mitra en "Kalyana-Lapataru"

#### EL SEÑOR EN SU ASPECTO DE SHIVA

No se trata de un personaje histórico, como Krishna, Shiva es el nombre dado a Dios en el último aspecto de su naturaleza triple (Creador-Mantenedor-Destructor). Shiva, el Aniquilador de maya o engaño, se representa simbólicamente en las escrituras como el Señor de los Renunciantes, el Rey de los Yoguis. En el arte hindú aparece siempre con la luna nueva en el pelo y adornado de víboras, antiguo emblema de superación del mal y sabiduría perfecta. En Su frente se abre el ojo "único" de la omnisciencia.

El antiguo rishi Patanjali define el "yoga" como "control de las fluctuaciones de la mente"<sup>4</sup>. Su corta y magistral exposición, los *Yoga Sutras*, forma uno de los seis sistemas de la filosofía hindú<sup>5</sup>. En contraste con las filosofías occidentales, los seis sistemas hindúes comprenden no sólo enseñanzas teóricas, sino también prácticas. Además de todos los interrogantes ontológicos imaginables, los seis sistemas formulan seis claras disciplinas destinadas a eliminar el sufrimiento de forma permanente y a alcanzar la dicha eterna.

El hilo común que une a los seis sistemas es la afirmación de que para el hombre no puede existir auténtica libertad sin el conocimiento de la Realidad fundamental. Los *Upanishads* posteriores sostienen que, entre los seis sistemas, los *Yoga Sutras* contienen los métodos más eficaces para alcanzar la percepción directa de la verdad. Por medio de la práctica de las técnicas del yoga, el hombre deja definitivamente atrás los estériles reinos de la especulación y conoce por experiencia propia la verdadera Esencia.

El sistema *Yoga*, tal como lo trazó Patanjali, se conoce como el Sendero Óctuple. Los primeros pasos, (1) *yama* y (2) *niyama*, requieren la observancia de diez principios morales positivos y negativos: evitar hacer daño a los demás, mentir, robar, la falta de moderación y el recibir dádivas (lo que crea obligaciones); y pureza corporal y mental, contentamiento, auto disciplina, auto estudio y devoción a Dios.

Los siguientes pasos son: (3) *asana* (postura correcta), para meditar la columna vertebral debe mantenerse recta y el cuerpo firme en una posición cómoda; (4) *pranayama* (control del *prana*, corrientes vitales sutiles) y (5) *pratyahara* (retirar los sentidos de los objetos externos).

Los últimos pasos constituyen el yoga propiamente dicho: (6) *dharana* (concentración), mantener la mente en un único pensamiento; (7) *dhyana* (meditación) y (8) *samadhi* (percepción superconsciente). Éste es el Sendero Óctuple del Yoga<sup>6</sup>, que conduce a la meta final de *Kaivalya* (El Absoluto), un término que se entiende mejor expresado como "comprensión de la Verdad que está más allá de la aprehensión intelectual".

"¿Quién es más grande?", se puede preguntar, "¿un swami o un yogui?". Cuando se alcanza la unión final con Dios, las diferencias entre los distintos senderos desaparecen. No obstante, el *Bhagavad Gita* señala que los métodos del yoga lo abarcan todo. Sus técnicas no son únicamente para ciertos tipos y temperamentos, por ejemplo para quienes tienen inclinación por

la vida monástica; el yoga no exige una lealtad formal. Puesto que la ciencia del yoga satisface una necesidad universal, es de aplicación universal.

Un yogui auténtico puede seguir diligentemente en el mundo; en él es como la mantequilla en el agua y no como la fácilmente soluble leche de la humanidad agitada e indisciplinada. Cumplir las responsabilidades que se tienen en la tierra es realmente el sendero más elevado, con tal de que el yogui, sin involucrarse mentalmente en los deseos del ego, juegue su papel como un servicial instrumento de Dios.

Actualmente, tanto en América como en Europa y otros países no hindúes, viven muchas grandes almas que, si bien nunca han oído las palabras *yogui* y *swami*, son verdaderos ejemplos de estos términos. A través de su servicio desinteresado a la humanidad o de su dominio de las pasiones y los pensamientos o de su sincero amor a Dios, o a través de su gran poder de concentración, son, en cierto sentido, yoguis; se han fijado la meta del yoga, auto control, la cual hace posible dirigir con más consciencia la mente y la vida.

El Yoga ha sido mal comprendido por ciertos escritores occidentales, pero sus críticos jamás han sido personas que lo practican. Entre los muchos tributos serios que se han hecho al yoga, puede mencionarse uno del Dr. C. G. Jung, el famoso psicólogo suizo.

“Cuando un método religioso se recomienda a sí mismo como ‘científico’, puede estar seguro de encontrar público en Occidente. El Yoga satisface estas expectativas”, escribe el Dr. Jung.<sup>7</sup> “Aparte del encanto de lo nuevo y la fascinación por lo que se entiende a medias, existe una buena razón para que el Yoga tenga muchos partidarios. Ofrece la posibilidad de la experiencia controlable y satisface así la necesidad científica de ‘hechos’ y, además, por su amplitud y profundidad, su venerable edad, su doctrina y método, que incluye todas las etapas de la vida, promete posibilidades no soñadas.

“Toda práctica religiosa o filosófica supone disciplina psicológica, es decir, un método de higiene mental. Los múltiples y puramente corporales procedimientos del Yoga,<sup>8</sup> implican también una higiene psicológica que es superior a los ejercicios de gimnasia y respiración corrientes, ya que no son solamente mecánicos y científicos, sino también filosóficos; en su entrenamiento de las partes del cuerpo, las une con el espíritu total, como queda claro, por ejemplo, en los ejercicios de *Pranayama*, en los que *Prana* es a la vez la respiración y la dinámica universal del cosmos.

“Cuando lo que hace el individuo es también un acontecimiento cósmico, el efecto experimentado en el cuerpo (el sistema nervioso), se une a la emoción del espíritu (la idea universal) y se desarrolla así una vívida unión entre ambos que ninguna técnica, ni siquiera científica, puede lograr. La práctica del Yoga es impensable y será también inútil, sin los conceptos en que se basa el Yoga. Combina lo corporal y lo espiritual de una forma absolutamente única.

“En Oriente, donde se han desarrollado estas ideas y prácticas y donde varios miles de años de tradición ininterrumpida han creado los necesarios cimientos espirituales, es, como creo en verdad, el método perfecto y adecuado para fundir cuerpo y mente de forma que constituyan una unidad que apenas puede ponerse en duda. Esta unidad crea una disposición psicológica que posibilita la formación de intuiciones que trascienden la conciencia”.

En Occidente está cercano el día en que la ciencia interior del auto control se considere tan necesaria como la conquista exterior de la naturaleza. Esta nueva Era Atómica verá la mente humana abrirse y ampliarse gracias a la nueva verdad científicamente indiscutible de que la materia es en realidad energía concentrada. Las sutiles fuerzas de la mente humana pueden y deben liberar una energía mayor que la contenida en las piedras y los metales, a menos que el gigante atómico desatado recientemente se vuelva contra el mundo en una destrucción sin sentido.<sup>9</sup>

## ÍNDICE

I Corintios 7:32-33. [Volver](#)

Literalmente “Este alma es Espíritu”. El Espíritu Supremo, el No-creado, no está condicionado por nada (*neti, neti*, no esto, no aquello), pero en *Vedanta* suele hacerse referencia a él como *Sat-Chit-Ananda*, esto es, Ser-Inteligencia-Dicha. [Volver](#)

A veces se le llama Shankaracharya. *Acharya* significa “maestro religioso”. La datación de Shankara es centro de las usuales disputas eruditas. Algunos documentos indican que el incomparable monista vivió entre los años 510-478 a.C.; los historiadores occidentales lo sitúan al final del siglo VIII d.C. Los lectores interesados en la famosa exposición de Shankara *Brahma Sutras*, encontrarán una cuidada traducción al inglés del Dr. Paul Deussen: *System of the Vedanta* (Chicago: Open Court Publishing Company, 1912). Pueden encontrarse extractos de sus escritos en *Selected Works of Sri Shankaracharya* (Natesan & Co., Madrás). [Volver](#)

“*Chitta vritti nirodha*”, *Yoga Sutra* 1:2. La datación de Patanjali es desconocida, aunque algunos eruditos lo sitúan en el siglo II a.C. Los rishis han elaborado tratados en todos los temas con tal percepción, que el tiempo no ha podido pasarlos de moda; no obstante, para consternación de los historiadores, los sabios no han hecho ningún esfuerzo por agregar sus datos personales a sus obras literarias. Sabían que sus vidas tenían sólo una importancia pasajera, como destellos de una gran Vida infinita; y que la verdad es intemporal, no lleva marca de fábrica y no es posesión privada de nadie. [Volver](#)

Los seis sistemas ortodoxos (*saddarsana*) son: *Sankhya*, *Yoga*, *Vedanta*, *Mimansa*, *Nyaya* y *Vaisesika*. Los lectores con tendencias eruditas, se deleitarán con las sutilezas y el amplio alcance de estas formulaciones, resumidas, en inglés, en *History of Indian Philosophy*, Vol. I, del Prof. Surendranath DasGupta (Cambridge University Press, 1922). [Volver](#)

No debe confundirse con el “Noble Sendero Óctuple” del Budismo, una guía de conducta humana, que es como sigue: (1) Ideales correctos, (2) Móvil correcto, (3) Velocidad adecuada, (4) Acción correcta, (5) Medios de sustento correctos, (6) Esfuerzo adecuado, (7) Recuerdo correcto, (8) Realización correcta (*samadhi*). [Volver](#)

El Dr. Jung asistió al Indian Science Congress en 1937 y recibió un título honorífico de la Universidad de Calcuta. [Volver](#)

El Dr. Jung está refiriéndose aquí al *Hatha Yoga*, una rama específica de posturas corporales y técnicas para la curación y la longevidad. El *Hatha* es útil y produce resultados físicos espectaculares, pero esta rama del yoga es poco utilizada por los yoguis orientados a la liberación espiritual. [Volver](#)

9 Platón, en su historia sobre la Atlántida, *Timeo*, habla del avanzado estado de los conocimientos científicos de sus habitantes. Se cree que el continente perdido desapareció alrededor del año 9500 a.C. a consecuencia de un cataclismo natural; no obstante, algunos escritores metafísicos afirman que los habitantes de la Atlántida fueron destruidos como resultado de su mal uso de la energía atómica. Recientemente, dos escritores franceses han recopilado una *Bibliografía sobre la Atlántida*, recogiendo más de 1700 referencias históricas y de otras clases. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Veinticinco

#### Mi Hermano Ananta y mi Hermana Nalini

“Ananta no puede vivir; las arenas de su karma para esta vida se han agotado”.

Estas inexorables palabras asaltaron mi conciencia interior mientras estaba sentado una mañana en meditación profunda. Poco después de ingresar en la Orden Swami visité el lugar donde nací, Gorakhpur, como huésped de mi hermano mayor, Ananta. Una repentina enfermedad le obligó a guardar cama; le cuidé cariñosamente.

La solemne declaración interior me llenó de pena. Sentí que no podría soportar permanecer más tiempo en Gorakhpur, sólo para ver cómo mi hermano se iba ante mi ojos impotentes. En medio de las críticas de incomprensión por parte de mis familiares, dejé la India en el primer barco disponible. Crucé Birmania y el Mar de China hasta Japón. Desembarqué en Kobe, donde pasé sólo unos días. Mi corazón pesaba demasiado para dedicarme al turismo.

En el viaje de regreso a la India, el barco hizo escala en Shanghai. Allí, el Dr. Misra, el médico del barco, me condujo a varias tiendas curiosas, donde elegí distintos recuerdos para Sri Yukteswar y mi familia y amigos. Para Ananta compré una gran pieza de bambú tallado. Tan pronto como el vendedor chino me tendió el souvenir, caí al suelo, llorando, “¡He comprado esto para mi querido hermano muerto!”.

Me invadió la nítida impresión de que su alma acababa de liberarse en el Infinito. El souvenir se rompió brusca y simbólicamente al caer. Entre sollozos, escribí en la superficie del bambú: “Para mi querido Ananta, que se ha ido”.

Mi compañero, el doctor, observaba este comportamiento con una sonrisa irónica.

“Ahórrese las lágrimas”, observó. “¿Para qué derramarlas hasta estar seguro de que ha muerto?”.

Cuando nuestro barco llegó a Calcuta, el Dr. Misra me acompañó de nuevo. Mi hermano más joven, Bishnu, estaba esperándome en el muelle.

“Sé que Ananta ha dejado esta vida”, dije a Bishnu antes de darle tiempo a hablar. “Por favor, dime, y al doctor que está aquí, cuándo murió Ananta”.

Bishnu citó la fecha, que era exactamente el día que yo había comprado los recuerdos en Shanghai.

“¡Vaya!”, exclamó el Dr. Misra. “¡No digamos una palabra de esto! Los profesores universitarios añadirán un año, para el estudio de la telepatía mental, a la carrera de Medicina, ¡que ya es bastante larga!”.

Mi padre me abrazó afectuosamente cuando entré en casa, en Gurpar Road. “Has venido”, dijo con ternura. Dos grandes lágrimas brotaron de sus ojos. Generalmente poco expresivo, nunca había dado ante mí estas muestras de cariño. Externamente un padre severo, interiormente poseía el dulce corazón de una madre. En todas sus relaciones con la familia se manifestaba perfectamente su doble papel parental.

Poco después de fallecer Ananta, mi hermana más joven, Nalini, fue rescatada de las puertas de la muerte por una curación divina. Antes de contar la historia, me referiré a algunas etapas de su vida previa.

Las relaciones infantiles entre Nalini y yo no habían sido del carácter más feliz. Yo era muy delgado; ella era más delgada todavía. Como consecuencia de un móvil inconsciente o “complejo” que los psiquiatras no tendrían dificultad en identificar, yo solía atormentar a mi hermana por su apariencia cadavérica. Sus réplicas estaban igualmente impregnadas de la cruel franqueza de la extrema juventud. A veces intervenía mi madre, poniendo fin a la pelea infantil, temporalmente, con un ligero cachete en mi mejilla, por ser la mejilla de más edad.

Pasó el tiempo; Nalini fue prometida a un joven médico de Calcuta, Panchanon Bose. Él recibió una generosa dote por parte de mi padre, probablemente (tal como se lo señalé a mi hermana) para compensar al futuro novio del destino que había establecido su alianza con un espárrago humano.

A su debido tiempo se celebraron los complicados rituales del matrimonio. La noche de bodas me uní al numeroso y jovial grupo de familiares en la sala de nuestra casa en Calcuta. El novio

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

estaba recostado en un inmenso almohadón de brocado dorado, con Nalini a su lado. Un magnífico *sari*<sup>1</sup> de color púrpura no conseguía, ¡ay!, ocultar por completo su angulosidad. Protegido tras el almohadón de mi nuevo cuñado le sonreí amistosamente. Él no había visto a Nalini hasta el día de la ceremonia nupcial, momento en el que supo lo que le había tocado en la lotería matrimonial.

Comprendiendo mi solidaridad, el Dr. Bose señaló discretamente a Nalini y me susurró en el oído, “Dime, ¿qué es esto?”.

“¿Qué quiere decir, doctor?”, respondí, “¡es un esqueleto para sus estudios!”.

Convulsionados por la risa, a mi cuñado y a mí nos costó trabajo mantener el debido decoro ante la reunión de parientes.

Con el paso de los años, el Dr. Bose se granjeó la simpatía de nuestra familia, que le llamaba siempre que se presentaba una enfermedad. Él y yo nos convertimos en amigos íntimos, con frecuencia hacíamos bromas juntos, generalmente a costa de Nalini.

“Es una curiosidad médica”, me comentó un día mi cuñado. “Lo he intentado todo con tu flaca hermana, aceite de hígado de bacalao, mantequilla, malta, miel, pescado, carne, huevos, tónicos. Aún así no llega a abultar ni un palmo”. Los dos nos echamos a reír.

Pocos días después visité el hogar de los Bose. El recado por el que fui allí me llevó sólo unos minutos; me marchaba sin que Nalini, eso creí, se diera cuenta. Cuando llegué a la puerta principal, oí su voz, cordial pero imperiosa.

“Hermano, ven aquí. Estaba vez no te me escaparás. Quiero hablar contigo”.

Subí las escaleras hasta su habitación. Para mi sorpresa, estaba llorando.

“Querido hermano”, dijo, “enterremos el viejo hacha de guerra. Veo que ahora estás firmemente asentado en el sendero espiritual. Quiero llegar a ser como tú algún día”. Añadió esperanzada, “Tu aspecto es ahora robusto; ¿puedes ayudarme? Mi marido no se acerca a mí y ¡yo le amo tanto! Pero todavía deseo más progresar en la realización de Dios, aunque tenga que seguir delgada<sup>2</sup> y sin atractivo”.

Mi corazón se sintió profundamente conmovido ante su súplica. Nuestra nueva amistad se hizo cada vez mayor; un día me pidió convertirse en mi discípula.

“Instrúyeme como deseas. Pongo mi confianza en Dios en lugar de en los tónicos”. Reunió un montón de medicinas y las arrojó por el sumidero del tejado.

Como prueba de su fe, le pedí que suprimiera de su dieta el pescado, la carne y los huevos.

Después de varios meses, durante los cuales Nalini siguió estrictamente las distintas normas que le señalé y, a pesar de numerosas dificultades, adoptó la dieta vegetariana, le hice una visita.

“Hermana, has observado concienzudamente los mandamientos espirituales; tu recompensa está cercana. ¿Cómo quieres ser de rolliza, tan gorda como nuestro tío que hace años que no se ve los pies?”.

“¡No! Pero anhelo ser tan fuerte como tú”.

Respondí solemnemente. “Por la gracia de Dios, así como he dicho siempre la verdad, la digo ahora<sup>3</sup>. Gracias a las bendiciones divinas, tu cuerpo cambiará ostensiblemente desde hoy. Dentro de un mes pesará lo mismo que el mío”.

Estas palabras, dichas con el corazón, se cumplieron. En treinta días el peso de Nalini igualó el mío. Las nuevas redondeces le aportaron belleza; su marido se enamoró profundamente de ella. Su matrimonio, que había comenzado de un modo tan poco propicio, se convirtió en el ideal de la felicidad.

A mi vuelta de Japón supe que durante mi ausencia Nalini había contraído las fiebres tifoideas. Corrí a su casa y quedé horrorizado al encontrarla reducida a un simple esqueleto. Estaba en coma.

“Antes de que perdiera la claridad mental a consecuencia de la enfermedad”, me dijo mi cuñado, “decía a menudo: ‘Si mi hermano Mukunda estuviera aquí, no tendría que pasar por esto’”. Añadió desesperado, “Tanto los demás doctores como yo mismo no vemos esperanza. Se ha presentado la disentería, después de una larga lucha contra el tífus”.

Empecé a remover cielo y tierra con mis oraciones. Contratando a una enfermera anglo-india, que me ofreció toda su cooperación, apliqué a mi hermana distintas técnicas de curación yoga. La disentería desapareció.

Pero el Dr. Bose meneó la cabeza tristemente. “Sencillamente no le queda sangre que perder”.

Una semana después me emocioné al ver a Nalini abrir los ojos y mirarme con cariñoso agradecimiento. A partir de ese día se restableció rápidamente. Aunque recuperó su peso normal, llevaba la triste huella de su reciente y grave enfermedad: sus piernas estaban parálíticas. Los especialistas indios e ingleses la declararon minusválida incurable.

La guerra sin cuartel por su vida que yo había librado a través de la oración, me había dejado exhausto. Fui a Serampore a pedir ayuda a Sri Yukteswar. Sus ojos expresaron profunda compasión cuando le conté la grave situación de Nalini.



“Las piernas de tu hermana volverán a estar normales al cabo de un mes”. Añadió, “Que lleve, en contacto con la piel, una cinta con una perla sin perforar de dos quilates, sostenida en un broche”.

Me postré a sus pies con feliz alivio.

“Señor, usted es un maestro; sus palabras sobre su recuperación son suficientes, pero si usted insiste, iré inmediatamente a conseguir una perla para ella”.

Mi gurú asintió con la cabeza. “Sí, hazlo”. A continuación describió perfectamente las características físicas y mentales de Nalini, a quien no había visto nunca.

“Señor”, pregunté, “¿es éste un análisis astrológico? Usted no conoce la fecha y la hora de su nacimiento”.

Sri Yukteswar sonrió. “Existe una astrología profunda, que no depende de lo que declaren los calendarios y los relojes. Todo hombre forma parte del Creador u Hombre Cósmico; tiene un cuerpo celeste del mismo modo que tiene uno terrenal. Los ojos humanos ven la forma física, pero el ojo interior penetra más profundamente, hasta el modelo universal del que cada hombre es una parte integrante e individual”.

Regresé a Calcuta y compré una perla para Nalini. Un mes después, sus piernas paralíticas estaban completamente curadas.

Mi hermana me pidió que transmitiera su agradecimiento a mi gurú. Él escuchó su mensaje en silencio. Pero cuando me marchaba, hizo una observación significativa.

“Muchos médicos han dicho a tu hermana que nunca podrá tener hijos. Asegúrale que dentro de pocos años dará a luz dos niñas”.

Algunos años más tarde, para alegría de Nalini, tuvo una niña, y pocos años después una segunda.

“Tu maestro ha bendecido nuestro hogar, a toda nuestra familia”, dijo mi hermana. “La presencia de un hombre así santifica a toda la India. Querido hermano, dile a Sri Yukteswarji que, a través de ti, me cuento humildemente entre una de sus discípulas de *Kriya Yoga*”.

ÍNDICE

- 1 El elegante vestido de pliegues de las mujeres indias. [Volver](#)
- 2 Como en la India la mayoría de las personas son delgadas, se considera muy de desear una gordura razonable. [Volver](#)
- 3 Las escrituras hindúes declaran que quienes tienen el hábito decir la verdad, desarrollan el poder de materializar sus palabras. Las órdenes que pronuncien desde el corazón, se harán realidad. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES





## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 [Contactar](#)

### Capítulo Veintiséis

#### La Ciencia del Kriya Yoga

La ciencia del *Kriya Yoga*, que se ha mencionado con tanta frecuencia en estas páginas, ha llegado a ser ampliamente conocida en la India moderna gracias a Lahiri Mahasaya, gurú de mi gurú. La raíz sánscrita de *Kriya* es *kri*, hacer, actuar y reaccionar; la misma raíz se encuentra en la palabra *karma*, el principio natural de causa y efecto. *Kriya Yoga* es pues “unión (yoga) con el Infinito por medio de cierta acción o rito”. Un yogui que sigue fielmente esta técnica se libera gradualmente del karma o cadena universal de la causalidad.

En virtud de cierto mandamiento antiguo, no puedo dar la explicación completa de *Kriya Yoga* en las páginas de un libro destinado al gran público. La verdadera técnica tiene que aprenderse de un *Kriyabán* o *Kriya Yogui*; aquí bastará con una referencia general.

*Kriya Yoga* es un método psicofisiológico sencillo por el cual la sangre humana pierde carbono y se recarga de oxígeno. Los átomos de este oxígeno extra se transmutan en una corriente de vida que rejuvenece el cerebro y los centros espinales<sup>1</sup>. Deteniendo la acumulación de sangre venosa, el yogui es capaz de disminuir o evitar el deterioro de los tejidos; el yogui avanzado transmuta sus células en energía pura. Elías, Jesús, Kabir y otros profetas, fueron, en el pasado, maestros en la utilización de *Kriya* o una técnica similar, gracias a la cual materializaban sus cuerpos a voluntad.

*Kriya* es una ciencia antigua. Lahiri Mahasaya la recibió de su gurú, Babaji, quien redescubrió y puso en claro la técnica que se había perdido en la Edad Oscura.

“El *Kriya Yoga* que entrego al mundo a través de ti en este siglo XIX”, dijo Babaji a Lahiri Mahasaya, “es un renacimiento de la misma ciencia que dio Krishna, hace milenios, a Arjuna y que más tarde fue conocida por Patanjali y Cristo, S. Juan, S. Pablo y otros discípulos”.

Krishna, el mayor profeta de la India, se refiere así a *Kriya* en una estrofa del *Bhagavad Gita*: “Ofreciendo la inspiración en la espiración y ofreciendo la espiración en la inspiración, el yogui neutraliza ambas; libera así la fuerza vital del corazón y la pone bajo control”<sup>2</sup>. La interpretación es: “El yogui detiene el deterioro del cuerpo gracias a un aumento de la fuerza vital y detiene las mutaciones del crecimiento del cuerpo por medio de *apan* (corriente de eliminación). Así, neutralizando deterioro y crecimiento, aquietando el corazón, el yogui aprende el control de la vida”.

Krishna cuenta también<sup>3</sup> que fue él, en una encarnación anterior, quien transmitió el yoga indestructible a un antiguo iluminado, Vivasvat, quien se lo dio a Manu, el gran legislador<sup>4</sup>. Él, a su vez, instruyó a Ikshwaku, el padre de la dinastía solar de guerreros de la India. Pasando así de uno a otro, el yoga real fue conservado por los rishis hasta la llegada de la era materialista<sup>5</sup>. En ese momento, gracias al secreto sacerdotal y la indiferencia humana, el sagrado conocimiento se volvió poco a poco inaccesible.

*Kriya Yoga* es mencionado dos veces por el antiguo sabio Patanjali, el mayor exponente del yoga, quien escribió: “*Kriya Yoga* consiste en la disciplina del cuerpo, el control mental y la meditación en *Aum*”<sup>6</sup>. Patanjali habla de Dios como el sonido real de *Aum* que se oye durante la meditación<sup>7</sup>. *Aum* es la Palabra Creadora<sup>8</sup>, el sonido del Motor Vibratorio. Hasta el principiante en yoga oye pronto interiormente el maravilloso sonido de *Aum*. Al recibir su gozoso estímulo espiritual, el devoto tiene la seguridad de que está realmente en contacto con los reinos divinos.

Patanjali se refiere así al control vital por segunda vez: “Gracias a este *pranayama* puede lograrse la liberación, que se alcanza al disociar el curso de la inspiración y la espiración”<sup>9</sup>.

S. Pablo conocía el *Kriya Yoga* o una técnica muy similar, gracias a la cual era capaz de retirar las corrientes vitales de los sentidos o llevarlas hacia ellos. Por eso podía decir: “Verdaderamente, afirmo por nuestro júbilo que tengo en Cristo, *Yo muero diariamente*”<sup>10</sup>. Al retirar diariamente la fuerza vital de su cuerpo, se unía por medio de la unión yoga con el júbilo (dicha eterna) de la conciencia Crística. En ese feliz estado, era consciente de estar muerto para el engañoso mundo sensorial de *maya*.

En los estados iniciales de contacto con Dios (*sabikalpa samadhi*), la conciencia del devoto se funde con el Espíritu Cósmico; su fuerza vital se retira del cuerpo, que parece “muerto” o inmóvil y rígido. El yogui es totalmente consciente de la situación de suspensión de la animación en que se encuentra su cuerpo. Sin embargo, a medida que progresa hacia estados espirituales más elevados (*nirbikalpa samadhi*), comulga con Dios sin necesidad de inmovilizar el cuerpo y en su conciencia normal de vigilia, incluso en medio de los arduos deberes mundanos<sup>11</sup>.

“*Kriya Yoga* es un instrumento gracias al cual puede acelerarse la evolución humana”, explicaba Sri Yukteswar a sus alumnos. “Los antiguos yoguis descubrieron que el secreto de la conciencia cósmica está íntimamente unido al dominio de la respiración. Ésta es la inigualable e inmortal contribución de la India al tesoro del conocimiento mundial. La fuerza vital, que generalmente se consume en mantener el bombeo del corazón, debe ser liberada para actividades más elevadas por medio de un método que calme y aquiete las incesantes exigencias de la respiración”.

El *Kriya Yogui* dirige mentalmente su energía vital de forma que gire, subiendo y bajando, alrededor de los seis centros espinales (plexos medular, cervical, dorsal, lumbar, sacral y coccígeo), que se corresponden con los doce signos astrales del zodiaco, el Hombre Cósmico simbólico. Medio minuto de revolución de la energía alrededor del sensible cordón espinal del hombre, produce un sutil progreso en su evolución; ese medio minuto de *Kriya* equivale a un año de desarrollo espiritual natural.

El sistema astral del ser humano, con seis (doce por polaridad) constelaciones interiores girando alrededor del sol del ojo espiritual omnisciente, está interrelacionado con el sol físico y los doce signos zodiacales. Todos los hombres se ven así bajo los efectos de un universo externo y uno interno. Los antiguos rishis descubrieron que el ambiente terrenal y celestial del hombre, en ciclos de doce años, le impulsa hacia delante en su sendero natural. Las escrituras afirman que el hombre necesita un millón de años de evolución normal, sana, para perfeccionar su cerebro humano lo suficiente como para expresar la conciencia cósmica.

Mil *Kriyas* practicados en ocho horas, dan al yogui, en un día, el equivalente de mil años de evolución natural: 365.000 años de evolución en un año. De esta forma, en tres años, un *Kriya Yogui* puede conseguir, gracias a un esfuerzo inteligente, el mismo resultado que a la naturaleza le cuesta un millón de años. Por supuesto el atajo del *Kriya* sólo puede ser tomado por yoguis profundamente desarrollados. Con la guía de un gurú, tales yoguis han preparado cuidadosamente sus cuerpos y cerebros para recibir el poder que produce una práctica intensa.

Los principiantes en *Kriya* emplean este ejercicio yóguico sólo de catorce a veinticuatro veces, dos veces al día. Algunos yoguis alcanzan la emancipación en seis, doce, veinticuatro o cuarenta y ocho años. Un yogui que muere antes de alcanzar la realización total, lleva consigo el buen karma de sus pasados esfuerzos con el *Kriya*; en su nueva vida es conducido armoniosamente hacia su Meta Infinita.

El cuerpo del hombre medio es como una bombilla de cincuenta vatios, que no puede soportar el billón de vatios generados por una práctica de *Kriya* excesiva. Gracias a un aumento gradual y regular de los métodos sencillos e “infalibles” de *Kriya*, el cuerpo humano se transforma astralmente día a día y finalmente es apto para expresar los potenciales infinitos de la energía cósmica, la primera expresión materialmente activa del Espíritu.

*Kriya Yoga* no tiene nada en común con los poco científicos ejercicios de respiración que enseñan ciertos fanáticos descaminados. Sus intentos de retener a la fuerza el aire en los pulmones, no sólo son antinaturales, sino decididamente molestos. Por el contrario, *Kriya* está acompañado desde el primer momento por un aumento de la paz y calmantes sensaciones del efecto regenerador en la espina dorsal.

La antigua técnica yóguica convierte la respiración en mente. Gracias al avance espiritual, uno es capaz de darse cuenta de que la respiración es un acto mental, un sueño de la respiración.

Pueden ponerse muchos ejemplos de la relación matemática existente entre el ritmo respiratorio del hombre y sus distintos estados de conciencia. Una persona cuya atención está totalmente absorta, por ejemplo siguiendo atentamente una discusión intelectual o intentando alguna proeza física delicada o difícil, automáticamente respira muy despacio. La fijeza de la atención depende de la lentitud de la respiración; la respiración rápida o irregular acompañan inevitablemente a un estado emocional nocivo: miedo, codicia, ira. El inquieto mono respira a un ritmo de 32 veces por minuto, por contraste, la media humana es de 18 veces. El elefante, la tortuga y otros animales conocidos por su longevidad, tienen un ritmo respiratorio menor que el hombre. La tortuga, por ejemplo, que alcanza la edad de 300 años<sup>12</sup>, respira sólo 4 veces por minuto.

Los efectos rejuvenecedores del sueño se deben a que, durante el mismo, el hombre es temporalmente inconsciente del cuerpo y la respiración. Una persona dormida se convierte en un yogui; cada noche realiza inconscientemente el ritual yóguico de liberarse de la identificación con el cuerpo y fundir la fuerza vital con las corrientes curativas del cerebro, que es el principal centro, y las seis subdinamos de los centros espinales. Quien duerme se zambulle sin saberlo en el reservorio de energía cósmica que sostiene la vida.

El yogui voluntario realiza un proceso natural consciente, no inconsciente como quien al dormir respira despacio. El *Kriya Yogui* utiliza su técnica para nutrir y saturar sus células físicas de luz que no declina y las mantiene en un estado magnetizado. Consigue, científicamente, hacer la respiración innecesaria, sin entrar en los estados de sueño subconsciente o de inconsciencia.

Gracias al *Kriya*, la fuerza vital que se dirige hacia fuera, no se malgasta ni se desperdicia en los sentidos, sino que se ve obligada a reunirse con las sutiles energías espinales. Con tal refuerzo vital, las células del cuerpo y el cerebro del yogui se electrifican con el elixir espiritual. Así se sitúa más allá de la observancia deliberada de las leyes naturales, medio por el cual alcanzar la meta le llevaría, por largos caminos como una alimentación adecuada, la luz del sol y los pensamientos armoniosos, un millón de años. Se necesitan doce años de una vida normal sana para producir un ligero cambio perceptible en la estructura del cerebro y un millón de reapariciones del sol para que los compartimentos cerebrales se refinan lo suficiente como para manifestar la conciencia cósmica.

Al desatar la cuerda de la respiración que sujeta el alma al cuerpo, *Kriya* sirve para prolongar la vida y ensanchar la conciencia hasta el infinito. El método yoga supera el tira y afloja entre la

mente y los sentidos unidos a la materia y libera al devoto para que vuelva a heredar el reino eterno. Él sabe que su verdadera naturaleza no está constreñida ni al revestimiento físico ni a la respiración, símbolo de su esclavitud mortal al aire, a las compulsiones elementales de la naturaleza.

La introspección o “estar en silencio”, es una forma no científica de intentar separar a la fuerza la mente y los sentidos, unidos por la fuerza vital. La mente contemplativa, al intentar volver a la divinidad, es constantemente arrastrada de nuevo hacia los sentidos por las corrientes vitales. *Kriya*, al controlar la mente *directamente* por medio de la fuerza vital, es el camino más fácil, efectivo y científico de acercarse al Infinito. En contraste con el lento, inestable “carro de bueyes” del sendero teológico hacia Dios, *Kriya* puede ser llamada con justicia la ruta “aérea”.

La ciencia del yoga se basa en el estudio empírico de todas las formas de concentración y ejercicios de meditación. El yoga permite al devoto conectar y desconectar a voluntad la corriente vital de los cinco sentidos telefónicos de la vista, oído, olfato, gusto y tacto. Al conseguir este poder de desconexión de los sentidos, al yogui le resulta sencillo unir su mente y voluntad bien con los reinos divinos o bien con el mundo de la materia. La fuerza vital ya no le devuelve involuntariamente a la esfera mundana de las sensaciones agitadas y los pensamientos inquietos. Dueño de su cuerpo y su mente, el *Kriya Yogui* alcanza la victoria definitiva sobre el “último enemigo”, la muerte.

Así te alimentarás de la Muerte, que se alimenta del hombre,  
Y una vez muerta la Muerte, ya no existe el morir<sup>13</sup>.

La vida de un *Kriya Yogui* avanzado está influida, no por los efectos de las acciones pasadas, sino únicamente por la dirección que marca su alma. De esa forma el devoto evita el torpe control evolutivo de las acciones del ego, buenas o malas, de la vida corriente, pesadas y lentas como un caracol para los corazones de águila.

El método superior de vivir en el alma libera al yogui, que, rota la prisión del ego, experimenta la profunda atmósfera de la omnipresencia. En contraste, la esclavitud de la vida natural marca un paso humillante. Sometiendo su vida al orden evolutivo, un hombre puede exigir que la naturaleza no retarde su evolución, pero, aún viviendo sin infligir las leyes de su dote física y mental, se necesitan alrededor de un millón de años de las mascaradas de la encarnación para conocer la emancipación final.

Los métodos telescópicos de los yoguis, que les desconectan de la identificación física y mental en favor de la individualidad del alma, son recomendables para quienes se rebelan ante una espera de un millar de miles de años. Este margen numérico se amplía para el hombre común, que no vive ni siquiera en armonía con la naturaleza, mucho menos con su alma, sino que por el contrario persigue complejidades antinaturales, ofendiendo así en su cuerpo y sus pensamientos la dulce santidad de la naturaleza. Para él, dos veces un millón de años apenas son suficientes para encontrar la liberación.

El hombre ordinario, pocas veces, o nunca, comprende que su cuerpo es un reino, gobernado por el Emperador Alma en el trono del cráneo, con los regentes subsidiarios en los seis centros espinales o esferas de conciencia. Esta teocracia se extiende sobre una multitud de súbditos obedientes: veintisiete mil billones de células –dotadas de una clara, aunque automática, inteligencia gracias a la cual realizan todas las tareas de crecimiento, transformación y disolución– y, en una vida media de sesenta años, un sustrato de cincuenta millones de pensamientos, emociones y variaciones en las alternas fases de la conciencia humana. Toda aparente insurrección de las células corporales o cerebrales contra el Emperador Alma, que se manifiesta como enfermedad o depresión, se debe, no a deslealtad por parte de los humildes ciudadanos, sino al mal uso, presente o pasado, por parte del hombre, de su individualidad y libre albedrío, que se le dieron al mismo tiempo que el alma y no pueden revocarse jamás.

Identificándose con el superficial ego, el hombre da por supuesto que es él quien piensa, desea, siente, digiere los alimentos y se mantiene vivo, sin admitir jamás gracias a la reflexión (¡bastaría con muy poca!), que en su vida corriente no es más que un títere de las acciones pasadas (karma) y de la naturaleza o el ambiente. Las reacciones intelectuales, sentimientos, carácter y hábitos de todo hombre, están limitados por los efectos de causas del pasado, ya sea de esta vida o de una anterior. No obstante, muy por encima de estas influencias está el alma real. Rechazando las verdades y libertades transitorias, el *Kriya Yogui* va más allá del desencanto hasta el Ser sin restricciones. Todas las escrituras declaran que el hombre no es un cuerpo corruptible, sino un alma viva; gracias al *Kriya* se le da un método para probar la verdad de las escrituras.

“Los ritos externos no pueden destruir la ignorancia, porque no se excluyen mutuamente”, escribió Shankara en su famoso *Century of Verses*. “Sólo alcanzar el conocimiento destruye la ignorancia... El conocimiento no puede brotar de ningún otro modo más que preguntándose, ‘¿Quién soy? ¿Cómo surgió el universo? ¿Quién lo creó? ¿Cuál es su causa material?’. Ésta es la clase de interrogantes que deben plantearse”. El intelecto no tiene respuesta a estas preguntas; de ahí que los rishis desarrollaran el yoga como la técnica de investigación espiritual.

*Kriya Yoga* es el auténtico “rito del fuego” que se ensalza con frecuencia en el *Bhagavad Gita*. Los fuegos purificadores del yoga traen iluminación eterna y por tanto difieren mucho de las externas y poco efectivas ceremonias religiosas del fuego, ¡en las que la percepción de la verdad con frecuencia es quemada, con solemne acompañamiento de cantos, junto con el incienso!

El yogui avanzado, negando a su mente, voluntad y sentimiento toda falsa identificación con los deseos del cuerpo, uniendo su mente con las fuerzas superconscientes de los santuarios espinales, vive así en este mundo tal como Dios había planeado, no impelido por los impulsos del pasado ni por las nuevas insensateces de motivaciones humanas recientes. Tal yogui ve realizado su Deseo Supremo, a salvo en el refugio final del inagotable gozo del Espíritu.

El yogui ofrece sus laberínticos anhelos humanos en una hoguera monoteísta dedicada al Dios

sin par. Ésta es realmente la verdadera ceremonia yóguica del fuego, en la que todos los deseos pasados y presentes son combustible consumido por el amor divino. La Llama Final recibe el sacrificio de toda locura humana y el hombre queda libre de escoria. Despojados sus huesos de los deseos de la carne, blanqueado su esqueleto kármico en los antisépticos soles de la sabiduría, está limpio al fin, inofensivo ante los hombres y su Hacedor.

Refiriéndose a los seguros y eficaces métodos del yoga, el Señor Krishna alaba al tecnológico yogui con las siguientes palabras: "El yogui es más grande que los ascetas que disciplinan su cuerpo, más grande incluso que quienes siguen el sendero de la sabiduría (*Jnana Yoga*) o el sendero de la acción (*Karma Yoga*); ¡se tú, Oh Arjuna, un yogui!"<sup>14</sup>.

## ÍNDICE

1 El notable científico Dr. George W. Crile de Cleveland, explicó en 1940 en una reunión de la American Association for the Advancement of Science, los experimentos con los que había probado que todos los tejidos corporales son eléctricamente negativos, excepto el cerebro y los tejidos del sistema nervioso, que son eléctricamente positivos porque recogen el revivificante oxígeno a un ritmo más rápido. [Volver](#)

2 *Bhagavad Gita*, IV:29. [Volver](#)

3 *Ibíd.* I:27. [Volver](#)

4 Autor de *Manava Dharma Shastras*. Estas instituciones de la ley común canonizada, todavía están en vigor en la India actual. El erudito francés Louis Jacolliot, escribe que la datación de Manu "se pierde en la noche del periodo anterior a la historia de la India; y ningún erudito se atreve a negarle el título del más antiguo legislador del mundo". En *La Bible dans l'Inde*, páginas 33-37, Jacolliot reproduce referencias textuales paralelas para probar que el romano *Código de Justiniano* sigue de cerca las *Leyes de Manu*. [Volver](#)

5 El comienzo de la era materialista, según los cálculos de las escrituras hindúes, fue el año 3102 A.C. Éste fue el comienzo de la Era Dwapara Descendente (ver pg.+). Los eruditos modernos, creyendo alegremente que hace 10.000 años los hombres estaban hundidos en una bárbara Edad de Piedra, reducen sumariamente a "mitos" todos los registros y tradiciones de las antiguas civilizaciones de La India, China, Egipto y otros países. [Volver](#)

6 *Aforismos* de Patanjali, II:1. Al utilizar las palabras *Kriya Yoga*, Patanjali estaba refiriéndose o bien a la técnica exacta que enseñó Babaji o bien a una muy similar. Desde luego Patanjali muestra una técnica definitiva de control vital en *Aforismos* II:49. [Volver](#)

7 *Ibíd.* I:27. [Volver](#)

8 "Al principio fue la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios... Todo fue hecho por él y sin él no se habría hecho nada de cuanto se hizo". *Juan* 1:1-3. *Aum* (*Om*) de los *Vedas*, se convirtió en la palabra sagrada *Amin* de los musulmanes, *Hum* de los Tibetanos y *Amén* de los cristianos (su significado en hebreo es *seguro*, *fiel*). Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios". *Apocalipsis* 3:14. [Volver](#)

9 *Aforismos* II:49. [Volver](#)

10 I *Corintios* 15:31. "Nuestro júbilo" es la traducción correcta, no, tal como se hace normalmente "vuestro júbilo". S. Pablo estaba refiriéndose a la *omnipresencia* de la conciencia Cristica. [Volver](#)

11 *Kalpa* significa tiempo o eón. *Sabikalpa* significa sujeto al tiempo o cambio; se retiene cierta conexión con *pakriti* o materia. *Nirbikalpa* significa intemporal, inmutable; éste es el estado de *samadhi* más elevado. [Volver](#)

12 Según la *Lincoln Library of Essential Information*, pág. 1030, la tortuga gigante vive entre 200 y 300 años. [Volver](#)

13 Shakespeare: *Soneto* #146. [Volver](#)

14 *Bhagavad Gita*, VI:46. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT

ANANDAEDICIONES.ES



# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

Capítulo Veintisiete

La Fundación de una Escuela de Yoga en Ranchi

“¿Por qué eres contrario al trabajo de las organizaciones?”. La pregunta del Maestro me sobresaltó un poco. Es cierto que en aquella época estaba íntimamente convencido de que las organizaciones eran un “avispero”.

“Es una tarea ingrata, señor”, respondí. “Sin importar lo que el líder haga o deje de hacer, se le critica”.

“¿Quieres todo el *channa* (leche cuajada) divino para ti solo?”. La réplica de mi gurú iba acompañada de una severa mirada. “¿Podrías tú, o cualquier otro, alcanzar el contacto con Dios a través del yoga, si una línea de maestros desinteresados no hubiera estado dispuesta a transmitir su conocimiento a los demás?”. Añadió, “Dios es la Miel, las organizaciones son las colmenas; ambas son necesarias. Por supuesto ninguna *forma* es útil sin el espíritu, pero ¿por qué no comenzar una activa colmena llena de néctar espiritual?”.

Su consejo me causó una impresión profunda. Aunque exteriormente no di ninguna respuesta, una firme resolución surgió en mi pecho: compartiría con mis semejantes, en la medida de mis posibilidades, las liberadoras verdades que había aprendido a los pies de mi gurú. “Señor”, oré, “que Tu Amor brille siempre en el santuario de mi devoción y que sea capaz de despertar ese Amor en otros corazones”.

En una ocasión anterior, antes de que yo ingresara en la orden monástica, Sri Yukteswar había hecho el comentario más inesperado.

“¿Cómo echarás de menos la compañía de una esposa cuando seas viejo!”, había dicho. “¿No estás de acuerdo conmigo en que el hombre de familia, ocupado en un trabajo útil para mantener a su esposa y sus hijos, juega así un papel grato a los ojos de Dios?”.

“Señor”, protesté alarmado, “usted sabe que mi deseo en esta vida es esposar únicamente al Amado Cósmico”.

El Maestro se rió con tal regocijo, que comprendí que había hecho su observación simplemente para probar mi fe.

“Recuerda”, dijo despacio, “que quien descarta sus quehaceres mundanos sólo puede justificarse asumiendo algún tipo de responsabilidad hacia una familia mucho mayor”.

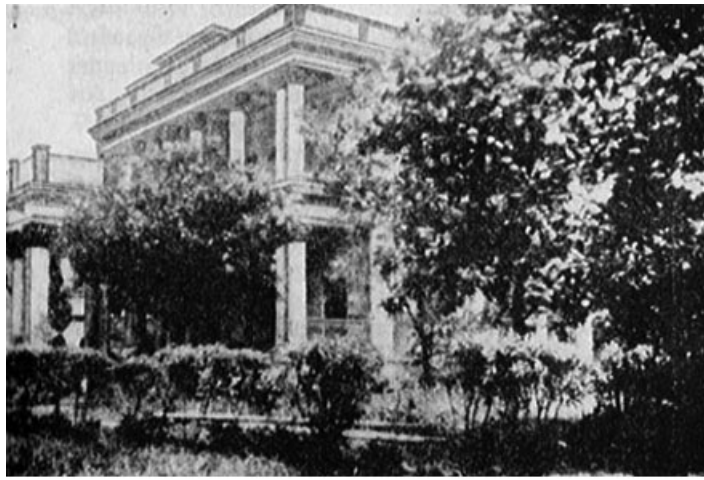
El ideal de una educación integral para los jóvenes había sido siempre caro a mi corazón. Veía claramente los estériles resultados de la instrucción ordinaria, dirigida únicamente al desarrollo del cuerpo y el intelecto. Los valores morales y espirituales, sin los cuales ningún hombre puede acercarse a la felicidad, estaban sin embargo ausentes del currículo oficial. Decidí fundar una escuela donde los niños pudieran desarrollarse hasta alcanzar la estatura de adultos plenos. Di mi primer paso en esa dirección en Dihika, un pueblecito de Bengala, con siete chicos.

Un año después, en 1918, gracias a la generosidad de Sir Manindra Chandra Nundy, el Marajá de Kasimbazar, pude trasladar mi grupo, que crecía rápidamente, a Ranchi. Esta ciudad de Bihar, a unos doscientos cincuenta kilómetros de Calcuta, está bendecida con uno de los climas más sanos de la India. El Palacio Kasimbazar de Ranchi se transformó en la sede de la nueva escuela, que llamé *Brahmacharya Vidyalaya*<sup>1</sup> siguiendo los ideales educativos de los rishis. Los ashrams de los bosques habían sido antiguamente los lugares de aprendizaje, profano y divino, de los jóvenes de la India.

En Ranchi organicé un programa educativo tanto para el grado elemental como para la enseñanza secundaria. Incluía agricultura, industria, comercio y asignaturas oficiales. A los estudiantes se les enseñaba también concentración y meditación yoga y un sistema especial de desarrollo físico, “Yogoda”, cuyos principios había descubierto en 1916.

INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>





*Yogoda Math*, bella ermita de Self-Realization Fellowship en Dakshineswar, a orillas del Ganges. Fundada en 1938 como un retiro de yoga para estudiantes del Oriente y Occidente.



*Yogoda Sat-Sanga Brahmacharya Vidyalaya*, en Ranchi, Bihar, aquí se estableció una escuela de yoga para niños, con Educación Secundaria, en 1918. La institución filantrópica Lahiri Mahasaya Mission, está en conexión con ella.

Comprendiendo que el cuerpo del hombre es como una batería eléctrica, concluí que podría recargarse de energía directamente por medio de la voluntad. Ya que ninguna acción, grande o pequeña, es posible sin *voluntad*, el hombre puede aprovechar su motor primario, la voluntad, para renovar los tejidos corporales sin aparatos onerosos ni ejercicios mecánicos. Así pues enseñé a los estudiantes de Ranchi mis sencillas técnicas “Yogoda” gracias a las cuales la fuerza vital, centrada en el bulbo raquídeo, puede recargarse consciente e instantáneamente a partir del ilimitado suministro de la energía cósmica.

Los niños respondieron maravillosamente a esta preparación, desarrollando una extraordinaria capacidad para transferir la energía de una parte del cuerpo a otra y para colocarse, en perfecto equilibrio, en posturas difíciles<sup>2</sup>. Realizaban proezas de fuerza y resistencia que muchos fornidos adultos no podrían igualar. Mi hermano más joven, Bishnu Charan Ghosh, ingresó en la escuela de Ranchi; más tarde llegó a destacar en el campo de la cultura física en Bengala. Él y uno de sus alumnos, viajaron por Europa y América haciendo exhibiciones de fuerza y habilidad que asombraban a los profesores universitarios, entre ellos los de la Columbia University de Nueva York.

Al finalizar el primer año de Ranchi, las solicitudes de admisión llegaban a las dos mil. Pero la escuela, que en aquel momento era sólo internado, no podía acoger más que a cien. Pronto se añadió la enseñanza para alumnos externos.

En la *Vidyalaya* yo tenía que hacer el papel de padre-madre de los niños pequeños y hacer frente a muchas dificultades organizativas. Con frecuencia recordaba las palabras de Cristo: “En verdad os digo, no hay hombre que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre, madre, esposa, hijos o tierras, por mí y por el evangelio, que no reciba en esta vida centuplicados casa y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecución, y en el mundo por venir, vida eterna<sup>3</sup>. Sri Yukteswar había interpretado así estas palabras: “El devoto que renuncia a las experiencias de la vida del matrimonio y la familia y cambia los problemas de un hombre de familia y sus limitadas actividades por las amplias responsabilidades del servicio a la sociedad en general, está emprendiendo una tarea que a menudo viene acompañada de persecución por parte de un mundo que no le comprende, pero también de un divino contentamiento interior”.

Un día mi padre llegó a Ranchi para dar su bendición paternal, largo tiempo pospuesta porque yo le había herido rechazando su oferta de un puesto en el Ferrocarril Bengal-Nagpur.

“Hijo”, dijo, “ahora acepto tu elección. Me alegra verte entre estos jóvenes felices y entusiastas; tu sitio está aquí, no entre las cifras sin vida de los horarios de tren”. Hizo un gesto con la mano dirigido a una docena de pequeños que andaban pegados a mis talones. “Yo sólo tuve ocho hijos”, observó con los ojos brillantes, “¡pero comprendo lo que sientes!”.

Con una gran y fértil finca de frutales de una hectárea a nuestra disposición, los alumnos, los profesores y yo mismo, disfrutamos muchas horas felices de trabajo al aire libre en estos escenarios ideales. Teníamos muchos animales domésticos, incluyendo a un ciervo joven que era realmente idolatrado por los niños. Yo también amaba tanto al cervatillo que le permitía dormir en mi habitación. Al amanecer, la pequeña criatura se subía torpemente a mi cama para las caricias matinales.

Un día di de comer al animalito antes de lo acostumbrado, tenía que hacer algunos recados en la ciudad de Ranchi. Aunque advertí a los chicos que no dieran de comer al cervatillo hasta mi vuelta, uno de ellos desobedeció y le suministró una gran cantidad de leche. Cuando regresé por la tarde me esperaban tristes noticias: “El cervatillo está muriéndose por sobrealimentación”.

Llorando, puse al animalito, en apariencia sin vida, en mi regazo. Oré fervientemente a Dios para que le perdonara la vida. Horas después, la pequeña criatura abrió los ojos, se puso en pie y caminó sin fuerzas. Toda la escuela gritó de alegría.

Pero por la noche recibí una profunda lección que no olvidaré jamás. Estuve con el pequeño ciervo hasta las dos, hora en que me quedé dormido. El cervatillo se me apareció en sueños y me dijo:

“Estás reteniéndome. Por favor, déjame marchar; ¡déjame marchar!”.

“De acuerdo”, respondí en sueños.

Inmediatamente me desperté y grité, “¡Chicos, el ciervo se muere!”. Los niños vinieron rápidamente a mi lado.

Fui corriendo a la esquina de la habitación donde había dejado al animalito. Hizo un último esfuerzo por levantarse, avanzó hacia mí tropezando y cayó a mis pies, muerto.

Siguiendo el karma de masa que guía y regula el destino de los animales, la vida del ciervo se había agotado y estaba listo para progresar hacia una forma más elevada. Pero mi profundo apego, que más tarde comprendí que era egoísta, y mis fervientes oraciones, habían conseguido mantenerlo en las limitaciones de la forma animal, de las que el alma luchaba por liberarse. El alma del ciervo hizo su súplica en sueños porque, sin mi amoroso permiso, no quería ni podía irse. Tan pronto como lo consentí, se fue.

Toda pena me dejó; comprendí una vez más que Dios quiere que Sus hijos amen todo como parte Suya y no crean engañosamente que con la muerte se acaba todo. El hombre ignorante sólo ve los muros infranqueables de la muerte que ocultan, aparentemente para siempre, a sus amigos queridos. Pero el hombre que no tiene apego, que ama a los demás como expresiones del Señor, comprende que al morir los seres queridos sólo vuelven a tomar un respiro de alegría en Él.

La escuela de Ranchi pasó de sus reducidos y sencillos comienzos, a convertirse en una institución actualmente bien conocida en la India. Muchos departamentos de la escuela son sostenidos gracias a las contribuciones voluntarias de quienes se alegran de perpetuar los ideales educativos de los rishis. Bajo el nombre general de *Yogoda Sat-Sanga*<sup>4</sup>, se han establecido florecientes filiales de la escuela en Midnapore, Lakshmanpur y Puri.

La sede central de Ranchi posee un Departamento Médico donde se suministran medicinas y servicios médicos gratuitamente a los pobres de la localidad. La media de personas atendidas es de 18.000 al año. La *Vidyalaya* ha destacado también en competiciones deportivas de la India y en el campo académico, muchos alumnos de Ranchi se han distinguido en la vida universitaria posterior.

La escuela, que tiene ahora<sup>5</sup> veintiocho años y es centro de muchas actividades, ha tenido el honor de ser visitada por destacadas personalidades, tanto de Oriente como de Occidente. Una de las primeras grandes figuras que pasó revista a la *Vidyalaya*, en su primer año de existencia, fue Swami Pranabananda, el “santo con dos cuerpos” de Benarés. Cuando el gran maestro vio las pintorescas clases al aire libre, bajo los árboles, y por la tarde observó que los jovencitos se sentaban inmóviles durante horas de meditación yoga, se emocionó profundamente.

“Mi corazón se llena de alegría”, dijo, “al ver que en esta institución se siguen los ideales de Lahiri Mahasaya sobre una instrucción adecuada para los jóvenes. Las bendiciones de mi gurú están con ella”.

Un jovencito sentado a mi lado se aventuró a hacer una pregunta al gran yogui.

“Señor”, dijo, “¿seré monje? ¿Está mi vida destinada sólo a Dios?”.

Aunque Swami Pranabananda sonrió amablemente, sus ojos penetraron el futuro.

“Hijo”, respondió, “cuando crezcas habrá una bella novia esperándote”. De hecho el chico se casó, después de haber planeado durante años ingresar en la Orden Swami.

Algún tiempo después de la visita de Swami Pranabananda a Ranchi, acompañé a mi padre a su casa de Calcuta, donde el yogui estaba pasando una temporada. La predicción que Pranabananda me había hecho tantos años atrás, asaltó mi mente: “Te veré más tarde, con tu padre”.



Cuando mi padre entró en la habitación del swami, el gran yogui se levantó de su asiento y abrazó a mi padre con cariñoso respeto.

“Bhagabati”, dijo, “¿qué estás haciendo por ti? ¿No ves que tu hijo corre al Infinito?”. Me sonrojé al oírle alabarme delante de mi padre. El swami continuó, “Recuerda con cuánta frecuencia nos decía nuestro bendito gurú: ‘*Banat, banat, ban jai*’<sup>6</sup>. Así pues practica *Kriya Yoga* sin cesar y alcanza pronto los portales divinos”.

El cuerpo de Pranabananda, tan sano y fuerte en la primera sorprendente visita que le hice en Benarés, había envejecido visiblemente, aunque lo erecto de su postura todavía era digno de admiración.

“Swamiji”, le pregunté mirándole fijamente a los ojos, “por favor, dígame la verdad, ¿no siente el paso de los años? A medida que el cuerpo se debilita, ¿disminuyen sus percepciones de Dios?”.

Sonrió angelicalmente. “El Amado está ahora conmigo más que nunca”. Su absoluta convicción desbordó mi mente y mi alma. Continuó, “Sigo disfrutando de dos pensiones, una de Bhagabati, que está aquí y la otra de arriba”. Señalando hacia el cielo, el santo entró en éxtasis, su rostro se iluminó con un resplandor divino, amplia respuesta a mi pregunta.

Dándome cuenta de que en la habitación de Pranabanda había muchas plantas y paquetes de semillas, le preguntó el propósito.

“Dejo Benarés para siempre”, dijo, “estoy de camino al Himalaya. Allí abriré un ashram para mis discípulos. Estas semillas producirán espinacas y algunas otras hortalizas. Mis amados vivirán sencillamente, pasando su tiempo en gozosa comunión con Dios. No se necesita nada más”.

Mi padre preguntó a su hermano discípulo cuándo volvería a Calcuta.

“Nunca más”, respondió el santo. “Este es el año que Lahiri Mahasaya me señaló para que dejara mi amado Benarés para siempre y fuera al Himalaya, allí me liberaré de mi cuerpo mortal”.

Ante estas palabras mis ojos se llenaron de lágrimas, pero el swami sonreía tranquilamente. Me hacía pensar en un niño celestial, sentado seguro en el regazo de la Madre Divina. El peso de los años no tiene efecto negativo en los supremos poderes espirituales que posee un gran yogui. Es capaz de renovar su cuerpo a voluntad; sin embargo a veces no se preocupa por retrasar el proceso de envejecimiento, sino que permite que su karma se agote en el plano físico, utilizando su viejo cuerpo como recurso para ahorrar tiempo y evitar la necesidad de agotar karma en una nueva encarnación.

Meses más tarde encontré a un viejo amigo, Sanandan, que era uno de los discípulos cercanos a Pranabananda.

“Mi adorado gurú se ha ido”, me dijo entre sollozos. “Fundó una ermita cerca de Rishikesh y nos preparó amorosamente. Cuando ya estábamos bastante bien establecidos y hacíamos rápidos progresos espirituales en su compañía, un día propuso dar de comer a una inmensa multitud de Rishikesh. Le pregunté por qué quería tal cantidad de personas.

“Es mi última celebración”, dijo. Yo no comprendí todo lo que significaban sus palabras.

“Pranabanandaji ayudó a cocinar grandes cantidades de comida. Dimos de comer a unos 2.000 invitados. Después del banquete se sentó en una plataforma elevada y nos dirigió un inspirado sermón sobre el Infinito. Al terminar, ante la mirada de miles de personas, se volvió hacia mí, que estaba sentado a su lado en el estrado y habló con una fuerza extraordinaria.

“Sanandan, prepárate; voy a dar a este cuerpo un puntapié”<sup>7</sup>.

“Tras quedar un momento en silencio, aturcido, grité, ‘¡Maestro, no lo haga! ¡Por favor, no lo haga!’. La multitud estaba muda, observándonos con curiosidad. Mi gurú me sonreía, pero su solemne mirada ya estaba fija en la Eternidad.

“No seas egoísta”, dijo, ‘ni te aflijas por mí. Os he servido con alegría durante mucho tiempo; ahora regocíjate y deséame buena suerte. Voy al encuentro del Amado Cósmico’. Susurrando, Pranabanandaji añadió, ‘Renaceré pronto. Después de disfrutar durante un corto periodo de la Dicha Infinita, regresaré a la tierra y me uniré a Babaji’<sup>8</sup>. Pronto sabrás cuándo y dónde ha revestido mi alma un nuevo cuerpo’.

“Gritó de nuevo, ‘Sanandan, doy a este cuerpo un puntapié gracias al segundo *Kriya Yoga*’<sup>9</sup>.

“Miró al mar de rostros que estaba frente a nosotros y dio su bendición. Dirigiendo interiormente su mirada al ojo espiritual, quedó inmóvil. Mientras la multitud perpleja creía que estaba meditando en estado de éxtasis, ya había dejado el tabernáculo de carne y había sumergido su alma en la inmensidad cósmica. Los discípulos tocaron su cuerpo, sentado en la postura de loto, pero la carne ya no estaba caliente. Sólo quedaba un cuerpo rígido; el inquilino había huido a la ribera de la inmortalidad”.

Pregunté dónde había renacido Pranabananda.

“Es un secreto que no puedo revelar a nadie”, respondió Sanandan. “Quizá puedas descubrirlo por otro medio”.

Años más tarde supe por medio de Swami Keshabananda<sup>10</sup>, que Pranabananda, pocos años después de nacer en un nuevo cuerpo, se fue a Badrinarayan, en el Himalaya y se unió al grupo

de santos que rodean al gran Babaji.

ÍNDICE

- 
- 1 *Vidyalyaya*, escuela. *Brhamacharya* se refiere aquí a una de las cuatro etapas del plan védico para la vida del hombre, que comprende (1) el estudiante célibe (*Brhamachari*); (2) el padre de familia con responsabilidades mundanas (*grihastha*); (3) el eremita (*vanaprastha*); (4) el que habita o vaga por los bosques, libre de toda preocupación terrenal (*sannyasi*). Este esquema ideal de la vida, si bien no se observa extensamente en la India moderna, tiene todavía muchos seguidores sinceros. Las cuatro etapas se llevan a cabo religiosamente bajo la dirección de un gurú de por vida. [Volver](#)
- 2 Algunos estudiantes americanos también han dominado distintas posturas o *asanas*, entre ellos Bernard Cole, un instructor de Self-Realization Fellowship en Los Ángeles. [Volver](#)
- 3 *Marcos* 10:29-30. [Volver](#)
- 4 *Yogoda*: *yoga*, unión, armonía, equilibrio; *da*, lo que imparte. *Sat-Sanga*: *sat*, verdad; *sanga*, fraternidad. En Occidente, para evitar el uso de un nombre sánscrito, el movimiento *Yogoda Sat-Sanga* se llama *Self-Realization Fellowship*. [Volver](#)
- 5 Las actividades de Ranchi se describen más ampliamente en el capítulo 40. La escuela de Lakshmanpur está a cargo del competente Mr. G. C. Dey, B.A. El departamento médico es expertamente dirigido por los doctores S. N. Pal y Sasi Bhusan Mullick. [Volver](#)
- 6 Una de las observaciones favoritas de Lahiri Mahasaya para alentar a sus seguidores a ser perseverantes. Una traducción libre es: "¡Esfuézate, esfuérzate, un día la verás! ¡la Meta Divina!". [Volver](#)
- 7 I.e., abandonar el cuerpo. [Volver](#)
- 8 El gurú de Lahiri Mahasaya, que todavía vive. (Ver capítulo 33). [Volver](#)
- 9 El segundo *Kriya*, tal como lo enseñó Lahiri Mahasaya, permite al devoto que lo domina dejar el cuerpo y volver a él conscientemente en cualquier momento. Los yoguis avanzados utilizan la técnica del segundo *Kriya* en la última marcha de la muerte, momento que ellos siempre conocen de antemano. [Volver](#)
- 10 Mi encuentro con Keshabananda se describe en el capítulo 42. [Volver](#)
- 



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)  
[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Veintiocho

### Kashi Renace y es Descubierto

“Por favor, no os metáis en el agua. Vamos a bañarnos cogiéndola con los cubos”.

Me dirigía a los jóvenes alumnos de Ranchi que me habían acompañado a una excursión de 13 kilómetros hasta una montaña cercana. La laguna que teníamos delante invitaba al baño, pero había despertado en mí cierta aversión. El grupo que estaba junto a mí siguió mi ejemplo, cogiendo agua con los cubos, pero algunos jovencitos cedieron a la tentación del agua fría. Apenas se habían zambullido cuando grandes serpientes de agua comenzaron a revolverse a su alrededor. Los chicos salieron de la laguna con una celeridad cómica.

Al llegar a nuestro destino disfrutamos de una comida campestre. Me senté bajo un árbol, rodeado por un grupo de alumnos. Me encontraron en un momento de inspiración, así que me acosaron a preguntas.

“Por favor, dígame, señor”, inquirió un joven, “si permaneceré siempre con usted en el sendero de la renuncia”.

“¡Ah, no!” respondí, “serás llevado a la fuerza a tu casa y más tarde te casarás”.

Incrédulo, protestó rotundamente. “Sólo muerto podré ser conducido a casa”. Pero pocos meses después sus padres llegaron para llevárselo, a pesar de que se resistía llorando; algunos años más tarde se casó.

Después de contestar a muchas preguntas, se dirigió a mí un chiquillo llamado Kashi. Tenía unos doce años, era un alumno brillante y muy querido por todos.

“Señor”, dijo, “¿cuál será mi destino?”.

“Morirás pronto”. La respuesta salió de mis labios con una fuerza irresistible.

Esta inesperada revelación me chocó y entristeció, a mí y a todos los presentes. Me reprendí silenciosamente como *enfant terrible*; me negué a responder a más preguntas.

Al regresar a la escuela, Kashi vino a mi habitación.

“Si muero, ¿me buscará usted cuando renazca y me traerá de nuevo al sendero espiritual?”. Sollozaba.

Me vi obligado a rechazar esta misteriosa y difícil responsabilidad. Pero semanas después Kashi insistió tenazmente. Viendo que sus nervios estaban al límite, al fin le consolé.

“Sí”, te lo prometo. “Si el Padre Celestial me presta Su ayuda, intentaré encontrarte”.

Durante las vacaciones de verano emprendí un corto viaje. Lamentando no poder llevar a Kashi conmigo, le llamé a mi habitación antes de marchar y le di cuidadosas instrucciones para que permaneciera en las vibraciones espirituales de la escuela, por mucho que quisieran persuadirle de lo contrario. Algo me hacía sentir que si no se iba a casa podría evitar la calamidad inminente.

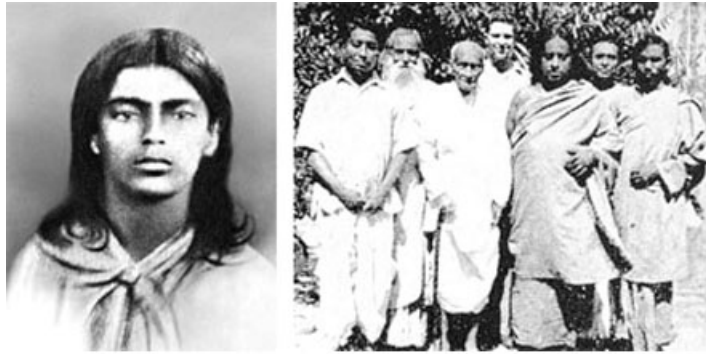
Poco después de marcharme el padre de Kashi llegó a Ranchi. Durante quince días intentó forzar la voluntad de su hijo, explicándole que sólo estaría en Calcuta cuatro días, para ver a su madre, después podría regresar. Kashi se negaba persistentemente. Por último el padre dijo que se llevaría a su hijo con la ayuda de la policía. La amenaza afectó a Kashi, que no deseaba ser motivo de una publicidad desfavorable para la escuela. No vio otra elección que ir.

Regresé a Ranchi pocos días después. Cuando me enteré de cómo se habían llevado a Kashi, tomé el primer tren para Calcuta. Allí alquilé un coche de caballos. Extrañamente, cuando el vehículo pasó al otro lado del puente Howrah, sobre el Ganges, vi al padre de Kashi y otros familiares vestidos de luto. Le grité al cochero que se detuviera, salí corriendo y lancé una mirada feroz al infortunado padre.

“¡Señor Asesino!”, grité de forma poco justa, “¡usted ha matado a mi muchacho!”

El padre ya había comprendido que fue un error traer a Kashi a Calcuta a la fuerza. En los pocos días que el chico estuvo allí comió alimentos contaminados, contrajo el cólera y falleció.

Mi amor por Kashi y la promesa de encontrarle después de la muerte, me obsesionaban día y noche. No importa a dónde fuera, su rostro surgía ante mí. Comencé una búsqueda memorable, como la emprendida anteriormente por mi madre perdida.



(Izquierda) Kashi, perdido y redescubierto. (Derecha) Mi hermano Bishnu; Motilal Mukherji de Serampore, un discípulo altamente avanzado de Sri Yukteswar; mi padre; el Señor Wright; yo mismo; Tulsi Narayan Bose; Swami Satyananda de Ranchi.



Un grupo de delegados del Congreso Internacional de Religiosos Liberales de Boston, en 1920, donde pronuncié mi primera conferencia en América. (De derecha a izquierda) Rev. Clay MacCauley, Rev. T. Rhondra Williams, Prof. S. Ushigasaki, Rev. Jabez T. Sunderland, yo mismo, Rev. Chas. W. Wendte, Rev. Samuel A. Eliot, Rev. Basil Martin, Rev. Christopher J. Street, Rev. Samuel M. Crothers.

Sentí que si Dios me había dado la facultad de la razón, debía utilizarla y poner a prueba al máximo mis poderes para descubrir las leyes sutiles gracias a las cuales podría conocer el actual paradero astral del chico. Sabía que él era un alma que vibraba con deseos insatisfechos, una masa de luz que flotaba en algún lugar entre millones de almas luminosas de las regiones astrales. ¿Cómo me sintonizaría con él entre las vibrantes luces de tantas otras almas?

Utilizando una técnica secreta del yoga, transmití a través del micrófono del ojo espiritual, situando en el entrecejo, mi amor al alma de Kashi. Con la antena de las manos y los dedos levantados, con frecuencia daba vueltas y vueltas sobre mí mismo, intentando localizar la dirección en la que había renacido como embrión. Esperaba recibir su respuesta en la radio de mi corazón<sup>1</sup>.

Sentía intuitivamente que Kashi regresaría pronto a la tierra y que si transmitía sin cesar mi llamada, su alma respondería. Sabía que el más ligero impulso que enviara Kashi sería sentido por mis dedos, manos, brazos, columna y nervios.

Con celo imperturbable, practiqué el método yoga firmemente durante unos seis meses después de la muerte de Kashi. Una mañana, mientras caminaba con unos amigos por la concurrida sección Bowbazar de Calcuta, levanté las manos de la forma acostumbrada. Por primera vez recibí respuesta. Me emocioné al detectar los impulsos eléctricos que bajaban por mis dedos y palmas. Estas corrientes se tradujeron en un intensísimo pensamiento procedente de lo más recóndito de mi conciencia: "Soy Kashi; soy Kashi; ¡ven a mí!".

A medida que me concentraba en la radio de mi corazón, el pensamiento se hacía casi audible. Con el característico susurro ligeramente ronco de Kashi<sup>2</sup>, oía su llamada una y otra vez. Agarré del brazo a uno de mis compañeros, Prokash Das<sup>3</sup>, y le sonreí feliz.

"¡Creo que he encontrado a Kashi!".

Comencé a girar, para diversión, no disimulada, de mis amigos y de la multitud que pasaba. Los impulsos eléctricos hormigueaban en mis dedos sólo cuando mirada hacia una callejuela cercana,

llamada acertadamente "Serpentine Lane"<sup>4</sup>. Las corrientes astrales desaparecían cuando me volvía en las demás direcciones.

Mis compañeros y yo nos acercamos a Serpentine Lane; las vibraciones de mis manos levantadas se hicieron más fuertes, más pronunciadas. Yo era arrastrado, como por un imán, hacia el lado derecho de la calle. Al llegar a la entrada de una de las casas, me sorprendí al ver que quedaba paralizado. Llamé a la puerta en un estado de intensa excitación, contenía el aliento. ¡Sentí que había llegado el final de mi larga, ardua y ciertamente inusual búsqueda!

"Por favor, señor, dígame si usted y su esposa esperan un niño desde hace unos seis meses".

"Sí, así es". Viendo que yo era un swami, un renunciante vestido con la tradicional ropa naranja, añadió educadamente, "Le ruego que me informe de cómo supo usted de mis asuntos".

Cuando oyó el relato sobre Kashi y la promesa que yo le había hecho, el sorprendido hombre creyó mi historia.

"Tendrán un hijo varón de tez blanca", le dije. "Será de rostro ancho, con un mechón sobre la frente. Tendrá inclinaciones marcadamente espirituales". Sentí que el niño que iba a nacer traería esas semejanzas con Kashi.

Más tarde visité al niño, a quien sus padres habían dado el anterior nombre de Kashi. Incluso en la infancia se parecía extraordinariamente a mi querido alumno de Ranchi. El niño me mostró un cariño instantáneo; la atracción del pasado se despertó con intensidad redoblada.

Años después el chiquillo, ya adolescente, me escribió a América. Explicaba su profundo deseo de seguir el sendero de un renunciante. Le dirigí hacia un maestro del Himalaya, quien hasta el día de hoy guía al renacido Kashi.

#### INDICE

**1** Los yoguis saben que la voluntad, proyectada desde el entrecejo, es un aparato transmisor del pensamiento. Cuando el sentimiento se concentra con calma en el corazón, actúa como una radio mental y puede recibir los mensajes de otras personas, ya estén cerca o lejos. En telepatía, las sutiles vibraciones de los pensamientos de una persona se transmiten a través de las sutiles vibraciones del éter astral y, desde él, al más denso éter terrenal, creando ondas eléctricas que, a su vez, traducen sus pensamientos a ondas de pensamiento en la mente de la otra persona. [Volver](#)

**2** Toda alma, en estado puro, es omnisciente. El alma de Kashi recordaba todas las características de Kashi, el muchacho, y por ello imitaba su voz ronca para facilitarme que la reconociera. [Volver](#)

**3** Prokash Das es actualmente el director de nuestra Yogoda Math (ermita) de Dakshineswar, en Bengala. [Volver](#)

**4** "Callejón serpenteante" (N. de la T.). [Volver](#)



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)  
[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Veintinueve

### Rabindranath Tagore y Yo Comparamos Escuelas

“Rabindranth Tagore nos enseñó, como medio natural de expresarnos, a cantar como los pájaros”.

Bhola Nath, un jovencito de catorce años que llegó a mi escuela de Ranchi, me contó esto al felicitarle una mañana por sus melodiosos arrebatos. Con o sin que se le provocara, el chico dejaba salir un torrente de melodía. Anteriormente había asistido a la famosa escuela “Santiniketan” (Cielo de Paz) de Tagore, en Bolpur.

“He tenido en los labios las canciones de Rabindranath desde mi primera juventud”, le dije a mi compañero. “Todo bengalí, hasta los campesinos iletrados, se deleita con sus elevados poemas”.

Bhola y yo cantamos juntos algunos estribillos de Tagore, que había puesto música a miles de poemas indios, algunos originales y otros muy antiguos.

“Conocí a Rabindranath poco después de que recibiera el Premio Nobel de Literatura”, le comenté tras nuestros cantos. “Me sentí atraído a visitarle porque admiraba el poco diplomático valor que desplegó con sus críticos literarios”. Me reí.

Bhola, lleno de curiosidad, quiso conocer la historia.

“Los eruditos despellejaron cruelmente a Tagore por introducir un nuevo estilo en la poesía bengalí”, comencé. “Él mezclaba expresiones coloquiales y clásicas, haciendo caso omiso de todas las limitaciones establecidas, tan caras a los pundits. Sus canciones expresaban profundas verdades filosóficas en atractivos y emotivos términos, con poco respeto hacia las formas literarias aceptadas.

“Un crítico muy influyente se refería con desprecio a Rabindranath como a un ‘pichón-poeta que vende sus arrullos impresos por una rupia’. Pero la venganza de Tagore estaba cercana; todo el mundo occidental le rindió homenaje tan pronto como se tradujo al inglés su *Gitanjali* (Song Offerings). Un tren cargado de pundits, incluyendo su antiguo crítico, fue a Santiniketan a felicitarle.

“Rabindranath recibió a sus huéspedes sólo tras una intencionalmente larga espera y después escuchó sus alabanzas en estoico silencio. Al final volvió contra ellos sus propias y habituales armas críticas.

“‘Señores’, dijo, ‘los fragantes honores que me ofrecen ahora se confunden incongruentemente con los pútridos olores de su antiguo desdén. ¿Existe quizá alguna conexión entre el hecho de que se me haya concedido el Premio Nobel y sus repentinas grandes dotes críticas? Soy el mismo poeta que les disgustaba a ustedes cuando ofrecí por primera vez mis humildes flores en el santuario del bengalí’.

“Los periódicos publicaron la noticia del audaz castigo impuesto por Tagore. Admiré las francas palabras de un hombre que no se dejó hipnotizar por los halagos”, continué. “Fui presentado a Rabindranath en Calcuta por su secretario, Mr. C. F. Andrews<sup>1</sup>, que vestía simplemente el *dhoti* bengalí. Él se refería cariñosamente a Tagore como a su *gurudeva*.

“Rabindranath me recibió amablemente. Emanaba una balsámica aura de encanto, cultura y cortesía. Respondiendo a mi pregunta sobre sus antecedentes literarios, Tagore me dijo que una antigua fuente de inspiración, además de los poemas épicos religiosos, había sido el poeta clásico Bidyapati”.

Inspirado por estos recuerdos, comencé a cantar la versión de Tagore de una vieja canción bengalí, “Enciende la Lámpara de Tu Amor”. Bhola y yo cantamos alegremente mientras paseábamos por los terrenos de la *Vidyalyaya*.

Unos dos años después de fundar la escuela de Ranchi, recibí una invitación de Rabindranath para que le visitara en Santiniketan y tratáramos sobre nuestros ideales educativos. Acudí con mucho gusto. Cuando entré el poeta estaba sentado en su estudio; pensé entonces, al igual que en nuestro primer encuentro, que era el modelo más imponente de soberbia madurez que ningún pintor podría desear. Su rostro de noble patricio bellamente tallado, estaba enmarcado por el pelo y la barba largos y sueltos. Grandes y dulces ojos, una sonrisa angelical y una voz con la cualidad de la flauta que literalmente encantaba. Robusto, alto y grave, combinaba una ternura casi femenina con la deliciosa espontaneidad de un niño. Ningún concepto idealizado de un poeta podría encontrar una forma más apropiada para encarnarse que la de este gentil



cantor.

Tagore y yo nos enfrascamos rápidamente en un estudio comparativo de nuestras escuelas, fundadas ambas siguiendo líneas poco ortodoxas. Descubrimos que tenían muchos rasgos comunes, instrucción al aire libre, simplicidad, amplias oportunidades para el espíritu creativo de los niños. No obstante, Rabindranath ponía mucho énfasis en el estudio de la literatura y la poesía y de la expresión personal a través de la música y la canción, tal como yo había ya notado en Bhola. Los niños de Santiniketan observaban periodos de silencio, pero no recibían una preparación en yoga específica.

El poeta escuchó con halagadora atención mi descripción de los ejercicios de energetización “Yogoda” y de las técnicas de concentración yoga que se enseñaban a los alumnos de Ranchi.

Tagore me habló de sus propios problemas educativos durante los primeros años. “Huí de la escuela después del quinto grado”, dijo riéndose. Pude comprender perfectamente hasta qué punto su innata delicadeza poética habría sido ofendida en la gris y disciplinaria atmósfera de un aula.

“Por eso abrí Santiniketan bajo los frondosos árboles y el esplendor del cielo”. Señaló con un elocuente gesto a un pequeño grupo que estudiaba en el bello jardín. “Un niño está en su marco natural entre las flores y el canto de los pájaros. Sólo así puede expresar totalmente la oculta riqueza de su dote individual. La verdadera educación jamás puede ser aprendida apresuradamente y bombeada desde fuera, por el contrario debe ayudar a sacar espontáneamente a la superficie los infinitos tesoros de la sabiduría interior”<sup>2</sup>.

Estuve de acuerdo. “Los instintos idealistas y heroicos del joven se mueren de hambre con una dieta compuesta únicamente por estadísticas y eras cronológicas”.

El poeta habló cariñosamente de su padre, Devendranath, que había inspirado el inicio de Santiniketan.

“Mi padre se me presentó con este fértil terreno, en el que ya había construido una casa para huéspedes y un templo”, me contó Rabindranath. “Comencé aquí mi experimento educativo en 1910, con sólo 10 chicos. Las ocho mil libras que acompañan al Premio Nobel se utilizaron totalmente en el mantenimiento de la escuela”.

El viejo Tagore, Devendranath, conocido en todas partes como “Maharishi”, era un hombre realmente notable, como puede descubrirse en su *Autobiografía*. Pasó dos años de su madurez meditando en el Himalaya. A su vez, su padre, Dwarkanath Tagore, había sido célebre en toda Bengala por la munificencia de sus obras benéficas. De este ilustre árbol ha brotado una familia de genios. No sólo Rabindranath, todos sus familiares se han distinguido en el campo de la creatividad. Sus hermanos Gogonendra y Abanindra figuran entre los artistas<sup>3</sup> más destacados de la India; otro hermano, Dwijendra, es un profundo y visionario filósofo a cuya dulce llamada responden los pájaros y las criaturas del bosque.

Rabindranath me invitó a pasar la noche en la casa de huéspedes. Por la tarde, fue realmente un espectáculo encantador ver al poeta sentado en el patio con un grupo de chicos. El tiempo había retrocedido; la escena que tenía ante mí era la de una ermita antigua, el feliz cantor rodeado de sus devotos, todo aureolado de amor divino. Tagore tejía lazos con las cuerdas de la armonía. Nunca enérgico, atraía y conquistaba el corazón con un irresistible magnetismo. ¡Rara flor de poesía que se abría en el jardín del Señor, atrayendo a otros con su fragancia natural!

Con su melodiosa voz, Rabindranath nos leyó algunos de sus exquisitos poemas recientemente compuestos. La mayor parte de sus canciones y obras dramáticas, escritas para deleite de sus alumnos, fueron creadas en Santiniketan. Para mí, la belleza de sus versos reside en su arte para referirse a Dios en casi todas las estrofas sin mencionar apenas el Nombre sagrado. “Borracho de la dicha de cantar”, escribió, “me olvidaba de mí mismo y te llamaba amigo, a ti, que eres mi señor”.

Al día siguiente, después de la comida, me despedí del poeta de mala gana. Me alegra que su pequeña escuela se haya convertido en una universidad internacional, “Viswa-Bharati”, donde estudiosos de todos los países han encontrado un escenario ideal.

“Donde la mente no tiene miedo y la cabeza se mantiene alta;  
Donde el conocimiento es libre;  
Donde los estrechos muros domésticos no han fragmentado el mundo;  
Donde las palabras surgen de la verdad profunda;  
Donde el esfuerzo incansable tiende sus brazos hacia la perfección;  
Donde el claro arroyo de la razón no se ha desviado por el gris desierto del muerto hábito;  
Donde la mente se dirige hacia Ti en pensamientos y acciones en continua expansión;  
¡Padre mío, permite que mi país se despierte en ese cielo de libertad!”.<sup>4</sup>

RABINDRANATH TAGORE

#### ÍNDICE

<sup>1</sup> El escritor y publicista inglés, amigo íntimo de Mahatma Gandhi. El señor Andrews es honrado en la India por los muchos servicios prestados a su país de adopción. [Volver](#)

<sup>2</sup> “Para el alma, que ha nacido repetidamente o, como dicen los hindúes, ‘ha recorrido el camino de la existencia durante miles de nacimientos’... no existe nada cuyo conocimiento no haya alcanzado; ninguna maravilla que no sea capaz de recordar... que no conociera anteriormente... Pues el preguntarse y el aprender es todo recuerdo”. Emerson. [Volver](#)

<sup>3</sup> También Rabindranath, en la sesentena, se embarcó en un serio estudio de la pintura. Hace algunos años sus “futuristas” obras se expusieron en las capitales europeas y en Nueva York. [Volver](#)





4 *Gitanjali* (Nueva York: Macmillan Co.). Puede encontrarse un serio estudio sobre el poeta en *The Philosophy of Rabindranath Tagore*, del célebre erudito Sir S. Radhakrishnan (Macmillan, 1918). Otro libro orientativo es *Rabindranath Tagore: The man and His Poetry* (Nueva York: Dodd, Mead, 1915). *Budda and the Gospel of Buddhism* (Nueva York: Putnam's, 1916), de la eminente autoridad en arte oriental Ananda K. Coomaraswamy, contiene varias ilustraciones en color del hermano del poeta Abanindra Nath Tagore. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Treinta

### La Ley de los Milagros

El gran novelista León Tolstoy escribió un cuento delicioso, *Los Tres Ermitaños*. Su amigo Nicholas Roerich<sup>1</sup> resumió la historia como sigue:

“Tres viejos ermitaños vivían en una isla. Eran tan sencillos, que la única oración que rezaban decía: ‘Nosotros somos tres, Tú eres Tres, ¡ten misericordia de nosotros!’ Mientras rezaban esta ingenua oración ocurrían grandes milagros.

“El obispo local<sup>2</sup> tuvo conocimiento de la existencia de los tres ermitaños y de su inadmisibles oración y decidió visitarles para enseñarles las invocaciones canónicas. Llegó a la isla, les dijo a los ermitaños que su súplica celestial era poco digna y les enseñó muchas de las oraciones habituales. A continuación el obispo se marchó en una barca. Siguiendo al barco vio una resplandeciente luz. Cuando ésta se aproximó distinguió a los tres ermitaños, que cogidos de la mano y corriendo sobre las olas, se esforzaban por alcanzar la embarcación.

“‘Hemos olvidado las oraciones que nos enseñó’, gritaban mientras se acercaban al obispo, ‘y venimos a toda prisa para pedirle que nos las repita’. El impresionado obispo meneó la cabeza.

“‘Queridos’, respondió humildemente, ‘¡continúad viviendo con vuestra antigua oración!’”

¿Cómo conseguían los tres santos caminar sobre el agua?

¿Cómo pudo Cristo resucitar su cuerpo crucificado?

¿Cómo hacían Lahiri Mahasaya y Sri Yukteswar sus milagros?

La ciencia moderna, de momento, no tiene respuesta; sin embargo, con el advenimiento de la bomba atómica y las maravillas del radar, el ámbito del mundo mental se ha ampliado súbitamente. La palabra “imposible” ha perdido importancia en el vocabulario científico.

Las antiguas escrituras védicas declaran que el mundo físico actúa bajo la ley fundamental de *maya*, el principio de la relatividad y la dualidad. Dios, la Vida Única, es una Unidad Absoluta; Él no puede aparecer como las manifestaciones separadas y diversas de la creación más que bajo un falso o irreal velo. El engaño cósmico es *maya*. Todos los grandes descubrimientos científicos de los tiempos modernos han servido para confirmar esta simple afirmación de los rishis.

La Ley del Movimiento de Newton es una ley de *maya*: “A toda acción sigue una reacción igual y de signo contrario; las acciones de dos cuerpos que interactúan son siempre iguales y de sentido contrario”.

Todas las actividades fundamentales de la naturaleza revelan su origen en *maya*. La electricidad, por ejemplo, es un fenómeno de atracción y repulsión; los electrones y protones son eléctricamente opuestos. Otro ejemplo, el átomo o última partícula material es, como la propia tierra, un imán con polo positivo y negativo. Todos los fenómenos de este mundo caen bajo el dominio de la polaridad; ninguna ley física, química o de cualquier otra ciencia, está libre de los intrínsecos principios de oposición o contraste.

Así pues, la ciencia Física no puede formular leyes al margen de *maya*, el auténtico tejido y estructura de la creación. La misma naturaleza es *maya*; las ciencias naturales deben estar de acuerdo, forzosamente, con su ineludible esencia. En su propio terreno es eterna e inevitable; los científicos del futuro no podrán hacer otra cosa que probar un aspecto tras otro de su variada infinitud. Por eso la ciencia se mantiene en perpetuo cambio, incapaz de llegar a algo definitivo; adecuada, desde luego, para formular las leyes de lo que ya existe y el funcionamiento del cosmos, pero impotente para descubrir al Artífice de la Ley y Único Operario. Las majestuosas manifestaciones de la gravedad y la electricidad han llegado a ser conocidas, pero qué son la gravedad y la electricidad no lo sabe ningún mortal<sup>3</sup>.



Tomado de E.K. Mitra en "Kalyana-Lapataru"

#### UN GURÚ Y SU DISCÍPULO

Las ermitas en el bosque eran los antiguos lugares de aprendizaje, secular y divino, para los jóvenes de la India. Aquí un venerable gurú, apoyado en un accesorio de madera para meditar, está iniciando a su discípulo en los augustos misterios del Espíritu.

Vencer a *maya* era la tarea asignada a la raza humana por los profetas milenarios. Elevarse por encima de la dualidad de la creación y percibir la unidad del Creador se concebía como el más alto objetivo del hombre. Quienes se aferran al engaño cósmico tienen que aceptar su ley básica de la polaridad: flujo y reflujo, elevación y caída, día y noche, placer y dolor, bien y mal, nacimiento y muerte. Este patrón cíclico asume cierta monotonía angustiosa cuando el hombre ha pasado por algunos miles de nacimientos humanos; entonces comienza a echar una mirada esperanzadora más allá de las compulsiones de *maya*.

Rasgar el velo de *maya* es traspasar el secreto de la creación. El yogui que desnuda de esta forma al universo es el único auténtico monoteísta. Todos los demás son adoradores de imágenes paganas. Mientras el hombre permanece subyugado por los engaños dualísticos de la naturaleza, *Maya* con rostro de Jano será su diosa; no podrá conocer al único y verdadero Dios.

El mundo de la ilusión, *maya*, tomado individualmente se llama *avidya*, literalmente "sin sabiduría", ignorancia, ilusión. *Maya* o *avidya* no pueden ser destruidas jamás por medio del análisis o la convicción intelectual, sino únicamente alcanzando el estado interior de *nirbikalpa samadhi*. Los profetas del Antiguo Testamento y los videntes de todas las épocas y países, hablan desde ese estado de conciencia. Ezequiel dijo (43:1-2): "Después me llevó a la puerta, a la puerta que mira hacia el Este, y he aquí que la gloria del Dios de Israel venía por el camino del Este y su voz era como el sonido de muchas aguas y la tierra resplandecía con su gloria". A través del ojo divino situado en la frente (Este), el yogui hace entrar su conciencia en la omnipresencia, escucha la Palabra o Aum, el sonido divino de muchas aguas o vibraciones que es la única realidad de la creación.

Entre los trillones de misterios del cosmos, el más extraordinario es la luz. A diferencia de las ondas sonoras, que para transmitirse necesitan aire u otro medio material, las ondas lumínicas atraviesan libremente el vacío del espacio interestelar. Incluso el hipotético éter, que se consideraba el medio interplanetario de la luz en la teoría ondulatoria, puede descartarse en el pensamiento einsteniano, según el cual las propiedades geométricas del espacio hacen innecesaria la teoría del éter. En cualquiera de las dos hipótesis, la luz es la más sutil, la más libre de dependencias materiales, de todas las manifestaciones de la naturaleza.

En las gigantescas concepciones de Einstein, la velocidad de la luz, 300.000 kilómetros por segundo, domina toda la Teoría de la Relatividad. Él prueba matemáticamente que la velocidad de la luz es, por lo que se refiere a la finita mente humana, la única *constante* en un universo en

perpetua transformación. De ese único absoluto, la velocidad de la luz, dependen los principios humanos de tiempo y espacio. Si hasta ahora el tiempo y el espacio se habían considerado abstractamente eternos, han pasado a ser factores relativos y finitos, cuyas medidas sólo tienen validez con relación al patrón de la velocidad de la luz. Al incorporar el espacio a las dimensiones relativas, el tiempo tuvo que renunciar a la antigua reivindicación de ser un valor inmutable. El tiempo ha quedado ahora reducido a su verdadera naturaleza, ¡una simple esencia de ambigüedad! Con algunas ecuaciones trazadas por su pluma, Einstein ha desterrado del cosmos todas las realidades fijas, excepto la luz.

En un último desarrollo, su Teoría del Campo Unificado, el gran físico engloba en una fórmula matemática las leyes de la gravitación y el electromagnetismo. Reduciendo la estructura cósmica a variaciones de una única ley, Einstein<sup>4</sup> se remonta a la edad de los rishis, quienes proclamaban que la creación tiene una estructura única, la de la proteica *maya*.

Con la Teoría de la Relatividad, que ha marcado un hito en la historia, ha surgido la posibilidad de explorar el átomo fundamental. En este momento grandes científicos afirman audazmente no sólo que el átomo es energía y no materia, sino que la energía atómica es esencialmente substancia mental.

“La franca comprensión de que la ciencia Física se ocupa de un mundo de sombras, es uno de los avances más significativos”, escribe Sir Arthur Stanley Eddington en *La Naturaleza del Mundo Físico*. En el mundo de la física vemos el drama de la vida corriente como la representación de un gráfico de sombras. La sombra de mi codo descansa en la sombra de la mesa, del mismo modo que la sombra de la tinta se desliza sobre la sombra del papel. Todo es simbólico y la física lo deja en el plano simbólico. A continuación viene la Mente alquimista, que transmuta los símbolos... Para decirlo vulgarmente, la sustancia del mundo es sustancia mental... La materia y los campos de fuerza realistas de las anteriores teorías físicas, son intrascendentes excepto en la medida en que la materia mental teje estas imaginaciones... Así pues, el mundo exterior se ha convertido en un mundo de sombras. Al eliminar nuestras ilusiones, hemos eliminado la sustancia, pues hemos visto que la sustancia es una de nuestras mayores ilusiones”.

Con el reciente descubrimiento del microscopio electrónico, llegó la prueba definitiva de la esencia lumínica de los átomos y de la ineludible dualidad de la naturaleza. *The New York Times* aporta el siguiente informe sobre una demostración del microscopio electrónico en 1937, en una reunión de la American Association for the Advancement of Science:

“La estructura cristalina del tungsteno, conocida hasta ahora únicamente de forma indirecta gracias a los rayos X, se ha puesto de manifiesto llamativamente en una pantalla fluorescente, mostrando nueve átomos en sus posiciones correctas en un espacio reticular, un cubo, con un átomo en cada vértice y uno en el centro. Los átomos del cristal reticular de tungsteno aparecen en la pantalla fluorescente como puntos de luz, dispuestos según un modelo geométrico. Las moléculas de aire bombardeadas contra este cristal de luz pueden observarse como puntos de luz danzantes, similares a los puntos de la luz del sol que brillan en el agua que se mueve...”

“El principio del microscopio electrónico fue descubierto por primera vez en 1927, por los Drs. Clinton J. Davisson y Lester H. Germer, de los Bell Telephone Laboratories, de New York City, quienes observaron que el electrón tenía un comportamiento dual, participando tanto de las características de una partícula como de una onda. La cualidad de onda confiere al electrón las características de la luz; este hecho desencadenó la búsqueda de un medio para “enfocar” los electrones de forma similar a como se enfoca la luz gracias a una lente.

“Por el descubrimiento de esta cualidad Jekyll-Hyde del electrón, que corroboraba la predicción hecha en 1924 por De Broglie, el físico francés que recibió el Premio Nobel, y mostraba que en el terreno de la naturaleza física todo tenía una personalidad dual, el Dr. Davisson recibió también el Premio Nobel en Física”.

“La corriente del conocimiento”, escribe Sir James Jeans en *The Mysterious Universe*, “se dirige hacia una realidad no mecánica; el universo comienza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina”. De esta forma, la ciencia del siglo XX suena a una página de los antiguos *Vedas*.

Así pues, el hombre puede aprender de la ciencia, si debe ser así, la verdad filosófica de que no existe un universo material; su urdimbre es *maya*, ilusión. Sus espejismos de realidad se vienen abajo ante el análisis. A medida que los tranquilizadores puntales de un cosmos físico se derrumban uno por uno a sus pies, el hombre percibe vagamente su dependencia de los ídolos, su pasada trasgresión del mandato divino: “No tendrás otros dioses delante de Mí”.

En la famosa fórmula en que explica la equivalencia entre la masa y la energía, Einstein prueba que la energía de cualquier partícula de materia es igual a su masa, o peso, multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz. La liberación de la energía atómica se provoca por medio de la destrucción total de las partículas materiales. La “muerte” de la materia ha supuesto el “nacimiento” de la Era Atómica.

La velocidad de la luz es una medida matemática fija, o constante, no porque tenga un valor absoluto de 300.000 Km/sg, sino porque ningún cuerpo material, cuya masa aumenta con la velocidad, podrá alcanzar jamás la velocidad de la luz. Dicho de otra forma: sólo un cuerpo material cuya masa sea infinita, puede igualar la velocidad de la luz.

*Este concepto nos lleva a la ley de los milagros.*

Los maestros capaces de materializar y desmaterializar sus cuerpos o cualquier otro objeto y de moverse a la velocidad de la luz y utilizar los rayos de luz creadores para hacer visible instantáneamente cualquier manifestación física, cumplen la condición einsteniana necesaria: su masa es infinita.

La conciencia de un yogui perfecto se identifica sin ningún esfuerzo, no con un cuerpo limitado,

sino con una estructura universal. La gravedad, ya sea la “fuerza” de Newton o la “manifestación de la inercia” einsteniana, no tiene poder para *obligar* a un maestro a mostrar la propiedad de “peso” que es la condición gravitacional de todo objeto material. Quien se conoce a sí mismo como el Espíritu omnipresente, ya no está sujeto a las rigideces de un cuerpo sujeto al tiempo y el espacio. Sus aprisionantes “círculos infranqueables”, han cedido ante el liberador: “Yo soy Él”.

“Fiat lux! Y la luz se hizo”. El primer mandato a su metódica creación (*Génesis* 1:3) trajo a la existencia la única realidad atómica: la luz. En los rayos de este medio inmaterial tienen lugar todas las manifestaciones divinas. Los devotos de todos los tiempos declaran que Dios tiene la apariencia de llama y de luz. “El Rey de los reyes y el Señor de los señores; el único poseedor de la inmortalidad, que mora en la luz a la que ningún hombre puede acercarse”<sup>5</sup>.

Un yogui que a través de una meditación perfecta ha fundido su conciencia con el Creador, percibe la esencia cósmica como luz; para él no existe diferencia entre los rayos de luz que componen el agua y los rayos de luz que componen la tierra. Libre de la conciencia material, libre de las tres dimensiones del espacio y la cuarta dimensión del tiempo, un maestro traslada su cuerpo de luz con la misma facilidad sobre los rayos de luz de la tierra, el agua, el fuego o el aire. La prolongada concentración en el liberador ojo espiritual, permite al yogui destruir todas las ilusiones relativas a la materia y a su peso gravitatorio; desde ese momento ve el universo esencialmente como una masa indiferenciada de luz.

“Las imágenes ópticas”, nos dice el Dr. L. T. Troland de Harvard, “están construidas con el mismo principio que los grabados ‘a media tinta’; es decir, se componen de diminutos puntos y líneas demasiado pequeños para ser detectados por el ojo... La sensibilidad de la retina es tan alta, que una sensación visual puede ser producida por relativamente pocos quanta de la luz adecuada”. Gracias al conocimiento que un maestro divino posee de los fenómenos lumínicos, puede proyectar instantáneamente como manifestación perceptible los ubicuos átomos de la luz. La forma real de la proyección, ya sea un árbol, un medicamento, un cuerpo humano, depende de la fuerza de voluntad y el poder de visualización del yogui.

La conciencia del hombre mientras sueña, cuando al dormir afloja sus ataduras a las limitaciones del ego que durante el día le cercan por todas partes, le proporciona una demostración nocturna de la omnipotencia de su mente. ¡He aquí que en el sueño toman forma amigos muertos hace mucho tiempo, los más remotos continentes, escenas recobradas de su niñez! El maestro sintonizado con Dios, sabiendo que todos los hombres son fenómenos soñados, ha forjado una unión, nunca rígida, con esa conciencia libre e incondicionada. Inocente de toda motivación personal y empleando la voluntad creadora que le concedió el Creador, un yogui cambia de posición los átomos de luz del universo para responder a la oración sincera de un devoto. El hombre y la creación fueron hechos con este objetivo; que pueda alzarse como dueño de *maya*, al conocer su dominio sobre el cosmos.

“Y dijo Dios, Hagamos al hombre a nuestra imagen, a nuestra semejanza y démosle dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre el ganado y sobre la tierra y sobre cuanto se mueve y se desliza sobre la tierra”<sup>6</sup>.

En 1915, poco después de entrar en la Orden de los Swamis, tuve una visión de violentos contrastes. En ella la relatividad de la conciencia humana quedó nitidamente establecida; percibí claramente la única Luz Eterna que está detrás de las dolorosas dualidades de *maya*. La visión descendió sobre mí una mañana, sentado en mi pequeña habitación del ático en casa de mi padre, en Gurpar Road. La Guerra Mundial llevaba meses devastando Europa; yo reflexionaba en el enorme número de víctimas.

Al cerrar los ojos para meditar, repentinamente mi conciencia se transfirió al cuerpo de un capitán que estaba al mando de un acorazado. El bramido de las armas de fuego hendía el aire en el intercambio de disparos entre las baterías de tierra y los cañones del barco. Un enorme proyectil alcanzó la santabárbara e hizo pedazos mi buque. Salté al agua, junto con unos pocos marineros que sobrevivieron a la explosión. Con el corazón latiendo violentamente llegué a tierra a salvo. Pero ¡ay!, una bala perdida terminó su trayectoria en mi pecho. Caí al suelo gimiendo. Todo mi cuerpo estaba paralizado, si bien yo tenía conciencia de él como se tiene conciencia de una pierna que se ha dormido.

“Finalmente los misteriosos pasos de la Muerte me han dado alcance”, pensé. Con un último suspiro estaba a punto de hundirme en la inconsciencia cuando, ¡he aquí que me encontré sentado en la postura de loto en mi habitación de Gurpar Road!

Derramé lágrimas históricas al golpear y pellizcar con desbordante alegría mi posesión recuperada, un cuerpo sin agujeros de bala en el pecho. Me balanceé a un lado y a otro, inspirando y expirando para asegurarme de que estaba vivo. En medio de estas auto felicitaciones, de nuevo mi conciencia se transfirió al cuerpo muerto del capitán en la orilla sangrienta. Me sentí totalmente desconcertado.

“Señor”, oré, “¿Estoy vivo o muerto?”.

Un deslumbrante efecto de luz llenó el horizonte. Una tenue vibración sonora dio forma a las palabras:

“¿Qué tienen que ver la vida y la muerte con la Luz? Te he creado a imagen de Mi Luz. Vida y muerte son relatividades que pertenecen al sueño cósmico. ¡Contempla tu ser libre del sueño! ¡Despierta, hijo mío, despierta!”.

Como pasos en el despertar humano, el Señor inspira a los científicos para que descubran, en el momento y lugar adecuados, los secretos de Su creación. Muchos descubrimientos modernos ayudan a los hombres a comprender el cosmos como la variada expresión de un único poder, la luz, guiada por la inteligencia divina. Las maravillas del cine, la radio, la televisión, el radar, la célula fotoeléctrica (el “ojo eléctrico” que todo lo ve), las energías atómicas, están todas basadas en el fenómeno electromagnético de la luz.

El arte cinematográfico puede representar cualquier milagro. Desde el admirable punto de vista visual, ninguna maravilla queda excluida de los trucos fotográficos. Puede verse el transparente cuerpo astral de un hombre elevándose de su burda forma física, se puede caminar sobre el agua, resucitar al muerto, invertir la secuencia natural de la evolución y causar estragos en el tiempo y el espacio. Reuniendo las imágenes de luz a su antojo, el fotógrafo consigue milagros ópticos que un maestro auténtico realiza con rayos de luz reales.

Las imágenes de una película, que parecen vivas, ilustran muchas verdades referentes a la creación. El Director Cósmico escribió su propia obra y reunió un tremendo reparto para representarla durante siglos. Desde la cabina de proyección de la eternidad, lanza Sus creativos haces de luz a las películas de las sucesivas eras y las proyecta en la pantalla del espacio. Del mismo modo que las imágenes de una película parecen reales, pero no son más que combinaciones de luz y sombra, la variedad universal es una apariencia engañosa. Las esferas planetarias, con sus innumerables formas de vida, no son sino imágenes de una película cósmica, temporalmente ciertas para la percepción de los cinco sentidos, en tanto los creativos e infinitos haces de luz se proyecten en la pantalla de la conciencia humana.

Los espectadores de un cine pueden mirar hacia arriba y ver que todas las imágenes de la pantalla se forman a partir de un haz de luz sin imágenes. Del mismo modo, el colorido drama universal es emitido por la única luz blanca de la Fuente Cósmica. Con ingenio inconcebible, Dios está poniendo en escena un espectáculo para entretener a Sus hijos humanos, haciéndoles a la vez actores y espectadores de Su teatro planetario.

En una ocasión entré en un cine para ver un documental sobre los campos de batalla europeos. La Guerra Mundial todavía se mantenía en el frente occidental; el documental presentaba la matanza con tal realismo, que salí de la sala angustiado.

“Señor”, oré, “¿Por qué permites tal sufrimiento?”.

Para mi sorpresa, me llegó una respuesta instantánea en forma de una visión de los campos de batalla europeos reales. El horror de la lucha, llena de muertos y moribundos, sobrepasaba con mucho la dureza de las imágenes del documental.

“¡Observa atentamente!”. Una dulce voz habló a mi conciencia interior. “Verás que estas escenas que están sucediendo en este momento en Francia, no son sino un juego de claroscuro. Son la película cósmica, tan real e irreal como el documental que acabas de ver, un juego dentro de otro juego”.

Mi corazón no se confortó. La voz divina continuó: “La creación es luz y sombra, sin ellas no es posible la película. El bien y el mal de *maya* deben alternarse en supremacía. Si en este mundo hubiera dicha continua, ¿buscaría el hombre otro? Sin sufrimiento apenas se preocuparía de recordar que ha abandonado su hogar eterno. El dolor es un empujón hacia el recuerdo. ¡La forma de escapar es a través de la sabiduría! La tragedia de la muerte es irreal; quien se estremece ante ella es como un actor ignorante, que se muere de miedo en el escenario cuando no se le ha disparado otra cosa que un cartucho de fogeo. Mis hijos son los hijos de la luz; no dormirán en la ilusión para siempre”.

Aunque en las escrituras había leído relatos sobre *maya*, no me habían dado la profunda comprensión que me aportó la visión personal y las palabras de consuelo que la acompañaron. Nuestros valores cambian profundamente cuando nos convencemos finalmente de que la creación sólo es una gran película y que no es en ella, sino más allá de ella, donde reside nuestra realidad.

Al terminar de escribir este capítulo, me senté en la cama en postura de loto. Mi habitación estaba tenuemente iluminada por dos lámparas de luz tamizada. Al levantar los ojos vi que el techo estaba moteado de pequeñas luces color mostaza, que resplandecían y titilaban con un brillo como de radio. Miríadas de finos rayos, como cortinas de agua, se unían en un astil transparente que se derramaba silenciosamente sobre mí.

De pronto mi cuerpo físico perdió su pesadez y se metamorfoseó en una textura astral. Sentí sensación de flotar mientras, tocando apenas la cama, el cuerpo sin peso se movía ligera y alternativamente a izquierda y derecha. Miré a mi alrededor; los muebles y las paredes eran los de costumbre, pero la pequeña masa de luz se había multiplicado tanto que el techo era invisible. Estaba asombrado.

“Éste es el mecanismo de la película cósmica”. Se oyó una voz que parecía venir de la luz. “Al derramar sus haces de luz en la pantalla blanca de tus sábanas, produce la película de tu cuerpo. ¡Más allá de ella tu forma no es sino luz!”.

Miré mis brazos y los moví hacia delante y hacia atrás, no podía sentir su peso. Rebosaba de alegría extática. El tronco cósmico de luz, que se transformaba en mi cuerpo, parecía una réplica divina de los chorros de luz que emite la cabina de proyección de un cine y se manifiestan como imágenes en la pantalla.

Esta experiencia de ver mi cuerpo como una película en el teatro tenuemente iluminado de mi habitación se prolongó largo rato. Aunque he tenido muchas visiones, ninguna ha sido jamás tan especial. Cuando se disipó por completo mi ilusión de tener un cuerpo sólido y comprendí profundamente que la esencia de todos los objetos es luz, miré hacia arriba, hacia el chorro de vitatrones y dije suplicante:

“Luz Divina, por favor absorbe en Ti esta humilde imagen de mi cuerpo, tal como Elías ascendió al cielo en un torbellino de fuego”.

Evidentemente esta oración era alarmante; el haz de luz desapareció. Mi cuerpo retomó su peso normal y se hundió en la cama; el enjambre de resplandecientes luces del techo parpadeó



y se desvaneció. Por lo visto no había llegado el momento de que yo dejara esta tierra.

“Además”, pensé filosóficamente, “¡el profeta Elías podría disgustarse bastante con mi presunción!”.

ÍNDICE

---

- 1 Este famoso artista y filósofo ruso vivió muchos años en la India, cerca del Himalaya. “La revelación llega de las cumbres”, escribió. “Los rishis viven en las cuevas y en las cimas de las montañas. Sobre los nevados picos del Himalaya arde un vivo resplandor, más brillante que las estrellas y que los fantásticos relámpagos”. [Volver](#)
- 2 El cuento tiene una base histórica; una nota del editor nos informa que el obispo conoció a los monjes mientras navegaba entre Archangel y el Monasterio de Slovetzky, en la desembocadura del río Dvina. [Volver](#)
- 3 Marconi, el gran inventor, admitió la ineptitud de la ciencia ante lo que tiene carácter definitivo: “La incapacidad de la ciencia para esclarecer la vida es absoluta. Este hecho sería realmente aterrador si no fuera por la fe. El misterio de la vida es ciertamente el problema más persistente que se le ha presentado jamás al pensamiento humano”. [Volver](#)
- 4 Puede darnos una pista sobre la dirección tomada por el genio de Einstein, el hecho de que es un discípulo vivo del gran filósofo Spinoza, cuya obra más conocida es *La Ética demostrada en el Orden Geométrico*. [Volver](#)
- 5 I Timoteo 6:15-16. [Volver](#)
- 6 Génesis 1:26. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)





## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Trenta y Uno

#### Una Entrevista con la Sagrada Madre

“Reverenda Madre, en mi infancia fui bautizado por su esposo-profeta. Él era el gurú de mis padres y de mi propio gurú, Sri Yukteswarji. ¿Podría por esto concederme el privilegio de oír algunos episodios de su sagrada vida?”

Me dirigía a Srimati Kashi Moni, la compañera de toda la vida de Lahiri Mahasaya. Me encontraba en Benarés por un corto periodo de tiempo y estaba cumpliendo el deseo largamente sentido de visitar a la venerable señora. Me recibió cortésmente en la vieja casa de Lahiri, en la sección Garudeshwar Mohulla de Benarés. Aunque anciana, florecía como un loto, emanando silenciosamente fragancia espiritual. Era de talla mediana, con un esbelto cuello y piel clara. Grandes y brillantes ojos suavizaban su rostro maternal.

“Hijo, eres bienvenido. Subamos”.

Kashi Moni me señaló el camino hasta una habitación muy pequeña donde, durante un tiempo, había vivido con su esposo. Me sentí honrado al ver el santuario en que el incomparable maestro había condescendido a jugar el drama humano del matrimonio. La dulce señora me indicó un almohadón para que me sentara a su lado.

“Sucedió algunos años antes de que yo me diera cuenta de la estatura divina de mi esposo”, comenzó. “Una noche, en esta misma habitación, tuve un sueño clarísimo. Gloriosos ángeles flotaban con una gracia inimaginable por encima de mí. La visión era tan real, que me desperté de repente; la habitación estaba extrañamente envuelta en una tenue luz.

“Mi marido, en postura de loto, levitaba en el centro de la habitación, rodeado de ángeles que le veneraban con las manos unidas en actitud de súplica. Absolutamente sorprendida, quedé convencida de que todavía soñaba.

“‘Mujer’, dijo Lahiri Mahasaya, ‘no estás soñando. Abandona tu sueño para siempre’. Mientras descendía lentamente al suelo, me postré a sus pies.

“‘Maestro’, exclamé, ‘¡me inclino ante ti una y otra vez! ¿Me perdonarás por haberte considerado mi marido? Me muero de vergüenza al comprender que he dormido en la ignorancia junto a alguien que está despierto en la divinidad. Desde esta noche ya no serás mi marido sino mi gurú. ¿Aceptarás a este ser insignificante como tu discípula?’<sup>1</sup>

“El maestro me tocó con dulzura. ‘Alma sagrada, levántate. Eres aceptada’. Señaló a los ángeles. ‘Inclínate por favor ante cada uno de estos benditos santos’.

“Cuando terminé mis humildes genuflexiones, se oyeron las voces angélicas, unidas como un coro de una escritura antigua.

“‘Consorte del Uno Divino, eres bendecida. Te saludamos’. Se postraron a mis pies y ¡sus resplandecientes formas se desvanecieron! La habitación quedó a oscuras.

“Mi gurú me preguntó si quería recibir la iniciación en *Kriya Yoga*.

“‘Por supuesto’, respondí. ‘Siento no haber tenido sus bendiciones antes’.

“‘No había llegado el momento’. Lahiri Mahasaya sonrió consolándome. ‘Te he ayudado a agotar mucho de tu karma. Ahora estás dispuesta a recibirlas y preparada para ello’.

“Me tocó en la frente. Aparecieron montones de luces que giraban; el resplandor fue convirtiéndose gradualmente en el ojo espiritual de color azul opalino, rodeado de un anillo dorado y con una estrella blanca pentagonal en su centro.

“‘Haz que tu conciencia penetre a través de la estrella en el reino del Infinito’. La voz de mi gurú sonaba de una forma nueva, suave como música lejana.

“Como olas del mar que rompen en la orilla, rompió una sucesión de visiones en la orilla de mi alma. Esferas panorámicas que se fundieron finalmente en un océano de dicha. Me perdí en las oleadas de bienaventuranza. Cuando horas más tarde regresé a la conciencia de este mundo, el maestro me dio la técnica de *Kriya Yoga*.

“Desde aquella noche Lahiri Mahasaya no volvió a dormir en mi habitación. Ni volvió a dormir a partir de entonces. Permanecía en la habitación de la entrada, en compañía de sus discípulos, de

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

✉ Contactar

día y de noche”.

La ilustre señora quedó en silencio. Comprendiendo lo extraordinario de su relación con el sublime yogui, por fin me aventuré a pedirle que me contara otros recuerdos.

“Hijo, eres codicioso. No obstante te contaré otra historia”. Sonrió tímidamente. “Te confesaré un pecado que cometí contra mi gurú-esposo. Algunos meses después de mi iniciación, comencé a sentirme triste y abandonada. Una mañana Lahiri Mahasaya entró en esta pequeña habitación a buscar algo; le seguí rápidamente. Dominada por un violento engaño, me dirigí a él con mordacidad.

“Pasas todo el tiempo con los discípulos. ¿Qué sucede con tus responsabilidades hacia tu esposa y tus hijos? Lamento que no tengas interés en conseguir más dinero para tu familia’.

“El maestro me miró un momento y entonces, ¡ah!, desapareció. Impresionada y atemorizada, oí una voz que resonaba desde todos los rincones de la habitación:

“‘Todo es nada, ¿no te das cuenta? ¿Cómo puede la nada que soy yo conseguir riquezas para ti?’

“Guruji’, grité, ‘¡Te pido perdón un millón de veces! Mis ojos pecadores no pueden verte; por favor, aparece en tu forma sagrada’.

“Estoy aquí’. Su respuesta llegó desde un punto por encima de mí. Miré hacia arriba y vi al maestro materializado en el aire, su cabeza tocaba el techo. Sus ojos eran como llamas cegadoras. Fuera de mí de miedo, caí sollozando a sus pies cuando descendió tranquilamente al suelo.

“Mujer’, dijo, ‘busca la riqueza divina, no los miserables oropeles de la tierra. Cuando adquieras los tesoros interiores, te darás cuenta de que el suministro exterior estará siempre pronto’. Añadió, ‘Uno de mis hijos espirituales asegurará tu porvenir’.

“Naturalmente las palabras de mi gurú resultaron ciertas; un discípulo dejó a nuestra familia una suma considerable”.

Di las gracias a Kashi Moni por compartir conmigo sus maravillosas experiencias<sup>2</sup>. Al día siguiente volví a su casa y disfruté durante horas de un debate filosófico con Tincouri y Ducouri Lahiri. Estos dos hijos santos del gran yogui de la India, siguieron de cerca sus ideales. Ambos eran rubios, altos, fuertes y con grandes barbas, de voz dulce y encantadores modales a la vieja usanza.

Su esposa no fue la única discípula de Lahiri Mahasaya; hubo cientos de otras mujeres, incluyendo a mi madre. En una ocasión, una chela le pidió al gurú su fotografía. Él le tendió una copia, señalando, “Si la consideras una protección, lo es; en caso contrario no es más que una imagen”.

Pocos días después, esta mujer y la nuera de Lahiri Mahasaya estaban estudiando el *Bhagavad Gita* en una mesa detrás de la cual se había colgado la fotografía del gurú. Se desató una furiosa tormenta eléctrica.

“¡Lahiri Mahasaya, protégenos!”. Las mujeres se postraron ante la foto. Un rayo cayó sobre el libro que habían estado leyendo, pero las dos mujeres salieron ilesas.

“Sentí como si tuviera una sábana de hielo a mi alrededor que me protegió del calor abrasador”, explicó la chela.

Lahiri Mahasaya realizó dos milagros en relación con una mujer discípula, Abhoya. Un día, ella y su marido, un abogado de Calcuta, se pusieron en camino hacia Benarés para visitar al gurú. Su coche se retrasó debido al intenso tráfico; llegaron a la estación principal de Howrah sólo para oír cómo silbaba el tren de Benarés al marcharse.

Abhoya, cerca de la taquilla, conservó la calma.

“¡Lahiri Mahasaya, te suplico que detengas el tren!”, oró en silencio. “No puedo soportar tener que esperar otro día para verte”.

Las ruedas del tren que resoplaba continuaron girando, pero no se producía ningún avance. El maquinista y los pasajeros bajaron al andén para contemplar el fenómeno. Un jefe de tren inglés se acercó a Abhoya y su marido. Contra todo precedente, les ofreció sus servicios.

“Babu”, dijo, “déme el dinero. Compraré sus billetes mientras ustedes suben al tren”.

Tan pronto como la pareja se sentó y recibió sus billetes, el tren comenzó a avanzar lentamente. Asustados, el maquinista y los pasajeros saltaron a sus puestos, sin saber ni cómo se había puesto en marcha el tren ni por qué se había detenido en un primer momento.

Al llegar a casa de Lahiri Mahasaya en Benarés, Abhoya se postró en silencio ante el maestro e intentó tocar sus pies.

“Compórtate, Abhoya”, observó. “¡Cuántas molestias me causa tu amor! ¡Como si no pudieras venir en el siguiente tren!”.

Abhoya visitó a Lahiri Mahasaya en otra ocasión memorable. Esta vez solicitó su intercesión, no con el tren, sino con la cigüeña.

“Le ruego que me bendiga para que mi noveno hijo viva”, dijo. “He tenido ocho hijos, todos

murieron poco después de nacer”.

El maestro sonrió compasivo. “El hijo que va a venir vivirá. Por favor, sigue mis instrucciones cuidadosamente. El bebé, una niña, nacerá de noche. Ocupate de que se mantenga encendida una lámpara de aceite hasta el amanecer. No te duermas y así evitarás que la luz se extinga”.

Abhoya tuvo una hija, nació de noche, tal como había predicho el omnisciente gurú. La madre dio instrucciones a la enfermera de que mantuviera la lámpara llena de aceite. Las dos mujeres mantuvieron una vigilia insistente hasta las primeras horas de la mañana, pero por último se durmieron. La lámpara de aceite estaba casi apagada; la luz parpadeaba débil.

El picaporte de la puerta de la habitación se levantó y la puerta se abrió de golpe con un violento ruido. Las asustadas mujeres se despertaron. Sus asombrados ojos contemplaron la figura de Lahiri Mahasaya.

“¡Abhoya, mira, la luz está casi apagada!”. Señaló la lámpara, que la enfermera se apresuró a rellenar. Tan pronto como volvió a arder brillante, el maestro desapareció. La puerta se cerró; el picaporte bajó sin que mediara nada visible.

El noveno hijo de Abhoya sobrevivió; en 1935, cuando hice averiguaciones, todavía vivía.

Uno de los discípulos de Lahiri Mahasaya, el venerable Kali Kumar Roy, me contó muchos detalles fascinantes de su vida con el maestro.

“Con frecuencia pasaba varias semanas como invitado en su casa de Benarés”, me contó Roy. “Observé que muchos personajes santos, *danda*<sup>3</sup> swamis, llegaban en la quietud de la noche para sentarse a los pies del gurú. A veces se enzarzaban en debates sobre temas de meditación y Filosofía. Al amanecer los eminentes huéspedes se marchaban. Puedo constatar que durante mis visitas Lahiri Mahasaya no se acostó a dormir ni una sola vez.

“En los primeros tiempos de mi relación con el maestro, tuve que enfrentarme a la oposición de mi jefe”, continuó Roy. “Él estaba imbuido en el materialismo.

“No quiero fanáticos religiosos entre mis empleados”, comentaba con desprecio. ‘Si alguna vez me encuentro con el charlatán de tu gurú, le diré algunas palabras que no se le olvidarán’.

“Esta alarmante amenaza no tuvo efecto en mi programa habitual; pasaba casi todas las tardes en presencia de mi gurú. Una noche mi jefe me siguió y se precipitó en la sala. Sin duda estaba totalmente decidido a pronunciar las pulverizadoras observaciones que había prometido. Poco después de que el hombre se sentara, Lahiri Mahasaya se dirigió al pequeño grupo de unos doce discípulos.

“¿Os gustaría ver una película?”.

“Cuando asentimos nos pidió que dejáramos la habitación a oscuras. ‘Sentaos en círculo uno detrás de otro’, dijo, ‘y poned las manos encima de los ojos de quien tengáis delante’.

“No me sorprendió ver que mi jefe, aunque de mala gana, seguía las instrucciones del maestro. Pocos minutos después Lahiri Mahasaya nos preguntó qué estábamos viendo.

“‘Señor’, respondí, ‘veo una bella mujer. Viste un *sari* rojo bordado y está de pie junto a una planta de oreja de elefante’. Los demás discípulos hicieron la misma descripción. El maestro se volvió a mi jefe. ‘¿Reconoce usted a esa mujer?’.

“‘Sí’. Era evidente que el hombre estaba enfrentándose a emociones nuevas para él. ‘He estado gastando tontamente mi dinero con ella, aunque tengo una buena esposa. Me avergüenzo de los motivos que me trajeron aquí. ¿Podrá perdonarme y recibirme como discípulo?’.

“‘Si se conduce usted moralmente bien durante seis meses, le aceptaré’. El maestro añadió enigmáticamente, ‘En caso contrario no tendré que iniciarle’.

Mi jefe resistió la tentación durante tres meses; después reanudó su anterior relación con la mujer. Dos meses más tarde murió. Así comprendí la velada profecía de mi gurú sobre la improbable iniciación del hombre”.

Lahiri Mahasaya tuvo un amigo muy famoso, Swami Trailanga, de quien se decía que tenía más de trescientos años. Los dos yoguis se sentaban con frecuencia a meditar juntos. La fama de Trailanga está tan extendida, que pocos hindúes negarán la posible verdad de cualquier relato de sus asombrosos milagros. Si Cristo regresara a la tierra y caminara por las calles de Nueva York desplegando sus poderes divinos, causaría la misma excitación que creaba Trailanga hace unos decenios al pasar por las abarrotadas callejuelas de Benarés.

En una ocasión se vio al swami beber, sin ningún efecto perjudicial, el más mortal de los venenos. Miles de personas, incluyendo algunas que todavía viven, han visto a Trailanga flotar sobre el Ganges. Podía sentarse durante días encima del agua o permanecer durante periodos muy largos oculto bajo las olas. Una vista corriente en los *ghats*, las zonas de baño de Benarés, era la del cuerpo inmóvil del swami sobre las losas abrasadoras, totalmente expuesto al inclemente sol de la India. Con estas hazañas, Trailanga trataba de enseñar a los hombres que la vida de un yogui no depende ni del oxígeno ni de las condiciones y precauciones ordinarias. Estuviera por encima del agua o bajo ella y tuviera o no el cuerpo tendido exponiéndolo a los intensos rayos solares, el maestro demostraba que vivía gracias a la conciencia cósmica; la muerte no podía tocarle.

El yogui era grande no sólo espiritualmente, sino también físicamente. Su peso excedía los ciento cincuenta kilos, ¡medio kilo por cada año de vida! Como apenas comía, el misterio era aún mayor. No obstante, un maestro omite fácilmente todas las reglas de salud cuando por

alguna razón especial, generalmente sólo conocida por él, desea hacerlo. Los grandes santos que han despertado del sueño cósmico de maya y comprendido que este mundo es una idea de la Mente Divina, pueden hacer con el cuerpo cuanto deseen, sabiendo que éste no es más que una forma manipulable de energía condensada o congelada. Aunque los físicos comprenden ya que la materia no es sino energía solidificada, los maestros iluminados han pasado desde hace mucho de la teoría a la práctica en el campo del control de la materia.

Trailanga estaba siempre totalmente desnudo. La agobiada policía de Benarés llegó a considerarlo como a un niño muy problemático. El natural swami, como Adán en los primeros tiempos en el jardín del Edén, era completamente inconsciente de su desnudez. Sin embargo la policía, muy consciente de ella, le envió a prisión sin ceremonias. El resultado fue una complicación general; pronto el enorme cuerpo de Trailanga, en toda su integridad, fue visto en el tejado de la prisión. Su celda, todavía cerrada con seguridad, no aportaba ninguna pista sobre cómo había escapado.

Los desalentados agentes de la ley cumplieron una vez más con su deber. En esta ocasión se apostó un guardia delante de la celda del swami. De nuevo el poder se retiró ante el derecho. Trailanga pronto fue visto paseando despreocupado por el tejado. La justicia es ciega; la burlada policía decidió seguir su ejemplo.

Normalmente el gran yogui se mantenía en silencio<sup>4</sup>. A pesar de su redondo rostro y su enorme estómago que parecía un barril, Trailanga sólo comía de vez en cuando. Tras semanas sin alimento, rompía su ayuno con una olla de suero de leche que le ofrecían sus devotos. Un escéptico, considerando a Trailanga un charlatán, decidió desenmascararle. Colocó delante del swami un cubo lleno de una solución de cal utilizada para blanquear las paredes.

"Maestro", dijo el materialista con reverencia fingida, "le he traído su suero de leche. Por favor, bébalo".

Trailanga vació, sin vacilar, todo el contenido, hasta la última gota de la abrasadora cal. Pocos minutos después el malhechor cayó al suelo con horribles dolores.

"¡Ayúdeme, swami, ayúdeme!", gritaba. "¡Me abraso! ¡Perdóneme por la cruel prueba!".

El gran yogui rompió su silencio habitual. "Picaro", dijo, "cuando me ofreciste el veneno ignorabas que mi vida es una con la tuya. Si no fuera por mi conocimiento de que Dios está presente en mi estómago, como en todos los átomos de la creación, la cal me habría matado. Ahora que conoces la existencia de un bumerang divino, no vuelvas a tenderle trampas a nadie".

El bien purgado pecador, curado por las palabras de Trailanga, se escabulló cabizbajo.

El cambio de dirección del dolor no se debió a ningún deseo del maestro, se produjo por la aplicación infalible de la ley de justicia que mantiene el ritmo del orbe hasta en lo más recóndito de la creación. Los hombres que han alcanzado la realización en Dios, como Trailanga, hacen posible que la ley divina opere instantáneamente; han desterrado para siempre las desbaratadoras contracorrientes del ego.

La regulación automática de la rectitud, que con frecuencia paga en una moneda inesperada, como en el caso de Trailanga y su fallido asesino, aplaca nuestra apresurada indignación ante la injusticia humana. "La venganza es mía; yo lo devolveré, dice el Señor"<sup>5</sup>. ¿Qué necesidad hay de los breves expedientes humanos?, el universo conspira debidamente para el justo castigo. Las mentes grises ponen en duda la posibilidad de la justicia, el amor, la omnisciencia, la inmortalidad divinas. "¡Conjeturas sin peso de las escrituras!". Este punto de vista falto de sensibilidad, que no se impresiona ante el espectáculo cósmico, suscita una serie de acontecimientos que producen su propio despertar.

Cristo se refiere a la omnipotencia de la ley espiritual con ocasión de su entrada triunfal en Jerusalén. Mientras los discípulos y la multitud gritaban de júbilo y pregonaban, "Paz en los cielos y gloria en las alturas", ciertos fariseos se quejaban del indigno espectáculo. "Maestro", protestaron, "reprende a tus discípulos".

"Os digo", respondió Jesús, "que si estos se callaran, inmediatamente las piedras gritarían"<sup>6</sup>.

En esta reprimenda a los fariseos, Cristo estaba señalando que la justicia divina no es una abstracción metafórica y que un hombre de paz, aunque se le arranque la lengua desde la raíz, encontrará su voz y su defensa en lo que constituye la base de la creación, en el orden universal mismo.

Jesús estaba diciendo, "¿Pensáis silenciar a los hombres de paz? Es como si esperarais ahogar la voz de Dios, cuando hasta las piedras cantan Su gloria y su omnipresencia. ¿Exigís que los hombres no hagan fiestas en honor de la paz de los cielos, sino que las multitudes se reúnan sólo para pedir a gritos la guerra en la tierra? Entonces preparaos, Oh fariseos, para el derrumbe de los cimientos del mundo; pues no sólo los mansos, sino las piedras y el agua y el fuego y el aire se levantarán contra vosotros para dar testimonio de Su orden y armonía".

En una ocasión, a mi *sajo mama* (tío materno), le fue concedida la gracia de este yogui semejante a Cristo, Trailanga. Una mañana, mi tío vio al maestro rodeado de una multitud de devotos en un ghat de Benarés. Se las ingenió para pasar cerca de Trailanga, cuyos pies tocó humildemente. Mi tío quedó asombrado al descubrir que había sido liberado instantáneamente de una dolorosa enfermedad crónica<sup>7</sup>.

El único discípulo vivo conocido del gran yogui es una mujer, Shankari Mai Jiew. Hija de uno de los discípulos de Trailanga, recibió preparación del swami desde su niñez. Vivió durante cuarenta años en distintas cuevas del solitario Himalaya, cerca de Badrinath, Kedarnath, Amarnath y Pasupatinath. La *brahmacharini* (mujer asceta), nació en 1826, en este momento sobrepasa bien el siglo. Sin embargo no parece una anciana, conserva su pelo negro, dientes

centelleantes y una sorprendente energía. Sale de su retiro cada cierto tiempo para asistir a las *melas* o ferias religiosas que se celebran en años determinados.

Esta mujer santa visitaba con frecuencia a Lahiri Mahasaya. Contó que cierto día, en la sección Barackpur, cerca de Calcuta, mientras estaba sentada al lado de Lahiri Mahasaya, el gran gurú de éste, Babaji, entró silenciosamente en la habitación y mantuvo una conversación con ambos.

En cierta ocasión su maestro Trailanga, abandonando su silencio habitual, honró de forma muy señalada a Lahiri Mahasaya en público. Un discípulo de Benarés objetó:

“Señor”, dijo, “¿por qué muestra usted, un swami y renunciante, tal respeto por un hombre de familia?”.

“Hijo mío”, respondió Trailanga, “Lahiri Mahasaya es como un gatito divino, que se queda donde la Madre Cósmica lo ha puesto. Si bien representa sumisamente el papel de un hombre del mundo, ha recibido la autorrealización perfecta, ¡por la que yo he renunciado hasta a mi taparrabos!”.

ÍNDICE

- 1 Esto recuerda el verso de Milton: “Él sólo por Dios, ella por el Dios que hay en él”. [Volver](#)
- 2 La venerable madre falleció en Benarés en 1930. [Volver](#)
- 3 Báculo que simboliza la espina dorsal, utilizado ritualmente por ciertas órdenes monásticas. [Volver](#)
- 4 Era un *muni*, un monje que observa *mauna*, silencio espiritual. La raíz sánscrita de *muni* está emparentada con el griego *monos*, “solo, único”, del que derivan las palabras inglesas *monk*, *monism*, etc. (y las españolas *monje*, *monista*, etc. N. de la T.). [Volver](#)
- 5 *Romanos* 12:19 [Volver](#)
- 6 *Lucas* 19:37-40. [Volver](#)
- 7 La vida de Trailanga y otros grandes maestros nos recuerdan las palabras de Jesús: “Y estas señales acompañarán a quienes crean; en mi nombre (la conciencia Crística) expulsarán demonios; hablarán lenguas nuevas; cogerán serpientes con las manos, y si beben algo mortal, no les hará daño; impondrán las manos al enfermo y lo restablecerán. *Marcos* 16:17-18. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
<a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Trenta y Dos

### Rama es Rescatado de la Muerte

“En aquel tiempo había cierto hombre enfermo, llamado Lázaro... Cuando Jesús lo supo, dijo, ‘Esta enfermedad no es mortal, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea así glorificado’”<sup>1</sup>.

Una soleada mañana, Sri Yukteswar estaba explicando las escrituras cristianas en el corredor de la ermita de Serampore. Además de algunos otros discípulos del Maestro, yo estaba allí con un pequeño grupo de alumnos de Ranchi.

“En este pasaje Jesús se llama a sí mismo el Hijo de Dios. Aunque estaba realmente unido con Dios, esta referencia tiene un profundo significado impersonal”, explicó mi gurú. “El Hijo de Dios es el Cristo o Conciencia Divina existente en el hombre. Ningún mortal puede glorificar a Dios. La única honra que el hombre puede ofrecer a su Creador es buscarle; el hombre no puede glorificar una Abstracción que no conoce. La “gloria” o halo alrededor de la cabeza de los santos, es un testimonio simbólico de su capacidad para rendir homenaje divino”.

Sri Yukteswar continuó leyendo la maravillosa historia de la resurrección de Lázaro. Al concluir se sumió en un largo silencio, el libro sagrado abierto en sus rodillas.

“Yo tuve el privilegio de contemplar un milagro similar”. Dijo finalmente mi gurú con solemne unción. “Lahiri Mahasaya resucitó a uno de mis amigos de la muerte”.

Los muchachos sentados a mi lado sonrieron con vivo interés. También en mí había suficientes dosis de chiquillo para disfrutar no sólo de la Filosofía, sino, especialmente, de las historias que conseguía que Sri Yukteswar contara sobre sus extraordinarias experiencias con su gurú.

“Mi amigo Rama y yo éramos inseparables”, comenzó el Maestro. “Como era vergonzoso y solitario, decidí visitar a nuestro gurú, Lahiri Mahasaya, sólo a medianoche y al amanecer, en ausencia de la multitud de discípulos que le visitaban durante el día. Siendo el amigo más íntimo de Rama, yo le servía como válvula de escape por la que dejar salir la riqueza de sus percepciones espirituales. Yo encontraba inspiración en este compañero ideal”. El rostro de mi gurú se dulcificó con los recuerdos.

“De pronto Rama fue sometido a una difícil prueba”, continuó Sri Yukteswar. “Contrajo el cólera asiático. Nuestro maestro jamás ponía objeciones a recurrir a los servicios médicos en momentos de enfermedades graves; se consultó a dos especialistas. En medio del frenético ajetreo por atender al enfermo, yo oraba profundamente pidiendo la ayuda de Lahiri Mahasaya. Corrí a su casa y, sollozando, le conté lo que sucedía.

“Los médicos han visto a Rama. Se pondrá bien’. Mi gurú sonreía jovialmente.

“Volví alegre junto a mi amigo, le encontré moribundo.

“No durará más de una o dos horas’, me dijo uno de los médicos con gesto desesperado. Me precipité de nuevo a casa de Lahiri Mahasaya.

“Los médicos son hombres concienzudos. Estoy seguro de que Rama se curará’. El maestro me despidió alegremente.

“Al llegar junto a Rama los dos médicos se habían ido. Uno de ellos me había dejado una nota: ‘Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano, pero es un caso sin esperanza’.

“Mi amigo era verdaderamente el retrato de un moribundo. Yo no comprendía cómo era posible que las palabras de Lahiri Mahasaya no se hicieran realidad. Al ver cómo la vida se retiraba rápidamente de Rama pensé: ‘Todo se acabó’. Sacudido así por las olas de los mares de



la fe y la duda inquieta, atendí a mi amigo lo mejor que pude. Se despertó y gritó:

“Yukteswar, vete corriendo al maestro y dile que me voy. Pídele que bendiga mi cuerpo antes de los últimos ritos’. Con estas palabras Rama suspiró pesadamente y se entregó al espíritu<sup>2</sup>.

“Lloré durante una hora sobre su amada forma. Él que había amado siempre la tranquilidad había alcanzado la quietud absoluta de la muerte. Llegó otro discípulo; le pedí que se quedara en la casa hasta que yo volviera. Medio aturdido, corrí de nuevo junto a mi gurú.

“¿Cómo está Rama?’. La cara de Lahiri Mahasaya era muy risueña.

“Señor, pronto verá cómo está’, se me escapó emocionado. ‘Dentro de pocas horas verá su cuerpo, antes de que sea llevado a los terrenos de cremación’. Me derrumbé y gemí abiertamente.

“Yukteswar, contrólate. Siéntate en calma y medita’. Mi gurú entró en *samadhi*. Pasaron la tarde y la noche sin que nada rompiera el silencio; yo me esforzaba sin éxito por recuperar la serenidad interior.

“Al amanecer Lahiri Mahasaya me miró consoladoramente. ‘Veo que todavía estás agitado. ¿Por qué no me explicaste ayer que esperabas que yo ofreciera a Rama ayuda tangible en forma de algún medicamento?’. El maestro señaló una lámpara en forma de copa que tenía aceite crudo de castor. ‘Llena una botella pequeña con el contenido de esa lámpara; pon siete gotas en la boca de Rama’.

“Señor’, protesté, ‘está muerto desde ayer al mediodía. ¿Para qué sirve ahora el aceite?’.

“No te preocupes; simplemente haz lo que te pido’. La alegre expresión de Lahiri Mahasaya era incomprensible; yo sufría todavía el dolor sin alivio de la pérdida. Vertiendo un poco de aceite, me marché a casa de Rama.

“Encontré el cuerpo de mi amigo rígido en brazos de la muerte. Sin prestar atención a su espantoso estado, le abrí los labios con el índice de mi mano derecha y con la mano izquierda y la ayuda del corcho, conseguí dejar caer las gotas de aceite en sus apretados dientes.

“Cuando la séptima gota tocó sus fríos labios, Rama se estremeció con violencia. Sus músculos vibraron de pies a cabeza y se sentó sorprendido.

“Vi a Lahiri Mahasaya resplandeciente’, exclamó. ‘Brillaba como el sol. “Levántate”, me ordenó “abandona tu sueño”. “Ven a verme con Yukteswar”’.

“Apenas podía creer lo que veían mis ojos cuando Rama se vistió por sí mismo y, después de la enfermedad mortal, estaba lo suficientemente fuerte para ir caminando hasta casa de nuestro gurú. Allí se postró ante Lahiri Mahasaya con lágrimas de gratitud.

“El maestro estaba fuera de sí de alegría. Sus ojos me miraban centelleando maliciosamente.

“Yukteswar’, dijo, ‘¡seguramente de ahora en adelante no dejarás de llevar contigo una botella de aceite de castor! Cada vez que veas un cadáver ¡le administras el aceite! ¡Qué duda cabe, siete gotas de aceite de lámpara desbaratarán los planes de Yama!’<sup>3</sup>.

“Gurují, está usted burlándose de mí. No lo entiendo; por favor, señáleme la naturaleza de mi error’.

“Te dije por dos veces que Rama se pondría bien; aún así no me creíste completamente’, explicó Lahiri Mahasaya. ‘Yo no estaba afirmando que los médicos fueran capaces de curarle; sólo indicaba que le atendieran. No había una relación de causalidad entre mis dos declaraciones. No quería entrometerme en el trabajo de los médicos; ellos también tienen que vivir’. Con una voz que resonaba de júbilo, mi gurú añadió, ‘Ten siempre presente que el infatigable Paramatman<sup>4</sup> puede curar a cualquiera, con médico o sin él’.

“Comprendo mi equivocación’, admití arrepentido. ‘Ahora me doy cuenta de que basta su simple palabra para comprometer a todo el cosmos’.

Quando Sri Yukteswar terminó su impresionante relato, uno de los hechizados oyentes se aventuró a preguntar algo que, para un niño, era doblemente incomprensible.

“Señor”, dijo, “¿por qué su gurú utilizó aceite de castor?”.

“Hijo, el único sentido que tuvo aplicar el aceite de castor fue que yo esperaba algo material y Lahiri Mahasaya escogió el aceite que tenía cerca como símbolo objetivo para despertar en mí una fe mayor. El maestro permitió que Rama muriera porque yo había dudado en parte. Pero el gurú divino, habiendo dicho que el discípulo se pondría bien, sabía que así ocurriría, aunque tuviera que curar a Rama de la muerte, ¡una enfermedad normalmente terminal!”.

Sri Yukteswar despidió al pequeño grupo y me señaló una manta para sentarme a sus pies.

“Yogananda”, dijo con una gravedad inusual, “tú has estado rodeado desde tu nacimiento por discípulos directos de Lahiri Mahasaya. El gran maestro vivió su vida sublime en retiro parcial y negó con firmeza a sus seguidores el permiso para construir una organización basada en sus enseñanzas. Sin embargo hizo una predicción significativa.

“Unos cincuenta años después de mi fallecimiento, dijo, ‘se escribirá mi vida, porque en Occidente se hará patente un profundo interés por el yoga. El mensaje del yoga abrazará todo el globo y ayudará a establecer la fraternidad que resulta de la percepción directa del Padre Único’.

“Yogananda, hijo mío”, continuó Sri Yukteswar, “debes tomar parte en la expansión de ese mensaje y en escribir esa sagrada vida”.

Los cincuenta años del fallecimiento de Lahiri Mahasaya en 1895, se cumplieron en 1945, el año en que se terminó el presente libro. No puedo sino sentirme impresionado por la coincidencia de que en el año 1945 comenzó una nueva era, la era de las revolucionarias energías atómicas. Todas las mentes reflexivas se vuelven como nunca antes lo hicieron hacia los urgentes problemas de la paz y la fraternidad, para que el uso continuado de la fuerza física no haga desaparecer a todos los hombres junto con los problemas.

Aunque el género humano y sus obras desaparezcan sin dejar rastro como efecto del tiempo o de una bomba, el sol no vacilará en su curso; las estrellas mantendrán su vigilia invariable. La ley cósmica no puede ser suspendida o cambiada y el hombre haría muy bien poniéndose en armonía con ella. Si el cosmos está en contra de la fuerza, si el sol no combate a los planetas sino que se retira a su debido tiempo para conceder a las estrellas su pequeño dominio, ¿para qué nuestro puño de cota de malla? ¿Puede proceder de él la paz? No la crueldad, sino la buena voluntad, son las armas de las fuerzas del universo; una humanidad en paz conocerá los frutos inagotables de la victoria, más dulces que ninguno cultivado en un ensangrentado suelo.

La auténtica Sociedad de las Naciones será una sociedad natural, sin nombre, de los corazones humanos. La solidaridad general y una comprensión amplia, necesarias para curar las aflicciones de la tierra, no pueden manar de la simple consideración intelectual de la diversidad de los seres humanos, sino del conocimiento de la unidad del hombre, de su afinidad con Dios. Que el yoga, la ciencia del contacto personal con la Divinidad, pueda extenderse con el tiempo a todos los hombres de todos los países, para hacer realidad el ideal más elevado del mundo, la paz por medio de la fraternidad.

Aunque la civilización de la India es más antigua que ninguna otra, pocos historiadores se han dado cuenta de que su hazaña de supervivencia como nación no es de ningún modo un accidente, sino el resultado lógico de su devoción a las verdades eternas; devoción que la India ha ofrecido, por medio de sus hombres más destacados, en todas las generaciones. Gracias a su continuidad e inmutabilidad a lo largo del tiempo –¿pueden decirnos con certeza los grises eruditos su edad?– la India ha dado la respuesta más valiosa a los retos de cada momento.

La historia bíblica<sup>5</sup> de la súplica de Abraham al Señor para que la ciudad de Sodoma fuera perdonada si podían encontrarse en ella diez hombres justos, y la respuesta divina: “No la destruiré por los diez”, cobra nuevo significado a la luz de la India, que ha escapado al olvido de Babilonia, Egipto y otras poderosas naciones que un día fueron sus contemporáneas. La respuesta del Señor muestra claramente que un país vive, no gracias a los logros materiales, sino a los hombres que son sus obras maestras.

Dejemos que las palabras divinas se escuchen de nuevo en este siglo veinte, dos veces teñido en sangre cuando sólo ha transcurrido su mitad: Ninguna nación que pueda aportar diez hombres grandes a los ojos del Juez Insobornable se extinguirá. Teniendo esta convicción presente, la India ha probado que no carece de ingenio frente a los miles de astucias del tiempo. En todos los siglos han santificado su suelo Maestros autorrealizados. Modernos sabios semejantes a Cristo, como Lahiri Mahasaya y su discípulo Sri Yukteswar, se levantan para proclamar que la ciencia del yoga es más esencial para la felicidad humana y la longevidad de una nación, que ningún avance material.

La información publicada sobre la vida de Lahiri Mahasaya y su doctrina universal es escasa. Durante tres decenios, en la India, América y Europa, he encontrado un interés profundo y sincero en su liberador mensaje del yoga; ahora es necesario en Occidente, donde la vida de los grandes yoguis modernos es poco conocida, un relato escrito de la vida del maestro, tal como él predijo.

En inglés no se han escrito más que uno o dos pequeños folletos sobre la vida del gurú. En 1941 apareció una biografía en Bengali, *Sri Sri<sup>6</sup> Shyama Charan Lahiri Mahasaya*. Fue escrita por mi discípulo Swami Satyananda, que ha sido durante muchos años el *acharya* (preceptor espiritual) de nuestro *Vidyalya* en Ranchi. Traduje algunos pasajes de su libro y los he incorporado en esta parte dedicada a Lahiri Mahasaya.

Lahiri Mahasaya nació en una piadosa familia de brahmines de antiguo linaje, el 30 de Septiembre de 1828. Su lugar de nacimiento fue el pueblo de Ghruni, en la región Nadia, cerca de Krishnagar, Bengala. Fue el hijo más joven de Muktakashi, la segunda esposa del estimado Gaur Mohan Lahiri. (Su primera esposa murió, después de tener tres hijos, en una peregrinación). La madre del chico falleció en su niñez; se sabe poco sobre ella, exceptuando el hecho revelador de que era una fervorosa devota del Señor Shiva<sup>7</sup>, denominado en las escrituras el “Rey de los Yoguis”.

El niño Lahiri, al que se le dio el nombre de Shyama Charan, pasó sus primeros años en la casa ancestral en Nadia. A la edad de tres o cuatro años se le veía con frecuencia sentado bajo la arena en la postura de un yogui, con el cuerpo totalmente oculto, salvo la cabeza.

La propiedad de Lahiri fue destruida en el invierno de 1833, cuando el cercano Río Jalangi cambió su curso y desapareció en las profundidades del Ganges. El río se llevó uno de los templos de Shiva fundado por los Lahiris, junto con la casa familiar. Un devoto rescató la imagen del Señor Shiva de las arremolinadas aguas y la situó en un nuevo templo, ahora muy conocido como el Ghurni Shiva Site.

Gaur Mohan Lahiri y su familia dejaron Nadia y establecieron su residencia en Benarés, donde el padre erigió inmediatamente un templo a Shiva. Guió a su familia en la línea de la disciplina védica, con la observancia regular de las ceremonias de culto, obras de caridad y estudio de las escrituras. No obstante, como persona de amplias miras, no ignoró los beneficios de las ideas modernas.

En Benarés, el niño Lahiri tomó lecciones, en grupo, de Hindi y Urdu. Asistió al colegio dirigido por Joy Narayan Ghosal, recibiendo instrucción en sánscrito, bengalí, francés e inglés. Se aplicó en el estudio profundo de los *Vedas* y siguió con entusiasmo debates sobre las escrituras de doctos brahmanes, incluyendo a un pundit Marhatta llamado Nag-Bhatta.

Shyama Charan fue un joven cariñoso, amable y valiente, querido por todos sus compañeros. De cuerpo bien proporcionado, fuerte y lleno de vida, sobresalió en natación y muchas actividades de destreza.

En 1846 Shyama Charan Lahiri se casó con Srimati Kashi Moni, hija de Sri Debnarayan Sanyal. Modelo de ama de casa india, Kashi Moni realizaba alegremente sus tareas del hogar y la obligación tradicional, como cabeza de familia, de servir a los invitados y a los pobres. Dos hijos santos, Tincouri y Ducouri, bendijeron la unión.

En 1851, a la edad de 23 años, Lahiri Mahasaya pasó a ocupar el puesto de contable en el Departamento de Ingeniería Militar del gobierno inglés. Durante sus años de servicio obtuvo muchos ascensos. Así pues, no sólo fue un maestro a los ojos de Dios, sino que también tuvo éxito en el pequeño drama humano, donde representó el papel que le correspondió como funcionario que trabajaba en el mundo.

A medida que cambiaban los cargos del Army Department, Lahiri Mahasaya fue trasladado a Gazipur, Mirjapur, Danapur, Naini Tal, Benarés y otras localidades. A la muerte de su padre, Lahiri tuvo que asumir toda la responsabilidad de la familia, para quienes compró una tranquila residencia en el barrio Garudeshwar Mohulla de Benarés.

A los treinta y tres años, Lahiri vio realizado el objetivo por el que se había encarnado en la tierra. El rescoldo que había ardido lentamente durante tanto tiempo, recibió la oportunidad de inflamarse en una llama. Un decreto divino, que reposa apartado a la mirada de los seres humanos, opera misteriosamente para que todo se manifieste a su debido tiempo. Encontró a su gran gurú Babaji cerca de Ranikhet y fue iniciado por él en *Kriya Yoga*.

Este momento feliz no ocurrió sólo para él; fue un momento prometedor para todo el género humano, muchos de cuyos miembros tuvieron más tarde el privilegio del regalo de *Kriya* que despierta el alma. El más elevado arte del yoga, perdido, o largamente desaparecido, fue traído de nuevo a la luz. Los hombres y mujeres espiritualmente sedientos encontraron por fin su camino hacia las frescas aguas del *Kriya Yoga*. Tal como en la leyenda hindú la Madre Ganges ofrece su trago divino a Bhagirath, el devoto muerto de sed, así el celestial torrente de *Kriya* se precipitó desde lo más recóndito del Himalaya a los polvorientos lugares frecuentados por los hombres.

#### ÍNDICE

- 1 Juan 11:1-4. [Volver](#)
- 2 Generalmente una víctima del cólera mantiene la razón y toda la conciencia hasta el momento de la muerte. [Volver](#)
- 3 El dios de la muerte. [Volver](#)
- 4 Literalmente, "Alma Suprema". [Volver](#)
- 5 Génesis 18:23-32. [Volver](#)
- 6 *Sri*, un prefijo que significa "santo", se adjunta (generalmente dos o tres veces) a los nombres de los grandes maestros de la India. [Volver](#)
- 7 Forma parte de la trinidad divina, Brahma, Vishnu, Shiva, cuyas tareas en el universo son, respectivamente, la creación, preservación y disolución-restauración. Shiva (escrito a veces Siva), representado en la mitología como el Señor de los Renunciantes, se aparece en visiones a sus devotos bajo distintos aspectos, tales como Mahadeva, el asceta de pelo enmarañado y Nataraja, el Bailarín Cósmico. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Trenta y Tres

#### Babaji, el Cristo-Yogui de la India Moderna

Los riscos de la zona Norte del Himalaya, cerca de Badrinarayan, todavía están bendecidos por la presencia viva de Babaji, gurú de Lahiri Mahasaya. El recluso maestro ha retenido su forma física durante siglos, quizá milenios. El inmortal Babaji es un *avatara*. Esta palabra sánscrita significa “descenso”; sus raíces son *ava*, “abajo” y *tri*, “pasar”. En las escrituras hindúes, *avatara* significa el descenso de la Divinidad a la carne.

“El estado espiritual de Babaji está más allá de la comprensión humana”, me explicó Sri Yukteswar. “La estrecha visión humana no puede llegar hasta su trascendental estrella. Es en vano imaginar siquiera las conquistas del avatar. Son inconcebibles”.

Los *Upanishads* han clasificado minuciosamente cada una de las etapas del avance espiritual. Un *siddha* (“ser perfecto”) ha progresado desde el estado de *jivanmukta* (“liberado mientras vive”) al de *paramukta* (“liberado absolutamente”, con total poder sobre la muerte); el último ha escapado por completo de la esclavitud de maya y su rueda de reencarnaciones. Por ello el *paramukta* raramente regresa a un cuerpo físico; si lo hace, es un avatar, un medio señalado por la divinidad para traer supremas bendiciones al mundo.

Un avatar no está sujeto a la economía universal; su cuerpo puro, visible como una luminosa imagen, está libre de deudas con la naturaleza. Una mirada casual quizá no vea nada extraordinario en la figura de un avatar, pero puede no proyectar sombra ni dejar huella en el suelo. Éstas son pruebas simbólicas externas de la carencia de oscuridad interior y de esclavitud a la materia. Sólo un hombre de Dios tal conoce la verdad que existe tras las relatividades de la vida y la muerte. Omar Khayyam, tan burdamente incomprendido, cantó a este hombre liberado en su inmortal escrito, los *Rubaiyat*:

“Ah, Luna de mi Deleite que no conoce menguante,

La Luna del Cielo sale una vez más;

Con qué frecuencia, a partir de ahora, me buscará al salir

Por este mismo Jardín, ¡en vano!”

La “Luna de Deleite” es Dios, eterna estrella polar que nunca pasa. La “Luna del cielo” es el cosmos exterior, encadenado a la ley de reaparición periódica. Sus cadenas se disolvieron para siempre para el profeta persa gracias a su autorrealización. “Con qué frecuencia, a partir de ahora, me buscará al salir... ¡en vano!”. ¡Qué frustrante para un universo frenético buscar la supresión absoluta!

Cristo expresó de otra forma su libertad; “Y llegó cierto escriba y le dijo, Señor, te seguiré allí a donde vayas. Y Jesús le dijo, Los zorros tienen madrigueras y los pájaros del aire tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reposar la cabeza”<sup>1</sup>.

Dotado de omnipresencia, ¿a dónde se podría seguir a Cristo excepto al Espíritu absoluto?

Krishna, Rama, Buddha y Patanjali figuran entre los antiguos avatares de la India. Alrededor de Agastya, un avatar del Sur de la India, se ha desarrollado una considerable literatura poética en tamil. Realizó muchos milagros durante los siglos que precedieron y siguieron a la era cristiana, y se cree que ha retenido su forma física hasta hoy.

La misión de Babaji en la India ha consistido en ayudar a los profetas a llevar a cabo sus designios especiales. Esto hace que las escrituras le califiquen de *Mahavatar* (Gran Avatar). Declaró que él había dado la iniciación en yoga a Shankara, el antiguo fundador de la Orden de los Swamis, y a Kabir, el famoso santo medieval. En el siglo XIX su principal discípulo fue, como sabemos, Lahiri Mahasaya, quien revitalizó el perdido arte de *Kriya*.

El *Mahavatar* está en comunión constante con Cristo; juntos envían sus vibraciones de redención y han diseñado la técnica de salvación espiritual para esta era. La tarea de estos dos maestros plenamente iluminados –uno con el cuerpo y otro sin él- es inspirar a las naciones a abandonar las guerras suicidas, los odios raciales, los sectarismos religiosos y los contraproducentes males del materialismo. Babaji es plenamente consciente de las tendencias de los tiempos actuales, especialmente de la influencia y complejidad de la civilización occidental y comprende la necesidad de expandir la auto-liberación del yoga tanto en Oriente como en Occidente.

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar



#### BABAJI, EL MAHAVATAR

Ayudé a un artista a hacer un dibujo fiel del gran Cristo-Yogui de la India moderna.

No debe sorprendernos que no existan referencias históricas a Babaji. El gran gurú no se ha mostrado nunca abiertamente, en ningún siglo; los tergiversadores focos de la publicidad no entran en sus planes milenarios. Al igual que el Creador, el único pero silencioso Poder, Babaji actúa en una humilde oscuridad.

Los grandes profetas como Cristo y Krishna vienen a la tierra con un objetivo específico y espectacular; parten tan pronto como lo han cumplido. Otros avatares, como Babaji, emprender labores que se relacionan más con el lento progreso evolutivo del hombre a lo largo de los siglos, que con un acontecimiento histórico excepcional. Tales maestros se ocultan siempre del gran público y tienen el poder de hacerse invisibles a voluntad. Por estas razones y porque generalmente ordenan a sus discípulos que mantengan silencio respecto a ellos, algunas elevadísimas figuras espirituales permanecen desconocidas del mundo. En estas páginas sobre Babaji doy simplemente una idea de su vida, sólo algunos hechos que él juzga adecuado y de utilidad transmitir públicamente.

Sobre Babaji no se han descubierto jamás ese tipo de hechos restrictivos, tan queridos por los cronistas, que se refieren a la familia o el lugar de nacimiento. Normalmente habla en hindi, pero se comunica fácilmente en cualquier lengua. Ha adoptado el sencillo nombre de Babaji (venerado padre); otros títulos de respeto que le ha conferido Lahiri Mahasaya son Mahamuni Maharaj (santo del éxtasis supremo), Maha Yogui (el más grande de los yoguis), Trambak Baba y Shiva Baba (títulos de avatares de Shiva). ¿Tiene alguna importancia que no conozcamos el patronímico de un maestro liberado en la tierra?

"Quien pronuncia con reverencia el nombre de Babaji", dijo Lahiri Mahasaya "ese devoto atrae una bendición espiritual instantánea".

El gurú inmortal no muestra en su cuerpo señales del paso del tiempo; aparenta ser un joven de veinticinco años. De piel clara, talla y peso medio, la belleza de Babaji, de cuerpo fuerte, irradia un perceptible resplandor. Sus ojos son oscuros, tranquilos y tiernos; su largo y brillante pelo es de color cobrizo. Un hecho extraño es que Babaji guarda un parecido extraordinario con su discípulo Lahiri Mahasaya. La similitud es tan notable, que, en sus últimos años, Lahiri Mahasaya podía haber pasado por el padre del aparentemente joven Babaji.

Swami Kebalananda, mi santo profesor de sánscrito, pasó algún tiempo con Babaji en el Himalaya.

"El maestro sin par se trasladaba con su grupo de un sitio a otro por las montañas", me contó Kebalananda. "En su pequeño grupo había dos discípulos americanos altamente avanzados. Cuando Babaji ha estado en una localidad durante algún tiempo, dice: '*Dera danda uthao*' ('Levantemos nuestro campo y báculo'). Lleva un *danda* simbólico (bastón de bambú). Sus

palabras son la señal para trasladarse instantáneamente con su grupo a otro lugar. No siempre emplea este método de viaje astral; a veces se desplaza a pie de cumbre en cumbre.

“Babaji sólo puede ser visto o reconocido por los demás cuando lo desea. Se sabe que se ha aparecido a diversos devotos de muchas formas ligeramente distintas, a veces sin barba y bigote y a veces con ellos. Como, al no deteriorarse su cuerpo, no necesita alimento, el maestro apenas come. Cuando visita a los discípulos, a veces acepta, por cortesía, frutas o arroz cocido en leche y mantequilla clarificada.

“Conozco dos episodios sorprendentes de la vida de Babaji”, continuó Kebalananda. “Una noche, sus discípulos estaban sentados alrededor de un gran fuego que se había encendido para una ceremonia védica sagrada. De pronto el maestro cogió un leño encendido y con él golpeó ligeramente el hombro desnudo de un chela que estaba cerca del fuego.

“¡Señor, qué cruel!” . Fue Lahiri Mahasaya, que estaba presente, quien hizo esta protesta.

“¿Preferirías haberle visto arder hasta convertirse en cenizas ante tus ojos, tal como había decretado su karma pasado?”.

“Diciendo estas palabras Babaji puso sus manos sanadoras sobre el hombro desfigurado del chela. ‘Esta noche te he liberado de una muerte dolorosa. La ley kármica ha sido satisfecha gracias a tu pequeño sufrimiento por el fuego’.

“En otra ocasión el sagrado círculo de Babaji se vió alterado por la llegada de un extranjero. Había escalado con asombrosa habilidad la cornisa casi inaccesible donde se encontraba el campo del maestro.

“‘Señor, usted debe ser el gran Babaji’. El rostro del hombre estaba iluminado por una indescriptible reverencia. ‘Le he buscado incesantemente durante meses entre estos imponentes riscos. Le suplico que me acepte como discípulo’.

“Como el gran gurú no respondió, el hombre señaló al abismo que se abría a sus pies.

“‘Si me rechaza me tiraré desde esta montaña. La vida ya no tiene valor si no puedo conseguir su guía a la Divinidad’.

“‘Entonces salta’, dijo Babaji impasible. ‘No puedo aceptarte en tu actual estado de desarrollo’.

“El hombre se arrojó inmediatamente a la sima. Babaji ordenó a los conmocionados discípulos que trajeran el cuerpo del desconocido. Cuando volvieron con la forma mutilada, el maestro colocó su divina mano sobre el hombre muerto. ¡Y he aquí que éste abrió los ojos y se postró humildemente ante el omnipotente maestro!

“‘Ahora estás preparado para ser mi discípulo’. Babaji sonreía radiante al chela resucitado. ‘Has pasado con valentía una difícil prueba. La muerte no volverá a afectarte; ahora eres uno de nuestro rebaño inmortal’. Después pronunció sus palabras de partida usuales, ‘*Dera danda uthao*’; todo el grupo desapareció de la montaña”.

Un avatar vive en el Espíritu omnipresente; para él no existe la ley de proporcionalidad inversa al cuadrado de la distancia. Por tanto sólo puede haber una razón para que Babaji mantenga su forma física de siglo en siglo: el deseo de proporcionar a la humanidad un ejemplo concreto de sus propias posibilidades. Si al hombre no se le concediera un atisbo de la Divinidad encarnada, permanecería oprimido por el pesado engaño, creado por maya, de que no puede trascender su mortalidad.

Jesús conocía desde el principio la secuencia de su vida; pasó por todos los acontecimientos, no para sí mismo, no por obligación kármica, sino únicamente para la elevación de los seres humanos reflexivos. Sus cuatro discípulos cronistas –Mateo, Marcos, Lucas y Juan– registraron el inefable drama para beneficio de las generaciones posteriores.

Para Babaji, por ejemplo, no existen las relatividades de pasado, presente y futuro; ha conocido desde el comienzo todas las fases de su vida. Sin embargo, acomodándose a la limitada comprensión de los hombres, ha representado muchos de los actos de su vida divina en presencia de uno o más testigos. Así sucedió que un discípulo de Lahiri Mahasaya estaba presente cuando Babaji consideró que había llegado el momento de proclamar la posibilidad de la inmortalidad corporal. Hizo esta promesa ante Ram Gopal Muzumdar, para que pudiera ser conocida para inspiración de los demás corazones que buscan. Los grandes pronuncian sus palabras y participan en el curso aparentemente natural de los hechos, únicamente por el bien del hombre, tal como dijo Cristo: “Padre... sabía que me escuchas siempre: pero *lo dije por esta gente que me rodea*, para que crean que tú me has enviado”<sup>2</sup>.

Cuando visité a Ram Gopal, “el santo que no duerme”<sup>3</sup>, en Ranbajpur, me relató la asombrosa historia de su primer encuentro con Babaji.

“A veces dejaba mi solitaria cueva para sentarme a los pies de Lahiri Mahasaya en Benarés”, me contó Ram Gopal. “En una ocasión, a medianoche, mientras meditaba en silencio con un grupo de sus discípulos, el maestro me hizo una petición sorprendente.

“‘Ram Gopal’, dijo, ‘vete ahora mismo al *ghat* de baño de Dasasamedh’.

“Llegué enseguida al solitario lugar. La noche estaba iluminada por la luz de la luna y el brillo de las estrellas. Después de estar sentado en paciente silencio durante un tiempo, mi atención se dirigió a una enorme losa de piedra que había a mis pies. Se levantó poco a poco, dejando al descubierto una cueva subterránea. Mientras la piedra permanecía en equilibrio de alguna forma desconocida, la figura de una mujer joven e indescriptiblemente bella salió levitando de la cueva, elevándose por el aire. Rodeada de un suave halo, descendió despacio frente a mí y se quedó



inmóvil, embebida en un estado de éxtasis interior. Finalmente se movió y habló dulcemente.

“Soy Mataji<sup>4</sup>, la hermana de Babaji. Le he pedido a él y a Lahiri Mahasaya que vengan a mi cueva esta noche para tratar un asunto de gran importancia’.

“Una luz vaga llegó flotando rápidamente sobre el Ganges; la extraña luminiscencia se reflejaba en las opacas aguas. Se acercó cada vez más, hasta que, con un destello cegador, apareció al lado de Mataji y se condensó instantáneamente en la forma humana de Lahiri Mahasaya. Éste se inclinó humildemente a los pies de la mujer santa.

“Antes de que me hubiera recuperado de mi perplejidad, me asombré todavía más al contemplar una masa circular de luz mística que viajaba por el cielo. Descendiendo velozmente, el encendido remolino se acercó a nuestro grupo y se materializó en el cuerpo de un hermoso joven, quien de inmediato comprendí que era Babaji. Se parecía a Lahiri Mahasaya, la única diferencia era que Babaji aparentaba ser mucho más joven y tenía pelo largo y brillante.

“Lahiri Mahasaya, Mataji y yo mismo, nos arrodillamos a los pies del gurú. Una etérea sensación de gozo beatífico estremeció cada fibra de mi ser cuando toqué su divina carne.

“‘Bendita hermana’, dijo Babaji, ‘tengo intención de dejar mi forma y sumergirme en la Corriente Infinita’.

“‘Ya he vislumbrado tu proyecto, amado maestro. Quiero discutirlo contigo esta noche. ¿Por qué dejar tu cuerpo?’. La espléndida mujer le miraba con aire de súplica.

“‘¿Qué más da que utilice una ola visible o invisible del océano de mi Espíritu?’.

“Mataji respondió con un destello de agudeza poco corriente. ‘Inmortal gurú, si da lo mismo, entonces, por favor, no renuncies jamás a tu forma’<sup>5</sup>.

“‘Que sea así’, dijo Babaji solemnemente. ‘No dejaré nunca mi cuerpo físico. Permaneceré siempre visible, al menos para un pequeño número de personas de esta tierra. El Señor ha expresado Su deseo por tus labios’.

“Como yo escuchaba con temor reverencial la conversación entre estos elevados seres, el gran gurú se volvió hacia mí con aire benévolo.

“‘No temas, Ram Gopal’, dijo, ‘es para ti una bendición ser un testigo en la escena de esta promesa inmortal’.

“Cuando la dulce melodía de la voz de Babaji se apagó, su forma y la de Lahiri Mahasaya levitaron lentamente y se alejaron de nuevo sobre el Ganges. Un aura de luz deslumbrante envolvió sus cuerpos mientras desaparecían en el cielo nocturno. La forma de Mataji flotó y descendió a la cueva; la losa de piedra se cerró sola, como por la acción de una palanca invisible.

“Infinitamente inspirado, me encaminé a casa de Lahiri Mahasaya. Al inclinarme ante él con el primer amanecer, mi gurú me dirigió una sonrisa de entendimiento.

“‘Me alegro por ti, Ram Gopal’, dijo. ‘Tu deseo de conocer a Babaji y Mataji, que con frecuencia me habías expresado, finalmente se ha visto cumplido de una forma sagrada’.

“Mis condiscípulos me informaron de que Lahiri Mahasaya no se había movido del estrado desde las primeras horas de la tarde anterior.

“‘Después de que te marcharas para el *ghat* de Dasasamedh, dio una maravillosa charla sobre la inmortalidad’, me contó uno de los chelas. Por primera vez comprendí totalmente la verdad de los versos de las escrituras, que afirman que el hombre de autorrealización puede aparecer en distintos lugares, en dos o más cuerpos, al mismo tiempo.

“Lahiri Mahasaya me explicó más tarde muchas cuestiones metafísicas relativas a los ocultos planes divinos para esta tierra”, terminó Ram Gopal. “Babaji ha sido elegido por Dios para permanecer en su cuerpo durante este ciclo del mundo. Los distintos periodos vendrán y se irán, pero el inmortal maestro<sup>6</sup>, contemplando el drama de los siglos, estará presente en esta etapa de la tierra”.

ÍNDICE

1 Mateo 8: 19-20. [Volver](#)

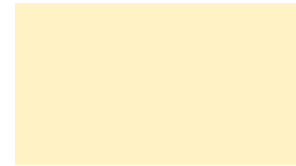
2 Juan 1: 41-42. [Volver](#)

3 El yogui omnipresente que observó que yo no me inclinaba ante el altar de Tarakeswar (capítulo 13). [Volver](#)

4 “Madre Santa”. Mataji también ha vivido a través de los siglos; está casi tan avanzada espiritualmente como su hermano. Permanece en éxtasis en una cueva subterránea oculta cerca del *ghat* Dasasamedh. [Volver](#)

5 Este episodio recuerda a uno de Tales. El gran filósofo griego enseñaba que no existe diferencia entre la vida y la muerte. “Entonces”, preguntó un crítico, “¿por qué no se muere usted?”. “Porque”, respondió Tales, “no existe diferencia”. [Volver](#)

6 “En verdad, en verdad os digo, aquel que mantiene mi palabra (permaneciendo inquebrantable en la Conciencia Crística), no conocerá la muerte jamás”. Juan 8: 51. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Trenta y Cuatro

### La Materialización de un Palacio en el Himalaya

“El primer encuentro de Babaji con Lahiri Mahasaya es una historia cautivadora y una de las pocas que nos da una visión en detalle del inmortal gurú”.

Estas palabras fueron el preámbulo de Swami Kebalananda a un relato maravilloso. La primera vez que lo contó me sentí literalmente hechizado. En muchas otras ocasiones engatusé a mi amable profesor de sánscrito para que repitiera la historia, que más tarde Sri Yukteswar me contó básicamente con las mismas palabras. Ambos discípulos de Lahiri Mahasaya habían oído la asombrosa historia directamente de labios de su gurú.

“Mi primer encuentro con Babaji tuvo lugar cuando yo contaba treinta y tres años”, había dicho Lahiri Mahasaya. “En el otoño de 1861 ocupaba el puesto de contable del gobierno en el Departamento de Ingeniería Militar, en Danapur. Una mañana, el director de la oficina me llamó.

“‘Lahiri’, dijo, ‘acaba de llegar un telegrama de nuestra oficina principal. Vas a ser trasladado a Ranikhet, donde está comenzando a establecerse un puesto del ejército’<sup>1</sup>.

“Salí con un sirviente para hacer el viaje de 800 Km. Viajando a caballo y en calesa, llegamos a Ranikhet<sup>2</sup>, en el Himalaya, en treinta días.

“Mis obligaciones oficiales no eran pesadas; podía pasar muchas horas del día vagando por las magníficas colinas. Me llegó el rumor de que grandes santos bendecían la región con su presencia; sentí un extraño deseo de verlos. Durante una excursión, a primeras horas de la tarde, quedé asombrado al oír una voz distante que pronunciaba mi nombre. Continué mi vigorosa ascensión al Drongiri Mountain. Me acosaba un ligero desasosiego al pensar que probablemente no podría desandar lo andado antes de que la oscuridad descendiera sobre la jungla.

“Finalmente llegué a un pequeño claro flanqueado por paredes rocosas salpicadas de cuevas. En una de las cornisas rocosas había un hombre joven de pie, sonriente, que extendía la mano para saludarme. Observé con asombro que, excepto por el color cobrizo de su pelo, se parecía extraordinariamente a mí.

“‘¡Lahiri, has venido!’”. El santo se dirigió a mí cariñosamente en hindi. ‘Descansa en esta cueva. Fui yo quien te llamó’.

“Entré en una pequeña gruta bien cuidada, en la que había varias mantas de lana y algunos *kamandulus* (platillos para la limosna).

“‘Lahiri, ¿recuerdas este asiento?’”. El yogui señaló una manta doblada que estaba en un rincón.

“‘No, señor’. Algo aturdido por lo extraño de mi aventura, añadí, ‘Ahora debo marcharme, antes de que caiga la noche. Tengo que estar en la oficina por la mañana’.

“El misterioso santo respondió en inglés, ‘La oficina fue creada para ti, no tú para la oficina’.

“Me quedé mudo de asombro al ver que este asceta del bosque no sólo hablaba inglés, sino que además parafraseaba las palabras de Cristo<sup>3</sup>.

“‘Veo que mi telegrama surtió efecto’. El comentario del yogui me resultó incomprensible; pregunté su significado.

“‘Me refiero al telegrama que te trajo a estos aislados parajes. Fui yo quien sugirió silenciosamente a tu superior que fueras trasladado a Ranikhet. Cuando se siente la unión con la humanidad, todas las mentes se convierten en estaciones emisoras con las que podemos operar a voluntad’. Añadió amablemente, ‘Lahiri, ¿no es cierto que esta cueva te resulta familiar?’.

“Como yo permanecía en silencio, perplejo, el santo se acercó y me golpeó ligeramente en la frente. A su toque magnético, una maravillosa corriente se extendió por mi cerebro, liberando las semillas de los dulces recuerdos de mi vida anterior.

“‘¡Lo recuerdo!’”. Mi voz estaba ahogada por sollozos de alegría. ‘¡Tú eres mi gurú Babaji, que siempre me has pertenecido! En mi mente surgen vivamente escenas del pasado; aquí, en esta cueva, pasé muchos años de mi última encarnación!’”. Como me abrumaban recuerdos inefables, me abracé llorando a los pies de mi maestro.

“Te he esperado aquí durante más de tres decenios, ¡esperando que volvieras a mí!”. La voz de Babaji sonaba con amor celestial. ‘Te escabulliste y desapareciste en las olas tumultuosas de la vida más allá de la muerte. La varita mágica de tu karma te tocó ¡y te fuiste! Aunque me perdiste de vista, ¡yo jamás te perdí de vista a ti! Te seguí por encima de los luminosos mares astrales donde navegan los ángeles gloriosos. A través de la oscuridad, la tormenta, la agitación y la luz, te seguí, como un ave cuida a su polluelo. Cuando tu vida en el útero materno llegó a su término y surgiste como una criatura, mis ojos te vigilaban siempre. Cuando en tu niñez escondías tu pequeño cuerpo bajo las arenas de Nadia, ¡yo estaba invisiblemente presente! Pacientemente, mes tras mes, año tras año, he velado por ti, esperando este día perfecto. ¡Ahora estás conmigo! ¡Mira, ésta es tu cueva, antaño amada! La he mantenido limpia y preparada para ti. ¡Aquí está tu sagrada manta para *asana*, en la que te sentabas diariamente para llenar tu expansivo corazón de Dios! ¡Contempla allí tu cuenco, del que con frecuencia bebías el néctar que yo preparaba! ¡Observa qué limpio y brillante he mantenido el latón, para que puedas volver a beber! Hijo mío, ¿comprendes ahora?’.

“Gurú mío, ¿qué puedo decir?” murmuré entrecortadamente. ‘¿Cuándo se ha oído jamás hablar de tal amor inmortal?’. Miré larga y extasiadamente a mi tesoro eterno, mi gurú en la vida y la muerte.

“Lahiri, necesitas purificación’. Bebe el aceite de este cuenco y tiéndete junto al río’. La sabiduría práctica de Babaji, reflexioné con una rápida sonrisa al recordarlo, fue siempre notable.

“Obedecí sus instrucciones. Aunque estaba descendiendo la glacial noche del Himalaya, en cada célula de mi cuerpo comenzó a vibrar una reconfortante y cálida radiación interior. Yo me sentía maravillado. ¿Estaba el desconocido aceite dotado de calor cósmico?

“Gélidos vientos azotaban a mi alrededor en la oscuridad, lanzando un temible desafío. Las frías olas del río Gogash iban y venían lamiendo mi cuerpo, extendido en la orilla rocosa. Los tigres aullaban a mi lado, pero mi corazón estaba libre de miedo; la rebotante fuerza que acababa de generarse en mi interior, me transmitía una segura e incontestable protección. Pasaron rápidamente varias horas; recuerdos desvaídos de otra vida se entretejían en el actual y brillante dibujo de la reunión con mi gurú divino.

“Mis solitarias meditaciones fueron interrumpidas por el sonido de unos pasos que se acercaban. En la oscuridad, la mano suave de un hombre me ayudó a ponerme de pie y me dio ropas secas.

“‘Vamos, hermano’, dijo mi compañero. ‘El maestro te espera’.

“Marcó el camino a través del bosque. La sombría noche se iluminó de pronto con una luz fija en la distancia.

“‘¿Puede estar saliendo el sol?’, pregunté. ‘¿Ha pasado la noche?’.

“‘Es medianoche’. Mi guía se rió con ternura. ‘Aquella luz es el resplandor de un palacio de oro, materializado aquí, esta noche, por el incomparable Babaji. En un pasado remoto expresaste una vez el deseo de disfrutar de la belleza de un palacio. Nuestro maestro satisface ahora tu deseo, así te liberarás de las cadenas del karma’<sup>4</sup>. Añadió, ‘El magnífico palacio será esta noche escenario de tu iniciación en *Kriya Yoga*. Todos tus hermanos que están aquí se unen en un himno de alegría, regocijándose del final de tu largo exilio. ¡Mira!’

“Ante mí se alzaba un enorme palacio de deslumbrante oro. Salpicado de joyas y colocado en medio de jardines, presentaba un espectáculo de grandeza sin parangón. Santos de rostro angélico estaban situados junto a las resplandecientes verjas, casi rojas por el brillo de los rubíes. En los arcos decorativos había incrustados diamantes, perlas, zafiros y esmeraldas de gran tamaño y brillo.

“Seguí a mi compañero hasta la espaciosa sala de recepción. En el aire flotaba olor de incienso y rosas; tenues lámparas derramaban una difusa luz multicolor. Los devotos, algunos de piel clara, otros de piel oscura, aparecían en pequeños grupos, cantando o sentados en postura meditativa, inmersos en la paz interior. Una vibrante alegría empapaba la atmósfera.

“‘Regálale la vista; disfruta del artístico esplendor de este palacio, pues ha sido creado únicamente en tu honor’. Mi guía sonrió comprensivo cuando hice algunas exclamaciones de asombro.

“‘Hermano’, dije, ‘la belleza de esta construcción sobrepasa los límites de la imaginación humana. Por favor, cuéntame el misterio de su origen’.

“‘Te informaré gustosamente’. Los oscuros ojos de mi compañero centelleaban de sabiduría. ‘En realidad no hay nada inexplicable en esta materialización. Todo el cosmos es un pensamiento materializado del Creador. Este pesado terrón que es la tierra, flotando en el espacio, es un sueño de Dios. Él lo hizo todo a partir de Su conciencia, tal como la conciencia del hombre, cuando sueña, reproduce y da vida a su propia creación.

“‘Dios creó la tierra primero como una idea. Después la aceleró; surgió la energía atómica. Coordinó los átomos en una esfera sólida. Todas sus moléculas se mantienen unidas por la voluntad de Dios. Cuando retire Su voluntad, la tierra se desintegrará de nuevo en energía. La energía se disolverá en conciencia; la idea-tierra desaparecerá de la objetividad.

“‘La sustancia de un sueño se mantiene materializada por el pensamiento subconsciente de quien sueña. Cuando al despertar ese pensamiento cohesivo se retira, el sueño y sus elementos se disuelven. Un hombre cierra los ojos y erige un sueño-creación que, al despertar, desmaterializa forzosamente. Sigue el modelo divino arquetípico. Del mismo modo, cuando se

despierta en la conciencia cósmica, desmaterializa sin esfuerzo la ilusión del sueño cósmico.

“Siendo uno con la Voluntad infinita que realiza todo, Babaji puede pedir a los átomos elementales que se combinen y se manifiesten de cualquier forma. Este palacio de oro, creado instantáneamente, es real, tal como esta tierra es real. Babaji creó esta mansión palaciega con su mente y mantiene sus átomos unidos con su fuerza de voluntad, tal como Dios creó esta tierra y la mantiene intacta’. Añadió, ‘Cuando esta construcción haya cumplido su objetivo, Babaji la desmaterializará’.

“Como yo permanecía en silencio, impresionado, mi guía hizo un gesto amplio. ‘Este reluciente palacio, soberbiamente adornado con joyas, no ha sido construido con el esfuerzo humano ni con oro y gemas extraídas con dificultad de una mina. Se mantiene sólido como un monumental reto al hombre<sup>5</sup>. Quien se vea a sí mismo como hijo de Dios, tal como hizo Babaji, puede alcanzar cualquier meta gracias a los infinitos poderes ocultos en su interior. Una piedra corriente encierra el extraordinario secreto de la energía atómica<sup>6</sup>; del mismo modo, un mortal es ya una fuente inagotable de divinidad’.

“El sabio tomó de una mesa cercana un elegante jarrón, cuyas asas centelleaban de diamantes. ‘Nuestro gran gurú creó este palacio solidificando miríadas de rayos cósmicos libres’, continuó. ‘Toca este jarrón y sus diamantes; pueden pasar todas las pruebas de la experiencia sensorial’.

“Examiné el jarrón y pasé la mano por los muros de la habitación, engrosados con espejeante oro. Cada una de las joyas espléndidamente prodigadas, era digna de la colección de un rey. Mi mente se colmó de una profunda satisfacción. Un deseo sumergido, oculto en mi subconsciente desde vidas pasadas, pareció ser satisfecho y apagado a la vez.

“A través de arcos y pasillos adornados, mi majestuoso compañero me condujo a una serie de habitaciones ricamente amuebladas al estilo de un palacio imperial. Entramos en una inmensa sala. En el centro estaba dispuesto un trono de oro, incrustado de joyas que derramaban una deslumbrante mezcla de colores. Allí, en postura de loto, estaba sentado el supremo Babaji. Me arrodillé en el brillante suelo a sus pies.

“‘Lahiri, ¿todavía estás disfrutando de tus oníricos deseos de un palacio de oro?’. Los ojos de mi gurú centelleaban como zafiros. ‘¡Despierta! Todos tus anhelos terrenales van a ser satisfechos para siempre’. Murmuró unas palabras místicas de bendición. ‘Hijo mío, levántate. Recibe tu iniciación en el reino de Dios por medio de *Kriya Yoga*’.

“Babaji extendió su mano; apareció un fuego *homa* (sacrificial), rodeado de frutas y flores. Recibí la liberadora técnica yóguica en este encendido altar.

“Los rituales terminaron cuando comenzaba a amanecer. En mi estado de éxtasis no sentía necesidad de dormir y deambulé por el palacio, lleno por todas partes de tesoros e inapreciables *objetos artísticos*. Al descender a los magníficos jardines, observé, muy cerca, las mismas cuevas y estériles cornisas montañosas que ayer presumían de su falta de proximidad a cualquier palacio o terraza florida.

“Volviendo a entrar en el palacio, que brillaba fabulosamente bajo el frío sol del Himalaya, busqué a mi maestro. Todavía estaba sentado en el trono, rodeado de muchos discípulos silenciosos.

“‘Lahiri, tienes hambre’. Babaji añadió, ‘Cierra los ojos’.

“Cuando los abrí de nuevo, el palacio encantado y sus pintorescos jardines habían desaparecido. Mi propio cuerpo y los de Babaji y el grupo de chelas estaban ahora sentados en el suelo desnudo, en el sitio exacto del desvanecido palacio, no lejos de las entradas a las grutas iluminadas por el sol. Recordé que mi guía había comentado que el palacio se desmaterializaría, liberándose sus átomos cautivos en el pensamiento-esencia del que habían surgido. Aunque anonadado, miré confiado a mi gurú. No sabía qué más podía esperar en este día de milagros.

“‘El objetivo por el que se creó el palacio ya se ha cumplido’, explicó Babaji. Levantó un recipiente de barro del suelo. ‘Pon aquí tu mano y recibirás cualquier alimento que desees’.

“Tan pronto como toqué el ancho cuenco vacío, se colmó de calientes *luchis* fritos en mantequilla, curry y dulces extraños. Me serví, observando que el recipiente estaba siempre lleno. Al terminar la comida busqué agua a mi alrededor. Mi gurú me señaló el cuenco que tenía ante mí. ¡La comida había desaparecido!; en su lugar había agua, tan clara como si procediese de un manantial en las montañas.

“‘Pocos mortales saben que el reino de Dios incluye el reino de las satisfacciones terrenales’, observó Babaji. ‘El reino divino comprende al terrenal, pero este último, siendo ilusorio, no puede incluir la esencia de la realidad’.

“‘¡Amado gurú, la pasada noche me mostraste el vínculo entre la belleza del cielo y de la tierra!’. Sonreí recordando el desvanecido palacio; ¡probablemente ningún yogui ha recibido jamás la iniciación en los augustos misterios del Espíritu, en un ambiente de lujo tan impresionante! Observé con tranquilidad el absoluto contraste con la presente escena. El adusto suelo, el cielo como techo, las cuevas ofreciendo su primitiva protección, todo parecía un refinado escenario natural para los seráficos santos que estaban a mi alrededor.

“Aquella tarde me senté en mi manta, santificado por los recuerdos de lo alcanzado en vidas pasadas. Mi gurú divino se me acercó y me pasó la mano por la cabeza. Entré en el estado de *nirbikalpa samadhi*, permanecí en ese gozo ininterrumpidamente durante siete días. Cruzando los sucesivos estratos del autoconocimiento, penetré en los reinos inmortales de la realidad. Todas las limitaciones engañosas se derrumbaron; mi alma estaba totalmente establecida en el altar eterno del Espíritu Cósmico. Al octavo día caí a los pies de mi gurú y le rogué que me

mantuviera siempre cerca de él, en este desierto lugar sagrado.

“‘Hijo mío’, dijo Babaji abrazándome, ‘en esta encarnación tienes que jugar tu papel en un escenario externo. Bendecido desde antes de nacer por muchas vidas de meditación solitaria, ahora debes mezclarte en el mundo de los hombres.

“‘Un objetivo profundo refuerza el hecho de que no me encontraras hasta que no fueras ya un hombre casado, con modestas responsabilidades laborales. Debes dejar a un lado la idea de unírte a nuestro grupo secreto en el Himalaya; tu vida reside en los centros llenos de actividad, sirviendo como ejemplo de un hombre de familia ideal.

“‘El llanto de muchos hombres y mujeres desconcertados no ha dejado de ser escuchado por los Grandes’, prosiguió. ‘Has sido elegido para llevar alivio espiritual, a través de *Kriya Yoga*, a muchos buscadores sinceros. Los millones de seres que están cargados por las ataduras familiares y las pesadas tareas mundanas, cobrarán nuevos ánimos gracias a ti, un hombre de familia como ellos. Debes guiarles para que vean que los elevados logros del yoga no están vedados al hombre de familia. Incluso en el mundo, el yogui que cumpla fielmente sus responsabilidades, sin apego o móvil personal, caminará por el seguro sendero de la iluminación.

“‘No hay necesidad de que dejes el mundo, pues interiormente ya has roto todos los lazos kármicos. Sin pertenecer a este mundo, debes estar en él. Todavía tendrás que cumplir concienzudamente con tus deberes familiares, laborales, cívicos y espirituales durante muchos años. Un dulce y nuevo aliento de esperanza divina entrará en los áridos corazones de los hombres del mundo. De tu equilibrada vida aprenderán que la liberación depende de la renuncia interna, no externa’.

“‘¿Qué remotos parecían, escuchando a mi gurú en las soledades del alto Himalaya, mi familia, la oficina, el mundo! Sin embargo en sus palabras resonaba una verdad adamantina; acepté sumisamente dejar este bendito refugio de paz. Babaji me instruyó en las antiguas y rígidas normas que gobiernan la transmisión del arte del yoga de gurú a discípulo.

“‘Ofrece la llave de *Kriya* sólo a chelas cualificados’, dijo Babaji. ‘Quien se comprometa a sacrificarlo todo en la búsqueda de la Divinidad, es apto para desentrañar los últimos misterios de la vida gracias a la ciencia de la meditación’.

“‘Angélico gurú, puesto que ya has favorecido a la humanidad resucitando el perdido arte de *Kriya*, ¿no aumentarás ese beneficio suavizando los estrictos requisitos del discipulado?’. Miré a mi gurú suplicante. ‘Te ruego que me permitas comunicar *Kriya* a todos los buscadores, aunque al principio no puedan comprometerse a una renuncia interior completa. Los atormentados hombres y mujeres del mundo, perseguidos por el triple sufrimiento<sup>7</sup>, necesitan un aliento especial. Quizá nunca intenten el camino hacia la libertad si no se les revela la iniciación en *Kriya*’.

“‘Que sea así. El deseo divino se ha expresado a través de ti’. Con estas simples palabras, el compasivo gurú retiró las rigurosas protecciones que durante siglos habían ocultado *Kriya* al mundo. ‘Da libremente *Kriya* a todo el que te pida humildemente ayuda’.

“Tras un silencio, Babaji añadió, ‘Repite a cada uno de tus discípulos la majestuosa promesa del *Bhagavad Gita*: “*Swalpamasya dharmasya, trayata mahato bhoyat*”, “Incluso un poco de práctica de esta religión te salvará de desesperados miedos y sufrimientos colosales”.

“Cuando a la mañana siguiente me arrodillé a los pies de mi gurú para recibir su bendición de despedida, él se dio cuenta de que era reacio a dejarle.

“‘Amado hijo, para nosotros no existe la separación’. Me tocó el hombro con cariño. “‘Estés donde estés, siempre que me llames, estaré contigo al instante’.

“Emprendí el camino de regreso consolado por su maravillosa promesa y enriquecido con el oro de la sabiduría de Dios recientemente encontrado. En la oficina fui bienvenido por mis compañeros, que durante diez días me habían creído perdido en las junglas del Himalaya. Pronto llegó una carta de la oficina principal.

“‘Lahiri debe volver a la oficina de Danapur’, decía. ‘Su traslado a Ranikhet fue un error. Debería haber sido enviado otro hombre para asumir las tareas en Ranikhet’.

“Sonreí, pensando en las ocultas contracorrientes de acontecimientos que me habían conducido al lugar más recóndito de la India.

“Antes de volver a Danapur<sup>8</sup>, pasé unos días con una familia bengalí en Moradabad. Para recibirme se reunió un grupo de seis amigos. Como llevé la conversación hacia temas espirituales, mi anfitrión observó sombrío:

“‘¡Ah, actualmente la India está desprovista de santos!’.

“‘Babu’, protesté con calor, ‘¡sin lugar a dudas todavía hay grandes maestros en este país!’.

“Con el ánimo exaltado de fervor, me sentí impulsado a contar mis extraordinarias experiencias en el Himalaya. La pequeña compañía era educadamente incrédula.

“‘Lahiri’, dijo un hombre en tono tranquilizador, ‘su mente ha estado sometida a gran tensión en el aire enrarecido de la montaña. Lo que está usted contando es una ilusión’.

“Ardiendo de entusiasmo por la verdad, hablé sin pensarlo debidamente. ‘Si le llamo, mi gurú aparecerá de inmediato en esta casa’.

“En todos los ojos brilló el interés; no es sorprendente que el grupo anhelara contemplar a un



santo materializado de forma tan extraña. Un poco reticente, pedí una habitación tranquila y dos mantas de lana nuevas.

“El maestro se materializará del éter”, dije. ‘Permanezcan en silencio al otro lado de la puerta; enseguida les llamaré’.

“Me sumergí en el estado meditativo, convocando humildemente a mi gurú. La oscura habitación se llenó muy pronto de una débil aura de luz de luna; emergió la luminosa figura de Babaji.

“Lahiri ¿me llamas por una nimiedad?”. El maestro me miraba severo. ‘La verdad es para los buscadores sinceros, no por una curiosidad vana. Es fácil creer cuando se ve; en ese caso no se puede negar nada. La verdad suprasensorial está reservada, y es descubierta, por quienes superan su escepticismo materialista’. Añadió gravemente, ‘¡Déjame marchar!’.

“Caí suplicante a sus pies. ‘Sagrado gurú, comprendo mi grave error; te pido perdón humildemente. Me atreví a llamarte para crear fe en estas mentes espiritualmente ciegas. Ya que has aparecido amablemente a mi ruego, por favor, no te marches sin ofrecer una bendición a mis amigos. Aunque sean incrédulos, al menos están ansiosos por conocer la verdad de mis extrañas afirmaciones’.

“Muy bien; me quedará un momento. No quiero desacreditarte delante de tus amigos’. El rostro de Babaji se dulcificó, pero añadió cortésmente, ‘Hijo mío, de ahora en adelante vendré cuando me necesites y no siempre que me llames’.

“Cuando abrí la puerta, en el pequeño grupo reinaba un tenso silencio. Mis amigos miraron fijamente la brillante figura sentada en la manta como si no creyeran lo que estaban viendo.

“¡Esto es hipnotismo colectivo!”. Uno de los hombres se rió abiertamente. ‘Nadie pudo entrar en esta habitación sin que nos diéramos cuenta!’.

“Babaji avanzó sonriendo e indicó a cada uno que tocara la carne cálida y sólida de su cuerpo. Disipadas las dudas, mis amigos se postraron en el suelo con reverencia y arrepentimiento.

“Que se prepare *halua*<sup>10</sup>. Comprendí que Babaji pedía esto para que el grupo estuviera más seguro de su realidad física. Mientras se cocía la papilla, el divino gurú conversó afablemente. La conversión de estos dubitativos Tomases en devotos San Pablos fue sorprendente. Después de comer, Babaji bendijo a cada uno por separado. Se produjo un destello repentino; fuimos testigos de la desintegración química instantánea de los electrones del cuerpo de Babaji, que produjo una difusa y vaporosa luz. El maestro, por medio de su fuerza de voluntad sintonizada con Dios, había dejado en libertad la masa de átomos de éter que hasta ese momento permanecían reunidos formando su cuerpo; de inmediato los trillones de minúsculos vitatrones chispearon fundiéndose en la reserva infinita.

“He visto con mis propios ojos al conquistador de la muerte’. Dijo con reverencia Maitra<sup>11</sup>, uno de los del grupo. Su rostro estaba transfigurado por el júbilo de su reciente despertar. ‘El supremo gurú jugó con el tiempo y el espacio como un niño juega con pompas de jabón. He contemplado a alguien que posee las llaves del cielo y la tierra’.

“Regresé pronto a Danapur. Firmemente anclado en el Espíritu, volví a asumir las diversas tareas y obligaciones familiares de un cabeza de familia”.

Lahiri Mahasaya también relató a Swami Kebalananda y Sri Yukteswar la historia de otro encuentro con Babaji, en circunstancias que recuerdan la promesa del gurú; “Vendré siempre que me necesites”.

“El escenario fue una *Kumbha Mela* en Allahabad”, contó Lahiri Mahasaya a sus discípulos. “Había ido en unas cortas vacaciones de trabajo. Mientras paseaba entre la multitud de monjes y sadhus que habían llegado desde grandes distancias para asistir al festival sagrado, observé a un asceta cubierto de ceniza que sostenía un platillo de limosna. Me asaltó el pensamiento de que el hombre era un hipócrita, que llevaba los símbolos exteriores de la renuncia sin la correspondiente gracia interior.

“Apenas había dejado atrás al asceta, cuando mis sorprendidos ojos cayeron sobre Babaji. Estaba arrodillado frente a un anacoreta de pelo enmarañado.

“¡Guruji!, me precipité hacia él. ‘Señor, ¿qué está haciendo aquí?’.

“Estoy lavando los pies de este renunciante y después limpiaré sus utensilios de cocina’. Babaji me sonrió como un niño pequeño; comprendí que estaba dándome a entender que no criticara a nadie, sino que viera al Señor residiendo por igual en todos los templos-cuerpos, sean de hombres superiores o inferiores. El gran gurú añadió, ‘Sirviendo a los sadhus sabios e ignorantes, estoy aprendiendo la mayor de las virtudes, que complace a Dios por encima de todas las demás, humildad”.

ÍNDICE

1 Actualmente sanatorio militar. En 1861, el gobierno británico había establecido ya algunas comunicaciones telegráficas. [Volver](#)

2 Ranikhet, en el distrito Almora de las Provincias Unidas, está situado a los pies de Nanda Devi, el pico más alto del Himalaya (7.827) en la India Británica. [Volver](#)

3 “El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado”, Marcos 2:27. [Volver](#)

4 La ley kármica establece que todo deseo humano encuentre satisfacción. El deseo es así la cadena que ata al hombre a la rueda de la reencarnación. [Volver](#)

- 5 “¿Qué es un milagro? Es un reproche,/es una implícita sátira de la humanidad”. Edward Young, en *Night Thoughts*. [Volver](#)
- 6 La teoría de la estructura atómica de la materia fue expuesta en los antiguos tratados de la India *Vaisesikay Nyaya*. “Existen vastos mundos en el interior de los átomos vacíos, múltiples como las motas de un rayo de sol”. *Yoga Vasishtha*. [Volver](#)
- 7 Físico, mental y espiritual; que se manifiestan respectivamente en enfermedad, deficiencias psíquicas o “complejos” e ignorancia del alma. [Volver](#)
- 8 Una ciudad cerca de Benarés. [Volver](#)
- 9 En el camino hacia el Infinito, incluso maestros iluminados como Lahiri Mahasaya pueden sufrir un exceso de celo y ser objeto de disciplina. En el *Bhagavad Gita* leemos muchos pasajes en los que el divino gurú Krishna castiga al príncipe de los devotos, Arjuna. [Volver](#)
- 10 Una papilla hecha de maicena frita en mantequilla y cocida en leche. [Volver](#)
- 11 Maitra, el hombre a quien se refiere aquí Lahiri Mahsaya, llegó a estar altamente avanzado en la autorrealización. Conocí a Maitra poco después de graduarme en la escuela secundaria; visitó la ermita Mahamandal de Benarés mientras yo vivía allí. Entonces me contó la materialización de Babaji ante el grupo de Moradabad. “Como resultado de ese milagro”, me explicó Maitra, “me convertí en discípulo de Lahiri Mahasaya para toda la vida”. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Trenta y Cinco

### La Vida Crística de Lahiri Mahasaya

“Para que así cumplamos toda rectitud”<sup>1</sup>. En estas palabras dirigidas a Juan el Bautista, y pidiéndole a Juan que le bautizara, Jesús reconocía los derechos divinos de su gurú.

A partir de un reverente estudio de la Biblia desde el punto de vista oriental<sup>2</sup>, y a partir de la percepción intuitiva, estoy convencido de que Juan el Bautista fue, en vidas pasadas, el gurú de Cristo. Hay muchos pasajes en la Biblia de los que se deduce que Juan y Jesús fueron respectivamente, en su última encarnación, Elijah y su discípulo Elisha. (Así aparecen escritos en el Antiguo Testamento. Los traductores griegos escribieron los nombres como Elías y Eliseo; en el Nuevo Testamento reaparecen con estos cambios en sus nombres).

El final del Antiguo Testamento es una predicción de la reencarnación de Elijah y Elisha: “Mirad, os enviaré a Elijah, el profeta, antes de la llegada del gran y terrible día del Señor”<sup>3</sup>. Por ello Juan (Elijah), enviado “antes de la llegada... del Señor”, nació un poco antes, para servir como mensajero de Cristo. Un ángel se apareció a Zacarías, el padre, para declarar que su hijo Juan no era otro que Elijah (Elías).

“Pero el ángel le dijo, No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido escuchada; y tu esposa Isabel te dará un hijo al que llamarás Juan... Y devolverá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios. Y él irá antes<sup>4</sup> con el espíritu y poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y al rebelde con la sabiduría del justo; para preparar al pueblo para el Señor”<sup>5</sup>.

Jesús identificó inequívocamente a Elijah (Elías) como Juan en dos ocasiones: “Elías ya vino y no le reconocieron... Entonces los discípulos comprendieron que estaba hablándoles de Juan el Bautista”<sup>6</sup>. Cristo dijo también: “Pues todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis aceptarlo, éste es Elías, el que tenía que venir”<sup>7</sup>.

Cuando Juan negó que él fuera Elías (Elijah)<sup>8</sup>, quería decir que en el humilde papel de Juan ya no venía con la elevación externa de Elijah, el gran gurú. En su última encarnación había confiado el “manto” de su gloria y su riqueza espiritual a su discípulo Elisha. “Y Elisha dijo, te lo ruego, que yo tenga doble parte en tu espíritu. Y él dijo, Has pedido cosa difícil: con todo, si me ves cuando sea arrebatado de tu lado, la tendrás; en caso contrario, no la tendrás... Y tomó el manto de Elijah que se le había caído”<sup>9</sup>.

Durante la transfiguración de Cristo en la montaña<sup>10</sup>, a quien vio fue a su gurú Elías, con Moisés. Una vez más, en la hora extrema de la cruz, Jesús gritó el nombre divino: “Eli, Eli, lama sabachthani?”, es decir, Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado? Algunos de los que estaban allí, al oírlo dijeron, Este hombre llama a Elías... Veremos si Elías viene a salvarle”<sup>11</sup>.

El vínculo eterno de gurú y discípulo que existía entre Juan y Jesús era también una realidad para Babaji y Lahiri Mahasaya. Con tierna solicitud el gurú inmortal cruzó las aguas del Leteo, que se arremolinaban entre las dos últimas vidas de su chela, y guió los pasos sucesivos tomados por el niño y después por el hombre Lahiri Mahasaya. Sólo cuando el discípulo había cumplido treinta y tres años, Babaji consideró que había llegado el momento de reestablecer abiertamente la relación nunca rota. Así, tras su breve encuentro cerca de Ranikhet, el desinteresado maestro separó a su amado discípulo del pequeño grupo de la montaña, liberándole para una misión en el mundo exterior. “Hijo mío, acudiré siempre que me necesites”. ¿Qué amor mortal puede hacer esa infinita promesa?

Desconocido para la sociedad en general, un gran renacimiento espiritual comenzó a fluir desde un remoto rincón de Benarés. Así como la fragancia de las flores no puede ocultarse, así Lahiri Mahasaya, viviendo tranquilamente como un cabeza de familia ideal, no pudo esconder su gloria innata. Poco a poco, de todos los lugares de la India, las abejas-devotos buscaron el divino néctar del maestro liberado.

El director inglés de la oficina fue uno de los primeros en darse cuenta del cambio trascendental de su empleado, a quien llamaba de una forma encantadora “Extático Babu”.

“Señor, parece usted triste. ¿Qué le preocupa?”. Una mañana Lahiri Mahasaya hizo esta compasiva pregunta a su jefe.

“Mi esposa está en Inglaterra, gravemente enferma. Me siento desgarrado por la ansiedad”.

“Conseguiré noticias tuyas”. Lahiri Mahasaya salió de la habitación y se sentó durante un corto periodo de tiempo en un lugar apartado. A su vuelta sonreía consoladoramente.

“Su esposa está mejorando; en este momento está escribiéndole una carta”. El omnisciente yogui citó algunos fragmentos de la misiva.

“Extático Babu, ya sé que no es usted un hombre corriente. Aún así, ¡soy incapaz de creer que pueda usted suprimir a voluntad el espacio y el tiempo!”.

Finalmente llegó la carta prometida. El asombrado director comprobó que, no sólo contenía las buenas noticias de la recuperación de su esposa, sino también las mismas frases que, semanas atrás, había repetido Lahiri Mahasaya.

La esposa llegó a la India algunos meses después. Visitó la oficina, donde Lahiri Mahasaya estaba sentado tranquilamente en su despacho. La mujer se acercó a él con reverencia.

“Señor”, dijo, “fue su figura, aureolada por una luz gloriosa, la que contemplé hace meses en mi lecho de enferma en Londres. ¡En aquel instante me curé! Poco después fui capaz de emprender el largo viaje por mar a la India”.

Día tras día, uno o dos devotos suplicaban al sublime gurú que los iniciara en *Kriya*. Además de sus deberes espirituales y de su vida de trabajo y familia, el gran maestro se interesó con entusiasmo por la educación. Organizó muchos grupos de estudio y tomó parte activa en la creación de una gran escuela de educación secundaria en la zona Bengali de Benarés. Sus conferencias regulares sobre las escrituras, pasaron a llamarse “*Asamblea del Gita*”, a la que acudían con ilusión muchos buscadores sinceros.

Por medio de estas múltiples actividades, Lahiri Mahasaya trataba de responder al desafío general: “Después de cumplir los deberes sociales y de trabajo, ¿qué tiempo queda para la meditación devocional?”. La armoniosa y equilibrada vida del gran gurú-cabeza de familia, se convirtió en una silenciosa inspiración para miles de corazones que buscaban respuesta. Ganando tan sólo un salario modesto, frugal, sin ostentación, accesible a todos, el maestro seguía feliz y con naturalidad el camino de la vida mundana.

Aunque instalado en el asiento del Uno Supremo, Lahiri Mahasaya mostraba reverencia por todos los hombres, sin tener en cuenta lo discrepante de sus méritos. Cuando sus devotos le saludaban, él a su vez se inclinaba ante ellos. Con una humildad infantil, con frecuencia el maestro tocaba los pies de los demás, sin embargo raramente permitía que ellos le concedieran el mismo honor, a pesar de que tal obediencia hacia el gurú es una antigua costumbre oriental.

Un hecho significativo en la vida de Lahiri Mahasaya, fue el conceder la iniciación en *Kriya* a quienes tuvieran auténtica fe. Entre sus discípulos más destacados había no sólo hindúes, sino también musulmanes y cristianos. Monistas y dualistas, gentes de todas las creencias o sin ninguna, fueron recibidos e instruidos imparcialmente por el universal gurú. Uno de sus chelas más avanzados fue Abdul Gufoor Khan, un musulmán. Una muestra del gran valor de Lahiri Mahasaya fue que, si bien pertenecía a una elevada casta de bramínes, hizo cuanto pudo por disolver las rígidas e intolerantes castas de su tiempo. Personas de todas las clases sociales encontraron refugio bajo las alas del omnipresente maestro. Como todos los profetas inspirados por Dios, Lahiri Mahasaya dio nueva esperanza a los parias y oprimidos de la sociedad.

“Recuerda siempre que no perteneces a nadie y que nadie te pertenece. Piensa que un día tendrás que dejar de pronto todas las cosas de este mundo, así pues entabla relaciones con Dios ahora”, decía el gran gurú a sus discípulos. “Prepárate para el viaje astral de la muerte liberándote todos los días en el globo de la percepción de Dios. Por medio del engaño te percibes a ti mismo como un montón de carne y huesos que, en el mejor de los casos, es un avispero de preocupaciones<sup>12</sup>. Medita sin descanso, para que puedas contemplarte rápidamente como la Esencia Infinita, libre de toda clase de miserias. Deja de ser un prisionero del cuerpo; utilizando la llave secreta de *Kriya*, aprende a escapar al Espíritu”.

El gran gurú alentaba a sus numerosos alumnos a observar la buena disciplina tradicional de su propia fe. Lahiri Mahasaya, subrayando la naturaleza de *Kriya*, que lo incluye todo, como una técnica práctica de liberación, daba a sus chelas libertad para desarrollar sus vidas en conformidad con su ambiente y su educación.

“Un musulmán debe realizar su culto *namaz*<sup>13</sup> cuatro veces al día”, señalaba el maestro. “Cuatro veces al día debe sentarse a meditar un hindú. Un cristiano debe arrodillarse cuatro veces al día, orando a Dios y leyendo a continuación la Biblia”.

Con sabio discernimiento, el gurú orientaba a sus seguidores hacia los senderos de *Bhakti* (devoción), *Karma* (acción), *Jnana* (sabiduría) o *Raja* (real o completo) *Yoga*, según las tendencias naturales de cada uno. El maestro, que era cauto a la hora de dar a los devotos permiso para entrar en el camino del monacato formal, les advertía siempre que antes de hacerlo reflexionaran bien en las austeridades de la vida monástica.

El gran gurú enseñaba a sus discípulos a evitar las discusiones teóricas sobre las escrituras. “Sólo es sabio quien se entrega a poner en práctica las antiguas revelaciones, no únicamente a leerlas”, decía. “Resuelve todos tus problemas con la meditación<sup>14</sup>. Cambia las inútiles especulaciones religiosas por el contacto real con Dios. Limpia tu mente de los escombros teológicos, para que circulen por ella las frescas y curativas aguas de la percepción directa. Sintonízate con la activa Guía interior; la Voz Divina tiene la respuesta a todos los dilemas de la vida. Aunque la inventiva humana para meterse en problemas parece no tener fin, el Socorro Infinito no es menos ingenioso”.



**LAHIRI MAHASAYA**

Discípulo de Babaji  
y Gurú de Sri Yukteswar

La omnipresencia del maestro quedó patente en una ocasión ante un grupo de discípulos que escuchaban su exposición del *Bhagavad Gita*. Cuando estaba explicando el significado de *Kutastha Chaitanya* o Conciencia Crística en toda la creación vibratoria, Lahiri Mahasaya comenzó de pronto a jadear y gritó:

“¡Me ahogo en los cuerpos de muchas almas en las costas de Japón!”.

A la mañana siguiente los chelas leyeron en el periódico la noticia de la muerte de muchas personas cuyo barco se había hundido el día anterior cerca de Japón.

Los discípulos que estaban lejos de Lahiri Mahasaya tenían constancia a menudo de su estrecha presencia. “Estoy siempre con quienes practican *Kriya*”, decía consoladoramente a los chelas que no podían estar cerca de él. “Te guiaré al Hogar Cósmico gracias a la expansión de tus percepciones”.

Un devoto que no podía ir a Benarés, le contó a Swami Satyananda que, a pesar de ello, había recibido la iniciación en *Kriya* de forma precisa en un sueño. Lahiri Mahasaya había aparecido para instruir al chela en respuesta a sus oraciones.

Si un discípulo descuidaba alguna de sus obligaciones mundanas, el maestro le corregía y le disciplinaba con suavidad.

“Las palabras de Lahiri Mahasaya eran dulces y curativas”, me dijo Sri Yukteswar en una ocasión, “incluso cuando se veía obligado a hablar abiertamente a un chela de sus faltas”. Añadió con arrepentimiento, “Ningún discípulo huyó jamás de los dardos de nuestro maestro”. No pude evitar reírme, pero aseguré sinceramente a Sri Yukteswar que, afiladas o no, todas sus palabras eran música para mis oídos.

Lahiri Mahasaya organizó cuidadosamente *Kriya* en cuatro iniciaciones progresivas<sup>15</sup>. Ofrecía las tres técnicas más elevadas sólo cuando el discípulo había demostrado un claro progreso espiritual. Un día, cierto chela, convencido de que no se le estaba valorando debidamente, expresó su descontento.

“Maestro”, dijo, “creo que estoy preparado para la segunda iniciación”.

En aquel momento se abrió la puerta para dar entrada a un humilde discípulo, Brinda Bhagat. Era un cartero de Benarés.

“Brinda, siéntate aquí, a mi lado”. El gran gurú le sonrió cariñosamente. “Dime, ¿estás preparado para la segunda técnica de *Kriya*?”.

El pequeño cartero unió sus manos en actitud de súplica. “Gurudeva”, dijo alarmado, “¡por favor, nada de más iniciaciones! ¿Cómo podría asimilar enseñanzas más elevadas? Hoy he venido a pedirle sus bendiciones, porque el primer *Kriya* divino me ha llenado con tal embriaguez, ¡que no puedo repartir las cartas!”.

“Brinda ya nada en el mar del Espíritu”. Ante estas palabras de Lahiri Mahasaya, su otro discípulo bajó la cabeza.

“Maestro”, dijo, “Veo que he sido un mal trabajador, que critica sus herramientas”.

El cartero, que era un hombre sin instrucción, gracias a *Kriya* desarrolló su comprensión hasta tal punto, que de vez en cuando los eruditos le pedían su interpretación a pasajes de las escrituras. Tan inocente de pecado como de sintaxis, el pequeño Brinda ganó renombre en el terreno de los doctos pundits.

Además de los numerosos discípulos que Lahiri Mahasaya tenía en Benarés, cientos de ellos llegaban de distantes lugares de la India. Él mismo viajó a Bengala en varias ocasiones, para visitar a sus suegros y sus dos hijos. Bendecida así por su presencia, Bengala se convirtió en un panel de pequeños grupos de *Kriya*. Especialmente en los distritos de Krishnagar y Bishnupur, muchos silenciosos devotos han mantenido hasta hoy el flujo de la invisible corriente de la meditación espiritual.

Entre los muchos santos que recibieron *Kriya* de Lahiri Mahasaya, pueden mencionarse el ilustre Swami Vhaskarananda de Benarés y el gran asceta de Deogarh, Balananda Brahmachari. Durante un tiempo, Lahiri Mahasaya fue profesor particular del hijo del Maharajá Iswari Narayan Sinha Bahadur de Benarés. Reconociendo los altos logros espirituales del maestro, el maharajá, como también su hijo, solicitaron la iniciación en *Kriya*, tal como hizo el Maharajá Jotindra Mohan Thakur.

Algunos discípulos de Lahiri Mahasaya con posiciones influyentes estaban deseosos de expandir el círculo de *Kriya* a través de la publicidad. El gurú les negó su permiso. Un chela, el físico real del Señor de Benarés, inició un esfuerzo organizado por extender el nombre del maestro como “Kashi Baba” (El Eminente Uno de Benarés)<sup>16</sup>. Una vez más el gurú lo prohibió.

“Dejemos que la fragancia de la flor de *Kriya* flote de forma natural, sin ninguna exhibición”, dijo. “Sus semillas echarán raíces en el suelo de los corazones espiritualmente fértiles”.

Aunque el maestro no adoptó el sistema moderno de predicación por medio de una organización o del papel impreso, sabía que el poder de su mensaje crecería como una inundación irresistible, anegando con su propia fuerza las riberas de la mente humana. Las vidas transformadas y purificadas de sus devotos eran una garantía de la vitalidad inmortal de *Kriya*.

En 1886, veinticinco años después de su iniciación en Ranikhet, Lahiri Mahasaya se jubiló<sup>17</sup>. Al disponer del día completo, sus discípulos le buscaron en número siempre creciente. Ahora el gran gurú se sentaba en silencio la mayor parte del tiempo, inmóvil en la tranquila postura de loto. Apenas dejaba su pequeña sala, ni siquiera para dar un paseo o para visitar otras partes de la casa. Una silenciosa corriente de chelas llegaba, casi sin descanso, para un *darshan* (visión sagrada) del gurú.

Para asombro de quienes le contemplaban, el estado fisiológico normal de Lahiri Mahasaya mostraba las características sobrenaturales de la falta de respiración, de sueño, de pulso y latido del corazón, los calmados ojos imperturbables durante horas y una profunda aura de paz. Ningún visitante se iba sin haber elevado su espíritu; todos sabían que habían recibido la silenciosa bendición de un auténtico hombre de Dios.

El maestro permitió entonces a su discípulo Panchanon Bhattacharya que abriera una “Arya Mission Institution” en Calcuta. Allí el santo discípulo expandió el mensaje de *Kriya Yoga* y preparó algunas medicinas yóguicas a base de hierbas<sup>18</sup> para beneficio público.

Siguiendo una antigua costumbre, el maestro daba a la gente en general un aceite de *neem*<sup>19</sup> para la curación de distintas enfermedades. Cuando el gurú pedía a un discípulo que destilara el aceite, éste podía hacerlo con facilidad. Si lo intentaba otra persona, se encontraba con extrañas dificultades, comprobando que el aceite casi se había evaporado tras pasar por el necesario proceso de destilación. Evidentemente las bendiciones del maestro eran un ingrediente imprescindible.

অসম্ভব মনোভাব  
কিন্তু এটা  
সহ  
নিমেষে উল্লস  
শান্তি  
অসম্ভব মনোভাব  
কিন্তু এটা  
সহ  
নিমেষে উল্লস  
শান্তি  
অসম্ভব মনোভাব  
কিন্তু এটা  
সহ  
নিমেষে উল্লস  
শান্তি

Más arriba se muestra un escrito en bengalí de puño y letra de Lahiri Mahasaya y firmado por él. Las líneas pertenecen a una carta a un chela; el gran maestro interpreta un verso sánscrito del siguiente modo: “Quien ha logrado un estado de calma en el cual no parpadea, ha alcanzado *Sambhavi Mudra*”.

(firmado) “*Sri Shyama Charan Deva Sharman*”

La Arya Mission Institution emprendió la publicación de muchos de los comentarios que el gurú hizo de las escrituras. Como Jesús y otros grandes profetas, Lahiri Mahasaya no escribió libros, pero sus penetrantes interpretaciones fueron recogidas y arregladas por diversos discípulos.



Algunos de estos amanuenses voluntarios tuvieron más discernimiento que otros a la hora de transmitir la profunda visión del gurú; no obstante, en su conjunto, sus esfuerzos tuvieron éxito. Gracias a su celo, el mundo posee los comentarios sin parangón de Lahiri Mahasaya sobre veintiséis escrituras antiguas.

Sri Ananda Mohan Lahiri, nieto del maestro, escribió un interesante folleto sobre *Kriya*. “El texto del *Bhagavad Gita* es parte de la gran epopeya el *Mahabharata*, que contiene varias piezas clave (*vyas-kutas*)”, escribió Sri Ananda. “Ignora esas piezas clave y no encontrarás otra cosa que relatos míticos de un tipo peculiar y fácilmente malentendido. Deja esas piezas clave sin explicar y habrás perdido la ciencia que Oriente ha preservado con paciencia sobrehumana tras una búsqueda de miles de años de experiencia<sup>20</sup>. Fueron los comentarios de Lahiri Mahasaya los que sacaron a la luz, despejada de alegorías, la auténtica ciencia de la religión que había sido tan ingeniosamente disimulada en el acertijo de letras e imágenes de las escrituras. Las fórmulas del culto védico no sólo demostraron ser algo más que juegos de palabras ininteligibles, sino estar llenas de significado científico...”

“Sabemos que el hombre normalmente está desarmado frente al poder insurgente de las malas pasiones, pero éstas se vuelven impotentes y el hombre no encuentra motivo para satisfacerlas, cuando, gracias al *Kriya*, nace en él la conciencia de una dicha superior y duradera. Entonces la renuncia, la negación de las bajas pasiones, se sincroniza con una ganancia, la confirmación de la beatitud. Sin esta circunstancia, cientos de máximas morales que se postulan como simples vetos, carecen de utilidad para nosotros.

“Nuestro entusiasmo por las actividades terrenales mata en nosotros el sentido de respeto y reverencia espiritual. No podemos comprender la Gran Vida que existe tras todos los nombres y formas, sencillamente porque la ciencia nos pone al alcance de la mano el uso de las fuerzas de la naturaleza; este exceso de familiaridad engendra desprecio hacia los secretos fundamentales. Nuestra relación con la naturaleza es la de un negocio práctico. Coqueteamos con ella, por decirlo así, para saber hasta qué punto puede servir a nuestros objetivos; utilizamos sus energías, cuya Fuente desconocemos. En la ciencia, nuestra relación con la naturaleza es la que existe entre un hombre y su criado o, en sentido filosófico, ella es como una acusada en el estrado. Le interrogamos, le desafiamos y sopesamos minuciosamente sus pruebas a escala humana, sin poder medir sus valores ocultos. Por el contrario, cuando el ser está en comunión con un poder más elevado, la naturaleza obedece automáticamente, sin estrés ni tensión, a la voluntad humana. Este dominio sin esfuerzo sobre la naturaleza es considerado “milagroso” por los materialistas incomprensivos.

“La vida de Lahiri Mahasaya estableció un ejemplo que cambió la errónea noción de que el yoga es una práctica misteriosa. Gracias a *Kriya* todo hombre puede entender su propia relación con la naturaleza y sentir reverencia espiritual por todos los fenómenos, ya sean místicos o cotidianos, a pesar de lo realista de la ciencia física<sup>21</sup>. Es comprensible que lo considerado místico hace miles de años hoy no lo sea, y lo que hoy es un misterio sea comprensible dentro de cien años. Es el Infinito, el Océano de Poder, lo que está tras toda manifestación.

“La ley de *Kriya Yoga* es eterna. Es cierta como las matemáticas; como las simples reglas de la adición y la sustracción, la ley de *Kriya* no puede ser destruida jamás. Reducid a cenizas todos los libros de Matemáticas, la mente lógica siempre redescubrirá tales verdades; destruid todos los libros sagrados de yoga, sus leyes fundamentales saldrán a la luz siempre que aparezca un auténtico yogui que tenga interiormente devoción pura y en consecuencia conocimiento puro”.

Así como Babaji se encuentra entre los más grandes avatares, es un *Mahavatar*, y Sri Yukteswar un *Jnanavatar* o Encarnación de la Sabiduría, así Lahiri Mahasaya puede ser llamado con justicia *Yogavatar* o Encarnación del Yoga. Según los principios del bien, tanto cualitativo como cuantitativo, él elevó el nivel espiritual de la sociedad. Lahiri Mahasaya figura entre los salvadores de la humanidad, tanto por su poder para elevar a sus discípulos cercanos a la estatura de Cristo, como por su amplia difusión de la verdad entre las masas.

Su singularidad como profeta reside en el hincapié práctico que hizo sobre un método claro, *Kriya*, abriendo por primera vez las puertas del yoga liberador a todos los hombres. Aparte de los milagros de su propia vida, sin duda el *Yogavatar* alcanzó el cenit de todas las maravillas al reducir las antiguas complejidades del yoga a una simplicidad efectiva, asequible a la comprensión ordinaria.

En relación a los milagros, Lahiri Mahasaya solía decir, “La forma en que operan las leyes desconocidas para el gran público no debería comentarse públicamente o publicarse sin discernimiento”. Si en estas páginas puede parecer que no he seguido su recomendación, es porque él me ha dado una aprobación interior. Además, al registrar las vidas de Babaji, Lahiri Mahasaya y Sri Yukteswar, he creído conveniente omitir muchas historias milagrosas verdaderas, que no podrían haberse incluido sin escribir también un extenso volumen de abstrusa Filosofía.

¡Nueva esperanza para hombres nuevos! “La unión divina”, afirmaba el *Yogavatar*, “es posible gracias al esfuerzo personal y no depende de creencias teológicas o de la arbitraria voluntad de un Dictador Cósmico”.

Utilizando la llave de *Kriya*, personas que no creen en la divinidad de ningún hombre, contemplarán finalmente la plena divinidad de su propio ser.

**ÍNDICE**

1 Mateo 3:15. [Volver](#)

2 Muchos pasajes bíblicos demuestran que la ley de la reencarnación era comprendida y aceptada. Los ciclos de las reencarnaciones son una explicación más razonable de los distintos estados de evolución en que se encuentra la humanidad, que la teoría occidental general que asume que algo (la conciencia de ego) procede de nada, existe con distintos grados de vigor de treinta a noventa años y después regresa al vacío original. La naturaleza inconcebible de tal vacío es un problema para deleite del corazón de un escolástico medieval. [Volver](#)

3 Malaquías 4:5. [Volver](#)

4 "Antes", i.e. "antes del Señor". [Volver](#)

5 Lucas 1:13-17. [Volver](#)

6 Mateo 17:12-13 . [Volver](#)

7 Mateo 11:13-14. [Volver](#)

8 Juan 1:21. [Volver](#)

9 II Reyes 2:9-14. [Volver](#)

10 Mateo 17:3. [Volver](#)

11 Mateo 27:46-49. [Volver](#)

12 "¡Cuántas clases de muerte existen en nuestros cuerpos! No hay en ellos más que muerte". *Martin Lutero*, en "Table-Talk". [Volver](#)

13 La principal oración de los musulmanes, que generalmente se repite cuatro o cinco veces al día. [Volver](#)

14 "Busca la verdad en la meditación, no en libros mohosos. Mira al cielo para encontrar la luna, no a una charca". *Proverbio persa*. [Volver](#)

15 Como es posible hacer muchas subdivisiones de *Kriya Yoga*, Lahiri Mahasaya estableció sabiamente cuatro pasos que consideró que contenían lo esencial y eran del mayor valor en la práctica real. [Volver](#)

16 Otros títulos conferidos a Lahiri Mahasaya por sus discípulos, fueron *Yogibar* (el mayor de los yoguis), *Yogiraj* (el rey de los yoguis) y *Munibar* (el más grande de los santos), a los que yo he añadido *Yogavatar* (encarnación del yoga). [Volver](#)

17 En total había servido durante treinta y cinco años en un departamento del gobierno. [Volver](#)

18 En los antiguos tratados sánscritos se encuentra mucho conocimiento sobre hierbas. Las hierbas del Himalaya eran empleadas para un tratamiento de rejuvenecimiento que llamó la atención mundial en 1938, cuando fue utilizado por el Pundit Madan Mohan Malaviya, de 77 años, Vicerrector de la Universidad Hindú de Benarés. El famoso erudito recobró en 45 días su salud, fuerza, memoria y vista normal, de forma notoria; aparecieron indicios de una tercera dentadura y todas las arrugas desaparecieron. El tratamiento herbal, conocido como *Kaya Kalpa*, es uno de los 80 métodos de rejuvenecimiento resumidos en la ciencia médica hindú *Ayurveda*. El pundit Malaviya siguió el tratamiento de manos de Sri Kalpacharya Swami Beshundasji, quien afirmaba que había nacido en 1766. Poseía documentos que probaban que tenía más de 100 años; los periodistas del *Associated Press* comentaban que aparentaba 40.

Los antiguos tratados hindúes dividían la ciencia médica en 8 ramas: *salya* (cirugía), *salakya* (enfermedades por encima del cuello), *kayachikitsa* (medicina propiamente dicha), *bhutavidya* (enfermedades mentales), *kaumara* (cuidado infantil), *agada* (toxicología), *rasayana* (longevidad), *vagikarana* (tónicos). Los médicos védicos utilizaban instrumentos quirúrgicos delicados, empleaban la cirugía plástica, conocían métodos para contrarrestar los efectos del gas tóxico, realizaban cesáreas y operaciones cerebrales, fueron especialistas en dinamizar los medicamentos. Hipócrates, el famoso médico del siglo V a.C., debía mucha de su formación médica a las fuentes hindúes. [Volver](#)

19 El árbol *margosa* de la India Oriental. Su valor médico comienza a conocerse en Occidente, donde se utiliza la amarga corteza *neem* como tónico y se ha descubierto que el aceite de las semillas y los frutos es de gran valor en el tratamiento de la lepra y otras enfermedades. [Volver](#)

20 "Recientemente, en yacimientos arqueológicos del valle del Indo, se han encontrado diversos sellos, que pueden datarse en el tercer milenio a.C., que muestran figuras sentadas en las posturas de meditación que actualmente se utilizan en el sistema Yoga y justifican deducir que ya en aquel tiempo se conocían al menos algunos rudimentos de Yoga. Podemos sacar la conclusión, no irrazonable, de que en la India se ha practicado durante cinco mil años una introspección sistemática con ayuda de métodos precisos... La India ha desarrollado ciertas valiosas actitudes mentales religiosas y nociones éticas que son únicas, al menos por su amplia aplicación en la vida. Una de éstas es la tolerancia en cuestiones de creencia intelectual; doctrina que asombra en Occidente, donde durante muchos siglos la caza del hereje era corriente y fueron frecuentes sangrientas guerras entre las naciones sobre rivalidades sectarias". Extractos de un artículo del profesor W. Norman Brown en el boletín del American Council of Learned Societies, Washington, D.C. Mayo, 1939. [Volver](#)

21 Aquí uno piensa en la observación de Carlyle en *Sartor Resartus*: "El hombre que no puede maravillarse, que no se maravilla habitualmente (y venera), sea presidente de innumerables Sociedades Reales o lleve... el paradigma de todos los laboratorios y observatorios, con sus resultados, en su cabeza, no es sino un par de lentes tras de las que no hay ojos". [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Trenta y Seis

### El Interés de Babaji en Occidente

“Maestro, ¿se ha encontrado usted alguna vez con Babaji?”.

Era una tranquila noche de verano en Serampore; las grandes estrellas de los trópicos brillaban sobre nuestras cabezas mientras yo me sentaba junto a Sri Yukteswar en el balcón del segundo piso de la ermita.

“Sí”. El Maestro sonrió ante lo directo de mi pregunta; sus ojos se iluminaron con reverencia. “Fui bendecido tres veces con la visión del gurú inmortal. Nuestro primer encuentro fue en Allahabad, en una *Kumbha Mela*”.

Las ferias religiosas, que se celebran en la India desde tiempo inmemorial, son conocidas como *Kumbha Melas*; han mantenido las metas espirituales constantemente a la vista de la multitud. Los devotos hindúes se reúnen a millones cada seis años para conocer a miles de sadhus, yoguis, swamis y ascetas de todas clases. Muchos son ermitaños que no dejan jamás sus solitarios lugares excepto para asistir a las *melas* y ofrecer sus bendiciones a los hombres y mujeres del mundo.

“Cuando conocí a Babaji yo todavía no era un swami”, continuó Sri Yukteswar. “Pero ya había recibido la iniciación en *Kriya* de Lahiri Mahasaya. Él me animó a asistir a la *mela* que se convocaba en Enero de 1894 en Allahabad. Fue mi primera experiencia de una *kumbha*; me sentía algo aturdido por el clamor y las oleadas de gente. En mis inquisitivas miradas alrededor no veía el rostro iluminado de ningún maestro. Al cruzar un puente en la ribera del Ganges, reparé en un conocido que estaba de pie cerca de mí, con el platillo de pedir limosna extendido.

“Ah, esta feria no es más que un caos de ruido y mendigos”, pensé desilusionado. ‘Me pregunto si los científicos occidentales, que extienden pacientemente los reinos del conocimiento para bien práctico de la humanidad, no agradan más a Dios que estos holgazanes, que profesan la religión pero se concentran en la limosna.

“Mis provocativas reflexiones sobre la reforma social fueron interrumpidas por un alto sannyasi que se detuvo delante de mí.

“‘Señor’, dijo, ‘un santo está llamándole’.

“‘¿Quién es?’.

“‘Venga y véalo usted mismo’.

“Dudando, seguí este lacónico aviso; pronto me encontré cerca de un árbol cuyas ramas daban refugio a un gurú con un atractivo grupo de discípulos. El maestro, una figura de brillo inusual, con centelleantes ojos oscuros, se levantó a recibirme y me abrazó.

“‘Bienvenido, Swamiji’, dijo afectuosamente.

“‘Señor’, respondí con énfasis, ‘yo *no* soy un swami’.

“‘A quienes ofrezco divinamente el título de “swami”, nunca lo rechazan’. El santo se dirigía a mí con sencillez, pero en sus palabras resonaba una profunda y firme verdad; me sentí sumergido en una instantánea ola de bendición espiritual. Sonriendo ante mi repentina ascensión a la antigua orden monástica<sup>1</sup>, me incliné a los pies de este obviamente gran y angélico ser en forma humana, que me había honrado de tal manera.

“Babaji, pues de hecho era él, me señaló un sitio a su lado bajo el árbol. Era joven y fuerte y se parecía a Lahiri Mahasaya; no obstante, el parecido no me chocó, a pesar de que había oído hablar con frecuencia de la extraordinaria semejanza de ambos maestros. Babaji posee el poder de evitar que un pensamiento concreto se forme en la mente de una persona. Evidentemente el gran gurú deseaba que yo actuara de una forma absolutamente natural en su presencia, sin sentirme intimidado al conocer su identidad.

“‘¿Qué piensas de la *Kumbha Mela*?’.

“‘Estaba totalmente decepcionado, señor’. Añadí apresuradamente, ‘Hasta que le encontré a usted. Por alguna razón los santos y este alboroto no parecen hechos unos para otro’.

“‘Hijo’, dijo el maestro, aunque yo aparentaba el doble de edad que él, ‘por las faltas de

muchos, no juzgues a la totalidad. Todo en la tierra tiene un carácter mixto, como una mezcla de arena y azúcar. Sé como la sabia hormiga que sólo escoge el azúcar y deja la arena sin tocar. Aunque muchos de los sadhus que hay aquí todavía vagan en el engaño, la *mela* está bendecida por algunos hombres realizados en Dios’.

“En vista de mi propio encuentro con este elevado maestro, asentí rápidamente a su observación.

“‘Señor’, comenté, ‘estaba pensando en los científicos occidentales, mucho mayores en inteligencia que la mayoría de las personas congregadas aquí, que viven en las distantes Europa y América, profesan credos distintos e ignoran el valor real de *melas* como ésta. Ellos son quienes más podrían beneficiarse de conocer a los maestros de la India. Pero, aunque con grandes logros intelectuales, muchos occidentales están aferrados a un absoluto materialismo. Otros, famosos en ciencia y filosofía, no se dan cuenta de la unidad esencial de la religión. Sus credos actúan como barreras insalvables que amenazan con separarlos de nosotros para siempre’.

“‘Veo que te interesa Occidente, tanto como Oriente’. El rostro de Babaji sonreía con aprobación. ‘Siento las punzadas de tu corazón, suficientemente amplio para englobar a todos los hombres, sean orientales u occidentales. Ésa es la razón por la que te he llamado’.

“‘Oriente y Occidente deben establecer un dorado camino intermedio que combine la actividad y la espiritualidad’, continué. ‘La India tiene mucho que aprender de Occidente en cuanto a desarrollo material; a su vez la India puede enseñar los métodos universales gracias a los cuales Occidente puede basar sus creencias religiosas en los inquebrantables cimientos de la ciencia del yoga’.

“‘Tú, Swamiji, tienes un papel que jugar en el venidero intercambio armonioso entre Oriente y Occidente. Dentro de algunos años te enviaré un discípulo al que puedes preparar para la difusión del yoga en Occidente. Las vibraciones de muchas almas que buscan la espiritualidad, llegan en avalanchas hasta mí. Percibo santos potenciales en América y Europa que esperan ser despertados’.

En este momento de la narración, Sri Yukteswar me miró fijamente.

“Hijo mío”, dijo sonriendo a la luz de la luna, “tú eres ese discípulo que, hace años, Babaji prometió enviarme”.

Me sentí feliz al saber que Babaji había dirigido mis pasos hacia Sri Yukteswar, si bien era duro para mí imaginarme en el remoto Occidente, lejos de mi amado gurú y la paz sencilla de la ermita.

“Después Babaji habló del *Bhagavad Gita*”, continuó Sri Yukteswar. “Para mi sorpresa, me indicó con unas palabras de elogio que estaba al corriente de que yo había escrito interpretaciones de varios capítulos del *Gita*.

“‘Swamiji, deseo pedirte que por favor emprendas otra tarea’, dijo el gran maestro. ¿Quieres escribir un pequeño libro sobre la unidad básica que subyace en las escrituras cristianas e hindúes? Muestra con citas paralelas que los hijos de Dios inspirados han dicho las mismas verdades, oscurecidas hoy por las diferencias sectarias de los hombres’.

“‘Maharaj’<sup>2</sup>, respondí tímidamente, ‘¿qué encargo! ¿Seré capaz de cumplirlo?’.

“Babaji se rió con dulzura. ‘Hijo mío, ¿por qué dudas?’, dijo dándome confianza. ‘Realmente, ¿de Quién es toda esta obra y Quién es el Hacedor de toda acción? Todo cuanto el Señor me ha hecho decir está obligado a convertirse en verdad’.

“Me juzgué autorizado por las bendiciones del santo y consentí en escribir el libro. Viendo de mala gana que había llegado el momento de marchar, me levanté de mi frondoso asiento.

“¿Conoces a Lahiri?’<sup>3</sup>, preguntó el maestro. ‘Es una gran alma, ¿verdad? Relátale nuestro encuentro’. Entonces me dio un mensaje para Lahiri Mahasaya.

“Después de inclinarme humildemente como despedida, el santo sonrió benigno. ‘Cuando tu libro esté terminado, te haré una visita’, prometió. ‘Por el momento adiós’.

“Al día siguiente dejé Allahabad y tomé el tren para Benarés. Al llegar a casa de mi gurú, le conté la historia del maravilloso santo de la *Kumbha Mela*.

“‘¡Oh!, ¿no le reconociste?’. Los ojos de Lahiri Mahasaya brillaban con la risa. ‘Veo que no pudiste hacerlo porque él te lo impidió. ¡Es mi incomparable gurú, el celestial Babaji!’.

“‘¡Babaji!, repetí pasmado. ‘¡El Cristo-Yogui Babaji! ¡El invisible-visible salvador Babaji! ¡Ah, si pudiera regresar al pasado y volver a estar en su presencia para mostrar mi devoción a sus pies de loto!’.

“‘No te preocupes’, me consoló Lahiri Mahasaya. ‘Prometió volver a verte’.

“‘Gurudeva, el divino maestro me pidió que le diera un recado. “Comunica a Lahiri”, dijo, “que el poder acumulado para su vida se agota; ya casi está acabado’.

“Al pronunciar estas enigmáticas palabras, el cuerpo de Lahiri Mahasaya se estremeció como si le hubiera alcanzado un rayo. En un momento todo en él quedó en silencio; su rostro sonriente se volvió increíblemente duro. Como una estatua de madera, sombrío e inmóvil en su asiento, su cuerpo perdió el color. Yo estaba alarmado y desconcertado. Nunca en mi vida había visto a esta alegre alma manifestar tan terrible gravedad. Los demás discípulos presentes miraban con

aprensión.

“Pasaron tres horas en absoluto silencio. Después Lahiri Mahasaya recobró su aspecto natural y alegre y habló cariñosamente a cada uno de los chelas. Todos suspiramos aliviados.

“Por la reacción del maestro, comprendí que el mensaje de Babaji había sido una señal inequívoca por la que Lahiri Mahasaya entendió que su cuerpo sería pronto desocupado. Su impresionante silencio mostraba que el gurú había controlado su ser instantáneamente, cortando las últimas cuerdas de apego al mundo material y huido a su identidad siempre viva en el Espíritu. El comentario de Babaji había sido su forma de decir: “Estaré siempre contigo”.

“Aunque Babaji y Lahiri Mahasaya eran omniscientes y no tenían necesidad de comunicarse por medio de mí, ni de ningún otro intermediario, los grandes condescienden con frecuencia a jugar un papel en el drama humano. A veces transmiten sus profecías a través de mensajeros de una forma corriente, para que la conquista final que representan sus palabras pueda infundir mayor fe divina en un amplio círculo de hombres, que conocerán la historia más tarde.

“Dejé pronto Benarés y me puse a trabajar en Serampore en las escrituras que Babaji me había pedido”, siguió Sri Yukteswar. “Poco después de comenzar mi tarea compuse un poema dedicado al gurú inmortal. Los melodiosos versos fluían sin esfuerzo de mi pluma, aunque nunca antes había intentando escribir poesía en sánscrito.

“En la quietud de la noche me enfrascaba en la comparación de la Biblia con las escrituras de *Sanatam Dharma*<sup>4</sup>. Citando las palabras del bendito Señor Jesús, demostré que sus enseñanzas eran en esencia unas con las revelaciones de los *Vedas*. Para mi alivio, el libro se terminó en poco tiempo; comprendí que la veloz bendición era debida a la gracia de mi *Param-Guru-Maharaj*<sup>5</sup>. Los capítulos aparecieron primero en el periódico *Sadhusambad*; más tarde los imprimió de forma privada como libro uno de mis discípulos de Kidderpore.

“A la mañana siguiente de haber concluido mis esfuerzos literarios”, continuó el Maestro, “fui al Rai Ghat para bañarme en el Ganges. El ghat estaba desierto; me detuve un momento, disfrutando de la soleada paz. Después de un chapuzón en las centelleantes aguas, emprendí el camino de regreso a casa. El único sonido que rompía el silencio eran mis ropas empapadas en el Ganges, que hacían frufú a cada paso. Al sobrepasar el lugar donde está el gran árbol banyan cerca de la orilla del río, un fuerte impulso me obligó a mirar hacia atrás. ¡Allí, bajo la sombra del árbol y rodeado por algunos discípulos, estaba sentado el gran Babaji!

“¡Saludos, Swamiji!, se oyó la bella voz del maestro para asegurarme que no estaba soñando. ‘Veo que ha completado su libro con éxito. Tal como prometí, estoy aquí para darle las gracias’.

“Latiéndome aceleradamente el corazón, me postré por completo a sus pies. ‘Param-guruji’, dije suplicante, ‘¿querrían usted y sus chelas honrar mi casa con su presencia?’.

“El supremo gurú rehusó sonriendo. ‘No hijo’, exclamó, ‘somos gentes a quienes nos gusta el refugio de los árboles; este sitio es muy cómodo’.

“‘Por favor, Maestro, quédese un momento’. Le miré implorante. ‘Regresaré enseguida con algunos dulces especiales’.

“¡Ay!, cuando unos minutos después volví con un plato de manjares exquisitos, el señorial árbol *banyan* ya no acogía al grupo celestial. Busqué alrededor del ghat, pero mi corazón sabía que el pequeño grupo ya había huido en alas etéreas.

“Me sentía profundamente dolido. ¡Aunque volviéramos a encontrarnos, no tendría ningún interés en hablar con él!, me decía a mi mismo. ‘Fue muy poco amable dejándome tan pronto’. Por supuesto esto era despecho amoroso y nada más.

“Pocos meses después visité a Lahiri Mahasaya en Benarés. Al entrar en la pequeña sala, mi gurú me sonrió saludándome.

“‘Bienvenido, Yukteswar’, dijo. ‘¿Te encontraste con Babaji en la puerta?’.

“‘¿Por qué?. No’, respondí sorprendido.

“‘Ven aquí’. Lahiri Mahasaya me tocó en la frente suavemente; de inmediato contemplé, cerca de la puerta, la figura de Babaji, radiante como un loto perfecto.

“Recordé mi vieja herida y no me incliné. Lahiri Mahasaya me miró asombrado.

“El divino gurú me miró con ojos insondables. ‘Estás enfadado conmigo’.

“‘Señor, ¿cómo no voy a estarlo?’, respondí. ‘Apareció usted por el aire con su mágico grupo y desapareció en el incorpóreo aire’.

“‘Te dije que volvería a estar contigo, pero no te dije durante cuánto tiempo’. Babaji se rió con dulzura. ‘Estabas muy excitado. Te aseguro que realmente me desvaneció en el éter una ráfaga de tu inquietud’.

“Instantáneamente me di por satisfecho con esta poco lisonjera explicación. Me arrodillé a sus pies; el supremo gurú me golpeó ligera y amablemente la espalda.

“‘Hijo, tienes que meditar más’, dijo. ‘Tu vista todavía no es perfecta, no me viste oculto tras la luz del sol’. Con estas palabras, que sonaban como una flauta celestial, Babaji desapareció en el secreto resplandor.

“Ésa fue una de mis últimas visitas a Benarés para ver a mi gurú”, terminó Sri Yukteswar. “Tal

como Babaji había predicho en la *Kumbha Mela*, la encarnación de Lahiri Mahasaya como hombre de familia estaba tocando a su fin. Durante el verano de 1895 su robusto cuerpo desarrolló un pequeño forúnculo en la espalda. Rehusó que se le extirpara; estaba trabajando en su carne el mal karma de algunos discípulos. Por último algunos chela insistieron mucho; el maestro replicó enigmáticamente:

“El cuerpo necesita un motivo para irse; estaré de acuerdo en todo lo que queráis hacer’.

“Poco después el incomparable gurú dejó su cuerpo en Benarés. Ya no volví a necesitar ir a verle a su sala; siento todos los días de mi vida bendecidos por su guía omnipresente”.

Años después oí de labios de Swami Keshabananda<sup>6</sup>, un avanzado discípulo, muchos detalles extraordinarios de la defunción de Lahiri Mahasaya.

“Pocos días antes de que mi gurú renunciara a su cuerpo”, me contó Keshabananda, “se materializó ante mí en la ermita de Hardwar.

“Ven a Benarés inmediatamente’. Con estas palabras Lahiri Mahasaya desapareció.

“Tomé de inmediato el tren para Benarés. Encontré a muchos discípulos reunidos en la casa de mi gurú. Aquel día<sup>7</sup> el maestro explicó el *Gita* durante horas; después se dirigió a nosotros con sencillez.

“Me voy a casa’.

“Los sollozos de angustia estallaron como un incontenible torrente.

“Consolaos; surgiré de nuevo’. Tras esta declaración, Lahiri Mahasaya giró el cuerpo tres veces en círculo, mirando hacia el Norte en postura de loto y entró gloriosamente en el *maha-samadhi* definitivo<sup>8</sup>.

“El bello cuerpo de Lahiri Mahasaya, tan querido por sus devotos, fue cremado con los ritos solemnes de un cabeza de familia en el Manikarnika Ghat del sagrado Ganges”, continuó Keshabananda. “Al día siguiente, a las diez de la mañana, mientras yo estaba todavía en Benarés, mi habitación se inundó de una gran luz. ¡Ante mí estaba en carne y hueso Lahiri Mahasaya! Era exactamente como su viejo cuerpo, excepto que parecía más joven y más resplandeciente. Mi divino gurú me habló.

“Keshabananda’, dijo, ‘soy yo. He resucitado un cuerpo remodelado a partir de los átomos que se desintegraron en la cremación. Mi labor como cabeza de familia en el mundo ha terminado; pero no he dejado la tierra totalmente. Desde ahora pasaré algún tiempo con Babaji en el Himalaya y con Babaji en el cosmos’.

“Dedicándome unas palabras de bendición, el trascendente maestro desapareció. Mi corazón se llenó de una maravillosa inspiración; fui elevado al Espíritu tal como lo fueron los discípulos de Cristo y Kabir<sup>9</sup> cuando vieron a sus maestros vivos tras su muerte física.

“Cuando regresé a mi solitaria ermita de Hardwar”, prosiguió Keshabananda, “lleve conmigo las cenizas sagradas de mi gurú. Sé que ha huido de la jaula espacio-temporal; el pájaro de la omnipresencia está libre. Pero confortaba mi corazón venerar sus sagradas reliquias”.

Otro discípulo que fue bendecido con la visión de su gurú resucitado, fue el santo Panchanon Bhattacharya, fundador de la Calcuta Arya Mission Institution<sup>10</sup>.

Visité a Panchanon en su casa de Calcuta y oí con delicia el relato de sus muchos años con el maestro. Al concluir, me contó el más maravilloso acontecimiento de su vida.

“Aquí, en Calcuta”, dijo Panchanon, “a las diez de la mañana siguiente a su cremación, Lahiri Mahasaya se apareció ante mí resplandecientemente vivo”.

Swami Pranabananda, el “santo con dos cuerpos”, también me confió detalles de su propia experiencia supraterebral.

“Pocos días antes de que Lahiri Mahasaya dejara su cuerpo”, me dijo Pranabananda cuando me visitó en la escuela de Ranchi, “recibí una carta suya, pidiéndome que fuera enseguida a Benarés. Pero me retrasé, no pude marcharme de inmediato. Mientras estaba preparando el viaje, sobre las diez de la mañana, rebose de alegría al ver la brillante figura de mi gurú.

“¿Por qué te apuras por ir a Benarés?’. ‘Ya no volverás a encontrarme allí’.

“Cuando comprendí la trascendencia de sus palabras, rompí a llorar desesperado, creyendo que era sólo una visión.

“El maestro se acercó a mí y me consoló. ‘Mira, toca mi carne’, dijo. ‘Estoy vivo, como siempre. No te lamentes; ¿no estoy siempre contigo?’”.

De labios de estos tres grandes discípulos ha surgido una maravillosa historia: a las diez de la mañana, el día después de que Lahiri Mahasaya fuera confiado a las llamas, el maestro resucitado, en un cuerpo real pero transfigurado, se apareció a tres discípulos, cada uno en una ciudad diferente.

“Cuando este ser corruptible sea vestido de incorruptibilidad y este ser mortal sea vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: La Muerte es tragada por la victoria. Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh, sepulcro, ¿dónde está tu victoria?” .



- 1 Sri Yukteswar fue iniciado más tarde formalmente en la Orden Swami por el *Mahant* (abad del monasterio) de Buddh Gaya. [Volver](#)
- 2 "Gran Rey", título de respeto. [Volver](#)
- 3 Normalmente un gurú se refiere a su propio discípulo sencillamente por su nombre, omitiendo todo título. Por eso Babaji dijo "Lahiri", no "Lahiri Mahasaya". [Volver](#)
- 4 Literalmente "religión eterna", nombre que se da al cuerpo de enseñanzas védicas. *Sanatan Dharma* ha pasado a llamarse *Hinduismo* desde la época de los griegos, quienes designaban al pueblo de las riberas del río Indo como *Indoos* o *hindúes*. La palabra *hindú*, propiamente dicha, se refiere sólo a los seguidores de *Sanatan Dharma* o hinduismo. El término *indio* se aplica por igual a los hindúes y mahometanos y otros habitantes de la India (y también, a consecuencia del error geográfico de Colón, a los aborígenes mongoloides americanos).
- El antiguo nombre de la India es *Aryavarta*, literalmente, "morada de los arios". La raíz sánscrita de *ario* es "venerable, sagrado, noble". El posterior mal uso de *ario* con significado no espiritual, sino físico, de características étnicas, condujo al gran orientalista Max Muller a hacer este pintoresco comentario: "Para mí un etnólogo que habla de raza aria, sangre aria, ojos y pelo arios, es un pecador tan grande como el lingüista que habla de un diccionario dolicocefalo o una gramática braquicéfala". [Volver](#)
- 5 *Param-Guru* es literalmente "gurú supremo" o "gurú de más allá", dando a entender una línea sucesiva de maestros. Babaji, el *gurú* de Lahiri Mahasaya, era el *param-guru* de Sri Yukteswar. [Volver](#)
- 6 Mi visita al ashram de Keshabananda se describe en las páginas + [Volver](#)
- 7 El 26 de Septiembre de 1895 es la fecha en que Lahiri Mahasaya dejó su cuerpo. Pocos días después hubiera cumplido setenta y ocho años. [Volver](#)
- 8 Mirar hacia el Norte y hacer tres giros con el cuerpo, son parte del ritual védico utilizado por los maestros que saben de antemano que ha llegado la última hora para su cuerpo físico. La última meditación, durante la cual los maestros se sumergen en el AUM Cósmico, se llama *maha*, o gran, *samadhi*. [Volver](#)
- 9 Kabir fue un gran santo del siglo XVI, entre sus numerosos seguidores había tanto hindúes como musulmanes. En el momento de su muerte, sus discípulos discutieron sobre la forma de realizar las ceremonias fúnebres. El exasperado maestro se levantó del sueño final y les dio instrucciones. "Que la mitad de mí sea enterrada por los ritos musulmanes"; dijo, "que la otra mitad sea cremada con un sacramento hindú". A continuación desapareció. Cuando los discípulos abrieron el ataúd que había contenido su cuerpo, no encontraron otra cosa que un deslumbrante conjunto de doradas flores de *champak*. La mitad fueron obedientemente enterradas por los musulmanes, quienes todavía hoy reverencian su sepulcro.
- En su juventud, se acercaron a Kabir dos discípulos que querían minuciosa guía intelectual en el sendero místico. El maestro respondió simplemente:  

"Sendero presupone distancia;  
Si Él está cerca, no necesitas ningún sendero.  
¡Realmente me hace gracia  
Oír hablar de un pez sediento en el agua!". [Volver](#)
- 10 Panchanon erigió, en un terreno de 7 Hc. en Deogarh, Bihar, un templo con una estatua de piedra de Lahiri Mahasaya. Sus discípulos pusieron otra estatua del gran maestro en la pequeña sala de su casa en Benarés. [Volver](#)
- 11 I *Corintios* 15:54-55. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Trenta y Siete

### Voy a América

“¡América! ¡Probablemente esas personas sean americanas!”. Así pensaba mientras una vista panorámica de rostros occidentales pasaba ante mi visión interior.

Inmerso en meditación, estaba sentado tras unas cajas polvorientas en el almacén de la escuela de Ranchi. ¡Durante los años que pasé con los jóvenes era difícil encontrar un lugar privado!

La visión continuó; una gran multitud de personas<sup>1</sup>, que me miraban fijamente, pasaban como actores por el escenario de mi conciencia.

La puerta del almacén se abrió; como de costumbre, uno de los muchachos había descubierto mi escondite.

“Ven aquí, Bimal”, llamé con alegría. “Tengo noticias para ti, ¡el Señor me llama a América!”.

“¿A América?”. El chico repitió mis palabras en un tono que insinuaba que yo había dicho “a la luna”.

“¡Sí!”. Me voy a descubrir América, como Colón. ¡Él creyó que había encontrado la India, sin duda hay un lazo kármico entre esas dos tierras!”.

Bimal se escabulló; pronto toda la escuela estaba informada por el periódico de dos piernas<sup>2</sup>. Convoqué al perplejo profesorado y dejé la escuela a su cargo.

“Sé que mantendrán siempre como guía los ideales educativos de Lahiri Mahasaya”, dije. “Escribiré con frecuencia; si Dios quiere, algún día regresaré”.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al mirar por última vez a los muchachos y los soleados terrenos de Ranchi. Sabía que una época de mi vida se había terminado; a partir de ahora viviría en tierras lejanas. Tomé el tren para Calcuta pocas horas después de mi visión. Al día siguiente recibí una invitación para actuar como delegado de la India en un Congreso Internacional de Religiones Liberales en América. Aquel año se convocaba en Boston, bajo los auspicios de la American Unitarian Association.

Dándome vueltas la cabeza, fui a Serampore a ver a Sri Yukteswar.

“Guruji, acabo de ser invitado a pronunciar un discurso en un congreso de religiones en América. ¿Debo ir?”.

“Tienes todas las puertas abiertas”, contestó sencillamente el Maestro. “Ahora o nunca”.

“Pero señor”, dije con desaliento, “¿qué sé yo sobre hablar en público? Apenas he dado conferencias y nunca en inglés”.

“En inglés o no, tus palabras sobre yoga se oirán en Occidente”.

Me reí. “Bueno, querido guruji, ¡no creo que los americanos aprendan bengalí! Por favor, béndigame para que se derriben las barreras de la lengua inglesa”<sup>3</sup>.

Cuando le comuniqué los planes a mi padre, quedó consternado. Para él América aparecía increíblemente remota; temía no volver a verme jamás.

“¿Cómo irás?”, me preguntó severo. “¿Quién te financiará?”. Como él había sufragado con cariño los gastos de mi educación y de toda mi vida, sin duda esperaba que esta pregunta pondría en apuros mi proyecto.

“Sin duda el Señor me financiará”. Al contestarle, pensé en una respuesta similar que hace mucho tiempo había dado a mi hermano Ananta en Agra. Añadí sin malicia, “Padre, quizá Dios ponga en su mente ayudarme”.

“¡No, jamás!”. Me miró lastimeramente.

Así que al día siguiente quedé sorprendido cuando mi padre me tendió un cheque por una gran suma.

“Te doy este dinero”, dijo, “no en mi cualidad de padre, sino de fiel discípulo de Lahiri Mahasaya. Ve pues a las lejanas tierras de Occidente; expande allí las enseñanzas sin credo de *Kriya Yoga*”.

Quedé inmensamente conmovido por la generosidad de mi padre, que dejó rápidamente a un lado sus deseos personales. Durante la noche había comprendido que no era el deseo de viajar al extranjero lo que me inducía al viaje.

“Quizá no volvamos a vernos en esta vida”. Mi padre, que tenía setenta y siete años en aquella época, hablaba con tristeza.

Una convicción intuitiva me impulsó a responder, “Sin duda el Señor nos reunirá una vez más”.

A medida que me preparaba para dejar al Maestro y mi país de origen por las desconocidas costas de América, experimentaba no poca inquietud. Había oído muchos relatos sobre la atmósfera materialista de Occidente, muy distinta del ambiente de la India, impregnado por el aura secular de los santos. “¡Un profesor oriental que desafía los aires occidentales”, pensaba, “debe estar preparado para resistir pruebas mayores que las del frío Himalaya!”.

Una mañana temprano comencé a orar, con la firme determinación de continuar, aunque tuviera que morir orando, hasta oír la voz de Dios. Quería sus bendiciones y la seguridad de que no me perdería en la confusión del utilitarismo moderno. Mi corazón estaba decidido a ir a América, pero todavía con más fuerza estaba resuelto a oír el consuelo del permiso divino.

Oré y oré, mitigando con la oración mis sollozos. No llegó ninguna respuesta. Mi silenciosa petición aumentó en terrible crescendo hasta que, a mediodía, había alcanzado el cenit; mi cerebro no podía resistir la presión de mi angustia. Si pedía con una pasión interior todavía más intensa, sentiría que mi cerebro se quebraba. En ese momento alguien llamó a la puerta del vestíbulo contiguo a la habitación de Gurpar Road donde yo estaba sentado. Al abrir la puerta vi a un joven con el escaso atuendo de un renunciante. Entró, cerró la puerta tras él y rechazó mi invitación a sentarse, indicando con un gesto que deseaba hablarme de pie.

“¡Debe ser Babaji!”, pensé aturdido, porque el hombre que estaba ante mí tenía las facciones de un joven Lahiri Mahasaya.

Él respondió a mi pensamiento. “Sí, soy Babaji”. Hablaba melodiosamente en hindi. “Nuestro Padre Celestial ha oído tu oración. Me pide que te diga: Sigue las indicaciones de tu gurú y vete a América. No temas; yo te protegeré”.

Tras una vibrante pausa, Babaji se dirigió a mí de nuevo. “Tú eres quien yo elegí para expandir el mensaje de *Kriya Yoga* en Occidente. Hace mucho tiempo conocí a tu gurú Yukteswar en una *Kumbha Mela*; le dije que te enviaría a él para que te preparara”.

Quedé sin habla, inundado de reverencia y devoción en su presencia, y profundamente emocionado al oír de sus propios labios que él me había conducido a Sri Yukteswar. Me postré ante el gurú inmortal. Él me levantó amablemente del suelo. Me relató muchas cosas sobre mi vida, después me dio instrucciones personales y pronunció algunas profecías secretas.

“*Kriya Yoga*, la técnica científica de Realización en Dios”, dijo por último con solemnidad, “se extenderá por todos los países, ayudando a la armonía entre las naciones por medio de la percepción personal, trascendental, del Padre Infinito”.

Con una mirada de majestuoso poder, el maestro me electrificó con un destello de su conciencia cósmica. Poco después se dirigió a la puerta.

“No intentes seguirme”, dijo. “No lo conseguirás”.

“¡Por favor, Babaji, no te vayas!”, pedí repetidamente. “¡Llévame contigo!”.

Mirando hacia atrás, contestó, “Ahora no. En otra ocasión”.

Vencido por la emoción, desobedecí su advertencia. Al intentar perseguirle descubrí que mis pies estaban firmemente anclados al suelo. Desde la puerta, Babaji me dirigió una última mirada de afecto. Levantó la mano a modo de bendición y se marchó, con mis ojos anhelantes fijos en él.

Después de unos minutos, mis pies quedaron libres. Me senté y entré en meditación profunda, dando incesantemente gracias a Dios; no sólo por responder a mi oración, sino también por bendecirme a través de un encuentro con Babaji. Todo mi cuerpo parecía santificado por el toque del antiguo y siempre joven maestro. Largo había sido mi abrasador deseo de contemplarlo.

Hasta ahora, jamás había contado a nadie la historia de mi encuentro con Babaji. Manteniéndola como la más sagrada de mis experiencias humanas, la tenía escondida en mi corazón. Pero he pensado que los lectores de esta autobiografía quizá se sentirían más inclinados a creer en la realidad del solitario Babaji y su interés por el mundo si contaba que yo lo había visto con mis propios ojos. He ayudado a un artista a hacer un dibujo del gran Cristo-Yogui de la India moderna; aparece en este libro.

La víspera de mi marcha para los Estados Unidos me encontré en la sagrada presencia de Sri Yukteswar.

“Olvida que naciste hindú y no seas un americano. Toma lo mejor de ambos”, dijo el Maestro con su calmada sabiduría. “Sé tu auténtico ser, un hijo de Dios. Busca e incorpora a tu ser las mejores cualidades de todos tus hermanos, dispersos por la tierra en diferentes razas”.

Después me bendijo: “Todos aquellos que lleguen a ti con fe, buscando a Dios, recibirán ayuda. Cuando les mires, la corriente espiritual que emana de tus ojos penetrará en sus cerebros y cambiará sus hábitos materiales, haciéndoles más conscientes de Dios”.

Prosiguió, “Tu capacidad para atraer almas sinceras es muy grande. Allí a donde vayas, aunque sea un desierto, encontrarás amigos”.

Ambas bendiciones se han demostrado ampliamente. Llegué a América solo, a un desierto sin un solo amigo, pero allí encontré miles de personas preparadas para recibir las enseñanzas para el alma probadas por el tiempo.

Dejé la India en Agosto de 1920, en *The City of Sparta*, el primer barco de pasajeros que hacía la ruta a América tras la reciente I Guerra Mundial. Conseguí billete sólo después de levantar, de formas verdaderamente milagrosas, muchos “precintos” de dificultades relacionadas con la concesión de mi pasaporte.

Durante el viaje de dos meses, un pasajero se enteró de que yo era el delegado indio para el congreso de Boston.

“Swami Yogananda”, dijo, con la primera de las muchas pintorescas pronunciaciones con las que más tarde oí pronunciar mi nombre a los americanos, “por favor, concédanos el placer de una conferencia el jueves por la noche. Creo que todos nos beneficiaremos de una charla sobre ‘La Batalla de la Vida y Cómo Librarla’”.

¡Ay!, el miércoles descubrí que tenía que librar la batalla de mi propia vida. Desesperado al intentar organizar mis ideas en una conferencia en inglés, terminé por abandonar toda preparación; mis pensamientos, como un potro salvaje ante la vista de la silla, rehusaban cooperar con las reglas de la Gramática inglesa. No obstante, confiando plenamente en las pasadas seguridades que me diera el Maestro, el jueves aparecí en el salón del buque ante mi audiencia. La elocuencia se negaba a aflorar a mis labios; me quedé de pie ante la asamblea, sin habla. Tras una dura lucha de diez minutos, la audiencia comprendió mi apuro y comenzó a reír.



Estoy de pie en el estrado en una de mis clases en América. Esta clase a la que asistieron un millar de personas, se impartió en Washington, D.C.

En aquel momento la situación no tenía nada de divertido para mí; indignado, dirigí una silenciosa oración al Maestro.

“¡Tú puedes! ¡Habla!”. Inmediatamente oí su voz en mi conciencia.

Al instante mis pensamientos entablaron una amigable relación con la lengua inglesa. Cuarenta y cinco minutos más tarde, la audiencia todavía estaba atenta. La charla me procuró numerosas invitaciones para dar más tarde conferencias ante diversos grupos en América.

Jamás he podido recordar ni una palabra de lo que dije. Preguntando discretamente, supe por varios pasajeros: “Dio usted una inspirada conferencia en un amplio y correcto inglés”. Ante estas maravillosas noticias, di humildemente las gracias a mi gurú por su oportuna ayuda, comprendiendo una vez más que él estaba siempre conmigo, despreciando todas las barreras de tiempo y espacio.

De vez en cuando, en lo que nos quedó de viaje por el océano, sentía unas aprensivas punzadas sobre la venidera terrible conferencia en inglés en el congreso de Boston.

“Señor”, oré, “permite que mi inspiración seas Tú ¡y no las bombas de risa de la audiencia!”.

*The City of Sparta* atracó cerca de Boston al final de Septiembre. El seis de Octubre me dirigí al congreso con mi discurso inaugural en América. Fue bien recibido; suspiré aliviado. El magnánimo secretario de la American Unitarian Association, escribió el siguiente comentario en un informe publicado<sup>4</sup> sobre las actas del congreso:

“Swami Yogananda, delegado por el Brahmacharya Ashram de Ranchi, la India, trajo el saludo de su Sociedad al Congreso. En fluído inglés y una convincente presentación, pronunció un discurso de carácter filosófico sobre ‘La Ciencia de la Religión’, que ha sido impreso en forma de folleto para una distribución más amplia. La Religión, sostuvo, es universal y única. Sin duda no podemos universalizar costumbres y convicciones concretas, pero el elemento común de la religión tiene que ser universalizado y podemos pedir a todos por igual que lo sigan y lo

obedezcan”.

Gracias al generoso cheque de mi padre, puede quedarme en América cuando terminó el congreso. Pasé cuatro felices años viviendo humildemente en Boston. Di conferencias públicas, clases, y escribí un libro de poemas, *Songs of the Soul*, con un prefacio del Dr. Frederick B. Robinson, presidente del College de la Ciudad de Nueva York<sup>5</sup>.

En el verano de 1924 comencé una gira transcontinental, hablé ante miles de personas en las principales ciudades y terminé mi visita al Oeste con unas vacaciones en la bella Alaska del Norte.

Con la ayuda de algunos generosos estudiantes, al final de 1925 había establecido una sede central americana en Mount Washington Estates, en Los Ángeles. El edificio es el que había aparecido años atrás en la visión que tuve en Cachemira. Me apresuré a enviar a Sri Yukteswar fotografías que plasmaban estas lejanas actividades americanas. Respondió con una postal en bengalí, que transcribo aquí:

11 de Agosto de 1926

¡Hijo de mi corazón, Oh, Yogananda!

Viendo las fotos de tu escuela y de tus alumnos, mi vida recibe una alegría que no puedo expresar con palabras. Me llena de dicha ver a tus alumnos de yoga de distintas ciudades. Ante tus métodos de afirmaciones cantadas, vibraciones curativas y oraciones divinas de curación, no puedo evitar darte las gracias de corazón. Viendo la verja, el serpenteante camino que sube la colina y el bello escenario que se extiende a los pies de Mount Washington Estates, anhelo contemplarlo todo con mis propios ojos.

Aquí todo sigue bien. Por la gracia de Dios, que la dicha este siempre contigo.

SRI YUKTESWAR GIRI

Pasaron los años. Di conferencias en todos los rincones de mi nuevo país y me dirigí a cientos de asociaciones, universidades, iglesias y grupos de todas las denominaciones. Decenas de miles de americanos recibieron la iniciación en yoga. En 1929 dediqué a todos ellos un nuevo libro de pensamientos en forma de oración, *Susurros de la Eternidad*, con un prefacio de Amelita Galli-Curci<sup>6</sup>. Ofrezco aquí, de ese libro, un poema titulado “¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!”, compuesto una noche mientras me encontraba en el estrado, en una conferencia:

Desde las profundidades del sueño,  
Mientras asciendo la escalera en espiral del despertar,  
Susurro:  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!  
Tú eres el alimento y cuando rompo mi ayuno  
De la separación nocturna de Ti,  
Te saboreo y digo mentalmente:  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!  
No importa a dónde vaya, el foco de mi mente  
Está siempre dirigido hacia Ti;  
Y en la estruendosa batalla de la actividad  
Mi silencioso grito de guerra es siempre: ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!  
Cuando las embravecidas tormentas de las pruebas braman,  
Y cuando las preocupaciones aúllan,  
Ahogo su clamor cantando en voz alta:  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!  
Cuando mi mente teje sueños  
Con hilos de recuerdos,  
Encuentro estampado en la tela mágica:  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!  
Todas las noches, en el momento del sueño más profundo,  
Mi paz sueña y llama, ¡Dicha! ¡Dicha! ¡Dicha!  
Y mi dicha viene cantando eternamente:  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!  
Caminando, comiendo, trabajando, soñando, durmiendo,  
Sirviendo, meditando, cantando, amando con amor divino,  
Mi alma tararea constantemente, sin que nadie le oiga:  
¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

A veces, generalmente a primeros de mes, ¡cuando llovían las facturas para sostener Mount Washington y los demás centros de Self-Realization Fellowship!, pensaba con nostalgia en la sencilla paz de la India. Pero todos los días veía crecer la comprensión entre Oriente y Occidente; mi alma se regocijaba.

El gran corazón de América queda expresado en los maravillosos versos de Emma Lazarus, grabados en la base de la Estatua de la Libertad, “La Madre de los Exiliados”:

En el faro de su mano  
Resplandece una bienvenida mundial; sus dulces ojos dominan  
El puerto de aéreos puentes que hermana ciudades.  
“¡Quedaos, viejos países, con vuestra historiada pompa!”, grita  
Con labios silenciosos. “Dadme vuestras cansadas, pobres,  
Hacinadas masas que ansían respirar libres,  
El desgraciado desecho de vuestras populosas orillas.  
Enviadme a quienes no tienen hogar, a los arrojados por la tempestad,  
Levanto mi antorcha junto a la puerta dorada.

- 
- 1 Desde entonces he visto muchos de aquellos rostros en Occidente y los reconocí al instante. [Volver](#)
  - 2 Swami Premananda, ahora líder de la Self-Realization Church of All Religions en Washington D.C. era uno de los alumnos de la escuela de Ranchi cuando me marché a América. (Entonces era Brahmachari Jotin) [Volver](#)
  - 3 Sri Yukteswar y yo normalmente hablábamos en bengalí. [Volver](#)
  - 4 *New Pilgrimages of the Spirit* (Boston: Beacon Press, 1921). [Volver](#)
  - 5 El Dr. Robinson y su esposa visitaron la India en 1939 y fueron huéspedes de honor en la escuela de Ranchi. [Volver](#)
  - 6 La señora Galli-Curci y su esposo, Homer Samuels, el pianista, son estudiantes de Kriya Yoga desde hace veinte años. La inspiradora historia de los años dedicados a la música por la prima donna, se ha publicado recientemente (*Galli-Curci's Life of Song*, C.E. LeMassena, Paebar Co., Nueva York, 1945). [Volver](#)
- 



[ANANDA.ORG](http://ANANDA.ORG) | [ANANDA.IT](http://ANANDA.IT)  
[ANANDAEDICIONES.ES](http://ANANDAEDICIONES.ES)





INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

## ÍNDICE

### Capítulo Trenta y Ocho

#### Lutero Burbank, un Santo entre las Rosas

“El secreto para mejorar la reproducción de las plantas, además del conocimiento científico, es amor”. Lutero Burbank se expresó de esta sabia forma mientras caminaba junto a él por su jardín de Santa Rosa. Nos detuvimos junto a un arriate de cactus comestibles.

“Mientras hacía experimentos para conseguir cactus ‘sin espinas’”, continuó, “hablaba a menudo a las plantas para crear una vibración de amor. ‘No tienes nada que temer’, les decía. ‘No necesitas espinas defensivas. Yo te protegeré’. Poco a poco, la útil planta del desierto surgió como una variedad sin espinas’.

Yo estaba encantado con este milagro. “Por favor, querido Lutero, déme algunas hojas de cactus para plantar en mi jardín de Mount Washington”.

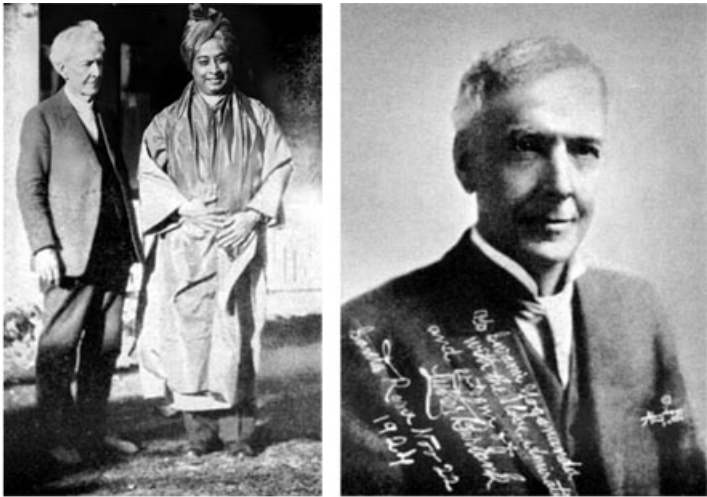
Un trabajador que estaba cerca comenzó a arrancar unas hojas, Burbank se lo impidió.

“Yo mismo las arrancaré para el swami”. Me tendió tres hojas, que después planté, alegrándome cuando crecieron hasta hacerse enormes.

El gran horticultor me dijo que su primer triunfo notable fue la patata grande, que ahora lleva su nombre. Con la perseverancia del genio, continuó presentando al mundo cientos de cruces que mejoran la naturaleza, sus nuevas variedades Burbank de tomate, maíz, calabaza, cerezas, ciruelas, nectarinas, bayas, amapolas, lilas, rosas.

Enfoqué mi cámara cuando Lutero me condujo ante el famoso nogal con el que había probado que la evolución natural puede ser acelerada telescópicamente.

“En sólo dieciséis años”, dijo, “este nogal alcanzó un estado de abundante producción, la naturaleza, sin ayuda, tardaría en conseguirlo el doble de tiempo.



Mi querido amigo Luther Burbank, posa conmigo en su jardín de Santa Rosa.

La hija pequeña de Burbank, una niña adoptada, entró en el jardín corriendo alegremente con su perro.

“Ella es mi planta humana”. Lutero la señaló con cariño. “Ahora veo a la humanidad como una vasta planta, que para su mayores conquistas sólo necesita amor, las bendiciones naturales del maravilloso aire libre y un cruce y selección inteligentes. En el espacio de mi vida he observado progresos tan extraordinarios en la evolución de las plantas, que pienso con optimismo que el mundo será sano y feliz tan pronto como a sus hijos se les enseñen los principios de una vida sencilla y racional. Debemos volver a la naturaleza y al Dios de la naturaleza”.

“Lutero, a usted le encantaría mi escuela de Ranchi, con las clases al aire libre y su atmósfera

de alegría y simplicidad".

Mis palabras tocaron la cuerda sensible del corazón de Burbank, la educación infantil. Me acosó a preguntas, mientras sus ojos profundos, serenos, relucían de interés.

"Swamiji", dijo por último, "escuelas como la suya son la única esperanza para el futuro milenio. Yo me sublevo contra los sistemas educativos de nuestro tiempo, apartados de la naturaleza y que sofocan todo individualismo. Estoy totalmente con usted en sus ideales prácticos sobre educación.

Cuando me despedía del amable sabio, firmó un pequeño volumen y me lo presentó<sup>1</sup>.

"Éste es mi libro sobre *The Training of the Human Plant*" (*El Cuidado de la Planta Humana*)<sup>2</sup>, dijo. "Se necesitan nuevas formas de preparación, experimentos audaces. A veces las pruebas más atrevidas han conseguido las mejores frutas y flores. Las innovaciones para los niños deberían igualmente hacerse más numerosas, más valientes".

Aquella noche leí su librito con enorme interés. Su mirada vislumbraba un futuro glorioso para el género humano. Escribía: "Lo más pertinaz de este mundo, lo más difícil de hacer cambiar de dirección, es una planta que se ha establecido en determinados hábitos... Hay que recordar que esta planta ha preservado su individualidad a lo largo del tiempo; quizá se trata de una planta que ha vivido durante eones de años en las rocas, sin haber experimentado ningún cambio destacable a lo largo de vastos periodos de tiempo. ¿Crees que, después de todas estas generaciones de repetición, la planta no ha llegado a desarrollar una voluntad, si quieres llamarlo así, de tenacidad sin paralelo? De hecho existen plantas, como ciertas palmeras, tan constantes, que de momento ningún poder humano ha sido capaz de cambiarlas. La voluntad humana es débil frente a la voluntad de una planta. Pero observa cómo toda la testarudez que la planta ha mantenido a lo largo de su vida, se vence simplemente combinando una nueva vida con la suya, haciendo, a través del cruce, un cambio total y poderoso en su vida. Cuando se produzca la ruptura, fíjala por medio de generaciones de paciente supervisión y selección, y la nueva planta se pondrá en marcha por su nuevo camino para no regresar jamás al anterior, rota y modificada al fin su tenacidad.

"Cuando esto sucede con algo tan sensible y moldeable como la naturaleza de un niño, el problema es mucho más sencillo".

Atraído magnéticamente hacia este gran americano, le visité repetidamente. Una mañana llegué al mismo tiempo que el cartero, quien dejó en el estudio de Burbank alrededor de mil cartas. Los horticultores le escribían desde todos los rincones del mundo.

"Swamiji, su presencia es justamente la excusa que necesito para salir al jardín", dijo Lutero alegremente. Abrió un gran cajón del escritorio que contenía cientos de folletos de viaje.

"Mire", dijo, "así es como viajo. Atado por mis plantas y la correspondencia, satisfago mi deseo de países lejanos ojeando de vez en cuando estas fotografías".

Mi coche estaba aparcado delante de la verja; Lutero y yo dimos un paseo en coche por las calles de la pequeña ciudad, cuyos jardines resplandecen con sus variedades de rosas Santa Rosa, Peachblow y Burbank.

"Mi amigo Henry Ford y yo creemos en la antigua teoría de la reencarnación", me dijo Lutero. "Arroja luz sobre aspectos de la vida que de otro modo son inexplicables. La memoria no es una prueba de la verdad; el que el hombre no recuerde sus vidas pasadas no demuestra que nunca las haya tenido. También la memoria está en blanco respecto a su vida intrauterina y su primera infancia; ¡pero probablemente pasó por ellas!". Se rió de buena gana.

El gran científico recibió la iniciación en *Kriya* durante una de mis primeras visitas. "Practico la técnica con devoción, Swamiji", dijo. Tras hacerme muchas preguntas serias sobre distintos aspectos del yoga, Lutero señaló despacio:

"Desde luego Oriente posee tesoros de conocimiento que Occidente está sólo comenzando a explorar".

La íntima comunión con la naturaleza, que desveló para él muchos de sus secretos celosamente guardados, había dado a Burbank una reverencia espiritual sin límites.

"A veces me siento muy cerca del Poder Infinito", me confió con timidez. Su delicado y bellamente modelado rostro se iluminó con sus recuerdos. "En esos momentos he sido capaz de curar a personas cercanas y a muchas plantas enfermas".

Me habló de su madre, una cristiana sincera. "Después de su muerte he sido bendecido muchas veces con visiones suyas; me ha hablado".

Regresamos a regañadientes a su casa y los miles de cartas que le esperaban.

"Lutero", comenté, "el próximo mes voy a lanzar una revista para presentar las verdades que ofrecen Oriente y Occidente. Por favor, ayúdeme a elegir un nombre adecuado para la publicación".

Discutimos algunos títulos durante un momento y finalmente nos decidimos por *East-West*. Cuando entramos en su estudio, Burbank me ofreció un artículo que había escrito en "Science and Civilization".

"Aparecerá en el primer número de *East-West*", dije agradecido.

Cuando nuestra amistad se hizo más profunda, llamaba a Burbank mi "Santo americano".

“¡Contemplad a un hombre en quien no existe malicia!”, decía. Su corazón era insondablemente profundo, largamente familiarizado con la humildad, la paciencia, el sacrificio. Su casita entre las rosas era austeramente simple; conocía la inutilidad del lujo, la dicha de poseer pocas cosas. La modestia con la que llevaba su fama científica me hacía pensar continuamente en los árboles que se doblan con el peso de la fruta madura; es el árbol estéril el que levanta la cabeza con vacuo orgullo.

Estaba en Nueva York, en 1926, cuando mi querido amigo falleció. Pensé, llorando, “¡Ah, de buena gana caminaría desde aquí hasta Santa Rosa por verle una vez más!”. Apartándome de secretarios y visitantes, pasé las veinticuatro horas siguientes en retiro.

Al día siguiente realicé una ceremonia védica conmemorativa ante una gran fotografía de Lutero. Un grupo de estudiantes americanos, vestidos con las ropas de ceremonia hindúes, cantaron los antiguos himnos mientras se hacía una ofrenda de flores, agua y fuego, símbolos de los elementos del cuerpo y su liberación en la Fuente Infinita.

Aunque el cuerpo de Burbank yace en Santa Rosa, bajo un cedro del Líbano que plantó años atrás en su jardín, para mí su alma está encerrada en cada inocente flor que se abre al borde del camino. Retirado durante un tiempo en el espacioso espíritu de la naturaleza, ¿no es Lutero quien susurra en el viento, acompañando sus amaneceres?

Su nombre ha pasado al patrimonio del lenguaje corriente. Incluyendo “burbank” como verbo transitivo, el Webster’s New International Dictionary lo define así; “Cruzar o injertar (una planta). Por extensión, figuradamente, mejorar (cualquier cosa, como un proceso o una institución) seleccionando las características buenas y rechazando las malas o añadiendo buenas características”.

“Querido Burbank”, lloré tras leer la definición, “¡su nombre es ahora sinónimo de bondad!”.

LUTHER BURBANK  
SANTA ROSA, CALIFORNIA  
U. S. A.

December 22, 1924

I have examined the Yogoda system of Swami Yogananda and in my opinion it is ideal for training and harmonizing man's physical, mental, and spiritual natures. Swami's aim is to establish "How-to-Live" schools throughout the world, wherein education will not confine itself to intellectual development alone, but also training of the body, will, and feelings.

Through the Yogoda system of physical, mental, and spiritual unfoldment by simple and scientific methods of concentration and meditation, most of the complex problems of life may be solved, and peace and good-will come upon earth. The Swami's idea of right education is plain commonsense, free from all mysticism and non-practicality; otherwise it would not have my approval.

I am glad to have this opportunity of heartily joining with the Swami in his appeal for international schools on the art of living which, if established, will come as near to bringing the millennium as anything with which I am acquainted.



ÍNDICE

1 Burbank también me dio una foto suya firmada. La atesoro como un comerciante hindú atesoró una vez un retrato de Lincoln. El hindú, que estuvo en América durante los años de la Guerra Civil, sentía tal admiración por Lincoln, que no estaba dispuesto a volver a la India sin un retrato del Gran Emancipador. Situándose impertérrito a la puerta de Lincoln, el comerciante rehusó irse hasta que el asombrado Presidente le permitiera aceptar los servicios de Daniel Huntington, el famoso artista de Nueva York. Cuando el retrato estuvo terminado, el hindú lo llevó triunfalmente a Calcuta. [Volver](#)

2 Nueva York. Century Co., 1922. [Volver](#)





## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Trenta y Nueve

#### Teresa Neumann, la Católica con los Estigmas

"Regresa a la India. Te he esperado pacientemente durante quince años. Pronto dejaré este cuerpo por la Resplandeciente Morada. ¡Yogananda, ven!"

La voz de Sri Yukteswar sonó alarmante en mi oído interior mientras estaba sentado, meditando, en la sede central de Monte Washington. Atravesando quince mil kilómetros en un abrir y cerrar de ojos, su mensaje me traspasó como un relámpago.

¡Quince años! Sí, ahora me doy cuenta, estamos en 1935; he pasado quince años expandiendo las enseñanzas de mi gurú por América. Ahora él me llama.

Esa tarde relaté mi experiencia a un discípulo que estaba de visita. Su desarrollo espiritual gracias al *Kriya Yoga* era tan notable, que yo solía llamarle "santo", recordando la profecía de Babaji de que también América produciría hombres y mujeres de realización divina, a través del antiguo sendero del yoga.

Este discípulo y algunos más, insistieron generosamente en hacer un donativo para mi viaje. Solventado así el problema económico, tomé las disposiciones necesarias para viajar por barco, vía Europa, a la India. ¡Ajetreadas semanas de preparativos en Monte Washington! En Marzo de 1935, inscribí, bajo las leyes del Estado de California, a Self-Realization Fellowship como una organización sin ánimo de lucro. A esta institución educativa se destinan todos los donativos públicos y las ganancias obtenidas con la venta de mis libros, la revista, los cursos escritos, las clases y cualquier otra fuente de ingresos.

"Regresaré", les dije a mis alumnos. "Nunca olvidaré América".

Durante un banquete de despedida que me ofrecieron mis amigos queridos, observé largamente sus rostros y pensé con gratitud, "Señor, quien te reconoce como el Único Dador, jamás carecerá de la dulzura de la amistad entre los mortales".

Me embarqué en Nueva York el 9 de Junio de 1935<sup>1</sup> en el *Europa*. Me acompañaban dos estudiantes: mi secretario, el Señor C. Richard Wright y una señora mayor de Cincinnati, Miss Ettie Bletch. Disfrutamos de los días de paz en el mar, un bienvenido contraste con las pasadas semanas de prisas. Nuestra etapa de ocio fue efímera; ¡la velocidad de los barcos modernos tiene algunos aspectos lamentables!

Como cualquier grupo de turistas curiosos, caminamos por la enorme y antigua ciudad de Londres. Al día siguiente fui invitado a pronunciar una conferencia en Caxton Hall, en la que fui presentado a la numerosa audiencia londinense por Sir Francis Younghusband. Nuestro grupo pasó un agradable día como invitados de Sir Harry Lauder, en su finca de Escocia. Pronto cruzamos el Canal de la Mancha para pasar al continente, pues yo quería hacer una peregrinación especial a Baviera. Sentía que ésta sería mi única oportunidad de visitar a la gran mística católica Teresa Neumann, de Konnersreuth.

Años atrás había leído un sorprendente informe sobre Teresa. La información dada en el artículo era la siguiente:

(1) Teresa, nacida en 1898, sufrió un accidente a la edad de veinte años; quedó ciega y parálítica.

(2) Recuperó la vista milagrosamente en 1923, gracias a sus oraciones a Santa Teresita, "La florecilla". Más tarde, los miembros de Teresa Neumann se curaron instantáneamente.

(3) Desde 1923 en adelante, Teresa se ha abstenido totalmente de alimento y bebida, excepto la toma diaria de una pequeña hostia consagrada.

(4) Los estigmas, o sagradas heridas de Cristo, aparecieron en la cabeza, pecho, manos y pies de Teresa en 1926. Desde entonces, todos los viernes pasa por la Pasión de Jesucristo, sufriendo en su propio cuerpo cada una de las memorables agonías.

(5) Si bien sólo hablaba el alemán sencillo de su pueblo, durante los trances del viernes Teresa pronuncia frases que los eruditos han identificado como del arameo antiguo. En los momentos correspondientes de su visión, habla hebreo o griego.

(6) Con permiso eclesiástico, Teresa ha sido sometida varias veces a minuciosa observación científica. El doctor Fritz Gerlick, editor de un periódico protestante alemán, fue a Konnersreuth

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

✉ Contactar

para “desenmascarar el fraude católico”, pero terminó por escribir su biografía con reverencia<sup>2</sup>.

Como siempre, ya sea en Oriente o en Occidente, estaba deseoso de conocer a un santo. Me sentí dichoso cuando, el 16 de Julio, nuestro pequeño grupo entró en el pintoresco pueblo de Konersreuth. Los campesinos de baviera mostraron vivo interés por nuestro automóvil Ford (traído con nosotros desde América) y su variopinto grupo, un joven americano, una señora mayor y un oriental aceitunado con su largo pelo metido bajo el cuello de la chaqueta.

La casita de Teresa, limpia y bien cuidada, con geranios floreciendo en un rudimentario pozo, estaba, ¡ay!, silenciosamente cerrada. Los vecinos, incluido el cartero que pasó por allí, no pudieron darnos ninguna información. Comenzó a llover; mis acompañantes sugirieron marcharnos.

“No”, dije obstinado, “me quedará aquí hasta que encuentre alguna pista que conduzca a Teresa”.

Dos horas más tarde todavía estábamos sentados en el coche, en medio de la lúgubre lluvia. “Señor”, suspiré quejoso, “¿por qué me has traído aquí si ella ha desaparecido?”.

Un hombre que hablaba inglés se detuvo a nuestro lado, nos ofreció amablemente su ayuda.

“No sé con certeza dónde está Teresa”, dijo, “pero visita con frecuencia la casa del doctor Wurz, un profesor del seminario de Eichstatt, a 120 kilómetros de aquí”.

A la mañana siguiente nuestro grupo fue en coche al tranquilo pueblo de Eichstatt, surcado de estrechas calles adoquinadas. El doctor Wurz nos recibió en su casa cordialmente: “Sí, Teresa está aquí”. Le mandó recado de que tenía visita. Pronto apareció un mensajero con su respuesta.

“Aunque el obispo me ha pedido que no vea a nadie sin su permiso, recibiré al hombre de Dios de la India”.

Profundamente emocionado por estas palabras, seguí al doctor Wurz escaleras arriba, hasta la sala. Teresa entró enseguida, irradiando un aura de paz y dicha. Llevaba un vestido negro y una inmaculada pañoleta blanca. Aunque entonces tenía treinta y siete años, parecía mucho más joven, poseía desde luego la frescura y el encanto infantil. Sana, bien constituida, de mejillas sonrosadas y alegre, ¡así es la santa que no come!

Teresa me recibió con un ligero apretón de manos. Los dos sonreímos en silenciosa comunión, sabiendo cada uno de nosotros que el otro era un amante de Dios.

El Dr. Wurz se ofreció amablemente a servirnos de intérprete. Cuando nos sentamos, me di cuenta de que Teresa me observaba con inocente curiosidad; evidentemente los hindúes eran raros en Baviera.

“¿No come usted nada?”, deseaba oír la respuesta de sus propios labios.

“No, excepto una hostia consagrada de harina de arroz, una vez al día, a las seis de la mañana”.

“¿Qué tamaño tiene la hostia?”.

“Es casi transparente, del tamaño de una moneda pequeña”. Añadió, “La tomo por razones sacramentales; si no está consagrada no soy capaz de tragarla”.

“Sin duda usted no ha podido vivir de eso durante doce años”.

“Vivo de la luz de Dios”. ¡Qué respuesta tan simple, tan Einsteiniana!

“Veo que usted se da cuenta de que la energía fluye por su cuerpo a partir del éter, el sol y el aire”.

En su cara se desplegó una rápida sonrisa. “Me siento feliz de que usted comprenda cómo vivo”.

“Su sagrada vida es una demostración diaria de la verdad proclamada por Cristo: ‘No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios’”<sup>3</sup>.

De nuevo mostró alegría ante mi explicación. “Desde luego es así. Una de las razones por las que estoy aquí en la tierra, es para probar que el hombre puede vivir de la luz invisible de Dios y no sólo del alimento”.

“¿Puede usted enseñar a los demás a vivir sin alimento?”.

Pareció un poco sorprendida. “No puedo hacerlo; Dios no lo desea”.

Cuando mi mirada cayó sobre sus fuertes y gráciles manos, Teresa me enseñó una pequeña herida cuadrada, recientemente curada, en cada una de las palmas de sus manos. En el dorso de cada mano señaló una herida más pequeña, en forma de medialuna, recientemente curada. Cada herida atravesaba la mano. La señal me recordó claramente los grandes clavos cuadrados de hierro con los extremos terminados en medialuna, que todavía se utilizan en Oriente, pero que no recuerdo haber visto en Occidente.

La santa me dijo algo sobre sus trances semanales. “Observo toda la Pasión de Cristo como una espectadora impotente”. Todas las semanas, desde la medianoche del jueves hasta el viernes a la una de la tarde, sus heridas se abren y sangran; pierde cuatro kilos y medio de los

cincuenta y cuatro que pesa normalmente. A pesar de sufrir intensamente a consecuencia de su compasivo amor, Teresa espera dichosa estas visiones semanales de su Señor.

Comprendí que su extraña vida estaba destinada por Dios a tranquilizar a todos los cristianos respecto a la autenticidad histórica de la vida de Jesús y su crucifixión, tal como se recoge en el Nuevo Testamento, y para mostrar dramáticamente el vínculo entre el Maestro de Galilea y sus devotos.

El profesor Wurz contó algunas de sus experiencias con la santa.

“Varios de nosotros, incluyendo a Teresa, hacemos con frecuencia viajes turísticos de algunos días por Alemania”, me dijo. “Produce un notable contraste que mientras nosotros hacemos tres comidas al día, Teresa no come nunca. Se mantiene fresca como una rosa, sin que le afecte la fatiga que los viajes nos causan a los demás. Mientras nosotros andamos hambrientos a la caza de las posadas del camino, ella se ríe alegremente”.

El profesor añadió algunos detalles fisiológicos interesantes: “Debido a que Teresa no come, su estómago se ha reducido. No tiene excreciones, pero sus glándulas sudoríparas sí funcionan; su piel está siempre suave y firme”.

En el momento de marchar expuse a Teresa mi deseo de estar presente en su trance.

“Sí, vaya por favor a Konersreuth el viernes”, dijo amablemente. “El obispo le dará permiso. Estoy muy contenta de que viniera a buscarme a Eichstatt”.

Teresa nos apretó dulcemente la mano muchas veces y nos acompañó a la verja. El Señor Wright encendió la radio del automóvil; la santa la examinó con risas de entusiasmo. Se juntaron tal cantidad de jóvenes que Teresa se retiró. La vimos en la ventana, desde donde nos escudriñaba de una forma infantil, diciéndonos adiós con la mano.

En una conversación que tuvimos al día siguiente con dos hermanos de Teresa, muy educados y afables, supimos que la santa sólo duerme una o dos horas por la noche. A pesar de las muchas heridas de su cuerpo, es activa y llena de energía. Le gustan los pájaros, cuida de un acuario de peces y suele trabajar en el jardín. Tiene mucha correspondencia; los católicos devotos le escriben pidiéndole oraciones y bendiciones curativas. Ha curado a muchos de ellos de enfermedades graves.

Su hermano Fernando, de alrededor de veintitrés años, nos explicó que por medio de la oración, Teresa tenía el poder de agotar en su propio cuerpo las enfermedades de los demás. La abstinencia de alimento por parte de la santa data del tiempo en que rezó para que la enfermedad de garganta de un joven de la parroquia, que estaba preparándose para tomar las órdenes sagradas, se transfiriera a su propia garganta.

El jueves por la tarde nuestro grupo se dirigió a casa del obispo, quien miraba mis flotantes cabellos con cierta sorpresa. Enseguida escribió el permiso necesario. No hubo honorarios; la norma establecida por la iglesia tenía únicamente por objeto proteger a Teresa de la avalancha de turistas de paso que, en años anteriores, se congregaban los viernes para verla.

El viernes por la mañana llegamos a Konersreuth alrededor de las nueve y media. Me di cuenta que la casita de Teresa tenía una parte del techo acristalada, especial para proporcionarle luz en abundancia. Nos alegramos al ver que las puertas ya no estaban cerradas, sino hospitalariamente abiertas de par en par. Había una cola de unos veinte visitantes, provistos de sus permisos. Muchos venían de muy lejos para ver el trance místico.

Teresa había pasado mi primera prueba en casa del profesor con su conocimiento intuitivo de que yo quería verla por razones espirituales y no sólo para satisfacer una curiosidad pasajera.





TERESA NEUMANN

La famosa Estigmatizada Católica que en 1935 inspiró mi peregrinación a Konnersreuth, Bavaria

Ahora iba a someterla a una segunda prueba, para ello, justo antes de subir las escaleras, yo mismo entré en estado de trance yóguico, para unirme a ella telepática y televisivamente. Entré en su habitación, llena de visitantes; ella estaba tendida en la cama con un vestido blanco. El Señor Wright me seguía muy de cerca, me detuve justo en el umbral, pasmado ante el más extraño y aterrador de los espectáculos.

De los párpados inferiores de Teresa fluía un chorro fino y continuo de sangre, de unos dos centímetros y medio de diámetro. Su mirada estaba enfocada hacia arriba, en el ojo espiritual, situado en la zona interior media de la frente. El paño enrollado alrededor de su cabeza estaba empapado de la sangre procedente de las heridas estigmatizadas de la corona de espinas. El hábito blanco estaba salpicado de rojo en la zona del corazón, por la herida del costado, donde el cuerpo de Cristo, tantos años antes, había sufrido la última vejación por parte del soldado que le clavó la lanza.

Las manos de Teresa aparecían tendidas en un gesto maternal, suplicante; su rostro mostraba una expresión a la vez de tortura y divinidad. Parecía más delgada, transformada de muchas formas sutiles y también externas. Murmurando en una lengua extranjera, hablaba con labios un poco temblorosos a personas sólo visibles para su mirada interior.

Como yo me encontraba en sintonía con ella, comencé a ver las escenas de su visión. Estaba viendo a Jesús mientras cargaba la cruz entre la multitud sarcástica<sup>4</sup>. De pronto levantó la cabeza consternada: el Señor había caído bajo el brutal peso. La visión desapareció. Exhausta por la ferviente compasión, Teresa se hundió pesadamente en la almohada.

En ese momento oí un fuerte ruido sordo detrás de mí. Volví la cabeza durante un segundo, vi que dos hombres sacaban un cuerpo desmayado. Como estaba saliendo de un profundo estado superconsciente, no reconocí a la persona de inmediato. Fijé de nuevo mi mirada en el rostro de Teresa, de una palidez cadavérica bajo los chorros de sangre, pero ahora en calma, irradiando pureza y santidad. Más tarde miré hacia atrás y vi al Señor Wright de pie, con las manos contra la mejilla, de la que goteaba sangre.

"Dick", pregunté con inquietud, "¿fue usted quien se cayó?".

"Sí, me desmayé ante este terrible espectáculo".

"Bueno", le dije consolándole, "es usted valiente para volver y observar la escena de nuevo".

Recordando la paciente cola de peregrinos que esperaban, el Señor Wright y yo nos despedimos de Teresa en silencio y dejamos su sagrada presencia<sup>5</sup>.

Al día siguiente nuestro pequeño grupo viajó hacia el Sur; gracias a que no dependíamos de trenes, podíamos parar el Ford en cualquier punto del país que eligiéramos. Disfrutamos de cada minuto de nuestro viaje por Alemania, Holanda, Francia y los Alpes suizos. En Italia hicimos un viaje especial a Asís, para honrar al apóstol de la humildad, San Francisco. El viaje por Europa terminó en Grecia, donde visitamos los templos atenienses y vimos la prisión en la que el noble Sócrates<sup>6</sup> tuvo que beber la pócima mortal. Produce admiración el arte con que los griegos dieron forma a su imaginación en alabastro.

Atravesamos el soleado Mediterráneo en barco, desembarcando en Palestina. Recorriendo Tierra Santa, me convencí más que nunca del valor de las peregrinaciones. El espíritu de Cristo lo penetra todo en Palestina; caminé reverentemente a su lado por Belén, Getsemaní, el

Calvario, el sagrado Monte de los Olivos, el Río Jordán y el Mar de Galilea.

Nuestro pequeño grupo visitó el Pesebre del Nacimiento, la tienda de José carpintero, la tumba de Lázaro, la casa de Marta y María, la sala de la Última cena. Antigüedad revelada; contemplé escena a escena, el divino drama que Cristo representó una vez para los tiempos futuros.

Continuamos a Egipto, con su moderno El Cairo y sus antiguas pirámides. Allí el barco descendió por el estrecho Mar Rojo al amplio Mar de Arabia; y por fin, ¡la India!

INDICE

- 1 Lo singular de poder incluir aquí la fecha completa, se debe al hecho de que mi secretario, el Señor Wright, llevaba un diario de viaje. [Volver](#)
- 2 Otros libros sobre su vida son *Therese Neumann: A Stigmatist of Our Day y Further Chronicles of Therese Neumann*, ambos de Friedrich Ritter von Lama (Milwaukee: Bruce Pub. Co.). [Volver](#)
- 3 *Mateo 4:4*. La batería del cuerpo del hombre no se sostiene sólo gracias al alimento ordinario (pan), sino a la energía cósmica vibratoria (palabra o AUM). El invisible poder entra en el cuerpo humano por la puerta del bulbo raquídeo. Este sexto centro corporal está situado en la parte posterior del cuello, por encima de los cinco *chakras* (en sánscrito “ruedas” o centros que irradian fuerza) espinales. El bulbo raquídeo es la principal entrada por la que el cuerpo se provee de la fuerza vital universal (AUM) y está directamente conectado con la fuerza de voluntad humana, concentrada en el séptimo centro o Conciencia Crística (*Kutasha*), en el tercer ojo, en el entrecejo. La energía cósmica se almacena en el cerebro como una reserva de potencialidades infinitas; se menciona poéticamente en los *Vedas* como “el loto de los mil pétalos de luz”. La Biblia se refiere invariablemente al AUM como el “Espíritu Santo” o fuerza vital invisible que mantiene toda la creación de forma divina. “¿Cómo?, ¿no sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que lo habéis recibido de Dios y que no os pertenece?”. I Corintios 6:19. [Volver](#)
- 4 Durante las horas que precedieron a mi llegada, Teresa ya había pasado por muchas visiones de los últimos días de la vida de Cristo. Su trance solía comenzar con escenas de los acontecimientos que siguieron a la Última Cena. Sus visiones terminaban con la muerte de Jesús en la cruz o, a veces, con su enterramiento. [Volver](#)
- 5 Teresa sobrevivió a la persecución nazi y todavía reside en Konersreuth, según noticias americanas recibidas en 1945 desde Alemania. [Volver](#)
- 6 Un pasaje de Eusebio relata un interesante encuentro entre Sócrates y un sabio hindú. El pasaje dice: “Aristoxenus, el músico, cuenta la siguiente historia sobre los indios. Uno de ellos conoció a Sócrates en Atenas y le preguntó cuál era el ámbito de su filosofía. ‘Una pregunta sobre los fenómenos humanos’, respondió Sócrates. Ante esto el indio estalló en carcajadas. ‘¿Cómo puede un hombre preguntar sobre los fenómenos humanos’, dijo, ‘cuando ignora los divinos?’”. El Aristoxenus mencionado era un discípulo de Aristóteles y un notable escritor de Armonía. Vivió alrededor del año 330 a.C. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES

## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Cuarenta

#### Regreso a la India

Respiraba agradecido el bendito aire de la India. Nuestro barco, *Rajputana*, atracó el 22 de Agosto en el inmenso puerto de Bombay. Incluso éste, mi primer día fuera del barco, fue un anticipo del año que teníamos por delante, doce meses de incesante actividad. Los amigos se habían reunido en el muelle con guirnaldas y bienvenidas; a continuación, en nuestra suite del hotel Taj Mahal, había un torrente de periodistas y fotógrafos.

Bombay era una ciudad nueva para mí; la encontré activamente moderna, con muchas innovaciones occidentales. Palmeras a lo largo de amplios bulevares; magníficas construcciones estatales que se disputaban el interés con los antiguos templos. No obstante dedicamos muy poco tiempo a hacer turismo; yo estaba impaciente, ansioso por ver a mi amado gurú y a los demás seres queridos. Enviando nuestro Ford al furgón de equipajes, nuestro grupo pronto corría en el tren hacia el Este, hacia Calcuta<sup>1</sup>.

A nuestra llegada a la estación de Howrah se había reunido tal multitud para recibirnos, que durante un tiempo fuimos incapaces de descender del tren. El joven Maharaja de Kasimbazar y mi hermano Bishnu encabezaban el comité de recepción; yo no esperaba el calor y la magnitud de nuestra bienvenida.

Precedidos por una fila de automóviles y motocicletas, y en medio del alegre sonido de tambores y caracolas, la Señora Bletch, el Señor Wright y yo, cubiertos de guirnaldas de flores desde los pies a la cabeza, nos dirigimos en el coche, que se movía despacio, a casa de mi padre.

Mi anciano padre me abrazó como si hubiera regresado de la muerte; nos miramos uno a otro largamente, mudos de alegría. Hermanos y hermanas, tíos, tías y primos, alumnos y amigos de tantos años pasados, se agrupaban entorno a mí; nadie entre nosotros tenía los ojos secos. Pasada ahora a los archivos del recuerdo, la escena de la cariñosa reunión se mantiene vívida, inolvidable en mi corazón.

Y en cuanto al encuentro con Sri Yukteswar, me faltan palabras; dejemos que la descripción de mi secretario las supla.

"Hoy, lleno de la mayor ilusión, conduje a Yoganandaji desde Calcuta a Serampore", recoge el Señor Wright en su diario de viaje. "Pasamos por establecimientos pintorescos, uno de ellos el lugar favorito para comer de Yoganandaji durante sus días de universidad, y por último entramos en una callejuela estrecha, amurallada. Una cerrada curva a la izquierda y allí, ante nosotros, se elevaba el sencillo pero inspirador ashram de dos pisos, con su corredor de estilo español sobresaliendo en el piso superior. La impresión que lo impregnaba todo era de una pacífica soledad.

"Con profunda humildad entré caminando tras Yoganandaji en el patio interior de la ermita. Latiéndonos deprisa el corazón, subimos unos viejos escalones de cemento, pisados, sin duda, por miríadas de buscadores sinceros. La tensión crecía en intensidad a cada paso. Ante nosotros, casi en lo alto de las escaleras, apareció silenciosamente el Gran Uno, Swami Sri Yukteswarji, de pie en la noble pose de un sabio.

"Mi corazón palpitaba, y se ensanchó al sentirme bendecido por el privilegio de estar en su sublime presencia. Las lágrimas nublaron mi vista ansiosa cuando Yoganandaji se dejó caer de rodillas y, con la cabeza inclinada, ofreció el saludo y la gratitud de su alma, tocando con las manos los pies de su gurú y a continuación, en humilde obediencia, su propia cabeza. Después se levantó y fue abrazado en ambos lados del pecho por Sri Yukteswarji.

"Al principio no intercambiaron ni una palabra, pero en las mudas frases del alma se expresaba el sentimiento más intenso. ¡Cómo brillaban y se encendían sus ojos con el calor de la unión renovada del alma! Una tierna vibración recorría el tranquilo patio e incluso el sol esquivó las nubes para añadir un repentino resplandor de gloria.

"Arrodillado ante el maestro, ofrecí mi propio e inexpressado amor y agradecimiento tocando sus pies, callosos por el paso del tiempo y el servicio, y recibí su bendición. Entonces me puse en pie y me encontré con dos bellos y profundos ojos, que ardían de introspección y no obstante estaban radiantes de felicidad. Entramos en la sala, cuyo frente se abría a la balconada exterior que habíamos visto desde la calle. El maestro se agarró a un gastado sofá cama y se sentó en un colchón cubierto en el suelo de cemento. Yoganandaji y yo nos sentamos junto a los pies del gurú, utilizando almohadones de color naranja para apoyarnos y hacer más fácil nuestra postura en la alfombra de paja.



INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

“Intenté una y otra vez descifrar la conversación en bengalí entre los dos swamijis, pues descubrí que el inglés no existe cuando están juntos, a pesar de que Swamiji Maharaj, como llaman algunos al gran gurú, lo habla, y lo hace con frecuencia. Pero recibí la santidad del Gran Uno a través de su reconfortante sonrisa y el brillo de sus ojos. Una cualidad fácilmente apreciable en su profunda pero alegre conversación, es la categórica veracidad de sus declaraciones, señal de un hombre sabio, seguro de su saber porque conoce a Dios. Su gran sabiduría, capacidad de decisión y determinación, son patentes en todo.

“Estudiándolo con reverencia pude notar que es de complexión fuerte, atlética, curtida por las pruebas y los sacrificios de la renuncia. Su pose es majestuosa. Una frente elevada con resolución, como si buscara el cielo, domina su divino semblante. Tiene una nariz bastante grande y poco atractiva, con la que se divierte en momentos ociosos, tirando de ella y moviéndola con los dedos, como un niño. Sus poderosos ojos oscuros están circundados por un etéreo anillo azul. Su pelo, partido al medio, comienza siendo plateado y cambia a mechas plateado-doradas y plateado-negras, terminando en rizos por encima de los hombros. Su barba y bigote son escasos, o los ha perdido, pero parecen enmarcar sus rasgos y, como su carácter, son al mismo tiempo graves y ligeros.

“Tiene una risa divertida y jovial que sale de lo profundo del pecho, haciendo que todo su cuerpo se sacuda y estremezca muy alegre y sinceramente. Su rostro y su estatura chocan por su poder, como sus musculosos dedos. Camina con paso digno y postura erecta.

“Estaba vestido con el *dhoti* y la camisa ordinarios, ambos en su día de fuerte color ocre, pero ahora de un naranja desvaído.

“Mirando a mi alrededor, observé que la habitación, casi desvencijada, hacía pensar en su propia falta de apego a las comodidades materiales. Las grandes paredes blancas de la habitación, manchadas por el tiempo, tenían vetas de desteñida escayola azul. En uno de los extremos de la habitación colgaba un retrato de Lahiri Mahasaya, con una guirnalda como rasgo de sencilla devoción. Había también una vieja fotografía que mostraba a Yoganandaji cuando llegó por primera vez a Boston, de pie junto a otros delegados al Congreso de Religiones.

“Observé una pintoresca concurrencia de cosas modernas y anticuadas. Una inmensa lámpara de cristal tallado estaba cubierta de telarañas por falta de uso y en la pared había un calendario de colores fuertes pasado de fecha. Toda la habitación emanaba una fragancia de paz y calma. Más allá del balcón podía ver los cocoteros elevándose por encima de la ermita, protegiéndola silenciosos.

“Es interesante observar que el maestro sólo tiene que dar una palmada, y antes de que termine, es servido o asistido por algún discípulo joven. Por cierto que me sentí muy atraído por uno de ellos, un chico delgado, llamado Prafulla<sup>2</sup>, de largo pelo negro hasta los hombros, el más penetrante par de chispeantes ojos negros y una sonrisa celestial; al elevarse las comisuras de su boca sus ojos centellean, tal como las estrellas y la luna aparecen al anochecer.

“Obviamente la dicha de Swami Sri Yukteswarji es enorme al regresar su ‘creación’ (y parece un tanto curioso a cerca de la ‘creación de su creación’). No obstante, la sabiduría que predomina en el Gran Uno oculta la expresión externa de sus sentimientos.

“Yoganandaji se presentó con algunos regalos, como es costumbre cuando el discípulo vuelve a su gurú. Más tarde nos sentamos para una comida sencilla pero bien preparada. Todos los platos combinaban arroz y verduras. Sri Yukteswarji quedó complacido de que yo adoptara ciertas costumbres indias, ‘comer con los dedos’, por ejemplo.

“Tras muchas horas de frases lanzadas en bengalí e intercambio de cálidas sonrisas y miradas dichosas, rendimos obediencia a sus pies, nos despedimos con un *pranam*<sup>3</sup>, y salimos para Calcuta con el recuerdo imperecedero de un encuentro y bienvenida sagrados. Aunque hablo sobre todo de mis impresiones externas sobre él, no obstante fui consciente en todo momento del verdadero fundamento del santo, su gloria espiritual. Sentí su poder y llevaré este sentimiento como mi bendición divina”.

Yo había traído muchos regalos para Sri Yukteswar de América, Europa y Palestina. Los recibí sonriente, pero sin comentarios. Para mi uso personal había comprado en Alemania una combinación de paraguas-bastón. En la India decidí dar el bastón al Maestro.

“¡Aprecio realmente este regalo!”. Los ojos de mi gurú se volvieron hacia mí con cariñoso reconocimiento al hacer este insólito comentario. De todos los regalos, fue el bastón lo que eligió para enseñar a las visitas.

“Maestro, por favor, permítame traerle una alfombra nueva para la sala”. Había notado que la piel de tigre de Sri Yukteswar estaba sobre una alfombrilla rota.

“Hazlo si lo deseas”. La voz de mi gurú no mostraba entusiasmo. “Mira, mi estera de tigre es buena y está limpia; soy un monarca en mi pequeño reino. Más allá se extiende el vasto mundo, interesado únicamente en las apariencias”.

Al pronunciar estas palabras sentí que los años retrocedían; de nuevo era yo un joven discípulo, ¡purificado en el fuego cotidiano de la regañina!

Tan pronto como pude despegarme de Serampore y Calcuta, partí para Ranchi, con el Señor Wright. ¡Qué bienvenida, una verdadera ovación! Los ojos se me llenaban de lágrimas al abrazar a los generosos profesores que habían mantenido la bandera de la escuela ondeando durante mis quince años de ausencia. Los radiantes rostros y las sonrisas felices de los alumnos internos y externos, eran un amplio testimonio del valor de su polifacética escuela y la preparación en yoga.

Pero desgraciadamente la institución de Ranchi estaba en alarmantes dificultades económicas. Sir Manindra Chandra Nundy, el viejo Maharajá cuyo palacio de Kasimbazar había sido convertido en el edificio central de la escuela y que había dado muchos donativos espléndidos, había muerto. Muchos de los aspectos de gratuidad y beneficencia de la escuela estaban en peligro por falta de suficiente apoyo público.

No había pasado varios años en América para no aprender algo de su sabiduría práctica, su espíritu indomable ante los obstáculos. Me quedé una semana en Ranchi, luchando contra los problemas más apremiantes. Después vinieron entrevistas en Calcuta con destacados líderes y educadores, una larga conversación con el joven Maharajá de Kasimbazar, una apelación financiera a mi padre, y los tambaleantes cimientos de Ranchi comenzaron a enderezarse. Entre los muchos donativos, hubo un abultado cheque de mis estudiantes americanos que llegó justo a tiempo.

Pocos meses después de mi llegada a la India tuve la dicha de ver la escuela de Ranchi constituida legalmente. El sueño de mi vida de fundar un centro educativo de yoga, se hizo realidad. Esta visión me había guiado en los humildes comienzos de 1917, con un grupo de siete muchachos.

En el decenio de 1935, Ranchi ha extendido su campo de acción más allá de la escuela para niños. En la Shyama Charan Lahiri Mahasaya Mission, se sostienen actividades humanitarias muy amplias.

La escuela, o Yogoda Sat-Sanga Brahmacharya Vidyalaya, imparte clases al aire libre de enseñanza secundaria y materias de bachillerato. Los alumnos internos y externos reciben también preparación vocacional de distintos tipos. Los propios chicos regulan la mayoría de sus actividades por medio de comités autónomos. En mi experiencia como educador, descubrí muy pronto que los chicos que disfrutan burlándose socarronamente del profesor, aceptan tranquilamente las normas disciplinarias impuestas por sus condiscípulos. No habiendo sido nunca yo mismo un alumno modélico, en seguida me solidarizaba con las travesuras y problemas de los muchachos.

Se alientan los deportes y juegos; los campos resuenan con la práctica del hockey y el fútbol. Los alumnos de Ranchi resultan con frecuencia ganadores en los acontecimientos deportivos. El gimnasio al aire libre es conocido extensamente. El rasgo distintivo del método *Yogoda* es la recarga de los músculos por medio de la fuerza de voluntad: dirigiendo la energía vital mentalmente a cada parte del cuerpo. Los chicos también aprenden *asanas* (posturas), juego de *lathi* (palo) y espada y jiu-jitsu. A las Muestras de Curación Yogoda, en la *Vidyalaya* de Ranchi, han asistido miles de personas.

La instrucción en materias de primera enseñanza se da en hindi a los *kols*, *santals* y *mundas*, tribus aborígenes de la provincia. Las clases para chicas sólo se organizan cerca de los pueblos.

La característica exclusiva de Ranchi es la iniciación en *Kriya Yoga*. Los muchachos realizan diariamente sus prácticas espirituales, cantan el *Gita* y aprenden por medio de preceptos y del ejemplo las virtudes de la simplicidad, el sacrificio personal, el honor y la veracidad. Se les señala el mal como aquello que produce sufrimiento; el bien como aquellas acciones que aportan auténtica felicidad. El mal puede compararse a miel envenenada, que tienta pero está cargada de muerte.

Superar la inquietud corporal y mental por medio de técnicas de concentración ha alcanzado resultados sorprendentes: en Ranchi no es una novedad ver a un pequeño de nueve o diez años sentado en una misma postura durante una hora o más, con la mirada fija en el ojo espiritual. A menudo la imagen de estos estudiantes de Ranchi me viene a la mente cuando observo a colegiales, de cualquier parte del mundo, que apenas son capaces de sentarse quietos durante una sola clase<sup>4</sup>.

Ranchi se encuentra a 600 metros sobre el nivel del mar; el clima es templado y estable. Las 10 hectáreas de terreno, junto a un gran estanque apto para bañarse, albergan uno de los más hermosos huertos de la India, con quinientos árboles frutales que producen mangos, guayabas, litchis, jackfruits, dátiles. Los chicos cultivan sus propias hortalizas e hilan sus *charkas*.

Los visitantes tienen abierta con toda hospitalidad una casa de huéspedes. La biblioteca de Ranchi contiene numerosas revistas y cerca de mil volúmenes en inglés y bengalí, donaciones de Oriente y Occidente. Existe una colección de las escrituras sagradas del mundo. Un museo bien clasificado ofrece muestras arqueológicas, geológicas y antropológicas; la mayoría de ellas trofeos de mi deambular por la variada tierra del Señor.

El dispensario y el hospital de beneficencia de la Lahiri Mahasaya Mission, con muchas filiales al aire libre en pueblos lejanos, ha atendido ya a 150.000 pobres de la India. Los alumnos de Ranchi se preparan en primeros auxilios y han proporcionado a su provincia un servicio digno de elogio en momentos trágicos de inundaciones o hambre.

En la huerta hay un templo de Shiva con una estatua del bendito maestro Lahiri Mahasaya. Las oraciones diarias y las clases sobre las escrituras tienen lugar en el jardín, bajo la enramada de mangos.

Se han abierto secciones delegadas de la escuela secundaria, con las mismas características de internado y yoga de Ranchi. Ahora son florecientes. Son la Yogoda Sat-Sanga Vidyapith (Escuela) para chicos, en Lakshmanpur, Bihar; y la ermita e Instituto Yogoda Sat-Sanga en Ejmalichak, Midnapore.

En Dakshineswar, junto al Ganges, se inauguró un majestuoso Yogoda Math en 1939. A muy pocos kilómetros de Calcuta, la nueva ermita ofrece un refugio de paz para los habitantes de la ciudad. Existe alojamiento para huéspedes occidentales y especialmente para aquellos buscadores que han dedicado intensamente sus vidas a la realización espiritual. Las actividades

del Yogoda Math incluyen el envío quincenal de las enseñanzas de Self-Realization Fellowship a estudiantes de distintas partes de la India.

No es necesario decir que todas estas actividades educativas y humanitarias han requerido el servicio sacrificado y la devoción de muchos profesores y trabajadores. No cito aquí sus nombres, porque son demasiado numerosos; pero cada uno de ellos tiene un luminoso lugar en mi corazón. Inspirados por los ideales de Lahiri Mahasaya, estos profesores han abandonado prometedoras metas mundanas para servir humildemente, para dar enormemente.

El Señor Wright enseguida hizo amistad con los chicos de Ranchi; vestido con un sencillo *dhoti*, vivió durante un tiempo entre ellos. En Ranchi, Calcuta, Serampore, allí a donde íbamos, mi secretario, que tiene un gran don para la descripción, sacaba su diario de viaje y recogía sus aventuras. Una noche le hice una pregunta.

“Dick, ¿cuál es su impresión de la India?”.

“Paz”, dijo pensativo. “El aura racial es paz”.

ÍNDICE

1 Interrumpimos nuestro viaje en las Provincias Centrales, en mitad del continente, para ver a Mahatma Gandhi en Wardha. Esos días se describen en el capítulo 44. [Volver](#)

2 Prafulla era el muchacho que estaba sentado con el Maestro cuando se acercó una cobra (ver página +) [Volver](#)

3 Literalmente, “nombre sagrado”, una palabra de saludo entre los hindúes, acompañada con las palmas de las manos unidas que se elevan desde el corazón a la frente a modo de saludo. En la India, el *pranam* hace las veces del saludo occidental de estrecharse la mano. [Volver](#)

4 El entrenamiento mental por medio de ciertas técnicas de concentración, ha producido en todas las generaciones indias hombres de memoria prodigiosa. Sir T. Vijaraghavachari, en el *Hindustan Times*, describió las pruebas que se les pusieron a los modernos profesionales “hombres de memoria” de Madrás. “Estos hombres”, escribió, “tenían un conocimiento fuera de lo común de literatura sánscrita. Sentados en medio de una gran audiencia, superaban todas las pruebas que distintos miembros de la audiencia les planteaban simultáneamente. Las pruebas podían ser así: una persona comenzaba a tocar una campana, el ‘hombre de memoria’ tenía que contar el número de toques. Una segunda persona dictaba un largo ejercicio aritmético escrito en un papel, que implicaba suma, resta, multiplicación y división. Una tercera recitaba una larga serie de poemas del *Ramayana* o el *Mahabharata*, que tenían que ser repetidos; una cuarta, planteaba problemas de versificación que necesitaban la composición de versos en la métrica adecuada al tema dado, terminando cada verso en una palabra concreta. Un quinto hombre discutía sobre teología con un sexto, sus palabras exactas tenían que ser citadas en el orden preciso en que las proferían quienes discutían y un séptimo hombre estaba durante todo ese tiempo haciendo girar una rueda, cuyo número de revoluciones tenía que contarse. El experto en memoria tenía que hacer todas estas proezas únicamente por un proceso mental, ya que no se le permitía usar papel y lápiz. La tensión de todas las facultades tiene que ser tremenda. Los hombres corrientes, inconscientemente envidiosos, pueden despreciar tales esfuerzos afectando creer que sólo involucran el ejercicio de las funciones inferiores del cerebro. Sin embargo, no es puramente una cuestión de memoria. El factor decisivo es la enorme concentración mental. [Volver](#)







INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Cuarenta y Uno

### Un Idilio en la India del Sur

“Es usted el primer occidental, Dick, que entra en este santuario. Muchos otros lo han intentado en vano”.

Al oírme, el Señor Wright pareció sorprendido, después satisfecho. Acabábamos de salir del bello templo Chamundi, en las colinas que se alzan junto a Mysore, en el Sur de la India. Allí nos habíamos postrado ante los altares de oro y plata de la diosa Chamundi, deidad patrona de la familia del maharajá reinante.

“Como recuerdo de tan exclusivo honor”, dijo el Señor Wright guardando unos pétalos de rosa bendecidos, “conservaré siempre estas flores, rociadas por el sacerdote con agua de rosas”.

Mi compañero y yo<sup>1</sup> pasamos el mes de Noviembre de 1935 como invitados por el Estado de Mysore. El Maharajá, H.H. Sri Krishnaraja Wadiyar IV, es un príncipe modélico por su inteligente entrega a su pueblo. Hindú piadoso, el Maharajá ha nombrado a un mahometano, el capacitado Mirza Ismail, su Dewan o Primer Ministro. Los siete millones de habitantes de Mysore tienen representación tanto en la Asamblea como en el Consejo Legislativo.

El heredero del Maharajá, H.H. el Yuvaraja, Sir Sri Krishna Narasingharaj Wadiyar, nos invitó a mi secretario y a mí a visitar su adelantado y progresista reino. Durante la quincena anterior me había dirigido a miles de ciudadanos y estudiantes de Mysore en el Town Hall, el Maharajah's College, la University Medical School; y había dado tres conferencias masivas en Bangalore, en la National High School, el Intermediate College y el Chetty Town Hall, donde se habían reunido alrededor de tres mil personas. No sé si los atentos oyentes dieron crédito o no al vivo cuadro que pinté de América, pero los aplausos fueron siempre fuertísimos cuando hablé de los beneficios que podían resultar del intercambio de las mejores características de Oriente y Occidente.

Ahora el Señor Wright y yo estábamos descansando en la paz tropical. Su diario de viaje aporta el siguiente relato de sus impresiones de Mysore:

“Campos de arroz de un verde brillante, intercalados con parcelas de caña de azúcar, con sus adornos de borlas, abrigados a los pies protectores de las colinas rocosas; colinas que salpican el esmeralda panorama como excrecencias de piedra negra; y el juego de colores es realzado por la repentina y dramática desaparición del sol, como si buscara descanso tras las solemnes colinas.

“Hemos pasado muchos momentos extasiados observando, casi ausentes, el siempre cambiante lienzo que Dios tiende por el firmamento, ya que sólo su mano puede producir colores que vibran con la frescura de la vida. Esa lozanía de colores se pierde cuando el hombre intenta imitarla con simples pigmentos, pues el Señor recurre a un medio más simple y efectivo, óleos que no son ni aceite ni pigmentos, sino tan sólo rayos de luz. Lanza una mancha de luz aquí, y se refleja el rojo; mueve de nuevo la brocha de un lado a otro y la mezcla gradualmente con naranja y oro; después, con una penetrante estocada, acuchilla las nubes con una veta de púrpura que deja un rizo o un fleco rojo rezumando de la herida de las nubes; y así, una y otra vez, juega, día y noche, siempre cambiante, siempre nuevo, siempre fresco; no hay modelo, ni duplicados, ni un solo color igual. La belleza del cambio que experimenta la India entre el día y la noche no tiene parangón; a menudo el cielo aparece como si Dios hubiera puesto en su caja de pinturas todos los colores y los hubiera lanzado con fuerza al caleidoscopio del cielo.

“Debo relatar el esplendor de una visita crepuscular al inmenso Krishnaraja Sagar Dam<sup>2</sup>, construido a dieciocho kilómetros de Mysore. Yoganandaji y yo cogimos un pequeño autobús, con un chiquillo como oficial de manivela o batería sustitutiva, y nos pusimos en camino por una tranquila calle de tierra justo cuando el sol se ponía en el horizonte y se aplastaba como un tomate demasiado maduro.

“Nuestro trayecto nos condujo, pasados los omnipresentes campos cuadrados de arroz, a lo largo de una fila de reconfortantes bananos, en medio de un bosquecillo de elevadísimos cocoteros, con vegetación casi tan densa como en la jungla; finalmente, al acercarnos a la cresta de una colina, nos vimos cara a cara con un inmenso lago artificial, que reflejaba las estrellas e hileras de palmeras y otros árboles, rodeado de encantadores jardines en terrazas y una fila de farolas al borde de la presa. Además de todo esto nuestros ojos se encontraron con un deslumbrante espectáculo de haces de luz de colores, que jugaban en fuentes como géiseres y parecían torrentes de tinta brillante saliendo a borbotones, espléndidas cascadas azules, llamativas cataratas rojas, surtidores verdes y naranjas, elefantes arrojando chorros de agua, una miniatura de la Exposición Universal de Chicago, todavía moderna y llamativa en este antiguo país de arrozales y gente sencilla, que nos ha ofrecido una bienvenida tan cariñosa, que

temo que se necesite algo más que mi fuerza para que Yoganandaji regrese a América.

“Otro raro privilegio, mi primer paseo en elefante. Ayer, el Yuvarajá nos invitó a su palacio de verano para disfrutar de un paseo en uno de sus elefantes, una bestia enorme. Subí por una escalera de mano que facilitaba escalar a lo alto del *howdah* o silla, que es un cojín de seda en forma de caja; y entonces, ¡bamboleos, sacudidas, balanceos y subidas y bajadas a una hondonada, demasiado contento para preocuparme o exclamar, pero agarrado como si se me fuera en ello la vida!”.

La India meridional, abundante en restos históricos y arqueológicos, es una tierra de indudable y no obstante indefinible encanto. Al Norte de Mysore se encuentra el mayor estado indígena de la India, Hyderabad, una pintoresca meseta cortada por el inmenso Río Godavari. Amplias y fértiles llanuras, las hermosas Nilgiris o “Montañas Azules”, otras zonas estériles de caliza o granito. La historia de Hyderabad, una historia larga, llena de colorido, comenzó hace tres mil años bajo los reyes Andhra y continuó bajo dinastías hindúes hasta el año 1294 d.C., entonces pasó a una línea de soberanos musulmanes, quienes gobiernan actualmente.

La muestra más impresionante de arquitectura, escultura y pintura de toda la India, se encuentra en Hyderabad, en las antiguas cuevas esculpidas en roca de Ellora y Ajanta. El Kailasa, en Ellora, un enorme templo monolítico, posee figuras esculpidas de dioses, hombres y bestias en las fabulosas proporciones de un Miguel Ángel. Ajanta es el lugar de las cinco catedrales y veinticinco monasterios, todos excavados en roca, sostenidos por inmensos pilares cubiertos de frescos en los que los artistas y escultores han inmortalizado su genio.

Hyderabad City está honrada con la Osmania University y la imponente Mecca Masjid Mosque, donde se reúnen diez mil mahometanos para rezar.

También el estado de Mysore es un pintoresco país de las maravillas, situado a 900 m. sobre el nivel del mar, abunda en densos bosques tropicales, hogar de elefantes, bisontes, osos, panteras y tigres salvajes. Sus dos ciudades principales, Bangalore y Mysore, son limpias, atractivas, con muchos parques y jardines públicos.

La arquitectura y la escultura hindúes alcanzaron su más alta perfección en Mysore, bajo el mecenazgo de los reyes hindúes de los siglos XI al XV. El templo de Belur, una obra maestra del siglo XI, completado durante el reinado del Rey Vishuvardhana, no tiene parangón en el mundo por la delicadeza de sus detalles y la exhuberancia de su imaginaria.

Los pilares de roca encontrados al Norte de Mysore, que datan del siglo III a.C., arrojan luz sobre la memoria del Rey Asoka. Perteneciente a la dinastía Maury, entonces reinante, su imperio incluía casi toda la India moderna, Afganistán y Baluchistán. Este ilustre emperador, considerado incluso por los historiadores occidentales como un gobernante incomparable, dejó la siguiente muestra de sabiduría en un monumento conmemorativo en roca:



Mis compañeros y yo posamos ante “el sueño de marmol” del Taj Mahal en Agra

Esta inscripción religiosa ha sido gravada para que nuestros hijos y nietos no crean que nuevas conquistas son necesarias; para que no crean que conquistar por la espada merece el nombre de conquista; para que no vean en ella más que destrucción y violencia; para que no consideren una verdadera conquista nada, salvo la conquista de la religión. Tal conquista tiene valor en este mundo y en el venidero.

Asoka era nieto del formidable Chandragupta Maurya (conocido por los griegos como Sandrocttus), quien en su juventud conoció a Alejandro Magno. Más tarde, Chandragupta destruyó la guarnición que el macedonio dejó en la India, rechazó la invasión del ejército griego de Seleucus en el Punjab y recibió en su corte de Patna al embajador helénico Megástenes.

Los historiadores griegos y algunos otros que acompañaron o siguieron a Alejandro Magno en su expedición a la India, han recogido con todo detalle interesantísimas historias. Los relatos de Arriano, Diodoro, Plutarco y Estrabón el geógrafo, han sido traducidos por el Dr. J. W. McCrindle<sup>3</sup>, arrojando un rayo de luz sobre la India antigua. El hecho más sobresaliente de la fracasada invasión de Alejandro Magno, fue el profundo interés que demostró por la filosofía hindú y los yoguis y hombres santos que encontraba de vez en cuando, y cuya compañía buscaba ansiosamente. Poco después de que el guerrero griego llegara a Taxila, al Norte de la India, envió un mensajero, Onesikritos, seguidor de la escuela helenística de Diógenes, para que

trajera a un profesor indio, Dandamis, un gran sannyasi de Taxila.

“¡Te saludo, Oh, profesor de Bramines!”, dijo Onesikritos tras ir a buscar a Dandamis a su retiro del bosque. “El hijo del poderoso Zeus, Alejandro, Señor Soberano de todos los hombres, te pide que acudas a él; si accedes, te recompensará con grandes regalos, pero si rehúsas, ¡te cortará la cabeza!”.

El yogui recibió con tranquilidad esta verdaderamente compulsiva invitación y “ni siquiera levantó la cabeza de su lecho de hojas”.

“Yo también soy hijo de Zeus, si Alejandro lo es”, observó. “No quiero nada de Alejandro, pues estoy contento con lo que tengo, mientras él vaga con sus hombres por tierra y mar sin ningún provecho, y jamás llega al final de su vagabundeo”.

“Ve y dile a Alejandro que Dios, el Rey Supremo, no es jamás Autor del mal insolente, sino el Creador de la luz, la paz, la vida, el agua, el cuerpo humano y las almas; recibe a todos los hombres cuando la muerte los libera, sin sujetarlos a ninguna terrible enfermedad. Sólo Él es el Dios de mi homenaje, que aborrece la matanza y no instiga a las guerras.

“Alejandro no es dios, pues tiene que saborear la muerte”, continuó el sabio con tranquilo desdén. “¿Cómo puede alguien como él ser el dueño del mundo, cuando ni siquiera se ha sentado en el trono del universal dominio interior? Ni ha entrado vivo en el Hades, ni conoce el curso del sol por las principales regiones de la tierra, ¡y las naciones de esos territorios ni siquiera han oído su nombre!”.

Tras este castigo, sin duda el más caústico jamás enviado a asaltar los oídos del “Señor del Mundo”, el sabio añadió irónicamente, “Si los actuales dominios de Alejandro no son suficientemente grandes para sus deseos, que cruce el Río Ganges; allí encontrará una región capaz de sostener a todos sus hombres, si el territorio de este lado es demasiado estrecho para contenerle<sup>4</sup>.”

“No obstante, quiero que sepas que cuanto Alejandro me ofrece y los regalos que promete, son cosas totalmente inútiles para mí; las cosas que aprecio y considero realmente útiles y valiosas son estas hojas que constituyen mi casa, estas plantas en flor que me proporcionan el alimento diario y el agua que es mi bebida; mientras las demás posesiones que se acumulan con ansiosa preocupación suelen acarrear la ruina de quienes las amontonan y sólo producen dolor y aflicción, de los que todo pobre mortal está absolutamente lleno. Por lo que a mí respecta, me tiendo sobre las hojas del bosque y no teniendo nada que necesite ser guardado, cierro los ojos con sueño tranquilo; pero si tuviera algo que guardar, eso me impediría dormir. La tierra me provee de todo, tal como una madre proporciona leche a su hijo. Voy a donde quiero, y no existen preocupaciones con las que me vea obligado a cargar.

“Aunque Alejandro me corte la cabeza, no podrá destruir mi alma. Sólo mi cabeza, entonces silente, quedará, dejando el cuerpo como una vestidura desgastada sobre la tierra, de donde se formó. Entonces yo, transformado en Espíritu, ascenderé a Dios, que nos encierra en la carne y nos pone sobre la tierra para probar si, una vez aquí, vivimos obedeciendo Sus normas y que también nos pedirá, cuando marchemos de aquí a Su presencia, un relato de nuestra vida, ya que Él es Juez de todo pecado de orgullo; para que el gemido del oprimido se convierta en el castigo del opresor.

“Dejemos pues que Alejandro aterrice con amenazas a quienes desean riqueza y tienen pavor a la muerte, ya que a nosotros esas dos armas no pueden herirnos; los bramines no ansían el oro ni temen la muerte. Véte pues, y dile esto a Alejandro: Dandamis no necesita nada tuyo, por tanto no vendrá a ti, y si tú quieres algo de Dandamis, vete tú a él”.

Alejandro recibió con toda atención, a través de Onesikritos, el mensaje del yogui y “sintió un deseo más fuerte que nunca de ver a Dandamis, quien, aunque viejo y desnudo, era el único adversario en quien él, conquistador de tantas naciones, había encontrado a alguien que le derrotaba”.

Alejandro invitó a Taxila a varios bramines ascetas, notables por su capacidad para responder a cuestiones filosóficas de forma sucinta. Plutarco ofrece un relato de la escaramuza verbal; el mismo Alejandro planteaba todas las preguntas.

“¿Qué es más numeroso, lo muerto o lo vivo?”.

“Lo vivo, pues lo muerto no es”.

“¿Quién produce los animales mayores, el mar o la tierra?”.

“La tierra, pues el mar es sólo parte de la tierra”.

“¿Cuál es la más inteligente de las bestias?”.

“Aquella que el hombre todavía no conoce”. (El hombre teme lo desconocido).

“¿Qué existió primero, el día o la noche?”.

“El día fue primero por un día”. Esta respuesta hizo que Alejandro mostrara sorpresa; el bramín añadió: “Las preguntas imposibles requieren imposibles respuestas”.

“¿Cuál es la mejor forma de que un hombre se haga querer?”.

“Será querido aquel hombre que, si está dotado de gran poder, no se hace temer”.

“¿Cómo puede un hombre convertirse en un dios?”<sup>5</sup>.

“Haciendo aquello que le es imposible hacer a un hombre”.

“¿Qué es más fuerte, la vida o la muerte?”.

“La vida, porque soporta muchos males”.

Alejandro consiguió llevarse de la India, como profesor, a un verdadero yogui. Este hombre era Swami Sphines, llamado “Kalanos” por los griegos porque el santo, devoto de Dios en la forma de Kali, saludaba a todo el mundo pronunciando Su propicio nombre.

Kalanos acompañó a Alejandro a Persia. En un día establecido, en Susa, Persia, Kalanos abandonó su viejo cuerpo entrando en una pira funeraria a la vista de todo el ejército macedonio. Los historiadores recogen el asombro de los soldados, que fueron testigos de cómo el yogui no temía ni al dolor ni a la muerte y que no se movió de su puesto mientras era consumido por las llamas. Antes de dirigirse a su cremación, Kalanos había abrazado a todos sus compañeros cercanos, pero se abstuvo de despedirse de Alejandro, a quien el sabio hindú simplemente le comentó:

“Te veré pronto en Babilonia”.

Alejandro dejó Persia y murió un año más tarde en Babilonia. Las palabras de su gurú indio habían sido su forma de decir que estaría junto a Alejandro en la vida y en la muerte.

Los historiadores griegos nos han dejado muchas vividas e inspiradoras imágenes de la sociedad india. Las leyes hindúes, nos dice Arriano, protegen al pueblo y “decretan que nadie entre ellos será, bajo ninguna circunstancia, un esclavo, sino que, disfrutando de libertad, respetarán los mismos derechos que todos poseen. Pues aquellos, piensan, que han aprendido a no dominar sobre nadie ni a acobardarse ante nadie, conseguirán la vida mejor adaptada a todas las vicisitudes”<sup>6</sup>.

“Los indios”, dice otro texto, “no prestan dinero a usura ni conocen el pedir prestado. Para un indio es contrario a los usos establecidos engañar o ser engañado, por ello ni hacen contratos ni exigen garantías”. La curación, se nos dice, se trata de forma simple y natural. “La cura se efectúa más por medio de la regulación de la dieta que por el uso de medicinas. Los remedios más apreciados son los ungüentos y los emplastos. Todos los demás son considerados en gran medida dañinos”. La participación en la guerra se restringe a los *Kshatriyas* o casta de guerreros. “Ningún enemigo caerá sobre un hombre casado que trabaja la tierra, no le hará ningún daño, pues siendo considerados los hombres como él benefactores públicos, están protegidos de todo perjuicio. Así pues, la tierra no es devastada y continúa produciendo buenas cosechas, proporcionando a los habitantes lo necesario para hacer la vida agradable”<sup>7</sup>.

El Emperador Chandragupta, quien en el año 305 a.C. había derrotado al general de Alejandro Seleucus, decidió, siete años después, ceder las riendas del gobierno de la India a su hijo. Dirigiéndose al Sur de la India, Chandragupta pasó los últimos doce años de su vida como un asceta sin dinero, buscando la autorrealización en una cueva rocosa en Sravanabelagola, honrada ahora como un santuario de Mysore. Cerca se levanta la estatua más grande del mundo, excavada en una inmensa roca por los Jains en el año 983 d.C. para honrar al santo Comateswara.

Los omnipresentes santuarios de Mysore son un recordatorio constante de los muchos grandes santos del Sur de la India. Uno de estos maestros, Thayumanavar, nos dejó el siguiente desafiante poema:

Podrás dominar a un elefante desenfrenado;  
Podrás cerrar la boca del oso y el tigre;  
Podrás cabalgar sobre un león;  
Podrás jugar con la cobra;  
Gracias a la alquimia podrás ganarte el sustento;  
Podrás vagar de incógnito por el universo;  
Podrás hacer vasallos a los dioses;  
Incluso podrás ser joven siempre;  
Podrás caminar sobre el agua y vivir en el fuego;  
Pero controlar la mente es mejor y más difícil.

En el bello y fértil estado de Travancore, en el extremo meridional de la India, donde el tráfico se realiza por ríos y canales, el Maharajá asume todos los años la obligación de expiar el pecado en que se incurrió, en un pasado lejano, con las guerras y la anexión de varios pequeños estados a Travancore. Anualmente, el Maharajá visita durante cincuenta y seis días el templo tres veces al día, para oír himnos y recitaciones védicas; la ceremonia de expiación termina con el *lakshadipam* o iluminación del templo con cien mil luces.

El gran legislador hindú Manu<sup>8</sup> señaló los deberes de un rey. “Debe colmar de comodidades como Indra (señor de los dioses); recaudar impuestos suave e imperceptiblemente, tal como el sol obtiene vapor del agua; entrar en la vida de sus súbditos como el viento va a todas partes; imponer justicia para todos como Yama (dios de la muerte); atar a los transgresores con un nudo corredizo como Varuna (deidad védica del cielo y el viento); agradar a todos como la luna; abrasar a los enemigos crueles como el dios del fuego; y mantener a todos como la diosa tierra.

“En la guerra el rey no debe luchar con armas venenosas o con fuego ni matar al enemigo débil, desprevino o desarmado o a los hombres atemorizados o a quien implora protección o huye. Debería recurrirse a la guerra sólo como último recurso. En la guerra los resultados son siempre dudosos”.

En la Madrás Presidency, en la costa Sureste de la India, se encuentra la llana y espaciosa ciudad de Madrás, rodeada por el mar, y Conjeeveram, la Ciudad Dorada, capital de la dinastía

Pallava, cuyos reyes gobernaron durante los primeros siglos de la era cristiana. En la moderna Madrás Presidency, los ideales de no violencia de Mahatma Gandhi se han extendido ampliamente; los característicos “bonetes Gandhi” blancos se ven por todas partes. En el Sur en general, el Mahatma ha llevado a cabo muchas importantes reformas en los templos para los “intocables”, así como reformas en el sistema de castas.

El origen del sistema de castas, formulado por el gran legislador Manu, era admirable. Vió claramente que los hombres se distinguen por evolución natural en cuatro grandes clases: quienes están capacitados para rendir servicio a la sociedad mediante el trabajo corporal (*Sudras*); quienes sirven por medio del intelecto, la destreza, la agricultura, la industria, el comercio y una vida de negocios en general (*Vaisyas*); quienes tienen talento administrativo, ejecutivo y de protección, gobernantes y guerreros (*Kshatriyas*); los de naturaleza contemplativa, espiritualmente inspirados e inspiradores (*Brahmins*). “Ni el nacimiento, ni los sacramentos, ni los estudios, ni los antepasados pueden decidir que una persona sea nacida- dos-veces (es decir, un *Brahmin*)”, declara el *Mahabharata*, “sólo el carácter y la conducta pueden decidirlo”<sup>9</sup>. Manu enseñó a la sociedad a mostrar respeto hacia sus miembros en la medida en que poseyeran sabiduría, virtud, edad, parentesco o, por último, riqueza. En la India védica, la riqueza fue siempre despreciada si se atesoraba o no se utilizaba con fines de caridad. A los hombres poco generosos de gran riqueza se les asignaba un bajo rango social.

Surgieron grandes males cuando el sistema de castas se consolidó, a través de los siglos, como una soga hereditaria. Actualmente, los reformadores sociales como Gandhi y los miembros de numerosas sociedades de la India, están haciendo lentos pero seguros progresos en la restauración de los antiguos valores de la casta, basados únicamente en la cualificación natural y no en el nacimiento. Todas las naciones de la tierra tienen su propio karma distintivo, productor de miserias, del que ocuparse y eliminar; también la India, con su versátil e invulnerable espíritu, se mostrará a su altura en la tarea de la reforma de las castas.

La India del Sur es tan fascinante que el Señor Wright y yo ansiábamos prolongar nuestro idilio. Pero el tiempo, con su tosquedad inmemorial, no nos concedió extensiones de cortesía. Se acercaba el día fijado para dirigir la última sesión del Congreso de Filosofía India en la Universidad de Calcuta. Al final de la visita a Mysore disfruté de una charla con Sir C. V. Raman, presidente de la Academia India de las Ciencias. A este brillante físico hindú se le concedió el Premio Nobel en 1930 por su importante descubrimiento de la difusión de la luz, el “Efecto Raman”, conocido actualmente por todos los escolares.

Despidiéndonos a regañadientes de una multitud de estudiantes y amigos de Madrás, el Señor Wright y yo partimos para el Norte. En el camino nos detuvimos en un pequeño santuario consagrado a la memoria de Sadasiva Brahman<sup>10</sup>; la historia de su vida, acaecida en el siglo XVIII, es un denso cúmulo de milagros. Un santuario de Sadasiva más grande en Nerur, erigido por el Rajá de Pudukkottai, es un lugar de peregrinación, testigo de numerosas curaciones divinas.

Por los pueblos del Sur de la India todavía circulan muchas historias curiosas de Sadasiva, un maestro adorable y totalmente iluminado. Inmerso un día en *samadhi* a la orilla del Río Kaveri, se vio que Sadasiva era arrastrado por una súbita crecida. Semanas después se le encontró profundamente enterrado en el barro. Cuando los aldeanos, utilizando palas para sacarle, llegaron a su cuerpo, el santo se levantó y se marchó caminando con energía.

Sadasiva jamás hablaba una palabra ni usaba ropa. Una mañana, el desnudo yogui entró sin ceremonias en la tienda de un jefe musulmán. Sus mujeres chillaron alarmadas; el guerroo asestó con su espada un salvaje golpe a Sadasiva, cuyo brazo quedó cortado. El maestro se marchó sin preocuparse. Dominado por el remordimiento, el musulmán recogió el brazo del suelo y siguió a Sadasiva. El yogui insertó tranquilamente su brazo en el muñón sangrante. Cuando el guerrero le pidió humildemente enseñanza espiritual, Sadasiva escribió en la arena con el dedo:

“No hagas lo que quieres y entonces podrás hacer lo que deseas”.

El musulmán alcanzó un elevado estado mental y comprendió que el paradójico consejo del santo era una guía hacia la libertad del alma por medio del dominio del ego.

En una ocasión, los niños del pueblo expresaron, en presencia de Sadasiva, el deseo de presenciar la festividad religiosa de Madura, a 225 Kilómetros. El yogui les dijo a los pequeños que tocaran su cuerpo. ¡Y quién se lo iba a decir!, instantáneamente todo el grupo fue transportado a Madura. Los niños deambularon felices entre los miles de peregrinos. Al cabo de algunas horas, el yogui llevó su pequeña carga a casa en su sencillo medio de transporte. Los asombrados padres escucharon los realistas relatos de la procesión de las imágenes y vieron que varios de los niños traían bolsas de dulces de Madura.

Un joven incrédulo se mofó del santo y de la historia. A la mañana siguiente se acercó a Sadasiva.

“Maestro”, dijo con desdén, “¿por qué no me lleva a mí a la fiesta, tal como hizo ayer con los demás niños?”.

Sadasiva accedió; el chico se encontró inmediatamente en la distante y atestada ciudad. Pero ¡ay!, ¿dónde estaba el santo cuando el joven quiso regresar? El cansado muchacho volvió a casa por el antiguo y prosaico método de locomoción pedestre.

## ÍNDICE

<sup>1</sup> La Señora Bletch, incapaz de mantener el activo ritmo que llevábamos el Señor Wright y yo, se había quedado feliz con mis familiares en Calcuta. [Volver](#)

<sup>2</sup> Esta presa, una enorme instalación hidroeléctrica, alumbró Mysore City y alimenta fábricas de seda,



jabón y aceite de sándalo. Los recuerdos de madera de sándalo de Mysore poseen una deliciosa fragancia que no se pierde con el tiempo; un ligero pinchazo reaviva el olor. Mysore presume de las industrias pioneras de la India, incluyendo las Kolar Gold Mines, la Fábrica de Azúcar de Mysore, las inmensas obras en hierro y acero de Bhadravati y el barato y eficaz Ferrocarril del Estado de Mysore, que cubre gran parte de los 45.000 Kilómetros cuadrados del estado.

El Maharajá y el Yuvarajá que fueron mis anfitriones en Mysore en 1935, han muerto recientemente. El hijo del Yuvarajá, el actual Maharajá, es un gobernante emprendedor y ha añadido a las industrias de Mysore una gran empresa aeronáutica. [Volver](#)

3 Seis volúmenes en *Ancient India* (Calcuta, 1879). [Volver](#)

4 Ni Alejandro ni ninguno de sus generales cruzó jamás el Ganges. Encontrando decidida resistencia en el Noroeste, el ejército macedonio rehusó penetrar más allá; Alejandro se vio forzado a dejar la India y buscar sus conquistas en Persia. [Volver](#)

5 De esta pregunta podemos deducir que el "Hijo de Zeus" tuvo una duda pasajera de haber alcanzado ya la perfección. [Volver](#)

6 Todos los observadores griegos comentan la falta de esclavitud en la India, un hecho totalmente distinto a la estructura de la sociedad griega. [Volver](#)

7 *Creative India*, del Prof. Benoy Kumar Sarkar, proporciona una información exhaustiva de los logros y valores distintivos de la India antigua y moderna en economía, ciencia política, literatura, arte y filosofía social. (Lahore: Motilal Banarsi Das, Publishers, 1937, 714 pp. \$5.00) [Volver](#)

8 Manu es el legislador universal; no sólo para la sociedad hindú sino para el mundo. Todos los sistemas de normativa social e incluso de justicia, basados en la sabiduría y la prudencia, se han dictado siguiendo a Manu. Nietzsche le rindió el siguiente tributo: "No conozco ningún libro en que se hayan dicho a las mujeres cosas tan delicadas y dulces como en el *Lawbook of Manu*; aquellos ancianos y sabios antiguos tenían una forma galante de ser con las mujeres que quizá no pueda ser sobrepasada.... una obra intelectual incomparable, superior... cargada de nobles valores, está llena de un sentimiento de perfección, con un sí a la vida y un jubiloso sentido de bienestar en relación a uno mismo y a la vida; el sol resplandece en todo el libro". [Volver](#)

9 Originalmente, la inclusión en una de estas cuatro castas dependía, no del nacimiento de un hombre, sino de sus actitudes naturales, demostradas por el objetivo que él elegía alcanzar en la vida", nos dice un artículo en *East-West* de Enero de 1935. "Esta meta podía ser (1) *kama*, deseo, actividad de la vida de los sentidos (estado *Sudra*), (2), *artha*, ganancia, conseguida controlando los sentidos (estado *Vaisya*), (3) *dharma*, auto disciplina, la vida de la responsabilidad y la acción correcta (estado *Kshatriya*), (4) *moksha*, liberación, la vida de la espiritualidad y la enseñanza religiosa (estado *Brahmin*). Estas cuatro castas hacían servicio a la humanidad a través de (1) el cuerpo, (2) la mente, (3) la fuerza de voluntad, (4) el Espíritu.

"Estos cuatro estados tienen su correspondencia en las *gunas* eternas o cualidades de la naturaleza, *tamas*, *rajas* y *sattva*: obstrucción, actividad y expansión; o masa, energía e inteligencia. Las cuatro castas naturales están marcadas por las *gunas* como (1) *tamas* (ignorancia), (2) *tamas-rajas* (mezcla de ignorancia y actividad), (3) *rajas-sattva* (mezcla de acción correcta e iluminación), (4) *sattva* (iluminación). De esta forma la naturaleza asigna a cada hombre su casta, al predominar en él una, o la mezcla de dos, de estas *gunas*. Por supuesto todo ser humano tiene las tres *gunas* en distintas proporciones. El gurú podrá determinar correctamente la casta o estado evolutivo de un hombre.

"Hasta cierto punto, todas las razas y naciones observan en la práctica, si no en la teoría, el hecho de las castas. Cuando existe excesiva licencia, o mal llamada libertad, particularmente en matrimonios mixtos entre extremos de las castas naturales, la raza se reduce y llega a extinguirse. El *Purana Samhita* compara la descendencia de tales uniones con híbridos estériles, tal como la mula es incapaz de propagar su propia especie. Las especies artificiales son finalmente exterminadas. La Historia ofrece abundantes pruebas de muchas grandes razas que ya no tienen ningún representante vivo. Los pensadores más profundos de la India atribuyen al sistema de castas el control o la prevención del libertinaje que ha preservado la pureza de la raza y la ha llevado con seguridad a lo largo de milenios y vicisitudes, mientras otras razas han desaparecido en el olvido. [Volver](#)

10 Su título completo era Sri Sadasivendra Saraswati Swami. El ilustre sucesor de la solemne línea Shankara, Jagadguru Sri Shankaracharya de Sringeri Math, escribió una inspirada *Oda* dedicada a Sadasiva. El número de Julio de 1942 de *East-West*, dedica un artículo a la vida de Sadasiva. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT

ANANDAEDICIONES.ES





INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 [Contactar](#)

## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Cuarenta y Dos

#### Últimos Días con Mi Gurú

"Guruji, me alegro de encontrarle solo esta mañana". Acababa de llegar a la ermita de Serampore con una fragante carga de fruta y rosas. Sri Yukteswar me miró mansamente.

"¿Cuál es la pregunta?". El Maestro recorrió la habitación con la mirada como si buscara por dónde escapar.

"Guruji, llegué a usted como un joven estudiante de secundaria; ahora soy un hombre maduro, incluso con una o dos canas. Aunque usted me ha colmado de silencioso afecto desde el primer momento hasta hoy, ¿se da cuenta de que sólo en una ocasión, el día de nuestro encuentro, me ha dicho 'Te quiero'?". Le miré suplicante.

El Maestro bajó la vista. "Yogananda, ¿tengo que exponer a las frías esferas del habla los cálidos y mejor guardados sentimientos del mudo corazón?".

"Guruji, sé que usted me ama, pero mis oídos mortales suspiran por oírsele decir".

"Que sea como quieras. Durante mi vida de casado a menudo anhelaba tener un hijo para prepararle en el sendero del yoga. Pero cuando tú entraste en mi vida, me contenté; en ti he encontrado a mi hijo". Dos cristalinas lágrimas afluyeron a los ojos de Sri Yukteswar. "Yogananda, siempre te querré".

"Su respuesta es mi pasaporte para el cielo". Sentí que se me quitaba un peso del corazón, disuelto para siempre por estas palabras. Muchas veces, su silencio me había sorprendido. Aún sabiendo que él era poco emotivo e independiente, a veces temía no haber conseguido satisfacerle por completo. Era una naturaleza extraña, que no se conocía nunca totalmente; una naturaleza profunda y tranquila, insondable para el mundo exterior, cuyos valores había trascendido hacía mucho tiempo.

Pocos días después, cuando hablé ante una inmensa audiencia en el Albert Hall de Calcuta, Sri Yukteswar accedió a sentarse a mi lado en el estrado, con el Maharajá de Santosh y el Alcalde de Calcuta. Aunque el Maestro no me hizo ningún comentario, de vez en cuando le miraba y me parecía distinguir un brillo de satisfacción en sus ojos.

A continuación vino una conferencia ante los alumnos del Serampore College. Al mirar a mis antiguos compañeros y al mirarme ellos a mí, el "Monje Loco", asomaron sin vergüenza lágrimas de alegría. Mi elocuente profesor de Filosofía, Dr. Ghoshal, se acercó a saludarme, disuelta nuestra pasada falta de entendimiento por la alquimia del Tiempo.

A finales de Diciembre se celebró en la ermita de Serampore una Fiesta del Solsticio de Invierno. Como siempre, se reunieron discípulos de Sri Yukteswar de todas partes. *Sankirtans* devocionales, solos cantados por Kristo-da con su voz dulce como el néctar, un banquete servido por discípulos jóvenes, el discurso profundamente emotivo del Maestro bajo las estrellas en el atestado patio del ashram, ¡recuerdos, recuerdos! ¡Alegres fiestas de otros tiempos! Pero esa noche iba a tener un rasgo nuevo.

"Yogananda, por favor dirígete a la asamblea, en inglés". Los ojos del Maestro brillaban al hacer esta petición doblemente inusual; ¿estaba pensando en el aprieto a bordo del barco que había precedido a mi primera conferencia en inglés? Conté la historia a mi audiencia de hermanos discípulos, terminando con un ferviente tributo a nuestro gurú.

"Su guía omnipresente estuvo conmigo no sólo en el barco", terminé, "sino todos los días de mis quince años en la vasta y hospitalaria tierra americana".

Cuando se fueron los invitados, Sri Yukteswar me llamó al mismo dormitorio donde, una sola vez, después de una fiesta en mis primeros años, se me había concedido permiso para dormir en su cama de madera. Esa noche mi gurú estaba sentado allí tranquilamente, con un semicírculo de discípulos a sus pies. Sonrió cuando entré en la habitación deprisa.

"Yogananda, ¿te vas para Calcuta? Por favor, vuelve mañana. Tengo algunas cosas que decirte".

En la tarde del día siguiente, con unas sencillas palabras de bendición, Sri Yukteswar me confirió el título monástico adicional de *Paramhansa*<sup>1</sup>.

"Ahora esto suplanta formalmente a tu anterior título de *swami*", dijo cuando me arrodillé ante

él. Sonriendo pensé en los problemas con que se encontrarían mis seguidores americanos para pronunciar *Paramhansaji*<sup>2</sup>.

“Ahora mi tarea en la tierra ha terminado; tú debes continuarla”. El Maestro habló con tranquilidad, con ojos dulces y en calma. Mi corazón palpitaba de miedo.

“Por favor, envía a alguien para que se haga cargo de nuestro ashram en Puri”, siguió Sri Yukteswar. “Dejo todo en tus manos. Conducirás con éxito la barca de tu vida y de la organización hasta la orilla divina”.

Llorando, me abracé a sus pies; me levantó y me bendijo de una forma encantadora.

Al día siguiente llamé a un discípulo de Ranchi, Swami Sebananda, y le envié a Puri a asumir la responsabilidad de la ermita<sup>3</sup>. Más tarde mi gurú trató conmigo los detalles legales de asignación de su patrimonio; estaba preocupado por evitar, tras su muerte, posibles litigios de sus parientes por las dos ermitas y las demás propiedades, que deseaba transferir únicamente con propósitos benéficos.

“Recientemente el Maestro hizo preparativos para visitar Kidderpore<sup>4</sup>, pero no consiguió ir”. Amulaya Babu, un hermano discípulo, me hizo este comentario una tarde; sentí una oleada fría de premonición. Ante mis apremiantes preguntas, Sri Yukteswar sólo respondió, “No volveré a ir a Kidderpore”. Durante un momento, el Maestro tembló como un niño asustado.

(“El apego a la residencia corporal, que surge de su propia naturaleza [es decir, de raíces inmemoriales, de las pasadas experiencia de la muerte]”, escribió Patanjali<sup>5</sup>, “está presente en pequeño grado incluso en los grandes santos”. En algunas de sus charlas sobre la muerte, mi gurú solía añadir: “Tal como un pájaro que lleva mucho tiempo enjaulado duda en dejar su acostumbrado hogar cuando se le abre la puerta”).

“Guruji”, le supliqué sollozando, “¡no diga eso! ¡No pronuncie jamás esas palabras delante de mí!”.

El rostro de Sri Yukteswar se relajó con una sonrisa de paz. Aunque próximo a su ochenta cumpleaños, estaba bien y fuerte.

Disfrutando día a día el sol del amor de mi gurú, no expresado pero profundamente sentido, desaparecieron de mi mente los diversos indicios que había dado de su próximo fallecimiento.

“Señor, este mes se convoca la *Kumba Mela* en Allahabad”. Señalé a Sri Yukteswar las fechas de la *mela* en un almanaque bengalí<sup>6</sup>.

“¿Realmente quieres ir?”.

Sin darme cuenta de la reticencia de Sri Yukteswar a que le dejara, continué, “En una ocasión usted contempló al bendito Babaji en una *kumbha* de Allahabad. Quizá esta vez yo sea suficientemente afortunado para verle”.

“No creo que le encuentres allí”. A continuación mi gurú guardó silencio, no queriendo obstaculizar mis planes.

Cuando al día siguiente salí para Allahabad con mi pequeño grupo, el Maestro me bendijo de su tranquila forma acostumbrada. Parece como si este mantenerme ajeno a lo que implicaba la actitud de Sri Yukteswar, se debiera a que el Señor deseaba evitarme la experiencia de ser testigo impotente del fallecimiento de mi gurú. Siempre ha sucedido en mi vida que, en la muerte de aquellos a quienes amaba profundamente, Dios, en su compasión, dispuso que yo estuviera lejos de la escena<sup>7</sup>.



La yogui Shankari Mai Jiew, única discípula viva del gran Trailanga Swami. La figura con turbante sentada justo tras ella es Swami Benoyananda, un director de nuestra escuela de yoga para niños en Ranchi, Bihar. La foto fue tomada en la Kumba Mela de Hardwar, en 1938; la mujer santa tenía entonces 112 años.



(Izquierda) Krishnananda en la Kumba Mela de 1936 en Allahabad, con su mansa leona vegetariana. (Derecha) Comedor en el corredor del segundo piso de la ermita de Sri Yukteswar en Serampore. Yo estoy sentado (en el centro) a los pies de mi gurú.

Nuestro grupo llegó a la *Kumbha Mela* el 23 de Enero de 1936. El oleaje de una multitud de casi dos millones de personas era un espectáculo impresionante, incluso abrumador. El don característico de los indios es la reverencia innata, existente incluso en el más bajo aldeano, hacia el valor del Espíritu y hacia los monjes y sadhus que han abandonado las ataduras mundanas para encontrar un anclaje más divino. Desde luego hay impostores e hipócritas, pero la India respeta a todos por los pocos que iluminan el país con bendiciones sobrenaturales. Los occidentales que estaban viendo el espectáculo tenían una oportunidad única de sentir el pulso del país, el fervor espiritual al que la India debe su inextinguible vitalidad ante los embates del tiempo.

Nuestro grupo pasó el primer día simplemente observando. Aquí había innumerables bañistas, sumergiéndose en el río sagrado para la remisión de sus pecados; allí vimos solemnes rituales de culto; más lejos se esparcían ofrendas devotas a los pies polvorientos de los santos; volvíamos la cabeza y desfilaba una hilera de elefantes, caballos enjaezados y lentas y pacíficas filas de camellos rajputana, o un pintoresco desfile de sadhus desnudos, ondeando cetros de oro y plata o banderas y serpentinadas de aterciopelada seda.

Anacoretas que no vestían más que el taparrabos, sentados tranquilamente en pequeños grupos, con sus cuerpos embadurnados de ceniza para protegerse del calor y el frío. El ojo espiritual estaba gráficamente representado en sus frentes por un lunar único de pasta de madera de sándalo. Aparecían por millares swamis de cabeza afeitada, vestidos de ocre y llevando su bastón de bambú y el platillo de la limosna. Sus rostros emanaban la paz del renunciante mientras caminaban o mantenían debates filosóficos con sus discípulos.

Aquí y allá, bajo los árboles, alrededor de enormes pilas de leños ardiendo, había pintorescos sadhus<sup>4</sup>, con el pelo trenzado y recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Algunos llevaban larguísimas barbas, enroscadas y atadas en un nudo. Meditaban silenciosamente o extendían las manos bendiciendo a la multitud que pasaba, mendigos, maharajás en elefantes, mujeres en *saris* multicolores y tintineantes brazaletes en brazos y tobillos, *fakires* con sus delgados brazos grotescamente mantenidos en alto, *brahmacharis* llevando sus accesorios para apoyar los codos en meditación, humildes sabios cuya solemnidad ocultaba la dicha interior. Por encima del estruendo oíamos la incesante llamada de las campanas de los templos.

En nuestro segundo día en la *mela*, mis compañeros y yo entramos en varios ashrams y cobertizos provisionales, para ofrecer *pranam*s a los personajes santos. Recibimos la bendición del líder de la rama *Giri* de la Orden Swami, un monje delgado y asceta con sonrientes ojos de

fuego. Nuestra siguiente visita nos llevó a una ermita cuyo gurú había guardado los votos de silencio y una dieta estrictamente a base de fruta durante los últimos nueve años. En el estrado central de la sala del ashram se sentaba un sadhu ciego, Pragla Chakshu, profundamente versado en los *shastras* y altamente reverenciado por todas las sectas.

Después de que yo pronunciara un breve discurso en hindi sobre *Vedanta*, nuestro grupo dejó la pacífica ermita para saludar a un swami que se encontraba cerca, Krishnananda, un apuesto monje de mejillas sonrosadas e imponentes espaldas. Cerca de él estaba reclinada una mansa leona. Habiendo sucumbido al encanto espiritual del monje, ¡no, estoy seguro, a su fuerza física!, el animal de la jungla rechazaba la carne a favor del arroz y la leche. El swami había enseñado a la bestia de pelo rojizo a pronunciar “*Aum*” con un profundo y atractivo gruñido, ¡un gato devoto!

Nuestro siguiente encuentro, una entrevista con un erudito y joven sadhu, está bien descrito en el chispeante diario de viaje del Señor Wright.

“Cruzamos el bajo Ganges en el Ford, por un crujiente puente de pontones; arrastrándonos como una serpiente entre las multitudes y los estrechos y serpenteantes caminos, pasamos por el lugar de la orilla del río que Yoganandaji nos señaló como el del encuentro entre Babaji y Sri Yukteswarji. Nos apeamos del coche un momento y caminamos cierta distancia entre el espeso humo de las hogueras de los sadhus y las arenas resbaladizas, hasta llegar a un grupo de minúsculas y modestísimas cabañas de barro y paja. Nos detuvimos ante una de esas insignificantes viviendas provisionales, con una diminuta entrada sin puerta, la morada de Kara Patri, un joven sadhu errante notable por su extraordinaria inteligencia. Estaba sentado, con las piernas cruzadas, en un montón de paja, cubierto por su única posesión: una tela ocre echada sobre los hombros.

“Verdaderamente fue un rostro divino el que nos sonrió tras arrastrarnos al interior de la cabaña y saludar con un *pranam* a los pies de este alma iluminada, mientras la lámpara de queroseno de la entrada hacía parpadear extrañas sombras danzantes en las paredes de paja. Su rostro, especialmente sus ojos y dientes perfectos, brillaban y lanzaban destellos. Aunque yo no conseguía comprender el hindi, su expresión era muy reveladora; estaba lleno de entusiasmo, amor, esplendor espiritual. Nadie podía equivocarse sobre su grandeza.

“Imaginad la feliz vida de alguien que no está apegado al mundo material; libre del problema de vestirse; libre del ansia por comer, sin mendigar jamás, sin tocar jamás alimentos cocinados excepto en días alternos, sin llevar jamás un platillo para la limosna; libre de los enredos del dinero, sin llevar jamás dinero encima, sin almacenar nada jamás, confiando siempre en Dios; libre de la preocupación del transporte, sin conducir jamás vehículos, sino caminando siempre por las orillas de los ríos sagrados; sin permanecer jamás en un lugar más de una semana para evitar que crezca ningún apego.

“¡Qué alma modesta!, excepcionalmente versado en los *Vedas* y en posesión del grado universitario y el título de *Shastri* (profesor de las escrituras) por la Universidad de Benarés. Un sentimiento sublime me impregnó cuando me senté a sus pies; parecía ser una respuesta a mi deseo de ver la India auténtica, antigua, pues él es un representante de este país de gigantes espirituales”.

Le pregunté a Kara Patri sobre su vida errante. “¿No tiene ropa extra para el invierno?”.

“No, ésta es suficiente”.

“¿No lleva libros?”.

“No, enseño de memoria a quienes desean escucharme”.

“¿Qué más hace?”.

“Vago por el Ganges”.

Ante estas tranquilas palabras me vi dominado por el anhelo de simplicidad de su vida. Recordé América y todas las responsabilidades depositadas sobre mis hombros.

“No, Yogananda”, pensé tristemente por un momento, “esta vida de vagar por el Ganges no es para ti”.

Después de que el sadhu me relatara algunos de sus logros espirituales, le lancé una súbita pregunta.

“¿Está usted dando estas descripciones a partir de su conocimiento de las escrituras, o de la experiencia interior?”.

“Mitad de lo aprendido en los libros”, respondió con una franca sonrisa, “y mitad de la experiencia”.

Nos sentamos un momento felices en silencio meditativo. Cuando dejamos su sagrada presencia, le dije al Señor Wright, “Es un rey sentado en un trono de paja dorada”.

Aquella noche cenamos en los terrenos de la *mela*, bajo las estrellas, comimos en platos de hojas unidas con palos. ¡En la India la tarea de lavar los platos se ha reducido al mínimo!

Dos días más en la fascinante *kumba*; después hacia el Noroeste, a lo largo de las orillas del Jumna, hasta Agra. Contemplé una vez más el Taj Mahal; en el recuerdo Jitendra estaba a mi lado, asombrado ante el sueño realizado en mármol. Seguimos a Brindaban, al ashram de Swami Keshabananda.

Mi objetivo al ir a ver a Keshabananda estaba en relación con este libro. No había olvidado nunca la petición de Sri Yukteswar de que escribiera la vida de Lahiri Mahasaya. Durante mi estancia en la India aprovechaba cualquier oportunidad para ponerme en contacto con discípulos directos y familiares del Yogavatar. Recogiendo sus conversaciones en voluminosas notas, contrastaba fechas y datos, reunía fotografías, cartas antiguas y documentos. Mi carpeta de Lahiri Mahasaya comenzaba a hincharse; me daba cuenta con consternación de que tenía ante mí una ardua labor de escritura. Oraba para estar a la altura de mi papel de biógrafo del colosal gurú. Algunos de sus discípulos temían que en un relato escrito su maestro pudiera ser infravalorado o malinterpretado.

“Difícilmente puede hacerse justicia en frías palabras a la vida de una encarnación divina”, observó en una ocasión Panchanon Bhattacharya.

Otros discípulos cercanos estaban también satisfechos con mantener al Yogavatar escondido en sus corazones como al preceptor inmortal. Sin embargo, teniendo en cuenta la predicción de Lahiri Mahasaya acerca de su biografía, no escatimé esfuerzos por obtener y corroborar los hechos de su vida externa.

En Brindaban Swami Keshabananda recibió cálidamente a nuestro grupo en su Katayani Peith Ashram, un imponente edificio de ladrillo con sólidas columnas negras, asentado en un bello jardín. En seguida nos hizo pasar a una sala adornada con un gran retrato de Lahiri Mahasaya. El swami tenía cerca de noventa años, pero su musculoso cuerpo irradiaba fuerza y salud. De pelo largo, barba blanca como la nieve y ojos que brillaban de dicha, era la auténtica encarnación de un patriarca. Le hice saber que deseaba mencionar su nombre en mi libro sobre los maestros de la India.

“Por favor, hableme de los primeros años de su vida”. Le sonreí suplicante; con frecuencia los grandes yoguis son poco comunicativos.

Keshabananda hizo un gesto de humildad. “Tiene pocos acontecimientos externos. He pasado prácticamente toda mi vida en las soledades del Himalaya, viajando a pie de la tranquilidad de una cueva a otra. Durante algún tiempo sostuve un ashram en las afueras de Hardwar, totalmente rodeado por un bosquecillo de altos árboles. Era un lugar pacífico, poco visitado por los viajeros, debido a la ubicua presencia de las cobras”. Keshabananda sofocó la risa. “Más tarde una avenida del Ganges se llevó por delante la ermita, junto con las cobras. Entonces mis discípulos me ayudaron a construir este ashram de Brindaban”.

Uno de nuestro grupo preguntó al swami cómo se había protegido de los tigres del Himalaya<sup>9</sup>.

Keshabanda meneó la cabeza. “En esas elevadas alturas espirituales”, dijo, “las fieras salvajes apenas molestan a los yoguis. En una ocasión, en la jungla, me encontré cara a cara con un tigre. Bastó una exclamación mía para que el animal se paralizara como si se hubiera convertido en una piedra”. El swami volvió a reírse al recordarlo.

“De vez en cuando dejaba mi retiro para visitar a mi gurú en Benarés. Él solía bromear sobre mis incesantes viajes por la jungla del Himalaya.

“‘Llevas en los pies las señales del ansia por viajar’, me dijo en una ocasión. ‘Me alegro de que el sagrado Himalaya sea suficientemente amplio para absorberte’.

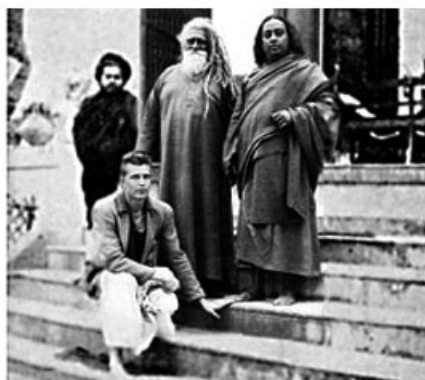
“Muchas veces”, continuó Keshabananda, “tanto antes como después de su fallecimiento, Lahiri Mahasaya se me apareció corporalmente. ¡Para él no existe cumbre del Himalaya inaccesible!”.

Dos horas después nos condujo a un comedor en el patio. Suspiré con silenciosa consternación. ¡Otra comida de quince platos! En menos de un año de hospitalidad india ¡había ganando veinticinco kilos! Pero se hubiera considerado el colmo de la grosería rechazar uno solo de los platos cuidadosamente preparados para los interminables banquetes en mi honor. En la India (en ningún otro lugar, ¡por desgracia!) un swami bien relleno se considera un espectáculo maravilloso<sup>10</sup>.





Mr. Wright, yo mismo y Miss Bletch - en Egipto



(Izquierda) Rabindranath Tagore, inspirado poeta bengali y Premio Nobel de Literatura.  
(Derecha) El Señor Wright y yo posamos con el venerable Swami Keshabananda y un discípulo suyo en la majestuosa ermita de Brindaban.

Después de la cena, Keshabananda me condujo a un rincón retirado.

“Esperaba su llegada”, dijo. “Tengo un mensaje para usted”.

Yo estaba asombrado; nadie conocía mi plan de visitar a Keshabananda.

“El año pasado, mientras vagaba por el Norte del Himalaya, cerca de Badrinarayan”, prosiguió el swami, “me perdí. Apareció un refugio en una cueva espaciosa, que estaba vacía, aunque las brasas de un fuego resplandecían en un hueco del suelo rocoso. Preguntándome sobre el ocupante de este solitario retiro, me senté cerca del fuego, con la mirada fija en la entrada de la cueva, iluminada por el sol.

“Keshabananda, me alegro de que estés aquí”. Estas palabras sonaron detrás de mí. Me volví, sobresaltado, ¡y quedé deslumbrado al contemplar a Babaji! El gran gurú se había materializado en un hueco de la cueva. Lleno de alegría por volver a verle después de muchos años, me postré a sus sagrados pies.

“Yo te llamé aquí”, continuó Babaji. “Por eso te perdiste y fuiste conducido a mi morada provisional. Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro; me alegro de saludarte de nuevo.

“El inmortal maestro me bendijo con algunas palabras de ayuda espiritual; después añadió: ‘Voy a darte un mensaje para Yogananda. Te visitará a su regreso a la India. Muchos asuntos relacionados con su gurú y con los discípulos supervivientes de Lahiri le mantendrán muy ocupado. Dile, entonces, que esta vez no deseo verle, como él espera ansiosamente; pero que le veré en alguna otra ocasión’”.

Me sentí profundamente emocionado al recibir de labios de Keshabananda esta consoladora promesa hecha por Babaji. Cierta pena de mi corazón desapareció; ya no me sentí entristecido porque, tal como había insinuado Sri Yukteswar, Babaji no había aparecido en la *Kumbha Mela*.

Tras pasar una noche como huéspedes del ashram, nuestro grupo salió a la tarde siguiente hacia Calcuta. Al pasar por un puente sobre el Río Jumna, disfrutamos del magnífico panorama del perfil de Brindaban justo cuando el sol incendia el cielo, una verdadera fragua de Vulcano en cuanto al color, que se reflejaba bajo nosotros en las aguas tranquilas.



La playa de Jumna está santificada por los recuerdos del niño Sri Krishna. Aquí se enfrascaba con inocente dulzura en sus *lilas* (juegos) con las *gopis* (muchachas), ejemplificando el amor supremo que existe siempre entre una encarnación divina y sus devotos. La vida del Señor Krishna ha sido malinterpretada por muchos comentaristas occidentales. La alegoría de las escrituras es incomprensible para una mente literal. Una divertidísima errata de un traductor ilustrará este punto. La historia se refiere a un inspirado santo medieval, el zapatero Ravidas, quien cantaba la gloria espiritual oculta en todo ser humano en los sencillos términos de su oficio:

Bajo la bóveda azul

Vive la divinidad vestida de piel.

Uno tiene que mirar hacia otro lado para ocultar una sonrisa al oír la prosaica interpretación que un escritor occidental dio al poema de Ravidas.

“Después de construir un cobertizo, puso en él un ídolo de cuero y se dedicó a adorarlo”.

Ravidas fue un hermano discípulo del gran Kabir. Una de las elevadas chelas de Ravidas fue Rani de Chitor. Esta invitó a un gran número de brahmines a una fiesta en honor de su maestro, pero ellos rehusaron comer con un humilde zapatero. Cuando se sentaron con actitud distante para comer su propia e incontaminada comida, ¡he aquí que cada brahmin encontró a su lado la forma de Ravidas! Esta visión colectiva tuvo como consecuencia un renacimiento espiritual general en Chitor.

Pocos días después nuestro pequeño grupo llegó a Calcuta. Deseoso de ver a Sri Yukteswar, me sentí desilusionado al saber que se había marchado de Serampore y ahora estaba en Puri, unos cuatrocientos cincuenta kilómetros al Sur.

“Ven enseguida al ashram de Puri”. Este telegrama fue enviado el 8 de Marzo por un hermano discípulo a Atul Chandra Roy Chowdhry, uno de los chelas del Maestro en Calcuta. A mis oídos llegaron noticias de este mensaje: angustiado por lo que pudiera significar, caí de rodillas e imploré a Dios que perdonara la vida a mi gurú. Cuando iba a salir de casa de mi padre para tomar el tren, oí una voz divina interior.

“No vayas a Puri esta noche. Tu ruego no puede ser atendido”.

“Señor”, dije, “Tú no deseas entablar un ‘tira y afloja’ conmigo en Puri. Tú no desoirías mis incesantes oraciones por la vida del Maestro. ¿Debe entonces irse, a petición Tuya, para emprender tareas más elevadas?”.

Obedeciendo el mandato interior, no salí para Puri esa noche. Al día siguiente por la tarde me dirigí a tomar el tren; por el camino, a las siete, una oscura nube astral cubrió de pronto el cielo<sup>11</sup>. Más tarde, mientras el tren rugía hacia Puri, tuve una visión de Sri Yukteswar. Estaba sentado, con semblante muy serio, con una luz a cada lado.

“¿Se acabó todo?”. Levanté los brazos suplicante.

Él asintió, después se desvaneció lentamente.

A la mañana siguiente, mientras me encontraba en el andén de la estación de Puri, esperando todavía más allá de toda esperanza, se me acercó un desconocido.

“¿Sabe que su Maestro se ha ido?”. Se marchó sin decir nada más; nunca supe quién era ni cómo había sabido dónde encontrarme.

Anonadado, me tambaleé contra la pared del andén, comprendiendo que mi gurú estaba intentando transmitirme la devastadora noticia por distintos medios. La rebelión hervía en mi interior, mi alma era como un volcán. Cuando llegué a la ermita de Puri estaba a punto de desplomarme. La voz interior me repetía tiernamente: “Recóbrate. Ten calma”.

Entré en la habitación del ashram donde estaba el cuerpo del Maestro, inimaginablemente natural, estaba sentado en la postura de loto, el vivo retrato de la salud y la belleza. Poco tiempo antes de su defunción, mi gurú había estado ligeramente indispuerto, con fiebre, pero antes del día de su ascensión al Infinito, su cuerpo se había recuperado por completo. Por mucho que miraba su querido cuerpo, no podía tomar conciencia de que la vida había desaparecido de él. La piel estaba tersa y suave; su rostro tenía una beatífica expresión de tranquilidad. Había renunciado conscientemente al cuerpo a la hora de la cita mística.

“¡El león de Bengala se ha ido!”, exclamé aturdido.

Dirigí los rituales solemnes el 10 de Marzo. Sri Yukteswar fue enterrado<sup>12</sup> con los antiguos rituales de los swamis en el jardín del ashram de Puri. Más tarde llegaron discípulos de todas partes para honrar a su gurú en el servicio conmemorativo del equinoccio de primavera. El *Amrita Bazar Patrika*, principal periódico de Calcuta, publicó así su retrato:

La ceremonia de funeral *Bhandara* por Srimat Swami Sri Yukteswar Giri Maharaj, de 81 años de edad, tuvo lugar en Puri el 21 de Marzo.

Uno de los mayores exponentes del *Bhagavad Gita*, Swami Maharaj fue un gran discípulo de Yogiraj Sri Shyama Charan Lahiri Mahasaya, de Benarés. Swami Maharaj fundó en la India varios centros Yogoda Sat-Sanga (Fraternidad para la Autorrealización) y fue el gran inspirador del movimiento que ha llevado el yoga a Occidente de la mano de Swami Yogananda, su principal discípulo. Los poderes proféticos y la profunda realización de Sri Yukteswarji, inspiraron a Swami Yogananda a cruzar el océano y expandir por América el mensaje de los maestros de la India.

Sus interpretaciones del *Bhagavad Gita* y otras escrituras, dan testimonio del profundo dominio que Sri Yukteswarji tenía de la Filosofía, tanto oriental como occidental, y permanecen como una revelación de la unidad entre Oriente y Occidente. Puesto que él creía en la unidad de todas las doctrinas religiosas, Sri Yukteswar Maharaj creó *Sadhu Sabha* (Sociedad de los Santos) con la cooperación de líderes de varias sectas y doctrinas, para inculcar el espíritu científico de la religión. En el momento de su desaparición nombró a Swami Yogananda su sucesor como presidente de *Sadhu Sabha*.

La India se empobrece hoy con la defunción de un maestro de semejante talla. Ojalá todos cuantos tuvimos la fortuna de estar cerca de él, nos imbuyamos del verdadero espíritu de la cultura india y la *sadhana* que él personificó.

Regresé a Calcuta. Sin confianza en mí mismo como para ir a la ermita de Serampore, con sus sagrados recuerdos, llamé a Prafulla, el pequeño discípulo de Sri Yukteswar de Serampore, y tomé las medidas necesarias para que entrara en la escuela de Ranchi.

"La mañana que usted se marchó para la *mela* de Allahabad", me dijo Prafulla, "el Maestro se dejó caer pesadamente en el sofá cama.

"¡Yogananda se ha ido!", exclamó. 'Yogananda se ha ido!'. Añadió enigmáticamente, 'Tenía que habérselo dicho de otra forma'. Después se sentó en silencio durante horas".

Mis días estaban repletos de conferencias, clases, entrevistas y reuniones con viejos amigos. Tras una sonrisa vacía y una vida de actividad incesante, una oscura y perturbadora corriente contaminaba el río interior de dicha que había serpenteado durante muchos años bajo las arenas de todas mis impresiones.

"¿A dónde se ha ido el sabio divino?". Lloraba silenciosamente desde la profundidad de un espíritu atormentado.

No obtenía respuesta.

"Que el Maestro haya completado su unión con el Amado Cósmico es lo mejor que pudo pasar", me aseguraba la mente. "Está brillando eternamente en los dominios de la inmortalidad".

"Nunca volverás a verle en la gran casa de Serampore", se lamentaba mi corazón. "Nunca más llevarás a tus amigos a conocerle o dirás con orgullo: '¡Mirad, éste es el *Jnanavatar* de la India!'".

El Señor Wright hizo todos los preparativos para que nuestro grupo navegara desde Bombay hacia Occidente a comienzos de Junio. Después de pasar la última quincena de Mayo en Calcuta, asistiendo a banquetes de despedida y dando conferencias, la Señora Bletch, el Señor Wright y yo salimos hacia Bombay en el Ford. Al llegar, las autoridades portuarias nos pidieron que canceláramos nuestro pasaje, pues no habían podido encontrar sitio para el Ford, que volveríamos a necesitar en Europa.

"No importa", le dije con tristeza al Señor Wright. "Quiero volver a Puri una vez más". Añadí en silencio, "Que mis lágrimas rieguen de nuevo la tumba de mi gurú".

#### ÍNDICE

1 Literalmente, *param*, el más alto; *hansa*, cisne. El *hansa* se representa en las escrituras populares como el vehículo de Brahma, el Espíritu Supremo; como símbolo del discernimiento, se supone que el cisne *hansa* blanco es capaz de separar el verdadero néctar *soma* de una mezcla de leche y agua. *Ham-sa* (pronunciado *hong-sau*) son dos palabras sánscritas recitativas que poseen una conexión vibratoria con la respiración que entra y sale. *Aham-Sa* significa literalmente "Yo soy Él". [Volver](#)

2 En general ellos han eludido la dificultad dirigiéndose a mí como *sir*. [Volver](#)

3 Swami Sebananda todavía dirige una pequeña y floreciente escuela de yoga para niños en Puri y grupos de meditación para adultos. Periódicamente se convocan en ella reuniones de santos y pundits. [Volver](#)

4 Un sector de Calcuta. [Volver](#)

5 Aforismos: II:9. [Volver](#)

6 Las *melas* religiosas son mencionadas en el antiguo *Mahabharata*. El viajero chino Hieuen Tsiang ha dejado un relato de una gran *Kumba Mela* celebrada en Allahabad en el año 644 d.C. La *mela* más grande se celebra cada doce años; la siguiente *Kumbha* en tamaño (*Ardha omediana*) se celebra cada seis años. Cada tres años se convocan *melas* más pequeñas, que atraen a millones de devotos. Las cuatro ciudades sagradas con *melas* son Allahabad, Hardwar, Nasik y Ujjain.

Los primeros viajeros chinos nos han dejado muchas imágenes sorprendentes de la sociedad india. El sacerdote chino Fa-Hsien, escribió un relato de sus once años en la India durante el reinado de Chandragupta II (comienzo del siglo IV). El autor chino cuenta: "En todo el país nadie mata a ningún ser vivo, no beben vino... No crían cerdos ni aves de corral; no se negocia con el ganado ni existen carnicerías ni destilerías. A los sacerdotes residentes y en viaje, se les proporcionan habitaciones con camas y colchones, alimento y ropa, sin falta, y esto es así en todas partes. A su vez los sacerdotes se ocupan de la ayuda benéfica y de cantar la liturgia o se sientan en meditación". Fa-Hsien nos dice que la gente de la India es feliz y honesta; no se conoce la pena de muerte. [Volver](#)

7 No estuve presente en la muerte de mi madre, de mi hermano mayor, Ananta, de mi hermana mayor, Roma, del Maestro, mi padre y varios discípulos cercanos.

(Mi padre falleció en Calcuta en 1942, a la edad de ochenta y nueve años). [Volver](#)

8 Los cientos de miles de sadhus indios están dirigidos por un comité ejecutivo de siete líderes, que representan los siete grandes sectores de la India. El actual *mahamandaleswar* o presidente, es Joyendra Puri. Este hombre santo es extremadamente reservado, a menudo limita su discurso a tres

palabras, Verdad, Amor y Trabajo. ¡Suficiente conversación! [Volver](#)

**9** Parece que existen muchos métodos para burlar a los tigres. Un explorador australiano, Francis Birtles, contó que encontraba las selvas indias "variadas, bonitas y seguras". Su amuleto para estar a salvo era el papel matamoscas. "Todas las noches esparcía cierta cantidad de hojas alrededor de mi campamento y nunca fui molestado", explicó. "La razón es psicológica. El tigre es un animal con una gran conciencia de la dignidad. Ronda y reta a los hombres hasta que llega al papel matamoscas; entonces se escabulle. ¡Ningún tigre digno se enfrentaría a un ser humano teniendo que acecharle sobre papel matamoscas engomado!". [Volver](#)

**10** Al regresar a América perdí 34 kilos. [Volver](#)

**11** Sri Yukteswar falleció a esa hora, las 7:00, el 9 de Marzo de 1936. [Volver](#)

**12** Las costumbres funerarias de la India establecen la cremación para las personas laicas; los swamis y monjes de las demás órdenes no son cremados, sino enterrados. (A veces hay excepciones). Se considera simbólicamente que los cuerpos de los monjes se someten a la cremación en el fuego de la sabiduría en el momento de tomar los votos monásticos. [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Cuarenta y Tres

### La Resurrección de Sri Yukteswar

“¡Señor Krishna!”. La forma gloriosa del avatar apareció en medio de un intenso resplandor cuando me senté en mi habitación del Regent Hotel, en Bombay. Brillando sobre el tejado de un alto edificio al otro lado de la calle, la inefable visión estalló de pronto ante mi vista mientras miraba por mi ventana del tercer piso, abierta de par en par.

La divina figura agitó la mano, sonriendo y asintiendo con la cabeza como saludo. Como no podía comprender con exactitud el mensaje del Señor Krishna, se fue haciendo un gesto de bendición. Extraordinariamente elevado por la visión, sentí que se presagiaba algún acontecimiento espiritual.

Por el momento mi viaje a Occidente se había cancelado. Tenía programadas varias conferencias en Bombay antes de regresar a Bengala.

Sentado en mi cama del hotel de Bombay a las tres de la tarde del día 19 de Junio de 1936, una semana después de la visión de Krishna, fui sacado de mi meditación por una beatífica luz. Ante mis abiertos y asombrados ojos la habitación se transformó en un mundo desconocido, la luz del sol se transmutó en un esplendor sobrenatural.

¡Me sumergí en olas de éxtasis al contemplar a Sri Yukteswar en carne y hueso!

“¡Hijo mío!”, dijo el Maestro con ternura, con una angélica y cautivadora sonrisa en su rostro.

Por primera vez en mi vida no me arrodillé a sus pies a modo de saludo, sino que me adelanté en el acto para apretarlo ávidamente entre mis brazos. ¡Momento de los momentos! La angustia de los meses pasados me parecía un pequeño pago por la dicha torrencial que ahora descendía sobre mí.



Tomado de B. K. Mitra en "Kalyana-Kalpataru"

#### KRISHNA, ANTIGUO PROFETA DE LA INDIA

La concepción de un artista moderno del antiguo maestro, cuyo asesoramiento espiritual en el Bhagavad Gita, se ha convertido en la Biblia Hindú. Krishna se retrata en el arte hindú con una pluma de pavo real en la cabeza (símbolo de la lila, juego o diversión creativa, del Señor) y con una flauta, cuyas cautivadoras notas despiertan a los devotos, uno a uno, del sueño de maya o engaño cósmico.

"Maestro mío, amado de mi corazón, ¿por qué me abandonó?". El exceso de gozo me hacía ser incoherente. "¿Por qué me permitió ir a la *Kumbha Mela*? ¡Qué amargamente me he culpado por dejarle!".

"No quería interferir en las felices esperanzas que habías puesto en ver el lugar de peregrinación donde encontré a Babaji por primera vez. Te dejé sólo por un pequeño periodo de tiempo; ¿no estoy de nuevo contigo?".

"Pero, ¿es usted, Maestro, el mismo León de Dios? ¿Lleva un cuerpo como el que enterré bajo las crueles arenas de Puri?".

"Sí, hijo mío, soy el mismo. Éste es un cuerpo de carne y hueso. Aunque yo lo veo como etéreo, para tu vista es físico. He creado un cuerpo totalmente nuevo a partir de los átomos cósmicos, exactamente igual que el cuerpo físico soñado cósmicamente que depositaste en las arenas de sueño de Puri en tu mundo soñado. He resucitado realmente, no en la tierra, sino en un planeta astral. Sus habitantes están más dotados que los seres humanos para ponerse a mi altura. Algún día tú y aquellos seres elevados a los que amas os reuniréis allí conmigo".

"¡Gurú inmortal, cuénteme más!".

El Maestro soltó una alegre risa. "Por favor, querido", dijo, "¿puedes aflojar un poco tu abrazo?".

"¡Sólo un poco!". Había estado apretándole con el abrazo de un pulpo. Pude detectar el mismo olor natural fragante y ligero que había sido característico de su cuerpo. La emoción del contacto con su carne divina todavía persiste en la parte interna de mis brazos y en las palmas de las manos cuando recuerdo aquellas horas gloriosas.

"Tal como los profetas han sido enviados a la tierra para ayudar a los hombres a agotar su karma, así he sido dirigido por Dios para servir como salvador en un planeta astral", explicó Sri Yukteswar. "Se llama *Hiranyaloka* o 'Planeta Astral Iluminado'. Allí estoy ayudando a seres avanzados a deshacerse de su karma astral y liberarse así de renacer astralmente. Los moradores de *Hiranyaloka* están espiritualmente muy avanzados; todos ellos han adquirido, en su última encarnación en la tierra, el poder dado por la meditación de dejar conscientemente sus cuerpos físicos al morir. En *Hiranyaloka* no puede entrar nadie a menos que en la tierra haya sobrepasado el estado de *sabikalpa samadhi* y alcanzado el estado más elevado de *nirbikalpa samadhi*<sup>7</sup>.

“Los habitantes Hiranyaloka ya han pasado por las esferas astrales ordinarias, a las que deben ir casi todos los seres procedentes de la tierra en los primeros momentos de su muerte; agotan muchas semillas de sus acciones pasadas en los mundos astrales. Sólo los seres avanzados pueden realizar tal obra de redención con eficacia en los mundos astrales. Después, para liberar sus almas más completamente de las envolturas de restos kármicos alojadas en sus cuerpos astrales, estos seres más elevados son atraídos por la ley cósmica a renacer con nuevos cuerpos astrales en Hiranyaloka, el sol astral o cielo, donde he resucitado para ayudarles. En Hiranyaloka también hay seres altamente avanzados que proceden del mundo causal superior, más sutil”.

En ese momento mi mente se encontraba en sintonía tan perfecta con la de mi gurú, que estaba transmitiéndome su descripción en parte a través del habla y en parte a través del pensamiento. De esa forma yo recibía rápidamente sus noticias-idea.

“Has leído en las escrituras”, continuó el Maestro, “que Dios encierra el alma humana en tres cuerpos sucesivos —el cuerpo idea o causal; el cuerpo astral sutil, asiento de la naturaleza mental y emocional del hombre; y el burdo cuerpo físico. En la tierra un hombre está provisto de sus sentidos físicos. Un ser astral trabaja con su conciencia y sentimientos y un cuerpo hecho de vitatrónes<sup>2</sup>. Un ser con cuerpo causal permanece en el gozoso reino de las ideas. Yo trabajo con aquellos seres astrales que están preparados para entrar en el mundo causal”.

“Maestro adorable, por favor, hábleme más sobre el cosmos astral”. Aunque yo había aflojado ligeramente mi abrazo a petición de Sri Yukteswar, mis brazos todavía le rodeaban. ¡Tesoro más allá de todos los tesoros, mi gurú se había reído de la muerte para venir a mí!

“Hay muchos planetas astrales, llenos de seres astrales”, comenzó el Maestro. “Para viajar de un planeta a otro los habitantes utilizan aviones astrales, o masas de luz, más rápidos que la electricidad y las energías radioactivas.

“El universo astral, hecho de distintas vibraciones de luz y color, es cientos de veces mayor que el cosmos material. Toda la creación física cuelga como una pequeña cesta sólida bajo el enorme globo luminoso de la esfera astral. Del mismo modo que muchos soles y estrellas físicos vagan por el espacio, existen innumerables sistemas de soles y estrellas astrales. Sus planetas tienen soles y lunas astrales, más bellos que los físicos. Las lumbreras astrales se parecen a la aurora boreal, si bien la soleada aurora astral es más deslumbrante que las poco brillantes auroras lunares. El día y la noche astrales son más largos que los de la tierra.

“El mundo astral es infinitamente bello, limpio, puro y ordenado. No hay planetas muertos ni terrenos estériles. Carece de las imperfecciones terrestres, malas hierbas, bacterias, insectos, serpientes. En contraste con los climas y estaciones cambiantes de la tierra, los planetas astrales mantienen siempre la temperatura de una primavera eterna, con ocasionales días luminosos de blanca nieve y lluvia de luces de muchos colores. Los planetas astrales abundan en lagos opalinos y brillantes mares y ríos de arco iris.

“El universo astral ordinario, no el cielo astral más sutil de Hiranyaloka, está poblado por millones de seres astrales que han llegado, más o menos recientemente, de la tierra y también por un sinnúmero de hadas, sirenas, peces, animales, duendes, gnomos, semidioses y espíritus, que residen en diferentes planetas astrales según su clasificación kármica. Diversas mansiones esféricas, o regiones vibratorias, están provistas de espíritus buenos y malos. Los buenos pueden viajar libremente, pero los espíritus maléficos están confinados en zonas limitadas. Del mismo modo que los seres humanos viven en la superficie de la tierra, los gusanos en el suelo, los peces en el agua y los pájaros en el aire, a los seres astrales de los distintos grados se les asignan regiones vibratorias adecuadas.

“Entre los oscuros ángeles caídos expulsados de otros mundos, tienen lugar fricciones y guerras con bombas vitatrónicas o rayos vibratorios *mántricos*<sup>3</sup> mentales. Estos seres moran en las regiones empapadas de penumbra del cosmos astral más bajo, agotando su mal karma.

“En los vastos reinos por encima de la oscura prisión astral, todo es resplandor y belleza. El cosmos astral está más sintonizado que la tierra con la voluntad y el plan de perfección divinos. Todo objeto astral es manifestado en primer lugar por la voluntad de Dios y en segundo por la llamada de la voluntad de los seres astrales. Estos poseen el poder de modificar o mejorar la gracia y la forma de todo lo ya creado por el Señor. Él ha dado a sus hijos astrales la libertad y el privilegio de cambiar y perfeccionar a voluntad el cosmos astral. En la tierra, un sólido se transforma en líquido, o alcanza otro estado, por medio de un proceso natural o químico, pero los sólidos astrales pasan a líquidos, gases o energía astrales únicamente, e instantáneamente, gracias a la voluntad de los habitantes.

“La tierra es oscura, con guerras y muerte en el mar, los continentes y el aire”, continuó mi gurú, “pero los reinos astrales conocen una igualdad y armonía felices. Los seres astrales materializan o desmaterializan sus cuerpos a voluntad. Las flores, peces o animales pueden metamorfosearse, durante cierto tiempo, en hombres astrales. Los seres astrales tienen libertad para asumir cualquier forma y pueden comulgar juntos fácilmente. Ninguna ley fija, definitiva, natural, les ata; a cualquier árbol astral, por ejemplo, se le puede pedir que produzca un mango astral o cualquier otra fruta, flor u objeto que se desee. Existen ciertas restricciones kármicas, pero en el mundo astral no hay distinción entre lo que es o no conveniente. Todo vibra con la creativa luz de Dios.

“Nadie nace de mujer; la descendencia es materializada por seres astrales, con la ayuda de su voluntad cósmica, en formas astralmente diseñadas y condensadas. Los seres que han perdido su cuerpo físico recientemente, llegan a una familia astral como invitados, atraídos por tendencias mentales y espirituales similares.

“El cuerpo astral no está sujeto al frío ni al calor u otras condiciones naturales. La anatomía incluye un cerebro astral, o loto de luz de los mil pétalos y seis centros despertados en el *sushumna* o eje cerebro-espinal astral. El corazón atrae energía cósmica, así como luz, del



cerebro astral y la bombea a los nervios astrales y a las células del cuerpo astral o vitatrones. Los seres astrales pueden influir en su cuerpo por medio de la fuerza vitatrónica o de vibraciones *mántricas*.

“El cuerpo astral es un equivalente exacto de la última forma física. Los seres astrales retienen la misma apariencia que poseían en su juventud, en su estancia previa en la tierra; a veces un ser astral elige, como yo mismo, mantener su apariencia de anciano”. El Maestro, que emanaba la auténtica esencia de la juventud, se rió divertido.

“A diferencia del tridimensional mundo espacial físico, conocido sólo por los cinco sentidos, las esferas astrales son visibles para el sexto sentido que lo incluye todo, la intuición”, continuó Sri Yukteswar. “Todos los seres astrales ven, oyen, huelen, saborean y tocan gracias al sentimiento puro intuitivo. El tercer y principal ojo astral, situado verticalmente en la frente, está abierto. Los seres astrales tienen todos los órganos sensoriales externos, oídos, ojos, nariz, lengua y piel, pero utilizan el sentido intuitivo para experimentar sensaciones por cualquier parte de su cuerpo; pueden ver por el oído o la nariz o la piel. Tienen capacidad para oír por los ojos o la lengua y pueden saborear por los oídos o la piel y así sucesivamente<sup>4</sup>.”

“El cuerpo físico del hombre está expuesto a innumerables peligros, y es fácilmente herido o mutilado; el etéreo cuerpo astral puede quemarse o cortarse incidentalmente, pero se cura de inmediato utilizando simplemente la voluntad”.

“Gurudeva, ¿son todas las personas astrales bellas?”.

“En el mundo astral la belleza es una cualidad espiritual y no una característica externa”, respondió Sri Yukteswar. “Por tanto, los seres astrales conceden poca importancia a los rasgos faciales. No obstante, tienen el privilegio de revestirse a voluntad con nuevos cuerpos, llenos de color, materializados astralmente. Así como las personas de mundo se ponen atavíos nuevos para los acontecimientos de gala, en ciertas ocasiones los seres astrales se engalanan con cuerpos especialmente diseñados para ellos.

“En los planetas astrales más elevados, como Hiranyaloka, tienen lugar alegres fiestas astrales cuando un ser, gracias al desarrollo del espíritu, se libera del mundo astral y está así listo para entrar en el cielo del mundo causal. En tales ocasiones, el Invisible Padre Celestial y los santos que están unidos a Él, se materializan en cuerpos de su elección y se unen a la celebración astral. Para dar placer a Su amado devoto, el Señor toma cualquier forma que éste desee. Si el devoto le venera a través de la devoción, ve a Dios como la Madre Divina. A Jesús el aspecto del Uno Infinito como Padre le atraía por encima de otras concepciones. ¡La individualidad con la que el Creador ha dotado a Sus criaturas, lleva consigo que a la versatilidad del Señor se le hagan todas las peticiones concebibles e inconcebibles!”. Mi gurú y yo nos reímos con ganas.

“En el mundo astral los amigos de otras vidas se reconocen fácilmente”, continuó Sri Yukteswar con su bella y aflautada voz. “Regocijándose de lo inmortal de la amistad, comprenden que el amor es indestructible, de lo que a menudo se duda en la vida terrenal en momentos de tristeza y desilusión.

“La intuición de los seres astrales traspasa el velo que los separa de los hombres y observa las actividades que realizan en la tierra, pero el hombre no puede ver el mundo astral a menos que su sexto sentido se desarrolle. Miles de habitantes de la tierra tienen vislumbres momentáneos de un ser astral o de un mundo astral.

“Los avanzados seres de Hiranyaloka permanecen casi siempre despiertos, en éxtasis, durante los largos días y noches astrales, ayudando a resolver intrincados problemas del gobierno cósmico y de la redención de los hijos pródigos, las almas terrestres. Cuando los seres de Hiranyaloka duermen, a veces tienen visiones a modo de sueños astrales. Generalmente sus mentes están absortas en el estado de conciencia más elevado del gozoso *nirbikalpa*.

“Los habitantes de los mundos astrales todavía están sujetos a las angustias mentales. Las sensibles mentes de los seres más elevados de planetas como Hiranyaloka, sienten intenso dolor si se comete algún error en cuanto a la conducta o la percepción de la verdad. Estos avanzados seres se esfuerzan por sintonizar cada uno de sus actos y pensamientos con la perfección de la ley espiritual.

“La comunicación entre los habitantes astrales se realiza enteramente por medio de la telepatía y la televisión astral; no existen la confusión y el malentendimiento de la palabra escrita o hablada que deben soportar los moradores de la tierra. Así como en la pantalla de cine lo que parecen personas que se mueven y actúan son series de imágenes de luz, y no respiran realmente, así los seres astrales son imágenes luminosas guiadas y coordinadas inteligentemente, que caminan y trabajan sin necesidad de obtener su fuerza del oxígeno. El hombre depende de los sólidos, líquidos, gases y energía para sostenerse; los seres astrales se sostienen principalmente de luz cósmica”.

“Maestro mío, ¿los seres astrales comen?”. Yo me empapaba de sus maravillosas explicaciones con la receptividad de todas mis facultades, mente, corazón, alma. Las percepciones superconscientes de la verdad son permanentemente reales e inmutables, mientras que las experiencias y las percepciones sensibles no son nunca verdades sino temporales o relativas, y pronto pierden en el recuerdo toda su viveza. Las palabras de mi gurú se imprimieron de una forma tan penetrante en el pergamino de mi ser, que en cualquier momento, transfiriendo mi mente al estado superconsciente, puedo revivir con claridad la divina experiencia.

“En los terrenos astrales abundan verduras similares a rayos luminosos”, respondió. “Los seres astrales consumen verduras y beben un néctar que fluye de magníficas fuentes de luz y de los arroyos y ríos astrales. Tal como pueden extraerse del éter las imágenes invisibles de las personas de la tierra y hacerse visibles para un aparato de televisión, así los proyectos de verduras y plantas astrales creadas por Dios e invisibles, que flotan en el éter, se precipitan en un planeta astral por la voluntad de sus habitantes. Del mismo modo, de la imaginación más

apasionada de estos seres, se materializan jardines completos de fragantes flores, que después regresan a la invisibilidad del éter. Aunque los moradores de planetas celestiales como Hiranyaloka están casi libres de la necesidad de comer, la existencia sin condicionamientos de las almas casi totalmente liberadas del mundo causal es todavía mayor, éstas sólo comen el maná de la dicha.

“El ser astral liberado de la tierra se encuentran con multitud de parientes, padres, madres, esposas, esposos y amigos, adquiridos durante sus últimas encarnaciones en la tierra<sup>5</sup>, que van apareciendo de vez en cuando en distintas partes de los reinos astrales. Por ello se siente desconcertado para saber a quién amar de manera especial; de esta forma aprende a dar amor divino e igual a todos, como hijos y expresiones individualizadas de Dios. Aunque la apariencia externa de los seres queridos ha podido cambiar, en distinto grado según su desarrollo de nuevas cualidades en la última vida, el ser astral emplea su infalible intuición para reconocer a todos los que amó una vez en otros planos de existencia y darles la bienvenida a su nuevo hogar astral. Como todos los átomos de la creación están dotados de una individualidad inextinguible<sup>6</sup>, un amigo astral será reconocido sin importar qué ropaje utilice, tal como, observando con atención, se descubre la identidad de un actor terrenal a pesar de su disfraz.

“La vida en el mundo astral es mucho más larga que en la tierra. La vida media de un ser astral avanzado va de quinientos a mil años, medidos a la escala de tiempo de la tierra. Así como ciertas secuoyas sobreviven en milenios a la mayoría de los árboles, o como algunos yoguis viven cientos de años cuando la mayoría de los hombres mueren antes de los setenta, algunos seres astrales viven mucho más de lo normal para la existencia astral. Los visitantes del mundo astral moran allí durante un periodo de tiempo mayor o menor según el peso de su karma físico, que les atrae de nuevo a la tierra en un momento determinado.

“El ser astral no tiene que enfrentarse dolorosamente a la muerte en el momento de desprenderse de su cuerpo luminoso. Muchos de estos seres no sienten ni el más ligero nerviosismo ante el pensamiento de abandonar su forma por una causal más sutil. El mundo astral está libre de la muerte involuntaria, la enfermedad y la vejez. Estos tres terrores son el azote de la tierra, donde el hombre ha permitido a su conciencia identificarse casi totalmente con el frágil cuerpo físico, que para existir necesita constantemente la ayuda del aire, el alimento y el sueño.

“La muerte física está acompañada por la desaparición de la respiración y la desintegración de las células corporales. La muerte astral consiste en la dispersión de los vitatrones, las unidades de energía manifestada que constituyen la vida de los seres astrales. En la muerte física un ser pierde su conciencia del cuerpo de carne y hueso y se hace consciente de su cuerpo sutil en el mundo astral. Al experimentar en su momento la muerte astral, un ser pasa de la conciencia del nacimiento y la muerte astral a la del nacimiento y la muerte física. Estos ciclos recurrentes de encierro astral y físico son el destino ineludible de todos los seres sin iluminación. Las definiciones del cielo y el infierno de las escrituras a veces despiertan en el hombre recuerdos, más profundos que los subconscientes, de su larga serie de experiencias en el risueño mundo astral y el decepcionante mundo terrenal”.

“Amado Maestro”, pregunté, “¿podría describir con más detalle la diferencia entre el renacimiento en la tierra y en las esferas causal y astral?”.

“El hombre, como alma individualizada, tiene esencialmente un cuerpo causal”, explicó mi gurú. “Ese cuerpo es una matriz de treinta y cinco *ideas* que Dios necesita como fuerzas básicas o pensamiento causal, de la cual crea posteriormente el cuerpo astral sutil de diecinueve elementos y el burdo cuerpo físico de dieciséis elementos.

“Los diecinueve elementos del cuerpo astral son mentales, emocionales y vitatónicos. Los diecinueve componentes son: inteligencia, ego, sentimientos, mente (sentido-conciencia), cinco instrumentos de *conocimiento* –los equivalentes a los sentidos de la vista, oído, olfato, gusto y tacto, cinco instrumentos de *acción* –los correspondientes mentales de las capacidades ejecutivas de la procreación, la excreción, el habla, el caminar y el ejercicio de las habilidades manuales– y cinco instrumentos de la *fuerza vital* –dotados de poder para realizar la cristalización, asimilación, eliminación, metabolismo y las funciones circulatorias del cuerpo. Este revestimiento astral sutil de diecinueve elementos sobrevive a la muerte del cuerpo físico, que está hecho de dieciséis elementos metálicos y no metálicos ordinarios.

“Dios elaboró diferentes ideas y las proyectó en sueños. Y así surgió la dama Sueño Cósmico, decorada con sus colosales e infinitos adornos de relatividad.

“En las treinta y cinco categorías de pensamiento del cuerpo causal, Dios desarrolló todas las complejidades de los diecinueve equivalentes astrales del hombre y los dieciséis equivalentes físicos. Por medio de la condensación de las fuerzas vibratorias, primero sutiles, después burdas, produjo el cuerpo astral del hombre y finalmente su forma física. De acuerdo con la ley de la relatividad, por la cual la Simplicidad Perfecta se convierte en lo múltiple desconcertante, el cosmos causal y el cuerpo causal son distintos del cosmos astral y el cuerpo astral; el cosmos físico y el cuerpo físico se diferencian igualmente de las demás formas de la creación.

El cuerpo de carne y hueso está hecho de los sueños del Creador fijados y objetivados. Las dualidades están siempre presentes en la tierra: salud y enfermedad, placer y dolor, pérdida y ganancia. Los seres humanos encuentran limitación y resistencia en la materia tridimensional. Cuando el deseo de vivir del hombre se ve gravemente debilitado por la enfermedad u otras causas, llega la muerte; el pesado abrigo de carne es arrojado temporalmente. No obstante, el alma permanece encerrada en los cuerpos astral y causal<sup>7</sup>. La fuerza cohesiva que mantiene juntos a los tres cuerpos es el deseo. El poder de los deseos insatisfechos es la raíz de la esclavitud del ser humano.

“Los deseos físicos tienen su raíz en el egocentrismo y los placeres de los sentidos. La compulsión o tentación de la experiencia sensorial es más fuerte que la fuerza-deseo asociada a los apegos astrales y las percepciones causales.

“Los deseos astrales se centran en el disfrute en términos de vibración. Los seres astrales disfrutan de la música etérea de las esferas y se embelesan con la visión de la creación como expresiones inextinguibles de luz cambiante. Los seres astrales también huelen, saborean y tocan la luz. Los deseos astrales están así en relación con el poder de los seres astrales de dar realidad a todos los objetos y experiencias como formas de luz o pensamientos o sueños condensados.

“Los deseos causales se satisfacen únicamente a través de la percepción. Los seres casi libres que sólo están encerrados en el cuerpo causal, ven todo el universo como realizaciones de los sueños-idea de Dios; pueden materializarlo todo como pensamiento puro. Por ello los seres causales consideran el disfrute de las sensaciones físicas o de los placeres astrales como groseros y sofocantes para la delicada sensibilidad del alma. Los seres causales se liberan de sus deseos materializándolos instantáneamente<sup>8</sup>. Quienes se cubren únicamente con el delicado velo del cuerpo causal, pueden dar forma a universos tal como lo hace el Creador. Puesto que toda la creación está hecha de la textura cósmica del sueño, el alma envuelta en el ligero cuerpo causal tiene amplios poderes para hacer realidad cuanto desee.

“Un alma, siendo invisible por naturaleza, puede distinguirse sólo por la presencia de su cuerpo o cuerpos. La simple presencia de un cuerpo significa que debe su existencia a los deseos insatisfechos<sup>9</sup>.

“Mientras el alma humana está encerrada en uno, dos o tres recipientes corporales, tapada herméticamente con los corchos de la ignorancia y los deseos, no puede fundirse con el mar del Espíritu. Cuando el burdo receptáculo físico es destruido por el martillo de la muerte, las otras dos envolturas, astral y causal, permanecen, para evitar que el alma se una con la Vida Omnipresente. Cuando a través de la sabiduría se alcanza la supresión de los deseos, su poder desintegra las dos vasijas que quedaban. La diminuta alma humana emerge, finalmente libre; es una con la Amplitud Inconmensurable”.

Pedí a mi divino gurú que arrojara más luz sobre el elevado y misterioso mundo causal.

“El mundo causal es indescriptiblemente sutil”, respondió. “Para comprenderlo sería necesario poseer tal poder de concentración, que se pudieran cerrar los ojos y visualizar el cosmos astral y físico en toda su amplitud, el globo luminoso con la cesta sólida, como existentes tan sólo en idea. Si, gracias a una concentración sobrehumana, se consiguiera transformar o reducir los dos cosmos con todas sus complejidades a ideas puras, se alcanzaría el mundo causal y se estaría en la línea divisoria donde se funden la mente y la materia. Allí se percibe todo lo creado, sólidos, líquidos, gases, electricidad, energía, todos los seres, dioses, hombres, animales, plantas, bacterias, como formas de conciencia, del mismo modo que un hombre puede cerrar los ojos y comprender que existe, aunque su cuerpo es invisible para los ojos físicos y está presente sólo como idea.

“Todo lo que un ser humano puede hacer con la imaginación, un ser causal puede convertirlo en realidad. La inteligencia humana de imaginación más colosal es capaz, sólo mentalmente, de ir de un extremo del pensamiento a otro; es capaz de saltar mentalmente de planeta en planeta, de caer sin fin en un abismo de eternidad, de elevarse como un cohete hasta el firmamento galáctico, de centellear como un proyector sobre vías lácteas y espacios sembrados de estrellas. Pero los seres del mundo causal tienen una libertad mucho mayor y pueden manifestar sus pensamientos como objetos sin esfuerzo e instantáneamente, sin ningún obstáculo astral o limitación kármica.

“Los seres causales comprenden que el cosmos físico no está compuesto primariamente de electrones ni el cosmos astral está compuesto básicamente de vitatrones, en realidad ambos están creados de las más diminutas partículas del pensamiento de Dios, cortadas y divididas por *maya*, la ley de la relatividad que interviene separando en apariencia el Noumenon de Sus fenómenos.

“En el mundo causal las almas se reconocen como puntos individualizados del Espíritu gozoso; sus cosas-pensamiento son los únicos objetos que les rodean. Los seres causales ven que la diferencia entre sus cuerpos y sus pensamientos son simplemente ideas. Al igual que un hombre al cerrar los ojos puede visualizar una brillante luz blanca o una tenue neblina azul, así los seres causales son capaces de ver, oír, sentir, saborear y tocar a través del pensamiento; lo crean todo, o lo disuelven, gracias al poder de la mente cósmica.

“En el mundo causal, tanto la muerte como el renacer suceden en el pensamiento. Los cuerpos de los seres causales se agasajan únicamente con la ambrosía de un conocimiento eternamente nuevo. Beben de las fuentes de la paz, se mueven por la tierra sin caminos trazados de las percepciones, nadan en el ilimitado océano de la dicha. ¡Mira, observa sus brillantes cuerpos-pensamiento que pasan veloces por los trillones de planetas creados por el Espíritu, frescas burbujas de los universos, estrellas de sabiduría, sueños espectrales de nebulosas doradas, por encima del celeste seno azul del Infinito!

“Muchos seres permanecen en el cosmos causal durante miles de años. Después, por medio de un éxtasis más profundo, el alma liberada se extrae a sí misma del pequeño cuerpo causal y pasa a formar parte de la vastedad del cosmos causal. Todos los remolinos de ideas separadas, olas de poder, amor, voluntad, alegría, paz, intuición, calma, autocontrol y concentración particularizadas, se unen en el Mar de Dicha siempre gozoso. El alma ya no vuelve a experimentar su dicha como una ola de conciencia individualizada, sino que se funde en el Único Océano Cósmico con las demás olas –risa, emociones, latidos eternos.

“Cuando un alma rompe el capullo de los tres cuerpos, escapa para siempre a la ley de la relatividad y se convierte en lo inefable Siempre-Existente<sup>10</sup>. ¡Contempla la mariposa de la Omnipresencia, con sus alas grabadas de estrellas, soles y lunas! El alma expandida en Espíritu permanece sola en la región de la luz sin luz, oscuridad sin oscuridad, pensamiento sin pensamiento, embriagada en su éxtasis de dicha en el sueño de la creación cósmica de Dios”.

“¡Un alma libre!”, exclamé con respeto y temor.

“Cuando un alma consigue salir finalmente de las tres botellas de los engaños corporales”, continuó el Maestro, “se vuelve una con el Infinito sin perder su individualidad. Cristo había ganado esta libertad última incluso antes de nacer como Jesús. En tres etapas de su pasado, simbolizadas en su vida terrenal por los tres días de su experiencia de la muerte y resurrección, había alcanzado el poder de elevarse totalmente como Espíritu.

“El hombre sin desarrollo debe sufrir innumerables encarnaciones terrenales, astrales y causales antes de salir de sus tres cuerpos. Un maestro que ha alcanzado esta libertad final puede elegir regresar a la tierra como profeta para llevar a otros seres humanos de regreso a Dios o, como yo mismo, puede elegir morar en el cosmos astral. Allí un salvador asume parte del peso del karma de los habitantes<sup>11</sup> y así les ayuda a terminar su ciclo de reencarnación en el cosmos astral y permanecer en las esferas causales. O un alma libre puede entrar en el mundo causal y ayudar a sus seres a acortar su lapso en el cuerpo causal y alcanzar así la Libertad Absoluta.

“Oh, Resucitado, quiero saber más sobre el karma que fuerza a las almas a regresar a los tres mundos”. Creo que podría seguir escuchando a mi omnisciente Maestro para siempre. En su vida terrenal yo no había sido nunca capaz de asimilar tanta de su sabiduría en un momento. Ahora, por primera vez, estaba recibiendo una visión clara y precisa de los enigmáticos interespacios del tablero de damas de la vida y la muerte.

“El hombre debe agotar completamente sus deseos o karma físico para alcanzar una vida permanente en los mundos astrales”, aclaró mi gurú con su emocionante voz. “En las esferas astrales viven dos clases de seres. Quienes todavía tienen karma terrenal del que deshacerse, y por tanto deben habitar de nuevo un burdo cuerpo físico para pagar sus deudas kármicas, podrían considerarse, tras su muerte física, visitantes temporales del mundo astral más que residentes permanentes.

“Tras su muerte astral, a los seres que tienen karma terrenal sin redimir no se les permite ir a la esfera causal de ideas cósmicas, sino que deben ir y venir del mundo físico al astral, siendo conscientes sucesivamente de su cuerpo físico de dieciséis elementos ordinarios y de su cuerpo astral de diecinueve elementos sutiles. Cuando, tras cada pérdida de su cuerpo físico, un ser sin desarrollo llega de la tierra, permanece la mayor parte del tiempo en el profundo estupor del sueño-muerte y apenas es consciente de la belleza de la esfera astral. Tras el descanso astral, tal hombre regresa al plano material para recibir más lecciones, acostumbrándose gradualmente, a través de los repetidos viajes, a los mundos de la sutil textura astral.

“Por otra parte, los residentes normales, o de larga estancia, del universo astral son quienes, libres para siempre de todo anhelo material, no necesitan regresar a las burdas vibraciones de la tierra. Tales seres sólo tienen karma astral o causal que agotar. Al morir astralmente, estos seres pasan al mundo causal, infinitamente más sutil y delicado. Despojándose de la forma-pensamiento del cuerpo causal al transcurrir cierto tiempo, determinado por la ley cósmica, estos avanzados seres regresan a Hiranyaloka o a un elevado planeta astral similar, renaciendo en un nuevo cuerpo astral para agotar su karma astral sin redimir.

“Hijo mío, ahora puedes comprender mejor que he resucitado por decreto divino”, continuó Sri Yukteswar, “en concreto como salvador de las almas reencarnadas astralmente que regresan de la esfera causal y no de aquellos seres astrales que proceden de la tierra. Quienes llegan de la tierra, si todavía retienen vestigios de karma material, no llegan a planetas astrales tan elevados como Hiranyaloka.

“Así como la mayoría de las personas de la tierra no aprenden, gracias a la visión adquirida por la meditación, a apreciar los goces superiores y ventajas de la vida astral, y por tanto, tras la muerte, desean regresar a los placeres limitados e imperfectos de la tierra, así muchos seres astrales, durante la desintegración normal de sus cuerpos astrales, no consiguen tener una imagen del avanzado estado de alegría espiritual del mundo causal e, insistiendo en el pensamiento de la felicidad astral, más grosera y burda, anhelan volver a visitar el paraíso astral. Tales seres deben redimir un pesado karma astral antes de que, tras la muerte astral, puedan quedarse permanentemente en el mundo-pensamiento causal, apenas separado del Creador.

Sólo cuando un ser ya no tiene deseos de experiencias en el agradable para la vista cosmos astral y no puede ser tentado a regresar allí, permanece en el mundo causal. Completando allí su trabajo de redimir todo el karma causal o semillas de los deseos pasados, el alma encerrada quita el último de los tres corchos de la ignorancia y, saliendo del recipiente final del mundo causal, comulga con el Eterno.

“¿Comprendes ahora?”. ¡El Maestro sonrió con tanto encanto!

“Sí, por medio de su gracia. Estoy mudo de alegría y gratitud”.

Jamás había recibido de ningún canto o narración un conocimiento tan inspirador. Aunque las escrituras hindúes hacen referencia a los mundos astral y causal y a los tres cuerpos del hombre, ¡qué remotas y sin sentido resultan esas páginas comparadas con la cálida autenticidad de mi resucitado Maestro! ¡Desde luego para él no existía ningún “país desconocido de cuyos confines ningún viajero regresa”!

“La conexión entre los tres cuerpos humanos se expresa de muchas formas en su triple naturaleza”, continuó mi gran gurú. “En el débil estado del ser humano en la tierra, es más o menos consciente de los tres vehículos. Cuando está absorto gustando, oliendo, tocando, oyendo o viendo, está trabajando principalmente con su cuerpo físico. Visualizando o deseando trabaja fundamentalmente con su cuerpo astral. El medio causal encuentra su expresión cuando el hombre piensa o se sumerge profundamente en la introspección o la meditación; los

pensamientos cósmicos del genio llegan al hombre que entra en contacto habitualmente con el cuerpo causal. En este sentido, un individuo puede ser clasificado como 'un hombre material', 'un hombre energético' o 'un hombre intelectual'.

"Un hombre se identifica alrededor de dieciséis horas diarias con su vehículo físico. A continuación duerme; si sueña, permanece en su cuerpo astral, creando sin esfuerzo objetos, tal como hacen los seres astrales. Si el hombre duerme profundamente y sin soñar, durante varias horas puede transferir su conciencia, o sentido de No-yo, al cuerpo causal; tal dormir revivifica. Quien sueña entra en contacto con el cuerpo astral y no con el causal; su dormir no refresca totalmente".

Yo observaba con cariño a Sri Yukteswar mientras hacía esta maravillosa exposición.

"Seráfico gurú", dije, "su cuerpo parece ser exactamente el mismo que tenía cuando yo lloré sobre él por última vez en el ashram de Puri".

"Oh, sí, mi nuevo cuerpo es una copia perfecta del viejo. Materializo y desmaterializo esta forma siempre que lo deseo, con mucha más frecuencia que lo hacía en la tierra. Gracias a una veloz desmaterialización, viajo instantáneamente con la rápida luz de un planeta a otro, de hecho, desde el cosmos astral al causal o al físico". Mi divino gurú sonrió. "¡Aunque estos días te mueves con tal celeridad, no me resultó difícil encontrarte en Bombay!".

"¡Oh, Maestro, estaba tan profundamente afligido por su muerte!".

"Ah, ¿en dónde he muerto? ¿No hay aquí alguna contradicción?". Los ojos de Sri Yukteswar resplandecían de amor y regocijo.

"En la tierra sólo estabas soñando; en la tierra sólo veías mi cuerpo-sueño", prosiguió. "Después enterraste mi imagen-sueño. Ahora mi cuerpo de carne y hueso más sutil que contemplas ¡y todavía abrazas bastante apretadamente!, ha resucitado en otro planeta-sueño de Dios más delicado. Algún día este cuerpo-sueño y este planeta-sueño más sutiles desaparecerán; tampoco ellos son para siempre. Todas las burbujas-sueño tienen que estallar finalmente con un último y débil toque. ¡Hijo mío, Yogananda, distingue entre sueños y Realidad!".

Esta idea de la resurrección *vedántica*<sup>12</sup> me llenaba de asombro y maravilla. Estaba avergonzado por haber sentido pena por el Maestro al ver su cuerpo sin vida en Puri. Comprendí finalmente que mi gurú siempre había estado plenamente despierto en Dios, que consideraba su vida, su paso por la tierra y su actual resurrección, tan sólo como relativizaciones de ideas divinas en el sueño cósmico.

"Ahora te he contado, Yogananda, las verdades de mi vida, muerte y resurrección. No te apenes por mí; por el contrario, difunde por todas partes el relato de mi resurrección ¡desde el sueño terrenal de Dios que es el hombre, a otro planeta soñado por Dios en que las almas están vestidas astralmente! En los corazones de los soñadores del mundo, que sufren hasta la locura y temen a la muerte, se infundirá nueva esperanza".

"¡Sí, Maestro!". ¡Con qué gusto compartiría con los demás mi alegría por su resurrección!

"En la tierra mi nivel era incómodamente elevado, incompatible con la naturaleza de la mayoría de los hombres. A menudo te reprendí más de lo que debería haber hecho. Pasaste la prueba; tu amor brilló por entre las nubes de todas las reprimendas". Añadió con ternura, "Hoy he venido también a decírtelo: Nunca más te dirigiré una dura mirada censora. No volveré a reprenderte jamás".

¡Cuánto había yo echado de menos los castigos de mi gran gurú! Cada uno de ellos había sido un ángel de la guarda de protección.

"¡Queridísimo Maestro! ¡Regáñeme un millón de veces, repréndame ahora!".

"No te reñiré nunca más". Su divina voz era grave, pero con un trasfondo de risa. "Tú y yo sonreiremos juntos mientras nuestras dos formas parezcan diferentes en el sueño de *maya* de Dios. Al final nos fundiremos en el Amado Cósmico; nuestras sonrisas serán Su sonrisa, nuestra canción única de alegría vibrará por la eternidad para ser difundida a las almas sintonizadas con Dios!".

Sri Yukteswar me esclareció algunos asuntos que no puedo revelar aquí. Durante las dos horas que pasé con él en la habitación del hotel de Bombay respondió a todas mis preguntas. Varias de las predicciones que hizo aquel día de Junio de 1936 ya se han cumplido.

"¡Ahora te dejo, amado mío!". Con estas palabras sentí que el Maestro se desvanecía entre mis brazos que le circundaban.

"Hijo mío", se oyó su voz, vibrando en el firmamento de mi alma, "siempre que traspases la puerta de *nirbikalpa samadhi* y me llames, vendré a ti en carne y hueso, tal como lo he hecho hoy".

Con esta promesa celestial Sri Yukteswar desapareció de mi vista. Una voz, que parecía proceder de una nube, repetía con fuerza celestial: "¡Díselo a todos. Todo el que, gracias a la realización *nirbikalpa*, sepa que vuestra tierra es un sueño de Dios, puede venir al planeta más sutil, creado del sueño, de Hiranyaloka y encontrarme resucitado en un cuerpo exactamente igual a mi cuerpo terrenal. Yogananda, ¡díselo a todos!".

El dolor del partir se había ido. La pena y aflicción por su muerte, largo tiempo ladronas de mi paz, huían ahora llenas de vergüenza. La dicha manaba como una fuente por los inagotables poros recientemente abiertos del alma. Obturados durante mucho tiempo por la falta de uso, se

ensanchaban ahora en pureza ante el empuje de la corriente de éxtasis. Los pensamientos y sentimientos subconscientes de mis encarnaciones pasadas se despojaban de sus manchas kármicas, brillantemente renovados por la divina visita de Sri Yukteswar.

En este capítulo de mi autobiografía he obedecido la petición de mi gurú y he expandido la buena nueva, aunque ésta desconcierta una vez más a una generación indiferente. El ser humano conoce bien la humillación; la desesperación no le es ajena; y sin embargo éstas son obstinaciones malsanas, no forman parte del verdadero destino del hombre. El día que lo desee podrá ponerse en camino hacia la libertad. Ha escuchado durante demasiado tiempo el frío y húmedo pesimismo, “polvo eres”, de sus consejeros que hacen caso omiso del alma inconquistable.

Yo no fui el único privilegiado que contempló al Resucitado Gurú.

Uno de los chelas de Sri Yukteswar era una mujer de edad, conocida cariñosamente por *Ma* (Madre), cuya casa estaba cerca de la ermita de Puri. Durante los paseos matinales el Maestro se paraba con frecuencia para charlar con ella. En la tarde del 16 de Marzo de 1936, Ma llegó al ashram y pidió ver a su gurú.

“¿Qué? ¡El Maestro murió hace una semana!”. Swami Sebananda, que ahora estaba a cargo de la ermita de Puri, le miró con tristeza.

“¡Eso es imposible!”. Sonrió ligeramente. “¿Estás quizá intentando proteger al gurú de visitas impertinentes?”.

“No”. Sebananda le contó los detalles del entierro. “Ven”, le dijo. “Te llevaré al jardín delantero, a la tumba de Sri Yukteswar”.

Ma negó con la cabeza. “¡Para él no existe tumba alguna! ¡Esta mañana a las diez pasó ante mi puerta en su paseo habitual! Hablé con él durante algunos minutos en la soleada mañana.

“Ven al ashram esta tarde”, dijo.

“¡Aquí estoy! ¡Las bendiciones se derraman sobre esta vieja cabeza gris! ¡El gurú inmortal quiso que yo entendiera en qué cuerpo trascendente me había visitado esta mañana!”.

El asombrado Sebananda se arrodilló ante ella.

“Ma”, dijo, “¡qué doloroso peso quitas de mi corazón! ¡Ha resucitado!”.

#### ÍNDICE

**1** En *sabikalpa samadhi* el devoto ha progresado espiritualmente al estado de unión divina interior, pero no puede mantener su conciencia cósmica excepto en el estado de éxtasis inmóvil. Gracias a la meditación continua, alcanza el estado superior de *nirbikalpa samadhi*, en el cual se mueve libremente por el mundo y realiza sus deberes externos sin pérdida de la realización en Dios. [Volver](#)

**2** Sri Yukteswar utilizó la palabra *prana*; la he traducido como vitatrones. Las escrituras hindúes hablan no sólo del *anu*, “átomo” y el *paramanu*, “más allá del átomo”, como energías electrónicas más sutiles; sino también del *prana*, “fuerza vitatrónica creadora”. Los átomos y los electrones son fuerzas ciegas; el *prana* es inherentemente inteligente. Por ejemplo, los vitatrones pránicos en el espermatozoide y el óvulo dirigen el desarrollo embrionario según el diseño kármico. [Volver](#)

**3** Adjetivo de *mantra*, semillas-sonidos cantadas, disparadas por la pistola mental de la concentración. Los *Puranas* (antiguos *shastras* o tratados), describen estas guerras *mántricas* entre *devas* y *asuras* (dioses y demonios). En una ocasión, un *asura* intentó matar a un *deva* con un potente canto. Pero debido a la deficiente pronunciación, la bomba mental actuó como un bumerán y mató al demonio. [Volver](#)

**4** En la tierra no faltan ejemplos de tales poderes, como el caso de Helen Keller y otros raros seres. [Volver](#)

**5** En una ocasión le preguntaron al Señor Budha por qué debía amarse a todas las personas por igual. “Porque”, respondió el gran profesor, “en las distintas y numerosas vidas de cada hombre, todos los demás seres han sido queridos para él en un momento u otro”. [Volver](#)

**6** Las ocho cualidades elementales que participan en toda vida creada, desde al átomo al hombre, son tierra, agua, fuego, aire, éter, movimiento, mente e individualidad. (*Bhagavad Gita*: VII:4). [Volver](#)

**7** Cuerpo significa cualquier encierro del alma, ya sea burdo o sutil. Los tres cuerpos son jaulas para el Pájaro del Paraíso. [Volver](#)

**8** Así fue como Babaji ayudó a Lahiri Mahasaya a deshacerse del deseo, procedente de alguna vida pasada, de un palacio; tal como se describe en el capítulo 34. [Volver](#)

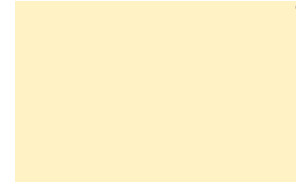
**9** “Y él les dijo, Allí donde esté el cuerpo se reunirán las águilas”. *Lucas* 17:37. Sea que el alma esté encerrada en el cuerpo físico o en el cuerpo astral o en el cuerpo causal, allí las águilas de los deseos, que se alimentan de la debilidad de los sentidos o de los apegos astral y causal, se reunirán también para mantener la prisión del alma. [Volver](#)

**10** “Al vencedor lo pondré de pilar en el templo de mi Dios y no saldrá más (es decir, no volverá a reencarnarse)... Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono”. *Apocalipsis* 3:12, 21. [Volver](#)

**11** Sri Yukteswar quería decir que, tal como en su encarnación terrenal había asumido ocasionalmente el peso de la enfermedad para aligerar el karma de sus discípulos, así su misión como salvador en el mundo astral le permitía tomar cierto karma astral de los moradores de Hiranyaloka y acelerar de ese modo su evolución al más elevado mundo causal. [Volver](#)

**12** Vida y muerte tan sólo como relatividades del pensamiento. *Vedanta* señala que Dios es la única Realidad; toda la creación o existencia separada es *maya* o ilusión. Esta Filosofía del monismo recibió su expresión más elevada en los comentarios a los *Upanishad* de Shankara. [Volver](#)





ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Cuarenta y Cuatro

### Con Mahatma Gandhi en Wardha

“¡Bienvenidos a Wardha!”. Mahadev Desai, secretario de Mahatma Gandhi, nos recibió a la Señora Bletch, al Señor Wright y a mí con estas cordiales palabras y el ofrecimiento de guirnaldas de *khaddar* (algodón hilado a mano). Nuestro pequeño grupo acababa de apearse en la estación de Wardha en las primeras horas de una mañana de Agosto, felices de dejar el polvo y el calor del tren. Confiando nuestro equipaje a un carro de bueyes, subimos a un automóvil con el motor al aire, junto al Señor Desai y sus acompañantes, Babasaheb Deshmukh y el Doctor Pingale. Un corto trayecto por las carreteras de tierra del país nos llevó a *Maganvadi*, el ashram del santo político de la India.

El Señor Desai nos condujo inmediatamente al escritorio donde, con las piernas cruzadas, estaba sentado Mahatma Gandhi. La pluma en una mano y un pedacito de papel en la otra, ¡en su rostro una amplia, encantadora y afectuosa sonrisa!

“¡Bienvenidos!”, garabateó en hindi; era lunes, su día de silencio semanal.

Aunque éste era nuestro primer encuentro, nos sonreímos cariñosamente. En 1925 Mahatma Gandhi había honrado la escuela de Ranchi con una visita y le había dedicado un amable tributo en el libro de huéspedes.

Los diminutos 45 kilos del santo irradiaban salud física, mental y espiritual. Sus dulces ojos castaños brillaban de inteligencia, sinceridad y discernimiento; este estadista ha puesto a prueba su inteligencia y ha salido victorioso en miles de batallas legales, sociales y políticas. Ningún otro líder del mundo tiene un lugar tan seguro en el corazón de su pueblo, como el que Gandhi ocupa en millones de iletrados de la India. El homenaje espontáneo que estos le han tributado es su famoso título de *Mahatma*, “gran alma”<sup>1</sup>. Sólo por ellos Gandhi limita su vestido a la amplia tira del taparrabos, símbolo de su unidad con las masas oprimidas que no pueden permitirse nada más.



MAHATMA GANDHI

Disfruto de una apacible comida con el político y santo de la India en su ermita de Wardha, Agosto de 1935.

“Los residentes del ashram están enteramente a su disposición; por favor llámelos para cuanto necesite”. Con su característica cortesía, el Mahatma me tendió esta nota escrita apresuradamente mientras el Señor Desai conducía a nuestro grupo del escritorio a la casa de huéspedes.

Nuestro guía nos condujo a través de huertos y campos en flor a un edificio con el techo de teja y ventanas de celosía. En el patio delantero, un aljibe de 8 metros de diámetro se utilizaba, según dijo el Señor Desai, como reserva de agua para el riego; cerca había una rueda de cemento giratoria para trillar arroz. Nuestras habitaciones resultaron tener lo mínimo imprescindible, una cama, hecha a mano con cuerda. La cocina encalada ostentaba un grifo en una esquina y un hoyo para hacer fuego donde cocinar en otra. A nuestros oídos llegaban los sencillos sonidos de Arcadia, los graznidos de los cuervos y el pjar de los gorriones, los mugidos del ganado y el golpe seco del cincel cortando piedra.

Viendo el diario de viaje del Señor Wright, el Señor Desai abrió una página y escribió en ella una lista de los votos *Satyagraha*<sup>2</sup> tomados por todos los seguidores estrictos del Mahatma (*satyagrahis*):

“No violencia, Veracidad, No Robar, Celibato, No Posesión, Trabajo Corporal, Control del Paladar, Valor, Igual Respeto por todas las Religiones, *Swadeshi* (uso de productos manufacturados), Libertad de los Intocables. Estos once principios deben observarse como votos con un espíritu de humildad”.

(El mismo Gandhi firmó esta página al día siguiente, poniendo también la fecha, 27 de Agosto de 1935).

Dos horas después de nuestra llegada mis compañeros y yo fuimos llamados para la comida. El Mahatma ya estaba sentado bajo las columnas del porche del ashram, al otro lado de su estudio. Unos veinticinco *satyagrahis* descalzos estaban sentados en cuclillas ante tazas y platos de latón. Una oración en coro de la comunidad; después una comida servida en grandes cazuelas de latón consistente en *chapatis* (pan de harina integral sin levadura) rociado de *ghee*; *talsari* (hortalizas en dados y cocidas) y mermelada de limón.

El Mahatma comió *chapatis*, alubias cocidas, algunos vegetales crudos y naranjas. Junto a su plato había un gran montón de amarguísimas hojas *neem*, un notable purificador de la sangre. Separaba una porción con su cuchara y lo colocaba en mi plato. Yo lo engullía con agua, recordando los días de la infancia en que mi madre me obligaba a tragar la desagradable dosis. Sin embargo Gandhi comía el engrudo de *neem* poco a poco, saboreándolo como si fuera un delicioso dulce.

En este episodio sin importancia me di cuenta de la capacidad del Mahatma para separar la mente de los sentidos a voluntad. Recordé la famosa operación de apéndice a que se sometió

hace algunos años. Rehusando la anestesia, el santo habló alegremente con sus discípulos durante la operación, mientras su contagiosa sonrisa revelaba su inconsciencia al dolor.

La tarde trajo la oportunidad de una charla con una destacada discípula de Gandhi, hija de un almirante inglés, la Señorita Madeleine Slade, llamada ahora Mirabai<sup>3</sup>. Su rostro fuerte y tranquilo se iluminaba de entusiasmo mientras me hablaba, en un impecable hindi, de sus actividades diarias.

“¡El trabajo de reconstrucción rural es gratificante! Todas las mañanas a las cinco, un grupo va a servir en las aldeas vecinas y enseñar higiene básica. Ponemos empeño en limpiar sus letrinas y las cabañas de barro y techo de paja. Los aldeanos son iletrados; ¡sólo se les puede educar con el ejemplo!”. Se rió alegremente.

Admiré a esta mujer de la clase alta inglesa, cuya humildad cristiana le permite hacer el trabajo de limpieza que normalmente es realizado por los “intocables”.

“Llegué a la India en 1925”, me dijo. “En este país sentí que había ‘vuelto a casa’. Ahora no desearía regresar jamás a mi vieja vida y mis viejos intereses”.

Charlamos sobre América durante un rato. “Siempre me ha agradado y sorprendido”, dijo, “ver el profundo interés en temas espirituales que muestran los muchos americanos que visitan la India”<sup>4</sup>.

Pronto las manos de Mirabai se ocuparon del *charka* (rueca), omnipresente en todas las habitaciones del ashram y de hecho, por intervención de Gandhi, omnipresente en toda la India rural.

Gandhi ha dado razones económicas y culturales para alentar la revitalización de las industrias artesanales, pero no ha aconsejado un repudio fanático de todos los progresos modernos. ¡Las máquinas, los trenes, los automóviles, el telégrafo, han jugado parte importante en su propia vida de gigante! Cincuenta años de servicio público, en prisión y fuera de ella, luchando diariamente con detalles prácticos y duras realidades en el mundo de la política, sólo han aumentado su equilibrado, imparcial, sensato y divertido aprecio del pintoresco espectáculo humano.

Nuestro trío gozó de la cena de las seis como huéspedes de Babasaheb Deshmukh. La oración de las siete nos encontró de vuelta en el ashram *Maganvadi*, subidos al tejado, donde treinta *satyagrahis* se habían agrupado en semicírculo entorno a Gandhi. Éste estaba sentado en cuclillas sobre una esterilla de paja, con un antiguo reloj de bolsillo abierto ante él. El sol, al declinar, proyectaba un último destello sobre las palmeras y *banyas*; el zumbido de la noche y los grillos habían comenzado. La atmósfera era verdaderamente serena; yo estaba embelesado.

Un solemne canto dirigido por el Señor Desai, con respuestas de todo el grupo; después la lectura del *Gita*. El Mahatma me indicó que hiciera la oración de cierre. ¡Qué divina armonía de pensamiento y aspiración! Un recuerdo imborrable; la meditación en lo alto del tejado de Wardha, bajo las primeras estrellas.

Gandhi terminó su silencio a las ocho, puntualmente. La hercúlea tarea de su vida requería repartir su tiempo minuciosamente.

“¡Bienvenido Swamiji!”. Esta vez el saludo del Mahatma no fue vía papel. Acabábamos de descender del tejado a su estudio, amueblado sencillamente con esterillas cuadradas (sin sillas), una mesa de escritorio baja con libros, papeles y algunas plumas corrientes (no estilográficas); un reloj anodino hacía tictac en una esquina. Un aura de paz y devoción lo impregnaba todo. Gandhi ofrecía una de sus cautivadoras, hundidas y casi sin dientes sonrisas.

“Hace años”, explicó, “comencé la observancia semanal de un día de silencio como medio de ganar tiempo y atender a mi correspondencia. Pero ahora esas veinticuatro horas se han convertido en una necesidad espiritual vital. Un periodo de silencio decretado no es una tortura sino una bendición”.

Estuve incondicionalmente de acuerdo<sup>5</sup>. El Mahatma me preguntó sobre América y Europa; hablamos de la India y de la situación mundial.

“Mahadev”, dijo Gandhi cuando el Señor Desai entró en la habitación, “por favor, prepara el Town Hall para que Swamiji hable allí sobre yoga mañana por la noche”.

Mientras daba las buenas noches al Mahatma, me tendió con toda consideración una botella de aceite de citronella.

“¡Los mosquitos de Wardha no saben nada sobre *ahimsa*”, dijo, riéndose.

A la mañana siguiente nuestro pequeño grupo desayunó temprano una deliciosa avena cocida con melaza y leche. A las diez y media fuimos llamados al porche del ashram para la comida con Gandhi y sus *satyagrahis*. Hoy el menú incluía arroz integral, una variedad de hortalizas y semillas de cardamomo.

El mediodía me encontró paseando por los terrenos del ashram, donde pastaban algunas vacas imperturbables. La protección de las vacas es una pasión en Gandhi.

“Para mí la vaca significa todo el mundo subhumano, extendiendo la solidaridad del hombre más allá de su propia especie”, explicaba el Mahatma. “A través de la vaca el hombre disfruta al comprender su identidad con todas las vidas. El por qué los antiguos rishis eligieron la vaca como quintaesencia es obvio para mí. En la India la vaca era la mejor comparación; era la dadora de la abundancia. No sólo daba leche, sino que también hacía posible la agricultura. La vaca es un poema de piedad; se lee piedad en el manso animal. Es la segunda madre de millones de seres

humanos. Proteger a la vaca significa proteger toda la muda creación de Dios. La llamada del orden más bajo de la creación es la más fuerte porque no habla”.

El hindú ortodoxo está obligado a realizar tres rituales diarios. Uno es *Bhuta Yajna*, la ofrenda de alimento al reino animal. Esta ceremonia simboliza la comprensión humana de sus obligaciones hacia las formas menos evolucionadas de la creación, atadas por instinto a la identificación con el cuerpo que también corroe la vida humana, pero faltas de la cualidad del libre razonamiento que es característico de lo humano. Con ello *Bhuta Yajna* refuerza la disposición del hombre a socorrer al débil, tal como él a su vez es reconfortado por las innumerables atenciones de seres superiores invisibles. Además el hombre tiene obligación de hacerlo por los obsequios rejuvenecedores de la naturaleza, pródiga en la tierra, el mar y el cielo. Las barreras evolutivas que causan la incomunicación entre la naturaleza, los animales, el hombre y los ángeles astrales se superan así gracias a los oficios del amor silencioso.

Las otras dos *yajnas* diarias son *Pitri* y *Nri*. *Pitri Yajna* es una ofrenda a los ancestros, como símbolo de reconocimiento de la deuda del hombre al pasado, esencia de toda la sabiduría que ilumina actualmente a la humanidad. *Nri Yajna* es una ofrenda de alimento a los forasteros o a los pobres, símbolo de las responsabilidades presentes del hombre, de sus deberes hacia sus contemporáneos.

En las primeras horas de la tarde realicé un amable *Nri Yajna* con una visita al ashram de Gandhi para niñas. El Señor Wright me acompañó en el viaje en coche de diez minutos. ¡Pequeñas caritas como flores sobresaliendo de los largos pedúnculos de los coloristas *saris*! Al final de una breve charla en hindi<sup>7</sup> que ofrecí al aire libre, el cielo descargó un repentino chaparrón. Riéndonos, el Señor Wright y yo saltamos al coche y corrimos hacia *Maganvadi* entre cortinas torrenciales de plata. ¡Qué intensidad y repiqueteo tropical!

Al regresar a la casa para invitados, me chocó de nuevo la austera simplicidad y las muestras de auto sacrificio presentes por todas partes. Gandhi hizo el voto de no posesión poco después de casarse. Renunciando al ejercicio de la abogacía, que había estado aportándole unos ingresos anuales de 20.000 \$, el Mahatma repartió todos sus bienes entre los pobres.

Sri Yukteswar solía bromear sobre el inadecuado concepto que se tiene normalmente de la renuncia.

“Un mendigo no puede renunciar a la riqueza”, decía el Maestro. “Si un hombre se lamenta: ‘Mis negocios han fracasado; mi esposa me ha dejado; renunciaré a todo y entraré en un monasterio’, ¿a qué sacrificios mundanos está refiriéndose? Él no ha renunciado a la riqueza y el amor; ¡ellos han renunciado a él!”.

Por otra parte, los santos como Gandhi no sólo han hecho sacrificios materiales tangibles, sino también las renunciaciones más difíciles a las motivaciones y metas personales, fundiendo su ser más íntimo en la corriente de la humanidad como un todo.

La extraordinaria esposa del Mahatma, Kasturabai, no objetó nada cuando él no reservó una parte de su riqueza para el uso de ella y sus hijos. Casados muy jóvenes, Gandhi y su esposa hicieron el voto del celibato después de tener varios hijos<sup>8</sup>. Heroína tranquila en el intenso drama que fue su vida juntos, Kasturabai siguió a su esposo a la prisión, compartió con él tres semanas de ayuno y compartió plenamente con él sus innumerables responsabilidades. Rindió a Gandhi el siguiente tributo:

“Te doy las gracias por haber tenido el privilegio de ser la esposa y compañera de tu vida. Te doy las gracias por el matrimonio más perfecto del mundo, basado en *brahmacharya* (auto-control) y no en el sexo. Te doy las gracias por haberme considerado tu igual en la obra de tu vida, dedicada a la India. Te doy las gracias por no ser uno de esos esposos que gastan su tiempo en el juego, las carreras, las mujeres, el vino y las canciones, cansados de sus esposas e hijos como el niño se cansa rápidamente de sus juguetes infantiles. Cuánto agradezco que no seas uno de esos esposos que dedica su tiempo a hacerse rico explotando el trabajo de los demás.

Cuánto agradezco que hayas puesto a Dios y al país por encima de los sobornos, que hayas sido fiel a tus convicciones y hayas tenido una fe completa e incondicional en Dios. Qué agradecida estoy por tener un esposo que pone a Dios y al país por delante de mí. Te agradezco la tolerancia hacia mí y hacia mis defectos de juventud, cuando me quejaba y me rebelaba contra los cambios que hacías en nuestro modo de vivir, de lo excesivo a lo tan escaso.

Siendo niña viví en casa de tus padres; tu madre era una gran y buena mujer; me educó, me enseñó cómo ser una esposa valiente, con coraje, y cómo conservar el amor y el respeto de su hijo, mi futuro esposo. Al pasar los años y convertirme en el líder más amado de la India, no tuve ninguno de los miedos que acosan a la esposa que puede ser desechada cuando su marido escala el éxito, como sucede con tanta frecuencia en otros países. Sabía que la muerte nos encontraría como marido y mujer”.

Durante años Kasturabai realizó la tarea de tesorera de los fondos públicos que el idolatrado Mahatma es capaz de recaudar por millones. Hay muchas historias divertidas en los hogares de la India sobre el hecho de lo nerviosos que se ponen los maridos cuando sus mujeres llevan alguna joya a los mítines de Gandhi; ¡la lengua mágica del Mahatma, pidiendo por los oprimidos, encanta los brazaletes de oro y los collares de diamantes, sacándolos de los brazos y cuellos de las ricas y llevándolos a la cesta de la colecta!

En una ocasión la tesorera pública, Kasturabai, no pudo responder sobre un desembolso de cuatro rupias. Gandhi, como era de esperar, publicó una revisión de las cuentas en la que señalaba inexorablemente la discrepancia de cuatro rupias de su mujer.

Con frecuencia cuento esta historia en las clases ante mis estudiantes americanos. Una tarde, una mujer que estaba en la sala se escandalizó:

"Mahatma o no Mahatma", gritó, "¡si fuera mi marido le hubiera puesto un ojo morado por tal insulto público e innecesario!".

Tras intercambiar algunas bromas joviales sobre el tema de las esposas americanas y las esposas hindúes, continué dando una explicación más completa.

"La Señora Gandhi considera al Mahatma no como a su esposo, sino como a su gurú, alguien que tiene derecho a disciplinarla por el más insignificante error", señalé. "Algún tiempo después de que Kasturabai fuera reprendida en público, Gandhi fue condenado a prisión por una cuestión política. Mientras se despedía tranquilamente de su mujer, ella cayó a sus pies. 'Maestro', dijo humildemente, 'si alguna vez te he ofendido, por favor perdóname'"<sup>9</sup>.

Aquella tarde a las tres, en Wardha, me dirigí, tras cita previa, al estudio del santo que había hecho de su propia mujer una discípula inquebrantable, ¡raro milagro! Gandhi miró hacia arriba con su inolvidable sonrisa.

"Mahatmaji", dije al sentarme en cuclillas a su lado, sobre una esterilla sin cojín, "por favor déme su definición de *ahimsa*".

"La prohibición de matar cualquier criatura viviente en pensamiento o acto".

"¡Bella idea! Pero el mundo siempre preguntará, ¿Se puede no matar a una cobra para proteger a un niño o a uno mismo?".

"No podría matar a una cobra sin violar dos de mis votos, valor y no matar. Preferiría tratar interiormente de calmar a la serpiente con vibraciones de amor. Sin duda no puedo rebajar mis normas para acomodarme a mis circunstancias". Con su sorprendente candor, Gandhi añadió, "¡Debo confesar que no podría mantener esta conversación si tuviera una cobra enfrente!".

Señalé varios libros occidentales sobre dieta de publicación reciente que había en su escritorio.

"Sí, la dieta es importante en el movimiento *Satyagraha*, como en todas partes", dijo riéndose. "Como propongo una continencia total para los *satyagrahis*, estoy tratando siempre de encontrar la mejor dieta para el celibato. Se debe conquistar el paladar antes de poder controlar el instinto de procreación. Las dietas en las que se pasa hambre o están desequilibradas no son la respuesta. Después de superar la *gula* un *satyagrahi* tiene que continuar siguiendo una dieta vegetariana racional con todo lo necesario en cuanto a vitaminas, minerales, calorías, etc., Aplicando la sabiduría interior y exterior a dieta, el fluído sexual del *satyagrahi* se convierte fácilmente en energía vital para todo el cuerpo".

El Mahatma y yo comparamos nuestro conocimiento sobre buenos sustitutos de la carne. "El aguacate es excelente", dije. "Hay varias plantaciones de aguacates cerca de mi centro en California".

El rostro de Gandhi se iluminó con interés. "Me pregunto si podrían crecer en Wardha. Los *satyagrahis* apreciarían alimentos nuevos".

"Me aseguraré de enviar algunas plantas de aguacate a Wardha desde Los Ángeles"<sup>10</sup>. Añadí, "Los huevos son un alimento con alto contenido en proteína; ¿están prohibidos para los *satyagrahis*?".

"No los huevos sin fertilizar". El Mahatma se rió, recordando. "Durante años yo no permití su uso; incluso ahora personalmente no los como. En una ocasión una de mis nueras agonizaba a consecuencia de la malnutrición; su médico insistió en los huevos. Yo no consentía y le aconsejé que le diera algún sustituto de los huevos.

"'Gandhiji', dijo el médico, 'los huevos sin fertilizar no contienen esperma vivo; no suponen una muerte'.

"Entonces di permiso de buena gana para que mi nuera comiera huevos; pronto recuperó la salud".

La noche anterior Gandhi había expresado el deseo de recibir el *Kriya Yoga* de Lahiri Mahasaya. Me emocionó la ausencia de prejuicios y el espíritu de investigación del Mahatma. En su búsqueda divina es como un niño, revelando la receptividad pura que Jesús elogiaba en los niños, "...de ellos es el reino de los cielos".

Había llegado el momento de la enseñanza prometida; varios *satyagrahis* entraron en la habitación, el Señor Desai, el Doctor Pingale y algunos otros que deseaban la técnica de *Kriya*.

Comencé enseñando a la pequeña clase los ejercicios físicos de *Yogoda*. Se visualiza el cuerpo como si estuviera dividido en veinte partes; la voluntad dirige la energía sucesivamente a cada una de ellas. Pronto todos estaban vibrando ante mí como un motor humano. Era fácil observar el efecto de onda en las veinte partes del cuerpo de Gandhi, ¡siempre expuesto a la vista! Aunque muy delgado, no era desagradable de ver, su piel es suave y sin arrugas.

Más tarde inicié al grupo en la liberadora técnica de *Kriya Yoga*.

El Mahatma ha estudiado con respeto todas las religiones del mundo. Las escrituras jainistas, el Nuevo Testamento bíblico y los escritos sociológicos de Tolstoy<sup>11</sup>, son las tres fuentes principales de las convicciones no violentas de Gandhi. Él ha expresado así su credo:

Creo que la Biblia, el Corán y el Zend-Avesta<sup>12</sup> son de inspiración divina, al igual que los *Vedas*. Creo en la institución de los Gurús, pero en este tiempo millones de personas deben caminar sin un Gurú, ya que es raro encontrar una combinación de pureza y aprendizaje



perfectos. Pero uno no debe desesperar de llegar a conocer la verdad de su propia religión, pues los fundamentos del hinduismo, al igual que los de todas las grandes religiones, son inmutables y de fácil comprensión.

Creo, como todo hindú, en Dios como Uno, en la reencarnación y la salvación... No puedo describir mis sentimientos hacia el hinduismo como no puedo describir mis sentimientos hacia mi esposa. Ella me conmueve como no puede hacerlo ninguna otra mujer del mundo. No es que ella no tenga defectos, me atrevería a decir que tiene muchos más de los que yo veo. Pero existe el sentimiento de un vínculo indisoluble. Eso es lo que siento hacia el hinduismo con todos sus errores y limitaciones. Nada me complace tanto como la música del *Gita* o el *Ramayana* de Tulsidas. Cuando creí que exhalaba mi último aliento, el *Gita* era mi consuelo.

El Hinduismo no es una religión excluyente. En él hay cabida para reverenciar a todos los profetas del mundo<sup>13</sup>. No es una religión misionera en el sentido común del término. Sin duda ha absorbido a muchas tribus en su ámbito, pero esta absorción ha sido de carácter evolutivo imperceptible. El hinduismo le dice al hombre que venere a Dios según su propia fe o *dharma*<sup>14</sup> y que viva en paz con todas las religiones.

Gandhi escribió sobre Cristo: "Estoy seguro de que si viviera ahora entre los hombres, bendeciría la vida de muchos que quizá ni siquiera han oído nunca Su nombre... tal como está escrito: 'No el que diga Señor, Señor... sino el que haga la voluntad de mi Padre'<sup>15</sup>. En la lección de Su propia vida, Jesús da a la humanidad el magnífico propósito y el único objetivo hacia el cual debería aspirar. Creo que Él pertenece no sólo al cristianismo, sino a todo el mundo, a todos los países y a todas las razas".

En mi última tarde en Wardha dirigí el encuentro que había sido convocado en el Town Hall por el Señor Desai. La sala estaba atestada, con gente sentada en el alféizar de las ventanas; alrededor de 400 personas para oír hablar de yoga. Hablé primero en hindi y después en inglés. Nuestro pequeño grupo regresó al ashram a tiempo para recibir unas fugaces buenas noches de Gandhi, envuelto en paz y correspondencia.

Todavía reinaba la noche cuando me levanté a las cinco de la mañana. La vida en el pueblo ya estaba en movimiento; primero un carro de bueyes pasó por las verjas del ashram, a continuación un aldeano con un enorme fardo precariamente equilibrado sobre la cabeza. Después del desayuno nuestro trío fue al encuentro de Gandhi para los *pranams* de despedida. El santo se levanta a las cuatro para la oración de la mañana.

"¡Adiós, Mahatmají!". Me arrodillé para tocar sus pies. "¡La India está a salvo en sus manos!".

Han pasado los años desde el idílico Wardha; la tierra, los océanos y los cielos se han oscurecido con una guerra mundial. Solo en medio de grandes líderes, Gandhi ha ofrecido una alternativa no violenta práctica al conflicto armado. Para dar respuesta a las reivindicaciones y evitar las injusticias, el Mahatma ha empleado medios no violentos que han demostrado una y otra vez su efectividad. Expresa su doctrina en estas palabras:

He visto que la vida persiste en medio de la destrucción. Por tanto debe existir una ley más elevada que la de la destrucción. Sólo bajo esa ley podrá entenderse una sociedad bien organizada y merecerá la pena vivir.

Si ésa es la ley de la vida, debemos cumplirla en la existencia diaria. Dondequiera que haya guerras, dondequiera que tengamos que enfrentarnos con un oponente, conquistémosle a través del amor. He visto que la definitiva ley del amor ha respondido en mi propia vida como jamás lo hizo la ley de la destrucción.

En la India hemos tenido una demostración ocular de cómo opera esta ley a la mayor escala posible. No afirmo que la no violencia haya penetrado en los 360.000.000 habitantes de la India, pero afirmo que ha penetrado más profundamente que ninguna otra doctrina en un tiempo increíblemente corto.

Se necesita un curso realmente intenso de preparación para alcanzar un estado mental de no violencia. Es una vida de disciplina, como la vida de un soldado. El estado perfecto se alcanza sólo cuando mente, cuerpo y habla están adecuadamente combinados. Todos los problemas se dirigirán por sí mismos hacia la solución si tomamos la determinación de hacer de la ley de la verdad y la no violencia la ley de nuestra vida.

Así como un científico obtendrá maravillas con las distintas aplicaciones de las leyes naturales, un hombre que aplica las leyes del amor con precisión científica puede obtener las mayores maravillas. La no violencia es infinitamente más maravillosa y sutil que las fuerzas de la naturaleza, como por ejemplo la electricidad. La ley del amor es una ciencia de grandeza mucho mayor que la ciencia moderna.

Consultando la Historia, puede afirmarse con certeza que los problemas de la humanidad no se han resuelto con el uso de la fuerza bruta. La I Guerra Mundial produjo una escalofriante bola de nieve de karma de guerra a nivel mundial, que creció hasta convertirse en la II Guerra Mundial. Sólo el calor de la fraternidad puede fundir la enorme bola de nieve de karma de guerra actual que, en caso contrario, desembocará en la III Guerra Mundial. Esta nefasta trinidad hará desaparecer para siempre la posibilidad de una IV Guerra Mundial, debido a lo irreversible de las bombas atómicas. Utilizar la lógica de la jungla en vez de la razón humana para solucionar los conflictos, restablecerá la jungla en la tierra. Si no somos hermanos en la vida, seremos hermanos en la muerte violenta.

La guerra y el crimen nunca pagan. Los billones de dólares que estallaron en el humo de la nada de las explosiones, hubieran sido suficientes para hacer un mundo nuevo, casi libre de la enfermedad y totalmente libre de la pobreza. No una tierra de miedo, caos, hambre, peste, una *danza macabra*, sino un extenso territorio de paz, prosperidad y amplio conocimiento.

La voz de la no violencia de Gandhi llama a la conciencia más elevada del ser humano. Que las naciones no vuelvan a aliarse nunca más con la muerte, sino con la vida; no con la destrucción, sino con la construcción; no con el Aniquilador, sino con el Creador.

“Debemos perdonar cualquier agravio”, dice el *Mahabharata*. “Se ha dicho que la perpetuación de las especies se debe a la capacidad de perdón del ser humano. El perdón es santidad; el perdón mantiene unido al universo. El perdón es el poder de los poderes; el perdón es sacrificio; el perdón es quietud mental. El perdón y la amabilidad son las cualidades de quien es dueño de sí mismo. Representa la virtud eterna”.

La no violencia es una extensión natural de la ley del perdón y el amor. “Si en una batalla justa es necesario perder la vida”, afirma Gandhi, “debemos estar preparados, como Jesús, para derramar nuestra propia sangre, ‘no la de los demás’. Al final se verterá menos sangre en el mundo”.

Algún día se escribirán poemas épicos sobre los *satyagrahis* de la India, que resistieron el odio con amor, la violencia con no violencia, que se dejaron matar despiadadamente antes que responder. El resultado en determinadas ocasiones históricas fue que el ejército enemigo arrojó las armas y se dio a la fuga avergonzado, sacudido hasta lo más profundo al ver a hombres que valoraban la vida de los demás por encima de la propia.

“Si hubiera sido necesario habría esperado durante siglos”, dice Gandhi, “antes que buscar la libertad de mi país por medios sangrientos”. El Mahatma nunca olvida la solemne advertencia; “Todo el que tome la espada perecerá por la espada”<sup>16</sup>. Gandhi ha escrito:

Me llamo a mí mismo nacionalista, pero mi nacionalismo es tan amplio como el universo. Incluye en su extensión a todas las naciones de la tierra<sup>17</sup>. Mi nacionalismo incluye el bienestar de todo el mundo. No quiero que mi India se eleve sobre las cenizas de otras naciones. No quiero que mi India explote a un solo ser humano. Quiero una India fuerte para que contagie a las demás naciones con su fuerza. Cosa que no hace actualmente una sola nación europea; no se fortalecen unas a otras.

El Presidente Wilson citó sus bellos catorce puntos, pero dijo: “Después de todo, si nuestros intentos por alcanzar la paz fracasan, tenemos nuestros armamentos a que recurrir”. Quiero invertir esa postura y digo: “Nuestros armamentos ya han fracasado. Busquemos algo nuevo; intentemos la fuerza del amor y de Dios, que es real”. Cuando la tengamos, no desharemos nada más.

Gracias a la preparación que el Mahatma dio a miles de verdaderos *satyagrahis* (aquellos que han tomado los once rigurosos votos mencionados en la primera parte de este capítulo), quienes a su vez expandieron el mensaje; gracias a la paciente educación de las masas indias en la comprensión de los beneficios espirituales, y con el tiempo materiales, de la no violencia; gracias a equipar a su gente con las armas de la no violencia, no cooperación con la injusticia, buena voluntad para soportar la humillación, la prisión, la muerte misma antes que recurrir a las armas; gracias a ganarse la simpatía mundial con los innumerables ejemplos de martirio heroico entre los *satyagrahis*, Gandhi ha representado la naturaleza práctica de la no violencia de una forma espectacular, su solemne poder para resolver los conflictos sin guerras.

Utilizando la no violencia, Gandhi ha obtenido ya más concesiones políticas para su país que las obtenidas jamás por ningún líder de ningún país a no ser por las balas. Los métodos no violentos para la erradicación de errores y males han sido aplicados no sólo en la arena política, sino en el delicado y complejo campo de la reforma social india. Gandhi y sus seguidores han eliminado muchas enemistades heredadas desde antiguo entre hindúes y mahometanos; cientos de miles de musulmanes ven al Mahatma como a su líder. Los intocables han encontrado en él a su valeroso y triunfante campeón. “Si me está reservado un renacimiento”, escribió Gandhi, “deseo nacer como un paria entre parias, pues así podré rendirles un servicio más efectivo”.

El Mahatma es verdaderamente una “gran alma”, pero son los millones de iletrados quienes han tenido el discernimiento de otorgarle el título. Este dulce profeta es venerado en su propio país. El humilde aldeano ha sido capaz de elevarse hasta el gran reto de Gandhi. El Mahatma cree incondicionalmente en la nobleza inherente al ser humano. Los inevitables fracasos jamás le han desilusionado. “Aunque el contrario juegue en falso veinte veces”, escribe, “el *satyagrahi* está preparado para confiar en él la vez veintiuna, pues una confianza absoluta en la naturaleza humana es la verdadera esencia de la religión”<sup>18</sup>.

“Mahatmaji, usted es un hombre excepcional. No puede esperar que el mundo actúe como usted”. Observó una vez un crítico.

“Es curioso cómo nos engañamos a nosotros mismos; creemos que el cuerpo puede ser mejorado, pero que es imposible sacar a la luz los poderes ocultos del alma”, contestó Gandhi. “Me dedico a intentar demostrar que si yo tengo alguno de esos poderes, soy un mortal tan frágil como cualquiera de nosotros y que nunca tuve nada de extraordinario ni lo tengo ahora. Soy un simple individuo expuesto a equivocarme como cualquier otro mortal. Tengo, no obstante, la suficiente humildad para confesar mis faltas y dar marcha atrás. Reconozco que tengo una inamovible fe en Dios y en Su bondad y una incombustible pasión por la verdad y el amor. ¿Pero esto no está latente en todas las personas? Si estamos aquí para progresar, no debemos repetir la historia, sino hacer una nueva historia. Debemos engrandecer la herencia que nos legaron nuestros antepasados. Si podemos hacer nuevos descubrimientos e invenciones en el mundo fenoménico, ¿debemos declararnos en quiebra en el terreno espiritual? ¿Es imposible multiplicar las excepciones hasta hacer de ellas la norma? ¿Debe el hombre ser siempre primero un bruto y después un hombre, si acaso lo es?”<sup>19</sup>

Los americanos recordarán bien y con orgullo el éxito de la experiencia no violenta de William Penn al fundar la colonia de Pennsylvania en el siglo XVII. No hubo “fuertes, ni soldados, ni milicia, ni siquiera armas”. En medio de las salvajes guerras fronterizas y las carnicerías que tuvieron lugar entre los nuevos colonos y los indios americanos, sólo los cuáqueros de

Pennsylvania no fueron molestados. “Otros fueron asesinados; otros fueron masacrados; pero ellos estuvieron a salvo. Ninguna mujer cuáquera fue agredida; ningún niño cuáquero fue matado; ningún hombre cuáquero fue torturado”. Cuando finalmente los cuáqueros fueron obligados a entregar el gobierno del estado, “estalló la guerra y algunos habitantes de Pennsylvania fueron matados. Pero sólo tres cuáqueros fueron asesinados, tres que habían descendido tanto en su fe como para tomar las armas para defenderse”.

“El recurso a la fuerza en el Gran Guerra (I) fracasó en aportar tranquilidad”, ha señalado Franklin D. Roosevelt. “La victoria y la derrota fueron igualmente estériles. El mundo debería aprender esa lección”.

“Cuanto más armas violentas, más miseria para la humanidad”, enseñó Lao-Tse. “El triunfo de la violencia termina en un festival de duelo”.

“Estoy luchando por nada menos que la paz mundial”, ha declarado Gandhi. “Si el movimiento indio es conducido al éxito sobre las bases de una *Satyagraha* no violenta, habrá un nuevo significado para el patriotismo y, si puedo decirlo con toda humildad, para la misma vida”.

Antes de que Occidente rechace el proyecto de Gandhi como el de un soñador falto de sentido práctico, reflexionemos en una definición de *Satyagraha* del Maestro de Galilea:

“Habéis oído decir, Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo, No sólo no opongáis resistencia al mal<sup>20</sup>, sino que si alguien os abofetea en la mejilla derecha, ofrecedle también la otra”.

La época de Gandhi se ha extendido, con la bella precisión del ritmo cósmico, por un siglo ya desolado y devastado por dos Guerras Mundiales. En el muro de granito de su vida aparece un escrito divino: una advertencia contra el derramamiento de sangre entre hermanos.

ESCRITURA DE GANDHI EN HINDI


इस संस्था में सत्यप्रकाश में समाविष्टता के इस संस्था का मेरे मन पर अच्छा प्रभाव है। चरने की प्रवृत्ति में मैं आहूँ।  
गान्धी जी आभारों में १७/९/२५।  
आभार  
मोहनदासजी

Mahatma Gandhi visited my high school with yoga training at Ranchi. He graciously wrote the above lines in the Ranchi guest-book. The translation is:

“This institution has deeply impressed my mind. I cherish high hopes that this school will encourage the further practical use of the spinning wheel.”

( Signed ) MOHANDAS GANDHI

September 17, 1925



A national flag for India was designed in 1921 by Gandhi. The stripes are saffron, white and green; the *charka* (spinning wheel) in the center is dark blue.

“The *charka* symbolizes energy,” he wrote, “and reminds us that during the past eras of prosperity in India’s history, hand spinning and other domestic crafts were prominent.”

ÍNDICE

- 1 Su nombre de familia es Mohandas Karamchan Gandhi. Él nunca se refiere a sí mismo como “Mahatma”. [Volver](#)
- 2 La traducción literal del sánscrito es “sostener la verdad”. *Satyagraha* es el famoso movimiento de la no violencia dirigido por Gandhi. [Volver](#)
- 3 Recientemente han circulado noticias falsas y malintencionadas sobre la ruptura de todo lazo con Gandhi por parte de la Señorita Slade y el abandono de sus votos. La Señorita Slade, discípula

*Satyagraha* del Mahatma durante veinte años, publicó un artículo firmado en el *United Press*, datado el 29 de Diciembre de 1945, en el que explica que estos rumores sin base se levantaron cuando se marchó, con las bendiciones de Gandhi, a un pequeño lugar del Noreste de la India, cerca de el Himalaya, con el objetivo de fundar allí su ahora floreciente *Kisan Ashram* (centro para de ayuda médica y agrícola para los campesinos). Mahatma Gandhi planea visitar el nuevo ashram durante 1946. [Volver](#)

4 La Señorita Slade me recordaba otra distinguida mujer occidental, La Señorita Margaret Woodrow Wilson, la hija mayor del gran presidente estadounidense. La conocí en Nueva York; tenía un enorme interés por la India. Más adelante se fue a Pondicherry, donde pasó los últimos cinco años de su vida siguiendo feliz el sendero de la disciplina a los pies de Sri Aurobindo Ghosh. Este sabio nunca habla; sólo recibe en silencio a sus discípulos en tres ocasiones al año. [Volver](#)

5 Durante años, en América, he observado periodos de silencio, para consternación de visitas y secretarios. [Volver](#)

6 No dañar, no violencia, la piedra angular del credo de Gandhi. Gandhi nació en una familia de jainistas estrictos, que veneran *ahimsa* como la virtud raíz. El Jainismo, una secta del Hinduísmo, fue fundado en el siglo VI a. de C. por Mahavira, un contemporáneo de Buda. Mahavira significa "gran héroe"; ¡ojalá mire a través de los siglos y vea a su heroico hijo Gandhi! [Volver](#)

7 El hindi es la lengua franca para toda la India. Lengua indo-aria con profundas raíces en el sánscrito, el hindi es la lengua vernácula del Norte de la India. El principal dialecto del hindi occidental es el indostaní, que se escribe tanto en caracteres *Devanagari* (sánscrito) como en caracteres arábigos. Los musulmanes hablan su subdialecto Urdu. [Volver](#)

8 Gandhi describió a su esposa con tremendo candor en *The Story of my Experiments with Truth* (Ahmedabad: Navajivan Press, 1927-29, 2 vol.). Esta autobiografía ha sido resumida en *Mahatma Gandhi, His Own Story*, editado por C. F. Andrews, con una introducción de John Haynes Holmes (Nueva York: Macmillan Co., 1930).

Muchas autobiografías repletas de nombres famosos y hechos llenos de color silencian casi completamente cualquier fase de análisis o desarrollo interno. Uno deja a un lado esos libros con cierta insatisfacción, como diciendo: "He aquí a un hombre que conoció a muchas personas notables, pero no se conoció a sí mismo". Esta reacción es imposible con la autobiografía de Gandhi; él expone sus errores y subterfugos con una devoción impersonal a la verdad poco común en los anales de cualquier época. [Volver](#)

9 Kasturabai Gandhi murió en prisión en Poona, el 22 de Febrero de 1944. Gandhi, que normalmente no se emociona, lloró en silencio. Poco después sus admiradores propusieron crear un Fondo Conmemorativo en su honor, se recaudaron 125 *lacs* de rupia (cerca de cuatro millones de dólares) procedentes de toda la India. Gandhi dispuesto que el fondo se utilizara en la labor de asistencia social entre las mujeres y los niños de los pueblos. Él informa sobre estas actividades en su publicación semanal, *Harijan*. [Volver](#)

10 Poco después de regresar a América envié un cargamento a Wardha. Desafortunadamente las plantas murieron por el camino, incapaces de resistir los rigores de largo transporte marítimo. [Volver](#)

11 Gandhi también ha estudiado cuidadosamente los escritos sociológicos de otros tres escritores occidentales, Thoreau, Ruskin y Mazzini. [Volver](#)

12 La escritura sagrada dada a Persia alrededor del año 1000 a.C. por Zoroastro. [Volver](#)

13 La característica singular del hinduismo entre las religiones del mundo, es que no deriva de un único gran fundador, sino de las escrituras védicas impersonales. Por ello el hinduismo da libertad para incorporar en su ámbito el culto a los profetas de todos los tiempos y países. Las escrituras védicas regulan no sólo las prácticas devocionales, sino todas las costumbres sociales importantes, en un esfuerzo por poner todas las acciones del hombre en armonía con la ley divina. [Volver](#)

14 Una palabra sánscrita global para ley; acuerdo con la ley o rectitud natural; deber como inherente a las circunstancias en que el hombre se encuentra en cada momento dado. Las escrituras definen *dharma* como "las leyes universales cuya observancia permite al hombre salvarse de la degradación y el sufrimiento". [Volver](#)

15 *Mateo* 7:21. [Volver](#)

16 *Mateo* 26:52. [Volver](#)

17 "Que el hombre no se enorgullezca de esto, de amar a su país; Que por el contrario se enorgullezca de esto, de amar a su género". *Proverbio persa*. [Volver](#)

18 "Entonces Pedro se le acercó y le dijo, Señor, cuántas veces mi hermano pecará contra mí y yo le perdonaré ¿hasta siete veces? Jesús le dijo, no te digo Hasta siete veces, sino Hasta setenta veces siete". *Mateo* 18:21-22. [Volver](#)

19 El Señor Roger W. Babson le preguntó una vez a Charles P. Steinmetz, el gran ingeniero especialista en electricidad: ¿Qué línea de investigación verá el mayor desarrollo en los próximos cincuenta años?". "Creo que los mayores descubrimientos se harán en la línea espiritual", respondió Steinmetz. "Allí hay una fuerza que ha sido, según enseña claramente la Historia, la mayor fuerza de desarrollo de los hombres. Hasta ahora hemos estado tan sólo jugando con ella y nunca la hemos estudiado seriamente como hemos hecho con las fuerzas físicas. Algún día la gente aprenderá que las cosas materiales no aportan la felicidad y son poco útiles para dar a los hombres y mujeres creatividad y poder. Entonces los científicos del mundo volverán sus laboratorios hacia el estudio de Dios y la oración y las fuerzas espirituales que hasta ahora han sido apenas arañadas. Cuando llegue ese día, el mundo verá más avances en una generación que los vistos en las cuatro últimas". [Volver](#)

20 Es decir, oponerse al mal con el mal. (*Mateo* 5:38-39). [Volver](#)







INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 Contactar

# Autobiografía de un Yogui

ÍNDICE

## Capítulo Cuarenta y Cinco

### La Madre Bengalí Impregnada de Gozo

“Señor, por favor no deje la India sin ver un momento a Nirmala Devi. Su santidad es grande; en todas partes se le conoce como Ananda Moyi Ma (Madre Impregnada de Gozo)”. Mi sobrina, Amiyo Bose, me miraba con entusiasmo.

“¡Por supuesto! Tengo grandes deseos de ver a la santa”. Añadí, “He leído algo sobre su avanzado estado de realización en Dios. Hace años apareció un pequeño artículo sobre ella en *East-West*”.

“Yo la he conocido”, prosiguió Amiyo. “Recientemente visitó mi pequeña ciudad, Jamshedpur. Ante los ruegos de un discípulo, Ananda Moyi Ma fue a casa de un moribundo. Se colocó al lado de su cama; cuando su mano le tocó la frente, los estertores de la muerte cesaron. La enfermedad desapareció repentinamente; para asombro y regocijo del hombre, estaba curado”.

Pocos días después oí que la Gozosa Madre se alojaba en casa de un discípulo en el barrio Bhowanipur de Calcuta. El Señor Wright y yo, que estábamos en casa de mi padre, salimos inmediatamente para allí. Cuando el Ford se acercaba a la casa de Bhowanipur, mi compañero y yo observamos una escena poco corriente en la calle.

Ananda Moyi Ma estaba de pie en un automóvil descubierto, bendiciendo a un apretado grupo de unos cien discípulos. Evidentemente estaba a punto de marcharse. El Señor Wright aparcó el coche a cierta distancia y me acompañó a pie hasta la tranquila asamblea. La santa miró en nuestra dirección; se apeó del coche y vino hacia nosotros caminando.

“¡Padre, has venido!”. Con estas palabras llenas de fervor rodeó mi cuello con su brazo y puso la cabeza sobre mi hombro. El Señor Wright, a quien acababa de decir que no conocía a la santa, estaba disfrutando enormemente de esta extraordinaria bienvenida. Los ojos de cien chelas se fijaron con cierta sorpresa en el afectuoso cuadro.

Yo había visto inmediatamente que la santa estaba en un elevado estado de *samadhi*. Totalmente olvidada de su aspecto de mujer, tenía conciencia de ser un alma inmutable; desde ese plano saludaba dichosa a otro devoto de Dios. Me llevó de la mano al interior de su automóvil.

“Ananda Moyi Ma, ¡estoy retrasando su viaje!”, protesté.

“Padre, te encuentro por primera vez en esta vida, ¡después de siglos!”, dijo. “Por favor, no me dejes ya”.

Nos sentamos juntos en los asientos traseros del coche. La Gozosa Madre entró enseguida en el inmóvil estado extático. Sus bellos ojos miraron hacia el cielo y, semiabiertos, quedaron fijos, contemplando el lejano y cercano Eliseo interior. Los discípulos cantaron con dulzura: “¡Victoria a la Madre Divina!”.

En la India había conocido a muchos hombres realizados en Dios, pero nunca antes había conocido a un santa tan elevada. Su dulce rostro estaba bruñido con la inefable dicha que le había valido el nombre de Madre Gozosa. Largas trenzas oscuras caían sin atar por detrás de su cabeza sin velo. Una mancha roja de pasta de sándalo en su frente simbolizaba el ojo espiritual, siempre abierto en su interior. Rostro menudo, manos menudas, pies menudos, ¡qué contraste con su magnitud espiritual!

Le hice algunas preguntas a una chela cercana mientras Ananda Moyi Ma permanecía en trance.

“La Madre Gozosa viaja por toda la India; en muchos lugares tiene cientos de discípulos”, me dijo la chela. “Sus valientes esfuerzos han traído muchas reformas sociales deseables. Aunque una brahmin, la santa no reconoce distinciones de casta<sup>1</sup>. Un grupo de discípulos viajamos siempre con ella, atendiendo a su comodidad. Tenemos que cuidarla; ella no se da cuenta de su cuerpo. Si nadie le da alimento, no come ni pregunta por ello. Incluso cuando se le pone la comida delante, no la toca. Para evitar que desaparezca de este mundo los discípulos le damos de comer con nuestras propias manos. Con frecuencia pasa días enteros en trance divino, sin apenas respirar, sin pestañear. Uno de sus principales discípulos es su esposo. Hace muchos años, poco después de casarse, tomó el voto de silencio”.

La chela señaló a un hombre de anchos hombros y rasgos delicados, de pelo y barba largos y canos. Estaba de pie, discretamente, en medio de la reunión, con las manos unidas en la actitud



de reverencia de un discípulo.

Refrescada por la inmersión en el Infinito, Ananda Moyi Ma enfocaba ahora su conciencia en el mundo material.

“Padre, por favor dígame dónde vive”. Su voz era clara y melodiosa.

“En este momento en Calcuta o Ranchi; pero pronto regresaré a América”.

“¿América?”.

“Sí. Una santa india sería sinceramente apreciada allí por los buscadores espirituales. ¿Le gustaría ir?”.

“Si el Padre quiere llevarme, iré”.

Esta respuesta hizo que los discípulos cercanos comenzaran a alarmarse.

“Veinte o más de nosotros viajamos siempre con la Madre Gozosa”, me dijo uno de ellos con firmeza. “No podemos vivir sin ella. Adonde ella vaya, iremos nosotros”.

Abandoné el plan de mala gana, ¡ya que parecía poseer la impracticable capacidad del crecimiento espontáneo!

“Por favor, venga al menos a Ranchi, con sus discípulos”, dije despidiéndome de la santa. “Siendo usted misma una niña divina, disfrutará con los pequeños de mi escuela”.

“Adonde el Padre me lleve, iré con mucho gusto”.

Poco tiempo después la *Vidyalaya* de Ranchi se puso de gala para la prometida visita de la santa. Los más jóvenes esperaban impacientes el día de fiesta, sin lecciones, horas de música ¡y un banquete como punto culminante!

“¡Victoria! ¡Ananda Moyi Ma, ki jai!”. Este canto reiterativo con música de las entusiastas gargantitas, recibió al grupo de la santa mientras traspasaba las verjas de la escuela. ¡Lluvia de flores de *champak*, tintineo de los címbalos, vigoroso soplo de caracolas y golpes del tambor *mridanga*! La Madre Gozosa paseaba sonriendo por los soleados terrenos de la *Vidyalaya*, llevando siempre consigo el paraíso portátil.

“Esto es hermoso”, dijo Ananda Moyi Ma cortésmente cuando la llevé al edificio principal. Se sentó a mi lado con una sonrisa infantil. Hacía que uno se sintiera el más cercano y querido de los amigos, pero a su alrededor había siempre un aura de lejanía, el paradójico aislamiento de la Omnipresencia.

“Por favor, cuénteme algo de su vida”.

“El Padre lo sabe todo sobre esto; ¿para qué repetirlo?”. Evidentemente ella sentía que los hechos históricos de una corta encarnación eran fútiles.

Me reí, repitiendo mi pregunta con dulzura.

“Padre, hay poco que decir”. Extendió sus gráciles manos en un gesto de disculpa. “Mi conciencia nunca ha estado asociada con este cuerpo pasajero. Padre, antes de que viniera a esta tierra ‘yo era la misma’. Mientras fui niña, ‘yo era la misma’. Me convertí en una mujer adulta, pero también entonces ‘yo era la misma’. Cuando la familia en la que nací hizo los preparativos para que este cuerpo se casara, ‘yo era la misma’. Y cuando, ebrio de pasión, mi esposo se me acercó y murmuró palabras de atracción, tocando ligeramente mi cuerpo, recibí un violento choque, como si hubiera sido herido por el rayo, pero incluso entonces, ‘yo era la misma’.

“Mi esposo se arrojó ante mí, uniendo las manos e implorando mi perdón.

“‘Madre’, dijo, ‘ya que he profanado el templo de tu cuerpo tocándolo con el pensamiento de la lujuria, sin saber que en su interior no moraba mi esposa sino la Madre Divina, hago este voto solemne: seré tu discípulo, un seguidor célibe, cuidándote siempre en silencio como un criado, no volveré a hablar con nadie mientras viva. Que expíe así el pecado que hoy he cometido contra ti, mi gurú’.

“Incluso cuando acepté calladamente esta propuesta de mi esposo, ‘yo era la misma’. Y, Padre, ahora que estoy frente a ti, ‘yo soy la misma’. Después de este momento y siempre, aunque la danza de la creación cambie a mi alrededor en la sala de la eternidad, ‘seré la misma’”.

Ananda Moyi Ma se hundió en un profundo estado meditativo. Su cuerpo estaba inmóvil como una estatua; había huído a su reino que le llamaba siempre. Los oscuros pozos de sus ojos parecían sin vida y vítreos. Esta expresión suele presentarse cuando los santos retiran su conciencia del cuerpo físico, que entonces es poco más que un trozo de barro sin alma. Estuvimos sentados juntos en trance extático durante una hora. Ella regresó a este mundo con una risa alegre.

“Por favor, Ananda Moyi Ma”, dije, “venga conmigo al jardín. El Señor Wright nos sacará algunas fotos”.

“Por supuesto, Padre. Tu voluntad es mi voluntad”. Mientras posaba para las fotografías sus ojos retuvieron el mismo brillo divino inalterable.

¡Hora del banquete! Ananda Moyi Ma se acucilló en su manta, con un discípulo a su lado para

alimentarla. Como un niño, la santa tragaba obedientemente la comida después de que el chela la pusiera en sus labios. ¡Estaba claro que para la Madre Gozosa no había ninguna diferencia entre los currys y los pasteles!

Al acercarse el atardecer, la santa se fue con su grupo en medio de una lluvia de pétalos de rosa, con las manos levantadas bendiciendo a los chicos. En sus rostros resplandecía el cariño que ella había despertado sin esfuerzo.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con toda tu fuerza”, proclamó Cristo, “éste es el primer mandamiento”<sup>2</sup>.

Desechando todo apego inferior, Ananda Moyi Ma ofrece su fidelidad únicamente al Señor. La santa, que es como una niña, ha resuelto el único problema de la vida humana, establecer la unión con Dios, no gracias a las distinciones sofisticadas de los eruditos sino por la lógica segura de la fe. El hombre ha olvidado esta simplicidad absoluta, ofuscado por un millón de asuntos. Rechazando un amor monoteísta a Dios, las naciones disfrazan su infidelidad con un meticuloso respecto a los santuarios externos de la caridad. Estos gestos humanitarios son virtuosos, porque durante un momento desvían la atención del hombre de sí mismo, pero no le liberan de la única responsabilidad de su vida, a la que Jesús se refirió como al primer mandamiento. El hombre adquiere la elevadora obligación de amar a Dios desde el momento en que respira por primera vez el aire ofrecido libremente por su único Benefactor.

Después de su visita a Ranchi, tuve la oportunidad de ver a Ananda Moyi Ma en otra ocasión. Algunos meses más tarde la encontré en el andén de la estación de Serampore, entre sus discípulos, esperando el tren.

“Padre, me voy al Himalaya”, me dijo. “Mis generosos discípulos me han construido una ermita en Dehra Dun”.

Mientras subía al tren me maravillé de que ya fuera en medio de una multitud, en el tren, en un banquete o sentada en silencio, sus ojos jamás dejaban de mirar a Dios. En mi interior todavía oigo su voz, un eco de inmensa dulzura:

“Ahora y siempre una con lo Eterno, ‘Yo soy siempre la misma’”.

ÍNDICE

<sup>1</sup> He encontrado algunos hechos más sobre la vida de Ananda Moyi Ma, publicados en *East-West*. La santa nació en Dacca, en la Bengala central, en 1893. Sin estudios, pasma a los intelectuales por su sabiduría. Sus versos en sánscrito llenan de asombro a los eruditos. Lleva consuelo a los afligidos y efectúa curaciones milagrosas con su simple presencia. [Volver](#)

<sup>2</sup> Marcos 12:30. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES



## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Cuarenta y Seis

#### La Yoguini que nunca come

“Señor, ¿a dónde nos dirigimos esta mañana?”. El Señor Wright, que conducía el Ford, apartó los ojos de la carretera lo suficiente para mirarme con un brillo inquisitivo. Nunca sabía de un día para otro qué parte de Bengala descubriríamos a continuación.

“Si Dios quiere”, respondí de todo corazón, “¡estamos en camino de ver una octava maravilla del mundo, una santa cuya dieta es el ligero aire!”.

“Repetición de las maravillas, después de Teresa Neumann”. Pero el Señor Wright se rió igualmente con entusiasmo; incluso aceleró el coche. ¡Más material insólito para su diario de viaje! ¡No era el suyo el del turista medio, desde luego!

La escuela de Ranchi acababa de quedar atrás; nos habíamos levantado antes que el sol. Además de mi secretario y yo, formaban parte de nuestro grupo tres amigos bengalíes. Bebimos el aire vivificador, el vino natural de la mañana. Nuestro chófer condujo el coche con cuidado entre campesinos madrugadores y carros de dos ruedas, tirados despacio por yuntas de bueyes, inclinados a disputar la carretera a un intruso con claxon.

“Señor, nos gustaría saber algo más sobre la santa que ayuna”.

“Su nombre es Giri Bala”, informé a mis acompañantes. “Oí hablar de ella por primera vez hace años a un estudioso, Shiti Lal Nundy. Venía con frecuencia a nuestra casa de Gurpar Road para dar clases particulares a mi hermano Bishnu”.

“‘Conozco bien a Giri Bala’, me dijo Shiti Babu. ‘Utiliza cierta técnica de yoga que le permite vivir sin comer. Fui su vecino en Nawabganj, cerca de Ichapur<sup>1</sup>. Me propuse observarla de cerca; jamás tuve evidencia de que tomara alimento o bebida. Finalmente mi interés se hizo tan intenso, que me dirigí al Maharajá de Burdwan<sup>2</sup> y le pedí que abriera una investigación. Asombrado por la historia, la invitó a su palacio. Ella accedió a someterse a prueba y vivir dos meses encerrada en una pequeña parte de la casa. Más tarde regresó al palacio para una visita de veinte días; y después para una última prueba de quince días. El mismo Maharajá me dijo que estos tres escrutinios rigurosos le habían convencido sin ninguna duda de su estado sin-alimento.

“Esta historia de Shiti Babu quedó en mi memoria durante veinticinco años”, concluí. “A veces en América me preguntaba si el río del tiempo no se llevaría a la *yoguini*<sup>3</sup> antes de que yo pudiera conocerla. Ahora debe ser muy mayor. No sé dónde vive, ni si vive. Pero en unas horas llegaremos a Purulia; su hermano tiene allí una casa”.

A las diez y media nuestro pequeño grupo estaba hablando con el hermano, Lambadar Dey, un abogado de Purulia.

“Sí, mi hermana vive. A veces está aquí, conmigo, pero en este momento se encuentra en nuestra casa familiar de Biur. Lambadar Babu echó un vistazo dubitativo al Ford. “Swamiji, me cuesta creer que un automóvil pueda adentrarse tanto en la naturaleza como para llegar a Biur. ¡Sería mejor que se resignaran ustedes al antiguo traqueteo del carro de bueyes!”.

Nuestro grupo, como un solo hombre, prometió lealtad al Orgullo de Detroit.

“El Ford viene con nosotros desde América”, le dije al abogado. “¡Sería una lástima privarle de la oportunidad de conocer el corazón de Bengala!”.

“¡Que Ganesh<sup>4</sup> les acompañe!”, dijo Lambadar Babu riéndose. Añadió cortésmente, “Si consiguen llegar allí, estoy seguro de que Giri Bala se alegrará de verles. Tiene cerca de setenta años, pero sigue gozando de una excelente salud”.

“Por favor, dígame, ¿es realmente cierto que no come nada?”. Le miré directamente a los ojos, esas reveladoras ventanas del alma.

“Es verdad”. Su mirada era abierta y honrada. “En más de cinco decenios nunca se le ha visto comer un bocado. ¡Si de pronto llegara el fin del mundo, no me sorprendería más que si viera a mi hermana tomar alimento!”.

Nos reímos ante lo improbable de estos dos acontecimientos cósmicos.

“Giri Bala nunca ha buscado la soledad inaccesible para sus prácticas de yoga”, continuó

INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

Lambadar Babu. “Ha vivido toda su vida rodeada por su familia y amigos. Ahora todos se han acostumbrado a su extraño estado. ¡Cualquiera de ellos se quedaría estupefacto si de repente Giri Bala decidiera comer! Mi hermana es de naturaleza reservada, como corresponde a una viuda hindú, pero en nuestro pequeño círculo de Purulia y Biur todos saben que es una mujer literalmente ‘excepcional!’”.

La sinceridad del hermano era manifiesta. Nuestro pequeño grupo le dio las gracias calurosamente y salió para Biur. Nos detuvimos en un establecimiento de la carretera para comer curry y *luchis*, atrayendo a un enjambre de pilluelos que nos rodearon para ver al Señor Wright comer con los dedos, a la sencilla manera hindú<sup>5</sup>. Un estupendo apetito nos fortaleció contra una tarde que, desconocida por el momento, iba a mostrarse realmente laboriosa.

Nuestro camino nos condujo hacia el Este, a través de campos de arroz calcinados por el sol, a la región Burdwan de Bengala. Marchamos por carreteras bordeadas de densa vegetación, con los sonidos de los *maynas* y de los *bulbuls* de garganta rayada saliendo de los árboles de enormes ramas como paraguas. De vez en cuando un carro de bueyes; el *rini*, *rini*, *manyu*, *manyu* del chirrido de sus ejes y de las zapatas de hierro de sus ruedas de madera contrastaba fuertemente en la memoria con el *swish*, *swish* de los neumáticos de los autos en el aristocrático asfalto de las ciudades.

“¡Dick, deténgase!”. Mi repentina orden obtuvo una sacudida de protesta por parte del Ford. “¡Ese mango sobrecargado de fruta está lanzando a gritos una invitación!”.

Los cinco nos precipitamos como niños hacia el suelo cubierto de mangos; el árbol se descargaba magnánimo de la fruta a medida que ésta maduraba.

“Cuántos mangos nacerán para pasar inadvertidos”, parafraseé, “y desperdiciar su dulzura en la dura tierra”.

“En América no hay nada parecido, ¿eh, Swamiji?”, se rió Sailesh Mazumdar, uno de los estudiantes bengalíes.

“No”, admití, cubierto de satisfacción y jugo de mango. “¡Cuánto he echado de menos esta fruta en Occidente! ¡Un cielo hindú sin mangos es inconcebible!”.

Cogí una piedra y derribé una orgullosa belleza escondida en la rama más alta.

“Dick”, pregunté entre mordiscos de ambrosía, calentado por el sol tropical, “¿están todas las cámaras fotográficas en el coche?”.

“Sí, señor; en el maletero”.

“Si Giri Bala resulta ser una auténtica santa, quiero escribir sobre ella en Occidente. Una *yogini* hindú con facultades tan inspiradoras no debe vivir y morir desconocida, como la mayoría de estos mangos”.

Media hora más tarde seguía disfrutando de la paz silvestre.

“Señor”, señaló el Señor Wright, “deberíamos encontrar a Giri Bala antes de que se ponga el sol, para tener suficiente luz para las fotografías”. Añadió con una sonrisa, “¡Los occidentales son muy escépticos; no podemos esperar que crean en esa mujer sin fotos!”.

Ese rasgo de sabiduría era irrefutable; di la espalda a la tentación y me metí en el coche.

“Tienes razón, Dick”, suspiré mientras nos alejábamos deprisa, “sacrifico el paraíso de mangos en el altar del realismo occidental. ¡Necesitamos fotografías!”.

La carretera se volvía cada vez más enfermiza: llena de arrugas de surcos, erizada de barro endurecido, ¡las tristes debilidades de la vejez! A veces nuestro grupo se apeaba para facilitar al Señor Wright las maniobras, con nosotros cuatro empujando desde atrás.

“Lambadar Babu hablaba con conocimiento de causa”, admitió Sailesh. “El coche no nos lleva a nosotros; ¡nosotros llevamos al coche!”.

Nuestro tedioso subir y bajar del coche se veía animado de vez en cuando por la aparición de un pueblo, cada uno de ellos una escena de pintoresca simplicidad.

“Nuestro camino torcía y giraba por bosquecillos de palmeras entre pueblos de belleza natural acurrucados a la sombra del bosque”, recogió el Señor Wright en su diario de viaje, con fecha 5 de Mayo de 1936. “Estos racimos de cabañas de barro y techo de paja, adornadas con los nombres de Dios a la puerta, son fascinantes; muchos niños pequeños y desnudos juegan inocentemente alrededor, deteniéndose para mirar sorprendidos o salir corriendo ante la vista de este carro grande, negro y sin bueyes que se desgarrá terriblemente por su aldea. Las mujeres simplemente echan un vistazo desde la sombra, mientras los hombres están perezosamente tumbados bajo los árboles que bordean la carretera, curiosos tras su apariencia de falta de interés. En cierto lugar, todos los aldeanos estaban bañándose alegremente en un gran estanque (vestidos, cambiando las ropas húmedas por otras secas colocadas alrededor del cuerpo). Las mujeres acarreaban agua a casa en enormes jarras de latón.

“La carretera nos condujo a una alegre persecución sobre montes y crestas; rebotamos y nos sacudimos, nos chapuzamos en pequeños arroyos, rodeamos carreteras sin terminar, nos deslizamos por lechos de río secos y arenosos y, finalmente, alrededor de las 5 de la tarde, nos acercamos a nuestro destino, Biur. Esta diminuta aldea en el interior del distrito de Bankura, oculta y protegida por el denso follaje, queda aislada durante la estación de las lluvias, cuando los arroyos se convierten en torrentes embravecidos y las carreteras escupen como serpientes veneno de barro.

“Al preguntar el camino a un grupo de fieles que volvían a casa después de orar en el templo (en la soledad del campo), fuimos asediados por una docena de muchachos apenas vestidos, que treparon a los laterales del coche, ansiosos por conducirnos hasta Giri Bala.

“La carretera nos condujo hacia un bosquecillo de palmeras datileras que ocultaban un grupo de cabañas de barro, pero antes de llegar el Ford se ladeó peligrosamente, estuvo un momento indeciso y por fin se dejó caer sobre las ruedas. El estrecho camino discurría entre árboles y depósitos de agua, pasaba badenes, baches y surcos profundos. El coche quedó atrapado en una masa de matorrales, después varado en un montículo, hubo que quitar montones de tierra; continuamos, despacio y con cuidado; de pronto el paso quedó cortado por una masa de maleza, siendo necesario dar un rodeo por una escarpada cornisa, caímos a un depósito seco; para rescatar el coche fue necesario recurrir a rastrillos, azadas y palas. Una y otra vez la carretera parecía intransitable, pero la peregrinación tenía que seguir adelante; los chicos iban a buscar amablemente palas y destruían los obstáculos (¡Nos acordábamos de Ganesh!), bajo la atenta mirada de cientos de niños y padres.

Poco después nos abrimos paso a lo largo de los dos surcos formados desde tiempos antiguos, las mujeres miraban con sus grandes ojos desde las puertas de las cabañas, los hombres nos seguían de cerca, y detrás de nosotros, los niños venían corriendo a aumentar la procesión. Quizá el nuestro era el primer automóvil que atravesaba estos senderos; ¡la ‘federación de carros de bueyes’ debe ser aquí omnipotente! ¡Qué sensación creábamos, un grupo conducido por un americano explorando en un problemático coche sus aldeas más intrincadas, invadiendo su intimidad y su santidad!

“Nos detuvimos en un estrecha callejuela a 30 metros de la casa ancestral de Giri Bala. Sentíamos la emoción de haber alcanzado nuestro objetivo tras la larga lucha en la carretera, coronada por un peligroso final. Nos acercamos a un edificio grande de ladrillo, de dos pisos, que dominaba las cabañas de adobe circundantes; la casa estaba en reparación, pues a su alrededor se encontraban los característicos andamios tropicales de bambú.

“Con ilusión febril y regocijo reprimido, nos detuvimos ante las puertas abiertas de una casa bendecida por el contacto ‘sin hambre’ del Señor. Los aldeanos estaban boquiabiertos, viejos y jóvenes, desnudos y vestidos, las mujeres algo distantes pero curiosas también, hombres y chicos descaradamente pegados a nuestros talones, observando este espectáculo sin precedentes.

“Pronto apareció en la puerta una pequeña figura, ¡Giri Bala! Estaba envuelta en seda dorada, sin brillo; a la manera típica india, se adelantó modestamente y con vacilación, escudriñando ligeramente desde detrás de los pliegues de su *swadeshi*. Sus ojos brillaban como ascuas en la oscuridad de su tocado; quedamos entusiasmados por el más benévolo y amable de los rostros, un rostro de realización y comprensión, libre de la mancha de los apegos terrenales.

“Se acercó sumisamente y en silencio consintió que le sacáramos fotografías e hiciéramos algunas grabaciones<sup>6</sup>. Paciente y tímidamente, soportó nuestras técnicas fotográficas de la adecuación de la postura y los arreglos de luz. Finalmente habíamos obtenido para la posteridad muchas fotografías de la única mujer conocida en el mundo que ha vivido sin comer ni beber durante más de cincuenta años. (Por supuesto Teresa Neumann ayuna desde 1923). La expresión de Giri Bala era la más maternal cuando se detuvo ante nosotros, completamente cubierta con su vestido suelto, sin que nada quedara visible de su cuerpo salvo el rostro, de ojos bajos, las manos y sus diminutos pies. Un rostro de paz poco común y porte inocente, labios anchos, infantiles y temblorosos, una nariz femenina, estrecha, ojos relucientes y una sonrisa pensativa”.

Compartí la impresión del Señor Wright sobre Giri Bala; la espiritualidad le envolvía como un velo de delicado brillo. Me saludó con el *pronam* con que un seglar acostumbra a saludar a un monje. Su sencillo encanto y su tranquila sonrisa nos recibieron mucho más extensamente que una melosa oratoria; nuestro difícil y polvoriento viaje quedó olvidado.

La pequeña santa se sentó con las piernas cruzadas en la veranda. Aunque mostraba las huellas de la edad, no estaba demacrada; su piel de color aceitunado se conservaba limpia y con aspecto saludable.

“Madre”, dije en bengalí, “¡he pensado ansiosamente en esta peregrinación durante más de veinticinco años! Supe de su sagrada vida a través de Sthiti Lal Nundy Babu”.

Asintió con la cabeza. “Sí, mi buen vecino en Nawabganj”.

“Durante estos años he cruzado los océanos, pero nunca olvidé mi temprano proyecto de verle algún día. El sublime drama que usted representa aquí tan discretamente, debería ser proclamado ante un mundo que ha olvidado hace mucho tiempo el alimento divino interior”.

La santa levantó los ojos un momento, sonriendo con sereno interés.

“Baba (padre reverenciado) sabe qué es mejor”, respondió sumisamente.

Me hizo feliz que no se hubiera sentido ofendida; uno nunca sabe cómo reaccionarán los grandes yoguis y yoguinis al pensar en la publicidad. Como norma la evitan, deseando dedicarse en silencio a la búsqueda profunda del alma. Cuando llega el momento adecuado para mostrar abiertamente sus vidas para beneficio de los buscadores sinceros, reciben un permiso interior.

“Madre”, continué, “por favor perdóneme entonces por sobrecargarla de preguntas. Tenga la amabilidad de responder solamente a aquellas que desee; comprenderé su silencio”.

Extendió las manos con un delicado gesto. “Me hace feliz contestarlas, en la medida en que una persona tan insignificante como yo pueda dar respuestas satisfactorias”.

“¡Oh, no, insignificante, no!”, protesté sinceramente. “Usted es una gran alma”.

“Soy la humilde sirvienta de todos”. Añadió algo curioso, “Me encanta cocinar y dar de comer a la gente”.

Un extraño pasatiempo, pensé, ¡para una santa que no come!

“Dígame de sus propios labios, Madre, ¿vive usted sin comer?”.

“Es cierto”. Permaneció en silencio unos momentos; su siguiente observación dejó ver que había estado luchando con la aritmética mental. “Desde cuatro meses después de cumplir los doce años hasta mi presente edad de sesenta y ocho, un periodo de más de cincuenta y seis años, no he comido ni tomado líquidos”.

“¿Nunca ha sentido la tentación de comer?”.

“Si sintiera ansia de alimento, tendría que comer”. Con sencillez, pero regiamente, hizo declaración de esta axiomática verdad, ¡tan bien conocida en un mundo que gira entorno a tres comidas diarias!

“¡Pero usted come algo!”. Mi tono contenía una nota de protesta.

“¡Por supuesto!”. Sonrió con rápida comprensión.

“Su nutrición procede de las sutiles energías del aire y la luz del sol<sup>7</sup> y del poder cósmico que recarga nuestro cuerpo a través del bulbo raquídeo”.

“Baba lo sabe”. Asintió de nuevo, a su modo tranquilo y sin énfasis.

“Madre, por favor, hábleme de sus primeros años. Son de gran interés para toda la India y para nuestros hermanos y hermanas del otro lado del océano”.

Giri Bala dejó a un lado su reserva habitual, se relajó en una actitud de conversación.

“Que así sea”. Su voz era baja y firme. “Nací en esta zona de la selva. Mi niñez no tiene nada digno de señalar, salvo que poseía un apetito insaciable. Fui prometida muy joven.

“‘Hija’, me advertía con frecuencia mi madre, ‘intenta controlar tu gula. Cuando llegue el momento de que vivas entre extraños, en la familia de tu marido, ¿qué pensarán de ti si pasas los días sin hacer otra cosa que comer?’.

“La calamidad que mi madre había previsto sucedió. Tenía sólo doce años cuando me uní a la familia de mi esposo en Nawabganj. Mi suegra me regañaba mañana, tarde y noche por mis hábitos glotonos. Sin embargo sus reprimendas eran una bendición disfrazada; despertaron mis tendencias espirituales dormidas. Una mañana me ridiculizó sin piedad.

“‘Pronto le demostraré’, dije, herida en lo más vivo, ‘que no volveré a probar el alimento mientras viva’.

“Mi suegra se rió con sorna. ‘¡Vaya!, dijo, ‘¿cómo vivirás sin comer si no puedes vivir sin comer en exceso?’.

“¡Esta observación era irrefutable! No obstante, en mi espíritu tomó forma una resolución de hierro. Busqué a mi Padre Celestial en un lugar solitario.

“‘Señor’, oré incesantemente, ‘por favor envíame a mi gurú, quien me enseñe a vivir de Tu luz y no del alimento’.

“Me envolvió un éxtasis divino. Conducida por cierto hechizo, me dirigí al *ghat* Nawabganj del Ganges. Por el camino encontré al sacerdote de la familia de mi esposo.

“‘Venerable señor’, dije sinceramente, ‘tenga la amabilidad de decirme cómo vivir sin comer’.

Me miró con atención, sin contestar. Por último me habló consoladoramente. ‘Hija’, dijo, ‘ven al templo esta tarde; celebraré una ceremonia *védica* especial para ti’.

“Esta vaga respuesta no era lo que yo estaba buscando; continué hacia el *ghat*. El sol de la mañana hendía el agua; me purifiqué en el Ganges como para una iniciación sagrada. Cuando dejaba la orilla del río, con la ropa mojada pegada, a plena luz del día, ¡ante mí se materializó mi maestro!

“‘Mi querida pequeña’, dijo con una voz de cariñosa compasión, ‘soy el gurú enviado aquí por Dios para responder a tu insistente oración. ¡A El le conmovió profundamente por su naturaleza en verdad poco común! Desde hoy vivirás de la luz astral, los átomos de tu cuerpo se alimentarán de la corriente infinita’.”.

Giri Bala guardó silencio. Cogí la pluma y el bloc del Señor Wrihgt y traduje al inglés algunos puntos de esta información.

La santa retomó la historia con su dulce voz apenas audible. “El *ghat* estaba desierto, pero mi gurú formó un aura de luz protectora a nuestro alrededor, para que ningún bañista de última hora nos molestara. Me inició en una técnica de *kria* que libera al cuerpo de la dependencia de los pesados alimentos mortales. La técnica incluye el uso de cierto *mantra*<sup>8</sup> y un ejercicio respiratorio más difícil de lo que podría realizar la mayoría de las personas. No interviene la medicina ni la magia; nada más que *kria*”.



A la manera de los periodistas americanos, que me enseñaron sin saberlo este procedimiento, hice a Giri Bala muchas preguntas sobre temas que me parecían de interés para el mundo. Poco a poco me dio la siguiente información:

“No he tenido hijos; hace muchos años que me quedé viuda. Duermo muy poco, ya que dormir o estar despierta es para mí lo mismo. Medito por la noche y atiendo mis deberes domésticos durante el día. Apenas siento los cambios climáticos de las estaciones. Nunca he estado enferma o sufrido ningún mal. Sólo siento un ligero dolor cuando me hiego accidentalmente. No tengo excreciones corporales. Puedo controlar mi respiración y mi corazón. Con frecuencia veo a mi gurú y a otras grandes almas en visión”.

“Madre”, pregunté, “¿por qué no enseña a los demás el método de vivir sin alimento?”.

Mis ambiciosas esperanzas para los millones de hambrientos del mundo fueron cortadas de raíz.

“No”. Meneó la cabeza. “Mi gurú me ordenó estrictamente que no divulgara el secreto. No es su deseo manipular el drama de la creación de Dios. ¡Los granjeros no me estarían agradecidos si enseño a muchas personas a vivir sin comer! Las deliciosas frutas quedarían abandonadas inútilmente en el suelo. Parece que la miseria, el hambre y la enfermedad son azotes de nuestro karma, que nos conducen a buscar finalmente el verdadero significado de la vida”.

“Madre”, dije despacio, “¿qué utilidad tiene que sólo usted viva sin comer?”.

“Para demostrar al hombre que es Espíritu”. Su rostro se iluminó de sabiduría. “Para probarle que, progresando en la divinidad, puede aprender gradualmente a vivir gracias a la Luz Eterna y no al alimento”.

La santa se hundió en un profundo estado meditativo. Su mirada estaba dirigida hacia dentro; la dulce profundidad de sus ojos quedó sin expresión. Emitió cierto suspiro, preludio del trance extático sin respiración. Huyó por un momento al reino sin preguntas, el cielo de la dicha interior.

Había caído la oscuridad tropical. La luz de una pequeña lámpara de queroseno parpadeaba sobre los rostros de un nutrido grupo de aldeanos sentados silenciosamente en cuclillas en la sombra. El rápido movimiento de las distantes linternas de aceite de las cabañas tejía inquietantes dibujos sobre el terciopelo de la noche. Era la penosa hora de la marcha; a nuestro pequeño grupo le esperaba un lento y tedioso viaje.

“Giri Bala”, dije cuando la santa abrió los ojos, “por favor deme un recuerdo, una tira de uno de sus *saris*”.

Volvió enseguida con un trozo de seda de Benarés, extendiéndola en su mano mientras súbitamente se postraba en el suelo.

“¡Madre!”, dije con reverencia, “¡por el contrario permítame que sea yo quien toque sus benditos pies!”.

#### ÍNDICE

1 En el Norte de Bengala. [Volver](#)

2 H. H. Sir Bijay Chand Mahtab, ahora muerto. Probablemente su familia poseerá algunos documentos de las tres investigaciones que hizo el Maharajá sobre Giri Bala. [Volver](#)

3 Mujer yogui. [Volver](#)

4 “El que quita los obstáculos”, el dios de la buena suerte. [Volver](#)

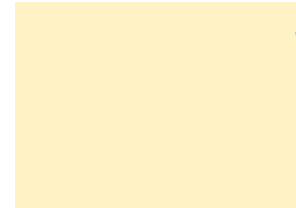
5 Sri Yukteswar solía decir: “El señor nos ha dado los frutos de la bondadosa tierra. Nos gusta ver nuestro alimento, olerlo, probarlo, ¡a los hindúes les gusta también tocarlo!”. Uno no debe preocuparse si también quiere *oírlo*, ¡siempre que no haya nadie más en la comida! [Volver](#)

6 El Señor Wright también hizo grabaciones de Sri Yukteswar durante su última Fiesta del Solsticio de Invierno en Serampore. [Volver](#)

7 “Lo que comemos es radiación; nuestro alimento son quanta de energía”, dijo el Dr. George W. Crile, de Cleveland, en una reunión médica el 17 de Mayo de 1933 en Memphis. “Esta importantísima radiación, que libera corrientes eléctricas en el circuito eléctrico del cuerpo, el sistema nervioso, pasa al alimento a través de los rayos del sol. Los átomos”, dice el Dr. Crile, “son sistemas solares. Los átomos son vehículos que se llenan de radiación solar como muelles enrollados. Estos innumerables átomos de energía se ingieren como alimento. Una vez en el cuerpo humano, estos vehículos tensos, los átomos, se disparan en el protoplasma del cuerpo; la radiación aporta energía química nueva, nuevas corrientes eléctricas. ‘Sus cuerpos están hechos de tales átomos’, dijo el Dr. Crile. ‘Ellos son sus músculos, cerebros y órganos de los sentidos, tales como los ojos y los oídos’.

Algún día los científicos descubrirán cómo vivir directamente de la energía solar. “La clorofila es la única sustancia conocida en la naturaleza que posee el poder de actuar como una ‘trampa para la luz del sol’, escribe William L. Laurence en el *New York Times*. “Captura la energía de la luz solar y la almacena en la planta. Sin ella no podría existir la vida. Obtenemos la energía que necesitamos para vivir de la energía solar almacenada en la planta-alimento que tomamos en la carne de los animales, que se alimentan de las plantas. La energía que obtenemos del carbón o el petróleo es energía solar capturada a través de la clorofila en las plantas de hace millones de años. Vivimos del sol a través de la clorofila”. [Volver](#)

8 Poderoso canto vibratorio. La traducción literal del sánscrito *mantra* es “instrumento del pensamiento”, refiriéndose a los sonidos ideales, inaudibles, que representan uno de los aspectos de la creación; vocalizado como sílabas, un *mantra* constituye una terminología universal. Los infinitos poderes del sonido proceden del AUM, la “Palabra” o zumbido creativo del Motor Cósmico. [Volver](#)



ANANDA.ORG | ANANDA.IT  
ANANDAEDICIONES.ES

## Autobiografía de un Yogui

### ÍNDICE

### Capítulo Cuarenta y Siete

#### Regreso a Occidente

“He impartido muchas lecciones de yoga en la India y América; pero debo confesar que, como hindú, soy excepcionalmente feliz dirigiendo una clase para estudiantes ingleses”.

Los miembros de mi clase, en Londres, se rieron agradecidos; ningún trastorno político enturbió jamás nuestra paz en yoga.

La India era ya un recuerdo sagrado. Estamos en Septiembre de 1936; me encuentro en Inglaterra para cumplir la promesa, hecha dieciséis meses antes, de dictar una conferencia en Londres.

También Inglaterra es receptiva al mensaje intemporal del yoga. Los periodistas y cámaras gráficos se arremolinaban en mis habitaciones de Grosvenor House. El British National Council of the World Fellowship of Faiths organizó un encuentro el 29 de Septiembre en Whitfield's Congregational Church, donde me dirigí a una audiencia con el gran tema “Cómo la Fe en la Fraternidad puede Salvar la Civilización”. Las conferencias de las ocho en el Caxton Hall atraían tales multitudes, que en dos ocasiones quienes no consiguieron asiento esperaron a mi segunda charla de las nueve y media en el auditorio Windsor House. Durante las siguientes semanas las clases de yoga crecieron tanto que el Señor Wright se vio obligado a cambiarlas para otra sala.

La tenacidad inglesa se expresa de una forma admirable en las relaciones espirituales. Tras mi marcha, los estudiantes londinenses de yoga se organizaron fielmente por sí mismos en un centro de Self-Realization Fellowship, manteniendo sus reuniones de meditación semanales durante los amargos años de la guerra.

Semanas inolvidables en Inglaterra; días de turismo por Londres, después por el bello campo inglés. El Señor Wright y yo convocábamos al leal Ford para visitar los lugares de nacimiento y las tumbas de los grandes poetas y héroes de la historia británica.

A finales de Octubre nuestro pequeño grupo se embarcó en Southampton, en el *Bremen*, con destino a América. En el puerto de Nueva York, la majestuosa Estatua de la Libertad no sólo puso un nudo en la garganta de la Señora Bletch y el Señor Wright, sino también en la mía.

El Ford, un poco magullado de las luchas contra los suelos antiguos, todavía se mantenía poderoso; ahora se echó a las espaldas el viaje transcontinental a California. Al final de 1936, ¡allí estaba!, Monte Washington.

Anualmente, en el centro de Los Ángeles las fiestas de final de año se celebran el 24 de Diciembre con una meditación en grupo de ocho horas (Navidad Espiritual), seguida el día veinticinco por un banquete (Navidad Social). Ese año la asistencia a las festividades se vio aumentada con la presencia de amigos y estudiantes queridos de ciudades lejanas, que llegaron para dar la bienvenida a casa a los tres viajeros de la vuelta al mundo.

El banquete del Día de Navidad incluyó delicias traídas de veinte mil kilómetros de distancia para esta alegre ocasión: setas *gucchi* de Kachemira, *rasagulla* y pulpa de mango enlatados, dulce *papar* y un aceite de la flor india *keora* que dio sabor a nuestro helado. La tarde sorprendió al grupo alrededor del enorme y resplandeciente árbol de Navidad, con la chimenea cercana crepitando con aromáticos troncos de ciprés.

¡Hora de los regalos! Presentes traídos de lejanos rincones de la tierra, Palestina, Egipto, la India, Inglaterra, Francia, Italia. ¡Qué laboriosamente había contado el Señor Wright los baúles en cada transbordo en el extranjero para que ninguna mano ratera recibiera los tesoros destinados a los seres queridos de América! Recuerdos de los sagrados olivos de Tierra Santa, delicados encajes y bordados de Bélgica y Holanda, alfombras persas, chales de Kachemira finamente tejidos, bandejas con la duradera fragancia de sándalo de Mysore, piedras de “ojo de buey” de Shiva procedentes de las Provincias Centrales, viejas monedas indias de dinastías desaparecidas, floreros y copas incrustados de joyas, miniaturas, tapices, incienso y perfume para el templo, *swadeshi* de algodón estampado, obras lacadas, tallas en marfil de Mysore, zapatillas persas con sus largas y curiosas punteras, pintorescos manuscritos antiguos iluminados, terciopelos, brocados, bonetes Gandhi, loza, azulejos, trabajos en latón, tapetes para la oración, ¡un botín de tres continentes!

Bajo el árbol se formó un inmenso montón de paquetes alegremente envueltos que fui distribuyendo uno a uno.

“¡Hermana Gyanamata!”. Tendí una gran caja a la santa americana de dulce rostro y profunda



INICIO

ANANDA EN ESPAÑOL

COMUNIDADES DE ANANDA

PARAMHANSA YOGANANDA

SWAMI KRIYANANDA

KRIYA YOGA

LA MEDITACIÓN

AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI

LECCIONES

ARTÍCULOS

LIBROS

 Contactar

realización, quien, en mi ausencia, se había hecho cargo de Monte Washington. Del papel de seda sacó un *sari* dorado de seda de Benarés.

“Gracias, señor; trae el espectáculo de la India ante mis ojos”.

“¡Señor Dickinson!” El siguiente paquete contenía un regalo que había comprado en un bazar de Calcuta. “Al Señor Dickinson le gustará esto”, pensé en aquel momento. Un devoto querido, el Señor Dickinson había estado presente en todas las festividades de Navidad desde la fundación de Monte Washington en 1925. En esta decimoprimer celebración estaba de pie ante mí, desatando las cintas de su pequeño paquete cuadrado.

“¡La copa de plata!”. Luchando con la emoción, miraba fijamente el regalo, una copa alta. Se sentó a cierta distancia, aparentemente aturdido. Le sonreí con cariño antes de retomar mi papel de Santa Claus.

La tarde llena de exclamaciones terminó con una oración al Dador de todos los dones; a continuación un grupo cantó villancicos.

Algún tiempo después el Señor Dickinson y yo estábamos conversando cuando me dijo:

“Señor, por favor permítame darle ahora las gracias por la copa de plata. Durante la noche de Navidad no encontré palabras”.

“Compré el regalo especialmente para usted”.

“¡He estado esperando esa copa de plata durante cuarenta y tres años! Es una larga historia, que he mantenido oculta en mi interior”. El Señor Dickinson me miraba con timidez. “El comienzo fue trágico: estaba ahogándome. Mi hermano mayor me había empujado, jugando, a una piscina de cinco metros de profundidad en una pequeña ciudad de Nebraska. Yo sólo tenía cinco años. Cuando estaba a punto de hundirme por segunda vez en el agua, apareció una deslumbrante luz multicolor que llenó todo el espacio. En medio estaba la figura de un hombre de ojos serenos y sonrisa tranquilizadora. Mi cuerpo estaba hundiéndose por tercera vez cuando uno de los compañeros de mi hermano dobló una larga y fina rama de sauce lo suficiente como para que yo me agarrara a ella con dedos desesperados. Los chicos me sacaron a la orilla y me aplicaron con éxito los primeros auxilios.

“Doce años después, siendo un joven de diecisiete años, visité Chicago con mi madre. Era en 1893; el gran World Parliament of Religions celebraba una sesión. Mi madre y yo paseábamos por una calle importante cuando vi de nuevo el inmenso destello de luz. Algunos pasos más allá, caminando con calma, apareció el mismo hombre que yo había contemplado años antes en mi visión. Se acercó a un gran auditorio y desapareció por la puerta.

“Madre”, exclamé, ‘ése era el hombre que apareció cuando me ahogaba!’.

“Nos precipitamos dentro del edificio; el hombre estaba sentado en el estrado de los oradores. Pronto supimos que era Swami Vivekananda, de la India<sup>1</sup>. Después de que él pronunciara un inspirador discurso me adelanté para saludarle. Me sonrió gentilmente, como si fuéramos viejos amigos. Yo era tan joven que no sabía cómo dar expresión a mis sentimientos, pero en mi corazón esperaba que se ofrecería a ser mi maestro. Leyó mi pensamiento.

“No, hijo mío, yo no soy tu gurú”. Vivekananda miraba con sus bellos y brillantes ojos dentro de los míos. ‘Tu maestro vendrá más tarde. Te regalará una copa de plata’. Tras una pequeña pausa añadió sonriendo, ‘Derramará sobre ti más bendiciones de las que ahora eres capaz de contener’.

“Me fui de Chicago pocos días después”, continuó el Señor Dickinson, “y no volví a ver al gran Vivekananda nunca más. Pero cada palabra que pronunció estaba indeleblemente escrita en lo más íntimo de mi conciencia. Pasaron los años; no aparecía ningún maestro. Una noche, en 1925, oré profundamente para que el Señor me enviara a mi gurú. Pocas horas después me despertó una delicada melodía. Ante mí apareció un grupo de seres celestiales, con flautas y otros instrumentos. Tras llenar el aire con una música gloriosa, los ángeles desaparecieron despacio.

“Al día siguiente por la tarde asistí por primera vez a una de sus conferencias aquí, en Los Angeles y supe que mi oración había sido escuchada”.

Nos sonreímos en silencio.

“Durante once años he sido su discípulo en *Kriya Yoga*”, siguió el Señor Dickinson. “A veces me he preguntado sobre la copa de plata; casi me había convencido a mí mismo de que las palabras de Vivekananda eran sólo metafóricas. Pero la noche de Navidad, mientras usted me tendía la caja cuadrada que cogió del árbol, vi por tercera vez en mi vida el mismo intenso destello luminoso. Al minuto siguiente estaba mirando el regalo de mi gurú que Vivekananda me había predicho cuarenta y tres años antes, ¡una copa de plata!”.

#### ÍNDICE

<sup>1</sup> El principal discípulo del maestro Crístico Sri Ramakrishna. [Volver](#)







INICIO
ANANDA EN ESPAÑOL
COMUNIDADES DE ANANDA
PARAMHANSA YOGANANDA
SWAMI KRIYANANDA
KRIYA YOGA
LA MEDITACIÓN
AUTOBIOGRAFÍA DE UN YOGUI
LECCIONES
ARTÍCULOS
LIBROS
 <a href="#">Contactar</a>

# Autobiografía de un Yogui

## ÍNDICE

### Capítulo Cuarenta y Ocho

#### En Encinitas, California

“¡Una sorpresa, señor! Durante su viaje al extranjero hemos construido esta ermita en Encinitas; es un regalo de ‘bienvenida!’”. La Hermana Gyanamata me condujo a través de una verja a un camino sombreado de árboles.

Vi un edificio que sobresalía como un transatlántico sobre el mar. Primero me quedé sin habla, después algunos “¡Oh!” y “¡Ah!”, por fin, con el insuficiente vocabulario humano para expresar alegría y gratitud, examiné el ashram, con diecisiete habitaciones inusualmente grandes, todas ellas terminadas de un modo encantador.

La gran sala principal, con inmensas ventanas hasta el techo, mira hacia un altar en que se unen césped, océano y cielo; una sinfonía en esmeralda, ópalo y zafiro. La repisa de la enorme chimenea sostiene un cuadro del incomparable Lahiri Mahasaya, que sonríe sus bendiciones sobre el lejano cielo del Pacífico.

Directamente debajo de la sala, construidas en la misma roca, dos solitarias cuevas de meditación se abren al cielo y el mar infinitos. ¡Terrazas, rincones para tomar el sol, varios metros cuadrados de orquídeas, un bosquecillo de eucaliptos, senderos enlosados que conducen, entre rosas y lirios, a tranquilos cenadores, un largo tramo de escaleras termina en una playa solitaria y las vastas aguas! ¿Hubo alguna vez un sueño más concreto?

“Que las almas buenas, heroicas y generosas de los santos vengan aquí”, dice la “Oración para una vivienda”, del *Zend-Avesta*, colgada en una de las puertas de la ermita “y que vayan con nosotros de la mano, ofreciendo las virtudes curativas de sus benditos dones tan extensos como la tierra, tan largos como los ríos, tan elevados como el sol, para apoyo de los mejores hombres, para el aumento de la abundancia y la gloria.

“Que en esta casa la obediencia conquiste a la desobediencia; que la paz triunfe sobre la discordia; la generosidad sobre la avaricia, la verdad sobre la falsedad, la reverencia sobre el desprecio. Que nuestras mentes se regocijen y nuestras almas se eleven, que nuestros cuerpos sean glorificados también; y ¡Oh, Luz Divina!, que podamos verte y, acercándonos, volver a Ti y alcanzar Tu total compañía!”.

La construcción de este ashram de Self-Realization Fellowship fue posible gracias a la generosidad de algunos discípulos americanos, hombres de negocios con interminables responsabilidades que, no obstante, encuentran tiempo para sus prácticas diarias de *Kriya Yoga*. Durante mi estancia en la India y Europa no se permitió que llegara a mí una sola palabra sobre la ermita. ¡Sorprendente, delicioso!

Durante mis primeros años en América, había recorrido la costa de California buscando un pequeño lugar para un ashram junto al mar; cada vez que encontraba un sitio adecuado, invariablemente surgía un obstáculo que desbarataba mis planes. Mirando ahora los amplios terrenos de Encinitas<sup>1</sup>, veo humildemente la realización natural de la predicción que Sri Yukteswar hizo hace mucho tiempo: “una ermita junto al mar”.

Algunos meses después, en la Pascua de 1937, celebré el primero de muchos Servicios del Amanecer en el suave césped de Encinitas. Como los magos de tiempos antiguos, cientos de estudiantes contemplaban con reverente devoción el milagro diario, la ceremonia del primer fuego solar en el cielo de Oriente. A Occidente el inagotable Pacífico, haciendo retumbar sus solemnes alabanzas; en la distancia un diminuto velero blanco y el solitario vuelo de una gaviota. “¡Cristo, tú has resucitado!”. ¡No sólo con el sol de la primavera, sino en el eterno amanecer del Espíritu!

Pasaron muchos meses felices; en la paz de la belleza perfecta pude completar en la ermita mi obra largamente proyectada, *Cantos Cósmicos*. Reuní con letra en inglés y notación occidental alrededor de cuarenta canciones, algunas originales, otras adaptaciones de melodías antiguas. En estos Cantos se incluyen el canto de Shankara, “Ni Nacimiento, Ni Muerte”; dos de los favoritos de Sri Yukteswar; “Despierta, Despierta Ya, Oh Santo Mío!” y “Deseo, mi Gran Enemigo”; el antiguo canto sánscrito “Himno a Brahma”; las viejas canciones bengalíes, “¡Qué relámpago!” y “Han oído Tu Nombre”; la canción de Tagore “¿Quién está en mi Templo?” y varias composiciones mías: “Seré Siempre Tuyo”, “En el País Más Allá de los Sueños”, “Sal del Silencioso Cielo”, “Escucha la Llamada de mi Alma”, “En el Templo del Silencio” y “Tú Eres mi Vida”.

Como prefacio al libro de cantos relaté mi primera excepcional experiencia sobre la receptividad de los occidentales a los pintorescos aires devotos de Oriente. La ocasión había sido



una conferencia pública; el momento, el 18 de Abril de 1926; el lugar, Carnegie Hall, en Nueva York.

“Señor Hunsicker”, había confiado a un estudiante americano, “estoy pensando en pedir a la audiencia que cante un antiguo canto hindú, ‘¡Oh, Dios Hermoso!’”.

“Señor”, objetó el Señor Hunsicker, “estas canciones orientales son extrañas a la comprensión americana. ¡Qué lástima si la conferencia se echara a perder con un comentario de tomates podridos!”.

Me reí, sin estar de acuerdo. “La música es un lenguaje universal. Los americanos no dejarán de sentir la aspiración del alma que encierra este elevado canto”<sup>2</sup>.

Durante la conferencia el Señor Hunsicker se había sentado en el estrado detrás de mí, probablemente temiendo por mi seguridad. Sus dudas eran infundadas; no sólo estuvieron ausentes los indeseados vegetales, sino que durante una hora y veinticinco minutos los compases de “¡Oh, Dios Hermoso!” salieron ininterrumpidamente de tres mil gargantas. ¡Ya no indiferentes, queridos neoyorquinos; vuestros corazones se han elevado en un sencillo himno de alegría! Aquella tarde se produjeron curaciones divinas entre los devotos que cantaban amorosamente el bendito nombre del Señor.

La vida retirada de juglar literario no fue mi papel durante mucho tiempo. Pronto me vi dividido cada quince días entre Los Ángeles y Encinitas. Servicios dominicales, clases, conferencias ante asociaciones y universidades, entrevistas con estudiantes, incesantes ríos de correspondencia, artículos para *Est-West*, la dirección de las actividades en la India y en numerosos centros pequeños en ciudades americanas. Dediqué mucho tiempo también a preparar las enseñanzas de *Kriya* y otras enseñanzas de Self-Realization Fellowship en series de estudio para buscadores de yoga distantes, cuyo celo no conocía la limitación del espacio.

En 1938 tuvo lugar la feliz consagración de la Iglesia de Autorrealización de Todas las Religiones en Washington D.C. Erigida en medio de unos terrenos ajardinados, la magnífica iglesia está situada en una parte de la ciudad llamada acertadamente “Las Cimas de la Amistad” (“Friendship Heights”). En 1928 llamé a Swami Premananda, educado en la escuela de Ranchi y la Universidad de Calcuta, para asumir el liderazgo del centro de Self-Realization Fellowship en Washington.

“Premananda”, le dije durante una visita a su nuevo templo, “esta sede del Este es un monumento en piedra a tu incansable devoción. Aquí, en la capital de la nación, has enarbolado los elevados ideales de Lahiri Mahasaya”.

Desde Washington, Premananda me acompañó a una breve visita al centro de Self-Realization Fellowship en Boston. ¡Qué alegría volver a ver al grupo de *Kriya Yoga* que se había mantenido constante desde 1920! El líder en Boston, Dr. M. W. Lewis, nos alojó a mi acompañante y a mí en una moderna suite artísticamente decorada.

“Señor”, me dijo el Dr. Lewis sonriendo, “durante sus primeros años en América vivió usted en esta ciudad en una habitación de una cama, sin baño. ¡Deseaba que supiera usted que Boston tiene algunos aposentos de lujo!”.

Las sombras de la matanza que se acercaba se alargaban sobre el mundo; los oídos sensibles podían escuchar ya los espantosos tambores de guerra. En las entrevistas que mantuve con miles de personas en California y a través de la correspondencia internacional, veía que los hombres y las mujeres habían comenzado una profunda búsqueda en sus corazones; la trágica inseguridad externa había puesto de manifiesto la necesidad del Anclaje Eterno.

“Hemos aprendido realmente el valor de la meditación”, escribía el líder del centro de Self-Realization Fellowship en Londres en 1941, “y sabemos que nada puede perturbar nuestra paz interior. En las reuniones de las últimas semanas hemos oído las alarmas antiaéreas y la explosión de bombas de acción retardada, pero nuestros estudiantes permanecieron juntos y disfrutaron plenamente del bello servicio”.

Me llegó otra carta desde la Inglaterra devastada por la guerra justo antes de que Estados Unidos entrara en el conflicto. En nobles palabras conmovedoras, el Dr. L. Cranmer Byng, renombrado editor de *The Wisdom of the East Series*, escribía:

“Cuando leí *East-West* comprendí qué alejados parecíamos estar, como si viviéramos en dos mundos distintos. Desde Los Ángeles me llegaba belleza, orden, calma y paz como una embarcación que entrara cargada de las bendiciones y comodidades del Santo Grial en el puerto de una ciudad asediada.

“Veo como en un sueño su arboleda de palmeras y el templo de Encinitas con sus vistas al océano y la montaña y por encima de todo su fraternidad de hombres y mujeres con disposición espiritual, una comunidad comprendida como unidad, absorta en el trabajo creativo y la contemplación reparadora. Ese es el mundo tal como yo lo veo también y para construirlo esperaba aportar mi pequeña parte y ahora...”

“Quizá este cuerpo no llegue jamás a sus doradas orillas ni a rendir culto en su templo. Pero es algo, es mucho, haber visto y sabido que en medio de la guerra todavía la paz permanece en sus puertos y entre sus colinas. Saludos a toda la Hermandad de un soldado raso que escribe desde la torre de vigía esperando el amanecer”.

Los años de guerra trajeron el despertar espiritual en hombres que hasta entonces no habían incluido nunca entre sus distracciones el estudio del Nuevo Testamento. ¡Una dulce destilación de las amargas hierbas de la guerra! Para satisfacer las crecientes necesidades, en 1942 se construyó una pequeña e inspiradora Iglesia de Autorrealización de Todas las Religiones en Hollywood. El lugar se abre frente a Olive Hill y el Planetario de Los Ángeles a lo lejos. La iglesia,

rematada en azul, blanco y dorado, se refleja entre jacintos en el agua de un gran estanque. Los jardines se ven alegres por las flores, algunos sorprendidos ciervos de piedra, una pérgola con vidrieras de colores y un pintoresco pozo de los deseos. ¡Junto con las monedas y los caleidoscópicos deseos del hombre se han arrojado a él muchas aspiraciones puras al tesoro único del Espíritu! Una benevolencia universal fluye desde pequeñas hornacinas con las estatuas de Lahiri Mahasaya y Sri Yukteswar, así como las de Krishna, Buda, Confucio, San Francisco y una bella reproducción en nácar de La Última Cena.

En 1943 se fundó otra Iglesia de Auto Realización de Todas las Religiones en San Diego. El apacible templo se levanta en la cima de un empinado valle de eucaliptos, con vistas a la centelleante Bahía de San Diego.

Sentado una tarde en este sereno refugio, mi corazón se desbordó en una canción. Bajo mis dedos estaban los dulces tonos del órgano de la iglesia, en mis labios el anhelo de un antiguo devoto bengalí que buscaba consuelo eterno:

En este mundo, Madre, nadie puede amarme;  
En este mundo no se conoce el amor divino.  
¿Dónde hay tierno y puro amor?  
¿Dónde está realmente Tu ternura?  
Allí ansía estar mi corazón.

En la capilla me acompañaba el Dr. Lloyd Kennell, el líder del centro de San Diego, que sonreía un poco ante la letra de la canción.

“Dígame con franqueza, Paramhansaji, ¿ha merecido la pena?”. Me miraba con honesta sinceridad. Comprendí su lacónica pregunta: “¿Ha sido usted feliz en América? ¿Qué pasa con las desilusiones, los pesares, los líderes de centros que no son capaces de dirigir, los estudiantes que no pueden ser enseñados?”.

“Doctor, ¡bendito es el hombre a quien el Señor pone a prueba! ¡De vez en cuando se ha acordado de echarme un peso encima!”. Pensé entonces en todos los que tienen fe, en el amor y la devoción, en la comprensión que reside en el corazón de América. Con lento énfasis continué, “Pero mi respuesta es: ¡Sí, mil veces sí! ¡Ha merecido la pena; ha sido una inspiración constante, más de lo que hubiera soñado, ver a Oriente y Occidente acercarse en un único lazo final, el espiritual!”.

Añadí silenciosamente una oración: “Que Babaji y Sri Yukteswarji sientan que he hecho mi parte, que no he defraudado las grandes esperanzas que pusieron en mí”.

Me volví de nuevo al órgano; esta vez mi canción estaba teñida de valor marcial:

La rueda del molino del Tiempo echa a perder  
Muchas vidas de lunas y estrellas  
Y muchas mañanas de alegre sonrisa,  
¡Pero mi alma sigue adelante!  
Oscuridad, muerte y fracaso compiten encarnizadamente  
Por obstaculizar mi sendero,  
Mi combate con la celosa Naturaleza es fuerte,  
¡Pero mi alma sigue adelante!

La semana de Año Nuevo de 1945 me encontró trabajando en mi estudio de Encinitas, revisando el manuscrito de este libro.

“Paramhansaji, por favor, salga al aire libre”. El Dr. Lewis, que había venido desde Boston a visitarnos, me sonreía suplicante desde el otro lado de la ventana. Pronto paseábamos a la luz del sol. Mi acompañante señaló las nuevas torres en construcción que bordeaban los terrenos de Fellowship junto a la autopista de la costa.

“Señor, veo muchas mejoras aquí desde mi última visita”. El Dr. Lewis viaja dos veces al año desde Boston a Encinitas.

“Sí, doctor, un proyecto que he planeado largamente está comenzando a tomar forma definitiva. En estos bellos terrenos he empezado una colonia mundial en miniatura. ¡La fraternidad es un ideal que se comprende mejor con el ejemplo que con el precepto! Un pequeño grupo armonioso viviendo aquí puede inspirar otras comunidades ideales en la tierra”.

“¡Una idea magnífica, señor! ¡Sin duda la colonia tendrá éxito si cada uno hace sinceramente su parte!”.

“‘Mundial’ es un término amplio, pero el hombre debe extender su lealtad considerándose a sí mismo ciudadano del mundo”, continué. “A una persona que siente realmente: ‘El mundo es mi hogar; es mi América, mi India, mi Filipinas, mi Inglaterra, mi África’, no le faltarán jamás oportunidades para tener una vida útil y feliz. Su natural orgullo local conocerá una expansión sin límites; estará en contacto con corrientes creativas universales”.

El Dr. Lewis y yo nos detuvimos por encima del estanque de loto de la ermita. Bajo nosotros se extendía el ilimitado Pacífico.

“Estas mismas aguas rompen por igual en las costas de Oriente y Occidente, en California y China”. Mi acompañante arrojó una piedra al primero de los setenta y cinco millones de kilómetros cuadrados de océano. “Encinitas es un lugar simbólico para una colonia mundial”.

“Es cierto, doctor. Aquí organizaremos muchas conferencias y Congresos de Religión, invitando a delegados de todos los países. Las banderas de todas las naciones ondearán en nuestras salas. Se construirán diminutos templos en estos terrenos, dedicados a las principales religiones del

mundo.

“Tan pronto como sea posible”, proseguí, “proyecto abrir aquí un Instituto de Yoga. El bendito papel del *Kriya Yoga* en Occidente no ha hecho más que empezar. ¡Que todos los hombres lleguen a conocer que existe una técnica clara, científica, de autorrealización para superar las miserias humanas!”.

Muy entrada la noche, mi querido amigo, el primer *Kriya Yogui* de América, analizaba conmigo la necesidad de colonias mundiales cimentadas en unas bases espirituales. Los males atribuidos a una abstracción antropomórfica llamada “sociedad” deben presentarse de una forma más realista como pertenecientes al hombre. La utopía debe brotar en el seno privado para florecer como una virtud cívica. El ser humano es un alma, no una institución; sólo sus reformas interiores pueden dar permanencia a las exteriores. Subrayando los valores espirituales, la autorrealización, una colonia que dé ejemplo de fraternidad mundial está destinada a enviar vibraciones de inspiración mucho más allá de su propio escenario.

¡El 15 de Agosto de 1945 se terminó la II Guerra Mundial! Fin de un mundo; ¡amanecer de una enigmática Era Atómica! Los residentes en la ermita se reunieron en la sala principal para una oración de gracias. “¡Padre Celestial, que no vuelva a suceder nunca más! ¡A partir de hoy Tus hijos caminan como hermanos!”.

Se había terminado la tensión de los años de la guerra; nuestros espíritus se abrían al sol de la paz. Observé feliz a cada uno de mis compañeros americanos.

“Señor”, pensé agradecido, “¡Tú has dado a este monje una gran familia!”.

ÍNDICE

1 Una pequeña ciudad en la Coast Highway 101, Encinitas está situada a 150 Km. de Los Ángeles y 40 Km. al Norte de San Diego. [Volver](#)

2 Traduzco aquí la letra de la canción de Guru Nanak:

¡Oh Dios hermoso! ¡Oh Dios hermoso!  
En el bosque eres verde,  
En la montaña eres altura,  
En el río eres inquieto  
En el mar Tú eres profundo.  
Para quien sirve eres servicio,  
Para quien ama eres amor,  
Para quien sufre eres consuelo,  
Para el yogui eres el gozo.  
¡Oh Dios hermoso! ¡Oh Dios hermoso!  
¡A Tus pies yo me inclino! [Volver](#)



[ANANDA.ORG](#) | [ANANDA.IT](#)  
[ANANDAEDICIONES.ES](#)